

1890 Y 1891

SEGUNDO

# CONGRESO NACIONAL

DB

**INSTRUCCION PÚBLICA**



**C 48**

MEXICO

IMP. DE "EL PARTIDO LIBERAL," 3ª DE LA INDEPENDENCIA NUMERO 11.

1891

Nº INVENTARIO PRE 15949

ICA

THE JOURNAL OF THE

ROYAL SOCIETY OF MEDICINE

Volume 10

Part 1

1911

London



N.º INVENTARIO PRE 15949

## SEGUNDO CONGRESO NACIONAL

DE

### INSTRUCCION PUBLICA.

Secretaría de Estado y del Despacho de Justicia ó Instrucción Pública.—Sección 2ª.—Circular.

Una de las resoluciones del primer Congreso Nacional de Instrucción fué la de que debería reunirse el segundo Congreso el 1º de Diciembre próximo, para discutir y resolver las cuestiones que quedaron pendientes al clausurarse aquel, relativas al cuestionario formado por esta Secretaría en 21 de Noviembre de 1889.

El C. Presidente de la República, que desea se lleve á efecto dicha resolución, ha tenido á bien acordar me dirija á vd., como tengo la honra de hacerlo, á fin de que si esta vd. en la misma disposición que él, se sirva nombrar con la debida oportunidad, un representante propietario y un suplente por ese Estado para el referido segundo Congreso. Los trabajos de éste vendrán á completar los del que le precedió, que únicamente comprenden la enseñanza primaria laica, obligatoria y gratuita, trabajos que se irán poniendo en observancia en el Distrito y Territorios federales, ahora que el Ejecutivo, usando de la autorización que

le ha sido concedida por el Congreso de la Unión, se ocupa en reorganizar esa enseñanza bajo un plan metódico y uniforme.

No era posible que en un solo Congreso se resolvieran las cuestiones de la instrucción primaria, preparatoria y profesional, porque siendo todas difíciles, complejas y además nuevas en nuestro país, cada una de ellas debía necesariamente provocar la discusión á que tienen que someterse, tanto los principios teóricos, cuanto los medios prácticos de aplicación, para llegar á adquirir la importancia de verdades científicas y experimentales.

En tal concepto, están plenamente justificados los representantes que computieron el primer Congreso y lo está también la necesidad de convocar el segundo, porque de lo contrario se realizaría el propósito del Ejecutivo federal de uniformar la instrucción en toda la República, de una manera convencional y bajo bases generales; y como ese propósito no ha obedecido á una impresión pasajera, sino á convicciones arraigadas y profundas, el mismo Ejecutivo es hoy obligado á

tir en su realización, porque lo considera posible, conveniente y patriótico.

Las resoluciones de estos Congresos no han tenido ni tendrán más fuerza que la que les dé su propia bondad; y los Estados, al aceptarlas y ponerlas en ejecución, lejos de menoscabar su soberanía é independencia en el régimen interior, harán de ella el uso más laudable y justificado, porque el derecho de obrar no excluye la obligación de hacerlo de la manera más acertada posible, y el acierto en este caso, debe presumirse á favor de resoluciones tomadas por personas competentes y prácticas, después de maduros é ilustrados debates.

La buena voluntad con que fué aceptada en todos los Estados y en el Distrito y Territorios federales la iniciativa para reunir el primer Congreso de Instrucción, hace esperar que lo sea igualmente esta convocatoria para el segundo, llamado á continuar y dar cima á los trabajos comprendidos en el ramo más trascendental de la administración pública.

Me es grato, con este motivo, reiterar á vd. los sentimientos de mi particular consideración y aprecio.

Libertad y Constitución. México, Junio 19 de 1890.

J. BARANDA.

## SECRETARIA DE ESTADO

Y DEL DESPACHO

# DE JUSTICIA E INSTRUCCION PUBLICA.

### SECCION SEGUNDA.

El C. Presidente de la República ha tenido á bien aprobar el siguiente

*REGLAMENTO para el segundo Congreso de Instrucción convocado por la Circular relativa de la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública, fecha 19 de Junio último.*

Art. 1º El 2º Congreso se reunirá en esta Capital, en el salón de sesiones de la Cámara de Diputados, el día 1º de Diciembre próximo, y se clausurará el día 28 de Febrero del año entrante.

Art. 2º Formarán parte del Congreso:

I. Los representantes nombrados por los Gobernadores de los Estados, Distritos y Territorios Federales.

II. Los representantes de las escuelas profesionales, especiales y Preparatoria nombrados por los Directores respectivos, siempre que éstos últimos no puedan ser ellos mismos los representantes del establecimiento que dirigen.

III. Dos Directores de las Escuelas

primarias nacionales y dos de las municipales, unos y otros elegidos por la Secretaría de Justicia.

Art. 3º El 29 de Noviembre próximo á las doce del día, se celebrará una junta preparatoria, en la que los representantes y sus suplentes presentarán sus credenciales respectivas para que se asienten sus nombres en un registro, así como el del Estado ó Territorio que representen.

Art. 4º Esta Junta será presidida por el C. Secretario de Justicia é Instrucción pública, y en la misma se procederá á elegir un Presidente, un Vicepresidente, dos Secretarios y un Prosecretario, con lo que se tendrá por constituido el Congreso.

Art. 5º Las obligaciones del Presidente serán:

I. Abrir y cerrar las sesiones en los días y horas que se determinen.

II. Cuidar el orden en las discusiones, concediendo la palabra alternativamente, en pro y en] contra, á los miembros del Congreso, en el turno que la pidieren.

III. Autorizar con su firma las actas aprobadas de las sesiones.

IV. Determinar los dictámenes que deban someterse á discusión, por el orden en que los presenten las comisiones respectivas.

Art. 6º El Vicepresidente suplirá en sus faltas al Presidente y tendrá las mismas obligaciones que á éste impone el artículo anterior.

Art. 7º Las obligaciones de los Secretarios serán:

I. Extender y firmar las actas de las sesiones, dando cuenta al principio de cada sesión de la acta anterior.

II. Extender y firmar las comunicaciones oficiales que el Congreso dirija á los Gobernadores de los Estados ó á cualesquiera otros funcionarios ó corporaciones.

III. Dar cuenta al Congreso de los asuntos dictaminados, proposiciones ó comunicaciones que se le dirijan.

Art. 8º El Prosecretario suplirá y auxiliará en sus trabajos á los Secretarios, sujetándose á las obligaciones que á éstos impone el artículo anterior.

Art. 9º En los casos de falta absoluta ó temporal de los propietarios entrarán á funcionar los suplentes que serán llamados oportunamente por el Congreso.

Art. 10 las sesiones se celebrarán dos veces por semana en los días y horas que el Congreso designe, sin perjuicio de que sean más frecuentes cuando fuere necesario á juicio del mismo Congreso.

Art. 11. Para que haya sesión se requiere la concurrencia de más de la mitad de los miembros del Congreso, sin que en este número pueda nunca computarse á los representantes de las Escuelas.

Art. 12. Los puntos sobre que tiene que deliberar y resolver el 2º Congreso, serán los del cuestionario de 21 de Noviembre de 1889, que no fueron tratados por el primero, dando la preferencia á lo relativo á enseñanza primaria, escuelas normales y escuela preparatoria.

Art. 13. Para facilitar el estudio de los puntos, materia de resolución, se nombrarán tantas comisiones como cuestiones haya que tratar.

Art. 14. Estas comisiones se compondrán de cinco individuos cada una, y quedarán constituidas con los cinco primeros que se inscriban en el registro correspondiente. A falta de esto, los miembros de ellas serán nombrados por el Presidente, pudiendo una misma persona formar parte de dos ó mas comisiones á la vez.

Art. 15. Los proyectos de las comisiones deberán presentarse firmados por tres miembros de ellas, cuando menos, debiendo el que disienta fundar los motivos que tuviere para ello, y formular por escrito su proyecto particular sobre el punto materia de su estudio.

Art. 16. Quedan autorizadas las comisiones para pedir de las oficinas públicas las noticias y datos que consideren convenientes para la mejor resolución de las cuestiones que les están encomendadas.

Art. 17. Los representantes de las escuelas no tendrán voto, sino simplemente voz; pudiendo hacer uso de la palabra en las discusiones que hubiere, para el efecto de ilustrar con sus conocimientos especiales el asunto que las motivare.

Art. 18. En las discusiones de los proyectos de las comisiones, podrán hablar hasta por dos veces todos los miembros del Congreso que lo deseen, á cuyo efecto, una vez leído el dictamen respectivo, y el voto particular, si lo hubiere, el Presidente formará una lista de las personas que pidan la palabra en pro, y otra de las que la pidan en contra. Solamente con consentimiento del Congreso, se podrá hacer uso de la palabra por tercera vez. Los autores del dictamen que se discuta podrán tomar la palabra cuantas veces lo juzguen oportuno.

Art. 19. Comenzada la discusión, los individuos que hayan pedido tomar parte en ella, harán uso de la palabra sucesiva-



tivamente en pro y en contra, según el orden en que se hayan inscrito en la lista correspondiente.

Art. 20. Si discutido un proyecto fuere desechado, se discutirá en seguida el voto particular, si lo hubiere, y en caso contrario ó en el de ser igualmente desechado, la comisión presentará nuevo dictamen en el sentido de la discusión.

Art. 21 las sesiones serán públicas; la Mesa queda sin embargo autorizada para excluir al público siempre que el orden y la libertad de la discusión lo exijan.

Art. 22. Las votaciones de todos los proyectos se verificarán nominalmente y

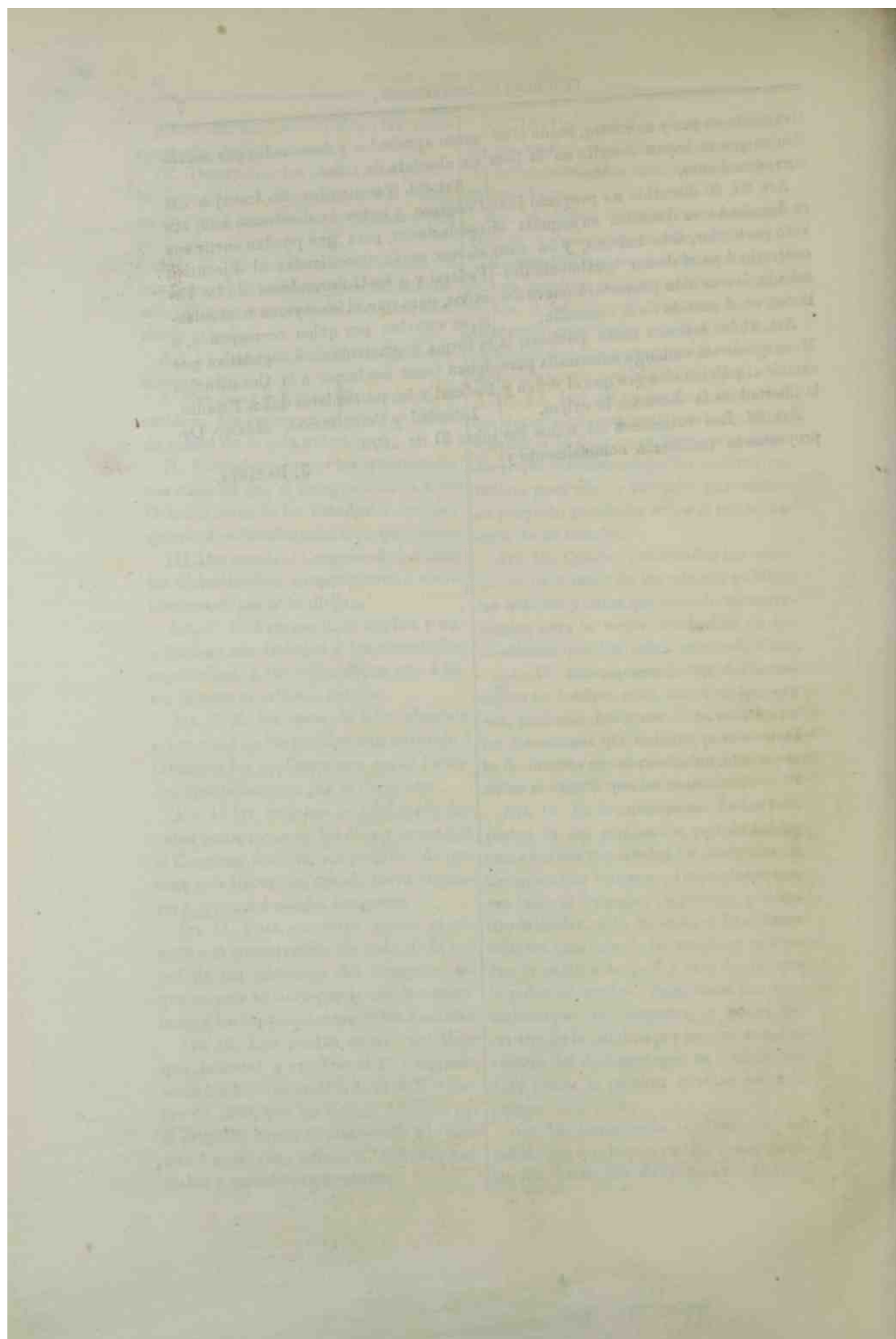
serán aprobados y desechados por mayoría absoluta de votos.

Art. 23. Terminados los trabajos del Congreso, y antes de disolverse éste, sus resoluciones, para que puedan surtir sus efectos, serán comunicadas al Ejecutivo Federal y á los Gobernadores de los Estados, para que, si lo creyeren conveniente, se sometan por quien corresponda, á la forma reglamentaria ó legislativa que deban tener conforme á la Constitución Federal y las particulares de los Estados.

Libertad y Constitución. México, Octubre 31 de 1890.

J. BARANDA.





# JUNTA PREPARATORIA

Verificada el día 29 de Noviembre de 1890.

PRESIDENCIA DEL C. LIC.

JOAQUÍN BARANDA, SECRETARIO DEL DESPACHO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA

A las doce y media se pasó lista de representantes de los Estados, Territorios y Distrito Federal, tanto propietarios como suplentes, resultando hallarse presentes veintiuno, número suficiente conforme al Reglamento respectivo; dichos representantes son los siguientes:

Aguascalientes, Dr. Manuel Flores.  
Baja California, Sr. Profesor Manuel Cervantes Imas.  
Campeche, Lic. Miguel Serrano.  
Chiapas, Sr. Profesor Miguel Schulz.  
Coahuila, Sr. Profesor Emilio Baz.  
Colima, Ingeniero Antonio García Cubas.  
Distrito Federal, Sr. Profesor Andrés Oscoy.  
Durango, Lic. Justo Sierra.  
Guerrero, Lic. Alberto Lombardo.  
México, Dr. Luis E. Ruiz.  
Michoacán, Lic. Juan de la Torre (suplente.)  
Morelos, Ingeniero Francisco Bulnes.

Nuevo León, Ingeniero Miguel F. Martínez.

Puebla, Lic. Rafael Aguilar.

Querétaro, Sr. Profesor Ricardo Gómez.

Sinaloa, Lic. Francisco J. Gómez Flores.

Tamaulipas, Dr. A. de Garay.

Tlaxcala, Lic. Ramón Manterola.

Veracruz, Sr. Profesor Enrique C. Robsamen.

Yucatán, Lic. Adolfo Cisneros.

Zacatecas, Sr. Profesor José Miguel Rodríguez y Cos.

En vista de haber el número suficiente, el C. Presidente de la Junta Preparatoria la declaró constituida y se procedió a efectuar la elección de la Mesa Directiva, comenzando por la votación de Presidente.

Para hacer el escrutinio ocuparon el cargo de Secretarios interinamente, los CC. Luis E. Ruiz y Alberto Lombardo.

En la votación obtuvieron 14 votos el Congreso de Instrucción.—Segundo período.—2.

Sr. Sierra, 4 el Sr. Serrano uno el Sr. Rébsamen, uno el Sr. Lombardo y uno el Sr. Parra.

El C. Presidente de la Junta declaró electo Presidente efectivo del segundo Congreso Nacional de Instrucción al Sr. Lic. Justo Sierra.

En la votación de Vicepresidente obtuvieron 10 votos el Sr. Manuel Flores 5 el Sr. Serrano, 4 el Sr. Rébsamen, uno el Sr. Gómez Flores y uno el Sr. Parra.

Por no haber mayoría se repitió la votación entre los señores Flores y Serrano, resultando 14 votos en favor del Sr. Flores, 6 en favor del Sr. Serrano y uno que obtuvo el Sr. Gómez Flores.

El C. Presidente declaró electo Vicepresidente del Congreso al C. Dr. Manuel Flores.

Se hizo simultaneamente la elección de 1.º y 2.º Secretarios, resultando electo 1.º Secretario el Sr. Ruiz por mayoría de 15 votos.

No habiendo resultado mayoría en la elección de 2.º Secretario se repitió dicha votación entre los señores Cervantes, Imaz y Alberto Lombardo, obteniendo 12 votos el segundo, contra 9 el primero.

El C. Presidente declaró electo 2.º Secretario al C. Lic. Alberto Lombardo.

En la votación de Prosecretario, obtuvieron 6 votos el Sr. Cervantes Imaz, 3 el Sr. Aguilar, 3 el Sr. Gómez Flores, 3 el Sr. Cisneros, 2 el Sr. Gómez R., 2 el Sr. Manterola, uno el Sr. Bulnes y uno el Sr. Garay.

Habiendose repetido la votación entre los cuatro primeros, solo hubo 20 cédulas en lugar de 21 y tampoco resultó mayoría, por consiguiente, se repitió la votación entre los señores Cervantes y Gómez Flores, alcanzando 8 votos el primero y 12 el segundo.

El C. Presidente declaró electo Prosecretario al C. Francisco Gómez Flores.

Terminada la votación el C. Secretario de Justicia declaró constituido el 2.º Congreso Nacional de Instrucción cediendo el puesto de Presidente al Sr. Sierra y retirándose en seguida, acompañado de los Directores de Establecimientos Públicos de enseñanza designados al efecto por la Mesa.

La Secretaría dio lectura á una proposición suscrita por los Sres. Sierra, Lombardo, Ruiz, Flores, Cervantes J. y Bulnes, para que se nombrara Presidente Honorario del 2.º Congreso de Instrucción, al C. Ministro de Justicia, Lic. D. Joaquín Barauda.

Dicha proposición, fué aprobada por aclamación.

En seguida se citó á los ciudadanos representantes para el día 1.º de Diciembre á las once de la mañana, á la sesión inaugural, y se abrió el registro de comisiones.

A la una y media de la tarde se levantó la sesión.—*Luis E. Ruiz*, Secretario.—*Rúbrica*. — *Justo Sierra*, Presidente — *Rúbrica*.

## SESION

DEL DIA 1º DE DICIEMBRE DE 1890.

## PRESIDENCIA

DEL C. LIC. JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. Representantes, Aguilar, Balnes, Cervantes J., Cisneros Diez Gutiérrez, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Nicoli, Oscoy, Rébsamen, Rodríguez y Cos, Ruiz, Schulz. Serrano y Directores, Barreiro, Alvarez y Guerrero, Gutiérrez Nájera, Lascuáin, O'medo, Salinas, Salazar, Sosa, Medo y Zayas.

A las once y media de la mañana, se pasó lista y habiendo el número suficiente de representantes, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

El Sr. Serrano hizo uso de la palabra para manifestar que la comisión nombrada para comunicar al Sr. Presidente de la República, la instalación del 2º Congreso Nacional de Instrucción, había cumplido con su encargo.

El Sr. Lombardo, manifestó igualmente que la comisión nombrada para participar al C. Secretario de Justicia e Instrucción Pública, la instalación del Congreso y el nombramiento que hizo en dicho funcionario de Presidente Honorario de la misma Corporación, había desempeñado también su cometido.

La Secretaría dió lectura á la siguiente lista de las comisiones ya constituidas.

*Enseñanza primaria elemental.*—CC. Antonio García Cubas, Enrique C. Rébsamen, Miguel F. Martínez, Ricardo Gómez y José Miguel Rodríguez y Cos.

*Enseñanza primaria superior.*—CC. Miguel Schulz, Ramón Manterola, Manuel

Cervantes Imaz, Miguel F. Martínez y Ricardo Gómez.

*Títulos*—CC. Manuel Cervantes Imaz, Adolfo Cisneros, Andrés Oscoy, Rafael Aguilar y Rosendo Pineda.

*Escuelas Normales.*—CC. Enrique C. Rébsamen, Miguel F. Martínez, M. Rodríguez y Cos, Ricardo Gómez y Miguel Serrano.

*Enseñanza preparatoria.*—Fracción A.—CC. Porfirio Parra, Francisco J. Gómez Flores, Alberto Lombardo, Luis E. Ruiz y Manuel Flores.

*Enseñanza preparatoria.*—Fracción B.—CC. Miguel Schulz, Emilio Baz, Rafael Aguilar, Ramón Manterola y Rosendo Pineda.

La Mesa dispuso, que las dos comisiones de enseñanza preparatoria se unieran en sus trabajos para formar un solo dictamen; manifestó también que los directores de establecimientos de enseñanza que formarían parte del Congreso, podrían inscribirse á su vez en las comisiones que gustasen. Dijo, además, que no conteniendo el Reglamento prescripción acerca de la organización interior de las comisiones, éstas quedaban libres para elegir su presidente y su relator.

Por conducto de la Secretaría propuso la Mesa que para que las comisiones tuvieran tiempo de discutir y redactar sus dictámenes, la siguiente sesión se fijase para el día 16 del mes en curso á las cinco y media de la tarde.

Esta última proposición fué aprobada por unanimidad y en seguida se dió por terminada la sesión.—*Luis E. Ruiz.*

## SESION

Del día 16 de Diciembre de 1891.

PRESIDENCIA DEL Sr. DR. MANUEL FLORES.

Asistencia de los Sres. Representantes



Aguilar, Baz, Cervantes J., Cervantes I., Cisneros, Cosmes, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola Nicoli, Oscoy, Pérez Verdía, Rébsamen, Rivas, Rodríguez y Cos Miguel, Schulz, Sierra y el Secretario que suscribe; y Directores, Alvarez y Guerrero, Barreiro, Contreras, Lascurain, Gutiérrez N., Macedo, Salinas, Salazar, Olmedo, Sosa y Zayas.

A las cinco y cuato se pasó lista de Representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

Se dió cuenta con varias comunicaciones de la Secretaría de Justicia en que participa que los directores ó personas que representarán á las Escuelas Nacionales, son como sigue:

Escuela Normal de Profesores, C. Manuel M. Contreras.

Idem, ídem de Profesoras, C. Manuel Barreiro.

Conservatorio Nacional de Música, C. Francisco Ortega.

Escuela de Comercio, C. José M. Gamboa.

Idem de Medicina, C. Secundino Sosa.

Idem de Artes y Oficios, C. Agustín García Conde.

Idem de Bellas Artes, C. Román Lascurain.

Idem de Agricultura, C. Damián Flores.

La Secretaría manifestó que se habían presentado los CC. Miguel S. Macedo y Manuel Gutiérrez Nájera, representante el primero de la Escuela N. de Jurisprudencia y el segundo de las Escuelas dependientes de la Secretaría de Gobernación.

De conformidad con el art. 14 del Reglamento, la Mesa integró las siguientes comisiones:

#### *C.—Escuelas Especiales.*

C. Pedro Díez Gutiérrez.

« Adolfo Cisneros.

« Manuel Cervantes Imaz.

« Patricio Nicoli.

« Luis Pérez Verdía.

#### *Instrucción profesional, I y II.*

C. Francisco Bulnes.

« Fernando Ferrari.

« Francisco Cosmes.

« Alberto Correa.

« Miguel Serrano.

#### *Estudios de Jurisprudencia.*

C. Lic. Rafael Aguilar.

« « Alberto Lombardo,

« « Patricio Nicoli.

« « Eutimio Cervantes y

« « Carlos Rivas.

#### *Estudios de Medicina.*

C. Dr. Manuel Flores.

« « Porfirio Parra.

« « Luis E. Ruiz.

« « Pedro Díez Gutiérrez y

« « Ramón Manterola.

#### *Estudios de Arquitectos.*

C. Miguel Schulz.

« Emilio Baz.

« José Miguel Rodríguez y Cos.

« Antonio García Cubas y

« Francisco Bulnes.

#### *Estudios de Artes y Oficios.*

C. José Miguel Rodríguez y Cos.

« Manuel Cervantes I.

« Guillermo Prieto.

« Rafael Reyes Spíndola.

« Fernando Ferrari.

La Secretaría leyó una proposición suscrita por los Sres. Rafael Aguilar, Francisco Gómez Flores, Patricio Nicoli,



Enrique C. Rébsamen, Miguel F. Martínez, Manuel Flores, Miguel Schulz, Francisco G. Cosmes, Andrés Ozcoy y Adolfo Cisneros, en que dichos representantes solicitan del Congreso que se tome en consideración y se apruebe con dispensa de trámites, la siguiente adición al cuestionario:

UNICA.—Se incluye entre los temas del 2º Congreso Nacional de Instrucción pública, la adición hecha al cuestionario del primer Congreso, relativa á la sanción del precepto de enseñanza laica.

En votación económica dicha proposición fué tomada en consideración y aprobada por unanimidad, con dispensa de trámites.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Representante de Puebla, para la lectura de un dictamen.

EL C. AGUILAR.

Señores:

Se nos pregunta si conforme al art. 3.º de la Constitución, el profesorado de instrucción primaria elemental necesita título para su ejercicio; y esta tesis no es ciertamente la menos difícil y trascendental de todas las que se han traído al debate. Abrigamos por consiguiente el temor de defraudar las esperanzas del Congreso, y este temor sube de punto, si se considera que la misma escuela liberal se encuentra dividida acerca de la interpretación que deba darse á la libertad de enseñanza. Sería, pues, en nosotros, rarísima fortuna que, francamente, no creemos poseer, la de conciliar las diversas opiniones que se disputan el privilegio de la verdad, y de poner en tan delicado asunto la solución más atinada.

Para proceder con orden, hemos creído conveniente dividir este trabajo en dos partes. En la primera consideraremos la cuestión bajo el aspecto técnico, pedagógico, y analizaremos en la segunda el pre-

cepto constitucional, según su letra y espíritu, para deducir de estos análisis si la exigencia de este título está ó no de acuerdo con el predicho artículo.

\* \* \*

La educación en su noble carácter biológico y sociológico, constituye una ciencia y un arte; es un auxiliar muy valioso para las otras artes y ciencias, y entra como factor indispensable en el progreso de la humanidad.

La Pedagogía, ciencia y arte de la educación, estudia las leyes del desarrollo físico, intelectual, moral y estético del hombre; y al establecer reglas para ayudar y regularizar ese desarrollo, en cambio del apoyo que presta á las otras ciencias y artes, sus hermanas, pone á todas á contribución para conseguir el fin común: la cultura del individuo, el perfeccionamiento social.

La medicina enseña la manera de conservar la salud y la vida; la Jurisprudencia el modo de dar á cada uno lo que por derecho le pertenece, y la Pedagogía el procedimiento para educar y para inculcar conocimientos. Y si para ser médico ó abogado se necesitan estudios especiales, no hay razón alguna para no exigirlos á quienes se dedican á la profesión más difícil: la de dotar á los pueblos de ciudadanos instruidos y dignos.

Hasta poco ha se creía que para ser maestro de escuela bastaba saber leer, escribir y contar, para enseñar á los niños la lectura, la escritura y la aritmética. Ahora domina la idea de que son suficientes los conocimientos en los ramos de instrucción que se enseñan en las escuelas, para calentar estos nidos sublimes de la inteligencia humana con el fuego sagrado de la ciencia y de la virtud. ¡Qué idea tan mezquina, que pobre concepto de la misión escolar!

La experiencia, crisol de la observación, ha depurado el principio de que pa-

ra enseñar, y mucho más para educar, no basta poseer profundos conocimientos en las materias de enseñanza. Muchos sabios no pueden ser maestros no pueden ser educadores. Y si entre nosotros, lo mismo que en otras naciones, los literatos, por el mero hecho de serlo, se juzgan con aptitud para dirigir una escuela, esto lo único que pone de manifiesto es una de tantas causas del atraso que en materia de instrucción pública se observa en un país en donde á tan considerable altura se han elevado las instituciones políticas y cuyas mejoras materiales han conseguido fijar la atención del mundo civilizado.

El maestro, además de disposiciones oficiales, necesarias en ésta como en cualquiera otra carrera profesional; además de una vocación decidida y conocimientos nada vulgares en las asignaturas de enseñanza, necesita otros conocimientos más extensos todavía y otras cualidades y otros requisitos que no llega á adquirir sino por medio de una preparación *ad hoc*, careciendo de la cual, se expone á causar un grave perjuicio á sus educandos, y á la sociedad un mal irremediable. De aquí la necesidad de las Escuelas Normales de aquí la necesidad de título para el profesorado de instrucción primaria; porque sin este título, ni la familia ni el Estado podrán tener nunca la garantía de que sus hijos, los futuros ciudadanos reciban la educación escolar completa, á que tienen derecho indiscutible, y que la familia y el Estado están obligados á proporcionarles.

El profesor de instrucción primaria no debe poseer únicamente los conocimientos elementales que va á inculcar; se haya compelido por deber y por conciencia á darles mayor amplitud y á profundizarlos con el estudio asiduo de todos los ramos del saber humano. Sólo así le será dable, siguiendo el consejo de Bacon, transformar las más arduas cues-

tiones científicas en manjar agradable para la inteligencia infantil, adoptándolas al desarrollo de ésta, á la manera que las industriosas abejas convierten el sumo de las flores, á veces venenoso, en miel dulce y riquísima.

El profesor de instrucción primaria requiere el conocimiento de todos los sistemas, métodos y procedimientos empleados en la enseñanza, antiguos y modernos, malos y buenos; pero no un conocimiento superficial, sino profundamente filosófico, teórico y práctico. Necesita saber cómo se organiza y dirige una escuela, cómo se desempeña una cátedra, cómo se forman los programas de enseñanza. Le es indispensable darse cuenta exacta de la naturaleza del niño en general, del carácter especial de cada alumno, del modo como se desarrollan las facultades todas y de la manera de adaptar su enseñanza á estos datos, sin los cuales nunca logrará el fin educativo.

Si el maestro desconoce el verdadero objeto de la educación y la naturaleza del niño y los medios y procedimientos propios para enseñar y para regir una escuela, si ignora que las facultades mentales no se cultivan sino por un prudente ejercicio, y que este ejercicio en calidad y cantidad lo proporcionan los diversos ramos del saber; que es posible hallar medios de instrucción apropiados al cultivo de cada facultad; que los hombres poseen diferentes gustos y aptitudes que convenientemente dirigidos los preparan á llevar sus deberes en las diversas esferas de la vida práctica; que las facultades de percepción son las más enérgicas y activas en la niñez; que la naturaleza presenta al investigador antes lo concreto que lo abstracto, antes las cosas que las voces ó signos, antes los hechos y fenómenos que las leyes y principios, antes el todo que sus partes; que en atención al orden en que se desarrollan con mayor fuerza las facultades intelectuales, después de las



perceptivas vienen la memoria, la imaginación, el juicio y el raciocinio; que la mente adquiere sus conocimientos por medio de los sentidos y los generaliza por medio de la razón, por lo que las diferentes clases de ciencias requieren diferentes métodos de enseñanza; si el maestro no se penetra de la naturaleza y desarrollo de la mente, de sus necesidades y medios de cultura y de su adaptación en cada caso determinado á la adquisición de conocimientos; y si el maestro, decimos, carece de estos requisitos y de otros muchos que sería largo enumerar, ese maestro no merece semejante nombre, no enseña, no educa, no llena los preceptos de la Pedagogía moderna ni podrá satisfacer las legítimas aspiraciones que en este particular alienta el Ejecutivo Federal, ni coadyunar á los propósitos de este Congreso.

Sólo estimando en su justo mérito los altos fines de la educación escolar, puede alcanzarse cuán peligroso es confiarla en manos de maestros empíricos. La escuela bien gobernada proporciona á la familia miembros ilustrados, aptos para impartir á sus tiernos vástagos esa primera educación que tanto influye en la suerte del hombre: la educación doméstica. Esa misma escuela enriquece al Estado, con ciudadanos útiles y probos, que contribuyendo eficazmente á lo que muchos llaman educación social, y en la que todos, cual más cual menos, somos maestros y discípulos, honran á la patria y á la humanidad y establecen las sólidas bases de un porvenir lisonjero. Pero es indudable, señores, que ni esto ni mucho menos será nunca la obra de un maestro rutinario. El habil pedagogo, al cuidar de la salud física de sus educandos é inculcarles el amor á la verdad, á la virtud y á la belleza, les proporciona los elementos necesarios para labrar su propia dicha, en cuanto es posible, y para contribuir á la felicidad y al progreso del medio en que viven. El ma-

estro empírico, por el contrario, lejos de conseguir resultado tan halagador, imparte una educación que sólo por sarcasmo puede llamarse tal. Atentando á menudo contra la higiene, desatendiendo el cultivo de los sentidos, que mejor que ventanas de la inteligencia merecen ser llamados vehículos del saber, matando el espíritu de observación, fuente de lo conocido y madre predestinada de lo por conocer; atestando la memoria con reglas indigestas, inútiles y aun perjudiciales al desarrollo intelectual y moral, y sin parar mientes en la cultura estética, el maestro empírico, que recibe de la familia y de la sociedad un ser lleno de vida y ansioso de crecimiento, les devuelve un ente raquítico, con sus facultades amortiguadas insensible á lo que le rodea, con odio al estudio, sin afición al trabajo, sin amor á la patria, é indiferente al culto de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello.

El maestro de que tratamos, por los resultados que obtiene, se parece al jardinero que por ignorancia ó torpeza tuerce la dirección de los árboles encomendados á su cultivo, ó el agricultor que deseando abonar un terreno, lo convierte en fangal inmundado ó lo llena de piedra granítica. Y no es hoy cuando se advierten los fatales resultados de una mala educación. Ya el insigne Rousseau, al aconsejar que se cultivasen con el más diligente cuidado los sentidos de los niños, comprendía que la falta de atención y de vigor mental es frecuentemente confundida con defectos naturales, y que mientras mejor desarrollados están los sentidos, la percepción es más clara, más fiel la memoria, el juicio más exacto y más lógico el raciocinio. Los educadores modernos están de acuerdo en desechar el empirismo en la enseñanza y hasta llegan á tolerar el empleo de algunos sistemas antiguos de resultados exigüos ó nugatorios, antes que permitir que un maestro, sin la preparación debida, se sirva de los nuevos

sistemas ó métodos que con tan justo celo se propone implantar el Congreso en la vasta extensión de la República.

Ante verdades tan claras, la comisión no duda de que el Congreso se apresurará á exigir á los profesores de instrucción primaria una preparación especial y el título que la acredite.

Y no se nos arguya que hasta ahora casi todas nuestras escuelas están confiadas á la dirección de maestros incompetentes; ya dejamos expuesto que esta es la causa principal de nuestro atraso en materia de educación primaria, para cuyo remedio se encuentra deliberando esta Asamblea, y que contrasta notablemente con los adelantos obtenidos en otros ramos de la administración. El Señor Secretario de Justicia é Instrucción Pública, deseando con patriótico empeño remover aquel obstáculo, consignó el tema, objeto del presente dictamen, entre los de importante resolución; y en su discurso inaugural, notable bajo todos conceptos, dijo que la instrucción primaria no debía confiarse á maestros empíricos.

Algunos opinan que cualquier individuo de mediana instrucción es idóneo para las labores educativas con solo remitir á los buenos pedagogos, á la manera que muchos obreros é industriales proceden en su trabajo cotidiano, imitando mecánicamente á sus directores. No negaremos que en muy contadas ocasiones haya habido personas que sin preparación especial lleguen á conseguir algún éxito como profesores de instrucción primaria. Pero sobre constituir esto una excepción de la regla, es sobrado peligroso generalizar el principio, y como dice un educador contemporáneo, ese procedimiento meramente imitativo, indigno del hombre, en cualquier oficio que ejerza, resulta casi criminal cuando se emplea en la educación de seres humanos, cuyo bienestar y felicidad pueden comprometerse.

Quizá se objete á la Comisión que al

aprobarse la necesidad del título para el profesorado de instrucción primaria, se opondría un serio obstáculo al precepto de enseñanza obligatoria; porque careciendo México del número suficiente de maestros titulados para dirigir las escuelas que existen en la actualidad, y necesitando establecer muchas más para hacer efectivo aquel precepto, la realización de éste resultaría imposible. Para obviar este inconveniente, la comisión opina que la ley respectiva debe precisar los casos de excepción forzosa, que en tesis general pudieran reducirse á la falta absoluta ó relativa de profesores titulados, en una población, sujetando además á los empíricos que aspiren á regir una escuela á pruebas formales que acrediten su aptitud pedagógica, siquiera sea ésta mediana para no excitar desconfianza, y en tanto se presenten personas que hayan hecho estudios especiales en la materia y posean el correspondiente título.

En este particular, bien podía equipararse el empirismo con el sistema que lleva el nombre de Lancasteriano ó Monitorial. Conocido es el auxilio que éste prestó á la escuela primaria y la aceptación que tuvo en el mundo civilizado mientras se creyó que el objeto de aquella era exclusivamente enseñar á leer, escribir y contar, y que ni los padres de familia ni el Estado tenían obligación ineludible de educar á los niños, á quienes se consideraba hacer un verdadero favor, impartiendoles tan mezquina enseñanza. Entonces, por lo raquítrico de ésta, por lo poco que en ella se gastaba y por el reducido número de preceptores y de escuelas, fué hasta cierto punto una exigencia el sistema de Monitores, para evitar que la mayor parte de la niñez quedase sumergida en las densas tinieblas de la ignorancia. Mas al presente, gracias á los progresos de la Filosofía y Pedagogía modernas, y reconocido tanto el derecho que el niño tiene á la educación, cuanto las obligaciones recíprocas



en esta materia, por parte de la familia y el Estado, aquel sistema es rechazado en absoluto por Suiza y Alemania, y conservado sólo para las cosas de extrema necesidad, y eso con muchas reformas, por algunos países como Francia, Holanda y aun por la misma Inglaterra. Pues bien, señores sin negar que el empirismo en materia de enseñanza, fué de alguna utilidad en pasadas épocas, ya es tiempo de que le expidamos su pasaporte, tolerándolo únicamente en aquellas escuelas que no pueden por algún tiempo proveer se de maestros titulados. Y así como con el transcurso de los años y el gradual y notable aumento de planteles educativos y de profesores, fué desechándose poco á poco el sistema monitorial, de idéntico modo irá desapareciendo el obstáculo que hoy nos preocupa; y merced á los mismos factores y á nuestras escuelas normales, contaremos pronto con el número suficiente de maestros titulados, para dar gracias al empirismo por sus servicios, rechazándolo con la misma energía con que Suiza y Alemania han condenado al abandono el antes aceptable sistema Bell y de Lancaster.

La comisión está profundamente convencida de que el precepto que consulta lejos de constituir un obstáculo, es una consecuencia ineludible del carácter uniforme y obligatorio que hemos asignado á la instrucción primaria. Si queremos uniformarla, elevándola á la altura que merece, con un programa amplio y los mejores sistemas, no consintamos que en unas escuelas se realicen nuestros deseos y en otras se dé un simulacro de instrucción por quienes son incapaces de satisfacer los fines que el Congreso se propone. Exijamos para todas las escuelas maestros idóneos, con el título justificativo de su competencia, exceptuando tan sólo aquellos casos supremos, con las taxativas ya mencionadas. Y si al Estado asiste perfecto derecho para hacer *obligato-*

*ria* la instrucción primaria, es innegable que también lo tiene indiscutible para velar por el cumplimiento de este precepto y prevenir sus infracciones, cerciorándose de que los niños adquieren todos los conocimientos que considera indispensables. Pues bien, uno de los medios lógicos para adquirir esta certidumbre ó impedir que el precepto sea burlado, es confiar las escuelas á personas que por sus dotes, sus estudios, conocimientos y demás requisitos, hayan alcanzado el título profesional. Estos maestros podrán realizar los propósitos del Estado; pero imposible esperar otro tanto de los empíricos.—Señores: formar un amplio programa de instrucción obligatoria, elevar la Escuela primaria al rango que reclama con urgencia y pretender al mismo tiempo que ese programa sea desarrollado y esa Escuela dirigida por la ignorancia y la rutina, es más que ocioso, ridículo.

No faltará quien nos replique que el título no siempre envuelve aptitud y ciencia, y que muchas personas que de él carecen son más competentes que otras que lo poseen. A este argumento, esgrimido siempre que se ha tratado de la libertad profesional, respondemos desde luego: 1º Mientras más peligros hace temer el ejercicio empírico de una profesión, mayores son las restricciones que deben ponerse, y es indudable que el título es una de tantas restricciones y acaso la más preventiva. 2º Que hay profesiones que necesitan título para su ejercicio, lo cual es cosa generalmente admitida. 3º. El magisterio de instrucción primaria es la profesión que mayores peligros ofrece, en razón de que no afecta á reducido número de individuos ó determinados intereses, sino á la familia, á la sociedad, á la patria, á la humanidad entera; y los daños causados por una mala educación son por lo general irreparables, de mayor trascendencia social y no de tan fácil conocimiento como los ocasionados por la impericia de un Médico, un Abogado, un Ingeniero, etc.



Otra de las ventajas inherentes á la adopción del principio que consultamos, es la de convertir la enseñanza en ocupación permanente y dignificar el magisterio. Consta á todos los señores Delegados el poco ó ningún aprecio que por lo general se dispensa entre nosotros al maestro de escuela; y ¿por qué motivo? Porque el profesorado está abierto para todos, porque se cree que cualquiera puede enseñar. Los abogados y médicos sin clientela, los estudiantes ramplones y todos aquellos que no alcanzan éxito en otras esferas del trabajo social, solicitan la dirección de una escuela ó de una cátedra, en espera de mejores tiempos y circunstancias y sólo como un refugio salvador. Y estos advenedizos de la instrucción, maldiciendo de su suerte y de la necesidad que los encadena á la enseñanza, sin las dotes y aptitudes indispensables y sin preocuparse de su reputación pedagógica, pues su propósito único es mejorar de condición en cuanto se presente el momento oportuno, asumen con la mayor sangre fría el carácter de educadores, sin comprender siquiera la grave responsabilidad en que incurren. Esta impune facilidad con que se asalta la escuela, desprestigia al Magisterio, descorazona á los buenos preceptores, impide la formación de otros nuevos, entibia el celo de la sociedad en pro de la educación, y conspira, en resumen, contra el progreso y bienestar de la patria y contra la civilización universal. Exijamos, pues, al profesor de instrucción primaria, el título comprobante de su aptitud, y así, cumpliendo con uno de nuestros más sagrados deberes, elevaremos al Magisterio á la dignidad que imperiosamente demanda la evolución moderna.

La comisión juzga conveniente advertir, que en su humilde concepto, y para conseguir el fin á que se aspira, las Escuelas Normales deben ser las únicas autorizadas para calificar la aptitud de los

aspirantes al título de profesores de instrucción primaria, procediendo al efecto á los exámenes y demás pruebas á que aquellos hayan de sujetarse, y expidiendo en seguida el título respectivo, si para ello están facultadas, ó comunicando el resultado de los exámenes al Ejecutivo, al Consejo supremo de instrucción ó á quien conforme á la ley corresponda expedir el título de que tratamos. De este modo se evitará que los Ayuntamientos ú otras corporaciones no docentes, puedan habilitar profesores, como desgraciadamente acontece en algunos puntos de la República, y todos los miembros del Magisterio mexicano ocuparán en breve el honorífico puesto que justamente les corresponde.

\*\*\*

Demostrada así, á la luz de la razón, la conveniencia de exigir título, como garantía social, al profesorado de instrucción primaria, veamos ahora si el precepto constitucional relativo por su letra y por su espíritu acepta y autoriza tal conveniencia. Este es el punto concreto de nuestro trabajo, que en último análisis se ha reducido á investigar el verdadero sentido del art. 3º de la Constitución, y de los que con él se relacionan.

Por cierto que si sólo á la letra de ese artículo hubiéramos de atenernos para resolver las dificultades que encierra, con ser ya tantas, subirán de punto, pues dicho artículo no puede comprenderse en toda su plenitud sin tener á la vista el que le sigue, esto es, el 4º que dice, como ya es sabido: "Todo hombre es libre para abrazar la profesión, industria ó trabajo que le acomode, siendo útil y honesto y para aprovecharse de sus productos. Ni uno ni otro se le podrá impedir sino por sentencia judicial, cuando ataque los derechos de tercero, ó por resolución gubernativa dictada en los términos que

marque la ley cuando ofenda los de la sociedad.»

En efecto, cualquiera que haya sido el lugar que en el Proyecto de Constitución tuviesen esos artículos, pues el 3º era el 18 del Proyecto y el 4º el 17, y cualesquiera también los motivos para colocar sus preceptos donde hoy existen, motivos que no censuramos, pues harto bien nos hicieron los legisladores de 57, la verdad es que hoy se encuentran colocados en el lugar que tienen y en él debemos estudiarlos mientras otra cosa no se determine en el modo y forma prescritos de antemano. Y para proceder con acierto en nuestro estudio, si es que acierto cabe en personas de tan notoria incompetencia como las que subscriben este dictamen, valiéndonos con Savigny de los cuatro elementos que para la interpretación nos aconseja, deberemos, al comenzar por el gramatical, fijar el sentido de las palabras que se han reputado de significación dudosa: «Enseñanz : derivado del latín *in*, en, y *signum*, signo, nos da á entender el método ó sistema de proporcionar instrucción; ó á decir mejor en nuestro lenguaje constitucional: *el derecho que tiene todo hombre de manifestar metódica y ordenadamente los conocimientos útiles que posee á fin de que otro se los asimile.*»

«Profesión» del latín *pro*, en defensa, por causa, en frente, fin, según, y de *favor*, confesar, decir la verdad, declarar; de suerte que para definir la palabra *profesión* sólo atendiémos á su etimología, veíamos que se refiere nada más al orden científico; pero si le damos la extensión que le concede el Diccionario del idioma, diremos que es, el empleo, arte ú oficio habitual, de alguna persona y con el cual gana el sustento.

«Título—*titulus*.» Despacho ó instrumento dado para ejercer algún empleo ó dignidad, licencia, permiso, facultad ó autorización. Con esto nos basta: tenemos ya el elemento gramatical.

Veamos qué nos dice el histórico: mas para encontrarlo recordemos las palabras de nuestros ilustres constituyentes, y oigamos los comentarios que tres eminencias en Derecho Constitucional hacen á los artículos que venimos examinando.

Don Manuel Hernando Soto, que fué quien abrió la discusión del artículo 3º, después de manifestar todo lo que debía esperarse de la libertad de enseñanza, concluye su discurso con estas palabras: «Cuando esa libertad haya producido sus frutos, no diremos de México lo que dijo Lord Byron, de la Grecia: «todo es hermoso menos la suerte del hombre.» El Gobierno debe determinar los autores de la enseñanza y esto es suficiente: los autores más á propósito, los más ilustres en la materia, los más conformes al desarrollo completo de la democracia.

Por la elección que se haga de los autores de signatura, se elevará la inteligencia del pueblo á la altura del siglo en que vivimos. . . . . Cada vez que esta augusta Asamblea aprueba un artículo sobre los derechos del hombre, ataca una preocupación ó suprime un abuso. Suprimamos los abusos, pulvericemos las preocupaciones en materia de enseñanza, decretando la libertad y no exigiendo de los jóvenes más que la aptitud probada y reconocida plenamente por medio del examen.»

El Sr. Balcárcel, declarando que ni por sistema, ni por educación es partidario del monopolio de la enseñanza, ataca sin embargo el artículo porque teme que abra la puerta al abuso y á la charlatanería, y los padres de familia puedan ser engañados por traficantes de enseñanza con lo cual queriendo quitar trabas á la instrucción se le pondrán al verdadero progreso

El orador quiere que se generalice la Instrucción, que se remuevan todos los obstáculos, pero cree indispensable que la enseñanza esté vigilada por el Estado.



El Sr. Velázquez aprueba la libertad de enseñanza; pero juzga conveniente alguna restricción en favor del Estado.

El Sr. Mata quiere que no se tomen más precauciones que la de exigir título para el ejercicio de algunas profesiones.

El Sr. García Granados opina que los que enseñan deben ser antes examinados.

El Sr. Aranda crea que la vigilancia del Gobierno aparece en los exámenes cuando se trata de ejercer una profesión y así, lo que queda libre, es la elección de los medios para adquirir la enseñanza.

El Sr. Lafragua está conforme con el fin del artículo, pero desea la vigilancia del Gobierno como una garantía contra el charlatanismo. El Sr. Gamboa se decide por el principio de la Convención Francesa: «al individuo el culto, á la familia la enseñanza al Estado la calificación de las capacidades para las funciones civiles;» se detiene á exponer el sistema de la enseñanza en Francia y opina que la inspección de la Autoridad debe comenzar cuando el individuo quiera ejercer una profesión.

Oigamos ahora á los comentadores:

El Sr. Montiel y Duarte en su «Derecho Público,» tomo 5º, página 27, dice: «La enseñanza privada es libre: el poder público no tiene más intervención que la de evitar no se ataque la moral. Mas para el ejercicio de las profesiones científicas y literarias, se sujetarán los que á él aspiren á lo que determinen las leyes acerca de estudios y de exámenes.»

El mismo publicista en sus «Garantías individuales,» páginas 172, enseña: «que los derechos creados por el propio artículo 3º de la Constitución, deberán existir sin restricciones mientras no se expida la ley orgánica que ella requiere; pero el espíritu de ese artículo no fué nunca dejar enteramente libre el ejercicio; por el contrario, ha querido siempre que ciertas profesiones no sean ejercidas sino por los

que obtienen título, previa la verificación de algunos requisitos, cuyo detalle, lo mismo que la determinación de las profesiones que exijan título, quede confiado á una ley orgánica. De tales precedentes continúa el mismo autor, se desprende la verdad de que si al expedirse la Constitución hubiera sido enteramente libre el ejercicio de toda profesión, sin necesidad de título, mientras no existiera la ley orgánica que determinara qué profesiones exigían título para su ejercicio, libre continuaba el de todas ellas por no haber razón para restringir unas más bien que otras. Por el contrario, existiendo leyes que expresan determinadamente las profesiones que exigen título para su ejercicio, y siendo esto conforme á su espíritu, razón existe por demás para respetar estas restricciones hasta que la ley orgánica venga á confirmarlas ó modificarlas en su sentido literal. De manera que en el estado que hoy guardan las cosas, no pueden ejercerse sin título las profesiones siguientes: 1ª La de Maestro de primeras letras, si no es previa aprobación en los exámenes hechos conforme á la ley de 15 de Mayo de 69 y á sus respectivos Reglamentos. Castillo Velasco, «Derecho Constitucional,» página 22 dice: «Mas como hay algunas profesiones, fruto de la enseñanza, cuyo ejercicio sin los conocimientos convenientes puede ser dañoso al individuo y aun á la sociedad, la ley debe determinar cuáles sean esos conocimientos y cómo ha de probarse que se poseen. Por esta causa la Constitución, cuyo fin principal es garantizar la vida y seguridad del hombre, al establecer la libertad de enseñanza, establece también que una ley determinará qué profesiones necesitan título y con qué requisitos se deben expedir.

La ley á que se refiere este artículo constitucional, no está aún expedida supuesto que la de instrucción pública vigente, es reglamentaria de las escuelas del

Distrito Federal y aquella debe ser la ley federal como parte de la Constitución.»

Sin duda alguna que esta ley no vendría á restringir la libertad Constitucional, estableciendo los pormenores con que deben hacerse los estudios, ni lugares de forzosa asistencia, sino que determinará solamente qué profesiones necesitan un título para su ejercicio, qué conocimientos deben exigirse á los que aspiren á él, la manera con que pruebe el aspirante que tiene los conocimientos exigidos por la ley y la forma de los títulos que han de servir de garantía al público, para que puedan otorgar su confianza á los profesores á quienes tocan las prescripciones de la misma ley.

La ley debe favorecer la adquisición de todo género de conocimientos, establecer escuelas en que puedan adquirirse, dar á éstos toda libertad para que siempre se hallen al nivel de los progresos y de las artes y nunca señalar límites á la actividad intelectual ó moral del hombre.

Por último, el Sr. Ruiz, en su «Derecho Constitucional»: «Pero si la enseñanza es libre, por ser un derecho del hombre, como todo derecho supone la idea de deber, pues, que ambos no son más que una relación, que si se observa desde el punto de vista activo, se traduce por un derecho, y si se le mira bajo el punto de vista pasivo, es un deber: es claro que ese derecho del hombre trae consigo una obligación del mismo género, es decir, una obligación de enseñanza.

El sujeto en quien reside el derecho que corresponde á esa obligación, es el Estado, la Sociedad, por el interés natural que tiene de que todos los miembros que la componen, estén en aptitud de desempeñar la misión social que á cada uno toca á su paso por la vida.

Trayendo estas ideas al terreno de la práctica, diremos que el derecho del hom-

bre á la enseñanza, consiste en que no se pongan trabas para instruirse, para desarrollar su inteligencia, en suma, para alcanzar la profesión que cuadre á su aptitud ó al menos á su voluntad; el derecho de la sociedad consiste en que todos los individuos que la forman estén en posibilidad, por medio de la enseñanza primaria, de llegar á ser más tarde obreros en el gran trabajo de la profesión social.

De aquí se deduce, no sólo el derecho que tiene el Estado, sino la necesidad en que está de tomar por su cuenta la enseñanza primaria; en otros términos, la enseñanza debe ser gratuita, obligatoria y laica.

Gratuita, porque cabe en el interés de la sociedad que todos, pobres y ricos, estén en la posibilidad de dedicarse á la profesión ó industria que les acomode.

Obligatoria, porque este es el medio práctico de ejercer el derecho social relativamente á la enseñanza.

Laica, para evitar el predominio de una secta sobre las demás que se hallan también bajo la protección del Estado.

Cierta enseñanza clerical, tiene además, en todos los países, el peligro de que procura inculcar en el alma del niño, hartamente impresionable, ideas contrarias á las instituciones libres; y la Nación no debe permitir que se críen enemigos dentro de su seno.

«La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio y con qué requisitos se deben expedir. A primera vista aparece esta segunda parte del artículo como una restricción del principio de la enseñanza libre, consagrado en la primera parte; pero si se reflexiona en las máximas de derecho público que hemos venido desarrollando en estos estudios, se comprenderá que la sociedad tiene, como el individuo, «ciertos derechos propios que no son otra cosa que las condiciones necesarias para su existencia y desarrollo, y que en consecuen-



«cia, puedo y debe intervenir en todo aquello que se refiera á sus derechos. Ya sea que el ejercicio de las profesiones afecte su modo de ser ó su marcha política, ya sea solamente que tenga ella misma que emplear la actividad de esas profesiones en el servicio público; en ambos casos la sociedad tiene facultad de cerciorarse de la aptitud y demás requisitos por parte de los que intentan ejercer determinadas profesiones, cuyo ejercicio puede tener inmediata conexión con la vida social.

«Fuera de esta consideración, el ejercicio de las profesiones es y debe ser enteramente libre»

Con lo expuesto, ya tenemos los datos necesarios para la verificación histórica.

Ahora bien, si el elemento lógico nos aconseja que reconstruyamos el pensamiento del legislador con las relaciones lógicas que unen las diferentes partes de ese pensamiento, tendremos sin violencia, que ligados como están los arts. 3º y 4º de nuestra Suprema Ley, garantizan para la enseñanza y para las profesiones la más amplia libertad, es decir, libertad por parte de quien la da, libertad por parte de quien la recibe; pero cuando la enseñanza se convierte en profesión, de tal suerte que quien la ejerza, pretenda lucrarse con ella, entonces el Estado, cuya finalidad consiste en proporcionar á las personas físicas y jurídicas las condiciones necesarias para la realización de su actividad, el Estado, que tiene por objeto reprimir el abuso del derecho cuando este abuso es irreparable, como lo sería sin duda la mala educación de la niñez; el Estado, en fin, que debe garantizar los medios para la más amplia evolución del individuo, no podría cruzarse de brazos y abandonar la educación física, intelectual y moral del niño, al ignorante y al charlatán que desconociendo aun los preceptos elementales de la Pedagogía, se atreve, á falta de otros medios de subsis-

tencia, á establecer una escuela de instrucción primaria.

Cierto que todo hombre es libre para abrazar la profesión que más le acomode; pero es indispensable que la profesión sea útil, es decir, que mejore; es decir, que perfeccione; y cuando el maestro sin título, tiene á un pobre niño sentado en su banco haciendo que repita de memoria hechos aislados de Historia Sagrada y reglas abstractas que jamás puede entender, haciendo con esto que el ejercicio cerebral supere á la medida impuesta por la naturaleza, y que el estómago debilitado y el corazón latiendo con dificultad, formen y envíen respectivamente, sangre pobre, poco abundante y que circule con aterroradora lentitud, todo lo cual es funesto al vigor físico tan necesario para que la cultura intelectual sea una ventaja en el combate de la vida; cuando ese maestro rompe el ciclo pedagógico que comienza por la educación directa del individuo y concluye con ese refinamiento de la existencia constituido por el cultivo de las artes, ese maestro no ejerce una profesión útil; y con el pretexto de poner en práctica un derecho, lastima el derecho de la sociedad, se burla del Estado y asesina miserable y cobardemente á una porción de infelices niños, ó cuando menos, influye en que la descendencia de ellos, á su vez, sea raquítica y miserable.

Y no se diga que los padres de estos desventurados seres han ejercitado también un derecho al escoger ese maestro, pues por regla general estos padres no saben serlo, se cuidan poco de averiguar si el profesor de instrucción primaria tiene ó no título, y se contentan con matricular á sus hijos en la escuela más cercana á su habitación, sin preocuparse ni defenderlos del veneno que en dosis diaria están absorbiendo los seres para quienes se hallan más obligados; por eso el maestro se burla de ellos presentándoles á fin



de año un certificado que todo acredita, menos la aptitud del alumno.

Llegamos, por fin, al último elemento de interpretación; el sistemático, que tiene por objeto el lazo íntimo que une los preceptos interpretados en el seno de una vasta unidad.

¿Y cuál ha sido el sistema seguido por los constituyentes? Ya lo dijeron en el art. 1º. «El pueblo mexicano reconoce que los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales.» ¿Y se obsequia este sistema haciendo ilusorio, cuando no perjudicial, el derecho que el niño tiene á la educación? y si el padre del niño no quiere, no puede ó no sabe colocar'o en el medio indispensable para el ejercicio de sus derechos, ¿no tiene el Estado la obligación de garantizarlos?

Por otra parte, el hombre que adquiere cierta suma de conocimientos pedagógicos, obtiene por su trabajo un capital moral, permítasenos la frase, una propiedad para cuya seguridad necesita de garantías y si éstas han de dispensarse, á título de libertad de enseñanza se mata el estímulo para el cultivo de las ciencias.

Pero se nos dirá por los liberales que de buena fe sostienen la libertad de enseñanza llevada hasta el abuso, que aun no se expide la ley reglamentaria del artículo traído al debate, y que por tanto, mientras esa ley no determine las profesiones que necesitan título para su ejercicio, no podemos, sin cometer un delito de lesa-constitución, exigir título al profesor de instrucción primaria. A esto contestaremos: que no es necesaria para el asunto la aparición de esa ley; pero que si fuere precisa, los Estados se encuentran en su más perfecto derecho para reglamentar el artículo, y en su reglamento exigir título al profesor de instrucción primaria.

Se nos objetará, por último, que con nuestras interpretaciones hacemos ilusoria la libertad de enseñanza: no, señores

Delegados, nosotros y todo el mundo estamos en libertad para enseñar lo que nos plazca: en cada esquina, nos será permitido levantar una tribuna y en ella sus-  
tentar que Josué detuvo al sol en la mitad de su carrera; que si á cantidades iguales se les quitan ó agregan cantidades iguales, los resultados serán desiguales, ó que la resistencia opuesta por el agua á un cuerpo en movimiento, no es proporcional al cuadrado de la velocidad; si hay hombres bastante necios que se asimilen tales enseñanzas, dignos, muy dignos serán de llevar en su cerebro la más negra de todas las noches, la noche de la ignorancia; pero si un individuo armado sólo de instrucción tan asombrosa, quiere ejercer el santo magisterio á que nos referimos y lucrar con su profesión abriendo para ello el establecimiento respectivo, entonces el Estado, en ejercicio de sus altas funciones y en justo acatamiento á sus deberes, tiene obligación de evitar la burla y el escarnio que los maestros sin título hacen de los padres ignorantes, porque en último análisis, de ese escarnio y esa burla, participa también el Estado.

Por tanto, y á reserva de ampliar nuestros razonamientos, si fuere preciso, en el curso del debate, nos damos la licencia de someter á vuestra ilustradísima deliberación, las siguientes conclusiones:

1ª La ciencia y los intereses sociales reclaman de consuno que se exija título al Profesorado de instrucción primaria, fijándose por la ley los casos de excepción forzosa.

2ª El art. 3º y sus relativos de la Constitución general, no impiden que se exija dicho título.

México, 16 de Diciembre de 1890.

Rafael Aguilar, Presidente. — Adolfo Cisneros. — M. Cervantes Imaz. — Andrés Oscoy, Secretario.

Nuestro distinguido compañero el Sr. Pineda, disiente de nuestras opiniones en

orden á la interpretación del artículo constitucional, y se reserva, por tanto, el derecho de presentar voto particular.

EL C. SECRETARIO.—La Mesa dispone que se imprima y distribuya.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ricardo Gómez para la lectura de un dictamen.

EL C. GÓMEZ.

CUESTIÓN V.—*¿Qué materias de la enseñanza elemental obligatoria necesitan texto para su enseñanza, y qué condiciones deben reunir los que se adopten?*

CUESTIÓN VI.—*¿Qué métodos, procedimientos y sistemas deben emplearse en la enseñanza elemental?*

Tales son, entre otras, las delicadas é importantes cuestiones que la Comisión que suscribe ha de resolver, y á cuyo estudio se ha dedicado con mayor empeño; pero como las resoluciones de la Cuestión V dependen de las de la VI, la actual Comisión, siguiendo el ejemplo de su antecesora, pasa á resolver la segunda con el mayor cuidado de que ha podido disponer, y que requiere cuestión tan fundamental. Esta ha absorbido por ahora nuestra atención, pero emprendemos ya el estudio de las demás cuestiones, y pronto tendremos la honra de presentarlo á vuestro ilustrado examen.

Antes de empezar nuestro trabajo, los nuevos miembros de la Comisión actual se manifiestan agradecidos á los ilustrados profesores que forman parte de la que tan laboriosa y entendida llevó el nombre de la Primera Comisión en el Congreso anterior. Su concurso ha sido para nosotros muy valioso, y su bien escrito Dictamen ha servido de base á los actuales estudios, de los cuales, uniformada la opinión, vamos á dar cuenta.

Por ahora, y dentro de los términos de la cuestión que tratamos de contestar, examinaremos primero los diversos *modos de organización ó sistemas* empleados en las escuelas elementales; para estudiar después con fruto los *métodos y procedimientos* que más les convengan en vista de la organización aceptada.

Estudiadas nuestras escuelas y consultados nuestros recursos, aparece en mayor número la escuela unitaria ó de un solo maestro, y en muy escaso número la escuela de un personal suficiente.

Unas y otras son objeto de nuestro estudio, pues conciliando los intereses nacionales con los preceptos pedagógicos, debemos prescribir lo más conveniente para ambas.

Colocado el maestro al frente de los que van á ser sus alumnos, la primera cuestión que se propone es la siguiente: el *modo* que empleará para la enseñanza; es decir, no el *orden* ni los *medios* que ha de emplear, pues está dotado de ellos, confía precisamente en su *método* y lleva sus *procedimientos*; lo que le preocupa desde luego es el *modo* según el cual organizará sus grupos y sus clases, busca un *modo de organización* y no un *método de enseñanza*; trata de *sistematizar* los órganos de aquel cuerpo vivo que se llama *Escuela* para que funcionen debidamente. Este fué el problema que resolvió Bell en Madrás y Lancaster en Inglaterra, y de ahí el nombre de su *sistema* al *modo* como se propuso *organizar* su enseñanza.

Pero el uso, que busca siempre la forma más gráfica y sencilla para expresarse, y tan propenso á analogías y generalizaciones, llamó brevemente *sistema mutuo* á la *enseñanza mutua*, y *escuelas mutuas ó lancasterianas* á las escuelas organizadas según el sistema de aquel solícito pedagogo. Por analogía la *enseñanza individual* fué llamada *sistema individual*; y la enseñanza dada á la vez á varios ó muchos individuos, *sistema simultáneo*.



Pedagogos posteriores han hecho subsistir la denominación de *modos*, si bien á veces llaman *colectivo* al *simultáneo*. Nosotros, deseosos de expresar con claridad el término, no hemos vacilado en aceptar lo que conforme á la naturaleza de la cosa significada y con lo admitido hasta aquí, pongo término á fútiles discusiones y unifique nuestra terminología: y así en lo de adelante, para designar si el maestro enseña á uno, á muchos á la vez, ó si utiliza á alguno de sus alumnos para la enseñanza, emplearemos el término: *modo individual, simultáneo ó mutuo de organización*, según el caso.

Verdad es que de la combinación de estos modos resultan otros que se llaman *mixtos*; pero aunque en el modo simultáneo, por ejemplo, el maestro se detenga algunos momentos con un solo niño, ó que un alumno apronda de otro, estos *insidencias* no desvirtúan la existencia de diferencias bien marcadas entre los tres tipos fundamentales practicados actualmente en el país. Por lo mismo, la comisión cree más conveniente no entrar en las mencionadas sutilezas, sino estudiar las ventajas ó inconvenientes de cada uno de los ya expresados *modos de organización*, y proponer la combinación más autorizada y compatible en nuestras escuelas públicas más numerosas y aun en las menos dotadas de personal docente.

Y no son por cierto baladías las cuestiones que nos ocupan, están íntimamente ligadas con la de *uniformidad* ya acordada por el Congreso, á esto tienden todos nuestros esfuerzos: ¡ojalá y que siendo uno mismo el *modo* aceptado, y unos mismos los principios generales que verifiquen los *métodos y procedimientos* que en su libertad de acción hayan de emplear nuestros maestros resulte de esa rica y fecunda variedad un conjunto armónico, el cual no podrá ser otro que el *sistema* de la enseñanza escolar en México; así, y solamente entonces, habremos contribui-

do á la unidad nacional por medio de la educación del pueblo.

La enseñanza individual, que consiste propiamente en la exclusiva dedicación del maestro á un solo individuo, llevada al hogar ó á la escuela, considera á cada niño con un exclusivismo tal, que la lección dada á uno no puede aprovechar á los demás. Este modo, por la íntima relación que se establece entre discípulo y maestro, permite desde luego adaptar la enseñanza á las necesidades psíquicas de cada alumno, puede hacerla educativa y asegurar el aprovechamiento. Ningún tropiezo encontrará el más inteligente ó aplicado; nada impulsará prematuramente al más tardío ó al indolente. En cambio, no cabrán en esta enseñanza los preciosos recursos de la imitación y la emulación. ¿Pero á qué estudiar la enseñanza individual, si no es practicable en nuestras escuelas ni por el número de sus alumnos, ni por el de materias de su programa, ni por el tiempo de que se dispone de ellas?

Aplicarlo en nuestras escuelas públicas será siempre á costa de la disciplina, ó con sacrificio de la actividad constante del niño, sujetándolo á una inacción enfadosa y perjudicial; es constituir en testigos á todos los alumnos, del trabajo de uno sólo, trabajo que carece para ellos de interés, y para el cual, no estando dispuestos, tratan de romper ese yugo del reposo que fatiga y del silencio forzado. Es, por último, sacrificar el bien común por uno que aunque individual, siempre será mezquino. Nada agregaremos al ya pesado fardo de la responsabilidad que el maestro echa sobre sus hombros, cuando sacrificando á sabiendas á los alumnos más torpes, hace individual la enseñanza en favor de los más inteligentes ó favorecidos de la suerte, para pretender justificar su enseñanza á fin de año en los exámenes, y no en favor de la sociedad y del necesitado, menospreciando de este modo el objeto con que han sido instituidas las es-

cuelas: el de «enseñar á todos los niños sus primeros é indispensables deberes, penetrarlos de los principios que deben dirigir sus acciones; y preservándolos de la ignorancia, hacer á los hombres más dichosos y ciudadanos más útiles.»

La enseñanza mutua merece un examen más detenido. su historia está ligada con la suerte de la enseñanza en los pueblos modernos ávidos de instrucción, pero poco dotados de recursos. La multitud acudía á las puertas de la Escuela en solicitud de alimento para su inteligencia, unos señalaban con tristeza su desprovista despensa y tenían que decir á la niñez hambrienta: No hay pan para tí, no estás en turno. Pero hubo hombres que compadecidos, resolvieron el problema de la repartición, del mismo modo que cuando permaneciendo uno mismo el dividendo, aumenta el divisor. Dar *menos* para que reciban *más*, esto es, un número mayor de individuos. Los anteriores pedagogos habían tratado de dar una enseñanza suficiente; optaban por dar de comer hasta saciar, ó no dar nada, no había medio. Otros, mejor intencionados, resolvieron la dificultad, y prefirieron á poca costa no negar á nadie aunque fuese una partícula de enseñanza; no había más que cuidar de la repartición: este era el objeto del maestro, los habilitados eran los monitores, y los necesitados los niños. Y fueron tan afortunados los innovadores, especialmente uno, que á su sistema de reparto legó su nombre y se llamó sistema lancasteriano, ó *modo de organización de Lancaster*. He aquí la historia de la enseñanza mutua.

Dominada la generación que nos antecede por encontrar en la antigua enseñanza nada más que instrucción; y haciendo basar ésta, por lo que se refiera á la primaria, en la recitación inequívoca de conceptos hechos, de palabras cultas y aun de valor científico, pero nunca del idioma del niño, porque no tenía ideas á

que referirlas; claro está que bien podían emplearse como repetidores á los más atentos, diligentes y crecidos, esto es á los que pudieron haber aprovechado verdaderamente, si el maestro, en vez de prepararlos para *ayudantes*, los hubiese preparado para la vida. Práctica semejante ofrecía el grave riesgo de señalar como víctima expiatoria al alumno ejemplar por su aplicación y conducta: que el que era solicitado ya por su anciano padre como sostén de su vejez, ó de sus hermanos menores, y tal vez hasta por sus propias necesidades, éste era precisamente á quien retenía el maestro en la escuela por conveniencia personal y en provecho de otros que tenían, para exigir el sacrificio, menor derecho que el padre y los hermanos. Pero eso sí, quizá se aficionaría al magisterio, y excusado es decir que era el preferido para la escuela del pueblo más inmediato, y el señalado para perpetuar los malos maestros.

La escuela ha cambiado por completo, su fin no es sólo instructivo; para ser íntegra la enseñanza debe también educar, es decir, ejercitar las facultades para fortalecer naturales aptitudes ó para crearlas: la escuela moderna se preocupa del *hombre* y no del pregón autómatas de la instrucción: quiere formar ciudadanos y no recitantes. Ahora bien, ¿puede haber *educación*, en el sentido pedagógico de la palabra, donde no hay educador? ¿Pueden los monitores niños, cuya educación no está completa, considerarse como educadores? ¿Pueden tener idea exacta de lo que es educación, trazar un plan educativo y desarrollarlo convenientemente? ¿Pueden ellos ejercer concientemente ésta, la más complexa de todas las actividades humanas, á la que Victor Hugo llama «modelar una inteligencia y darle la verdad?»... Tenemos que contestar negativamente á estas preguntas, y nuestra negación es la condenación implícita del sistema que nos ocupa. No pudiendo el sistema Lancas-



tariano atender al *fin educativo* de la enseñanza, y siendo este fin el primordial y más trascendente, debe abandonarse este sistema y sustituirse por otro mejor. Esto es lo que sucede ya en todos los países que lo implantaron, y esto mismo tiene que suceder entre nosotros.

Nuestros programas están ahora bien nutridos y frecuentemente no tenemos sino un solo maestro para 40, 50, 60 alumnos ó más. Con días escolares de seis horas á lo sumo y año de diez meses, mercedados por varias circunstancias, se advierte la pequeña porción de cuidados y de enseñanza que cada alumno debe recibir. «¿Quién multiplicará estos pocos panes del desierto para la muchedumbre hambrienta que nos sigue? exclaman Brouard y Defodon.—La enseñanza colectiva. Gracias á este factor que crece con el número de nuestros alumnos, lo que se dice ó se hace por uno sólo, se dice ó se hace para todos: pudiéndose aplicar á la lección lo que uno de los más grandes poetas modernos dice del amor maternal: «*Cada uno tiene su parte, y todos gozan de él completamente.*»

«*Todos...*» (Continúan los pedagogos mencionados.) Aquí es donde aparece la dificultad y se revelan los inconvenientes que puede presentar la enseñanza colectiva ó simultánea. Si el grupo está mal constituido, si los elementos que lo forman son muy desemejantes, si las inteligencias no han llegado á un grado de desenvolvimiento poco más ó menos igual, la palabra del maestro se perderá: para unos volará muy alto, para otros su vuelo será rastrero. Si el grupo al cual se dirige el maestro es muy numeroso, aumenta el peligro de que se eleve poco á poco el nivel de la elección y entonces no le sigan los débiles; si desciende, puede ser desdeñada por los fuertes, porque es muy difícil mantenerse en el nivel requerido. Las interpelaciones, las preguntas, los llamamientos hechos á la memoria, juicio

y raciocinio de cada uno de los interrogados, siempre serán pocos, atendido el gran número; y los cuidados languidecerán y la enseñanza perderá su intensidad dispersándose á través de una colectividad irresponsable.»

Dos consecuencias se desprenden naturalmente de lo expuesto:

1ª Que la enseñanza simultánea, para ser provechosa, debe darse á grupos homogéneos.

2ª Que el grupo debe tener un límite, que no debe ser muy numeroso.

Aplicando prácticamente estas consecuencias vienen estas otras:

1ª La necesidad de una buena clasificación de los alumnos.

2ª La necesidad de varios maestros en la escuela. Y seremos suficientemente claros: la proscripción absoluta de la escuela de un solo maestro en las ciudades y demás grandes centros de población, como un error trascendental de pedagogía práctica en la enseñanza pública.

Y tenemos tal convicción en nuestras afirmaciones, que antes de exponer las excelencias de la enseñanza simultánea, apenas establecida la necesidad de esta organización, puesto que han quedado fuera de combate la *individual* por *impracticable*, y la *mutua* por *aparente*; no vacilamos en alarmar vuestra atención en contra de la escuela de un solo maestro, si de alarma fueran capaces quienes ilustrados como sois vosotros, señores representantes, no viérais con profundo desagrado, algo más, con noble comiseración á los maestros y alumnos de nuestras anaerónicas y absurdas escuelas unitarias, único trasnuto del pasado mezclado con el feliz presente de la enseñanza, é imposible ejemplar en la gloriosa escuela del futuro.

La Comisión que precedió á la actual, al hablar de los diversos modos de organización, dijo modestamente al prescribir

el simultáneo, como único posible en nuestras escuelas: «El *ideal* sería indudablemente aquel que ofreciera todas las ventajas del *individual* sin tener sus defectos.»

Estas palabras constituyen un programa de organización perfecta, debíamos recogerlas los presentes, y más resueltos que sus autores, gracias al camino por ellos ya abierto y porque la confianza del Congreso en su marcha es hoy más segura; creemos poder probar, no sólo que es realizable, sino que sobrepuja sus esperanzas.

En efecto, „la enseñanza colectiva es como la enseñanza de la vida, pone en contacto los caracteres, las voluntades y las inteligencias. Gasta los puntos salientes por el frotamiento, expone las voluntades á choques voluntarios, constituye un fondo común con el tesoro de las facultades y de las aptitudes, y del encuentro de las inteligencias hace saltar la chispa. Observad el grupo de niños que se presentan alrededor de un maestro para escuchar su lección ó para obsequiar una corrección dirigida á todos y á cada uno. Sus ojos brillan, las fisonomías se animan, y el verdadero maestro sabe utilizar estos elementos de exuberante actividad; contiene ó amplía á su voluntad estos resortes, obra, en fin, sobre estas diversas formas de energía que se ponen á su disposición. ¡Cuántos rasgos de luz, cuántos arranques felices van á escaparse de ese grupo hábilmente manejado y sabiamente conducido! ¡Cómo laten sus corazones, y cómo inquietan sus almas! ¡Llenan su oído con avidez, su boca se abre, la voluntad se lanza á la verdad que esperan con impaciencia y la cual va á transformarse en nuevas ideas y sentimientos! Por otra parte, allí también habrá victorias y derrotas, éxitos y reveses, triunfos é infortunios, glorias que no causan orgullo, confusiones que no avergüenzan, elogios que no hinchan, contradicciones que no engendran cólera ni odio, comparacio-

nes que aclaran sin acritud. Allí habrá emulación, simpatía y atracción íntima entre todos, allí existirá la vida en miniatura y por consiguiente, educación.»

Ahora bien, ¿cuál podrá ser el *mínimum* de profesores que exige una buena clasificación, teniendo presente el programa aprobado? Siendo cuatro los años y cada uno de estos con un programa más avanzado en las respectivas asignaturas, cuatro deberán ser también los profesores con su director respectivo. Pero como los alumnos de cada año pueden ser en número variable, es necesario prever cuál será el *máximum* de niños á los que pueda atender convenientemente el maestro; y aunque esta cuestión no se ha resuelto nunca en abstracto, pues son muy atendibles otras circunstancias, bueno es presentar por *modelo* la ciudad que tiene mejor organización á este respecto, la de Zurich, donde el número de alumnos es de 25 por término medio. La comisión que suscribe, deseosa siempre de que los preceptos que establezca puedan realizarse en la práctica, ha creído conveniente fijar el 50 como *máximum*, debiendo aumentar el personal docente en proporción al número de los alumnos; advirtiéndole que en caso de haber estas subdivisiones, no deben considerarse sino como *clases paralelas*, destinadas á disminuir el número de los alumnos, pero de ningún modo á alterar en lo más *mínimo* su programa respectivo.

Réstanos fundar las resoluciones referentes á la clasificación.

Dos son las condiciones fundamentales para decidir esta clasificación, es decir, el señalamiento del año al cual debe pertenecer el discípulo: la instrucción y el desenvolvimiento intelectual. En los primeros años de la organización, según el modo simultáneo, se ofrecerán sin duda no pequeñas dificultades, pues habrá niños que estén bastante adelantados en unos ramos del programa y muy atrasa-



dos en otros y, por consiguiente, á primera vista parecerá que no pueda dárseles cabida en ninguno de los años escolares. Para este caso, deben establecerse *ramos de preferencia*, y de los conocimientos que en ellos demuestren los niños, dependerá su colocación en tal ó cual año escolar. Nada más natural que estos *ramos decisivos* los formen la *Lengua nacional* y la *Aritmética*; pero siempre que se entiendan según lo indica el programa ya aprobado y nunca como hasta aquí se han entendido; pues ni la Lengua Nacional es la *gramática* hasta aquí señalada, ni la Aritmética es el *recetario numérico*. La clasificación, lo mismo que sus alteraciones sucesivas, deben hacerse constar en un libro especial, y que mucho se descuida. Por lo demás, la experiencia demuestra que estas desigualdades desaparecen á medida que se va uniformando la organización escolar.

Distribuidos los escolares en sus respectivas clases, es menester dar cohesión al cuerpo profesional, y de ahí la necesidad de una inteligencia directiva; pero si es verdad que la vigilancia constante de todas y cada una de las secciones de la Escuela, así como la asignación de trabajo, y las particulares instrucciones, consejos y aun correcciones le están naturalmente encomendadas; forzoso es también que no permanezca ocioso en el ejercicio activo de la enseñanza. Varias son las razones en que apoyan esta conveniencia, que nunca habrá alguien que la ponga en duda: el ejemplo práctico en la enseñanza, el cual servirá del más poderoso estímulo para sus comprofesores; la adquisición práctica de los recursos y dificultades de la enseñanza, pues á veces quien no enseña suele entregarse á delirios ó á no ser justo en sus apreciaciones; la necesidad que tiene de conocer individual y personalmente á los alumnos de su escuela, fecundando así en el corazón de

los niños la confianza en la justificación de su jefe, al mismo tiempo que el respeto á la autoridad. ¿Cómo habrá de dirigir acertadamente y en concreto la escuela, ese todo difícil y admirable, quien á veces no conoce ni por el nombre á sus alumnos?

Hasta aquí lo que la ciencia pedagógica prescribe, réstanos compadecerlo con la conveniencia del momento.

En cuanto al número de secciones que estén simultáneamente á cargo de un mismo profesor, no pasa de *una* en todas las grandes ciudades del mundo, y así se desprende de nuestras consideraciones anteriores. Verdad es que á veces nuestros héroes maestros dirigen á la vez 2, 3, 4 secciones y aun más, pero ensayos prácticos hechos á este respecto en la escuela primaria anexa á la Normal de Jalapa, inducen á la comisión á fijar el *máximo en dos secciones*.

Sin embargo, apurando la dificultad, y para complacer hasta á los más exigentes y descontentadizos, aunque no los más justos ni conocedores de las exigencias de la buena organización pedagógica; vamos á aconsejar lo que creemos más conveniente para el maestro actual de algunas poblaciones, el cual se verá obligado á ocupar simultáneamente á todos los alumnos, los cuales por precisión están distribuidos en los cuatro grupos correspondientes á los cuatro cursos del programa.

Entre los sistemas mixtos, únicos adaptables á situación tan desfavorable, el más racional de todos sin duda, y el cual recomienda la comisión, es el sistema *danés* practicado en *Eckernförde*. En este sistema, el maestro desempeña todo lo referente al carácter educativo de la enseñanza y la mayor parte instructiva, limitándose el papel de los ayudas ó monitores según el caso, á la parte instructiva puramente mecánica.

No por esto la comisión deja de creer con

el célebre Diesterweg que aun esta última parte la desempeñaría mejor un maestro competente. Aboga en principio por la supresión de los sistemas mixtos; pero en atención á las circunstancias de nuestro país, hoy que tantos y tan valiosos esfuerzos se hacen por organizar la enseñanza pública, consulta que se toleren por lo pronto tales sistemas, pero recomendando á las autoridades la sustitución de los monitores por maestros competentes, como una de las reformas capitales de más urgencia.

Al aceptar el auxilio de persona extraña al maestro, recomendamos se observe el mayor cuidado por interés mismo de la escuela, que si ésta deja satisfechos al niño y á sus padres, no pensarán sino en ella para los futuros años; este cuidado es de observarse especialmente al tratarse de los niños más pequeños que éstos, mejor que ningunos, necesitan de toda nuestra solicitud, de un lenguaje familiar y de la voluntaria intervención del niño en su propia enseñanza, á la que ha de cooperar de buen grado si se quiere obtener un feliz éxito.

Por último, la comisión propone que en los casos en que un solo maestro dirija todos los cursos, como sucederá en la mayoría de nuestras escuelas del campo, y se quiera organizarlas según el modo simultáneo; se acepte el uso del llamado *sistema de medio tiempo*, como única resolución satisfactoria, pues sólo de este modo podrá atender simultáneamente á dos grupos en la mañana y á los dos restantes en la tarde.

Pasando ya á la segunda parte de la cuestión en que nos ocupamos, nos limitaremos á hacer las indicaciones que nos parecen necesarias sobre el método didáctico en general.

«El método en el sentido absoluto y filosófico del término, es el camino seguido por el espíritu humano en la investiga-

ción y exposición de la verdad, de la ciencia.

El *método*, en el sentido pedagógico de la palabra, sólo toma en cuenta la segunda parte de la definición anterior, aun cuando en la trasmisión de los conocimientos se debe seguir, en general, el camino que ha conducido á su adquisición, á la formación de la ciencia.»

Por consiguiente, el *método pedagógico* ó *didáctico* será la manera de ordenar y exponer las materias. Este método varía según la idea que nos formemos del fin de la enseñanza.

Entre los antiguos romanos, así como en la Edad Media, el fin único era la *instrucción*; quiere decir, la adquisición de conocimientos, como lo revela la conocida definición de *Quintiliano*: «El método es el camino más corto que escoge el profesor para suministrar la instrucción á sus alumnos.» Pero desde *Pestalozzi* se ha comprendido que la enseñanza elemental tiene un segundo fin, aún más importante que el primero, que consiste en el desenvolvimiento de todas las facultades del niño y constituye, por consiguiente, una verdadera *educación*. «Lo importante», dice el citado padre de la Pedagogía moderna, «es aprender á aprender»; quiere decir, que siendo tan corto el tiempo que permanecen los niños en la escuela, no es el objeto principal de ésta suministrarles una gran masa de conocimientos, que quizá no puedan digerir, sino más vale preparar y fortalecer convenientemente todas sus facultades, creándoles el amor al saber, para ponerlos en aptitud de adquirir después en la vida, por sí mismos, todos los conocimientos que necesiten.

Ideas semejantes habían emitido ya antes el pedagogo moravo *Comenius* y el filósofo inglés *Locke*, aunque sin encontrar mucho eco entre sus contemporáneos. Pero sólo desde *Pestalozzi* se admite generalmente la existencia de estos dos fines de la enseñanza, que se consideran



opuestos diametralmente: el *instructivo* y el *educativo*. Si en los siglos pasados se abusó del instructivo, Pestalozzi y algunos de sus discípulos hicieron otro tanto con el educativo, creyendo necesario practicar hasta pueriles ejercicios, largos y fastidiosos, para cada una de las facultades intelectuales, y descuidaban, por consiguiente, la suministración de conocimientos positivos. Hoy se han reconocido los errores de Pestalozzi á este respecto; y en cuanto al *método didáctico*, predomina la teoría *Kehr*, aceptando «la verdadera maestría en la reunión de los fines educativo ó instructivo.»

La comisión profesa las mismas ideas, y creo, pues, que toda educación reclama cierta suma de conocimientos, y que toda instrucción debe ser educativa; ó con otras palabras, que el *método pedagógico* debe atender tanto al fin educativo como al instructivo, debiendo fijarse más en el primero mientras más pequeños sean los niños.

Por lo demás, según la definición ya establecida, de que el método didáctico es la manera de ordenar y exponer la materia de enseñanza, se comprende que el mismo está constituido desde luego por estos dos factores: *orden* y *forma* de la enseñanza, que debemos estudiar separadamente.

El *orden*, ó como también se le llama, la *marcha* de la enseñanza, es la manera de disponer los diversos ejercicios educativos y enlazar los conocimientos que quieran inculcarse á los alumnos. Se distinguen generalmente, las marchas: *inductiva*, *deductiva*, *analítica*, *sintética*, *progresiva* y *regresiva*. La comisión no cree indispensable entrar en explicaciones detalladas acerca de cada una de estas marchas, y sólo hace notar que su uso depende, sobre todo, de la naturaleza especial de cada asignatura, como lo prueba el hecho de que en Geografía se emplea hoy generalmente la marcha sintética, en Geo-

metría la analítica, en Historia la progresiva y regresiva, etc. A la vez depende, naturalmente, del criterio particular de los maestros, el cual es muy diverso en distintos países y aun en uno mismo. Para la enseñanza de la escritura y lectura, verbigracia, unos emplean la marcha sintética pura, otros la analítica, y otros una mezcla de ambas, conocida con el nombre de *método analítico-sintético* ó de las *palabras normales*.

Para escoger con acierto el orden que convenga en cada caso, debe el maestro tener presente el principio fundamental de la educación, que es el siguiente: «El arreglo de materia y método debe corresponder con el orden de evolución y del modo de actividad de las facultades,» y los otros siguientes principios. En la enseñanza debe procederse, *de lo fácil á lo difícil*, *de lo conocido á lo desconocido*, *de lo concreto á lo abstracto* y *de lo empírico á lo racional*.

Por lo que respecta á las *formas* de enseñanza, ó sea á los aspectos según los cuales presenta el maestro la materia de enseñanza, para inculcarla á sus discípulos, pueden reducirse á dos que son las fundamentales: la *expositiva* y la *interrogativa*. Si el maestro es el único que habla exponiendo la materia, y el papel de los alumnos es meramente pasivo, la *forma* toma el nombre de *expositiva*. Si por el contrario, la enseñanza reviste el carácter de una conversación entre el maestro y el discípulo, se hace uso de la forma *interrogativa* ó *dialogada*. Cuando en esta forma, el maestro *dice lo menos posible á sus discípulos*, haciendo que ellos mismos encuentren la verdad que se trate de comunicarles, esto es, cuando se interroga á los alumnos, después de haber llamado su atención sobre determinado asunto, sugiriéndoles luego algunas ideas para que ellos descubran por sí mismos lo que se les quiere enseñar; se procede

bajo la forma *socrática*, que es una especie de la *interrogativa*.

Desde luego se comprende que la *forma expositiva* que también se llama *dogmática* ó *magistral*, convierte al alumno en mero receptáculo de los conocimientos, y por tanto casi exclusivamente atiende al fin instructivo de la enseñanza; mientras que la forma *interrogativa* y especialmente la *socrática*, pone en actividad todas sus facultades intelectuales, atiende á la vez ámbos fines de la enseñanza, y por ello merece la preferencia. Hay que confesar, sin embargo, que alguna vez es preciso comunicar *magistralmente* los conocimientos (pues la forma depende, sobre todo, del carácter especial de cada asignatura y que la forma *expositiva*, usada de un modo conveniente, puede tener también valor educativo).

La comisión que suscribe considera como condiciones complementarias, para la buena aplicación del *método* que debe seguirse en nuestras escuelas primarias elementales: que la clase sea oral, única manera de utilizar la recomendada forma *socrática* y aun la misma *expositiva*; que la distribución ó empleo del tiempo esté bien meditada, para que de acuerdo con las leyes higiénicas, se procure la duración conveniente de la clase, así como la variedad de trabajos intelectuales y prácticos; que una bien graduada subdivisión del programa permita al profesor dar sus clases con la seguridad de que tiene el tiempo necesario para desempeñarlas con el debido detenimiento, y hacer además los ejercicios y repasos convenientes; por último, que los profesores preparen concienzuda y deliberadamente sus lecciones con la debida anticipación.

Hemos llegado á la última parte de nuestro estudio referente á la Cuestión VI; tócanos ahora examinar los diversos *medios particulares de aplicación* del método, que no son otra cosa los *procedimientos*.

En éstos muy especialmente el maestro hábil y fecundo ejercita su inventiva, su ingenio y hasta su fantasía, al grado que muchos y muy buenos procedimientos se emplean sólo una vez pare no repetirse nunca. La dificultad del momento los engendró y una vez resuelta, perdiéronse aquellos para siempre. Maestros hay á quienes apremian mil circunstancias diversas, concurrentes las unas, aisladas á veces, que los desvelan y apenan; su dignidad, la conciencia de su puesto, cuando no la del deber, les obligan á luchar contra la dificultad de la asignatura, contra la tardía percepción del discípulo, ó contra las preocupaciones de quienes dependen; y todo esto los estimula, y por tanteos unas ocasiones, por raciocinio otras, por simple coincidencia algunas, encuentran un procedimiento que los salva. Hay hombres de muchos recursos; hay maestros también ricos en procedimientos.

La diferencia entre el método y el procedimiento es bien perceptible. Así, la demostración de las verdades geométricas obedece á un método; exponerlas gráficamente y hacerlas repetir á los alumnos, será un procedimiento: la taquimetría abunda en procedimientos gráficos los unos, materiales los otros: los dones de Froebel nos presentan ejemplos de procedimientos ingeniosos para demostraciones empíricas, matemáticas las más. Descender, pues, á la presentación de los diversos procedimientos, sería punto menos que imposible, sería además prolijo y llegar hasta la metodología práctica de cada una de las diversas materias de enseñanza.

Sin embargo, y con el fin de dar una idea, siquiera al menos, de las varias clases de procedimientos, y sin que la comisión los haga suyos, basta mencionar á Bran, quien los clasifica en tres categorías:

«Los que conciernen al maestro, ó sea



procedimientos de *exposición*. Los que se prescriben á los alumnos en las tareas que han de seguir á la clase, ó sea procedimientos de *aplicación*.

Los que tienen por objeto la revisión de los trabajos, ó sea *procedimientos de corrección*.

Pero de cualquier modo que sea, todo procedimiento para ser bueno, no debe alterar el orden ya establecido en la enseñanza ni el modo de actividad de las facultades; debe despertar la atención del niño sin peligro de la disciplina; herir los sentidos, pero sin transgresiones á la higiene; deben tender, en fin, á producir la pronta, fácil y clara comprensión de aquello que se trata de enseñar. Pero como el procedimiento que más llena este propósito es el *intuitivo*, éste es el que principalmente, conforme con la experiencia, se complace en recomendar la comisión.

Reasumiendo el presente trabajo, con la firmeza que da la convicción, pero también con la fundada desconfianza de nuestras propias fuerzas, sometemos á la muy ilustrada deliberación del Segundo Congreso Nacional de Instrucción, las siguientes

#### RESOLUCIONES:

1° El modo *individual de organización*, llamado también *sistema individual*, no es practicable en las escuelas primarias elementales, por contar éstas gran número de alumnos.

2° El *sistema Lancasteriano*, ó modo *mutuo de organización*, debe desterrarse de nuestras escuelas públicas por ser deficiente en la instrucción, y no permitir atender al fin educativo de la enseñanza.

3° El modo *simultáneo* es el único que satisface las necesidades de una buena organización escolar, en las escuelas elementales.

4° Para organizar con provecho según el modo *simultáneo* nuestras escuelas ele-

mentales, deben llenarse las siguientes condiciones:

A.—Los alumnos de una escuela deben clasificarse en *grupos* que correspondan precisamente á los cursos ó años escolares que establece el programa detallado de estudios, procurando que todos los niños de una misma *sección* ó *grupo* se encuentren aproximativamente en igual grado de instrucción y desenvolvimiento intelectual.

B.—En casos dudosos se considerarán como *ramos decisivos* la *lengua nacional* y el *cálculo aritmético*, en la forma y con los caracteres indicados en el programa aprobado para la escuela primaria elemental.

C.—El número total de alumnos que estén simultáneamente á cargo de un mismo maestro, no pasará de 50 como máximo.

5° Habrá tantos maestros, como años escolares; pero en aquellos grupos en que la concurrencia sea mayor de 50 alumnos, se formarán dos ó más secciones del mismo curso, siempre bajo idéntico programa, procurando solamente la mayor homogeneidad en cada una de las mismas secciones.

6° En la escuela de varios maestros, cada uno tendrá su salón apropiado á la enseñanza que tenga que darse en él.

7° Queda prescripta en las capitales y grandes centros de población, la escuela de un solo maestro.

8° En las poblaciones donde existen varias escuelas elementales pequeñas, con uno ó dos maestros cada una, se procurará refundir algunas de ellas en una sola, según lo preceptuado anteriormente.

9° Los sistemas mixtos pueden ser tolerados en la actualidad en las poblaciones que, faltas de recursos, no puedan sostener el número suficiente de maestros; pero sólo pueden emplearse tales sistemas en caso de extrema necesidad, y las autoridades escolares considerarán como obligación capital, la de sustituir cuanto an-



tes los monitores por maestros competentes.

10. Se recomienda como el más racional entre los sistemas mixtos, el que consiste en el desempeño de la parte educativa y la mayor parte instructiva por solo el maestro, limitándose los monitores á la parte instructiva puramente mecánica.

11. Para hacer posible el modo simultáneo de organización aun en las escuelas de pocos maestros, pueden encomendarse á uno solo hasta dos secciones; pero nunca un número mayor.

12. Si se quiere establecer el modo simultáneo en las escuelas de un solo maestro, sólo es realizable, en virtud del plan aprobado por el primer congreso de Instrucción, estableciendo el sistema de *tiempo medio*; esto es, la concurrencia de dos secciones por la mañana y las dos restantes por la tarde.

13. El *método* que debe emplearse en las escuelas primarias elementales, es el propiamente llamado *dilático* ó *pedagógico*, esto es, el que consiste en ordenar y exponer las materias de enseñanza, de tal manera, que no sólo se procure la transmisión de conocimientos, sino que á la vez se promueva el desenvolvimiento integral de las facultades todas de los alumnos.

14. Para la debida aplicación de este *método pedagógico*, cuyos factores son el *orden* en que deban presentarse los conocimientos, y la *forma* en que éstos se deban exponer, hay que atender á las siguientes prescripciones:

A.—Por lo que toca al orden ó enlace de los conocimientos, se podrán observar las marchas *inductiva*, *deductiva*, *analítica*, *sintética*, *progresiva* y *regresiva*, según el carácter de la materia que se enseñe y hasta de conformidad con la índole especial de cada punto aislado que sea objeto de una lección.

B.—El maestro, para la buena elección de la marcha que haya de seguir, tendrá

presente tanto el principio fundamental de la educación, como los siguientes principios generales: *ir de lo fácil á lo difícil*, *de lo conocido á lo desconocido*, *de lo concreto á lo abstracto* y *de lo empírico á lo racional*.

C.—Por lo que se refiere al segundo factor del método pedagógico, se pueden usar las formas *expositiva* ó *interrogativa*, que son las fundamentales; limitándose el uso de la primera á los casos de estricta necesidad, y se recomienda el uso de la interrogativa, principalmente en su especie llamada *socrática*.

15. Se consideran, además, como condiciones indispensables para la aplicación del método pedagógico: que las clases sean orales; que haya una bien meditada distribución de tiempo, de acuerdo con las prescripciones higiénicas; que se haga una bien graduada subdivisión del programa y que las lecciones se preparen con anterioridad por el maestro.

16. Los procedimientos que se empleen en la escuela primaria elemental, deben estar en consonancia con el principio fundamental de la educación, y con los preceptos generales de la metodología, disciplina ó higiene. Se recomienda especialmente el uso del procedimiento intuitivo en sus cinco formas:

A.—Presentación del objeto *in natura*.

B.—Uso de un modelo, aparatos científicos y objetos de bulto ó en relieve.

C.—Uso de estampas, dibujos ó imágenes proyectadas por aparatos ópticos.

D.—Uso del diagrama.

E.—La descripción viva y animada.

Hemos concluido el estudio y resoluciones de la sexta tan fecunda proposición del Cuestionario. ¡Ojalá que hayamos acertado, no por satisfacción personal, sino por la de nuestra conciencia!

Deseamos solamente que nuestros esfuerzos, depurados y sancionados por vuestra ilustración, contribuyan á llevar á nuestras escuelas el bienestar y el adelanto.

México, 16 de Diciembre de 1890.

*Enrique C. Rébsamen*, Presidente.—*Antonio García Cubas*.—*Miguel F. Martínez*.—*José M. Rodríguez y Cos (hijo)*.—*Ricardo Gómez*, Relator.

EL C. SECRETARIO.—La Mesa da á este dictamen el mismo trámite que al anterior.

Queda integrada la comisión dictaminadora sobre sanción de Enseñanza Laica, de la manera siguiente:

Sres. Francisco Gómez Flores, Adolfo Cisneros, Ramón Manterola, Manuel Flores y Luis E. Ruiz.

El Sr. Ricardo Gómez hizo uso de la palabra para manifestar que recordaba haber solicitado que en caso que se tratara lo referente á la sanción de la enseñanza laica, se le inscribiera en la comisión respectiva. El Secretario manifestó que no constaba tal petición, pero que cedía su puesto al Sr. Gómez.

La Mesa participó al Congreso que estaba ya arreglado lo relativo á la taquígrafía é impresiones.

Por conducto de la Secretaría propúsose que las sesiones fuesen en lo sucesivo, los martes y viernes, á las 5 de la tarde, lo cual fué aprobado.

En seguida se levantó la sesión.—*Luis E. Ruiz*.—Rúbrica.

## SESION

DEL DIA 19 DE DICIEMBRE DE 1890.

### PRESIDENCIA

DEL C. LIC. JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. Representantes Aguilar, Cervantes I. Cisneros, Correa Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R. Lombardo, Martínez, Oscay, Pa-

rra, Pérez Verdía, Rébsamen, Rodríguez y Cos, y el subscripto Secretario; y Directores, Contreras, Olmedo, Salazar, Salinas, Sosa y Zayas.

A las 6 se pasó lista de Representantes, y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se presentó al Congreso el C. Alberto Correa, Representante del Estado de Tabasco, y fué registrada su credencial.

Se leyó el acta de la sesión anterior, que con una ligera modificación, propuesta por el Sr. Ricardo Gómez, fué aprobada por unanimidad en votación económica.

El C. Presidente excitó atentamente á las comisiones, para que en cuanto les fuese posible, apresurasen sus trabajos, á fin de que hubiese dictámenes que discutir.

En seguida se levantó la sesión.—*Luis E. Ruiz*.—Rúbrica.

## SESION

Del día 23 de Diciembre de 1891.

PRESIDENCIA DEL Sr. DR. MANUEL FLORES.

Asistencia de los Sres. Representantes Baz, Cisneros, Correa, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Manterola, Martínez, Pérez Verdía, Nicoli, Rodríguez y Cos Miguel, Rébsamen, Reyes Spíndola, Rivas, Rodríguez y Cos José María, Ruiz, Schulz y Sierra; y Directores Gutiérrez N. Macedo, Salazar L. y Sosa.

A las 5 y tres cuartos se pasó lista de Representantes, y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior, que sin discusión fué aprobada.

Se dió cuenta con una comunicación de la Secretaría de Justicia, en que transcribe un oficio de la de Gobernación, participando que la Escuela de Ciegos y la de Niños Expósitos, de esta Capital, quedarán representadas en este Congreso, por sus respectivos Directores, y que el C. Manuel Gutiérrez Najera representará la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres, por fallecimiento de dicho Director.

Da enterado.

Se dió cuenta también con una comunicación del C. Representante de Guanajuato, Lic. Francisco G. Cosmes, en que avisa que por ocupaciones imprescindibles, no puede concurrir á las sesiones, por lo que solicita del Congreso, acepte su separación temporal y admita en su lugar al Representante suplente del mismo Estado, el Sr. José María Rodríguez y Cos.

La Secretaría preguntó al Congreso si aceptaba la separación temporal del Sr. Cosmes, y si se llamaba á su suplente para sustituirlo, á cuyas preguntas el Congreso contestó respectivamente en sentido afirmativo.

Por conducto de la Secretaría avisó igualmente el C. Representante del Estado de Hidalgo, C. Guillermo Prieto, que continuaba enfermo, en la imposibilidad para asistir á las sesiones, por lo que solicitaba también se llamase á su suplente, al Sr. Lic. Juan A. Mateos.

Habiéndose preguntado al Congreso si se llamaba al suplente del Sr. Prieto, objetó por la afirmativa.

Por acuerdo de la Mesa, la Secretaría anunció, que para la sesión próxima, se pondría al debate el dictamen que acaba de discutirse, perteneciente á la primera comisión de Enseñanza Elemental Obligatoria.

En seguida se levantó la sesión.—*Luis E. Ruiz.*—Rúbrica.

## SESION

DEL DIA 26 DE DICIEMBRE DE 1890.

## PRESIDENCIA

DEL C. LIC. JUSTO SIERRA.

Asistencia de los CC. Aguilar, Baz, Cervantes E., Cervantes J., Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Mantrola, Martínez, Parra, Pérez Verdía, Pineda, Mateos, Rébsamen, Rodríguez y Cos Miguel, Rodríguez y Cos José María, Ruiz, Schulz; y Directores, Contreras, Olmedo, Salazar y Salinas, Sierra y Zayas.

A las 5 y tres cuartos se pasó lista de Representantes, y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la sesión anterior, que sin discusión fué aprobada.

Se dió cuenta con una comunicación del Director de la Escuela Preparatoria, en que nombra Representante de dicho Establecimiento al C. Dr. A. de Garay.

Llamados por el Congreso, se presentaron en él los CC. Juan A. Mateos, suplente del Representante del Estado de Hidalgo, y José María Rodríguez y Cos, suplente del Sr. Francisco G. Cosmes.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pineda para dar lectura á su voto particular, como miembro de la Comisión de Títulos.

EL C. PINEDA.

*¿Qué quisieron los constituyentes?*

## SEÑORES REPRESENTANTES:

En el anterior Congreso de Instrucción la Comisión de Títulos, que tuvo la honra de presidir, presentó un dictamen cuya parte resolutive era:



«1ª La ciencia y los intereses sociales reclaman urgentemente que se exija título al profesor de instrucción primaria, fijándose por la ley los casos de excepción forzosa.

«2ª El artículo 3º de la Constitución Federal no permite exigir aquel título.

«3ª Es indispensable reformar el artículo 3º constitucional en el sentido de que debe exigirse el título mencionado.»

En este nuevo Congreso quedaron renovadas las comisiones, y la presidencia de la de Títulos tocó al ilustrado jurista consulto Rafael Aguilar; y ha sido tan contrario el criterio de la nueva comisión al de la primera, que yo he quedado en desconsoladora minoría, pues, efectivamente, sólo yo disiento del nuevo dictamen en lo que se refiere al artículo 3º de la Constitución. Comparando este voto particular, que sólo la firmeza de mis convicciones me obliga á formular, con el dictamen de la comisión, se verá que tanto ésta como yo estamos de entero acuerdo con la parte técnica pedagógica. La necesidad de amparar el ejercicio de la instrucción primaria parece, en efecto, una verdad elemental. La disidencia sólo ha surgido en la parte legal.

\* \* \*

Si á la luz de la razón es fácil demostrar la conveniencia de exigir título como garantía social al profesorado de instrucción primaria, veamos si el precepto constitucional por su letra y por su espíritu acepta y autoriza esa exigencia. Este es el punto concreto de nuestro trabajo, que en último análisis se ha reducido á investigar el verdadero sentido del artículo 3º de la Constitución.

Analicemos primeramente la letra de ese artículo. «La enseñanza es libre, dice. La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio y con qué requisitos deben expedirse.» El inciso pri-

mero contiene una proposición absoluta y terminante, no hace distinción de ninguna enseñanza, las abarca todas, la científica lo mismo que la religiosa, la filosófica tanto como la política; no señala ninguna forma ó molde porque quiere la libertad, no exige un criterio determinado porque destruiría esa libertad; así es que la enseñanza es libre en sus diversas formas, en todas las que pueda afectar en la escuela como en el aula, en la prensa como en la tribuna, en lo público como en lo privado. Tal es el texto claro y sencillo, conciso ó inequívoco de la primera parte del artículo constitucional.

La segunda parte dice: «La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio y con qué requisitos deben expedirse.»

El pensamiento contenido en este inciso segundo, no se compadece bien con el del primero, como ya lo hizo notar el Sr. Lic. Ramón Rodríguez, uno de los críticos más inteligentes del Código de 57.

«La primera parte de este artículo, dice el Sr. Rodríguez en su Derecho Constitucional, anuncia que la enseñanza es libre, y se refiere notoriamente al principio de libertad intelectual . . . . La segunda parte no tiene conexión alguna con la primera, pues lejos de referirse á la libertad intelectual, es pura y simplemente una limitación impuesta á la libertad de trabajo en el ejercicio de ciertas profesiones.»

Y es tan profunda la convicción que á este respecto abriga el Sr. Rodríguez, que en otro pasaje de su obra citada, atribuye á mera equivocación de algún copista el haberse incluido esta segunda parte en el art. 3º.

La verdad es que su lugar natural está en el art. 4º, que garantiza la libertad del trabajo.

No es, efectivamente, lo mismo la libertad de enseñanza que la libertad de profesiones, y esto se ve prácticamente, dice

Lastarria, en Inglaterra, donde se puede enseñar lo que se piensa sin que se pueda ser abogado ó médico sin título, ó en Bélgica, donde se practica la misma libertad sin que los exámenes de suficiencia dejen de ser oficiales.

Nótese que citamos la autoridad del notable publicista chileno sólo para corroborar con ella la diferencia que hay entre la libertad de enseñanza y la de profesiones.

Siendo, pues, distintas ambas libertades, el 2º inciso del art. 3º, que trata de la libertad profesional, no puede afectar en modo alguno al primero, que trata de la libertad de enseñanza; por consiguiente, el primer inciso queda ileso, íntegro en sus términos literales.

Considerando á la enseñanza como una verdadera profesión, no falta quien formule el siguiente argumento: «La enseñanza es una profesión: la ley puede determinar qué profesiones necesitan título; luego la ley puede exigir título para la enseñanza.» Este silogismo, al parecer concluyente, en nuestro concepto, lo es tanto que *concluye* con todo el artículo constitucional.

Admitido que la enseñanza es una profesión y que hay en consecuencia, un enlace íntimo entre las dos partes del art. 3º, nadie podrá negar que este artículo garantiza cuando menos la libertad de las profesiones, y esta garantía está contenida en la primera parte, «la enseñanza es libre,» que es el pensamiento general del artículo, porque es evidente que la segunda parte no expresa sino las excepciones del pensamiento cardinal. «La ley determinará, dice, qué profesiones necesitan título;» es decir, que en perfecta consonancia con la primera parte, supone que es libre en general el ejercicio de las profesiones. De otro modo, la redacción de la segunda parte sería: «la ley determinará qué profesiones no necesitan título.» Parece, pues, claro, que la ley sólo excep-

cionalmente podrá exigir título á las profesiones; esto es, á ciertas y determinadas, a las menos, porque las más son libres.

Es tan restrictiva la inteligencia que el Sr. Rodríguez da á esta segunda parte del artículo, que en su concepto la ley orgánica sólo podrá exigir título para ejercer «las profesiones de notario público, escribano, corredor, en lo relativo á la autorización de contratos mercantiles y para el servicio de otros empleos públicos; en que se requiera esta formalidad, dejando absolutamente libre el ejercicio de todos las demás.»

Imponer, por consiguiente, título á la enseñanza, es suprimir la primera parte del artículo constitucional, y hacer negativo y absurdo su contexto porque equivale á erigir los casos de excepción en la regla general. ¿A qué profesión no podría entonces exigirse título? ¿Y qué nos quedaría de la libertad profesional y de la libertad de enseñanza? El art. 3º, lejos de garantizar entonces la libertad de las profesiones, resultaría garantizando la dependencia de ellas. No contendría una garantía individual, no reconocería un derecho del hombre como todo el mundo lo entiende, expresaría solamente las taxativas y trabas de ese derecho. ¿Quién puede desconocer que esta interpretación es absurda?

No, no es esa la inteligencia del art. 3º. Los constituyentes preceptuaron y quisieron efectivamente la libertad de enseñanza, y la garantizaron como ellos entendían que se deriva de la naturaleza del hombre, sin restricciones coercitivas ni preventivas. Tal vez en esto hayan ido demasiado lejos; pero la verdad es que fueron y quisieron ir.

Las reminiscencias que vamos á hacer de la discusión habida en el Constituyente, no dejarán duda del verdadero espíritu y alcance del artículo constitucional. Y como nuestro trabajo ha sido en este

punto una simple verificación histórica, se nos permitirá que citemos textualmente las palabras de los oradores con objeto de que se tengan á la vista las citas ó referencias y se vea que hemos procurado buscar ingenuamente la verdad.

La libertad de la enseñanza es una consecuencia directa de la libre manifestación de las ideas, y no puede tener en el orden político más limitaciones que la libertad de pensamiento. Así lo declaró el insigne Nigromante en el seno del Constituyente: «Si todo hombre, d.ijo, tiene derecho de hablar para emitir su pensamiento, todo hombre tiene derecho de enseñar y de escuchar á los que enseñan. De esta libertad es de la que trata el artículo, y como ya está reconocido el derecho de emitir libremente el pensamiento, el artículo está aprobado de antemano.»

El mismo Sr. Ramírez agrega: «Los gobiernos quieren la vigilancia porque tienen interés en que sus agentes sepan ciertas materias, y las sepan de cierta manera que está en los intereses del poder, y así crían una ciencia puramente artificial.»

Atacaron el artículo los Sres. Balcárcel, Velázquez y García Granados. El primero quería que la enseñanza estuviese vigilada por el gobierno por temor al abuso y á la charlatanería y para evitar que los padres de familia fuesen engañados por extranjeros poco instruidos, por verdaderos traficantes de la enseñanza.

El Sr. Velázquez aceptaba la libertad de enseñanza; pero quería alguna restricción en favor de la moral y del Estado.

El Sr. García Granados fué el único impugnador que entró de lleno en el debate oponiéndose radicalmente en la libertad de enseñanza por interés de la ciencia, de la moral y de los principios democráticos. «Teme, dice Zarco, á los jesuitas y al clero . . . le parece que los que enseñan deben ser antes examinados y que el Gobierno debe intervenir en señalar los autores de los cursos. . . .»

A estos ataques replicaron vigorosamente los sostenedores del artículo.

El Sr. Mata, miembro de la Comisión de Constitución: «de cuantas observaciones se han hecho sólo una se refiere á la cuestión, y es la de las restricciones en favor de la moral. Todo lo demás sobre colegios privados y nacionales, sobre duración de cursos y sobre exámenes no es de este momento, pues se trata de algo más elevado que las minuciosidades y reglamentos. Lo que hay que saber es si conviene al país la libertad de enseñanza y si es conveniente que todo hombre tenga derecho de enseñar. Si el partido liberal ha de ser consecuente con sus principios, tiene el deber de quitar toda traba á la enseñanza sin arredrarse por el charlatanismo, pues esto puede conducir á restablecer los gremios de artesanos y á sancionar el monopolio del trabajo. Contra el charlatanismo no hay más remedio que el buen juicio de las familias y el fallo de la opinión . . . La Comisión ha creído que no podía tomar más precaución que la de exigir título para el ejercicio de ciertas profesiones. Por lo demás, si hay maestros que ofrecen enseñar en poco tiempo, la autoridad debe dejarlos en paz sin sujetarlos á prueba. El temor de que sea atacada la moral carece de fundamento, pues donde quiera que la enseñanza es libre el que sea tan necio ó tan imbecil que se ponga á enseñar máximas inmorales, en el pecado lleva la penitencia. Si hay quien tema que los jesuitas y los clérigos se dediquen al profesorado y combatan la soberanía del pueblo enseñando el derecho divino, de esto no se sigue ningún mal, y los liberales, para ser consecuentes con sus principios, no deben oponerse á que enseñen los jesuitas, ni coartar la libertad de los padres de familia para buscar maestros para sus hijos.»

El Sr. Aranda, para desvanecer las alarmas del Sr. García Granados, dijo:



«que el artículo sólo deja en libertad á las familias para escoger maestros donde mejor les parezca, pero no suprime los establecimientos oficiales ni concluye en ellos la dirección y vigilancia del Gobierno. La vigilancia del mismo Gobierno aparece en los exámenes cuando se trata de ejercer una profesión, y así lo que queda libre es la elección de los medios de adquirir la enseñanza. Si hay quien enseñe algo contrario á la moral será perseguido, no como profesor, sino como promotor de crímenes y delitos.

El Sr. Gamboa proclama la completa libertad: «Se decide, dice el Sr. Zarco, por el principio de la Convención Francesa: al individuo el culto, á la familia la enseñanza, al Estado la calificación de las capacidades para las funciones civiles.»

Estas palabras «funciones civiles» quieren decir evidentemente funciones oficiales. Lo creemos así porque de este modo se explica perfectamente la fórmula que adoptó el orador con la completa libertad que sostuvo, y sobre todo porque él mismo se encarga de explicarla claramente en el desarrollo de su discurso diciendo: «que la inspección de la autoridad debe comenzar cuando el individuo quiera ejercer una profesión en servicio de la sociedad.»

El Sr. Prieto, ilustre autor del «Romancero Nacional», se decide por la libertad diciendo gráficamente: «Querer libertad de enseñanza y vigilancia del Gobierno es querer luz y tinieblas... y tener miedo á la libertad.»

El Sr. Arriaga, Presidente de la comisión de Constitución y uno de los hombres que más trabajaron en la expedición del Código fundamental, dijo la última palabra en el debate: «La libertad de enseñanza es una consecuencia de la libertad de cultos. La moral y la ciencia sólo se depuran por medio de la libertad.»

Hemos dejado de propósito para citar-

las al fin las palabras del Sr. Lafragua, Ministro de Gobernación, que también intervino en el debate y cuyo liberalismo no puede ciertamente equipararse al de los Sres. Ramírez, Arriaga, Mata y Prieto.

El Sr. Lafragua estuvo conforme con el fin del artículo, pero quiso la vigilancia del Gobierno como una garantía contra el charlatanismo, y propuso como adición que se dijese que «la autoridad pública no tendrá en la enseñanza más intervención que la de cuidar de que no se ataque á la moral. Y como los exámenes, agregó, para el ejercicio de las profesiones coartan hasta cierto punto la libertad, quiso que se dijese que es libre la enseñanza privada.»

Por manera que el Sr. Lafragua, aceptando el pensamiento del artículo, pero temiendo que de la generalidad de sus términos viniesen dudas y confusiones, quiso que el pensamiento se expresase con mayor claridad deslindando perfectamente la enseñanza privada de la oficial para no poner nunca en tela de juicio el derecho que el Estado tiene de intervenir en ésta.

Bajo la influencia de estas ideas sustentadas por los hombres más prominentes de la comisión dictaminadora y por hombres como Ramírez, Prieto y Lafragua, el artículo fué aprobado por una gran mayoría, sesenta y nueve votos contra quince.

Dígame ahora si los constituyentes no han querido una completa libertad de enseñanza sin exámenes ni títulos, es decir, no sujeta á medidas coercitivas ni preventivas. Nosotros creemos que así la han querido y garantizado en el artículo 3º y que esta garantía individual no tiene más restricciones que las impuestas en el artículo 6º á la libre manifestación de las ideas.

Y por más que en ello veamos un inconveniente para el progreso y civismo de la instrucción popular, tenemos que

respetar el pensamiento y la voluntad de aquella soberana asamblea que viene á ser en nuestra historia política como la madre de las libertades públicas.

Pretender forzar el espíritu de la Constitución con torcidas interpretaciones es desprestigiarla, cuando precisamente nuestro anhelo como miembros del partido liberal debe ser difundirla y hacerla respetar por todas las clases sociales.

«La limitación natural y legítima, dice el Sr. Rodríguez, de la libertad de enseñanza, es exactamente la misma de la manifestación de las ideas, y si ésta no puede impedirse sino en el caso de que ataque á la moral, los derechos de tercero, provoque algún crimen ó delito ó perturbe el orden público, es claro que aquella sólo puede limitarse en los mismos casos.»

Y es oportuno recordar que cuando se discutieron en el Constituyente la manifestación de las ideas y la libertad de imprenta, debates reñidos que se levantaron á grande altura y estuvieron llenos de pasión y de elocuencia, dominaba tal sentimiento de libertad, que oradores como Zarco, Ramírez y Zendejas no querían las restricciones relativas á la moral y al orden público y sólo admitían los casos de injuria personal. ¿Quién define la moral? preguntaban. Si el Gobierno la define siempre lo hará de modo que por cualquiera bagatela encarcele, perjudique ó deshonne á sus enemigos. El orden público decían, inspira horror; sólo ha servido para encubrir y autorizar todas las crueldades de la tiranía.

No es posible desconocerlo: el constituyente, si bien abrigó en su seno algunos representantes de las viejas ideas y tradiciones, en su mayoría estaba compuesto de ardientes liberales, cuyo ideal era proclamar la libertad para todo y para todos. Aquellos hombres que acababan de sufrir en la prensa, en la cátedra, en el

foro, en la política, en todas las formas de la actividad social la insolente dictadura de Santa-Anna, por una reacción fácil de explicarse, vivieron de todos los ámbitos del país al triunfo de Ayutla tan henchidos del espíritu generoso y grande de la libertad cuanto había sido mezquino, estrecho y cruel el régimen que la revolución había derrocado. Tal fué, señores, el espíritu que presidió las deliberaciones del Constituyente.

\*  
\*  
\*

Hemos citado las opiniones emitidas al discutirse el artículo 3º sólo para interpretarlo ingenuamente y no porque estemos de entero acuerdo con ellas, pues, como queda demostrado en la primera parte de nuestro dictamen, nos parece perjudicial en extremo la absoluta ó ilimitada libertad de la enseñanza primaria en lo que á título se refiere.

Ya que ni la letra ni el espíritu del precepto contenido en aquel artículo permiten exigir título al profesorado de instrucción primaria, lo único que procede es consultar la reforma de tal precepto en el sentido indicado atendiendo á que así lo demandan urgentemente tanto la ciencia cuanto los intereses sociales.

No somos partidarios de que nuestro Código fundamental sufra continuas modificaciones, pero cuando llegan á ser una exigencia pública—como aconteció con las Leyes de Reforma, elevadas al rango de constitucionales—es un deber patriótico abogar desde luego por ellas.

En apoyo de nuestra tesis existen otras razones que omitimos en gracia de la brevedad, sin perjuicio de exponerlas en el curso del debate si fuera conveniente ó necesario.

En consecuencia, tenemos el honor de someter á vuestra ilustrada deliberación las siguientes conclusiones.

1ª La ciencia y los intereses sociales re-



claman urgentemente que se exija título al profesorado de instrucción primaria, fijándose por la ley los casos de excepción forzosa.

2° El artículo 3° de la Constitución Federal no permite exigir aquel título.

3° Es indispensable reformar el artículo 3° constitucional en el sentido de que debe exigirse el título mencionado.

ROSENDO PINEDA.

EL C. SECRETARIO.—Se pone á discusión el dictamen de la 1ª comisión de enseñanza elemental relativo á la fracción VI de la sección respectiva del Cuestionario.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. representante del Estado de México.

EL C. RUIZ.—Señores representantes:

Vengo á este lugar impulsado sólo por el deseo de cumplir con mi deber; ninguna otra circunstancia me trae á este sitio, porque nadie más que yo, se complace en manifestar el talento y la erudición con que está escrito el magnífico dictamen que se debate; y al tomar una pequeña parte en esta discusión importante, me propongo hacer completa abstracción de los distinguidos profesores exponentes; no porque deje de reconocer, y me complazco en manifestarlo, el alto concepto que de cada uno de ellos tengo, sino porque deseo que al replicar, se tenga la bondad de hacer también abstracción de mi humilde personalidad, y se fijen tan sólo en el móvil que dirige mis palabras, así como en la lógica de las razones que me propongo exponer. El objeto que persigo no puede ser otro que el que persiguen todos los representantes aquí reunidos; es decir, tratar de dar una solución práctica y posible al valioso problema de la enseñanza, y siendo este un problema, claro es que, para llegar á la solución de él, se necesita contar con todos los datos.

Para las ilustradas personas que tienen la bondad de escucharme, es claro, es notorio, que los principales problemas de la Pedagogía aún no se han resuelto, porque no se cuenta con todos los datos relativos á ellos; en consecuencia, nada tiene de extraño mi pequeño dissentimiento respecto del dictamen.

Al manifestar este dissentimiento, tengo en mi apoyo que la Pedagogía está en un período tal, que se necesita seguramente establecer reglas para la práctica, y so ha menester también, descubrirlas leyes que son el manantial inagotable de consejos que mejores resultados puedan dar en la práctica.

Tal es el punto de partida que he elegido para dirigir, no dardos que hieran á los signatarios del dictamen que se discute, sino más bien investigadores que descubran si hay error, ó por lo menos, descuido en la comisión, para que la réplica, cuando venga, descubra á su vez mis descuidos, mis faltas ó mis errores.

El dictamen que se presenta está expresado en diez y seis conclusiones y está precedido por una parte expositiva galanamente escrita, de la cual no me ocuparía, si no fuera porque encuentro grande y notorio desacuerdo lógico en las páginas 17, 18, 19 y en las conclusiones 13 y 14. Se entrevé con toda claridad que allí hay una doctrina, y es uno de los fundamentos del dictamen, la cual es: que uno es el método lógico y otro es el método pedagógico. Creo que esta doctrina es errónea y por eso voy á tomarme la libertad de examinarla.

En mi concepto, el método en abstracto, es único, siendo un principio abstracto emanado de la ciencia y constituido esencialmente por la asociación de la inducción con la deducción; en consecuencia, en todos sus aspectos, no pierde su unidad. Si alguna vez es necesario que pongamos al método algún calificativo, es por la aplicación especial que hacemos



de él; pues en concreto tiene tantas variantes, como objetos hay; las necesidades del progreso social, muchas veces, nos hacen limitar el punto de aplicación y entonces unimos una palabra para calificar el método; pero no por esto deja de ser método: por eso llamamos Método Pedagógico ó Método histórico ó didáctico, pero en todos estos casos tiene que ser método.

En todo caso, y como el método es la clave de todo dictamen, por eso voy á extenderme en este sentido.

Entre todas las palabras que usan los educacionistas para caracterizar los diversos caminos que seguimos, se ha empleado muchas veces la palabra método, y la comisión tiene las siguientes: didáctico, inductivo, objetivo y subjetivo. De estas denominaciones acepto simplemente las de objetivo y subjetivo, pues ya en otras ocasiones lo he manifestado así y he aquí la razón:

En la práctica muchas veces se puede empezar por hechos para ir á la generalización, esto es, de la inducción á la deducción, y entonces el procedimiento, el camino que se sigue se llama objetivo; cuando al contrario, se parte de la generalización, para llegar á casos particulares, á casos aislados, entonces el método se llama subjetivo; porque se toman como punto de partida las abstracciones formadas en el espíritu, independientemente de los hechos que se observan. En consecuencia, yo creo que lo más concreto para caracterizar la intervención que haya en la práctica, es esto: método objetivo y subjetivo; y no estando de acuerdo con la Comisión en este sentido, es por lo que deseaba hacer una redacción en consonancia con todas y cada una de las proposiciones, pero no lo hice así por tres razones fundamentales. En primer lugar: porque justamente desconfío de mis fuerzas para emprender una tarea tan

important; en segundo lugar, porque estoy persuadido del ningún valor que tendrán mis apreciaciones en el ánimo de la Comisión y en tercer lugar, que más bien deseo que las observaciones que hago, si tienen algún valor, se tomen en cuenta por la Comisión, rectificando ó ratificando sus conclusiones.

Para no divagarme voy simplemente, aun cuando no está á discusión en lo particular este dictamen, á indicar á la Comisión algunas modificaciones que en mi concepto son importantes de hacer á la parte resolutive de su dictamen.

Desde luego debía borrar la primera conclusión, porque no tiene objeto, es enteramente negativa, no tiene enlace con la pregunta relativa, que está concebida así: ¿Qué métodos, procedimientos ó sistemas deben emplearse en la enseñanza elemental? Y la primera conclusión dice esto:

«El sistema individual no es practicable en nuestras escuelas primarias elementales.»

Realmente si no es éste un método que se va á usar, ni procedimiento ¿para qué se emplea una forma negativa?

Respecto de las demás conclusiones, voy á hacer una observación general.

La Comisión ha puesto las conclusiones con su explicación, cuando ésta consta ó debe constar en la parte expositiva.

Como no pretendo hacer uso de la palabra varias veces, simplemente indicaré á la Comisión que transforme todas las proposiciones referentes á la Escuela Elemental, suprimiendo del todo la primera y la sétima y procurando, repito, que las demás sufran una modificación en consonancia con las ideas que he indicado.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez, miembro de la Comisión.

El C. Martínez.

Señores representantes:

Enviado á este lugar por la Comisión,

cuyo dictamen se discute, para contestar aunque sea brevemente á las observaciones que el ilustrado representante del Estado de México ha tenido á bien hacernos; mi primera palabra será para solicitar la indulgencia de esta Asamblea, en atención á que, como es sabido por la mayoría de personas que me escuchan, mi dicción es muy incorrecta y mi palabra muy difícil. Por otra parte, mis conocimientos pedagógicos son bien limitados, y no podré rebatir de una manera conveniente los argumentos del Sr. Dr. Ruiz. Sin embargo, cumpliendo con lo dispuesto por la Comisión me voy en el caso de ocupar vuestra atención esperando que, no mi pobre palabra, ni mis débiles argumentos, sino las sólidas razones que presenten después los ilustrados miembros de la Comisión á que pertenezco sean las que traigan la convicción á esta Asamblea, de la conveniencia de las resoluciones que hemos presentado.

Indudablemente que el punto que ha tocado el Sr. Ruiz es del todo importante, puesto que se refiere á la parte capital de nuestro dictamen, á la cuestión de método.

Hay distintos modos de considerar esta cuestión:

El Sr. Dr. Ruiz tiene un modo muy especial de considerarla, y quizá su opinión encuentre bastante apoyo entre ciertas personas que están inspiradas por sus ideas. La Comisión, por su parte, opina de muy distinto modo, creyendo que el *método lógico* no puede ser el único que exista, y que entre los diversos métodos que puedan encontrarse, está el *método pedagógico* cuyos fines y medios son bien conocidos.

Tratándose de conocimiento, el *método* en el sentido absoluto es el camino que se sigue para la investigación de la verdad, para la demostración de ella y para su exposición; pero bien se comprende que en *pedagogía* sólo se trata de la úl-

tima parte, de la exposición ó trasmisión del conocimiento.

Hay además razones más especiales para considerar como *un método* propio el orden que se sigue en la enseñanza para llenar los fines de ella, del mismo modo que bien puede ser *un método*, todo arreglo que conduzca á un fin determinado, no tan sólo en el orden intelectual sino también en el material.

Respecto de la clasificación que hace el Sr. Dr. Ruiz de método objetivo y subjetivo, discrepa mucho de la que la Comisión acepta. Precisamente lo que el Sr. Ruiz considera como método objetivo es lo que la Comisión considera como método subjetivo; porque si el fin de la enseñanza es la unión del objeto con el sujeto y si el primero es la materia y el segundo el niño, naturalmente se infiere que cuando se atiende al objeto, á la materia entonces el método es puramente objetivo y cuando se atiende á las facultades psíquicas del alumno, entonces será subjetivo. En esto seguimos las doctrinas de la pedagogía alemana.

Ahora, respecto á que en el *método* se siga invariablemente la inducción ó la deducción, esto podrá ser cuando se trate simplemente de investigar, pero cuando se trata de enseñar no bastan los expresados medios lógicos, y prodría citar, en apoyo de ello, diversos casos para convencer al Sr. Dr. Ruiz.

Supongamos que se trata de enseñar *Culigrafía*. Para esto podemos proceder mostrando letras completas para estudiar luego sus diversos elementos, ó empezamos por dar á conocer los elementos, y luego su enlace, hasta llegar á la formación completa de cada letra.

Aquí como se ve no hay *inducción* ni *deducción*, puesto que ni de hechos particulares inferimos una ley general, ni sacamos consecuencias de ningún principio; pero si hay indudablemente un *análisis* ó una *síntesis*.

En la enseñanza de la Historia, por ejemplo, podemos presentar los acontecimientos ya en el orden cronológico, ó en el inverso, que algunos pedagogos aconsejan. Tampoco hay aquí *inducción* ni *deducción*, simplemente seguimos una marcha *progresiva* ó *regresiva*.

Por esto dice la Comisión que en el método *pedagógico*, por lo que toca al orden en que se presentan los conocimientos, pueden regirse no sólo las marchas inductiva y deductiva, sino también la analítica y la sintética, la progresiva y la regresiva.

Respecto de nuestra primera resolución (en que se dice que es impracticable el sistema individual) que el Sr. Dr. Ruiz califica de inútil, la consideramos conveniente porque como el expresado *sistema* se sigue en la actualidad, no sólo en nuestros pueblos atrasados del país, sino aun en algunas clases de las escuelas de esta capital; por que cese este mal, es indispensable que haya una prohibición terminante, una resolución de esta Asamblea en que se diga que no se puede, que no se debe tolerar por ningún motivo la práctica individual en las escuelas elementales.

La misma razón hay para sostener la segunda resolución en que se proscribe de nuestras escuelas el *sistema mutuo*.

La Comisión, repito, cree que no es bastante recomendar el *sistema simultáneo*, como el único que satisface las necesidades de una buena organización escolar; sino que es conveniente, además, manifestar que los otros sistemas de que se ha hablado no deben practicarse ni por absoluta imposibilidad de usar el que se recomienda como bueno.

Esta es, sin embargo, una cuestión que el que habla no considera de gran trascendencia; pero en la cual no podrá ceder si no es que la mayoría de la Comisión esté conforme en ello.

Esto es, por ahora, lo que puedo contestar al Sr. Dr. Ruiz, esperando que en su oportunidad los demás miembros de la Comisión robustezcan mis débiles argumentos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

El C. Ruiz.

En un punto en que discrepaba yo, se sirvió el Sr. Martínez insistir y me llamó la atención que dijera que cuando se va de la observación del fenómeno del hecho poco á poco se llega á formar una generalización y á eso llamaba método subjetivo. Es esta la primera vez que oigo tal idea.

Como vdes. comprenderán, los nombres de objetivo y subjetivo, precisamente se han originado del motivo ó móvil que los engendria; cuando nosotros observamos objetos ó fenómenos, cuando partimos de ellos para hacer una generalización, es cuando lo llamamos método objetivo, y cuando vamos de las cosas ó fenómenos á través de cómo los ven los demás, esto método es subjetivo. En consecuencia, no es posible confundirlo, ni mucho menos entenderlo al revés.

El Sr. Martínez decía que cuando se va á enseñar á escribir, se va del elemento al todo, ó del todo al elemento, y que en esto no hay una inducción sino un análisis. A esto le diré que siempre hay una comparación, un raciocinio, y este raciocinio, quiera ó no quiera su señoría, tiene que basarse en la inducción ó la deducción. Ahora, que á esto le llame la comisión una marcha, esto podrá pasar en una exposición; pero no podrá sostenerlo con justicia tratándose de un procedimiento.

Por lo que toca á otro punto de los que están consignados en el dictamen, me parece que la calificación que se da á las escuelas de un solo maestro, llamándolas absurdas es demasiado dura é inexacta. Yo creo que las escuelas que tienen un so-



lo maestro, merecen nuestra consideración; soy yo el primero en deplorarlo; pero aun así no creo que merezcan este calificativo; podrá llamárseles si se quiere, desgraciadas; pero no absurdas.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Señores representantes:

Siento en el alma no haber antes escuchado los razonamientos que haya podido hacer el Sr. Dr. Ruiz respecto de los términos en que está concebido el dictamen; apenas he podido percibir que propone los nombres objetivo y subjetivo para denominar así el método, si mal no he entendido, y que considera impropio el que la inducción y deducción estén, en el concepto de la comisión, como marcha y no como procedimiento; pero no era posible aceptar el llamar al método de esta manera, porque si bien en lógica es preciso que haya un razonamiento previo para adquirir los conocimientos, y éste, efectivamente, se hace por medio de la inducción ó la deducción; hay que advertir también que nosotros no vamos á tratar la cuestión bajo el concepto de la lógica, sino puramente pedagógico, y en éste, no cabe duda, que hay que valerse de la inducción ó de la deducción; pero como marcha ó camino que se emplea para llegar á adquirir el conocimiento, procurando el maestro una vez adquirido éste, impartirlo al niño.

Alguna vez se ha considerado el llamado método objetivo, como el que parte de la presentación de los objetos; pero éstos por cierto no deben dar nombre al método, porque los objetos por sí solos no tienen sino un lenguaje mudo, si el profesor no lleva allí el alma del conocimiento, que no es otro sino el ejercicio de la razón, así indudablemente aquellos objetos jamás dirán algo al niño.

No sé bajo qué concepto haya presentado el Sr. Ruiz lo que él quiere llamar método objetivo, porque no creo que sea

por cierto el método fundado en los objetos. Aceptando como subjetivo lo que, según su nombre indica, corresponde al sujeto, en este caso toda enseñanza tendría que serlo, porque en tanto existe, en cuanto á que el maestro llega al sujeto, que es el niño, y en tanto que este niño llega á adquirir los conocimientos.

Así, pues, á reserva de contestar algunos nuevos argumentos que exponga el Sr. Ruiz para fundar su denominación, insistimos en sostener que el método que prescribe la Comisión, es el que se practica en la escuela y el que debe practicarse para que el alumno llegue á adquirir el conocimiento, dirigido aquel hábilmente por el maestro.

Como el dictamen lo indica, uno de los medios podrá ser la inducción ó la deducción en algunos casos, en otros se podrá utilizar el análisis y en otros la síntesis. Ocasiones habrá en las que para que el alumno llegue á adquirir el conocimiento, sea necesario echar una ojeada retrospectiva, con el fin de ver el origen de tal ó cual noción que se trate de inculcar; entonces, no cabe duda, que se ha empleado un orden, se ha seguido una marcha; pero esta marcha tiene que ser regresiva; otras veces, por el contrario, establecido un principio, se hace que el niño llegue á aplicar sus consecuencias, y en este caso, el orden es progresivo.

En cuanto á la calificación que el Sr. Dr. Ruiz acaba de dar á las escuelas que tienen un solo maestro, la comisión cree haber acertado con el nombre que merecen tales escuelas al calificarlas de absurdas, porque una cosa es absurda, en tanto que no llena su objeto, y si no lo llena, tiene que ser absurda. Que la necesidad obligue á cometer absurdos, eso no lo negamos: que el hombre se alimente, es una necesidad, y si hay alguno que lo haga con ciertas sustancias que no lleven consigo todos los elementos necesarios para

la reparación de la vida, es solo cuando no hay estos alimentos; pero esto no quiere decir que la alimentación, deje de ser absurda. Además, en las conclusiones no existe tal epíteto, al hablar de dichas escuelas.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Señores:

Después de hacer fervientes votos de gratitud á las personas á quienes debo ocupar otra vez la tribuna de este Congreso, y de saludar cariñosamente á mis compañeros, pidiéndoles su benevolencia para oírme, voy á hacer unas ligerísimas observaciones á los señores que forman la comisión que dictamina.

La primera es esta: dice la segunda resolución:

«El sistema mutuo ó Lancasteriano debe desterrarse de nuestras escuelas públicas, porque no permite atender al fin educativo de la enseñanza.»

Pocas personas como yo, verán con tanto disgusto el modo lancasteriano.

El orador que me ha precedido, ha manifestado, y estoy de acuerdo con su manera de pensar, que el método ó modo lancasteriano, no puede emplearse sino cuando la necesidad agobia con su terrible apremio. ¿Es cierto que el método ó modo lancasteriano puede contribuir de alguna manera á la educación del niño? Si con él algo se puede lograr, entonces yo pretendería que se modificara este párrafo de modo que se completara en este sentido: «porque no permite atender al fin educativo de la enseñanza, *con la extensión que ella requiere*,» ó alguna otra forma que modifique un tanto esta generalización que se ha hecho de una manera tan absurda.

Otro de los puntos es éste; dice la comisión:

«En casos dudosos se considerarán co-

mo ramos decisivos los de la lengua nacional y la aritmética.» . . .

Tomar solamente dos ramos como puntos decisivo para la clasificación de los alumnos, es una dificultad muy grave para el maestro: cuestión gravísima la de calificar en los niños los conocimientos que tienen; es el punto más delicado de la organización escolar, y veo con sentimiento que se escogen nada más dos ramos para ello. Por lo mismo, yo desearía, que la comisión añadiera algunos otros, que caracterizaran el movimiento intelectual, el desarrollo de las facultades todas del niño; por ejemplo, que admitiera las nociones de ciencias físicas, como uno de los puntos que pudieran servir para hacer esta clasificación, y que no se limitara simplemente á los dos ramos que consigna.

Respecto á la subdivisión en grupos, que hace la comisión, parece que prevé toda dificultad, colocando á los más atrasados en el primero, y á los más adelantados en el segundo, y dice que, en cuanto posible deben homogeneizarse estos dos grupos.

Yo desearía, no obstante esto, que la comisión al hacer esta subdivisión, aceptara algún medio á fin de que no se alterara la distribución general del curso, porque bien pudiera suceder que al hacer dichas subdivisiones, se consideraran como secciones aisladas y se prolongara con esto la permanencia del niño en un mismo año más tiempo del que justamente debía estar en esa sección.

Tales son las ligeras consideraciones que humildemente someto á la ilustración de la comisión dictaminadora, suplicándole se sirva dispensar la incorrección de mi lenguaje.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Con el fin de abreviar esta discusión, contestaremos al Sr. Cer-

vantes sus observaciones, cuando se discute el dictamen en lo particular.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si ha lugar á votar en lo general.

Recogida la votación, resultó aprobado en lo general por unanimidad de votos.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Está á discusión en lo particular la primera resolución que dice:

1ª El modo individual de organización llamado también sistema individual, no debe practicarse en las escuelas primarias elementales.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra en contra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Suplico á la comisión se sirva retirar la resolución primera puesta al debate, porque es enteramente inútil.

En lo general, el modo individual, no es posible, no es practicable en las escuelas que cuentan con un gran número de alumnos, y esto está en la conciencia de todo el mundo. De manera que solo sobrando esta resolución.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—Señores representantes:

El Sr. Manterola lo mismo que el Sr. Ruiz proponen que se suprima la primera resolución. La comisión creo que debe quedar en pié esta resolución, por las razones siguientes: de hecho se practica el llamado sistema ó modo individual en un gran número de escuelas del país; de hecho tenemos muchas escuelas donde el profesor empieza á dar su clase con el primero, sin que eso en nada aproveche al segundo y al tercero, empleando así dos horas en una clase: de gramática, por ejemplo, que perfectamente podía dar en diez minutos. Esta mañana, vervi-gracia, el Sr. García Cubas nos contó que un pro-

fesor de geografía, que ya no existe, acostumbraba llamar á sus discípulos uno por uno y les iba enseñando un mapa, teniendo con cada cual una conversación en voz baja, que no entendían los demás. Así se pasaba este señor toda la hora de clase con tres ó cuatro alumnos; al día siguiente con cinco ó seis, y de esta manera empleaba casi una semana para dar una sola clase.

Yo he visto escuelas donde se practica el sistema ó modo individual y cómo no hemos de prohibirlo, si estamos convencidos de que es nocivo, de que no sirve y de que no es practicable?

Pero, señor, no todo el mundo está convencido de ello y la prueba más palpable es que se sigue todavía; y, por lo mismo, la comisión creo que debe quedar en pié esta resolución. Sí, no tendrá inconveniente en suprimir, como lo ha podido el Sr. Dr. Ruiz, la última parte, que realmente es indispensable y necesaria; pero en mi humilde concepto, lo importante es que la comisión diga que es impracticable este sistema, que debe prohibirse, que debe desterrarse.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores Manuel.

EL C. FLORES.

Simplemente, señores representantes, para hacer observar á ustedes que la comisión, por medio de su respetable órgano el Sr. Rébsamen, ha hecho un prodigio de ingenio para demostrar que ha redactado muy mal su primera cláusula.

El Sr. Rébsamen, miembro de la comisión, ha dicho que no es practicable el sistema individual, y después nos demuestra que se practica: entonces deja de ser impracticable, y si deja de serlo, no hay razón para que subsista semejante afirmación. Si lo que el Sr. Rébsamen quiere decirnos es que no debe practicarse, que nos lo diga; porque no se soporta que diciéndonos primero que el sistema



individual no es practicable, nos venga en seguida á demostrar que sí lo es.

Tan no es exacto que esa fué la mente de la comisión, que precisamente por eso tenía esa pequeña cola que el Sr. Ruiz le quiso quitar; lo que se quería decir era una cosa de hecho: que no es practicable; porque dado el número considerable de alumnos, malamente un profesor podría dedicarse á un número reducido de ellos. Luego, como se ve, la comisión tuvo la intención revelada por la parte final de su primera cláusula de significar un punto de hecho, y este punto de hecho precisamente por ser de tanta evidencia, no debe subsistir. ¿Qué nos quiso decir? ¿Nos quiso decir que no debe practicarse? Entonces á qué viene el final en que se dice: «por constar éstas de un gran número de alumnos?»

Con todo y ese gran número de alumnos, el Sr. Rébsamen dice que se practica, y entonces ó se suprime la cláusula. ó se dice: no debe practicarse el sistema individual en las escuelas.

Yo digo que sí se puede practicar y se debe practicar; porque este es el verdadero sistema de educación.

Si prescindimos del sistema individual no es porque lo consideremos inconveniente, no porque creamos que no nos conduce á los fines que nos proponemos, sino porque no podemos practicarlo, dada la desproporción que hay entre el número de alumnos y la cantidad de profesores de que disponemos; pero en la escuela, el sistema individual es el ideal de la enseñanza; si éste es vicioso en el hogar, es porque allí no existen, como dice la Comisión en su parte expositiva, los elementos de imitación y estímulo que existen en la escuela.

Luego ¿cómo nos ponemos á decir que no se puede practicar, si es de hecho practicable y consta que se practica?

En consecuencia, pido que la comisión nos diga, qué es lo que nos quiso dar á

entender y me reservo el uso de la palabra para sostener que sí es practicable y que se debe practicar

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez R.

EL C. GÓMEZ R.—Parecería difícil contestar á una persona que con tanta facilidad se expresa, como lo hace el Sr. Dr. Flores, que se sirve llamar á cuentas á los que redactaron esta resolución y ponerlos en contradicción consigo mismo; pero la verdad es que la resolución está bien redactada y voy á demostrarlo.

La palabra *practicable* por su designación, manifiesta no lo que de hecho se practica, sino lo que es digno de práctica. Esta es una cuestión de lenguaje, y en esto no debemos fijarnos sino en saber cuándo debe el método practicarse, cuando es realmente *practicable* en el verdadero sentido de la palabra. Esto es muy sencillo cuando las escuelas elementales constan de un corto número de alumnos; en aquellos en que hay muchos, allí es donde no debe practicarse.—Un ejemplo pondrá de relieve este hecho.

Nadie podrá afirmar que el vicio es amable, y sin embargo, de hecho se ama el vicio, y nadie tendría inconveniente en afirmar esta proposición: *no es amable el vicio*.

En este supuesto, la comisión manifiesta la razón que tuvo para redactar esa proposición. Sin embargo, si se cree conveniente decir, para mayor claridad, que no debe practicarse, entonces creo que será mejor dejar la última parte que desea quitar el Sr. Dr. Ruiz.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—No obstante la manifestación de los ilustrados miembros de la comisión, yo creo que este párrafo, objeto del debate, debe suprimirse; porque

si vamos á decir en una serie de resoluciones todo lo que no debe hacerse en una escuela, no acabaríamos nunca: además, yo creo que desde el momento en que el sentido pedagógico de la palabra ha atribuido cierta significación á los modos simultáneo, mutuo é individual, y cuando éste está unido con otro, ya toma el nombre de mixto, y que nos dice en su tercera resolución, que el modo simultáneo es el único que satisface, ya no es necesario que digamos que no debe aceptarse el individual.

Suplico, pues, á la comisión, se sirva retirar estas dos proposiciones y dejar en los términos más claros y precisos la tercera, que es la que condensa la idea capital.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—La comisión presenta reformada su primera resolución de esta manera:

«El modo individual de organización, llamado también sistema individual, no debe practicarse en las escuelas primarias elementales.»

EL C. SECRETARIO RUIZ.—No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida la votación resultó aprobada por 18 votos contra 6.

EL MÍSMO C. SECRETARIO.—La segunda proposición dice:

2º El sistema lancasteriano ó método mutuo de organización, debe desterrarse de nuestras escuelas públicas.

Está á discusión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores Manuel.

EL C. FLORES.—Señor:

No vengo á pedir á los representantes

un arranque de gratitud hacia un sistema que ha prestado tan eminentes servicios á la educación pública nacional; no es ese mi punto de vista, porque entiendo que el sentimiento no debe ser un factor de nuestras resoluciones: aquí mi punto de vista es pedagógico, técnico, científico.

Nos afirma la comisión dictaminadora que el sistema lancasteriano ó mutuo debe desterrarse de nuestras escuelas públicas, por ser deficiente para la instrucción y porque no permite atender al fin educativo de la enseñanza. Veamos si esto es así.

Yo desde luego pregunto: ¿cuáles son las condiciones que debe satisfacer un método, para que la instrucción que de él resulte no sea deficiente y se puedan llenar los fines educativos que se propone?

Si analizamos un poco en abstracto la cuestión, veremos que los fines de la enseñanza, es decir, la instrucción y la educación se consiguen, no tanto en virtud de condiciones peculiares al maestro, cuanto en virtud de condiciones peculiares al modo de presentar los conocimientos al alumno. Este es un punto importantísimo, sobre el cual es necesario fijarse y al que es preciso atender, para resolver de una manera conveniente la cuestión.

El sistema lancasteriano ó modo mutuo no ha llenado, ni ha podido llenar jamás los fines de la educación, no por los defectos inherentes á él mismo, sino por los defectos inherentes al sistema educativo en general.

En la época en que se fundó la enseñanza por el sistema Lancaster, al que se debe una propagación estupenda del saber elemental, como lo reconoce la comisión, la enseñanza tendía esencialmente á la instrucción: se juzgaba que un alumno, capaz de repetir de memoria una fórmula entresacada de un texto ó aprendida de los labios de un profesor, era un alumno instruido, y se daba de mano á todo otro trabajo y á toda otra elabora-



ción, juzgándose que con aquella inteligencia, se había llegado á obtener el *máximum* de lo que se podía exigir ó pedir del espíritu humano.

Pero *éstas fueron culpa del tiempo y no de España*, como decía el poeta; si entonces la enseñanza lancasteriana fué instructiva, yo pregunto: ¿cuál otra enseñanza no lo era? ¿cuál otro procedimiento no adolecía de este defecto? Lancaster instruía, porque Lancaster era hijo de una generación que miraba como superior la instrucción á la educación, porque el medio que rodeó á Lancaster, como el medio que rodeó á Bell, era un medio instructivo; porque era la época en la cual el estudio del desenvolvimiento de las facultades individuales y sociales, era un problema poco estudiado que no había llegado aún á los linderos de la práctica. Pero achacar al método los inconvenientes de la época, me parece una soberana injusticia.

Si el conocimiento se presenta al alumno en formas adecuadas, el conocimiento será educativo ó instructivo, y esto dependerá de la manera de presentarlo.

Yo sostengo que se pueden obtener fines considerables en el orden educativo é instructivo, con sólo que en el sistema mutuo se obligue á los ayudantes y á los monitores á que comuniquen los conocimientos en determinada forma. Si yo enseño á sumar con objetos á un alumno de la escuela Lancasteriana y si exijo que éste enseñe de igual manera á los demás, no veo porqué razón hubiera de ser más educativa la enseñanza dada por el monitor que la que yo pudiera dar.

Supongamos á un pedagogo de los más eminentes, en posesión de una escuela que no practica el sistema mutuo y que trata de enseñar el dogma católico, toma el catecismo del padre Ripalda, lo enseña de memoria, yo pregunto: ¿qué es lo que los alumnos han podido aventajar como educación y desenvolvimiento en sus facultades

intelectuales? Absolutamente nada: el gran pedagogo que suponemos, no ha logrado, ni ha podido lograr los fines de la educación, por el hecho de que no ha sabido presentar los conocimientos en la forma adecuada.

Yo supongo un profesor de gimnasia que reuna á sus discípulos en el salón en donde han de hacer sus ejercicios, y en lugar de obligarlos á ejecutar éstos, los obliga á aprender de memoria y á repetir una cartilla de gimnástica, siendo que con tan sabia y acertada dirección de la educación física, los alumnos no tardarán en convertirse en físicos, y ¿depende esto de que el profesor sea un gimnasta ó deje de serlo? No, señores, depende de la manera de enseñar.

Supongo por el contrario un aprendiz de gimnasia, que pone á los alumnos á repetir los mismos ejercicios que él acaba de aprender y practicar; es decir, que sigue un procedimiento sabio. ¿Podrá creerse que los alumnos—puede decirse de segunda mano—no desenvuelvan sus facultades físicas?

Evidentemente que no, porque repito, y sostengo, y creo haberlo probado con ejemplos de esta naturaleza, que la manera de presentar los conocimientos, es lo que da el mejor resultado para el desenvolvimiento de las facultades del niño.

Claro es, terminante, indispensable, que si el procedimiento es bueno y el profesor lo es también, el máximo de los resultados se obtiene por solo este hecho.

Ahora bien; hemos supuesto un gran profesor con un mal método, después hemos supuesto un mediano profesor con un buen método, hemos comparado los resultados y hemos visto cuáles son, y claro es que, si llegamos á reunir un gran profesor con un gran método, habremos obtenido el máximo de los resultados.

Si podemos obtener para todas las escuelas de la República un número competente de buenos profesores, entonces no



digo una palabra, soy el primero en suscribir la resolución segunda que destierra el sistema mutuo de la enseñanza escolar; pero si, como tantas veces pasa, estamos obligados á pagar profesores de ocho pesos al mes, y esto sucede en el Estado que tan indignamente represento aquí, y en otros, y hay que educar doscientos ó más alumnos ¿se obtendrá buen resultado en la enseñanza de esas personas por otro sistema que no sea el mutuo? Seguramente que no, porque en esas condiciones lo mejor que puede hacerse es tomar por su cuenta á un grupo determinado de alumnos, presentarles algunas nociones en la forma y método que él crea más perfecto, y obligarlos á que trasmitan conocimientos á los demás, no obstante que esto dejaría que desear comparando la enseñanza así impartida con la que el profesor pudiera dar personalmente.

La comisión prevé el caso y dice: que se prohíba que un profesor tenga más de 50 alumnos. ¿Tiene la comisión la seguridad completa, algún medio legal de coercición ó de alguna otra naturaleza que garantice que no ha de haber en lo sucesivo más de cincuenta alumnos por maestro? A mi entender no tiene recursos para conseguir tal resultado, y sucederá lo que os da esperarse que en multitud de escuelas se renuirán tal número de alumnos, que será imposible que el profesor pueda atenderlos. Yo creo que, como nos decía el Sr Gómez, cuando no se puede comer pavo trufado, habrá que comer *totopos*; cuando no se puede practicar un buen sistema se puede tomar un mediano y aún uno malo. De todo se puede sacar fruto, y creo por lo mismo, que un profesor secundado por lo menos de una docena de monitores podrá remediar entre nosotros un gran mal.

En consecuencia, no puedo admitir que cuando se trata de un Congreso, cuyos

línes son prácticos, se nos diga de una manera contundente que debémos desterrar el sistema lancasteriano, afirmandose cosas que en mi concepto son injustas, como que el sistema lancasteriano no permite atender al fin educativo de la enseñanza, cuando sí lo permite, aunque sea en menor escala, y cuando es la única manera de conseguir la difusión de la enseñanza en todas esas masas ignorantes, que son una rémora para el progreso y el engrandecimiento del país.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Ricardo.

EL C. GÓMEZ.—La comisión está de plácemes; se felicita realmente de que adalides como el apreciable orador que acaba de precederme, salgan á la defensa de una causa, que una vez sentenciada aquí, no resucitará jamás.

Efectivamente, como un arranque de sentimiento, del cual después quiso huir el Sr. Flores, asustado de sus consecuencias, pidió simplemente que consagremos un recuerdo á los beneficios que recibimos de una institución que en una época produjo grandes bienes. Pues no cabe duda, señores, que los ejemplos en que se ha basado el Sr. Flores para la defensa, son precisamente los que van á servir en contra; las razones en que se apoya para defender el sistema lancasteriano, son precisamente las que tiene la comisión para proscribirlo.

Aceptemos como verdad que la forma en que se presenta la enseñanza es la que constituye el éxito, y esto más todavía que la bondad intrínseca del maestro. Si por bondad intrínseca del maestro se ha de entender la instrucción que posea, realmente no es el maestro más instruído el que mejor nos convenga, y es tampoco él quien llevará á buen término la escuela.

Así, pues, si el sistema lleva consigo

el mal, para poder impartir la educación; no cabe duda que no es de aceptarse tal sistema.

Quizá el Sr. Flores no haya honrado el dictamen pasando su vista por la parte expositiva; allí encontraría razones bien fundadas, al parecer de la comisión, en donde se hace el juicio justificado de este sistema mutuo; pero si es necesario, brevemente lo repetiremos.

El que el maestro tenga necesidad de sacrificar á los alumnos más aventajados en beneficio de los demás, constituyéndoles en una especie de espejos que reproduzcan lo que del maestro han recibido, en nuestro concepto, realmente no puede ser peor la forma. El maestro tiene que acomodarse momento por momento á las facultades de los alumnos á quienes se dirige; verdaderamente el maestro tiene que multiplicarse; tiene que presentar tantas facas cuantos alumnos hay, y tiene en algunas ocasiones que emplear tantos procedimientos, cuantas veces interroga, dependiendo de ahí, el que el alumno interrogado llegue á adquirir el conocimiento que se trata de impartirle. Para esto se necesita una aplicación tan ardua y difícil de la psicología concreta al caso especial, que es verdaderamente imposible que un monitor llegara á adquirir ciencia tan basta. Es imposible que pongamos al monitor en condiciones más favorables que á un alumno que acaba de salir de la Escuela Normal. En este caso ¿adónde iríamos á parar? Las escuelas normales quedarían proscriptas por sólo este hecho; bastaba solamente que concurriese un alumno á presenciar la práctica de un hábil profesor, para que al concluir el año, se considerase tan maestro como aquel, cuyas lecciones había presenciado.

Dije desde el principio que la comisión está de plácemes, porque una persona tan ilustrada, un profesor de pedagogía, como lo es el Sr. Dr. Flores, no ha aducido

ninguna razón pedagógica contra la comisión dictaminadora, y sólo podemos conciliar sus observaciones sobre este punto, como nacidas de la nobleza de su corazón, de los sentimientos de gratitud que manifestó al principio.

Creó su señoría, que el sistema simultáneo adolecía de los defectos de la época en que se implantó. Recuerde bien el Sr. Flores que era contemporáneo de Pestalozzi, y Pestalozzi tenía un sistema eminentemente opuesto, eminentemente educativo, al grado que pecó por el extremo contrario.

Nos ponía el Sr. Flores el ejemplo de un *gran pedagogo* que cometía despropósitos tamaños, y para dar más fuerza á sus palabras tuvo que buscar el adjetivo *gran* para un *pedagogo* que no merecía ni siquiera el sustantivo, porque no puede ser pedagogo aquel que no sabe enseñar. Nos ponía, por el contrario, un maestro mediano, que sí era realmente un maestro, porque éste sí practicaba lo que debía hacerse para dar el conocimiento á sus alumnos. El segundo, realmente sin el calificativo de *gran*, lo merecía más que el primero el título de maestro.

Resulta, pues, que sus argumentos la son contrarios, y si por otra parte, cree que la comisión debe ser consecuente con lo anterior, y conformarse con el sistema simultáneo; ya estaba esto previsto, puede verse en la novena de sus conclusiones. Además, en la resolución 5ª, se admiten 50 alumnos, no para la escuela, como parece haberlo entendido el Sr. Flores, sino únicamente, como alumnos que simultáneamente puede dirigir un solo profesor.

Así es que cuando en esa clase aumente el número, se dividirá por secciones que serán homogéneas según lo indica también esa misma fracción, á la cual objetó algo el Sr. Cervantes, y creo llegado el momento de contestar este punto.

Hacia la objeción de que estas secciones podrían prestarse á subdivisiones que



zá odiosas; por ejemplo, en el caso de que una de ellas comprendiese á los menos aptos y la otra á los más inteligentes.

Diré de paso al apreciable Sr. Cervantes, que él que es tan práctico en la enseñanza, indudablemente que habrá hecho esto mismo que hoy le desagrada, porque el maestro debe acomodarse al medio en que enseña; y si estos alumnos, los atrasados, pueden ser rémora á los que pueden volar, por decirlo así, en el cielo de la ciencia, es preciso entonces agruparlos para darles un trabajo propio y no sa criticar por éstos a los más adelantados.

Tampoco creo justo que los más adelantados se sacrifiquen por los que marchan á paso de tortuga.

Esta conciliación no sabe hacerla sino el maestro idóneo, y éste sabrá obsequiar las prescripciones de nuestra conclusión en la cual él tenemos mucho cuidado de prescribir que sea un idéntico programa el que se desarrolle para que sean paralelos los grupos, quedando en libertad el profesor para emplear los más propios á fin de cumplir con el programa, que será uno mismo para todos.

Se fija el Sr. Flores también en los emolumentos que deben percibir ó que de hecho perciben algunos de los profesores.

No son esos los motivos que deba tener presente la comisión para preceptuar lo que juzgue más conveniente: llegará el momento de manifestar á las autoridades la necesidad que hay de mejorar la condición del maestro, para que pueda llevar debidamente su misión y aquellas creo que resolverán lo más conveniente acerca de este punto.

Creo que con lo expuesto, se ha dado contestación á los argumentos del Sr. Flores; si alguna otra razón se expone, la comisión está dispuesta á corresponder esta atención, indicando las razones que tenga en su apoyo.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Señores representantes: Muy pocas palabras diré en contra de la Comisión, y apoyando simplemente las razones expuestas por el Sr. Flores.

Dos puntos voy á tratar, porque uno parece que lo ha querido desvirtuar involuntariamente, sin duda, el Sr. Gómez, y el otro, porque no ha tomado en cuenta la razón fundamental de él.

El primero es éste: dice el Sr. Gómez «que si nosotros seguimos aconsejando el sistema de Lancaster, se proscriben las escuelas normales,» lo cual me extraña que se atribuya al Sr. Flores, cuando al contrario, para que se vea que ni remotamente pudo pedir eso, voy á presentar su argumento capital.

Convenimos en que si se tuviera un profesor para cada alumno, sería mejor; pero cuando está uno en la dificultad de obtener profesores que atiendan á 150 alumnos ¿qué se hace? Pues el único camino es el sistema de Lancaster, y por más vuelta que le dé la comisión á este punto, no encontrará más que este medio para allanar la dificultad de que se trata.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Llego con emoción á este lugar, porque veo que el sistema de Lancaster levanta aquí su cabeza altiva y reclama todos los derechos que pudiera tener entre nosotros, si atendiéramos á las razones de economía, que son las únicas que pueden aducirse en su favor.

El sistema de Lancaster debe morir en la época en que surge la Escuela Normal, en la época en que se adopta una enseñanza más conveniente, cuando entran las nociones de ciencias, cuando entra en triunfo la ciencia y la razón: el sistema Lancaster es, como ha dicho el Sr.



Flores, el representante de la miseria y de la ignorancia. Si nosotros vamos ahora á darle entrada á un sistema que ha vivido en ese medio, sería retroceder demasiado, y yo tengo confianza en que vosotros, que habeis votado todas las reformas en la escuela moderna, proscibireis por completo este sistema; porque nosotros no debemos sino prescribir las doctrinas convenientes, sin preocuparnos de consideraciones económicas. Cuando un enfermo llama á un médico para que le indique el remedio á propósito para su enfermedad, el médico le prescribe el que conviene, aun cuando éste sea caro; porque en él cree que está la vida del enfermo, la reparación de su salud. Hoy el Dr. Koch está salvando á los tísicos, y á fe mía que si yo tuviera un enfermo tísico en mi casa, me moriría de pena si no pudiera ir descalzo á Viena á pedir el remedio del Dr. Koch.

Nosotros necesitamos declarar lo que la razón, lo que la ciencia y lo que la pedagogía moderna aconsejan para destruir un sistema que mantiene al niño como una máquina.

¿Saben vdes. lo que es el sistema Lancasteriano? Ya se ha dicho; la repetición mnemónica de lo aprendido en los libros de texto, la falta absoluta de desarrollo intelectual, es decir, la permanencia en las tinieblas y la pérdida de tiempo de esos niños que se llaman monitores, y ¿con qué derecho los constituimos en maestros de ellos mismos, con qué derecho vamos á hacer que el niño, cuando todavía no tiene la suficiente experiencia, ni los conocimientos necesarios, dé lecciones de cosas, sobre moral, sobre derecho constitucional, sobre cálculo superior y sobre otras materias que quizá no entienda? . . .

Señores: en la escuela en donde se enseñaba á leer, escribir y contar, en donde se aprendía el catecismo de memoria, en esos establecimientos en que no se tenía

más que este programa, allí sí cabía el monitor, porque no se trataba de una enseñanza, sino de una pobrísima repetición; pero tratándose de la escuela moderna, en donde se han introducido todas las reformas convenientes para el progreso de la instrucción, yo me sentiría avergonzado, si viniésemos ahora á votar la reaparición del modo mutuo, cuando el Gobierno, en su ilustración, ha tomado á la escuela para dirigirla por un camino más amplio y más conveniente, y la lleva por una vía de completa regeneración.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores representantes,

Muy larga ha sido ya la discusión de la resolución segunda; indudablemente la atención de la Asamblea está cansada, y por lo mismo seré breve.

El Sr. Cervantes ha demostrado magistralmente la inculpabilidad del sistema lancasteriano con el actual carácter de la enseñanza. Yo simplemente quiero someter á la consideración de la Asamblea, una razón que puede acabar con los escrúpulos que la cuestión de posibilidad pueda producir, á fin de que den los señores representantes su voto afirmativo á una resolución que es muy importante.

Las principales razones que han presentado los Sres. Ruiz y Flores, no consisten sino en hacer ver la dificultad que hay de que se pueda establecer el sistema simultáneo en todas las escuelas.

El Sr. Ruiz ha dicho que en tal caso el único camino que le queda á un profesor, es aceptar el sistema de Lancaster. Probablemente ha estado distraído el Sr. Ruiz cuando no recordó que pudiera emplearse bien alguno de los sistemas mixtos.

La comisión ha tenido presente las dificultades que habrá para plantear en t.

das las escuelas del país el expresado sistema simultáneo, y por eso, su resolución novena, dice:

«Los sistemas mixtos pueden ser tolerados en la actualidad, en las poblaciones que faltan de recursos, no puedan sostener el número suficiente de maestros; pero sólo pueden emplearse tales sistemas en caso de extremada necesidad, y las autoridades escolares considerarán como obligación capital, la de sustituir cuanto antes los monitores por maestros competentes.»

Con esto creo que queda salvado el inconveniente de *posibilidad*, de que tanto ha hecho mérito el Sr. Ruiz.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rodríguez y Cos.

EL C. RODRIGUEZ Y COS JOSE MARIA.—Pedí la palabra para hablar en el mismo sentido que el Sr. Cervantes; pero como él lo ha hecho de una manera brillante, sosteniendo la prescripción del sistema lancasteriano, puedo decir que la retiro. Solamente tendré que llamar la atención del congreso sobre dos cosas.

Creo que la comisión no está decretando lo posible en la República, sino lo que debe hacerse. Si el sistema lancasteriano está probado que no daba resultados convenientes, claro es que debe prescribirse. Si el sistema actual no pudiera llevarse á efecto en algunas partes, por falta de elementos ó por otras circunstancias, esto nada nos importa, porque no estamos prescribiendo lo que puede hacerse, sino lo que debe hacerse.

El sistema lancasteriano es para mí ese generito que se llama *peor es nada*, en último caso, que se vistan las gentes con eso, porque, ciertamente, si el niño no puede recibir ninguna instrucción, que reciba, aunque sea esa imperfecta.

Hay que advertir que aun en la misma Inglaterra, patria del fundador é inventor de este sistema, las poblaciones en masa

se levantaban y suplicaban á las autoridades locales que *por amor de Dios* les quitaran aquel sistema. Así es que si en la misma Inglaterra fué proscripto el sistema de Lancaster, con mucha más razón debe serlo en nuestro país, en donde no nos importa tanto.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Voy simplemente á fundar mi voto negativo respecto de esta proposición, aun cuando ya implícitamente lo hice al oponerme á la primera.

Las dos me parecen innecesarias, supuesto que afirman que el sistema que debe adoptarse debe ser el simultáneo.

En el caso á que se refiere la novena resolución, es evidente que no hay necesidad absoluta de explicar que no debe aceptarse el modo individual, ni el modo lancasteriano; pero supuesto que se ha tratado de enterrar al modo lancasteriano, es necesario enterrarlo con todos los honores que merece.

Algún orador ha dicho: ¿con qué derecho se sacrifica al niño, enseñando, cuando no va á la escuela sino á aprender? Yo no creo que sea éste un sacrificio; pero antes debo decir que no voy á defender el sistema mutuo, con el que estoy en desacuerdo; voy á defender el mixto que en muchos casos puede ser casi tan ventajoso como el simultáneo, y en determinados casos mejor que éste.

Al niño á quien se obliga á enseñar, es porque se le cree competente para ello, y por lo mismo, cuando está avanzado en sus clases, no se le sacrifica, sino que se le hace un beneficio; porque es indudable que la enseñanza es un ejercicio intelectual de grande importancia.

Si el maestro, á quien debe suponerse le una persona inteligente, comprende en determinado alumno ciertas aptitudes para la enseñanza y lo elige para que enseñe, ¿se podrá decir que lo sacrifica, cuando



do por este medio le da ocasión de hacer valer sus adelantos y desarrollar su inteligencia? Evidentemente que no, y por eso no estoy de acuerdo con las personas que creen que se sacrifica al niño cuando se le convierte en monitor.

Como lo que yo defiendo no es el sistema lancasteriano, aun cuando estoy por la conveniencia de los monitores, he debido hacer estas observaciones.

Alguna de las personas que han hablado en contra de ellos, y que no menciono su nombre por no ponerlas en mal, decía: es verdad que en algunos casos un monitor puede valer más que un ayudante, porque al monitor lo puede dirigir el maestro en el sentido que quiera; mientras que con el ayudante no puede hacer lo mismo, porque éste llega con ciertas ífulas y con ciertas pretensiones, no se somete fácilmente á las órdenes del director. Por consiguiente, para adoptar un método que uniforme las tareas de la enseñanza, en determinados casos puede ser más útil un monitor que un profesor.

Debemos tener esto presente para que no demos un golpe completo al ideal que perseguimos. Es verdad que este es un ideal; pero debemos hasta dónde sea posible procurar amalgamarlo para que venga á ser una especie de transacción, una preparación para el porvenir.

Tan lo comprende así la comisión, que ha aceptado el sistema danés como subsidiario, y si la necesidad nos obliga á hacer ciertas transacciones con el pasado, veamos si este pasado tiene alguna ventaja.

Para mí sí la tiene, porque como decía el Sr. Dr. Flores, si el método con que se ha educado al monitor es bueno y lleva el reflejo de la voz del maestro á la cátedra, nada más conveniente que utilizarlo; y por otra parte, hay materias que por naturaleza son educativas y que su enseñanza no depende del maestro, sino de la naturaleza misma del procedimiento que

para ellas se emplea. Creo que en el Congreso pasado, indiqué algunas materias que podían ser educativas, procediendo por semejanzas y diferencias. Por ejemplo, en la geometría, la enseñanza empírica de los sólidos, y en la geografía general de la República, por medio de cartas; el alumno no es sino un repetidor de lo que ha aprendido y á la vez, cuando se le presentan al niño dos objetos distintos para que distinga el uno del otro por diferencias y semejanzas, se educan sus sentidos y se desarrollan sus facultades; y sobre todo, debemos tener en cuenta que esas materias en una forma más conveniente y más educativa, van á existir en el programa moderno.

En consecuencia, lo que hago al venir á esta tribuna, es venir es á explicar el voto negativo, que me propongo dar á la conclusión que está al debate, porque no estoy conforme en que tan sólo nos coloquemos en el terreno puramente económico, sino que nos coloquemos también en el terreno práctico.

Por último, debo decir que el sistema simultáneo es el ideal que debemos preferir; pero que á falta de ese ideal, no debemos desechar el sistema lancasteriano.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Simplemente para hacer una súplica á la comisión, supuesto que se va á votar ya la resolución que se debate, pidiéndole se sirva suprimir de ella la parte final que dice: *porque no permite, etc.*

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Con la atención que merece un verdadero apóstol de la enseñanza, como es el Sr. Manterola, me voy á permitir hacer una observación, insistiendo en lo que había dicho antes, respecto de que en verdad se sacrifica al



alumno que se pone como monitor, y para probarlo, basta considerar esto. El niño que enseña, tiene que emplear dos tiempos: uno que gasta en darles á sus compañeros la enseñanza, y otro que emplea en aprender sus lecciones; y este doble trabajo, es contrario á los principios higiénicos. Muy fácilmente podemos convencernos de esta verdad, consultando á los autores de todo el mundo que han escrito sobre la materia, y atendiendo á lo que han legislado hombres eminentes, oyendo el clamor que surge por todas partes, pidiendo consideración para esos niños.

Pero, señores, no necesitamos atender á lo que pasa en otros países, creo que basta simplemente considerar que esta cualidad instructiva, de maestro y discípulo que se impone al niño, es suficiente para fatigarlo; porque no podrá resistir á este enorme peso que causa esta función elevadísima cuando se siente en el alma, y que coloca al maestro en la categoría del primer ciudadano de la República.

Sobre todo, señores. ¿Porqué imponemos al niño esta doble función? Por razones de economía, porque no queremos dar dinero para ampliar los elementos de la instrucción, y esto es, en mi concepto, altamente injusto; porque no se tiene en cuenta el perjuicio que se hace á los educandos, ni los sentimientos altamente generosos de los gobernantes que, estoy seguro, proporcionarán todos los recursos para dar los elementos indispensables á una buena educación.

Antes de terminar, si alguna palabra inconveniente pudiera yo haber dejado escapar en el calor de mi improvisación, suplico á los señores delegados la perdonen, porque mi objeto no es ofender á nadie, al contrario, cumplir con mi deber, procurando hacer de mi parte todo aquello que en mi concepto sea necesario para mejorar la suerte de los que se encuentran sin instrucción alguna. Sobre todo

si se atiende á la cuestión económica ¿porqué no buscar un medio adecuado para hacer que las corporaciones, los Ayuntamientos, los Gobernadores, secunden nuestros esfuerzos? Yo creo, señores, que esto es muy sencillo y debemos hacerlo de nuestra parte, en obsequio del fin que nos proponemos alcanzar.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—La comisión acepta la supresión que propone el Sr. Ruiz, quitando de la conclusión segunda las palabras que comienzan desde estas: *porque no permite, etc.*, por creer de justicia lo que propone su señoría.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—¿Está suficientemente discutida la fracción segunda tal como la presenta reformada la comisión?

Sí lo está.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida ésta resultó aprobada la fracción, por 19 votos contra 5.

EL MISMO C. SECRETARIO.—El martes próximo, á las cinco de la tarde continuará esta discusión.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

Luis E. Ruiz.—Secretario.

#### SESION

Del día 30 de Diciembre de 1891.

PRESIDENCIA DEL Sr. DR. MANUEL FLORES.

Asistencia de los Sres. representantes, Aguilar, Baz, Cervantes Imaz, Cisneros, Correa, Rodríguez y Cos José Miguel, Díez Gutiérrez, García Cubas, Gómez Flores,

Gómez R., Lombardo, Martínez, Oscoy, Parra, Pérez Verdía, Pineda, Mateos, Rébsamen, Rodríguez y Cos José María, Ruiz, Sierra y Schulz; y Directores, Alvarez G., Alvarez M., Contreras, Gutiérrez Nájera, Lascurain, Macedo, Salazar y Salinas, Sosa y Zayas.

A las seis se pasó lista de representantes, y resultando haber el número suficiente se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior, que sin discusión fué aprobada.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez para la lectura de un dictamen:

EL C. GÓMEZ.

Señores representantes:

La comisión de Enseñanza Elemental tiene el honor de someter á la consideración de esta ilustrada Asamblea, la parte de su dictamen que versa sobre las fracciones VII y VIII de la sección A del cuestionario que norma los trabajos de este Congreso.

Y si bien las materias de las dos fracciones á que se contrae el presente dictamen, no tienen relación alguna, las presentamos unidas, tanto porque el tiempo no nos permite dictaminar sobre cada una de ellas separadamente, como porque la última (ateniéndonos al tenor literal del cuestionario), no demanda gran extensión.

Pasemos sin más preámbulo, á tratar de la séptima cuestión.

VII. *¿Hay útiles y moblaje indispensables en las escuelas elementales?*

La comisión no vacila en contestar afirmativamente la pregunta que antecede y manifiesta ser muy importante esta parte material, por decirlo así, de la enseñanza. Dotar á las escuelas de edificios especiales, de los muebles y útiles más necesarios, y retribuir ampliamente los importantes servicios del profesorado, dig-

nificando á la vez al maestro y asignándole el lugar que le corresponde por la alta trascendencia de su noble encargo, son, en el humilde concepto de los subcritos, los mejores medios para llevar á cabo la proyectada reforma de nuestro sistema escolar.

Pero la comisión no se contenta con la manifestación que antecede, pues aunque no lo exige de un modo expreso la pregunta VII del Cuestionario, es indispensable determinar cuáles son los útiles y muebles indispensables para realizar el *minimum* de la enseñanza declarada obligatoria para todas las escuelas elementales de nuestra República.

Refiriéndose primeramente á los útiles de enseñanza, la comisión cree conveniente dividirlos en dos grupos:

1° Los que son del todo indispensables para dar la enseñanza conforme á los principios de la Pedagogía moderna.

2° Los que sin ser indispensables, son sin embargo, muy convenientes.

Para los útiles del primer grupo, la comisión ha tenido presentes los establecimientos de condiciones más difíciles, las escuelas de las rancherías y haciendas; y se ha limitado, por tanto, á lo estrictamente necesario para poder desarrollar medianamente el programa detallado de estudios. La comisión cree que *sin este minimum de útiles, no funcionaría la escuela*; además, los gastos que *por una sola vez* tendrían que erogarse en la compra y construcción de los utensilios respectivos, son verdaderamente insignificantes, pues no pasan, según cálculos aproximativos, de \$ 100 por escuela.

Es preciso, sin embargo, confesar que, para sacar el mayor provecho posible de los métodos y procedimientos modernos, conviene aumentar la lista de útiles que expresa nuestra primera resolución. Pero para utilizar los patrióticos esfuerzos que son de esperarse de parte de los Gobiernos, autoridades municipales y de parti-

culares acaudalados y amantes del progreso, y facilitarles escoger con acierto lo que más convenga al mejoramiento del material escolar, la comisión ha formado en la 2ª de sus resoluciones otra lista complementaria, que comprende aquellos útiles que sin ser del todo indispensables, son sin embargo, muy convenientes.

No sería completo el dictamen de la comisión si no se hiciese referencia también á los útiles que debe poseer cada alumno. Lo hace en su resolución tercera, marca en ella los necesarios para cada año escolar, y agrega por fin, en la cuarta resolución, lo que juzga conveniente posean los alumnos, siempre que sea posible.

Hasta hoy, en la gran mayoría de nuestras escuelas, los padres de los niños son los que erogan los gastos de estos útiles, las más veces con grandes sacrificios y privaciones. Para que fuese verdaderamente gratuita la enseñanza, cree la comisión que las autoridades deberían proporcionar todos los útiles necesarios, como ya sucede en algunas partes de la República y en muchos países europeos. La comisión comprende que la reforma necesaria á este respecto no podrá realizarse desde luego en todas partes, por el aumento que resentirían los presupuestos de instrucción; pero no quiere dejar de señalar el principio y el medio más adecuado para su realización, que consiste en la creación de un depósito central de materia escolar en la capital de la República, anexo al Museo Pedagógico que igualmente debería fundarse, y en la creación de depósitos locales en la capital de cada uno de los Estados. La fundación de estas instituciones es necesaria para asegurar el progreso en la parte material de la enseñanza, y para conseguir útiles más baratos y de mejor clase y cumplir en un tiempo no lejano, con las consecuencias lógicas del precepto de la enseñanza gratuita.

Para terminar este dictamen en lo que

se refiere al mobiliario de la escuela, la comisión se limita á enumerar los muebles indispensables, sin entrar en detalle acerca de las condiciones higiénicas de las mesa-bancas, pues lo relativo á este punto se encuentra en cualquier tratado moderno de Higiene escolar.

Inútil nos parece insistir nuevamente en las ventajas que tendrá el establecimiento de un Museo Pedagógico Nacional para la adopción del mejor mobiliario, aparatos textos, estampas y demás utensilios escolares.

Contrayéndonos á la fracción VIII que á la letra dice: «¿Qué requisitos de higiene deben satisfacerse por parte de los alumnos, para ingresar á las escuelas elementales?» sólo diremos breves palabras, para fundar las proposiciones correspondientes que figuran en la parte resolutive.

Los requisitos de higiene que deben satisfacerse por parte de los alumnos para ser admitidos en la escuela, entendemos que se exigen, tanto para precaver los males que puedan resultar al niño con los trabajos escolares, en caso de no encontrarse apto para ellos, como para evitar el peligro de comprometer la salud de los alumnos con el trato ó la simple presencia en la escuela, de niños que padezcan ó que estén expuestos por falta de ciertas precauciones higiénicas, á padecer enfermedades contagiosas.

Respecto á lo primero, convendrá sin duda alguna que los niños no ingresen á la escuela elemental mientras no cumplan los seis años, toda vez que ya hemos admitido que hasta esa edad no están en condición de sufrir las fatigas del trabajo intelectual, y que hasta entonces pueden sujetarse, sin perjuicio de su desarrollo físico, á la inacción relativa que exige la disciplina de la escuela.

Podría decirse que es ocioso prescribir algo sobre este respecto, puesto que ya se ha aprobado que el período obligatorio de la asistencia escolar sea de los 6 á



los 12 años; pero no lo juzga así la Comisión, en virtud de que la ley no prohíbe que puedan ingresar á las escuelas antes de los 6 años. Quizá por eso algunos padres de familia, sin comprender el mal que pueden originar á sus hijos, pretenden que los admitan en los establecimientos, aunque no sea más que para desahogarlos de ellos por algunas horas, ó á pretexto de que se acostumbren temprano á concurrir á la escuela. Además de las razones higiénicas que hay que atender sobre el particular, hay también otras de orden diverso que no se ocultan á los ilustrados miembros de esta H. Asamblea y que se relacionan con el orden y disciplina de la escuela.

También debe considerarse como requisito higiénico indispensable para la admisión de los niños, que estén en completo estado de salud, ó cuando menos, que no se encuentren por causa de su constitución, enfermedad crónica ó convalecencia, en un estado de debilidad que les impida entregarse á los trabajos escolares. Tales niños no deben admitirse, á no ser que un facultativo certifique que las tareas de la escuela no los perjudican.

En cuanto á la atención que reclama la salud de los niños que asisten á las escuelas, debe cuidarse que por ningún motivo se admitan alumnos que no estén vacunados ó que sufran enfermedades que puedan transmitirse á sus compañeros. Respecto de la vacuna, se cuidará no solamente que presenten la boleta que acredite que la han recibido, sino que la fecha de dicha boleta demuestre que no está el niño fuera del período á que alcanza la influencia preservadora de aquella.

Por lo que respecta á las enfermedades contagiosas, son tan obvias las razones que hay para cuidar de que no se introduzcan en las escuelas, así como tan conocidos los medios que, en caso de duda, se deben tomar para evitar todo peli-

gro, que nos abtenemos de entrar en consideración acerca del asunto, remitiéndonos á las tres últimas de las

### RESOLUCIONES.

I. Los útiles del todo indispensables para realizar la enseñanza primaria elemental, son los siguientes:

- 1º *Dos pizarrones* pintados de color obscuro mate, de los cuales uno estará rayado para la primera enseñanza de la escritura; sus dimensiones serán, cuando menos, de 2 metros por 1'25 y se colocarán fijos en la pared. Donde los recursos lo permitan, será mejor construir un pizarrón de dos caras y provisto de carretillas para trasladarlo fácilmente. Debe prohibirse el uso del caballete.
- 2º Una colección de letras *movibles* pegadas sobre cartón ó madera, el tablero correspondiente y una caja con las casillas necesarias.
- 3º Un *ábaco* con 100 bolas, de diez varillas horizontales.
- 4º Una colección económica de *pesas* y *medidas métricas*.
- 5º Una pequeña colección de *sólidos geométricos* de madera. En su defecto, el mismo maestro podrá construirlos de cartón.
- 6º *Regla plana*, de un metro de largo, con las divisiones métricas correspondientes, *compás* y *escuadra* para pizarrón.
- 7º Una colección de materias primas y manufacturadas plantas y minerales de la comarca. El mismo maestro irá formando esta colección con sus alumnos, en los paseos y excursiones escolares.
- 8º Un termómetro, una lámpara de alcohol, algunas probetas y frascos de vidrio de diversos tamaños, tubos de vidrio de distinto

diámetro, ácido sulfúrico, agua de cal, tornasol, azufre, zinc, cloruro de potasio. peróxido de manganeso.

9.º *Mapa del Estado y de la República.* El maestro procurará dibujar el plano de la localidad y copiar (aumentada la escuela) el mapa del Cantón ó Distrito.

10.º Una *esfera terrestre*.

11.º Una colección de *muestras* de letra cursiva.

12.º Una pequeña colección metódica de *muestras de dibujo*, de conformidad con lo prescrito en el programa.

II. Siempre que los recursos lo permitan, deberá aumentarse la lista anterior con los siguientes útiles:

1º Colección de cuadros murales para ejercicios de lenguaje y enseñanza intuitiva.

2º Colección de cuadros murales de Fisiología, Zoología, Botánica y Física.

3º Una caja económica de aparatos de Química y Física.

4º Una colección sistemática de objetos para las lecciones de cosas.

5º Colecciones de Historia Natural, comprendiendo especialmente insectos útiles y nocivos, aves y mamíferos disecados, plantas y minerales.

6º *Mapa de Geografía física, Mapa mundi y un Telurio.*

7º Cuadros murales referentes á sucesos de la *Historia Nacional*: retratos de los *Héroes de la patria*.

8º Una colección de cartas murales para la enseñanza de Caligrafía.

9º Colección más completa de *muestras de dibujo*.

10º. El número suficiente de *bastones, palanquetas y mazas* para los ejercicios gimnásticos.

11º. Un pizarrón de doble cara, cuadri-

culada la una por decímetros cuadrados como *mínimum*; y la otra según el sistema etimográfico, esto es, marcando tan sólo con puntos, las intersecciones de la cuadrícula.

III. Los útiles indispensables que debe poseer cada alumno, son los siguientes:

1º Pizarra y pizarrín en todos los años escolares.

2º Los libros correspondientes á los diversos cursos.

3º Un cuaderno de caligrafía, pluma y porta-pluma en el 3º y 4º año.

4º Un cuaderno de dibujo, lápiz y regla plana.

IV. Siempre que sea posible, es conveniente que el alumno esté dotado además de los útiles siguientes:

1º Una serie graduada de cuadernos de caligrafía.

2º Compás con porta-lápiz, escuadra y transportador, en los últimos años.

3º Un mapita manual del Estado, en el 3º y 4º años, suficientemente claro.

4º En el último año, un pequeño Atlas Universal geográfico, claro y sin recargo de detalles, que contenga un mapa especial de la República.

V. El precepto de la enseñanza *gratuita* exige que las autoridades provean de los útiles necesarios á todos los alumnos de las escuelas primarias oficiales.

VI. Para preparar el cumplimiento del precepto anterior y conseguir el progreso en cuestiones de material escolar, es necesario:

1º Fundar en la Capital de la República un *Museo Pedagógico* en toda forma.

2º Anexo al mismo habrá un *depósito central de material escolar*.

3º Los gobiernos de los Estados procurarán establecer *depósitos locales* en sus capitales respectivas.

- 4° Los útiles generales ó individuales se venderán á precios de costo á quien lo pida.
- VII. Los muebles indispensables para las escuelas elementales, son los que en seguida se enumeran:
- 1° Plataforma, mesa y silla para el profesor.
  - 2° El número suficiente de mesa bancos para los alumnos. Deberán reunir todas las condiciones que marca la Higiene escolar, y tenerse cuatro tipos ó tamaños, á no ser que se escoja un modelo de carpeta movable.
  - 3° Un estante librero para el archivo y útiles.
  - 4° Un reloj de pared.
  - 5° Un aguamanil con palangana y toallas.
  - 6° Un depósito de agua con su llave, y taza de fierro.
  - 7° Perchas para colgar los sombreros y abrigos de los niños.
- VIII. El Museo Pedagógico de que se habla en la resolución VI, contendrá entre sus diversas secciones, la de modelos y dibujos acerca del mobiliario escolar antiguo y moderno de todos los países civilizados, así como lo referente á estampas, aparatos científicos y textos.
- IX. No se admitirán en la escuela primaria elemental niños menores de seis años, en atención á que los trabajos escolares pueden perjudicar su desarrollo físico y mental.
- X. Será requisito indispensable para la admisión de los niños en las escuelas elementales, que se presente la boleta que acredite que han sido vacunados, expresándose en ella la fecha de la vacunación, para exigir la revacunación en caso necesario.
- XI. Los niños que presenten un estado de debilidad extrema, ó síntomas

de alguna enfermedad contagiosa, no podrán ser admitidos en la escuela á no ser que se presente certificado de facultativo con el que se pruebe que no les perjudican los trabajos escolares, ó que no hay peligro de contagio, según el caso.

México, 25 de Diciembre de 1890.

*Enrique C. Rébsamen*, Presidente.—*Antonio García Cubas*.—*Miguel F. Martínez*.—*José M. Rodríguez y Cos (hijo)*.—*Ricardo Gómez*, Relator.

EL C. SECRETARIO.—La Mesa acuerda que se imprima y distribuya. Sigue la discusión del dictamen de la Comisión primera sobre la fracción 6ª del Cuestionario.

La 3ª resolución dice:

«El modo simultáneo es el único que satisface las necesidades de una buena organización escolar en las escuelas elementales.»

No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Ha resultado aprobada por unanimidad.

Está á discusión la proposición 4ª

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra, en contra, el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Estoy enteramente de acuerdo con la proposición 4ª, nada más suplico á la comisión tenga la bondad, en la fracción B de suprimir lo que sigue de las palabras *cálculo aritmético*.

La razón que tengo para ello es la siguiente: si el que va á poner en práctica esta proposición no conoce pedagogía, es inútil esta parte, y si la conoce también es inútil; porque la explicación que hay allí se refiere á dictámenes anteriores del Congreso, y por lo mismo creo que quedaría completo el pensamiento con sólo



decir: «En casos dudosos se considerarán como ramos, la lengua nacional y el cálculo, sin indicar que han de ser en tal ó cual forma; porque el que conoce la materia sabrá como debe practicarla.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz, por una moción de orden.

EL C. SCHULTZ.—Suplico á la Mesa se sirva poner á discusión separadamente cada una de las fracciones de que se compone la resolución.

EL C. PRESIDENTE.—Conforme lo pide el Sr. Schultz, se discutirán una á una las fracciones.

EL C. SECRETARIO GÓMEZ FLORES — Dice la fracción A:

«Los alumnos de una escuela deben clasificarse en grupos que correspondan precisamente á los cursos ó años escolares que establece el programa detallado de estudios, procurando que todos los niños de una misma sección ó grupo se encuentren aproximativamente en igual grado de instrucción y desenvolvimiento intelectual.»

Está á discusión.

¿No hay quien pida la palabra?

En votación nominal se pregunta si se apueba.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad.

Dice la fracción B:

«En casos dudosos se considerarán como ramos decisivos la lengua nacional y el cálculo aritmético en la forma y con los caracteres indicados en el programa aprobado para la escuela primaria elemental.»

Está á discusión.

EL C. PRESIDENTE —Tiene la palabra, en contra, el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Señores representantes:

Entre los puntos de organización es-

colar que el maestro tiene que resolver, el más delicado y difícil es sin duda la clasificación de los alumnos, para constituir sus clases. Esto es tan cierto, que mil veces se han visto casos en que el niño viene á sufrir atrasos porque se le coloca en grupos superiores á sus fuerzas, así como otras ocasiones pasa lo contrario, sufriendo también golpes terribles cuando se le coloca en grupos inferiores, en los cuales sus facultades dominan por completo los trabajos de aquella división escolar.

En la escuela antigua, en esa escuela que no tenía más objeto que instruir, en la que los trabajos educativos tenían muy poca acción y en la que el programa de las materias era muy corto, se buscaba entre los maestros el punto decisivo y entre el grupo de las asignaturas, generalmente pobres, aquellas que caracterizaban mejor el movimiento de la escuela y fin capital que se proponía aquella instrucción; y por ese vemos en los tratados recomendar como punto capital para la clasificación de los alumnos la lengua nacional y el cálculo. Razón tenían, á la verdad, de escoger estos dos ramos para clasificar á los niños; porque si en el desarrollo del lenguaje veían las aptitudes del niño, quizá el signo evidente de la facilidad de la percepción, de la ventaja de sus concepciones y del empleo acertado de sus facultades, en el cálculo veían al raciocinio, suprema facultad, poderosa fuerza que aproxima al hombre á los trabajos más laboriosos y á las más difíciles tareas de la inteligencia; pero ¿será ahora conveniente tomar estos dos grupos exclusivamente, cuando nuestras escuelas han cambiado de forma, cuando dominan en ellas trabajos educativos sobreponiéndose á la forma instructiva? Si consideramos esta cuestión bajo el aspecto educacional veremos que es muy difícil tomar un punto capital para hacer esta clasificación.

El lenguaje, como decía antes, es uno de los elementos que más caracterizan el talento del niño, pero ¿no es verdad que hay una multitud de personas que carecen de expresión? ¿No es verdad que hay una multitud de niños y de hombres á quienes se les dificulta el uso de la palabra? ¿No es verdad que hay inteligencias poderosas pero que para manifestar sus facultades no pueden hacer uso del lenguaje?

En la cuestión educativa veo yo muy difícil el poder tomar como punto de partida un ramo cualquiera para clasificar á un niño con relación á sus aptitudes.

Si del lado educacional pasamos al otro aspecto de la escuela, nos encontramos con que los programas actuales son todavía más numerosos que los antiguos, y que ellos representan no sólo el raciocinio con el cálculo aritmético, sino otra multitud de facultades que antiguamente no tenían consumo alguno en el trabajo escolar; eran unos mendigos que tocaban de cuando en cuando á la puerta y á quienes se les rechazaba, ya porque se les temía ó ya porque la escuela era impotente para darles un asiento.

Las ciencias físicas y naturales que traen consigo el desarrollo de la percepción y de las facultades todas del individuo, la moral á la que hemos dado una forma característica en nuestras escuelas, precisando en nuestros programas los puntos instructivos, así como los puntos que en el trabajo educativo debe tener el maestro para desarrollar el sentimiento del niño y para demostrarle á la vez las verdades teóricas de la moral; el derecho constitucional que ha entrado en nuestras escuelas como un ramo nuevo; y en fin, tantas otras materias que se registran en nuestros actuales programas, ¿no es verdad que reclaman diversas facultades, que revelan diversas aptitudes en el niño y que forman un vasto grupo que no podría ca-

racterizarse simplemente con el lenguaje, ó con el cálculo aritmético?

Estas humildes observaciones hago yo á los señores de la comisión, y para venir á esta tribuna á hacerlas, he querido devorar hasta donde mi inteligencia me ha podido permitir, los textos pedagógicos que he encontrado á la mano, y de los que tengo en mi pobre biblioteca, sólo dos hablan de este asunto en el sentido que la comisión nos lo propone, Balwin en su libro de organización de las escuelas, y Winchurnhy en sus «Principios de enseñanza,» pero he leído á Jonot, á Brown, á Benzain y á otros muchos que podía citar, sin hacer gala de erudición, y ninguno trata la cuestión bajo este punto de vista; pero sí dicen todos estos metodólogos, que para clasificar al niño, se necesita el gran talento del maestro, su práctica, su experiencia, aconsejando que no se tomen uno, dos ni tres puntos capitales para decidir, sino que se vea el conjunto de todos los conocimientos del niño y que del examen de la inteligencia del niño y del estado en que se encuentre su evolución intelectual, se resuelva este punto.

Estas son las observaciones que hago á la comisión, por si quiere tenerlas en cuenta y que con la mejor voluntad me permito presentarle, como el fruto de mis pobres estudios que sobre este punto he podido hacer.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rodríguez y Cos Miguel, miembro de la Comisión.

EL C. RODRÍGUEZ Y COS.—Señores:

La comisión ha elegido la lengua nacional y la aritmética, porque son materias con las cuales se puede calificar violentamente á un gran número de alumnos.

Si suponemos á un maestro con 60 ó 70 discípulos, no es posible que en el mismo día queden colocados en sus respecti-

vas secciones, atendiendo no sólo á las materias que hayan aprendido en las demás escuelas, sino también al desarrollo de sus facultades. Este desarrollo es un punto muy difícil de apreciar y el maestro llega á conocerlo hasta después de muchos meses, y necesita casi de un contacto personal con el alumno. Sin un plan determinado, se tardaría el maestro meses enteros para obtener una buena clasificación.

Se ha elegido la lengua nacional, porque en pocos momentos se puede tomar un grupo muy numeroso de alumnos, hacerlos leer y formar ya secciones. Después se tomaría otro grupo y se le separaría de aquellos que no correspondieran á una sección especial.

No hemos escogido las nociones de ciencias físicas y naturales, porque ni siquiera en la capital figuran en los programas de las escuelas particulares, pues si en algunas sí tienen estas materias, no así en todas; y tomar este punto de partida no sería práctico. Además, las ciencias físicas figuran en los últimos años del programa. Lo mismo pasa con la moral, cuya educación comprende tres casos: 1º el amor al bien; 2º, la parte teórica que corresponde á años muy adelantados y 3º, la práctica de la moral que es aún más avanzada.

No puede tampoco hacerse punto de partida el derecho, porque es materia demasiado difícil.

Tales son las ideas que me ocurren por el momento, para contestar las observaciones del Sr Cervantes.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES IMAZ.—La misma dificultad que se observa para tomar como tipo la lengua nacional y la aritmética, se tendrá al querer tomar como tipo cualquiera otra de las materias. Si yo cité algunas, no fué con la intención de que se

tomaran como tipo, sino simplemente para manifestar que habiendo en la escuela todo este conjunto de ramos, no podríamos tomar uno ó dos para hacer una clasificación, que debe abarcar trabajos tan diversos.

El Sr. Rodríguez decía, y con razón, que la clasificación de los alumnos es un trabajo muy delicado, que para hacerse se necesitan muchos meses. Esto es cierto, la clasificación de los alumnos no viene á hacerse sino después de algún tiempo, y por lo mismo quién sabe si sería oportuno manifestar en la fracción que se discute, esta idea: para la clasificación *provisoria*. Porque la clasificación definitiva, como saben bien las personas que me escuchan, no se hace desde luego, sino después de algún tiempo, y después de haberse hecho el registro respectivo, porque el profesor, por muy apto y práctico que sea, puede equivocarse.

Así es, que yo estaría porque se diera alguna regla general para este trabajo de clasificación; pero si en el ánimo de los señores representantes está el sostener como tipo estos dos ramos, entonces yo creo que para conciliar las diversas opiniones que hay sobre este punto, sería conveniente que el artículo quedara redactado de esta manera: para la clasificación provisoria de los alumnos, en casos dudosos se considerarán como ramos decisivos la lengua nacional y el cálculo aritmético.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTINEZ.—Señores representantes:

Después de las muy buenas razones que ha expresado el Sr. Rodríguez y Cos, poco tendré que agregar para contestar al Sr. Cervantes. Aquellos de los señores representantes que se hayan encontrado en el momento embarazosísimo de hacer la clasificación de una gran escuela, habrán comprendido, y tendrán presente el



sin número de dificultades con que se tropieza para el buen desempeño de tan importante trabajo.

Formar con elementos heterogéneos grupos homogéneos, es ardua tarea: colocar á cada niño en el grupo que por su edad, sus aptitudes intelectuales, y sobre todo por su instrucción deba ocupar, es empresa, que si tratándose de un sólo niño es difícilísima, raya en irrealizable, cuando se trata de poner en su respectivo lugar á cien ó doscientos alumnos en un mismo día.

De aquí la necesidad de que el maestro se fije principalmente en el factor más importante de la clasificación, que lo es sin duda el grado de instrucción; pero como todavía en este factor entran tan diversos elementos (los distintos ramos de enseñanza) tiene el profesor que escoger uno ó dos de estos ramos como tipos decisivos para hacer su clasificación. Los ramos de enseñanza que la comisión propone como decisivos, para los casos dudosos que sin duda formarán la mayoría, no los toma como tales porque caractericen el espíritu de la educación actual, sino porque son los más difíciles y en los cuales se necesita ir gradualmente, cosa que no es del todo indispensable en los otros. En otras materias, como son las ciencias naturales, la geografía, la geometría, etc, ó no hay absoluta necesidad de seguir un orden preciso, ó es fácil en poco tiempo hacerse de los antecedentes indispensables, para hacer su estudio en una clase relativamente avanzada en ellos, cosa que no se puede realizar con la aritmética y el lenguaje.

Bien comprende la comisión que sería mejor que los alumnos de cada sección ó grupos estuvieran igualmente adelantados en los diversos ramos que deban estudiar, pero esto es casi imposible. Por esto precisamente establece la comisión que cuando en otros ramos haya alguna discrepancia, se tomen como ramos de-

cisivos el cálculo aritmético y la lengua nacional.

Respecto de la proposición que hacía el Sr. Cervantes de que solamente se tomaran estas materias como ramos decisivos en la clasificación provisional, como la razón que nos obliga á admitirlos en ésta, subsiste al tratarse de la clasificación definitiva, la Comisión por mi conducto, tiene la pena de manifestar al distinguido representante de la Baja California, que no le es posible ir de acuerdo con su respetable opinión.

EL C. PRESIDENTE.-- Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Casi nada podré agregar á lo manifestado por los miembros de la Comisión que han defendido el dictamen; sin embargo, me parece que hay un punto que no se ha tratado y es que no sólo son la aritmética y la lengua nacional las formas más difíciles sino que constituyen los medios, las principales armas con que el alumno lucha en la escuela, porque en posesión el alumno de la lectura y de la escritura podrá perfectamente vencer todas las dificultades que se le presenten para la adquisición de las demás asignaturas. Efectivamente, el que sabe leer puede fácilmente ponerse á la altura de las otras clases adquiriendo conocimientos en otras materias que no hubiese todavía comenzado.

El Sr. Cervantes desea que se dé más bien una regla pedagógica; pero si así se hiciera resultaría que el profesor no obraría en todos los casos con la misma equidad ni aplicaría los mismos preceptos, mientras que determinando que sean dos los ramos definitivos, habrá una regla general y uniforme en todas las escuelas.

En cuanto á la parte final de esta fracción, opino con el Sr. representante del Distrito Federal, la creo innecesaria, y suplicaría á la comisión la suprimiera, puesto que se supone que adoptándose

los programas prescriptos por el Congreso, tendrán éstos que desarrollarse por los medios indicados.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez, miembro de la Comisión.

EL C. GÓMEZ.—La comisión tuvo presentes, al redactar el dictamen, las dificultades que comunmente se presentarán en los casos prácticos al llevar á este terreno el mismo programa. Por este motivo, en sus diversas resoluciones agregó las razones que fundan la prescripción.

Al Sr. Ruiz, persona ilustrada en materias pedagógicas, le han parecido inútiles las razones que se agregan al fin de cada resolución, sin duda porque juzga con su criterio propio; pero la comisión tiene en cuenta que la mayoría de los maestros no ha de tener el criterio ilustrado del Sr. Ruiz, y á quienes no han de ser inútiles tales razonamientos. Por este motivo ha cuidado mucho la comisión de agregar lo que consta en la parte final de la resolución de que se trata. Otra razón que aboga en favor de lo que propone la comisión, es que todo el mundo toma por lengua nacional los conocimientos gramaticales, y por cálculo aritmético simplemente la parte mecánica de las operaciones y seguramente que eso obligaría al maestro á cometer bastantes desaciertos con perjuicio del alumno, como por ejemplo, tratándose de este caso. Un maestro, fuera del criterio particular que pueda tener, sujeta á un interrogatorio á su alumno sobre definiciones gramaticales, y este alumno acostumbrado al método comunmente seguido en otras escuelas, contesta perfectamente, ¿qué hace en este caso el profesor? Pues siguiendo este criterio, cree que el alumno se encuentra adelantado en la lengua nacional, y por lo mismo le coloca en el tercero ó cuarto año.

¿No sacrifica con esto al alumno?

Ese mismo maestro pone á su discípulo á ejecutar algunas operaciones de arit-

mética, no en forma de problemas, sino simplemente de una manera mecánica; el niño las ejecuta y se vuelve á errar creyéndole en cálculo aritmético perfectamente bien y como digno de pasar á un curso superior.

Como esto sería contra los intereses de estos pobres niños, la comisión al detallar su programa determinó el procedimiento que debía seguirse, tanto en la lengua nacional, como en el cálculo aritmético, porque de otra manera, si dejaba que los maestros se atuvieran á su criterio propio, tendría que resultar una confusión, puesto que no todos interpretarían este punto del mismo modo; mientras que con lo que consultamos se unifica el parecer de todos.

Además, es necesario tener presente que al hacerse obligatoria la enseñanza de la lengua nacional y del cálculo aritmético van á sujetarse á ella los niños que carecen en muchos casos del idioma, y esto será una gran dificultad para los maestros de las poblaciones lejanas que no contarán sino con una asistencia escolar de niños indígenas á quienes será necesario primero enseñarlos á hablar. En este supuesto ¿cómo hemos de considerar este ramo, como un verdadero medio para hacer la clasificación de que se trata? Esto indudablemente para los casos dudosos, como lo dice la proposición, no lo consideramos como regla general, por que para regla general hay otros medios más sencillos.

Se ha dicho que es necesario dotar al alumno de lo necesario recordando que, según el antiguo sistema escolar, lo necesario era que el niño supiese leer, escribir y contar, la comisión cree que satisfice esta exigencia con lo que propone; porque ciertamente que estos tres elementos están comprendidos en la lengua nacional y en el cálculo aritmético respectivamente.

De estos dos ramos obtendrá el niño

primeramente nociones indispensables, y luego vendrá la enseñanza del maestro, tal como la prescribe el programa actual, á integrar la educación del niño.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra, en contra, el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Señores representantes:

Extraño mucho que el Sr. Gómez ha ya sostenido las ideas de la comisión apelando á mi criterio, que no debe tenerse en cuenta. Las cuestiones pedagógicas se juzgan con el criterio de la pedagogía, no con el del que habla ó el que ha de ejecutar ésto. Seré más claro.

Si la persona que ha de poner en práctica la fracción B tiene que recurrir al programa, resultará que si es capaz de entenderlo, no hay necesidad de advertirle cómo ha de proceder en lo relativo á la enseñanza de la lengua nacional y la aritmética; y si por el contrario, es incapaz para interpretar debidamente dicho programa, de nada sirve la observación que hay aquí. En consecuencia, de todas maneras sale sobrando la explicación de la comisión.

Por eso insisto en que se suprima esa parte.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez, miembro de la comisión.

EL C. GÓMEZ.—La comisión está conforme en suprimir esa parte que indica el Sr. Dr. Ruiz, quedando la fracción B de esta manera: «En casos dudosos se considerarán como ramos decisivos la lengua nacional y el cálculo aritmético.»

EL C. SECRETARIO LOMBARDO.—Ya los Sres. representantes han oído cómo queda reformada la fracción B.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida la votación, resultó aprobada por 21 votos contra 1.

La fracción C, dice:

«El número total de alumnos que estén simultáneamente á cargo de un mismo maestro, no pasará de 50 como *máximo*.»

No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad.

La proposición 5ª dice:

«Habrá tantos maestros como años escolares, pero en aquellos grupos en que la concurrencia sea mayor de 50 alumnos, se formarán dos ó más secciones del mismo curso; siempre bajo idéntico programa, procurando solamente la mayor homogeneidad en cada una de las mismas secciones.»

Está á discusión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—A petición del ilustrado Sr. Contreras, la comisión suprime dos palabras de esa conclusión, las palabras *solamente*, y *mismas*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Señores representantes:

Si se tratara solamente de prescribir las reglas mejores para el arreglo de una escuela, yo tendría mucho gusto en aprobar la proposición que se discute; pero desgraciadamente debemos no perder de vista que estamos dando las reglas necesarias, atendiendo hasta donde sea posible á la organización actual de nuestras escuelas, y que por consiguiente, no debemos remontarnos á una región enteramente especulativa; porque en este caso podría correr el peligro nuestro dictamen, de no llevarse jamás á la práctica.

Con bastante acierto, el Congreso ha propuesto, en una de las sesiones del año anterior, que en todas las escuelas la en-



señanza elemental se divida en cuatro años; y si hoy se prescribe, como una necesidad imperiosa, que exista un profesor para cada uno de los años escolares, resultará que hay que multiplicar por cuatro el número de los profesores.

En las escuelas de los Estados, esto desgraciadamente no es posible; porque los Estados no cuentan con los elementos necesarios para poder hacer un gasto semejante. Todavía, y sensible es decirlo, pero es un hecho, hay multitud de pueblos en los Estados de la República, en que no hay escuelas, y esto no por abandono de los Gobiernos, quienes desde hace algún tiempo, y gracias á la paz que disfruta la Nación, han venido á conocer la importancia de la escuela, y todos se sienten animados del mejor deseo de fomentar la instrucción pública, sino porque aquellas localidades no cuentan con los recursos suficientes para satisfacer esa necesidad. Si pues en estas circunstancias se aumenta el número de profesores en todos los establecimientos, ¿no vendrá realmente á ponerse en la práctica una dificultad más que vencer?

No creo tampoco, atendiendo á la práctica pedagógica, enteramente imposible que un profesor dirija dos secciones. Estoy destituido de autoridad científica en toda materia; pero he visto algunas escuelas dirigidas por un solo profesor y en las que ha dividido sus clases en dos secciones, obteniendo con esto buenos resultados.

Indudablemente que el mayor número de profesores será mejor, pero repito, esto me parece difícil conseguir atendiendo á los recursos de los Estados.

Por tales motivos, tendré el sentimiento de dar mi voto negativo á la proposición que se discute, porque deseo que las decisiones del Congreso no queden escritas, sino que se lleven á la práctica.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rodríguez y Cos Miguel.

EL C. RODRÍGUEZ Y COS.

Señores:

El caso de que habla el Sr. Pérez Verdía está previsto en las fracciones 9.<sup>a</sup>, 10.<sup>a</sup> y 11.<sup>a</sup> Como estas prescripciones no se refieren sólo á las escuelas de las ciudades, sino también á la de los pueblos y rancherías, el tipo de escuela que proponemos debe componerse de cuatro profesores. Pero como se dan casos de que haya un solo maestro, es necesario, entonces, fraccionar en dos grupos que trabajen dos en la mañana y dos en la tarde, empleando el modo mixto que consiste en el empleo de los monitores, quienes se encargarían de algunos grupos que carecieran de profesor. Por esto dice la fracción 9.<sup>a</sup>: «Los sistemas mixtos pueden ser tolerados en la actualidad en las poblaciones que, faltas de recursos, no pueden sostener el número suficiente de maestros; pero sólo pueden emplearse tales sistemas en caso de extremada necesidad, y las autoridades escolares considerarán como obligación capital, la de sustituir cuanto antes los monitores por maestros competentes.» Así es que en estos casos será cuando se pongan los monitores.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Ha resultada aprobada por unanimidad.

EL C. SECRETARIO.—La proposición 6.<sup>a</sup> dice:

6.<sup>a</sup> En las escuelas de varios maestros, cada uno tendrá su salón apropiado á la enseñanza que debe darse en él.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz, en contra.

EL RUIZ E. LUIS.—Espero que la comisión tenga la bondad de disimularme que insista, pero creo que esta proposición queda mejor en estos términos:

«En las escuelas de varios maestros cada uno tendrá un salón apropiado. Es

claro que la apropiación será la de la enseñanza que en él se dé y este pensamiento es más genérico que como lo expresa la Comisión.»

EL C. SECRETARIO.—La proposición 6ª queda reformada así: En las escuelas de varios maestros cada uno tendrá un salón apropiado.

Está á discusión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Siento que la comisión haya retirado tan pronto la parte final de su inciso cambiándolo por éste: «En las Escuelas de un solo maestro cada uno tendrá un salón apropiado.»

Yo pregunto: ¿apropiado para qué? Porque puede haber un salón apropiado para gimnasia, puede haber uno apropiado para la sección primera, muy distinto del apropiado para la sección sexta, etc.; se pueden dar varios usos á un salón en una escuela.

Así es que yo suplico á la comisión, que se diga para qué ha de ser apropiado este salón.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Agradecemos infinito que el Sr. Correa, persona tan ilustrada, se sirva hacer algo en favor de la comisión; porque ésta no sabe qué hacer: no quiere aparecer tenaz al sostener sus resoluciones, y hemos dejado campo libre al Sr. Dr. Ruiz para hacer amputaciones especialmente en las partes finales.

(Risas.)

Así es que en este particular la comisión á su vez suplica al Sr. Ruiz se sirva decir si insiste en lo que propone ó deja á la comisión en libertad de sostener su redacción.

EL C. PRESIDENTE.—La Mesa tiene que

hacer observar al Sr. Gómez, que es á la comisión á la que toca decir si acepta la modificación hecha ó insiste en ella, ó si vuelve á su primera redacción. Entiendo que no es el Sr. Ruiz quien ha de decidir.

Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—En este caso la comisión tiene que dar pruebas de vigor. Sostiene su resolución.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Es una cosa bien extraña lo que acaba de suceder. La comisión en mi concepto, bien podría saber lo que debía hacer en cada caso que se presentara, y por lo mismo, no es vigor lo que ha manifestado; sino todo lo contrario.

Insisto en la modificación por esto. Parece que la idea del Sr. Correa es que cada profesor tenga por lo menos seis salones á su disposición y si según las palabras del Sr. Pérez Verdía, no contamos con un salón bueno en la escuela, mucho menos podríamos tener uno apropiado para la clase de gimnasia, otro para las lecciones de cosas, otro para la clase de geografía, etc.; tanto más cuanto que para esto se necesitaría un edificio demasiado grande.

En consecuencia, insisto en la redacción propuesta, y me explico que la comisión la hubiera aceptado tan pronto, porque es mucho más racional esta forma.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—El Sr. Dr. Ruiz sabe perfectamente que cada año escolar tiene arregladas sus materias de una manera distinta al otro año, y por tanto, lo más que se podrá exigir, serán cuatro salones distintos. Así es que en este caso no serán sino cuatro apropiaciones distintas;

pero convenientes á la enseñanza de los cuatro cursos.

EL C. SECRETARIO.—La proposición vuelve á su primitiva redacción y dice así:—(Leyó.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES.—Señores representantes:

Ha hecho mucha impresión en mi ánimo la observación del Sr. Ruiz. En efecto, si nos atenemos á la redacción tal como está, se creará que cada maestro deberá tener un salón apropiado para cada una de las asignaturas de la escuela. Creo que esto es cuestión simplemente de redacción; con la idea estamos conformes, y por lo mismo podrá decirse en la resolución: *un salón adecuado á las labores del curso respectivo*. De esta manera no se entenderá que es un salón para cada materia.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Después de lo expuesto por el Sr. Dr. Ruiz, confieso que aun no he entendido su idea.

Dice la proposición que en la escuela de varios maestros cada uno tendrá un salón: hasta aquí me parece bien; pero si se dice un salón apropiado, debe decirse apropiado para qué.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rodríguez y Cos José M.

EL C. RODRÍGUEZ Y COS.—Como los estudios escolares están divididos por años, estos años tienen marcadas ya sus materias, y se dice que para cada año habrá un profesor, al decir *apropiado*, como ya se sobreentiende, que el salón lo debe ser á las materias correspondientes al año de

que se trata; sería una redundancia inútil decir para qué.

Por consiguiente, creo que se ha hecho muy bien en dejar la proposición tal como está, de que para cada año habrá un salón apropiado: cualquiera otra palabra más, sería una redundancia, porque se entiende que en la escuela no se trata de otra cosa sino de enseñar y de enseñar según el plan, cuyas materias se han fijado ya en el mismo programa.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Me permitiría, señor, terciando en el debate empeñado, proponer una terminación á la palabra *apropiado* propuesta por el Sr. Ruiz, con la que estoy conforme; pero en que me cabe la duda que el Sr. Correa ha iniciado. Esta terminación salvaría la dificultad, poniendo así la proposición: «un salón apropiado para las labores de su respectivo curso.»

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida ésta, resultaron 21 votos por la afirmativa y 1 por la negativa.

Se puso á discusión la fracción 7ª que dice:

«Queda proscrita en las capitales y grandes centros de población la escuela de un solo maestro.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—No vengo á que la comisión acepte ó no ninguna reforma, sino á recordarle que cuando hablé en la discusión en lo general, le supliqué que en obsequio de la práctica y de lo que pasa y no puede evitarse, suprimiera esta fracción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez R.



EL C. GÓMEZ R.—Suplicaría al Sr. Dr. Ruiz se sirva decir las razones que tiene para pedir que se suprima esta resolución.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Muchas veces se ha repetido aquí, y las últimas palabras han sido las del Sr. Pérez Verdía, la poca cantidad de maestros que tenemos respecto de las escuelas que hay, y si queremos nosotros hacer que todas las escuelas estén sujetas á los programas aceptados no encontramos quién las sirva, y entonces, ó enseñamos algo, aun cuando sea por el sistema mixto, ó nos quedamos sin enseñar. Así es que la razón que tengo para creer aceptable la resolución que se discute es la unificación de la medida.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Ruego á los señores representantes figen su atención solamente en que la prescripción se refiere á las capitales y grandes centros de población; luego para aquellos lugares en donde hay poca población y pocos recursos es para donde prescribimos la escuela de un sólo maestro.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—No obstante la manifestación que acaba de hacer el H. miembro de la comisión, opino también como el Sr. Ruiz, porque debe desaparecer la proposición que se discute, y para ello me fundo en una redundancia enteramente palpable que en ella existe.

Se acaba de aprobar como el modelo de la escuela moderna, que haya tantos profesores como años escolares, y aquí se viene á decir que queda proscripta la escuela de un solo maestro.

Por consiguiente, es enteramente inútil si se trata de la escuela en las poblaciones principales y grandes ciudades, y si se trata de las pequeñas poblaciones, la comisión lo ha dicho, aquí entra el caso de la excepción y por lo mismo también inútil.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—La comisión tiene la pena de no poder aceptar la proposición de los respetables Secretarios Ruiz y Pérez Verdía.

Efectivamente, en la resolución 5ª se prescribe como modelo la escuela de cuatro maestros; pero éste es el modelo que no en todas partes se ha de realizar, y le ha tocado á la comisión decir en su resolución séptima hasta la duodécima, la manera de organizar mejor la escuela en vista del modelo, imitándolo hasta donde sea posible. Estas resoluciones se refieren, como lo he dicho ya, á las escuelas de un solo maestro, y no á las de las grandes capitales.

Vemos desgraciadamente en muchas capitales y aun diré, en la Capital de la República, que las escuelas están muy mal organizadas, y en este sentido el principio de la división del trabajo, este principio que tanto progreso ha dado á la industria, puede y debe aplicarse á la enseñanza.

Si tenemos un maestro con cincuenta alumnos, y estos cincuenta alumnos están divididos en cuatro años, ¿de qué manera podrá realizar su enseñanza? Solamente por el propuesto sistema del tiempo medio, es decir, que asistirán dos grupos ó secciones en la mañana, y los otros dos en la tarde, resultando que los alumnos tendrán por término medio tres horas de enseñanza al día.

Ahora bien, tenemos en las grandes capitales casi cien escuelas con un solo maes-

tro. ¿No sería mejor tener nada más veinticinco escuelas, cada una con cuatro maestros, pudiendo asistir los alumnos por la mañana y por la tarde y pudiendo recibir de cinco á seis horas de enseñanza? ¿No sería más provechoso para los niños, en lugar de tenerlos vagando y jugando en la calle, tenerlos ocupados en cosas útiles graduando perfectamente su enseñanza? De esta manera, una escuela con cuatro maestros, podrá dar una enseñanza relativamente buena para doscientos alumnos; mientras que teniendo cuatro escuelas con un solo maestro, cada una de cincuenta alumnos daría una enseñanza muy mala.

Creo tener alguna práctica en este particular y creo, por lo mismo, que es cuestión de mucha importancia: ya en varias capitales, entre ellas la del Estado de Veracruz, y las cabeceras de los Cantones, se ha introducido esta reforma importantísima, y últimamente en San Juan Bautista de Tabasco se han refundido igualmente varias escuelas en una sola.

Por consiguiente, en nombre de la comisión, tengo la pena de decir que no podemos suprimir esta resolución.

EL C. SECRETARIO.—Se procede á la votación.

Recogida ésta, resultaron veinte votos por la afirmativa y dos por la negativa.

Puesta á discusión la proposición octava, resultó aprobada por unanimidad.

Se puso á discusión la proposición novena.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz en contra.

EL C. RUIZ.—Fácilmente, leyendo la proposición novena, se ve una contradicción en que incurre la comisión, respecto de la segunda que se desechó ya.

Por otra parte, la comisión, á pesar de haber dicho que se quiere enterrar con honores el sistema lancasteriano, vuelve á usar la palabra monitores.

Ciertamente que podrá decirse que no hay contradicción, porque allí se referían al sistema lancasteriano y aquí al mixto; pero nadie negará que éste es una forma del sistema lancasteriano, el cual nadie podría aceptar hoy tal como lo puso su fundador.

Para evitar esto yo propondría á la Comisión la siguiente forma:

«El sistema mixto puede ser tolerado en las escuelas públicas, entre tanto pueden organizarse conforme á los preceptos anteriores.»

De este modo queda lo que la comisión quiere y se suprime la palabra monitores, que ya están con el sistema lancasteriano, enterrados.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—El Sr. Dr. Ruiz cree encontrar una contradicción entre la proposición novena que está al debate y la segunda. Se dice que á primera vista parece que en la proposición segunda, la comisión se refiere al sistema lancasteriano puro, y en la novena al mixto, porque nadie aceptaría el sistema lancasteriano puro.

Señor: debo decir que he encontrado en la Capital el sistema lancasteriano puro, hace cuatro años, en la calle de Betlemitas número ocho. He entrado á la escuela y he encontrado al Director desempeñando exclusivamente el papel de un celador; estaba en la plataforma leyendo el *Monitor Republicano*; se levantó para recibirme y siguió leyendo el *Monitor* y yo pasaba, mientras, de una sección á otra, en donde estaban trabajando, con carteles pegados á las paredes, los niños, y así estuve toda la mañana, de nueve á doce, y nunca ví enseñar al Director.

Por consiguiente, creo que aquello fué el sistema lancasteriano puro; en el cual, como bien saben los señores representantes, no trabaja el maestro con toda la cla-

se, á no ser en horas extraordinarias, como los monitores.

Ahora bien, el sistema mixto es otra cosa; y la comisión lo que propone es que sólo en caso de extremada necesidad, y caso de extremada necesidad es por ejemplo, una pequeña escuela de un solo maestro con ochenta ó cien alumnos. Y toda vía con cien alumnos podría yo organizar perfectamente la escuela por el sistema simultáneo, porque tomaría cincuenta por la mañana y cincuenta por la tarde; pero suponiendo que fueran un poco más de cien, entonces es un poco más difícil, habrá que echar mano de los monitores.

El Sr. Ruiz decía que con el sistema lancasteriano hemos enterrado á los monitores. Yo creo que no; perfectamente puede enterrarse el sistema lancasteriano y pueden, sin embargo, subsistir los monitores.

En consecuencia, la comisión tiene la pena de no poder aceptar la reforma que propone el Sr. Dr. Ruiz.

EL C. SECRETARIO.—Se va á tomar la votación.

Recogida ésta, resultaron 21 votos por la afirmativa y 1 por la negativa.

Sin discusión se aprobaron la 10ª y 11ª por unanimidad de votos.

Se puso al debate la proposición 12ª

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—El modo simultáneo en las escuelas de un solo maestro, se dará en tiempo medio, según dice el dictamen.

Para mí, señores representantes, este tiempo medio es una amenaza para la sociedad, porque de esta manera se entregan los alumnos á la holgazanería, y no más para la educación, porque concurren á la escuela menos tiempo que deberían asistir.

La fracción porfeya dice:

Los sistemas mixtos pueden ser tolerados en la actualidad en las poblaciones que, faltas de recursos, no puedan sostener el número suficiente de maestros; pero sólo pueden emplearse tales sistemas en caso de extremada necesidad, y las autoridades escolares, considerarán como obligación capital la de sustituir cuanto antes los monitores por maestros competentes.

Yo no estaría jamás porque en la escuela de un solo maestro se estableciera el sistema simultáneo, si ha de ser empleando el tiempo medio, porque como lo he manifestado, el tiempo medio lo creo malo, pernicioso y fatal.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión tiene la pena de no estar de conformidad con la opinión del Sr. Correa, como se ha manifestado en la discusión anterior; las escuelas de un solo maestro serán ordinariamente para el campo, para aquellos lugares en que las familias tienen, por lo general, necesidad absoluta del trabajo de los niños; y precisamente este sistema de medio tiempo, viene á destruir un grandísimo obstáculo para la enseñanza, como es la falta de asistencia regular á la escuela.

Por otra parte, tiene este sistema de medio tiempo la ventaja de que con él se alterna el trabajo intelectual de la escuela con los ejercicios físicos que desempeñan en el campo los niños, lo que sin duda alguna favorece su completo desarrollo, produciendo en su instrucción resultados casi iguales, ó más bien, iguales á los que se obtendrían si concurrieran todo el día á la escuela.

Estas son las principales razones en que se funda la comisión para proponer el sistema de medio tiempo.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.



EL C. CORREA.—Como la comisión no ha expresado en su dictamen esta idea, por eso combatí la proposición que se debate, pues convengo perfectamente en que es bueno y conveniente para las escuelas rurales el tiempo medio. Por lo mismo, si la comisión hubiera dicho que se trataba de las escuelas rurales, tendría mucho gusto en votar en pro de la proposición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Creemos contar con el voto del Sr. Correa en favor de esta resolución haciéndole notar que quedando proscripta la escuela de un solo maestro en las capitales y grandes centros de población, el tiempo medio no quedará sino para las poblaciones pequeñas en donde sí existe la necesidad de que los niños ayuden en muchos casos á las labores paternas.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida ésta, resultó aprobada por 17 votos contra 5.

EL C. PRESIDENTE.—En la próxima sesión continuará el debate de este dictamen, y si hay tiempo suficiente comenzará el dictamen sobre las fracciones 7ª y 8ª de la sección A del cuestionario respectivo.

Se levanta la sesión.—*Luis E. Ruiz*, Secretario.

#### SESION

Del día 2 de Enero de 1891.

PRESIDENCIA

DEL C. LICENCIADO JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. representantes, Aguilar, Baz, Cervantes Imaz, Cisneros,

Correa, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martinez, Nicoli, Oscoy, Pérez Verdía, Rivas, Rodríguez y Cos Miguel, Ruiz, Schulz; y Directores, Alvarez G., Contreras M., Lascurain, Macedo, Olmedo, Salazar y Salinas, y Zayas.

A las seis se pasó lista de representantes, y resultando haber el número suficiente se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior, que sin discusión fué aprobada.

Se dió cuenta con una comunicación del C. Enrique Rébsamen, en que avisó que habiendo sido llamado por el C. Gobernador del Estado que representa, se veía obligado á ausentarse de la Capital. La Mesa dispuso que se acusara recibo y se llamase al suplente.

EL C. SECRETARIO.—Sigue la discusión del dictamen de Enseñanza Elemental Obligatoria, relativo á la fracción VI del Cuestionario.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez, miembro de la comisión.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores representantes:

Como en la primera sesión en que se discutió nuestro dictamen, el Sr. Dr. Ruiz lanzó algunas ideas en contra de la resolución que ahora se va á votar, ha parecido conveniente á la comisión, ampliar un poco las razones, que de una manera sucinta pude presentar en el debate de 27 del próximo pasado, con objeto de destruir en algo la impresión, que indudablemente ha podido causar la oposición del Sr. representante del Estado de México.

Tenemos la creencia de que la Asamblea ha formado ya su juicio respecto de la proposición que se discute; pero nosotros, como acabo de manifestar, deseamos emplear nuestra defensa, proponiéndonos demostrar que el *método* no es *único*, como lo sostuvo el Sr. Ruiz: que el *método*

de enseñanza es diverso del *método lógico*: que ninguno de los procedimientos lógicos puede constituir el *método pedagógico*, y que el *método* propiamente llamado *didáctico ó pedagógico*, es el que conviene á la primera enseñanza.

La palabra *método*, como es bien sabido, se compone de dos raíces griegas que son, *meta* que significa término, y *hodos* que significa camino: por consiguiente, *método* será el camino que se siga para llegar á un fin determinado.

Como los caminos que se pueden seguir para llegar á un término, pueden ser varios, resultará que, según la definición anterior, en cada caso habrá varios métodos, de los cuales unos serán buenos y otros malos, según que conduzcan bien ó mal al término deseado.

Me permito, suplicando la atención de la Asamblea, dar lectura á la definición de la palabra *método*, que trae el Diccionario de la Lengua:

„Método: el orden premeditado que uno observa ó se propone en el ejercicio de alguna cosa, como en el pensar, decir, enseñar ó disponer un asunto cualquiera bajo un plan ordenado y bien dispuesto.”

Después de esta acepción general, se encuentra la de *metodo filosófico, método lógico, ideológico, etc.*; y respecto del método lógico, del que se nos ha dicho ser el único que existe, (cansando quizá la atención de la Cámara) voy á dar lectura á la definición que trae el Diccionario citado:

„Método lógico.—El que se sigue para adquirir algún conocimiento, asegurándose de su verdad ó exactitud por medio de raciocinios.”

Después sigue, como hemos dicho, el *ideológico*, y otros muchos métodos que sería muy largo referir.

Pasemos ahora á examinar la diferencia que hay entre el *método lógico* y el *método pedagógico*.

Indudablemente que entre estos dos

métodos hay alguna semejanza, puesto que uno y otro se refieren á la adquisición del conocimiento; pero debemos tener presente que en ésta (en la adquisición) pueden seguirse dos caminos diversos: llegaremos á ella por la *investigación* propia ó por medio de la transmisión de conocimientos ya formados, que es lo que constituye la *didáctica*.

Cada uno de estos medios constituye un camino ó método diverso; pues es muy distinto el acto de *investigar* ó de aprender por sí mismo, del acto de *enseñar* ó de transmitir el conocimiento.

Ahora bien, si nos fijamos en los medios que emplea cada uno de estos métodos, tendremos que también son distintos, puesto que en la lógica sólo se emplean la inducción, la deducción, la síntesis y el análisis; mientras que en el método pedagógico se hace uso además de otros muchos medios, como son, la marcha progresiva y la regresiva, las formas, etc.

Para fundar más nuestra opinión, nos permitimos manifestar el parecer de una autoridad nacional muy respetable, como lo es el Sr. Dr. Flores, quien en su tratado de Pedagogía, al hablar sobre los métodos que deben seguirse en la enseñanza elemental, se pregunta, *¿qué método se sigue actualmente?*

Considera, pues, como *método* el modo ordinario de enseñar, que consiste generalmente en el simple aprendizaje de memoria.

Como se ve, el Sr. Flores está de parte de la comisión, puesto que reputa como *método* no sólo el método lógico, sino todo camino que se sigue para llegar á fin determinado, como el que seguían los antiguos maestros para conseguir la instrucción de sus discípulos.

Podrá decirse que el método pedagógico es parte del método lógico, y por consiguiente, que es uno de los elementos de éste, quedando comprendido, por ejemplo, en la inducción; pero ya hemos ma-



nifestado oportunamente que si tomamos el método inductivo de un modo general para todas las materias, resultará que muchos ramos de enseñanza como la lectura, la escritura, la geografía política, etc., quedaría fuera del medio que se daba al profesor para enseñar. Lo mismo podría suceder si se tomara cualquiera otro de los elementos del método lógico.

Por otra parte, sea ó no la *inducción* lo que constituye el *método objetivo*, que según el Sr. Ruiz es el que debe adoptarse en la primera enseñanza, tampoco nos parece conveniente admitir la denominación de *método objetivo*, para el que debe seguirse en la escuela elemental por la confusión que podría haber en este respecto; pues lo que algunos pedagogos consideran como método objetivo, otros lo ven como método subjetivo, debido á la diferente manera que hay de considerar el *objeto* y el *sugeto* en la enseñanza.

Quizás alguien nos pueda objetar, que cuando decimos que se prescriba para la enseñanza elemental el método didáctico, no hemos dicho nada, puesto que *didáctico* quiere decir lo relativo á la enseñanza. Pero nótese principalmente que hemos dicho: *el método que debe seguirse es el propiamente llamado didáctico ó pedagógico*; y para ello hemos tenido la siguiente razón.

Indudablemente que la enseñanza en general tiene por objeto la comunicación de conocimientos; pero en la enseñanza tenemos diversos grados; la primaria, la secundaria y la superior: cada uno de estos grados tiene su carácter propio, y por consiguiente, tendrá su método propio.

El Sr. Flores ha dicho en su tratado de Pedagogía que según sea el discípulo, así será el camino que se siga en su enseñanza, y la comisión está completamente de acuerdo con esta idea.

Ahora bien, en la enseñanza primaria, el objeto principal es presentar al discí-

pulo la materia, de tal manera que esté al alcance de sus rudimentarias facultades, de suerte que en ese primer grado de enseñanza se atiende más al *sugeto*, que es el alumno, que al *objeto* que es la materia. A medida que se avanza en la enseñanza, el maestro va prescindiendo del *sugeto* y dedicándose más al *objeto*; de manera que ya en la enseñanza superior, el catedrático sólo tiende á exponer con precisión, con orden y con claridad la materia, según el enlace de sus partes, sin preocuparse del alcance intelectual de sus alumnos.

Por esta razón la pedagogía considera dos métodos distintos en la enseñanza: el relativo á la enseñanza primaria que la mayor parte de los pedagogos convienen en llamarle *método pedagógico*, y el que sirve para la instrucción superior que generalmente se llama *método científico*.

La comisión ha adoptado el término que el eminente Diesterweg emplea; y precisamente lo ha hecho porque la acepción común de las palabras *didáctico* ó *pedagógico* es «lo relativo á la enseñanza en su primer grado ó sea á la instrucción primaria.»

Estas son las razones que la comisión presenta para robustecer en lo posible las que ha aducido al discutirse en lo general el dictamen.

Si los señores representantes no encuentran estas razones del todo desprovistas de lógica, espero que se servirán convenir con la comisión en que no es el *método lógico* el que se debe prescribir para nuestras escuelas primarias elementales sino el *didáctico* ó *pedagógico* que, como se ha manifestado, es propiamente *un método* puesto que es el camino que se sigue para llegar á un fin determinado que es distinto por su fin y sus medios del método lógico: que no puede ser parte de éste porque ninguno de sus elementos comprenden aquel en toda su extensión; y que por último, de los métodos



que puedan adoptarse en la transmisión de conocimientos, es el que se debe seguir con los niños en la primera enseñanza, donde más se atiende al discípulo que á la materia, porque propiamente puede ser llamado con el nombre que le da la comisión.

El C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

El C. RUIZ.—Suplico á los señores representantes tengan la bondad de escucharme un poco.

Ha sido patente para todos que no tenía intención de tomar parte en esta discusión, y la prueba es que no había pedido la palabra en contra; pero supuesto que el señor prerepresentante Martínez ha usado de ella, me veo obligado á hacer lo mismo; tanto más cuanto que si antes tenía razones en contra, su réplica me ha dado mayor número.

Desde luego le diré que no acepto como autoridad pedagógica el Diccionario de la Academia. Los diccionarios, y sobre todo el de la lengua, sirven nada más para dar la acepción vulgar de la palabra.

Yo acostumbro convencerme con razones, nunca con autoridades; porque éstas sirven para comprobar, no para probar. Así es que en general ninguna autoridad me satisface y mucho menos la de un diccionario vulgar que no da más que la acepción corriente de las voces.

Una vez indicado esto, voy á analizar brevemente el discurso del Sr. Martínez.

En primer lugar, yo asenté que el método era un principio abstracto emanado de la ciencia que sólo recibía calificativo cuando era aplicado, ó usado en la práctica.

El Sr. Martínez dice que el método quiere decir el camino que conduce á un fin, y que hay muchos caminos. Perfectamente, como hay caminos de aquí á la Villa, á Tacubaya; pero todos son caminos,

como he sostenido. Tratándose de método en abstracto, dije que este es uno, que filosóficamente es indivisible y eso lo sostenía, porque algún representante emitió la idea, que el método lógico era diverso del método pedagógico, cuando éste no es sino la aplicación á la enseñanza del método lógico, y por eso hacía observar que la comisión descausaba en una base falsa.

Indicaba yo, á propósito de este punto, que en abstracto, el método está constituido por la inducción y la deducción, únicos recursos que tiene la inteligencia humana para llegar á la verdad. Así es que en general, el método no puede estar constituido más que de estas dos partes.

Me apresuré á decir que en pedagogía, ciencia enteramente en formación, y arte en vía de organización, no hay términos que expresen claramente las ideas que tenemos; pero que cuando se trata de métodos, las únicas dos palabras que se acercan más á la verdad, son *objetivo* y *subjetivo*.

Cuando se trata de conocer un fenómeno simple ó complejo, ó bien aplicamos nuestras facultades á la adquisición de él ó bien lo conocemos á través del modo con que lo juzgan los demás; cuando empleamos nuestras facultades en la adquisición, empleamos el método objetivo, y cuando lo vemos á través de como lo consideran otros, entonces decimos que seguimos el método subjetivo, porque vamos á ver el objeto ó fenómeno á través del sugeto. En consecuencia, es indudable que lo único que debemos tener en la práctica es el método objetivo y el subjetivo, porque no existe más dificultad que al decir *método objetivo*, se cree que vamos á aprender con objetos, y sabido es que se puede dar una lección subjetiva en frente de un objeto, y objetiva fuera del objeto, y por lo mismo debemos entender que método objetivo es el que consiste en buscar la verdad aplicando todas las facultades, y es

subjetivo cuando fácilmente se aplican estas facultades.

En consecuencia, no podemos admitir la palabra *método pedagógico ó didáctico*, porque esta última quiere decir *método aplicado á la enseñanza* y no sólo á la primaria, sino á la enseñanza en general.

Decía yo que estando el método lógico en abstracto, compuesto de deducción é inducción, único camino que se puede seguir en la práctica, se puede empezar por cualquiera de estos dos medios, cuando empezamos por la inducción, entonces seguimos el método objetivo; por consiguiente, todo el que empieza sus conocimientos por el objeto, empieza induciendo, y al contrario, cuando se vale de medios subjetivos, empieza deduciendo.

El Sr. Martínez sabe perfectamente que esta es la diferencia substancial entre la escuela antigua y la moderna, la antigua era principalmente deductiva; es decir, empezaba por la deducción, dando fórmulas aplicables á casos particulares, mientras que la escuela moderna se vale de la inducción, es decir, no va uno á conocer todos los objetos, sino que comienza investigando para adquirir el método. En consecuencia, no puedo aceptar esta proposición que es la peor redactada de todas.

Estas son las palabras que puedo oponer al Sr. Martínez.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Celebro mucho, señores representantes, que el ilustrado representante del Estado de México, haya repetido las razones que tiene contra la proposición que se discute. Así la Asamblea podrá votar en este caso con entero conocimiento de los argumentos que existen en pro y en contra de la cuestión.

La mayor parte de las razones que ha presentado su señoría, son objeciones que habían sido previstas y están contestadas

por la comisión al hacer la defensa que he presentado.

No tomamos el diccionario de la lengua como una autoridad pedagógica; nos apoyamos en él simplemente para demostrar que la palabra *método* tiene muchas acepciones. Muy independientemente del diccionario, creo haber demostrado que no son lo mismo *metodo lógico* y el *método pedagógico*, puesto que sus fines y sus medios son diversos.

Respecto de lo que ha dicho el Sr. Ruiz sobre las palabras *objetivo* y *subjetivo*, repito lo que manifesté antes, que así como el Sr. Ruiz tiene sus razones para considerar el punto de la manera que lo ha manifestado, muchos pedagogos tienen las suyas para considerarlo de un modo completamente opuesto.

Ahora, respecto de que la inducción baste para llenar todos los fines de la enseñanza primaria, eso sí, creo que es una opinión muy particular de mi ilustrado continuante, porque ya lo hemos repetido hasta el fastidio, hay muchas materias que no se pueden enseñar por medio de la inducción como son: la lectura, la escritura, la geografía política, etc.

En cuanto á que hay redundancia en decir que el método de enseñanza es el *didáctico ó pedagógico*, ya se ha dicho que hemos dado este nombre al método de que se trata, en oposición con el *método científico* que es el que se usa en la enseñanza superior.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Sencillamente para recoger una frase vertida por el Sr. Martínez.

Dice que no se puede enseñar siguiendo la inducción, materias como la lectura, la escritura, etc. Me extraña mucho que quien ha formado parte de la comisión del dictamen de la primera comisión que ha puesto como base fundamental las *palabras normales* para la lectura y escritura



ra, ignore que en esta enseñanza se sigue este método de inducción, supuesto que es el trabajo propio del niño, el que va á descubrir por semejanzas y diferencias, el conocimiento y precisamente allí se emplea la inducción.

En la escuela antigua, con la cartilla, se empleaba la deducción; se empezaba á dar á conocer la letra, después la sílaba y luego la palabra, es decir, autoritativamente y sin que se supiera el por qué y el pára, aprendía el niño las veintinueve letras del alfabeto castellano; mientras que con el método inductivo nos valemos de las facultades del niño para la adquisición de un conocimiento y por consiguiente, seguimos una inducción, que es lo que he llamado método objetivo.

El Sr. Martínez ha dicho que yo consideraba el método puramente inductivo, pero no se ha fijado bien en que yo he dicho que el método está compuesto de la asociación de la inducción y de la deducción; porque comprendo bien que la inducción sola no basta.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—No opino lo mismo que el Sr. Dr. Ruiz, respecto de que para la enseñanza simultánea de la lectura y escritura, por el procedimiento de las palabras normales se haga uso de la inducción; y en este respecto apelo no como se ha dicho otras ocasiones, no al criterio particular del Sr. Ruiz, sino al criterio general de la Asamblea.

En el conocimiento de las palabras normales se sigue un procedimiento de descomposición; se presenta una palabra completa, se hace que el niño se fije en el conjunto de esta palabra, se le llama la atención sobre cada una de las sílabas y después se le dan á conocer cada una de las letras que entran en la formación de aquella palabra. Si esto no es un análisis, no

sé yo qué podrá ser. No veo en el procedimiento expresado que haya raciocinio inductivo alguno, para que el niño llegue al conocimiento de que tal ó cual signo representa el sonido *a* ó el sonido *pe*. Repito que tal procedimiento no es inductivo, sino simplemente analítico.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Para evitar dificultades, yo suplicaría á la comisión, si lo tiene á bien, que suprimiera el nombre que da al método, redactando su artículo en los siguientes términos; porque de otra manera se suscitarán largas discusiones sobre método objetivo, subjetivo y didactivo, y difícilmente llegaremos á ponernos de acuerdo en este punto. Así es que para evitar dificultades insisto en que mi súplica, de que la comisión redacte su artículo en estos términos: «El método que debe emplearse en las escuelas primarias elementales, es el que consiste en ordenar y exponer las materias de enseñanza, etc.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Como lo que propone el Sr. Cervantes no altera en nada el pensamiento de la comisión, con gusto aceptamos su idea, quedando la proposición en estos términos:

«El método que debe emplearse en las escuelas primarias elementales, es el que consiste en ordenar y exponer las materias de enseñanza, de tal manera, etc.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Zayas.

EL C. ZAYAS.—Para suplicar á la comisión tenga la bondad de decir si tiene inconveniente en poner estas palabras: *método en general de enseñanza*. Creo que esta es la índole de la comisión.



EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión no considera conveniente admitir la proposición del Sr. Sayas, porque ya se comprende que el método de que se trata es el que debe emplearse en la enseñanza en general.

A petición del ilustrado Sr. Contreras, la comisión propone se suprima la palabra *integral*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Suplicaría al Sr. Contreras se sirviera decirnos por qué motivo desea que se suprima la palabra *integral*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Contreras.

EL C. CONTRERAS.—Había suplicado á la comisión y ella aceptó, la supresión de la palabra *integral*, porque parecía redundante, y me parece más claro decir que se promoviera á la vez el desenvolvimiento de todas las facultades de los alumnos, que el desenvolvimiento *integral de todas las facultades*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Como la proposición del Sr. Contreras se reducía á hacernos notar que había una redundancia, la comisión, después de haber pensado mejor el asunto cree que será más conveniente dejar la palabra *integral* y suprimir las otras, porque la palabra *integral* expresa mejor la idea.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES.—Es una simple cuestión de redacción la que nos había dete-

nido; pero ahora se sucita una explicación sobre la palabra *integral*.

Yo creo que no debe quitarse esa palabra porque ella expresa, no sólo que deben entrar en juego todas las facultades, sino que debe ser la educación en todas y cada una de sus formas.

Yo creo que la palabra *integral* no puede suprimirse porque bien podían estar atendidas todas las facultades, y sin embargo, no ser *integral* la educación en alguna de ellas.

Por eso yo veía mal que la comisión retirara esta palabra.

EL C. SECRETARIO.—La proposición queda definitivamente así:

«13ª El método que debe emplearse en las escuelas primarias elementales, consiste en ordenar y exponer las materias de enseñanza, de tal manera que no sólo se procure la trasmisión de conocimientos, sino que á la vez se promueva el desenvolvimiento *integral* de las facultades de los alumnos.»

¿No hay quien pida la palabra?

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida ésta resultó aprobada la fracción por unanimidad de votos.

El mismo SECRETARIO.—Esta á discusión la fracción 14ª

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—A consecuencia de la modificación que se ha hecho á la resolución 13ª, la comisión reforma la 14ª en su fracción C de la manera siguiente:

Dice toda la fracción ya reformada:

«14ª Para la debida aplicación de este método cuyos factores son el orden en que deben presentarse los conocimientos y la forma en que éstos se deben exponer, hay que atender á las siguientes prescripciones:

A. Por lo que toca al orden ó enlace de los conocimientos se podrán observar las marchas *inductiva, deductiva, analítica, progresiva y regresiva*, según el carácter de la materia que se enseña y hasta de conformidad con la índole especial de cada punto aislado que sea objeto de lección.

B. El maestro, para la buena elección de la marcha que haya de seguir, tendrá presente, tanto el principio fundamental de la educación, como los siguientes principios generales: *ir de lo fácil á lo difícil; de lo conocido á lo desconocido; de lo concreto á lo abstracto y de lo empírico á lo racional.*

C. Por lo que se refiere al segundo factor de este método se pueden usar las formas *expositiva ó interrogativa*, que son las fundamentales; limitándose el uso de la primera á los casos de estricta necesidad; y se recomienda el uso de la interrogativa, principalmente en su especie llamada *socrática*.

EL C. SECRETARIO.—¿No hay quien pida la palabra?

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Se recogió la votación, resultando aprobada por unanimidad de votos.

El mismo C. SECRETARIO.—Está á discusión la resolución 15ª

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La proposición 15ª queda reformada en este sentido:

«15ª Se consideran, además, como condiciones indispensables para la aplicación de dicho *método* que las clases sean orales; que haya una bien meditada distribución de tiempo, de acuerdo con las prescripciones higiénicas; que se haga una bien graduada subdivisión del programa, y que las lecciones se preparen con anterioridad por el maestro.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Suplicaría á la comisión se sirviera retirar la palabra *aceptado*, pues creo que quedaba bien con sólo la palabra *pedagógico*.

Al decirse que las clases sean orales después de indicarse el método que debe seguirse, me parece una redundancia, y por último, puede presuponer una cuestión de mucha importancia al tratarse lo referente á textos; porque así como ha habido diversidad de opiniones respecto de la palabra *método*, habrá también diversos modos de considerar la cuestión de los textos, y como este es un punto que se ha de tratar, simplemente desearía que la comisión hiciera explícito que no se compromete en nada la cuestión de textos con la aprobación de las clases orales.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Contestando á la pregunta que hace el Sr. Ruiz, la comisión manifiesta que no porque dice que las clases sean orales, prescribe que no habrá textos; dice simplemente que la enseñanza será oral, y esto no excluye el uso de textos.

En cuanto á que se retire la palabra *aceptado*, la comisión admite esta modificación.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad de votos.

Puesta á discusión la fracción 16ª, sin ella se aprobó por unanimidad de votos en la forma siguiente:

«Los procedimientos que se empleen en la escuela primaria elemental, deben es-

tar en consonancia con el principio fundamental de la educación, y con los preceptos generales de la metodología, disciplina é higiene. Se recomienda especialmente el uso del procedimiento intuitivo en sus cinco formas:

A.—Presentación del objeto *in natura*.

B.—Uso de un modelo, aparatos científicos y objetos de bulto ó en relieve.

C.—Uso de estampas, dibujos é imágenes proyectadas por aparatos ópticos.

D.—Uso del diagrama.

E.—La descripción viva y animada.

EL C. SECRETARIO LOMBARDO.—Está á discusión el dictamen de la comisión de enseñanza elemental, sobre las fracciones VI y VII de la sección A del cuestionario respectivo.

Está á discusión la primera resolución.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Señores representantes:

En lo general estoy de acuerdo con todas las resoluciones presentadas por la comisión; pero hay una que no acepto completamente porque he encontrado una contradicción palmaria con el buen método, y otra con el dictamen ya aprobado, de la primera comisión.

El segundo inciso de la primera proposición, dice:

«Una colección de letras movibles, pegadas sobre cartón ó madera, el tablero correspondiente y una caja con las casillas necesarias.»

La primera comisión propuso, y el Congreso aprobó, que se hiciera la enseñanza con palabras normales y el objeto era doble: hacer por esta enseñanza que los alumnos se eduquen y se instruyan, en primer lugar, y en segundo, que en menos tiempo aprendan á leer y escribir.

Si el objeto es poner en actividad las facultades de los alumnos, hacer que se ejerciten en el conocimiento analítico de

las palabras, sílabas y letras, al mismo tiempo que ejerciten su mano en hacer las letras, es un retroceso el que después que los niños han analizado y están en aptitud de componer palabras para llegar á la adquisición de la lectura, se les prive de la posibilidad de ejercitarse en la lectura, que es en extremo interesante, porque todos saben perfectamente lo difícil que es que un niño llegue á habituarse á escribir con claridad, supuesto que la desigualdad de las letras y lo torcido de los renglones, es en eso característico.

Yo desearía que la comisión suprimiera esta parte, á fin de obligar á los niños á que escriban, porque de ese modo estarán obligados á aprender á leer y á ejecutar lo más pronto posible.

Respecto de la fracción 8ª me supongo que las materias que están ennumeradas allí, sirven para dos cosas: para que asociándolas y combinándolas puedan producir fenómenos fáciles de percibir por el niño, y al mismo tiempo para que por medio de ellas se les puedan dar ciertas nociones relativas á la industria. Por lo mismo me atrevería á proponer á la comisión que agregara allí lo relativo al hierro, porque como es muy sabido, se puede considerar esta substancia como el número uno de los importantes metales en la vida práctica.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—El Sr. Dr. Ruiz se ha servido manifestar que hay una contradicción en lo prescripto en la parte resolutive de este dictamen. Considera como una infracción al buen método lo que prescribe la Comisión y sobre este particular tengo que decirle que lo único que pasa es que no ha visto un procedimiento para dar la enseñanza de la lectura por medio de las palabras normales utilizando lo que cree una infracción del método.



Efectivamente, si se considera el manejo de lo prescripto en esta segunda resolución, según se considera el método llamado sintético, es decir, aquel en que se parte del conocimiento de las letras á las palabras, tendría ciertamente razón el Sr. Ruiz; pero no es así, la manera como se procede en este caso, es poniendo la palabra misma formándola con todas sus letras y puesta por él mismo maestro. Como los alumnos tienen la dotación respectiva de letras movibles, entonces se verifica un estudio verdaderamente comparativo, el niño trata de buscar, entre las que tiene á su vista y que son diversas, aquella que es igual en forma á la que se encuentra puesta en el lugar donde se coloca, que es una especie de corredera. En este caso, ya después que se ha impresionado al niño por el conjunto todo de la palabra, como si fuese un signo completo, entonces comienza la descomposición de los elementos y empieza el niño desde el elemento gráfico, como es la letra; después el maestro utiliza este estudio comparativo para ir descomponiendo los elementos de la palabra y formar sílabas, y por último, la palabra.

Como se ve, este es un procedimiento que parte del análisis y después, por la síntesis se viene á la comprobación.

En este supuesto, si como creo haberlo indicado, el procedimiento está conforme con la aplicación de las palabras normales, espero que el Sr. Ruiz no lo considerará como una infracción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Tengo que insistir en este sentido. Conozco el procedimiento á que se refiere el Sr. Gómez; pero mi objeción principal es ésta: he calificado de útil ese procedimiento, pero de más útil el hacer ejecutar la letra al niño, y no que forme palabras con letras ya hechas, en cu-

yo ejercicio para nada entran las facultades de ejecución. El procedimiento, en mi concepto, es bueno; pero sería mejor que se prescribiera que el niño por sí solo haga las letras.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Efectivamente, señor, es más útil lo que propone el Sr. Ruiz; pero no veo motivo para suprimir lo que aquí se prescribe, por dos razones. En primer lugar porque esto debe ser anterior al ejercicio que indica el Sr. Dr. Ruiz.

Indudablemente que el niño tiene más facilidad para reconocer un tipo igual á aquel que se presenta á su vista, que para dibujarlo. El hecho de dibujar requiere ya cierta destreza; que no viene sino después de algunos otros ejercicios más fáciles.

La otra razón que se tiene es la de variar, en cuanto sea posible, el procedimiento que se emplea para enseñar al niño; pues comprenderá el Sr. Ruiz que la variedad en la enseñanza constituye para el niño un atractivo.

Así, pues, si lo que propone el Sr. Ruiz es muy útil, creo, sin embargo, que no se debe prohibir en la escuela el ejercicio que propone la Comisión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Suplico á la Mesa se sirva separar las fracciones 2ª y 3ª para votarlas separadamente.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Seguramente que el Sr. Dr. Ruiz quiere que se vote la fracción 8ª separadamente, para reprobala si no se agrega lo relativo al fierro. En este particular la comisión manifiesta que había olvidado este punto, pero que está dispuesta á agregar lo que se solicita.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—He pedido la palabra, señores representantes, para hacer tan sólo una observación á los Honorables autores del dictamen que está al debate; no me guía el propósito de hacer una censura, sino el de evitar una redundancia, que partiendo de un Congreso de instrucción pública, podría tenerse á mal, cuando en mi concepto fácilmente se puede evitar.

La primera resolución dice que *los útiles del todo indispensables para realizar la enseñanza elemental, son los siguientes*:

Aquí, en mi concepto, hay un pleonasmo que debe suprimirse; porque si son indispensables, lo son del todo, y si son del todo, entonces quedaría por demás lo *enteramente indispensables*. Indispensable es precisamente aquello de que no se puede prescindir, y si pues no se puede prescindir de ninguno de estos objetos, es claro que son indispensables todos ellos y lo son del todo; porque no podrá de ninguna manera concebirse este pizarrón pintado de obscuro mate tan sólo en un ángulo.

Por lo mismo suplico á la comisión se sirva suprimir las palabras *del todo*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—La comisión no tiene inconveniente en aceptar la reforma propuesta por el estimable Sr. Pérez Verdía; pero también le suplica se sirva tener presente que esta especie de pleonasmos son aceptados, porque dan cierta fuerza á una idea.

Por este motivo, algunas de las conclusiones, no sólo ésta sino otras más que que han sido corregidas, se han presentado en esa forma.

La comisión, pues, no cree que esta sea una dificultad, pero tampoco insiste en su

redacción y acepta la enmienda que se le propone.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Alguna vez he tenido la honra de exponer la utilidad de cartas fraccionadas para la enseñanza de la geografía, y cada vez me convenzo más de que para la enseñanza elemental este procedimiento es útil. Creo que no está generalizado en la República y suplicaría á la comisión se sirviera hacer una indicación sobre esta materia; porque además de ser un procedimiento sencillo, es sumamente económico; no se requiere más que obligar á los alumnos á que calquen sobre una carta de la República, y que recorten en cartón, los diferentes Estados para que se acostumbren á distinguirlos.

También suplicaría á la comisión que agregara á la lista que pone de ciertas circunstancias, algunos otros materiales industriales, ó metales que son fáciles de adquirir.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Aprovecha la comisión la oportunidad para hacer el elogio del Sr. Manterola, porque precisamente él es una de las personas que más ha vulgarizado el procedimiento que acaba de indicar.

Efectivamente es útil; pero no es indispensable, y como lo que aquí proponemos se refiera á lo útil y á lo indispensable, suplicamos al Sr. Manterola se sirva permitirnos que lo agreguemos en la parte de lo conveniente.

EL C. SECRETARIO.—Se procede á votar esta resolución, separando las fracciones segunda y octava.

Recogida la votación se aprobó el artículo por unanimidad de votos, en los siguientes términos:

I. Los útiles indispensables para rea-



lizar la enseñanza primaria elemental, son los siguientes:

1°. *Dos pizarrones* pintados de color obscuro mate, de los cuales uno estará rayado para la primera enseñanza de la escritura; sus dimensiones serán, cuando menos, de 2 metros por 1,25, y se colocarán fijos en la pared. Donde los recursos lo permitan, será mejor construir un pizarrón de dos caras y provisto de carrillas para trasladarlo fácilmente. Debe prohibirse el uso del caballete.

3°. Un ábaco con 100 bolas, de 10 varillas horizontales.

4°. Una colección económica de *piezas y medidas métricas*.

5°. Una pequeña colección de sólido geométrico de madera. En defecto, el mismo maestro podrá construirlo de cartón.

6°. Regla plana, de un metro de largo con las divisiones métricas correspondientes, *compás y escuadra* para pizarrón.

7°. Una colección de materias primas y manufacturadas, plantas y minerales de la comarca. El mismo maestro irá formando esta colección con sus alumnos, en los paseos y excursiones escolares.

9°. Mapa del Estado y de la República. El maestro procurará dibujar el plano de la localidad y copiar (aumentada la escala) el mapa del Cantón ó Distrito.

10. Una esfera terrestre.

11. Una colección de muestras de letra cursiva.

12. Una pequeña colección metódica de muestras de dibujo, de conformidad con lo prescripto en el programa.

Se puso á discusión la fracción segunda que dice:

«Una colección de letras *movibles* pegadas sobre cartón ó madera, el tablero correspondiente y una caja con las casillas indispensables »

No habiendo quien pidiera la palabra, se recogió la votación, resultando 10 votos en pro y 10 en contra.

El C. Presidente resolvió que se aplazara esta votación para la sesión próxima. Se puso á discusión la fracción 8ª

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay, para una interpelación.

EL C. GARAY ADRIAN DE.—Yo desearía que la Comisión tuviera la bondad de decirnos por qué califica del todo indispensables estas substancias para la enseñanza elemental.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GOMEZ.—En el ánimo de la Comisión estuvo el ampliar esta lista que pone aquí, pero considerando que serían estas substancias las que con mas facilidad pudiera adquirir la escuela más pobre, por una parte, y por otra, porque estas substancias se prestan, como ya lo hizo también advertir el Sr. Ruiz, á fenómenos muy sencillos; por este motivo la Comisión se fijó en éstas y no en un mayor número. Sin embargo, si el Sr. Garay cree que debe proponerse una lista más acertada, agradeceremos que se sirva pasar á hablar con la Comisión, que está dispuesta á obsequiar sus deseos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES.—Suplico respetuosamente á la Comisión se sirva suprimir su cláusula octava. Esta cláusula, con humos de laboratorio de química, me da la idea del Gabinete de Química del antiguo colegio de San Juan de Letrán que se trasladó á la Escuela Preparatoria, y que consistía en una barra de lacre y una piel de gato.

La Comisión ha tenido la muy buena idea de dotar á la escuela primaria, á la muy elemental y aun á la muy pobre, de ciertas substancias, que de ciertos instrumentos ó aparatos muy útiles en la ense



ñanza de las nociones científicas, que consistan aprobadas en los programas respectivos; pero para ello había procedido con acierto mencionando en su cláusula séptima: *Una colección de materias primas y manufacturadas, plantas y minerales de la comarca.* Esta cláusula así corresponde realmente á las necesidades de una escuela como la supone la comisión, es decir, de aquellas de tal manera desprovistas de elementos, que no pueden permitirse esos accesorios, esos instrumentos y esos útiles, con los cuales la enseñanza puede ser más levantada; esta colección la puede formar cualquiera, supliéndose así á las necesidades de la enseñanza científica.

En cuanto á los útiles é instrumentos, en cuanto á ese termómetro, esa lámpara de alcohol, etc., son absolutamente deficientes para los fines de la enseñanza.

En la segunda fracción del mismo artículo, la Comisión ha previsto el caso para las escuelas que puedan hacer este gasto aconsejándoles que se provean de una caja económica de aparatos de física y química, en la que pedrán tener, no sólo la lámpara de alcohol, sino una colección completa de reactivos. Así es que yo suplico á la comisión que partiendo de la base de que todas las escuelas se pueden hacer de esta pequeña colección de materias primas y objetos manufacturados, que son tan útiles para la enseñanza, reservara para esa segunda cláusula lo relativo á instrumentos y aparatos científicos. Sólo así podrá tener mayor formalidad una cláusula de esta naturaleza.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rodríguez y Cos Miguel.

EL C. RODRÍGUEZ Y COS.—La Comisión respectiva del Congreso pasado, fué la que determinó este asunto; cuando yo les pregunté á los señores que la formaban y principalmente al Sr. Rébsamen, cuál era su objeto, me dijeron que no hay necesi-

dad de que los niños conozcan las propiedades de los gases más importantes en la química. Por eso hemos dejado esas materias y esos instrumentos.

Los frascos para las preparaciones del hidrógeno, del oxígeno y otros gases, no pueden estar incluidos en la fracción séptima, porque no se puede tener una colección de estos gases, sino que hay que prepararlos cada vez que sea necesario.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Señores:

Nos hallamos en estos momentos bajo la presión terrible de la necesidad, es preciso dotar á las escuelas con todos los elementos que requiere la enseñanza, nos sentimos mal porque estas exigencias terribles nos tienen entre sus garras. La comisión que ha llenado tan satisfactoriamente su cometido que merece en verdad un voto de gratitud del Congreso, porque la cuestión de métodos, sistemas y procedimientos, abarca puntos muy importantes; la comisión que ha tenido que resolver las cuestiones más difíciles, arduas y penosas, no ha tropezado sino con dificultades de redacción, y todos sus pensamientos los hemos aprobado con ligeras modificaciones, sus trabajos han sido laboriosos; pero como he dicho antes, dignos de todo elogio. Aquí se ha sentido dominada por lo imposible, no ha tenido fuerzas, no ha tenido valor, está azorada ante la inercia que se siente generalmente en cuestiones de escuela; pero estamos mirando que hay que proponer siempre lo necesario y eso es lo que en estos instantes debemos hacer.

La comisión atendió con empeño las nociones de química, en cambio la física, quedaba olvidada casi por completo. La fracción séptima á que ha hecho referencia el Sr. Flores, parece que tiende á dar los elementos indispensables para la en-

señanza de la historia natural; pero no hay nada que pueda caracterizar el estudio de la física, no hay útiles, no hay aparato alguno para este estudio, y en mi concepto, en esta fracción séptima como decía el Sr. Flores, y decía bien, podrá la comisión hacer algunas indicaciones para satisfacer las necesidades más importantes de una enseñanza pobrísima, como es la que se revela en este mínimum de elementos.

No será posible olvidar la física, porque esta materia es la puerta por donde se entra á un mundo de conocimientos, aun para llegar á la química, es indispensable tener antes algunas nociones de física, y no se podrá, por lo mismo, perdonar á la comisión que deje de hacer algunas indicaciones en este sentido, que den una idea al niño de las propiedades principales de los cuerpos, como por ejemplo, de la elasticidad, la porosidad, la ductilidad y otras propiedades tan importantes, que son la base ó el principio de otros muchos conocimientos.

Yo creo que la comisión debe dejar ese temor y prescribir un poco más. Nosotros estamos espantados porque hemos hecho una carrera al vapor, hemos avanzado un gran camino, debíamos traer como una compañera que nos han dado las necesidades de la vida, á la escuela primaria; pero la hemos dejado en el camino, le hacemos poco caso. Estaba casi muerta; el régimen despótico, las preocupaciones y otras dificultades porque nuestra vida social ha atravesado, la han agobiado, la han debilitado tanto, que no ha podido alcanzarnos en nuestra carrera. Nosotros estamos en una posición ventajosa, hemos alcanzado una situación de progreso y bienestar; pero volvemos la cara y vemos á la escuela primaria lejos, muy lejos de nosotros, y casi hemos perdido la esperanza de que nos alcance.

La comisión debe pensar en que esa institución no está á la altura que merece

y que por lo mismo, es preciso que hagamos un esfuerzo inmenso para mejorar las condiciones en que se encuentra esta compañera, que como decía yo antes, debía sernos inseparable.

Para conseguir tal fin, yo creo que la comisión debe ampliar su programa; ya el Sr. Flores, con su palabra fácil y su imaginación viva, nos ha descrito los gabinetes de física de la escuela superior, es verdad, había en ellos casi por total, una máquina eléctrica, que nunca daba *chispa*, y si en esta condición se encontraban las escuelas superiores, ¿cuál sería la suerte de las inferiores? Ahora que tenemos un plantel como el de la Escuela Preparatoria, ahora que la enseñanza superior ha progresado tanto, dotemos á la escuela primaria de los elementos necesarios para que de alguna manera salga de esta terrible situación en que se encuentra. De otro modo, pasará con nuestra instrucción lo que con la famosa estatua de la Biblia, que tenía la cabeza de oro, el cuerpo de plata y los pies de barro.

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Contreras.

EL C. CONTRERAS MANUEL MARÍA.—Vengo á hablar en favor de la Comisión, la cual en este artículo ha tenido indudablemente la idea de que la escuela primaria cuente con los elementos bastantes para dar á los alumnos idea de los fenómenos de física y de química, y en consecuencia, yo no estoy por la idea del Sr. Flores, de que retire esta fracción por considerarla deficiente; creo que la comisión únicamente debe agregar algunos otros aparatos, algunos otros útiles indispensables para dar á los niños estas nociones. Si se agrega una balanza y aun eso que ridiculizaba el Sr. Flores, una piel de gato y una barra de lacre, los niños podrán tener desde su instrucción primaria algu-



nas nociones de esos fenómenos que más tarde le han de llamar la atención.

Así, pues, yo creo que la comisión debe sostener su proposición, y los señores representantes deben admitirla; yo, como representante de la Escuela Normal, puedo asegurar que con estos útiles que presente la comisión, se da á los niños una idea de lo que son los gases y de las propiedades del aire.

Por estas razones, creo que debe existir lo que consulta la comisión, y cuando más será necesario ampliar un poco lo que propone; pero nunca suprimir por completo la fracción que se debate.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES.—Siento en el alma haber producido en el ánimo del Sr. Contreras la impresión de que no soy favorable á que la enseñanza científica se practique en la escuela primaria; no es eso, soy partidario de los más acérrimos de que esta enseñanza comience desde la escuela elemental; pero lo único que deseo es precisamente lo que el Sr. Contreras nos acaba de proponer, y es que se amplíe la cláusula octava como lo dice la comisión en su segundo inciso: una caja económica de aparatos de física y química. Pero como á la vez pudiera ser una cosa muy costosa para las escuelas muy pobres, como las de los municipios, las de las rancherías, etc., no me ha parecido justo sugerir á la comisión la idea de que entre lo indispensable, entre aquello de que no se puede prescindir, se vaya á colocar una caja de instrumentos que puedan costar muy caro.

Tampoco quiero que el Sr. Contreras crea que he tratado de ridiculizar el lacre y la piel de gato, cuando sabido es que son dos elementos importantísimos, origen de grandes descubrimientos; yo de lo que me burlé fué de un gabinete de fisi-

ca, que no constaba más que de una piel de gato y de una barra de lacre.

La comisión ha hecho una clasificación de las escuelas en dos clases: una que tendrá todo lo que dice la fracción primera de su artículo, y otra que tendrá todo lo que se indica en la segunda fracción, más lo de la primera. Ahora bien, cualquiera escuela podrá adquirir en circunstancias dadas, los elementos de la primera fracción, como los de la segunda; pero las que carezcan de toda clase de recursos, no podrán adquirir, ni el ábaco, ni el pizarrón, que tan útiles les son. Esto es terminante.

Así es que no veo por qué motivo no se suprime la cláusula octava que es deficiente.

Es muy sencillo dar á conocer al niño los gases de la respiración: el aire, en cuyo análisis no podrá entrar, lo conoce ya, y el ácido carbónico que se obtiene perfectamente, comprando un sifón de agua gaseosa. Alí tiene los dos gases de la respiración, y no se necesita más.

Ahora, si vamos á hacer una enseñanza que no sea de esta naturaleza empírica, entonces sí se necesitan los grandes aparatos, los grandes laboratorios de que nos hablaba el Sr. Cervantes. Pero eso es imposible, eso no se puede establecer en la escuela primaria. Tengo como principio pedagógico ineludible, que en la escuela primaria se enseñen seres y no fenómenos. ¿Por qué? Porque ya tenemos establecido que el alumno debe hacer sus estudios en concreto.

En consecuencia, yo soy de los que opinan que en la escuela primaria no debe haber laboratorios, ni gabinetes, sino colecciones de seres vivos ó inertes que presenten todas las combinaciones principales adecuadas á la enseñanza de cursos hechos de la vida real. De manera que una colección de materias primas y objetos manufacturados, los veo de genuina y estricta aplicación á la enseñanza primaria, el estudio de los fenómenos viene des-



pues en la enseñanza secundaria, es decir, cuando el niño puede pensar en abstracto; pero antes, repito, es enteramente inútil la enseñanza que se pretende dar.

No había querido hacer mérito de estas razones, porque no creí que se llevara la cuestión á un terreno tan elevado; pero ya que se trata en este terreno, repito, que no hay que olvidar el precepto pedagógico referente á que la enseñanza científica en la escuela primaria, sea de seres y de sus propiedades, y no de fenómenos aislados.

Por tal motivo, suplico á la comisión se sirva aceptar mi idea que es la de considerar estos instrumentos y aparatos de la cláusula octava, como comprendidos en la cláusula segunda de su segundo inciso.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Seré breve en mi observación. El Sr. Dr. Flores, dice que no considera de estricta necesidad pedagógica el gabinete de física y química en la escuela, por creer que el estudio de los fenómenos debe introducirse solamente en la enseñanza superior.

Yo respeto la opinión del Sr. Flores, y cómo no la había de respetar, cuando él se ha conquistado un lugar eminente en las cuestiones pedagógicas? Pero deseo hacerle una indicación, que estoy seguro acatará su señoría, y es, que si bien el estudio de los fenómenos clasificados, ó con un fin científico especial, corresponde á la instrucción primaria superior, no podrá negar que es necesario presentar á los niños, aun en la enseñanza elemental, alguno de estos fenómenos, y ¿cómo no, si ellos son la base de la educación y de la instrucción?

Tomemos un punto cualquiera para concretar.

Si á un niño le damos las nociones más elementales de geografía física, por ejem-

plo, desde luego tendremos la necesidad de indicarle, entre otras cosas, la presión atmosférica, y por pequeña y reducida que sea la enseñanza elemental, tendremos la necesidad de enseñar algunos fenómenos como base del estudio, dándole al niño, no ideas abstractas, sino nociones científicas por sencillas que sean, pero con el orden y la clasificación con que se dan en la enseñanza superior.

Yo no llamo al Sr. Flores á la tribuna á contestar mi observación, porque estoy seguro que está de acuerdo conmigo, puesto que él mismo lo aconseja en sus libros; simplemente lo hago porque estando escritas nuestras discusiones, algunas personas de criterio, pudieran creer que las opiniones del Sr. Flores eran absolutas en esta materia.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY ADRIAN DE.—Tenemos desde luego que saber si en la instrucción elemental es conveniente dar á los alumnos nociones de la física y de la química, y en segundo lugar, una vez admitido ó no, ver si la proposición que se debate está bien redactada.

Yo creo, como ha dicho el Sr. Flores, que hay ciertos conocimientos científicos sobre todo, los que se refieren á la química, en que no es posible que el niño esté en aptitud de poderlos comprender. La química es la ciencia que nos da á conocer las reacciones moleculares de los cuerpos y las leyes que los rigen, de manera que para percibir cualquier fenómeno químico, tiene que haber en el niño conocimientos anteriores.

Por otra parte, había que admitir que los profesores de instrucción primaria fueran también profesores de química; pero como esto no ha de ser así, poco importa tener aparatos de química si no se han de emplear, y si no se han de saber manejar. Sobre todo, yo creo que no es

posible que pueda darse á los niños esta instrucción; pero suponiendo que fuera fácil y aun necesario el darla, me parece indeficiente y hasta ridícula la lista que se nos presenta.

Reasumo, pues, mi opinión, diciendo que no creo que á los niños de las escuelas elementales puedan dárseles esta clase de nociones científicas; que la cláusula que se discute debe desecharse por insuficiente y que lo más á propósito para los niños, sería una colección de substancias minerales y un pequeño museo zoológico, porque eso sí estaría al alcance de su inteligencia.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—La discusión que ha sobrevenido parece de todo punto inútil. El primer Congreso de Instrucción nacional declaró que deben introducirse en la enseñanza nociones científicas, esto es, el primer Congreso aprobó los programas respectivos en que están determinados ciertos experimentos de física y química. Por consiguiente, me parece inútil la discusión suscitada entre los señores Cervantes y Flores, y en la cual casi han llegado al mismo fin.

El Sr. Cervantes desea mucho para la escuela elemental, quiere que se amplíe de tal manera esta fracción, que daría el resultado de caer, y el Sr. Flores también quiere que se amplíe, porque dice que es insuficiente.

Yo creo que no es posible ampliarla, porque se está pidiendo lo indispensable, y por más que parezca ridículo un gabinete de física y un laboratorio de química, tal como el que se nos propone, creo que es preferible este laboratorio de física y química á no tener nada; por insignificantes que se juzguen, el pedazo de lacre y la piel de gato que en un tiempo formó todo el gabinete de la Preparatoria, vi-

nieron á ser la base, la piedra angular de esos grandes laboratorios de física y química que hoy prestan tantos auxilios en la enseñanza de la ciencia.

Por consiguiente, estableciendo en la escuela algo, aunque sea insuficiente, como una piel de gato, y un pedazo de lacre, se conseguirá poner la base de esos grandes laboratorios, que poco á poco irán aumentando y vendrán á prestar grandes beneficios á la enseñanza elemental.

Si la Comisión no sostiene con todo vigor su fracción, y trata de ampliarla, indudablemente que dará por resultado que la fracción no se apruebe; porque la mayoría de los Representantes desea que sea práctico lo que el Congreso acuerde. Se está pidiendo lo indispensable, y no debemos fijarnos en todo lo que sea útil, por más que nuestro deseo sea favorecer á la escuela elemental.

Por mi parte, lo puedo decir, rechazaré la proposición si se pide mucho, así como estoy dispuesto á aprobarla tal como está á discusión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes: La comisión se ha decidido á presentar una modificación á su resolución octava, y consiste tan sólo en expresar que se necesitan algunos aparatos y algunas substancias químicas para la demostración de los principales fenómenos de estas ciencias. Así es que la reforma en este sentido "Algunos aparatos y substancias para las nociones de física y química, conformes al programa y según los recursos con que cuente la localidad."

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra. En votación nominal se pregunta si se aprueba la proposición así reformada.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad.

El mismo C. SECRETARIO.—El martes próximo continuará la discusión de este dictamen.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz, Secretario.*

### SESION

**Del día 6 de Enero de 1891.**

Asistencia de los señores representantes Baz, Cervantes E., Cervantes J., Cisneros, Correa, Flores, García Cubas, Gómez R., Lombardo, Martínez, Oscoy, Pérez Verdía, Rodríguez y Miguel Ruiz y Sierra.

No hubo sesión por falta de *quorum*.

*Luis E. Ruiz, Secretario.*

### SESION

**Del día 9 de Enero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. DP. MANUEL FLORES.

Asistencia de los señores representantes Aguilar, Cervantes E., Cervantes J., Cisneros, Correa, Rodríguez y Cos José, Díez Gutiérrez, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Parra, Pérez Verdía, Mateos, Reyes Spíndola, Ruiz, Schultz, y Directores, A. de Garay, Gutiérrez N. y Zayas.

A las seis se pasó lista de Represen-

tantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la sesión del día 2 del actual, que sin discusión fué aprobada.

Se dió cuenta con una comunicación del C. Carlos Rivas, en que avisó que por 10 días tenía que ausentarse de la capital.

La Mesa, con anuencia del Congreso, acordó que se llamase por los mismos 10 días al suplente del Sr. Rivas, C. Carlos A. Carrillo.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—Conforme á lo dispuesto en la sesión anterior, se va á recoger la votación que quedó pendiente sobre la fracción segunda del dictamen de la comisión de enseñanza elemental.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra, el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores representantes:

Aunque ya se va á votar esta proposición, como muchos de los señores que están presentes no asistieron á la sesión pasada, la comisión desea que se oigan las razones que tiene para sostener la prescripción de las letras movibles.

El Sr. Dr. Ruiz ha manifestado que es incompatible el uso de las letras movibles con el procedimiento de las palabras normales. Esta es la razón por lo que se ha opuesto y que influyó de tal manera en la sesión pasada, que empató la votación y la comisión quiere que se tengan presentes las siguientes razones.

No cree la comisión que sea incompatible este procedimiento de las letras movibles con el de las palabras normales, porque éstas pueden presentarse ya sean manuscritas ó con caracteres impresos. No está á discusión cuál sea el mejor medio, si el de las letras impresas ó el de las manuscritas; pero como quiera que sea, si se empieza con las letras ma-



nuscritas pronto se llegará al conocimiento de los caracteres impresos.

Veamos ahora cómo se puede hacer esto.

Los caracteres impresos pueden hacerse, ó dibujándolos en el pizarrón, como ha dicho el Sr. Ruiz, ó presentando las letras pintadas ya. Indudablemente que si el profesor pinta las letras ó las dibuja, empleará más tiempo y lo hará más mal.

Hay otra razón y es que presentándose las palabras con caracteres móviles, con la misma palabra, con el mismo todo, se puede hacer la descomposición, la cual resultará más perceptible para el niño.

Además, el que los niños vean dibujar las letras al profesor, les servirá para imitarlo y esto hará naturalmente que los niños aprendan á dibujar las letras, pero esto de nada les serviría; porque el niño no necesita copiar las letras impresas sino las manuscritas, y de consiguiente, perderían el tiempo.

Por otra parte, lo que aconseja la comisión es una práctica muy común, seguida no sólo en algunas escuelas del país, como en Veracruz y Nuevo León, no simplemente el parecer de dos miembros de la comisión, sino que es lo que se ha observado en otras escuelas de Europa y lo que han aconsejado tratadistas como el Sr. Guillen Ziller y otros que han escrito sobre la materia.

Estas son las razones que desea la comisión se tengan presentes al votarse esta fracción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz, para hechos.

EL C. RUIZ.—Como era natural, no me proponía tomar parte en este debate, por que no se trata de discutir sino de recoger la votación pendiente, pero como uno de los miembros de la comisión ha vuelto

á suscitar este debate, me creo en el deber de repetir las razones que hay para votar en contra de esta proposición.

En primer lugar diré que no sé que sea común en Veracruz y Nuevo León este procedimiento; pero aun suponiendo que así fuera ¿sería una razón para admitir lo que se nos propone? Si el uso de la cartilla es muy común, ¿podríamos por eso sostener que era buena?

En segundo lugar, como recordarán vdes., el relator de la comisión había confesado aquí ingenuamente que el procedimiento que proponía era útil, pero que era más útil todavía el que yo consulto, y voy á demostrar en pocas palabras las razones que tengo para decir que no es conveniente lo que consulta la comisión.

Vdes. saben que hay dos medios de enseñar los primeros rudimentos: uno que enseña á leer primero y luego á escribir, y otro que enseña á leer y escribir simultáneamente, y se puede hacer el análisis psicológico de que es más ventajoso enseñar á leer y escribir simultáneamente, supuesto que la escritura facilita en alto grado la lectura, tanto más cuanto que la pedagogía ha conquistado ya el principio de que la enseñanza debe ser simultánea.

De manera que si lo que se quiere es que el niño ejecute las letras, y le hacemos tomar éstas ya hechas, volvemos al sistema antiguo, es decir, que aprenda á leer nada más, y no á escribir.

En consecuencia, si el procedimiento que indica la comisión es bueno, es siempre inferior al que aconseja el método moderno. Efectivamente, yo no niego que sea útil el que el niño tenga letras hechas pero sí afirmo que es todavía más útil el que las ejecute, y las ventajas de este procedimiento, no creo que estén fuera del alcance de todos los señores representantes.

Así es que yo espero que aceptarán las observaciones que me he permitido hacer.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rodríguez y Cos J. M.

EL C. RODRÍGUEZ Y COS.—Que los caracteres movibles sean útiles cuando se trata de niños extraordinariamente torpes y sobre todo cuando se trata de párvulos menores de cinco años ó menos, no lo niego, el maestro debe valerse de cuantos recursos estén á su alcance para que el niño pueda adquirir los conocimientos más rudimentales ó más complicados; pero que se establezca como regla general que en México, cuyo clima es tan ardiente, que los niños á los siete años, según personas muy conocedoras en punto á malicia, como son los padres, que les exigen á los siete años la obligación de confesarse ó entrar en algunas de las prácticas religiosas que la Iglesia les impone, cuando en México los niños á los siete años ya hablan de sus novias, cuando en México los niños según me consta en cuarenta y seis años de experiencia, casi todos pueden saber leer, escribir, medianamente contar y muchas ocasiones hasta las cuatro reglas de enteros; que los hagamos descender á una infancia que todavía está buena para niños de cuatro años; esto es lo que no me parece conveniente.

Ahora estamos legislando para las escuelas elementales, y la edad mínima que se exige allí son seis años, es decir, que se recibirán á los niños de los seis á los siete años, y poner á un niño de seis ó más años á jugar con letras, á un gandul casi, como si se tratara de un niño pequeño, esto no me parece racional.

Yo he tenido en un colegio á niños de seis á siete años que ya han sabido leer. ¿Por qué hemos de retrasar la naturaleza? Guardemos todos esos procedimientos para naciones que son lentas en su desarrollo y son tardías también en la edad que viven. En Europa, por ejemplo, una joven hace su primera comunión á los 17 ó 18 años, pero en México ya le obliga á los siete años. Efectivamente, en México, el niño se desarrolla más pronto,

son vivos y es muy raro aquel torpe que necesita de las letras movibles.

Apelo al testimonio de los profesores municipales que han enseñado por el sistema de las *tales* palabras normales y de los caracteres movibles, para que digan si tengo razón al oponerme á que se aplique para niños de seis á siete años.

Yo he sido testigo, porque he sido sinodal en muchas escuelas, de que, como fruto de un año de este estudio, han presentado los niños diez ó doce palabras normales formadas de sílabas directas, ó cuando mucho inversas simples de las más fáciles.

Ahora bien, empleando un buen silabario, el niño no tan sólo puede conocer todas las letras, todos los caracteres que estén allí impresos sino que también fácilmente puede pintarlos el niño en el pizarrón con un gis, ó en la pizarra que se le dé. Este procedimiento me ha dado magníficos resultados como puede decirlo el Regidor de instrucción pública de aquella época y á quien le consta que niños pequeños escribían las palabras más difíciles que le ocurrían citar. El Sr. Pérez Gallardo, que es la persona á quien me refiero, vió que cuarenta y cinco alumnos pudieron escribir palabras complicadas y entre ellas una muy difícil,—me parece que les puso esta: *constitucionalmente*, palabra bien difícil ciertamente para niños pequeños.

Sin embargo, la escribieron, cosa que sin duda no hubieran hecho si yo me hubiera atendido á las *tales* palabras normales.

No estoy en contra de los caracteres movibles; solamente propondría que no se exijan como obligación, sino se deje al niño en su desarrollo natural, que en México es de mucha fuerza.

EL C. PRESIDENTE.—La circunstancia de haberse empatado la votación relativa á este punto, obligó á la Mesa, como era

natural, á aplazarla para que se repitiera hoy, y como en la sesión anterior esta fracción se declaró suficientemente discutida, la Mesa no se cree autorizada para abrir un nuevo debate. No obstante esto, y sólo por un principio de equidad, en virtud de que dos personas han hablado en contra de la proposición mencionada, la Mesa va á conceder la palabra al miembro de la comisión; pero advierte que no se la concederá á otra persona más.

Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La Comisión no excluye el uso que indudablemente es muy racional, de enseñar simultáneamente la lectura y la escritura; pero sí quiere que los profesores tengan el medio de enseñar á la vez, tanto palabras normales manuscritas como impresas; por las ventajas que este sistema proporciona; porque es indudable que si el niño tiene necesidad de escribir, más la tiene de aprender á leer, y como tiene necesidad de leer la mayor parte de veces caracteres impresos, es indudable que le tiene más cuenta conocer antes estos caracteres.

La cuestión es que si se han de dibujar ó se han de presentar ya dibujados, y el uso de los caracteres movibles presenta la ventaja de que se da el carácter perfecto y sin pérdida de tiempo; cosa que no se puede hacer al dibujarlo en el pizarrón.

Siento mucho discrepar de la opinión del muy respetable Sr. Rodríguez y Cos; pero creo que no tiene razón alguna para considerar el uso de las letras movibles.

EL C. SECRETARIO.—Se proceda á recoger la votación.

Recogida que fué, resultaron 10 votos por la afirmativa y 11 por la negativa.

EL MISMO SECRETARIO.—Continúa la discusión del dictamen y la proposición que está al debate es la segunda que dice:

II. Siempre que los recursos lo permi-

tan, deberá aumentarse la lista anterior con los siguientes útiles:

1° Colección de cuadros murales para ejercicios de lenguaje y enseñanza intuitiva.

2° Colección de cuadros murales de fisiología, zoología, botánica y física.

3° Una caja económica de aparatos de física y química.

4° Una colección sistemada de objetos para las lecciones de cosas.

5° Colección de Historia Natural, comprendiendo especialmente insectos útiles y nocivos, aves y mamíferos disecados, plantas y minerales.

6° Una carta de la República, fraccionada por Estados, Territorios y Distrito Federal.

Una colección de mapas generales, con toda la claridad posible y sin recargo de detalles.

*Mapa de geografía física, mapa mundi y un telurio.*

7° Cuadros murales referentes á sucesos de la Historia Nacional: retratos de los héroes de la patria.

8° Una colección de cartas murales para la enseñanza de la caligrafía.

9° Colección más completa de muestras de dibujo.

10. El número suficiente de bastones, palanquetas y mazas para los ejercicios gimnásticos.

11. Un pizarrón de doble cara cuadrículada, la una por decímetros cuadrados como minimum; y la otra según el sistema gráfico, esto es, marcando tan sólo por puntos las intersecciones de la cuadrícula,

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez, miembro de la Comisión.

EL C. GÓMEZ R.—Señores representantes:

Dos adiciones hay que agregar á las conclusiones que se va á votar: una referente á una colección de cartas de los Estados



de la República, que después pueden perfectamente irse agregando y formar la carta general; y la otra, relativa á una colección de mapas de las diversas partes del mundo.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—¿Se admite la adición que se acaba de presentar?

Sí se admite:

En este sentido se va á votar la fracción que está al debate.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Está á discusión la tercera proposición que dice:

III Los útiles indispensables que debe poseer cada alumno son los siguientes:

1° Pizarra y pizarrón en todos los años escolares.

2° Los libros correspondientes á los diversos cursos

3° Un cuaderno de caligrafía, pluma y porta-plumas en el 3° y 4° años.

4° Un cuaderno de dibujo, lápiz y regla plana.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rodríguez y Cos José María.

EL C. RODRÍGUEZ Y COS.—Desearía que se aclarara si los útiles que el alumno ha de llevar á la escuela deben ser comprados por él ó se le han de dar, porque siendo escuelas gratuitas, y siendo muchos niños excesivamente pobres, pudiera ser motivo para que los niños no concurrieran, si ellos tuvieran que hacer el gasto que estos útiles demandan.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Contestando la interpelación del Sr. Rodríguez y Cos, llamo la atención de la Asamblea sobre la resolución quinta, donde está previsto el caso, y en que se dice que las autoridades provean de los útiles necesarios á todos

los alumnos de las escuelas primarias oficiales.

EL C. SECRETARIO.—En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida ésta, resultó aprobado el 3°, por unanimidad de votos.

Está á discusión el art. 4° que dice:

Siempre que sea posible, es conveniente que el alumno esté dotado además, de los útiles siguientes:

1° Una serie graduada de cuadernos de caligrafía.

2° Compás con porta-lápiz, escuadra y transportador en los últimos años.

3° Un mapa manual del Estado, en el 3° y 4° años, suficientemente claro.

4° En el último año, un pequeño atlas universal geográfico claro, y sin recargo de detalles, que contenga un mapa especial de la República.

No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad.

La proposición V dice:

«El precepto de la enseñanza gratuita exige que las autoridades provean de los útiles necesarios á todos los alumnos de las escuelas primarias oficiales.»

No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Resultó aprobada por unanimidad.

Se puso á discusión el art. 6°.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rodríguez y Cos José María.

EL C. RODRÍGUEZ Y COS.—Yo desearía que el último punto tuviera alguna aclaración, porque tal como se encuentra es bastante amplio lo que se propone, pues no se señala ninguna restricción, por lo que resultaría que un profesor particular, teniendo necesidad de comprar ciertos útiles, tendría el mismo derecho y parece

que no es esto lo que se quiere: tanto equivaldría á que en el comercio todos los que quisieran negociar con esta clase de útiles, quedarían fuera de la plaza, porque naturalmente, un profesor particular que puede tener útiles á precio de costo, no los compraría en una casa de comercio.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Parece que no es necesario hacer ninguna aclaración, puesto que el Sr. Rodríguez y Cos se ha servido interpretar detenidamente la idea de la comisión, y es que no haya restricción alguna, á fin de que toda persona que pida útiles ó aparatos científicos pueda obtenerlos; porque de lo que se trata es de fomentar de alguna manera la instrucción pública.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Señores representantes:

Ancho campo abrió á las deliberaciones de este Congreso la Secretaría de Justicia al denominarlo Congreso de Instrucción, y no Congreso Pedagógico como algunos pretendieron; porque en tal caso hubiera tenido que circunscribir sus discusiones á la ciencia ó arte de enseñar; mientras que con la denominación que ha recibido, presenta la oportunidad de tratar aquí cuestiones que, fuera de la esfera de la pedagogía, vienen, sin embargo, á contribuir de una manera palmaria al adelanto del ramo de instrucción pública.

La comisión dictaminadora, con un sentido práctico digno de elogio, no se ha concretado á resolver la pregunta del cuestionario sobre que si hay mueblaje ó útiles indispensables en la escuela, sino

que ha estudiado la manera de que esos útiles y mueblaje cuesten lo más económicamente posible y puedan estar surtidas las escuelas, no sólo de lo indispensable sino de aquello que es conveniente y á tan módico precio, que pueda ser en toda la República un hecho la enseñanza gratuita.

A robustecer la resolución acertada de la comisión tiende la proposición á que voy á dar lectura, que desearía se aprobara como una adición al inciso 5º de la fracción 6ª, cuya adición es la siguiente:

«Convendría reformar la tarifa general de los derechos que deben pagar á la Federación las mercancías extranjeras que se importen por las aduanas de la República en el sentido de que sea declarado libre del impuesto respectivo el material de enseñanza cuyos artículos no puedan tener otro uso fuera de la escuela.

Esta misma franquicia convendría que fuese otorgada por los gobiernos locales, exceptuando al material de enseñanza de todo derecho de Estado ó municipal.»

Es innegable, señores, y á todos consta el adelanto material que de algún tiempo á esta parte ha alcanzado la República; no es preciso describirlo, basta hacer una comparación entre el estado actual y el que guardaba hace quince años. ¿Pero debemos conformarnos con este adelanto actual del país? No, debe procurarse el adelanto intelectual que vendrá á ser el afianzamiento de nuestra riqueza pública y que vendrá á garantizar nuestras instituciones alcanzadas; es necesario tratar, ya que el adelanto material se ha conseguido, que el adelanto intelectual alcance todo el desarrollo que es de desearse.

El Gobierno no ha vacilado en gastar cuantiosas sumas para establecer ferrocarriles y despertar á México de su inercia con el silbato de la locomotora; el Gobierno, que ha hecho cuantos esfuerzos están á su mano por conseguir este pro-



greso material dejando libre de derechos de importación las maquinarias de toda clase y aparatos para la agricultura, para la minería; el Gobierno que ha dejado también libre el material de construcción ¿podrá acaso hoy negar la libertad de derechos para el material de enseñanza?

Para los que conocemos de una manera directa el empeño que el Gobierno toma por el adelanto de la instrucción pública, no cabe la menor duda que la proposición que me honro en presentar será aceptada; para los que, como nosotros, formamos parte de este Congreso de Instrucción, que es una muestra, una prueba palpable del empeño que el Gobierno toma por el desarrollo y fomento de la instrucción pública, no puede caber la menor duda de que verá con sumo placer y con sumo agrado, que este Congreso á que se ha convocado para resolver lo más conveniente al país, de una manera resuelta y sin detenerse en la mitad del camino, diga terminantemente lo que conviene, y lo que conviene es obtener cuantas mayores franquicias se puedan dar á la enseñanza pública. A esto tiende la proposición que tengo el honor de presentar.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PEREZ VERDÍA.—He pedido la palabra, con el objeto de manifestar á la comisión que en mi humilde concepto, las fracciones 2ª, 3ª y 4ª del artículo que se discute, son enteramente inútiles y deben desecharse, principalmente desde que con ventaja han venido á sustituirse por la proposición que el Sr. Correa ha formulado y que espero de la comisión que aceptará y de la Asamblea que se servirá votar.

Yo entiendo, Sres. que es ajeno á la misión del Estado, el establecer esos almacenes ó depósitos centrales de mobiliario y objetos para venderlos á precios baratos

á todas aquellas personas que los soliciten. Comprendo perfectamente cuál ha sido la recta intención de la comisión al proponer tal cosa; ha querido por todos los medios posibles obtener la adquisición de buenos utensilios, para que de esta suerte se generalicen y produzcan buenos resultados en la escuela; pero desde el momento en que hay una proposición, como la que ha presentado el Sr. Correa, más amplia y más liberal, desde ese instante carecen enteramente de razón las tres fracciones á que me he referido; porque, si el Estado, como se ha dicho ya, tiene obligación de proporcionar todos los útiles necesarios á los alumnos, es indudable que con eso se satisface una exigencia social, quedando la escuela provista de los útiles aconsejados por el Congreso de Instrucción pública, y por lo mismo, los alumnos, dotados de todos los medios indispensables para aprovechar las lecciones del profesor.

Así es que por este motivo, yo creo que carece de razón el que haya un depósito central de muebles, para que se vendan á precios baratos; esto no puede favorecer, sino á los particulares, supuesto que las escuelas del Gobierno están perfectamente provistas de los útiles indispensables, y desde el momento en que hay una proposición, — la del Sr. Correa —, que viene á permitir á esos particulares el adquirir baratos todos los útiles, supuesto que han quedado ya libres de los impuestos de importación, desde este instante, me parece que es ajeno á la misión del Estado, el tener esos almacenes, en los cuales esté constantemente vendiendo los libros ó útiles que se le pidan.

Los particulares, la ventaja que experimentarían en vista de la resolución tomada, sería la que proporciona siempre el estímulo: si en una escuela del Estado se encuentran bien provistos y gratuitamente los alumnos, la escuela particular,



por su propio interés, tomará mayor empeño en proporcionar los útiles adecuados á la enseñanza, y esto lo hará con mucha facilidad desde el instante en que las tarifas arancelarias vengan á modificarse.

Por este motivo me permito suplicar á la comisión se sirva pesar estas insignificantes razones, para que si merecen su aprobación se sirva sustituir la fracción que se debate con la proposición del Sr. Correa.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—La comisión empieza por manifestarse sumamente agraciada por las expresiones con que se sirve honrarla el Sr. Correa.

El ilustrado representante de Tabasco ha manifestado una vez más su empeño por todo lo que se refiere á la instrucción pública; pero seguramente que es necesario hacer una observación. Puesto que el Gobierno tiene que proveerse de todo lo necesario para sus escuelas y que los recibe directamente, no tiene que pagar derecho alguno: en este supuesto carece casi de aplicación lo que propone el Sr. Correa; la proposición del Sr. Pérez Verdía carece también, á su vez, de oportunidad.

Por lo demás, encontramos grandes ventajas en que el Gobierno, almacenando esta cantidad de útiles, libros, etc., puedan las instituciones privadas, en beneficio de la enseñanza, proveerse de todo aquello que sirva para el progreso de la instrucción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—El ilustrado miembro de la comisión, Sr. Gómez, se preocupa solamente del Distrito Federal; pero los Gobiernos de los Estados al hacer impor-

taciones de material de enseñanza, tienen que pagar sus derechos; no hay absolutamente en la Ordenanza General de Aduanas, ningún artículo que diga que los Estados pueden importar libre de derechos el material de enseñanza; sólo hay una fracción, la cuarta del artículo once de la Ordenanza pero, cosa rara, esta franquicia es para que el Presidente de la República pueda dispensar de los derechos de importación el material de guerra, armamento, municiones, etc., y natural es que existiera, porque los tiempos porque hemos atravesado hacen esto indispensable para la seguridad pública.

Ahora bien, nos decía el Sr. Gómez que habiendo un depósito central no le hace que los Estados no puedan importar, porque importa la Federación, y la Federación dará á los Estados. Entonces, como se dice vulgarmente, vendrá á ser *lo servido por lo comido*; porque resultaría que el Gobierno de Tabasco, por ejemplo, si necesita algunos útiles de enseñanza, tendrá que recurrir al depósito central de efectos que habían venido de Europa, y por consiguiente, pagar comisión, fletes de ferrocarril, y después, al llevar estos efectos á la capital de Tabasco, habría que volver á hacer estos gastos, de comisión, de ferrocarril, etc.

Por consiguiente, es indispensable que venga esta franquicia para que aproveche á todos los Estados de la República. Este Congreso de Instrucción está compuesto de representantes de todos los Estados, y espero que ellos procurarán obtener las mayores franquicias para sus respectivas entidades.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Tengo la pena de no estar de acuerdo con la comisión, por las mismas razones que ha expresado el Sr. Pérez Verdía. Me parece altamente inconveniente que el gobierno, sea el ge-

neral ó el de los Estados, se hagan cargo de un depósito en que se vayan á practicar ventas, porque eso traería como consecuencia una especie de monopolio, que perjudicaría indudablemente á las negociaciones particulares; pues con los elementos de superioridad que tendría el gobierno, indudablemente que obtendría siempre la ventaja.

Así es que en términos generales no me parece conveniente la idea de la comisión.

Por otra parte, el Gobierno tendría que dudar este depósito con un personal de empleados más ó menos numeroso, que haría ciertos gastos para atender esta negociación, lo cual vendría á dar por resultado que se invirtiera en todo determinada cantidad, de tal manera que siempre vendría á salir más costoso el precio de los libros y materiales de enseñanza, no consiguiéndose, por último, el objeto que se propone la comisión. En cambio, los particulares sí podrían salir perjudicados.

Por lo mismo, no encontrando en lo que se propone ninguna ventaja para la instrucción, y sí un perjuicio para las casas de comercio, suplico á la comisión se sirva retirar estos tres incisos, y aceptar la idea del Sr. Correa, pues en caso contrario, tendré la pena de no votar la fracción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Convencida la comisión de las razones expuestas por el apreciable Sr. Correa, no tiene sino á mucha honra el aceptar su proposición, considerándola como el 5º inciso de la fracción que se discute.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Para manifestar, por último, que si las fracciones 2ª, 3ª y 4ª tal cual estaban concebidas ante-

riormente, chocaban con los intereses económico-políticos de los Estados, hoy chocan casi hasta con el sentido común, desde el momento en que la comisión ha aprobado la proposición iniciada por el Sr. Correa.

Yo aplaudo la buena fe con que la comisión ha procedido al aceptar una proposición tan justa como es la que inició el Sr. Correa; pero siento mucho que no comprenda que carecen absolutamente de razón las fracciones indicadas. ¿Qué objeto tienen estos almacenes, y cómo podrán producir el fin que se propone la comisión, si el Gobierno compra tan barato como los particulares, desde el momento en que entran los efectos libres de derechos? ¿Quiere nada más que el Estado tenga amortizado un capital que, por otra parte, es ilusorio? Yo abrigo la ilusión de que los Estados puedan proporcionar á sus escuelas todos los útiles que indicamos; pero no sueño con que le sobren recursos para tener un almacén y vender objetos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Díez Gutiérrez.

EL C. DÍEZ GUTIÉRREZ.—Creo, señores, que ha habido una confusión en este debate. Los impugnadores se han fijado en que estos almacenes no podrán tener otro objeto que proveer á los particulares de material escolar á precio de costo.

Para mí esto es erróneo: esto se refiere á los almacenes que debe tener el Gobierno general ó el de los Estados, por la obligación que se les impone de proveer de todos los útiles á las escuelas gratuitas. La ley de San Luis Potosí tiene esta obligación; hace años está allí funcionando la proveeduría con un almacén general donde se encuentran todos los útiles de las escuelas, para que en el momento en que éstos faltan se llenen esos pedidos. ¿Cómo llenaría el Estado esta obligación de



proveer de todos los útiles á sus escuelas si no tuviera un depósito central?

Ciertamente que la comisión hubiera deseado un gran vacío si no hubiera puesto esta prescripción.

En cuanto á la fracción cuarta, estoy conforme con los impugnadores. No creo que esté en las facultades del Gobierno convertirse en comerciante, ni á título de que se trate de la enseñanza elemental; porque esto vendría á constituir un monopolio injusto. Además, sentado este precedente, se pediría después que el Gobierno se convirtiera en proveedor de otros ramos, como la industria, la agricultura, etc.

En cuanto á la proposición del Sr. Correa, la veo benéfica, porque efectivamente, esto evitaría á los Estados que cada vez que quisieran introducir material escolar, tuvieran la pena de ocurrir al Gobierno General pidiendo exenciones.

De suerte que estoy por la proposición del Sr. Correa, y en contra de la fracción 4ª que se discute.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pineda Rosendo.

EL C. PINEDA R.—Quiero unirme, señores, con mis apreciables compañeros que han hecho uso de la palabra, procurando convencer á la comisión dictaminadora de que debe retirar los incisos segundo, tercero y cuarto del artículo que se discute, y quiero unirme á ellos porque veo que la comisión está animada de buena voluntad, vista la acogida que ha dado á la patriótica é ilustre iniciativa del Sr. Correa.

No se puede decir más de lo que se ha dicho respecto de los incisos 2º, 3º y 4º; tendré, pues, que repetir lo mismo; porque no puedo inventar nuevos argumentos; pero quiero hacer que la comisión se convenza de que efectivamente está perdiendo toda noción legítima acerca de la natu-

raleza del Estado y del Gobierno, y no es debido proclamar, mucho menos en una Asamblea en que se discute con personalidades muy ilustradas y con abundancia de ideas, los intereses del porvenir, los intereses de la enseñanza; no es debido proclamar, repito, que se quiera convertir al Gobierno, aunque sea de una manera incidental, en empresario, y de los peores, de aquellos que se exponen á perder siempre sin la probabilidad de ganar un solo centavo.

Esto es sencillamente absurdo y es imposible de plantear. Así es que yo pido que se retiren estos tres incisos, y si se acoge, como ha acogido la comisión la idea patriótica y útil del Sr. Correa, habrá dado una muestra más el Congreso de buena voluntad é ilustración y habrá impulsado vigorosamente los intereses de la instrucción pública.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—La comisión da las gracias por esta vez al Sr. Díez Gutiérrez, porque se ha servido interpretar sus ideas de una manera brillantísima; en este supuesto retira la fracción cuarta y la sustituye con la proposición del Sr. Correa.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schulz.

EL C. SCHULZ.—La proposición que voy á tener la honra de presentar, no es sino complementaria y correlativa de la que el señor representante por Tabasco ha presentado hace un momento con tanto aplauso.

Aparte de que la medida que se nos propone es altamente buena, entiendo que es también indispensable é importantísimo tratar de emanciparnos del consumo extranjero, porque sabido es que todo el material de enseñanza procede de fábricas del exterior. Por consiguiente,



me permito someter á la ilustración de la Asamblea la siguiente proposición: (La leyó.)

Ruego á la comisión que si la cree aceptable, se sirva hacerla suya.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez

EL C. GÓMEZ R.—La comisión presenta el 2º inciso reformado en la forma que la Secretaría va á dar cuenta.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—En vista del sentido de la discusión se van á votar por separado los incisos. El primero es el que dice:

«Fundar en la capital de la República un *Museo Pedagógico* en toda forma.»

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad

EL MISMO SECRETARIO.—El 2º inciso queda reformado de esta manera:

«Anexo al mismo habrá un depósito *central* de material escolar, á fin de proveer de lo necesario á las escuelas oficiales.»

En votación nominal se aprobó por 14 votos contra 6.

Sin discusión se aprobó por 14 votos contra 6 el inciso tercero reformado que dice:

«Los Gobiernos de los Estados procurarán, *con el mismo fin* establecer depósitos locales en sus capitales respectivas.»

Se aprobó por unanimidad de votos la proposición del Sr. Correa, en sustitución del inciso cuarto, cuya proposición dice:

4º Convendría reformar la tarifa general de los derechos que deben pagar á la Federación las mercancías extranjeras que se importen por las aduanas de la República en el sentido de que sea declarado libre del impuesto respectivo el material de enseñanza cuyos artículos no pueden tener otro uso fuera de la escuela.

Esta misma franquicia convendría que fuese otorgada por los Gobiernos locales,

exceptuando al material de enseñanza de todo derecho de Estado ó municipal.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—La comisión hace suya la iniciativa del Sr. Schulz, y la pone como inciso quinto; dicha iniciativa dice así:

También es conveniente eximir de impuestos interiores, así generales como locales á los industriales que implanten la fabricación de materiales dedicados exclusivamente á la enseñanza.

Se aprobó por unanimidad de votos.

Igualmente, por unanimidad de votos, se aprobaron los artículos 9º y 8º que dicen:

VII. Los muebles indispensables para las escuelas elementales son los que en seguida se enumeran:

1º Plataforma, mesa y silla para el Profesor.

2º El número suficiente de mesa-bancos para los alumnos.

Deberán reunir todas las condiciones que marca la higiene escolar, y tener cuatro tipos ó tamaños, á no ser que se escoja un modelo de carpeta movable.

3º Un estante librero para el archivo y útiles.

4º Un reloj de pared.

5º Un aguamapil con palangana y toalla.

6º Un depósito de agua con su llave y tasa de fierro.

7º Perchas para colgar los sombreros y abrigos de los niños.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Desearía que si no tiene inconveniente la comisión, se sirviera añadir algo relativo á una biblioteca pedagógica especial.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Como el dictamen es exclusivamente relativo á útiles para las escuelas, creemos que no es conveniente expresar en él la idea del Sr. Cervantes.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES.—Es verdad que aquí se habla de textos relativos á la enseñanza, pero no creo que pudiera quedar mal el decir que habrá una biblioteca especial de pedagogía.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión no ha querido entrar en pormenores y por esa razón no ha expresado que habrá una biblioteca pedagógica; pero no tiene inconveniente en aceptar el pensamiento del Sr. Cervantes. De manera que queda la fracción de este modo: VIII. El museo pedagógico de que se habla en la resolución VI, contendrá entre sus diversas secciones la de modelos y dibujos acerca del mobiliario escolar antiguo y moderno, de todos los países civilizados, así como lo referente á estampas, aparatos científicos y textos, y una colección de obras propias para formar una biblioteca especial pedagógica.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad de votos.

El mismo C. SECRETARIO.—Está á discusión la fracción novena que dice: No se admitirán en la escuela primaria elemental niños menores de seis años.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión, á iniciativa del señor Ruiz, suprime la parte explicativa de esta resolución.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—En diversas ocasiones se ha dicho en este Congreso, que los niños en México son muy precoces, comparados con los niños de otras naciones; en la escuela elemental se admite una sección con el nombre de infantil para niños de cinco á siete años, y aun cuando la forma de enseñanza no es instructiva sino educativa, hay una razón poderosa, y es la dificultad que existe para la creación de estas escuelas de párvulos que sirven de preparación para la enseñanza elemental.

Por esta razón yo suplicaría á la comisión se sirviera reformar el artículo al debate en el sentido de que no se admitirán niños menores de seis años, sino en aquellos casos en que por dificultades insuperables no sea posible crear la escuela infantil.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión precisamente lo que consulta en el artículo noveno, es lo mismo que propone el Sr. Manterola; que no se admitirán en la escuela primaria elemental niños menores de seis años.

Recogida la votación, fué aprobada por unanimidad.

Se puso á discusión el art. 10.º

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión, en vista de las observaciones del Sr. Ruiz, creo conveniente cambiar la redacción de la parte final de esta resolución, de manera que queda así: (La leyó.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Efectivamente, como indicaba el Sr. Martínez, yo hice algunas indicaciones acerca de este punto, y me apoyaba en lo que se acostumbra hacer en Europa, en donde se fija el término de diez años para la revacunación.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—En este particular cede la comisión el puesto á personas competentes, y hace una formal interpelación al Sr. Ruiz para que diga si cree que todavía puede subsistir esa determinación del Congreso Pedagógico para considerar como de diez años el período preservador de la vacuna; porque en este sentido la comisión no tiene los conocimientos necesarios.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra, el C. Ruiz.

EL RUIZ.—Lo que puedo indicar al Sr. Gómez es que en Alemania, Inglaterra, Bélgica, Francia, Italia y otras naciones acostumbran hacer la revacunación á los diez años.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Yo desearía, señores, que la comisión dijera simplemente que los directores de las escuelas cuidaran de que los niños estuvieran vacunados; porque de otra manera apareciendo esta prescripción como requisito para que el niño permanezca en la escuela, tal vez daría el resultado de que algunos padres no vacunarán á sus hijos á fin de que éstos no fueran á la escuela, burlándose de este modo el precepto de la enseñanza obligatoria.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra le C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión, en vista de las razones que se han expuesto y no tratando de sostener sus ideas, porque, repite, no tiene conocimiento sobre este particular, reforma la proposición en este sentido.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rodríguez y Cos.

EL C. RODRÍGUEZ Y COS J. M.—Me consta por experiencia propia que nuestro pueblo bajo, en lo general, es refractario á la vacuna; de manera que si á esta dificultad añadimos otra, será más difícil indudablemente la concurrencia de los niños á la escuela.

Por lo mismo yo soy de opinión que en este caso los médicos que están al servicio del municipio registraran los brazos de los niños y á los que no estuvieren vacunados, los vacunaran, aun contra la voluntad de los padres; porque hay que advertir que á nuestro pueblo se le necesita hacer el bien aun contra su voluntad.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señor:

Las razones que ha manifestado el Sr. Rodríguez y Cos no ha podido convencer á la comisión; porque se trata precisamente de prescribir cuáles son los requisitos de higiene que deben satisfacerse y si éstos no agradan á los padres ignorantes, no es una razón para que no se practiquen; pues ante todo caso está la conveniencia de la higiene.

De manera que la comisión no puede atender las razones expuestas por el Sr. Rodríguez y Cos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Desearía que la comisión se sirviera decir si cree que los



padres de familia que vacunan á sus hijos recientemente nacidos, pueden conservar una boleta hasta los seis años para tener el gusto de presentársela al director de la escuela, y en caso de que crea que esto no es posible, suplico que se sirva decir qué se hace entonces, cuando no se presenta esa boleta.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión, como ya se ha de haber comprendido, no trata de establecer, sino que los niños estén vacunados. De manera que tendiéndose á este fin, no se empeña en conservar la redacción que había propuesto, y por lo mismo, obsequia los deseos del Sr. Pérez Verdía y presenta su proposición en esta forma:

«Para la admisión de los alumnos es requisito indispensable el que estén vacunados. Los directores cuidarán de la revacunación en los casos necesarios.»

Recogida la votación fué aprobada por unanimidad.

Se puso á discusión el art. 11.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Atendiendo á las indicaciones del Sr. Dr. Ruiz y de otras personas muy competentes, la comisión se ha convencido en que incurrió en graves defectos, confieso con toda franqueza, que son míos debido á la falta absoluta de conocimientos en medicina; pero para salvar la idea, ha redactado el art. 11 en esta forma:

XI. Siempre que el profesor sospeche la existencia de alguna enfermedad en un niño, exigirá certificado del facultativo en que se pruebe que no le perjudican los trabajos escolares ó que no hay peligro de contagio en la escuela según el caso.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—No habiendo

quien pida la palabra, se pregunta si se aprueba el artículo tal como lo presenta la comisión.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad de votos.

EL MISMO C. SECRETARIO.—En la próxima sesión se discutirá el dictamen sobre títulos.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.—*Luis E. Ruiz*, Secretario.

## SESION

Del día 13 de Enero de 1891.

### PRESIDENCIA

DEL C. LICENCIADO JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. representantes, Aguilar, Baz, Corvantes Imaz, Cisneros, Correa, Rodríguez y Cos J. M., Díez Gutiérrez, Ferrari, Flores, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Nicoli, Osoy, Parra, Pérez Verdía, Pineda, Mateos Reyes Spíndola, Carrillo, Rodríguez y Cos J. Miguel, Ruiz, Serrano y Schultz; y directores, Alvarez G., Garray, Carpio, Gutiérrez Nájera, Lascurain, Salazar y Salinas, Losa y Zayas.

A las 6 se pasó lista de representantes, y resultando haber el número suficiente se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior, que sin discusión fué aprobada.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores para la lectura del dictamen de «Escuelas Preparatorias.»

EL C. DR. FLORES.—Señores representantes:

Las comisiones que subscriben han con-

sagrado una atención profunda y sostenida al estudio de las Secciones A y B del cuestionario, que la Secretaría de Justicia ha sometido á la deliberación de este Congreso. Y profunda y sostenida como ha sido su atención, y largas y empeñadas las deliberaciones habidas en su seno, abrigan aún el temor de no haber dado cima á su importante tarea; tan complejos y difíciles así son los problemas que dichas cuestiones entrañan.

La enseñanza preparatoria, en efecto, no consiste tan sólo, como á primera vista pudiera parecer, en inculcar aquel conjunto de doctrinas preliminares sin las que es imposible el estudio de los diversos ramos que constituyen una profesión determinada.

Juzgada á la luz de ese criterio deficiente y mezquino, reducida á esas exiguas proporciones la enseñanza preparatoria, no es ni siquiera digna de la atención de tan ilustrada Asamblea. Por el contrario, comprendida tal como ella debe serlo, considerada en todas sus fases y bajo todos sus aspectos; elevada á la categoría á que legítimamente tiene derecho, reviste las magnas proporciones de una cuestión vital, se roza con los más importantes asuntos científicos, políticos y sociales, presenta al espíritu encerrados en uno sólo todos los grandes problemas relativos al presente y al porvenir del hombre y de la sociedad, y traspasando los límites de un simple teorema pedagógico, resulta ser uno de los más arduos y trascendentales problemas filosóficos.

Mucho importa, señores, á las naciones, la acertada organización y la completa difusión de la enseñanza elemental; sin ella es imposible la existencia de ese protoplasma social susceptible de organización y de evolución y que se llama el pueblo; pero mucho les importa también la acertada organización y la suficiente difusión de la enseñanza superior, sin la que no puede haber en la sociedad fuerzas or-

ganizadoras ni movimientos progresivos.

De las clases ilustradas emanan las instituciones y las leyes, ellas fomentan la industria y alimentan el comercio, ellas descubren é inventan, por ellas progresan las ciencias, las artes y las letras, y en suma, son ellas las encargadas de iniciar, elaborar y consumir la grandeza, el poderío, la felicidad de las naciones. Apoyadas en el pueblo y estimuladas por él, las clases ilustradas dirigen el movimiento público, y si importa mucho que haya PUEBLO á quien pueda dirigir, no importa menos á este último tener quien sepa conducirlo.

Ahora bien, la enseñanza preparatoria es enseñanza superior, y si ha de llenar sus altas funciones, fuerza es que en la elección de las materias, en el orden en que hayan de inculcarse, así como en los métodos que para ello se adopten, no se pierda de vista ni por un momento para qué clase de hombres ha sido instituida, ni los elevados y nobles fines á que la sociedad los ha destinado.

Por lo que al objeto de la enseñanza preparatoria se refiere, las comisiones que subscriben profesan el doble principio de que: *la enseñanza preparatoria no debe ser tan sólo instructiva, sino también y perfectamente educativa, y de que debe ser preparatoria, no sólo para el ejercicio de determinada profesión, sino también y principalmente para preparar al hombre á la vida social superior.*

No es ciertamente á esta respetable Asamblea á quien hay que demostrar cuán estéril resulta para el que aprende, todo conocimiento que no va acompañado del ejercicio y desenvolvimiento de la facultad ó facultades correspondientes, y hasta qué punto las cuestiones relativas á la instrucción, deben ceder el paso á las que á la educación se refieren. No ha sido ni debido ser otro el criterio por medio del cual se han resuelto las principales cuestiones tratadas en el seno del Congreso;

por ese crisol ha pasado ya toda la enseñanza primaria y con mayor razón debe pasar la secundaria. Pero si necesario fuere insistir en la necesidad ingente de dar á esta enseñanza una forma plenamente educativa, nada mejor pueden hacer las comisiones que reproducir lo que á este respecto decían en su dictamen las que en el Congreso pasado opinaron sobre el particular.

«En nuestro concepto, decían, la enseñanza preparatoria no se ha de ver desde el punto de vista puramente instructivo, sino que también se ha de proponer un fin educativo. De otro modo, al fijar las materias que han de componerla, se debe desechar del todo aquel restringidísimo modo de ver la cuestión, que consiste en tomar como base la carrera especial á que el educando se ha de consagrar, y fijarse de preferencia en el cultivo íntegro de las facultades intelectuales, alcanzado por un ejercicio metódico que las desenvuelva armónicamente; y por lo mismo, para fijar aquellas materias, no sólo se ha de inquirir si favorecen directa ó indirectamente el ejercicio de tal ó cual profesión, sino que antes que nada debe averiguarse si educan la inteligencia ejercitando sistemáticamente ésta ó la otra facultad.»

«No hemos prejuzgado la cuestión al calificar de restringido y estrecho el primer modo de resolverla, el que adopta como criterio y norma de la enseñanza preparatoria la consideración exclusiva de tal ó cual ejercicio profesional. Suponemos, señores representantes, que la sociedad ve en el abogado algo más que un hombre hábil para alegar y sagaz para instruir procesos; que busca en el médico algo más que un hombre capaz de hacer buenas prescripciones de formular excelentes diagnósticos y de practicar operaciones difíciles; que la misma sociedad considera en el ingeniero algo más que el constructor de una vía ó el director de trabajos mineros; suponemos que la sociedad exige en cada

profesor la sensatez plena, la instrucción bastante y el criterio amplio, que den la garantía de que en cada caso cumplirá sus deberes profesionales, más bien que con la precisión de una máquina, con el supremo acierto de un sár inteligente y suficientemente ilustrado.»

«Las prácticas profesionales, señores representantes, aunque sometidas á ciertas reglas y á procedimientos técnicos, están lejos de limitarse como las artes mecánicas á la ciega aplicación de esas reglas y al empleo rutinario de aquellos procedimientos. Ya los escolásticos, con la perspicacia que les era habitual, habían hecho tal distinción y la habían consignado en los términos, dividiendo las artes en liberales y mecánicas. El médico, el abogado, el ingeniero, cuando practican su especial habilidad, no ejercen un oficio, desempeñan una profesión; no van á aplicar sus reglas á ciegas y del mismo modo en todos los casos, sino que, conociendo los fundamentos de estas reglas, su significación y alcance, las modifican más ó menos según las exigencias de cada caso particular.»

«Detrás del cirujano que opera con habilidad, detrás del ingeniero que traza una vía, ó del magistrado que dicta un fallo, se adivina el espíritu vasto, educado, luminoso, el *mens agitat molem*, que supera las dificultades, que se propone un fin y lo realiza, que vence, subyuga y encadena á la indócil materia.»

«Siendo inconcuso, señores representantes, que el ejercicio profesional supone una inteligencia desenvuelta conveniente y suficientemente ilustrada, y siendo también indiscutible que esa inteligencia no ha de variar porque varíe el objeto á que se le consagre, síguese, lógicamente en nuestro concepto, que el que quiera cultivar las inteligencias para un fin profesional cualquiera, se ha de valer de medios uniformes, ya que la inteligencia del hombre



es fundamentalmente uniforme en las más variadas operaciones.»

«Diremos, traduciendo al lenguaje concreto, este razonamiento abstracto. Ejerce el hombre la profesión de abogado, la de médico ó la de ingeniero, debe observar, debe comparar, debe abstraer, debe generalizar y debe raciocinar. En consecuencia, el mejor preparado para esas profesiones, será el que más desenvueltas tenga esas facultades, y las tendrá mejor desenvueltas el que las haya ejercitado en su modo fundamental de ser y prescindiendo de tal ó cual aplicación especial.

A las poderosas consideraciones anteriores, bastantes por sí solas á fijar un criterio vacilante, hay aún que agregar algunas otras de muchísimo peso. Ni el abogado, ni el médico, ni el ingeniero, ni nadie, en suma, limita ni puede limitar su actividad al ejercicio puro y simple de la profesión que ha adoptado. El agente de negocios, el escribano público, el arquitecto, no son en realidad sino tipos abstractos; en sociedad lo que encontramos realmente son hombres y ciudadanos que ejercen para subsistir, una profesión dada, pero que además de ella están llamados á ejecutar actos y á desempeñar funciones, muy distintos de los actos y funciones de su profesión y no por eso menos trascendentales. Todos viven en sociedad, en relación con hombres y con cosas, todos tienen familia é intereses, todos participan más ó menos de la vida pública, todos son electores y pueden ser elegidos, cada uno es un factor y una unidad social, con deberes y derechos cuyo ejercicio acertado exige é impone conocimientos y aptitudes que no son pura y simplemente los que derivan de su profesión. Bueno es que un médico sepa diagnosticar y llenar indicaciones; pero es igualmente necesario que sepa escoger esposa, educar hijos, administrar fortuna, elegir mandatarios, en una palabra, prever y proveer en todas las contingencias de la vida. Y para todo esto,

y precisamente por tratarse de hombres destinados á ocupar posiciones prominentes y llamados á medirse con las grandes dificultades de la vida, fuerza es prepararlos convenientemente, desenvolviendo sus facultades físicas, intelectuales y morales; dándoles conocimientos generales del sistema del mundo físico y social y de las leyes que le rigen; desterrando de su espíritu preocupaciones y supersticiones y por ende obligándolos á actuar en el seno del medio que realmente los rodea, sugiriéndoles los únicos medios eficaces de acción en todos los órdenes de hechos y dando así á su actividad mejor dirección y mayor eficacia, acostumbrándolos al contacto de los hombres y al manejo de las cosas, y alejándolos del de los fantasmas y de las quimeras; enseñándoles á distinguir las palabras de los hechos y los símbolos de los fenómenos, á discernir los atributos y cualidades de los unos y de los otros, y en suma, habituándolos á diferenciar con seguridad y rapidez lo verdadero de lo falso, lo adecuado de lo inadecuado y lo justo de lo injusto.

Educar al minero exclusivamente para la minería y al agricultor para la agricultura, es tal vez dotar á la sociedad de dos buenas máquinas de trabajo; pero con seguridad es privar á la Nación de los ciudadanos útiles; es mutilar la compleja organización humana; es limitar la esfera de la acción; es condenar al hombre á girar eternamente en el mismo estrecho círculo; es, en una palabra, atentar contra el más sagrado de nuestros derechos: el derecho á la vida total y completa.

Bien estuvo ese sistema de compresión y de mutilación en tanto se creía que la vida era una carga y un castigo, en tanto se juzgaba pecaminosa la satisfacción de nuestras diversas necesidades; en tanto se reputaba nuestra organización como uno de nuestros tres mortales enemigos. Se concibe que bajo el imperio de semejantes ideas se tratara de reducir á un *mínimo*.

*num*, vedando al hombre un *máximo* de actividades ocasionadas á su perdición y ruina. Pero hoy bajo el imperio de nuevas ideas y bajo la presión de nuevas necesidades, la tendencia es diametralmente opuesta: se nos concede el derecho á una vida vasta é intensa, tanto cuanto la vida de las demás lo permita; se nos otorga el uso de todas nuestras facultades físicas, intelectuales y morales; se nos estimula á la plenitud de la acción y se nos suministran los medios de hacerla efectiva: sólo un freno se pone á nuestra ambición y un límite á nuestra actividad; tenemos derecho de hacerlo todo y á aspirar á todo; sólo una cosa nos está vedada: hacer mal á los demás.

Bajo la influencia de estas ideas, que son las que realmente gobiernan las sociedades modernas, la educación no puede menos de modificar sus tendencias y sus procedimientos. No es otro el origen de las grandes reformas que venimos, aunque lentamente, implantando en nuestra enseñanza elemental y que debemos conservar y perfeccionar en la superior, ya que nos cupo en suerte que, veinte años há, un hombre de genio nos trazara el camino que había de seguirse y la meta que había de alcanzarse.

Al trocar la enseñanza elemental su fin instructivo por un fin esencialmente educativo, no ha hecho otra cosa que reconocer y sancionar el derecho del hombre á la acción; que admitir que las facultades humanas tienen por objeto funcionar; y cuando al educarlas se preocupa de su desenvolvimiento armónico, reconoce implícitamente, y así es la verdad, que todas ellas son útiles y que no hay una que no sea digna de nuestra solicitud. Y si esto es verdad tratándose de la enseñanza elemental, instituida, á falta de cosa mejor, para las clases sociales cuya acción es la más limitada y más monótona, ¿qué no pasará con la enseñanza secundaria destinada precisamente á las clases socia-

les cuya actividad más complexa, más vasta y más variada, exige é impone un esfuerzo educativo más intenso y más completo?

Se concibe la enseñanza preparatoria pura, previsorá tan sólo de las futuras necesidades del ejercicio profesional, cuando una enseñanza secundaria superior independiente prepara para la vida social á las clases elevadas de la Nación; pero entre nosotros, ni la enseñanza secundaria superior existe como institución independiente ni aun cuando el Estado la decretara reclutaría muchos adeptos. La enseñanza secundaria superior, en efecto, sólo es vividera allí donde la acumulación de la riqueza y del saber crean una aristocracia del dinero y del talento que aspira á la ciencia y que puede pagar su adquisición. En los países nuevos, como el nuestro, son las clases medias las que suministran de preferencia el contingente de las escuelas superiores, atraídas por el cebo de una profesión liberal que adquirir y que pueda darles posición desahogada y distinguida en sociedad.

Si á la postre de los estudios preparatorios no hay una profesión lucrativa que explotar, el contingente de alumnos será insignificante ó nulo. De aquí la conveniencia de asociar un fin á otro fin: el de la enseñanza secundaria superior al de la enseñanza preparatoria, para las carreras profesionales. Mediante esta asociación se tiene la garantía de que la juventud que aspira á ejercer una profesión liberal, no sólo estará para ella mejor preparada, sino que insensiblemente y en el mismo período de tiempo, habrá hecho una preparación más vasta y comprensiva; habrá pasado su noviciado para la vida social y podrá ya suministrar al país ciudadanos útiles en toda la extensión de la palabra.

Dotar á los educandos de conocimientos realmente preparatorios ó preliminares de sus estudios profesionales.



Suministrarles asimismo los conocimientos generales preparatorios para la vida social superior.

Desenvolver en ellos las aptitudes ó facultades físicas y principalmente intelectuales y morales, sin las que es imposible el asertado desempeño de la profesión elegida y menos aún el de los diversos cargos, actos y funciones de la vida social;—tal es, señores, el triple objeto de la Enseñanza Preparatoria entre nosotros.

Tratemos ahora de averiguar cuáles son los medios más adecuados para llenar esa triple misión. Y desde luego y por lo que á la Educación Intelectual se refiere, recordad lo que las comisiones dictaminadoras decían el año pasado al primer Congreso de Instrucción:

«Sólo la ciencia, entre todos los conocimientos humanos, tiene la facultad de desenvolver una por una las facultades intelectuales, sometiéndolas á un ejercicio armónico y á una disciplina conveniente. La ciencia, en efecto, por la precisión de su objeto, por sus convincentes pruebas, presenta un conjunto maravilloso de doctrinas y métodos que en vano fuera buscar en otra parte y que constituyen el más sustancioso pasto y la más idónea disciplina intelectual. La ciencia enseña á observar, á experimentar, á nombrar, á definir, á clasificar, á generalizar, á inducir, á deducir y, en una palabra, á poner en ejercicio todas aquellas facultades que han permitido al hombre conocer la naturaleza y regirla como señor.»

En suma, como medio general de disciplina intelectual, como gimnástica del espíritu, como recurso supremo para el desenvolvimiento de nuestras facultades superiores, la ciencia es el medio, no sólo el más eficaz, sino verdaderamente el único. Pero para que llene su objeto es indispensable, no el cultivo de una sola ciencia, sino forzosamente el cultivo de

varias. Cada una tiene en efecto su método y sus procedimientos propios, cada una pone en actividad y supone el concurso de determinada facultad ó grupo de facultades, cada una pide á la inteligencia artificios y recursos especiales, y como no puede considerarse educada una inteligencia que no pueda poner en práctica esos métodos, servirse de esos recursos ó improvisar esos artificios; como á la vez, métodos, recursos y artificios por mucho que sean variados y se los suponga eficaces, son apenas bastantes para vencer y dominar las dificultades de la vida diaria, fuerza es servirse no de una sino de varias ciencias para la educación intelectual: de aquellas, por lo menos, que se caracterizan por la peculiaridad de sus métodos y de sus procedimientos.

Si á esto se agrega que los conocimientos científicos, además de su inmenso valor como instrumentos de educación, son los conocimientos más útiles y de más frecuente y fructuosa aplicación en la vida, fácil es ver que la ciencia realiza los fines Educativo ó Instructivo de la Enseñanza preparatoria.

Definida la naturaleza de los Estudios Preparatorios fácil es elegir los ramos científicos cuyo cultivo baste á llenar los fines ya indicados. Estos son sustancialmente cinco: Matemáticas, Física, Química, Biología y Sociología. Por lo que á la educación intelectual respecta, en ellos están contenidos todos los métodos, todos los procedimientos y todos los artificios á que el espíritu pueda recurrir, tanto en la vida especulativa como en la vida activa, y el cultivo de esas cuatro ciencias desenvolverá todas las facultades intelectuales. No faltará ya, para que el cielo de la enseñanza sea completo, más que sistemar en un cuerpo de doctrina coherente y en forma abstracta, que permita ulteriores y nuevas aplicaciones, todas las reglas y todos los principios de investigación que en concreto y en aparente



dispersión cada una de las diversas ciencias ha puesto en práctica.

Es tan indispensable completar con la lógica esta armoniosa construcción científica, que los resultados de la enseñanza resultan sin ella casi ilusorios. La educación intelectual no es en suma más que la adquisición real y efectiva de la lógica; una inteligencia bien desenvuelta debe saber observar, comparar, denominar, definir, clasificar, generalizar, abstraer, formar hipótesis, inducir, deducir, demostrar y refutar, y la lógica no es más que la sistemación abstracta de todas las operaciones del espíritu en sus relaciones con la verdad. Si no se tratara de un arte sencillo y de limitadas aplicaciones, la enseñanza de la pura lógica bastaría para la educación de la inteligencia. Pero todos sabemos, en primer lugar, que los principios abstractos nada enseñan á quien no conoce los hechos concretos que les dan origen, y segundo que la comprensión y aplicación de las reglas generales á casos nuevos supone un hábito anterior de aplicar empíricamente y en concreto los procedimientos que la regla aconseja.

De aquí la imprescindible necesidad de no enseñar la lógica á quien no ha cultivado previamente las ciencias.

La lógica estudiada, sola ó antes de las ciencias cuyos procedimientos de investigación y demostración sistema, no produce sino sofistas ó ergotistas, es decir, prestidigitadores del silogismo, pero es impotente para vigorizar y rectificar el criterio. Todo razonamiento supone hechos y fenómenos sobre que ha de versar, y formas y modos que ha de revestir. Quien sólo posee las formas sin tener á qué aplicarlas, quien conoce las reglas del silogismo ó los cánones de la inducción y no tienen hechos de que partir para establecer leyes, ni conoce leyes de donde inferir hechos, está incapacitado de servirse útilmente de esas reglas y de

esos cánones. Valía más no haberle enseñado la lógica que no le servirá más que para darle una injustificada suficiencia ante quienes toman por ciencia y por talento lo que es tan sólo palabrería y jactancia.

Menos grave, sin dejar de serlo, es el error que consiste en enseñar las ciencias sin hacer estudiar la lógica abstracta. Menos grave porque al fin y al cabo ese proceder nutre la inteligencia con hechos precisos é importantes y porque, aunque en forma empírica, da una idea de las condiciones de la investigación y de la demostración; pero en cambio limita extraordinariamente las aplicaciones ulteriores de las reglas lógicas. Más allá de los casos en que los procedimientos han sido empíricamente aplicados, toda aplicación nueva es punto menos que imposible, supuesto que las nuevas extensiones y aplicaciones suponen el estudio abstracto de los principios ó de las reglas.

Enseñar las ciencias sin enseñar la lógica, es lograr que el razonamiento científico sea correcto, pero no que lo sea el razonamiento práctico, y esto último es más importante que lo primero para la mayoría de los hombres. Lo que se necesita es que la lógica presida y determine toda nuestra actividad mental lo mismo en el laboratorio que en el hogar, lo mismo en la cátedra que en la plaza pública.

Para esto es indispensable combinar un elemento con el otro y enseñar las ciencias y la lógica.

Involuntariamente y arrastradas por el encadenamiento necesario del razonamiento las comisiones han anticipado ya, bosquejándolas, dos cuestiones del mayor interés y hasta tal punto solidarias de la cuestión principal que forman con ella un todo homogéneo. ¿Qué clase de lógica es la que debe estudiarse? ¿Cuál es la mejor oportunidad para aprender ese estudio?

Sorprenderá acaso á esta R. Asamblea la primera de estas dos preguntas. Preguntar qué clase de lógica es la que debe estudiarse cuando no se ha preguntado lo mismo para las Matemáticas, la Física ó la Química, puede, en efecto, parecer extraño. Esta extrañeza debe desaparecer si se reflexiona en que las Matemáticas, la Física, la Química y en general las ciencias de ese orden, han fijado ya definitivamente su método y delineado ya el alcance y la naturaleza de sus doctrinas; no habiendo, pues, más que una sola manera de comprender estas ciencias, no cabe duda de cuál es la ciencia á que se alude cuando se habla de Matemáticas ó de Física. No así cuando se trata de la lógica; dos escuelas rivales, dos doctrinas opuestas se disputan el derecho de legislar en materia de lógica, y desde el momento en que hay dos modos de ver, se hace necesario definir cuál es el que aquí se considera y á cuál en realidad se alude.

La lógica, considerada como coronamiento de un sistema científico de enseñanza, no puede ser otra cosa que la sistematización y generalización de los procedimientos empleados en las ciencias, tanto en la investigación como en la demostración, así como el conjunto de reglas para el buen uso de aquellos artificios y recursos de que las ciencias se han valido para llegar á la verdad. Su noción de causa debe ser la que las ciencias le permitan formar, su teoría de la certidumbre debe ser la que buenamente le imponga el estudio de las verdades demostradas; debe estudiar la inducción, la deducción, la definición, las hipótesis, las leyes empíricas, los sofismas, y todo esto bajo la forma de principios inferidos de las verdades científicas y en particular de aquellas ciencias cuyas doctrinas están menos sujetas á discusión; debe, por último, estudiar la aplicación de que sean susceptibles sus prin-

cipios á aquellos estudios superiores que como la Psicología, la Moral y la Sociología tocan á la cima del saber humano y cuyas investigaciones exigen la suma mayor de precauciones y de tacto científico.

Tal debe ser la lógica en la Enseñanza Preparatoria, si se quiere que llene los elevados y nobles fines á que está llamada.

Sustituir á ésta, la lógica puramente formal; poner en manos de los alumnos, acostumbrados al manejo de los aparatos é instrumentos científicos, los cubiletes del charlatán de feria; ocupar en jugar con vocablos á quienes están habituados ya á gobernar los hechos; hacerlos salir del terreno de lo cierto para recorrer el camino de lo dudoso y de lo ambiguo; entretenerlos en hinchar al soplo de la metafísica, esas burbujas de jabón que la gramática ha de reventar con la punta de un alfiler, y todo esto en nombre de la lógica, es simple y sencillamente decepcionar al educando, hacerlo caer en el escepticismo, y lejos de consolidar los conocimientos adquiridos, es demoler en un año el armonioso edificio de convicciones y de aspiraciones, levantado á costa de tantos esfuerzos.

Esto cuanto á la índole de los estudios lógicos, cuanto á su oportunidad poco nos queda ya que decir. Las consideraciones anteriores evidencian que á la inversa de lo que antiguamente se practicaba la lógica, debe estudiarse al fin y no al principio de los estudios preparatorios.

En cuanto al orden de los demás estudios, las comisiones creen que debe rigurosamente observarse el siguiente: Matemáticas, Física, Química, Biología y Sociología.

Esta cuestión, que pudiera ser baladí, es sin embargo de la mayor importancia y las comisiones juzgan que cualquiera infracción á ese orden metódico, comprometería gravemente el éxito que de tal enseñanza se debe esperar.

Dos clases de consideraciones conspi-



ran á conservar esa jerarquía científica; las unas se refieren á las ventajas que la observancia de ese orden dan para la instrucción y las otras á las que se obtienen para la educación.

No cabe duda que en el orden indicado las doctrinas de esas diferentes ciencias están subordinadas las unas á las otras; las doctrinas matemáticas no dependen en manera alguna de las de la física y la Química, y puesto que no dependen de otras doctrinas que las suyas propias, son pues las matemáticas, las ciencias que hay que estudiar en primer lugar, el principio de subordinación creciente y generalidad decreciente en virtud del cual se han gerarquizado las demás, impone asimismo el deber de que la física siga á las matemáticas, la química á la física, la biología á la química y la sociología á la biología. Imposible estudiar á fondo la respiración y la digestión sin sólidos conocimientos de química; las modificaciones de tantos órdenes diversos que los fenómenos de composición y descomposición hacen experimentar á los cuerpos, serán pura palabrería para quien no esté habituado á conocer y medir temperaturas, densidades, estados de los cuerpos, fenómenos ópticos, caloríficos, eléctricos, magnéticos, etc., etc., lo que equivale á decir que para que la química pueda ser estudiada extensa y racionalmente, es indispensable el conocimiento previo de la física. Sin el conocimiento preliminar de los instintos, necesidades, facultades y organización de los seres vivientes ¿se podrá abordar con fruto el estudio de la sociedad y de sus fenómenos?

Es verdad que hay doctrinas, ó por mejor decir, fragmentos de doctrinas de las ciencias superiores, que en rigor pueden ser estudiados sin el concurso de las ciencias superiores; pero en primer lugar, dichos fragmentos no forman sino una parte mínima de las ciencias correspondientes y no debe hacerse esa mutilación pa-

ra inculcar una porción de enseñanza tan exígua. En segundo lugar, con esa enseñanza fragmentaria y heterogénea de los diversos ramos científicos, se produciría inevitablemente la anarquía intelectual.

Si la instrucción no aventaja nada con esa disociación y antes bien resulta perjudicada, no resulta menos dañada la educación.

La educación secundaria difiere y debe diferir de la primaria por dos razones principales: por la naturaleza del sujeto á quien se educa y por la del fin que al educarle se trata de alcanzar; por lo que al sugeto de la educación se refiere, es incontestable que no hay analogía entre el niño que ingresa á la escuela primaria y el adolescente que pasa á la secundaria. En el primero, ninguna noción adquirida, ninguna facultad desenvuelta, ninguna afición al estudio, ninguna resistencia al trabajo mental. La volubilidad como base del carácter, la irreflexión como base de la inteligencia, la actividad física como base de la conducta, tal es el ser que se confía á la escuela primaria. La misión del maestro en este caso consiste, no en perfeccionar sino en bosquejar las facultades; no en modelar, sino en desbastar la inteligencia; no puede, aunque quiera consagrar su atención á una facultad determinada; á poco que lo intente el niño se lo impide solicitando directa ó indirectamente variar de ejercicio. So pena de hacer odiosa la escuela hay que transigir con la exigencia del niño, variar y renovar sin cesar el espectáculo que tiene ante su vista; solicitar simultáneamente ó en inmediata sucesión el ejercicio de las facultades todas y mezclar aunque sea en dosis homeopática todas las enseñanzas.

En la escuela secundaria las facultades están ya delineadas; hay una acumulación real de conocimientos; la atención se ha docilitado al esfuerzo de la voluntad; el poder de abstracción existe ya en cierto grado y la volubilidad pasada se ha miti-



gado; se lleva ya por objeto el perfeccionamiento de las facultades, y puesto que ya es posible, sin gran esfuerzo, someterlas una á una al tratamiento metódico y sostenido que les es propicio, sería gravísimo error perpetuar el procedimiento anárquico y dispersivo de la escuela primaria. En concepto de la comisión, la educación de nuestras facultades pasa por tres momentos sucesivos, cada uno de los cuales tiene su importancia propia y sus resultados peculiares. En la primera infancia, la educación debe ser simultánea; porque ni el niño permitiría que no lo fuera y porque existiendo las facultades sólo en germen, serían más susceptibles de degenerar por inacción. En la adolescencia, la educación debe ser sucesiva, único modo de acrecentar el poder de cada una: en la edad madura, la educación debe ser exclusiva, única manera de alcanzar en lo posible la perfección. No de otro modo se comprende y practica de hecho la educación ni de otro modo lo permiten las exigencias del medio que nos rodea. Siendo esto así, hay tanto error en perpetuar para el adolescente la educación del niño ó para el adulto la del adolescente, como lo habría en imponer al segundo como alimento los ácidos y azúcares de que gusta el primero, ó en exigir al tercero los éxtasis y los ensueños del segundo. El espíritu como el cuerpo cambia de necesidades con la edad, y fuerza es someter al rigor de esos cambios adecuado á cada momento de la vida la disciplina física, moral é intelectual del hombre. De aquí que en la Escuela Preparatoria sea indispensable la graduación y jerarquización de los estudios, y deba proscribirse en ella el caleidoscopio científico de la escuela primaria.

No obstante la solidez de estas consideraciones, la comisión ha tomado medidas que cree eficaces para dar variedad y amenidad á las labores de la juventud, sin

perjuicio de la rigurosa sistemación de los estudios.

Un sistema de conferencias graduales amenizadas con proyecciones y en las cuales se hagan pasar ante la vista del niño los principales hechos del orden científico, artístico, moral y social, dispuestas de tal suerte y en tal orden que puedan servir de preparación y de estímulo para los estudios de los años subsecuentes, llenará suficientemente, en concepto de la comisión, la necesidad que algunos pensadores experimenten de tener en actividad las diversas facultades del educando.

El ciclo científico ya establecido, presupuesta la jerarquización de los estudios desde las matemáticas hasta la sociología y cerrado por la lógica abstracta, es, á los ojos de la comisión, cuanto puede pedirse á la enseñanza preparatoria como fondo de conocimientos y como disciplina de facultades. Pero sería sensible que perpetuando un error que en el origen se cometió al organizarla, se siguieran mirando con tan poco aprecio las cuestiones relativas á la educación y á la instrucción literarias, necesario complemento de toda enseñanza superior.

Un movimiento de reacción muy justificado si se reflexiona en el abuso que de la enseñanza literaria hicieron los regímenes anteriores, motivó el olvido casi completo en que al organizarse la Escuela Preparatoria, se dejaron tan indispensables conocimientos. Una cátedra de literatura preceptiva, y un curso de lengua patria: he aquí todo el bagaje literario de la organización primitiva. La comisión actual, como la pasada, acatando en esto la opinión general, ha creído deber enmendar ese error, consagrando una parte de cada uno de los seis años escolares á una enseñanza literaria, teórica y práctica, cuya necesidad se hace sentir, y cuyos beneficios son incuestionables. Verdad es que la comisión actual, como la que precedió en esta honrosa tarea, ha

tenido que aumentar un año á los estudios preparatorios; pero no ha vacilado en hacerlo en bien de la enseñanza preparatoria y estimulada por los resultados de la estadística que demuestran que más del 90 por ciento de los alumnos hacen en seis años los estudios que reglamentariamente debieran hacer en cinco: lo cual prueba que el período de cinco años es del todo deficiente para la mayoría de los alumnos.

No ha descuidado tampoco la comisión, proveer las necesidades de la educación física, y ha procurado hacerlo en forma práctica, es decir, tratando de que los ejercicios gimnásticos que instituye sean como los ejercicios militares y el manejo de las armas, de incuestionable utilidad práctica. Tampoco ha descuidado legislar en previsión de las necesidades de la cultura estética. La enseñanza literaria consagra una buena parte de sus tareas al estudio de los grandes modelos, y cultiva por ese medio el sentimiento estético de los alumnos. El dibujo y el canto que la comisión propone como de carácter obligatorio, llenarán á la vez en parte una indicación estética, además de las muy importantes que en otros órdenes llenan también.

Mucho ha preocupado asimismo á la comisión la necesidad de que los estudios revistan un carácter práctico, y hasta donde le ha sido posible, lo ha prescrito, estableciendo academias prácticas anexas á las clases de Física, Metereología, Química é Historia Natural.

La Geografía y la Historia general y patria, los idiomas francés é inglés, y las raíces griegas y latinas, cuidadosamente combinadas con los estudios fundamentales completan, á los ojos de la comisión el conjunto de estudios y ejercicios, único que puede merecer el nombre de Enseñanza Preparatoria.

Se ha puesto tal esmero en evitar el agotamiento y la fatiga intelectual de los

educandos que las comisiones no exigen un trabajo escolar superior á veinticuatro horas por semana, incluyendo en ellas los ejercicios físicos y las conferencias á los alumnos de los tres primeros años: de 27 á los del 4.º y de 30 á los de 5.º y 6.º

Se habrá podido observar que en todo lo anterior no se han hecho consideraciones que no sean de un carácter rigurosamente legal: la naturaleza de los estudios, su orden gerárquico, la de los ejercicios y estudios anexos y en suma, todo cuanto en el particular se ha hecho valer, se ha presentado con entera independencia de toda cuestión personal ó local. Puesto que las comisiones han demostrado que el fin es siempre el mismo é idénticos los medios de alcanzarlo, no necesitan emprender demostración especial del principio de uniformidad de la enseñanza preparatoria para todas las carreras y para todos los Estados de la República.

Como consecuencia de las consideraciones anteriores, las comisiones tienen la honra de someter á la alta consideración de esta Asamblea las proposiciones siguientes:

I. La Enseñanza Preparatoria debe ser uniforme para todas las carreras.

II. Debe ser uniforme en toda la República.

III. Debe durar seis años.

IV. Debe comenzar por las Matemáticas.

V. Debe concluir por la Lógica.

VI. Puede comenzar á los once años de edad.

VII. Los ramos que la constituyen deberán conservar la misma extensión que hoy tienen en la Escuela Preparatoria.

VIII. En un solo programa pueden caber la preparación científica y la literaria de los alumnos.

IX. El programa de estudios y ejercicios deberá ser el siguiente:

1.º año.—Aritmética y Algebra, seis horas por semana; primer curso de Fran-

ces, tres horas; ejercicios prácticos de lectura superior, tres horas; dibujo, tres horas; canto, tres horas; ejercicios militares, tres horas; conferencia sobre temas de Higiene, Moral práctica y Civismo.

2º año.—Geometría Plana y en el Espacio; Trigonometría Rectilínea, seis horas; Segundo curso de Francés, tres horas; Ejercicios prácticos de Declamación y Reminiscencia, tres horas; Dibujo, tres horas; Canto, tres horas; Ejercicios Militares, tres horas; Conferencias Iconográficas sobre ciencias físicas y naturales, tres horas.

3º año.—Geometría Analítica de dos dimensiones y Nociones fundamentales de cálculo infinitesimal, tres horas; Cosmografía precedida de elementos de Mecánica, tres horas; primer curso de Inglés, tres horas; primer curso de Gramática Española, tres horas; Dibujo, tres horas; Raíces Griegas y Latinas, tres horas; ejercicios gimnásticos, tres horas; Conferencias iconográficas sobre viajes célebres, grandes inventos y descubrimientos útiles.

4º año.—Física, seis horas; Academias Prácticas de Física y Meteorología, tres horas; Geografía General y Elementos de

Geología, Meteorología y Climatología, tres horas; Segundo Curso de Inglés, tres horas; Segundo de Gramática Española, tres horas; ejercicios gimnásticos, tres horas; Conferencias iconográficas sobre Historia de las Ciencias y de la Industria.

5º año.—Química y Nociones de Mineralogía, seis horas; Geografía Patria, tres; Historia General, seis; Literatura General y Preceptiva, tres; Dibujo, tres; Manejo de armas, tres; Conferencias Iconográficas sobre Historia de la Civilización, tres.

6º año.—Ciencias Biológicas, seis; Psicología, Lógica y Moral, seis; Historia Americana y Patria, tres; Literatura Española y Patria, tres; Manejo de armas, tres; Conferencias sobre Sociología, tres.

#### CURSOS FACULTATIVOS.

Griego, Latín, Alemán é Italiano, dos años cada uno.

*Porfirio Parra*, Presidente.—*Luis E. Ruiz*, Vicepresidente.—*R. Aguilar*, Secretario.—*M. Flores*, Relator.—*Francisco Gómez Flores*.—*Alberto Lombardo*.—*Miguel Schulz*.—*Emilio G. Baz*.—*Rosendo Pineda*.—*R. Manterola*, conforme en lo fundamental.



the first of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

The second of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

The third of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

The fourth of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

The fifth of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

The sixth of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

The seventh of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

The eighth of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

The ninth of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

The tenth of the year, the weather was very cold, and the wind was very strong, so that the people were very much distressed, and many of them died of the cold.

EL C. SECRETARIO.—La Mesa dispone que se imprima y distribuya.

Está á discusión el dictamen de la comisión de títulos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Lio Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.

Señores representantes:

Aun cuando estoy persuadido de que esta tribuna será en breve honrada por algunos de mis ilustrados compañeros, dada la importancia de la cuestión que se debate, he querido tomar la palabra siquiera sea con el fin de exponer la razón que tengo para votar en contra del dictamen que está á discusión.

Yo creo, señores, que la comisión, impresionada por la importancia de la Pedagogía y con la noble tendencia de elevar el magisterio al lugar en que debe encontrarse, ha desatendido sin embargo multitud de circunstancias que vienen á influir de una manera decisiva, á mi modo de pensar, en contra de sus proposiciones.

En dos partes ha dividido el dictamen en la primera trata simplemente de considerar la trascendencia de la ciencia pedagógica, la nobleza del magisterio, y por consiguiente lo conveniente que es exigir á los profesores de primeras letras, á los profesores de enseñanza elemental el título profesional correspondiente.

Si yo tuviera que atender tan sólo á la importancia de una institución que deja en los hombres aun en los últimos años de su vida, los más gratos recuerdos; que lleva al corazón del niño las primeras nociones del bien y del saber; que procura por todos los medios posibles enaltecerlo á costa de la vida misma de sus apóstoles, quienes con una laboriosidad, con una constancia admirables, que nunca podremos agradecer debidamente, se consagran

á la enseñanza, en la cual los encuentran los años uno tras otro siempre en el mismo banco, siempre en las mismas tareas, que no tienen fondo como el tonel de las Danaides, siempre con la misma inteligencia y laboriosidad, procurando formar ciudadanos útiles y hombres ilustrados, para que después, años más tarde, entre las muchas vicisitudes á que están sujetos, sufran quizá que otros profesores lleguen á recoger el fruto de lo que ellos, y sólo ellos sembraron, prohibiendo sus nidadas intelectuales cual nuevas abucardas; si yo, repito, tuviera que atender únicamente á consideraciones tales, subscribiría el dictamen y exigiría el título para el profesorado. Pero no creo que exigirle sea el medio adecuado para enaltecer á profesión tan digna, ni que sea indispensable semejante exigencia para que se reconozca á la escuela la importancia trascendental que en la sociedad tiene.

Aun considerando la cuestión bajo ese aspecto puramente parcial y haciendo á un lado obstáculos de otro orden, si yo tuviera esas ideas no hablaría en contra: tal es el respeto y amor que profeso al modesto maestro de escuela; pero creo, por el contrario, que su importancia, su dignidad y trascendencia no dependen de que se le exija ó no el título respectivo, sino de lo augusto de sus funciones.

Creo, además, que para el ejercicio de la enseñanza, no debe exigirse semejante título, porque las libertades públicas se oponen á ello y los derechos individuales rechazan tal exigencia.

La comisión, inspirándose en un patriótico deseo de propaganda y perfeccionamiento de la instrucción primaria, parte, sin embargo, de un punto adonde apenas, dadas las circunstancias que nos rodean, aspiramos á llegar. En la actualidad el número de profesores titulados es relativamente pequeño, casi insignificante, y por consiguiente reclamar para la en se-

ñanza el título profesional, equivale á tanto como á clausurar todos aquellos planteles dirigidos por maestros empíricos, planteles que por deficientes que se supongan, siempre son focos de luz, de ilustración y de moralidad, en una sociedad que tanto los necesita, como la nuestra, por ocupar un territorio tan extenso y por contar entre su población una mayoría de clase indígena tan desvalida é ignorante.

En España misma, el número de profesores que ejercen sin título el magisterio, es relativamente grande para el de los titulados: de veintitantos mil maestros hay cerca de cinco mil que carecen del título, lo cual está indicando la necesidad que se tiene en todas partes de la ayuda poderosa de los aficionados, aun cuando no satisfagan todas las exigencias de la ciencia, ni llenen las aspiraciones de una sociedad verdaderamente culta.

Aquí entre nosotros donde apenas, después de constituir nuestra nacionalidad, después de afianzar nuestras libertades, iniciamos apenas un movimiento progresista queriendo llevar el conocimiento de las letras á los pueblos más remotos, queriendo popularizar la escuela por todas partes; aquí, sería una medida verdaderamente contraproducente la de privarnos de todos aquellos auxiliares, exigiendo el título facultativo como requisito indispensable para poder abrir establecimientos públicos de enseñanza.

No han podido escaparse estas ideas á la ilustración notoria de los honorables individuos de la comisión; pero aunque han creído salvar tan insuperable dificultad, consultando casos de *excepción forzosa*, no han logrado con esto sino patetizar la magnitud del obstáculo, y chocar con otro escollo.

¿Qué se diría en efecto de una ley que tendría que comprender mucho mayor número de casos excepcionales, que de ordinarios ilegales?

Conforme al Derecho y á la idealogía misma los casos de excepción forzosa, deben de ser siempre reducidos, deben ser aquellos que están fuera de la ley porque no alcanza hasta ellos la previsión del legislador; pero dar una ley para el menor número de casos sería invertir el orden lógico de las ideas, sería menoscabar los principios de la ciencia jurídica, sería desconocer el carácter de generalidad que deben tener todas las disposiciones legislativas y que constituyen su esencia propia; sería dar una regla que no es regla, sería verdaderamente dar una *ley excepcional!*

Haciendo á un lado las razones de conveniencia por la eficacia de la colaboración que he citado, ni siquiera se cuenta con el personal facultativo suficiente, no ya para extender la instrucción pública como tendrá que hacerse en época cercana; pero ni aun siquiera para cubrir vacantes en la mitad de las escuelas que en la actualidad existen. A pesar de los esfuerzos que hoy hacen todos los Estados de la Federación para generalizar y difundir la instrucción primaria, nos encontramos en un período de crisis, en el que se advierte un desnivel grande entre los recursos con que se cuenta y los deseos que se abrigan por mejorar tan importante ramo y elevarlo al rango que le corresponde. En tal situación, desgraciadamente, no es posible todavía, retribuir al profesor de la manera digna como exigen la importancia del magisterio que desempeña y el decoro del Estado á quien sirve.

En estas condiciones no podrán las entidades federativas emplear únicamente á profesores titulados, pues aun en la hipótesis falsa de que el número de éstos no fuese un obstáculo, la pequeña retribución que puede ofrecérseles en la generalidad, hará desvanecerse esa ilusión.

Se dirá que legislamos para el porvenir, que no debemos fijarnos en tales pequeñeces ante la grandeza de una idea,



y en un desequilibrio momentáneo que tiene que desaparecer dentro de poco tiempo. Pero también hay que atender á que nuestras decisiones deben revestir el sello de la posibilidad, y á que no desaparecerán los Congresos de Instrucción, de suerte que éstos irán consultando en lo futuro cuantas mejoras deban introducirse conforme á las circunstancias que los rodeen y no á las de un porvenir remoto que sólo la imaginación puede presentarnos desde ahora.

Mas si bajo el aspecto de la necesidad, de la conveniencia y de la posibilidad, el dictamen no satisface en mi humilde opinión las exigencias de la materia, ni resiste al crisol de la crítica, mucho menos lo hace en la parte en que examine el asunto á la luz del Derecho constitucional mexicano.

Si yo no tuviera la arraigada creencia de que la Constitución de 57 significa para la Nación el reconocimiento de los derechos naturales del hombre, de esos derechos inalienables que son siempre permanentes y sagrados; si yo no pensara que ese Código político está en armonía con la naturaleza humana cuyas facultades y esencia no nos es permitido variar; entonces diría que nada importaba un precepto legal para una Asamblea meramente consultiva, para un Congreso que no tiene la facultad de dar leyes, sino la de estudiar científicamente las cuestiones sociales cuyo estudio debe ser independiente de la legislación actual.

Pero creyendo como creo que nuestro Pacto fundamental no hace otra cosa que reconocer los derechos que con independencia suya existen en la naturaleza del hombre y procurar que el Estado proteja esos derechos bajo las verdaderas bases filosófico-políticas, no puedo ni adoptar la opinión de la mayoría dictaminadora que pretende no se opona la ley á su propósito, ni procurar tampoco la reforma de la Carta, como lo consulta uno de sus miembros.

El Sr. Pineda ha interpretado perfectamente el texto constitucional, encontrándolo abiertamente opuesto á la exigencia que se propone, cosa que no ha hecho la comisión en su mayoría, porque aquel texto ni gramatical ni mucho menos históricamente, dice lo que infundadamente se le atribuye.

Es muy posible que sea yo quien esté equivocado; pero por más esfuerzos que he hecho no he podido hallar racional el fundamento que la comisión tiene para proponer una tesis tan general como es la de que la exigencia del título para la enseñanza, no pugna con el art. 3º. «La enseñanza es libre. La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio y con qué requisitos se deben expedir.»

Juzga la comisión que en la segunda parte del artículo los mismos Constituyentes reconocen que existen profesiones para las cuales se puede exigir un título, por lo cual fácilmente puede incluirse en su número la del pedagogo. Para fundar su aserción cita diversos textos y palabras de los legisladores pronunciadas con ocasión del artículo; mas en mi concepto, muchos de ellos no están completos y otros son enteramente contraproducentes.

Los legisladores de 1856 tuvieron presente la necesidad en que se hallaba el país de disfrutar de la libertad de enseñanza, y el imperioso deber del poder público, de respetar tan preciosa garantía, así es que las discusiones de entonces son verdaderamente claras y prueban todo lo contrario de lo que se asienta en el dictamen.

Se dice que, «los abogados y médicos sin clientela, los estudiantes ramplones y todos aquellos que no alcanzan éxito en otras esferas del trabajo social, solicitan la dirección de una escuela ó de una cátedra, en espera de mejores tiempos y circunstancias y sólo como un refugio salvador. Y estos advenedizos de la instruc-

ción, maldiciendo de su suerte y de la necesidad que los encadena á la enseñanza, sin las dotes y aptitudes indispensables y sin preocuparse de su reputación pedagógica, pues su propósito único es mejorar de condición en cuanto se presente el momento oportuno, asumen con la mayor sangre fría el carácter de educadores, sin comprender siquiera la grave responsabilidad en que incurren.»

En cambio el constituyente Soto se expresaba en estos términos muy parecidos en la forma y enteramente contrarios en el fondo: «Existen muchos abogados sin negocios; muchas personas de conocimientos profundos en la filosofía pero que carecen de profesión. Los jóvenes de talento que más se distinguieron en los colegios, son tal vez los que han venido por la casualidad ó la desgracia á la situación más lamentable.

Estos talentos cultivados se harán los más útiles á las familias y á la sociedad, porque el profesorado les abre una carrera muy recomendable, y les da ocasión para ensanchar el círculo de sus conocimientos y para difundirlos entre todas las clases. La libertad de la enseñanza las convierte en propagadores de la luz en apóstoles de la ciencia.»

De esta suerte se ve que el orador de cincuenta y seis respetaba el derecho que todo ciudadano tiene para enseñar buscando en la escuela el asilo salvador que la comisión le niega.

Bien quisiera yo que todos quienes se dediquen á dirigir un plantel de educación y enseñanza llenaran cuantos requisitos exige á los maestros la pedagogía moderna; bien quisiera que los adornara el amor al estudio, la paciencia, la laboriosidad, el afecto á la niñez, y el conocimiento de la metodología; pero no puedo desconocer que existe un derecho natural que todo hombre tiene para dedicarse á esas tareas, no tanto en virtud de

hallarse autorizado por el artículo 4º ó por el 3º de la Constitución, sino precisamente porque la libertad de enseñanza es una emanación lógica de la libertad del pensamiento, de tal suerte que si reconocemos que un hombre tiene el derecho indiscutible de manifestar sus ideas cuando no ataca á la moral y al orden público, entonces, señores, debemos reconocer el que también tiene para enseñar al niño, al joven y á todo el que quiera oír sus lecciones.

Por esto creo yo que la exigencia del título para poder enseñar lastima, mata el derecho santo que todos tenemos para comunicar nuestros conocimientos á quienes quieran recibirlos; para manifestar nuestras ideas á quienes deseen conocerlas; para propagar nuestras creencias entre quienes participen de ellas; y mata igualmente el derecho menos sagrado que también todos tenemos como padres de familia, para confiar la enseñanza y educación de nuestros hijos á las personas que merezcan nuestra confianza. Lo más que el Estado puede hacer es obligarnos á darles cierta instrucción prescribiendo el programa obligatorio de la enseñanza primaria; pero no debe convertirse nunca en nuestro tutor para imponernos determinado maestro. El Estado no puede jamás calificar la enseñanza como no puede resolver las cuestiones científicas determinando cuál doctrina es la mejor ó verdadera; y la elección del maestro lleva invívita la calificación de su aptitud la aprobación de sus métodos, la aceptación de sus opiniones que sólo el ciudadano está autorizado para hacer.

Bajo este elevado aspecto coloco la cuestión y no puedo menos de sostener que contra lo que se dice en el dictamen el espíritu del Congreso se manifestó expresamente en favor de una amplísima libertad.

El Sr. Diputado Mata sólo exigía tí-



tulo para determinadas profesiones, entre las cuales de ninguna manera puede incluirse la de maestro de escuela, pues sus palabras quitan toda duda á ese respecto: «Lo que hay que examinarse si es conveniente al país la libertad de enseñanza y si es conveniente que todo hombre tenga derecho á enseñar.

«Si el partido liberal ha de ser consecuente con sus principios, tiene el deber de quitar toda traba á la enseñanza sin arredrarse por el temor al charlatanismo, pues esto puede conducir á restablecer los gremios de artesanos y á sancionar el monopolio del trabajo. Contra el charlatanismo no hay más remedio que el buen juicio de las familias y el fallo de la opinión.

«Á pesar de todas las leyes hay charlatanes que ejercen las funciones de abogado y curanderos sin ninguna clase de estudios.

«La comisión ha creído que no podía tomar más precaución que la de exigir títulos para el ejercicio de ciertas profesiones.

«Por lo demás si hay maestros que ofrecen enseñar en poco tiempo la autoridad debe dejarlos en paz sin sujetarlos á prueba.»

No pueden ser más concluyentes sus palabras: si hay *maestros* que ofrecen enseñar en breve tiempo *la autoridad debe dejarlos en paz sin sujetarlos á prueba.*

Y ¿qué cosa es el título, pregunto yo, sino la prueba más rigurosa que puede exigirse á un candidato?

Indudablemente que el Sr. Mata al exigir título para ciertas profesiones se refería únicamente á aquellas que para su ejercicio lo reclamasen. Hay en efecto una diferencia reconocida por los tratadistas del Derecho Constitucional entre el ejercicio de una profesión y el derecho de enseñar. Puede perfectamente un curandero abrir una academia de medicina, y no puede sin embargo ejercer la profesión que no tiene: ese curandero

que está autorizado para enseñar los mayores desatinos si encuentra necios suficientes que quieran oírlo, no podrá en ningún caso conforme á la Constitución y al Derecho Penal, ejecutar una operación quirúrgica, ni asistir como facultativo médico á la curación de un enfermo.

Tal diferencia proviene de que la ley no puede exigir que el Estado se constituya en Juez de las doctrinas científicas, filosóficas y literarias que los hombres profesan ó defienden, porque no tienen los elementos necesarios para resolver cuál de ellas es la mejor ó verdadera; pero sí puede impedir que se causen males á la sociedad con motivo de la ignorancia de los que ejercen profesiones sin tener título.

Tal diferencia no ha sido claramente percibida por la comisión y de allí ha provenido su error.

En el derecho de enseñar, no predomina la idea de ejercitar una profesión, por más que tenga algunos puntos de contacto; sino la de manifestar el pensamiento. Tan cierto es esto que si como yo sostengo, se entiende el artículo 3º en el sentido de que la enseñanza no sea un ejercicio profesional puede existir el artículo en toda su extensión; mientras que si por el contrario, como se consulta en el dicamen, el derecho de enseñar debe incluirse entre las restricciones del segundo párrafo del artículo, entonces su primera parte se destruye por completo, no puede subsistir, no tiene razón de ser, es un sarcasmo.

«La enseñanza es libre,» pero nadie puede enseñar sin la autorización ó título del Gobierno.

Apoyándome además en la intención manifestada por el legislador, cábeme el gusto de recordar las palabras del Sr. Ramírez quien con el genio que le era propio decía: «Si todo hombre tiene derecho de hablar para emitir su pensamiento, todo hombre tiene derecho de enseñar y de



escuchar á los que enseñan. De esta libertad es de la que trata el artículo y como ya está reconocido el hecho de emitir libremente el pensamiento, el artículo está aprobado de antemano.»

Además, en uso de esa libertad emanada no de una ley más ó menos liberal ó contingente, sino de la imutable naturaleza humana, al niño se le enseña en todas partes, en la escuela, en el hogar, en la calle, y nadie ha pensado en exigir conocimientos pedagógicos á la madre de familia que deposita la primera, las más tiernas y dulces enseñanzas, al mismo tiempo que las más duraderas en los corazones infantiles.

La comisión misma á pesar de su preocupación, no ha podido desconocer esos derechos y dice terminantemente: (leyó.)

«Se nos objetará, por último, que con nuestras interpretaciones hacemos ilusoria la libertad de enseñanza; no, señores Delegados, nosotros y todo el mundo estamos en libertad para enseñar lo que nos plazca; en cada esquina nos será permitido levantar una tribuna y en ella sustentar que Josué detuvo el sol en la mitad de su carrera; que si á cantidades iguales se les quitan ó agregan cantidades iguales los resultados serán desiguales ó que la resistencia opuesta por el agua á un cuerpo en movimiento, no es proporcional al cuadro de la velocidad; si hay hombres bastante necios que se asimilen tales enseñanzas, dignos, muy dignos de llevar en su cerebro la más negra de todas las noches, la noche de la ignorancia; pero si un individuo armado sólo de instrucción tan asombrosa quiere ejercer el santo magisterio á que nos referimos y lucrar con su profesión abriendo para ello el establecimiento respectivo, entonces el Estado, en ejercicio de sus altas funciones y en justo acatamiento á sus deberes, tiene obligación de evitar la burla y el escarnio que los maes-

tros sin título hacen de los padres ignorantes, porque en último análisis, de ese escarnio y de esa burla, participa también el Estado.»

En estas palabras se advierte una lastimosa inconsecuencia: si se reconoce el derecho de levantar en cada esquina una tribuna para enseñar los mayores disparates, no comprendo cómo se niega entonces la facultad de hacerlo de una manera permanente; pues los fines que persiga el hombre al ejercitar sus garantías, nada significan, y así poco importa que se aplique á enseñar por filantropía, por amor al arte, ó por interés pecuniario.

La mejor prueba que el espíritu de los constituyentes fué el de conceder la más amplia libertad, consiste no sólo en la inmensa mayoría de los votos que aprobaron el artículo contra sólo quince que á él se opusieron; sino en la circunstancia muy significativa de haberse admitido una proposición para que se estableciesen jurados populares que juzgasen de la moralidad de la enseñanza que se pudiera dar; pues habría sido inútil y superabundante establecer tan pequeña restricción, si en la mente del legislador hubiera estado el exigir un título profesional que hubiera sido la mejor garantía contra el abuso.

Todas esas consideraciones me convencen de que aprobar el dictamen equivale á volver hacia atrás, á retrogradar más de treinta y cinco años en el camino de la libertad, olvidando tantos y tantos sacrificios como se han hecho para asegurar en México el reconocimiento de las garantías individuales.

Por todo eso, señores representantes, os ruego que voteis en contra del dictamen: no os convirtais en tiranos en fuerza del deseo de haceros pasar por pedagogos.

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. C. Cisneros.

EL C. CISNEROS.

SEÑORES:

Justo y natural temor el que experimento al entrar á un debate de tan notoria importancia, y cuando ya voces muy autorizadas se han levantado por la prensa y en este augusto recinto para impugnar el dictamen que nos ocupa.

La discusión abraza dos puntos que bien pudieran resolverse separadamente. Refiérese el primero á indagar si los intereses públicos exigen título para el profesorado de instrucción primaria, y el segundo á decidir si para satisfacer tal exigencia es ó no indispensable reformar el artículo 3º de nuestro Pacto fundamental.

En mi humilde concepto, el primero de aquellos puntos es el más importante, el más claro y el que mejor cuadra á la índole de este Congreso. A los ataques que con referencia á él acaba de dirigirnos el Sr. Pérez Verdía, se encarga de replicar otro individuo de la comisión, más competente que yo, si es que en algo puedo ser competente, limitándome á manifestar la confianza en que vuestra ilustración resolverá dicho punto en sentido afirmativo. No creo que haya una sola Asamble de pedagogos que se atreva á hacer lo contrario, so pena de cubrirse del más espantoso ridículo.

En cuanto al segundo punto de la cuestión, que entraña un verdadero estudio constitucional, no tengo embarazo en revelar mis temores de que no sea aceptado el pensamiento de la comisión; temores que se acrecientan al ver que no opina como ella uno de sus miembros más ilustrados y el más perito en cuestiones de Derecho público, el Sr. Pineda, quien, dicho sea sin lisonja, es uno de los Delegados que más honran al Congreso. Sus

poterosas razones me han determinado á perseverar en el exámen de la materia; pero no sé si desgraciada ó felizmente, cada vez me confirmo más en la idea de que, como expresó el Sr. Secretario de Justicia en su discurso de 1º de Diciembre de 1889, la declaración de que el profesorado necesita título para su ejercicio cabe en la exégesis del art. 3º de la Constitución federal.

Se asegura que la primera parte de este artículo: «La enseñanza es libre," establece la libertad absoluta de la enseñanza en todas sus formas, sin sujetarla á medidas coercitivas ni preventivas, y que la segunda parte que dice: «La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio y con qué requisitos debe expedirse," no afecta en nada á la primera, porque ésta se refiere á la libertad intelectual y aquella á la de trabajo; y se cita la autoridad de Lastarria para probar que no es lo mismo la libertad de enseñanza que la de profesiones, como «se ve practicamente en Inglaterra, donde se puede enseñar lo que se piensa, sin que se pueda ser abogado ó médico sin título, ó en Bélgica, donde se practica la misma libertad, sin que los exámenes de suficiencia dejen de ser oficiales.»

No habrá, efectivamente, quien deje de distinguir aquellas libertades; pero tampoco quien se atreva á sostener que el libre ejercicio del profesorado escolar no participa al mismo tiempo del carácter de la libertad intelectual y del de la libertad de trabajo ó profesional. En el maestro de escuela se confunde el ejercicio de ambas libertades, porque al enseñar ejerce su profesión, y al ejercerla, enseña; lo que no sucede con las otras carreras,—como las de Médico, Abogado, Ingeniero, etc,—en las cuales el ejercicio de la profesión y su enseñanza universitaria son cosas muy distintas.

La enseñanza puede constituir el ejercicio de una profesión y lo constituye,



cuando menos, siempre que tiene por teatro una escuela ó una cátedra, laboratorios quizá los más sublimes de la humana inteligencia. Pues bien: aunque los constituyentes consignaron en la primera parte del art. 3º la libertad de enseñanza, reconociendo que ésta reviste á veces el carácter de una verdadera profesión y que como tal pudiera necesitarse título para su ejercicio, se apresuraron á agregar la segunda parte que se pretende pasar por alto en el presente debate, reputándola inútil contradictoria y fuera de lugar.

Pero se arguye: si exigimos título al profesorado de instrucción primaria, ¿qué nos quedará de la libertad de enseñanza? ¿qué de la profesional? . . . Pues tendremos el derecho de los padres para buscar maestros á sus hijos, y de éstos para cursar las materias en menos tiempo del señalado; cuando para el caso tuvieren talento y aplicación, el de todos, para fundar escuelas preparatorias ó profesionales, ó Universidades, ó Academias, enseñando en ellas lo que mejor les cuadre; el de los profesores titulados para organizar libremente escuelas de instrucción primaria; y por último, quedará incólume el derecho eminentemente democrático de enseñar, de propagar nuestras opiniones ó creencias políticas, científicas y religiosas, ora en la cátedra, en la escuela, en la tribuna, en el púlpito y también en los corrillos, en las conversaciones privadas, por la prensa y por cuantos medios de publicidad hay conocidos. En suma, disfrutaremos la misma libertad de enseñanza, la misma libertad profesional que consagraron los Constituyentes, con las únicas limitaciones que previeron como indispensables á la salud pública y al bienestar social.

Y fijos bien, señores Delegados, en que aquí no se trata de exigir título á todos los profesores, sino tan sólo á los de instrucción primaria.

Si pues la enseñanza reviste á veces el

carácter de una profesión y conforme á la segunda parte del artículo 3º corresponde á la ley determinar qué profesiones necesitan título para su ejercicio, es incuestionable que puede exigirlo al profesorado de instrucción primaria, que es una de tantas facetas profesionales de la enseñanza.

Objétase, no obstante, que desde el momento en que el referido artículo comienza asentando de una manera categórica que la enseñanza es libre, queda ésta excluida de la restricción preventiva del título á que se refiere la segunda parte. En términos más claros: porque dice «la enseñanza es libre,» *punto final*, ya no es posible exigir título á ésta en ningún caso, ni aun cuando constituya una profesión.

Pero, señores, basta una sola lectura á la Sección 1ª, Título 1º de la Constitución para convencerse de que casi todos sus artículos, al consignar los derechos del hombre lo hacen por medio de una proposición absoluta; y después de un *punto final* añaden las explicaciones, deducciones, ampliaciones, restricciones ó límites del principio general. De aplicar semejante criterio á la interpretación de nuestra Carta Magna, resultaría, por ejemplo, que conforme á los artículos 7, 10, 13, 16 y 21, la libertad de imprenta es ilimitada, que no hay armas prohibidas, que no subsiste el fuero de guerra ni en los casos de disciplina militar, que ningún delincuente puede ser aprehendido infraganti delito, y que la autoridad política ó administrativa no está facultada para imponer ni siquiera una multa de centavo ó reclusión de un minuto. Estas interpretaciones serían tan peregrinas como la que se intenta hacer del artículo 3º, pretendiendo que su segunda parte no afecta en lo más mínimo á la primera.—Pero no: tanto la letra cuanto el espíritu de aquel precepto permiten exigir título á la Enseñanza cuando constituye una profesión y si así lo reclaman los intereses sociales á juicio del



legislador. Los Constituyentes no designaron qué profesiones necesitan título porque no podían ni debían entrar en detalles reglamentarios, y por esto dejaron encomendada á una ley secundaria la resolución del asunto.

Quiénes opinan que la segunda parte del artículo no se compadece con la primera, para exculpar á los Constituyentes, atribuyen á error de algún copista lo que juzgan contradicción manifiesta, absurdo contubernio. No, señores Delegados: los ilustres autores del Código de 57, paramientos sin duda en las razones que acabo de exponer y quizás en otras muchas que escapan á mi pobre inteligencia, unieron ambas partes de una manera consciente y deliberada para que la segunda impidiese los abusos á que pudiera prestarse la libertad de enseñanza cuando ésta constituye el ejercicio de una profesión. Para aceptar la hipótesis de la equivocación de un copista, sería preciso admitir también que tan notorio error pasó completamente desapercibido para los autores del proyecto, los cuales propusieron el artículo exactamente en los mismos términos en que fué aprobado y consta en nuestra Ley Suprema, y que tampoco se fijaron en dicho error los Representantes del pueblo al discutirlo, ni la comisión de estilo, ni por último, el Ejecutivo que la sancionó.

Imposible de todo punto que á ninguna de las numerosas y preclaras inteligencias que laboraron en la expedición de la Carta magna, hubiera dejado de chocar error tan grave, si tal error hubiese existido, imposible! La discusión misma en el seno del Constituyente, comprueba la verdad de mi aserto.

Casi todos los oradores que intervinieron en el debate del artículo 3º (1º del proyecto), casi todos repito, inclusive los miembros de la comisión de Constitución, se refirieron á su segunda parte, y aun algunos la citaron como el único límite que

debía imponerse á la libertad de enseñanza y en defensa de este principio. Para mayor claridad, voy á repetir las palabras de aquellos elocuentes oradores, copiándolas de la obra de D. Francisco Zarco.

*D. Manuel Fernando Soto*, al fundar el artículo, se expresó en los siguientes términos: "Pero señores, aquí no se trata de saber á quién corresponde la elección de autores de asignatura: porque siendo los Estados libres y soberanos, á sus respectivos gobiernos les toca determinar qué personas deben hacer dicha elección.—*Tampoco se trata de saber qué profesiones necesitan título para su ejercicio y cuáles no; esta será materia de una ley orgánica.*"

El señor Balcárcel atacó el artículo "porque temo que abra las puertas al abuso y á la charlatanería, y los padres de familia puedan ser engañados por extranjeros poco instruidos, por verdaderos traficantes de enseñanza, y que así, queriendo quitar trabas á la instrucción, se le pondrán al verdadero progreso."—Al contestarle el Sr. Olvera, dijo que le parecen infundadas y "*cree que la segunda parte del artículo, dejando á la ley que fije los requisitos de los exámenes, da garantías suficientes al bien de la sociedad.*"

Cuando el Sr. Velázquez pidió alguna restricción en favor del Estado, uno de los autores del proyecto, el Sr. Mata, le replicó: "*La comisión ha creído que no podía tomar más precaución que la de exigir títulos para el ejercicio de ciertas profesiones.*"

*El Sr. García Granados* teme á la educación jesuítica y opina: "*Que los que enseñan deben ser antes examinados.*"—*El Sr. Aranda*, con objeto de desvanecer aquel temor, "dice que el artículo sólo deja en libertad á las familias para escoger maestros donde mejor les parezca" y añade: "*La vigilancia del Gobierno aparece en los exámenes cuando se trata de ejercer una profesión, y así lo que queda libre, es*

la elección de los medios de adquirir la enseñanza.»

*El Sr. Lafragua*, Ministro de Gobernación, desea la vigilancia del Gobierno en las escuelas y se opone á la segunda parte del artículo porque «*los exámenes para el ejercicio de las profesiones coartan hasta cierto punto la libertad*»—Y D. Ignacio Ramírez, el maestro nunca bien llorado, se opone á la vigilancia del Gobierno y afirma que «*la segunda parte del artículo no es excepción de la regla, sino su aplicación.*»

*El Sr. Gamboa* se decide por el principio de la Convención francesa: «*Al individuo el culto, á la familia la enseñanza, al Estado la calificación de las capacidades para las funciones civiles.*» Se detiene á exponer el sistema de enseñanza en Francia, y opina que la inspección de la autoridad debe comenzar cuando el individuo quiera ejercer una profesión en servicio de la sociedad.» Y aquí, señores, os ruego me permitais una ligera digresión: no estoy de acuerdo con los que sostienen que esas palabras *funciones civiles* quieren decir *funciones oficiales*, tanto por la acepción propia del término *civil*, cuanto porque el mencionado Sr. Gamboa explica más adelante que se refiere á las funciones que se ejercen *en servicio de la sociedad*, y es indiscutible que en servicio de ésta ejerce las suyas el profesor de instrucción primaria.

El ilustre *Guillermo Prieto*, quien para gloria de la literatura nacional y como ejemplo vivo de patriotismo, alienta todavía, se opuso á la vigilancia del Gobierno, y dijo: «*La comisión en la segunda parte del artículo, reconoce la desigualdad de las inteligencias y no fija tiempo preciso para los cursos, pues esto era querer igualar el vuelo de la golondrina con el del águila.*»

*El Sr. Ramírez (D. Mariano)* manifestó que en un país católico no puede haber completa libertad de enseñanza y

«*que la segunda parte del artículo destruye la primera.*»

El Sr. Arriaga, oponiéndose á la vigilancia del Gobierno, y el Sr. Gamboa rectificando un hecho, cierran la discusión y el artículo es aprobado íntegro por una inmensa mayoría—69 votos contra 15—á pesar de los ataques que el Sr. Lafragua y D. Mariano Ramírez habían dirigido á su segunda parte.

Por último, tres días después del anterior debate, cuando en la anterior sesión del 14 de Agosto de 1856 se discutía la abolición de los monopolios y estancos, el Sr. *Arizcorreta*, orador del contra, expuso que la comisión ya había reconocido antes ciertos monopolios morales en el art 18 del proyecto (3º de la Constitución) al hablar de *títulos profesionales*; y el Sr. *Mata* al contestarlo, «*no pasa por que sean monopolio los títulos profesionales que aseguren el ejercicio de una facultad.*»

Está, pues, demostrado con las citas anteriores, que los constituyentes quisieron deliberadamente que el art. 3º quedase tal como orgullosa lo ostenta nuestra Carta federal; y los que afirman que las partes de que consta son disímolas y contradictorias, inferen á los hombres de 57 dos graves ofensas: haber cometido un dislate al consumir el famoso contubernio, y haber desconocido la necesidad científica y social de exigir título á los profesores de instrucción primaria, con el simple hecho de prescribir la libertad absoluta de enseñanza, sin exámenes ni títulos.

Yo, señores, que admiro y reverencio á los constituyentes y conceptúo su obra como el Código político más perfecto de las naciones antiguas y modernas; yo, que no obstante este respeto profundísimo, aplaudo gozoso las adiciones y reformas merced á las cuales quedaron rotos para siempre los vínculos que unían al Estado y la Iglesia; yo que reconozco la necesi-



dad más ó menos inmediata de otras varias reformas, porque no se me oculta que las instituciones de un pueblo tienen fatalmente que seguir la marcha progresiva de este mismo pueblo; yo, señores, que no me atrevería á defender el orden lógico de los artículos de la Constitución relativos á los derechos del hombre, rechazo con toda energía de que soy capaz aquellas inexplicables y gratuitas inculcaciones: las rechazo, porque los constituyentes al declarar libre la enseñanza, animados por un espíritu de justicia y consecuentes con sus ideas acerca de la libertad de profesiones, quisieron que pudiera imponerse á dicha enseñanza la restricción del título, siempre que revistiera la forma profesional.

Fijémonos, señores, en que no reglamentaron nada de lo relativo á textos, exámenes y títulos y en que dejaron esta labor á una ley orgánica, porque como hicieron notar los señores Soto, Mata y el Nigromante, no deberían ocuparse en minuciosidades. Ellos, para hacer efectiva la libertad de enseñar, procuraron ante todo concluir con la vigilancia constante ó sea con la tutela del Gobierno, con la duración forzosa de los cursos y con el monopolio ejercido por determinada secta religiosa. Este fue el espíritu dominante en la discusión del art. 3.º

Fijémonos, por último, en que los más notables comentadores del Código de 57 no encuentran contradicción en los términos del referido artículo; y entre aquellos figura el Sr. Castillo Velasco, quinto signatario del proyecto de Constitución, quien tampoco hace referencia á la celebrísima equivocación del copista.

Algunos creen que exigir título al profesorado de instrucción primaria, es acabar con la libertad de enseñanza y suprimir la profesional. Antes he procurado demostrar lo contrario. El título no es más que una pequeña restricción á la enseñanza escolar, restricción permitida por

la Ley Suprema, y que demandan con urgencia no sólo los intereses de la Educación pública, sino las nobles y patrióticas aspiraciones de este Congreso que pretende sacar á la instrucción popular del marasmo en que yace, elevándola al rango debido para que México llegue á figurar dignamente entre las primeras naciones del mundo civilizado.

\* \*

La cuestión constitucional que se discute, con ser tan importante de suyo, no tiene, á pesar de todo, tanto interés como la técnica. Me conformaría con que V. H. se sirviese aprobar la primera conclusión del dictamen, esto es, que los profesores de instrucción primaria deben ser titulados. Si no aceptamos este principio unánimemente admitido por los tratadistas, nos exponemos á ser justa y acremente censurados.—En cuanto á si hay ó no que reformar el artículo 3º para exigir aquel título, asunto es cuya resolución legal compete al Congreso de la Unión.

Sin embargo, se nos ha hecho una pregunta y obligados estamos á contestar. Para hacerlo concienzudamente, estudiemos el asunto sin perjuicios ni consideraciones personales. Si este Congreso da un paso en falso, el ridículo que sobre él caiga no redundará ciertamente en honor de la República.

Antes de concluir, permitid que torne á llamar vuestra atención sobre el hecho importantísimo de que, en cuanto al punto capital, en cuanto á que es indispensable amparar con el título al profesorado de instrucción primaria, estamos de acuerdo, enteramente de acuerdo, el Sr. Pineda y los que formamos la mayoría de la comisión. Nuestra desconformidad respecto del otro punto que para los fines de este H. Cuerpo bien podría considerarse como secundario, puesto que sólo versa sobre la interpretación de un ar-



título constitucional, no debe, pues, servir de razón, qué digo, ni siquiera de pretexto para que el dictamen no sea aprobado en lo general. Cuando en lo general se trata de pronunciarse en pro ó en contra de una cuestión cualquiera, sus ideas ó principios fundamentales son los únicos que deben decidir el voto; nunca los anexos ó secundarios.

Señores Delegados: al emitir vuestro voto, consultad vuestra conciencia; penetraos de lo trascendental y delicado de la misión que desempeñáis, y pensad, ante todo, en dejar bien puesto el nombre de México.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Lic. Lombardo.

*DISCURSO pronunciado por el Lic. Alberto Lombardo en el Congreso de Instrucción, la noche del 13 de Enero de 1890.*

Es verdaderamente una audacia en mí tomar la palabra en esta reunión de personas ilustradas y competentes. Yo no soy pedagogo; no tengo sino ideas generales en materia de educación; debía yo ser el último que diera su opinión en este recinto. . . . Mas la cuestión que se debate actualmente no toca sólo á la pedagogía: se roza con las más altas cuestiones del derecho constitucional; exige más que otra alguna se tomen en ella en cuenta las necesidades especiales de un país que es el nuestro y el cual todos conocemos; se halla, por último, en relación con ciertas máximas sociológicas ya muy difundidas en virtud de escritos de varios autores notables. He creído, pues, contando con vuestra indulgencia, que podía exponer algunas observaciones, aunque sometiendo éstas, como desde luego las someto, á la piedra de toque de vuestra sabiduría.

La comisión que ha presentado dicta-

men sobre títulos nos ha manifestado en un estilo correcto y ameno, una buena serie de verdades importantes. La educación es una ciencia y un arte, ha dicho; para la enseñanza se requieren profundos conocimientos y una vocación decidida; se necesita tener noticia de todos los sistemas, métodos y procedimientos, saber cómo se organiza y dirige una escuela, cómo se desempeña una cátedra, cómo se forma un programa. Es indispensable darse cuenta exacta de la naturaleza del niño, del carácter especial de cada alumno, del modo como se desarrollan las facultades; se debe saber que la naturaleza presenta al investigador antes lo concreto que lo abstracto, antes los hechos y fenómenos que las leyes y principios, antes el todo que sus partes. De estos antecedentes infiere la comisión, y con bastante exactitud, en mi concepto, que se debe exigir título al profesor de primeras letras, título, que si no da la ciencia, la hace al menos presumir, es decir, establece cierto número de probabilidades en favor de que la educación que reciben los niños será una educación fructífera y eficaz.

Pero esta conclusión, que es buena en un sentido teórico, puede luchar con algunas dificultades en el terreno de la práctica. Nosotros no podemos improvisar recursos para la instrucción pública; carecemos por desgracia de esas varillas mágicas con que en los cuentos de hadas se transforman los desiertos en jardines poblados de árboles que producen diamantes y otras piedras preciosas. Si atendemos á la situación actual de la mayor parte de los Estados de la República, pronto nos convenceremos que el precepto de exigir títulos va á ser casi imposible, y que si llegara á realizarse sobrevendrían serios trastornos y tal vez la pérdida de los pocos elementos de instrucción que poseemos.

Voy á tomar como ejemplo el Estado de Guerrero, que es el que tengo la hon-

ra de representar. Hay en el Estado, según noticia que me ha sido suministrada por el C. Gobernador y que pongo desde luego á disposición de esta Asamblea, 401 escuelas, en las que se gasta la cantidad de \$67,911. 47 centavos, suma ya bien considerable para los recursos con que cuenta el Estado y que no será posible aumentar en algún tiempo. Pues bien, á pesar de los sacrificios que se imponen aquellos habitantes para la educación popular, sacrificios que, en proporción á los recursos, no son superados en ninguna de las entidades federativas de la República, los sueldos que pueden pagarse á los profesores de primeras letras, son los que los señores representantes van á oír á continuación: «La instrucción pública primaria está dividida en tres clases: los directores de las escuelas de primera clase disfrutan sueldo de \$360 á \$ 720 anuales: los de segunda clase perciben sueldo de \$240 á \$480 también anuales: los de tercera clase tienen de sueldo anual de 36 á 180 pesos.»

Ahora bien, señores, yo pregunto: ¿no es una ilusión, no es enteramente un sueño, querer que profesores titulados vayan á ganar tres pesos mensuales en los últimos confines de la República, en pequeños pueblos donde casi no se encuentran ni los elementos más indispensables para la vida? ¿Dónde están esos cuatrocientos profesores titulados que el sólo Estado de Guerrero exigiría y que se conformarían con las exiguas dotaciones asignadas en el presupuesto? La comisión nos habla de los alumnos de las escuelas normales; pero qué, un joven que ha gastado en estudiar varios años de su vida, que ha aprendido idiomas, matemáticas, física, química, geografía, historia, teneduría de libros, economía política, gimnasia, música vocal, dibujo y algunas otras asignaturas, ¿va á conformarse con ganar un corto sueldo en un lugar apartado? Mejor se queda en México, de escribiente ó en alguna otra

ocupación. Aquí se hallan en el Congreso dos directores de escuelas normales, el Sr. Seriano y el Sr. Rébsamen; yo les preguntaría, ¿cuántos de sus discípulos estarían dispuestos á ir á ganar, no tres, sino 10 ó 20 pesos mensuales? Su contestación es fácil presumirla. Me van á responder que ninguno.

Esta es, señores, la situación del Estado de Guerrero, situación de la que participan una gran parte de los Estados de la República; esta es la triste realidad, realidad á la cual tenemos que sujetarnos: porque nosotros no constituimos aquí una academia, en la que únicamente vayan á tratarse las cuestiones por amor á la ciencia; no somos una reunión de filósofos que vayamos á escribir un libro sobre pedagogía y á indicar teóricamente los medios mejores de constituir una escuela; no somos una reunión de poetas que tratemos de entonar una serie de himnos ú odas á la enseñanza y á sus beneficios; somos un Congreso, y quien dice Congreso quiere decir una reunión de hombres prácticos. El Ministerio de Instrucción Pública que nos dirige preguntas, los Gobernadores de los Estados que están dispuestos en convertir nuestras decisiones en leyes, sin duda que no se preocupan de la parte ideal, sin duda que lo que desean son resoluciones que puedan ser llevadas á la práctica, que puedan mejorar la situación de los diversos territorios colocados bajo su mando. Mas para que esa mejora no se quede sobre el papel, es preciso que atendamos á las circunstancias especiales de la nación, es preciso que no nos subamos á las nubes, es preciso que no estemos proponiendo leyes para un país imaginario, sino que tengamos sobre todo en cuenta la tierra que pisamos y el pueblo que distinguimos en nuestro derredor.

La comisión va sin duda á contestarme que todos estos argumentos han sido ya tomados en cuenta, porque en efecto los



señores que la forman, previendo la fuerza de semejantes objeciones, han dejado en el dictamen una pequeña puerta por donde poder escapar. Pero la puerta es demasiado estrecha para que nosotros nos conformemos con ella. Dice la parte resolutive del dictamen: La ley fijará los casos de excepción forzosa. Excepción, si no entiendo mal el idioma, se refiere al verlo exceptuar, y exceptuar quiere decir excluir de la regla común. De suerte que, según la comisión, los profesores con título deben constituir la regla general y solamente en casos muy raros podrá dispensarse el indicado requisito. Mas yo sostengo que, si hemos de atender á las circunstancias especiales de la nación, solamente en algunos casos podrá nombrarse profesores con título; allí donde haya centros de población con todos los recursos suficientes para poder pagar á un maestro de esa categoría; pero en los pequeños pueblos, en las haciendas, en las municipalidades de cortos recursos, habrá que conformarse con lo que sea posible obtener; y esos pequeños pueblos, esas haciendas, esas municipalidades de cortos recursos constituyen la regla general en la República. La comisión, pues, ha equivocado los términos; ha llamado excepción lo que es regla, y ha denominado regla lo que no puede ser sino excepción.

Las ideas emitidas en el dictamen tienen además otro inconveniente; son manifestamente anticonstitucionales. Para aceptarlas, habría que reformar el art. 3º de la Carta Fundamental que nos rige: mientras ese artículo subsista tal cual hoy está redactado, es imposible avanzar en la dirección que se nos indica. Se recuerdan sin duda las palabras del texto de la Constitución: «La enseñanza es libre.» Libre quiere decir lo que no tiene sujeción, lo que no tiene restricciones, lo que no tiene trabas de ninguna especie, y evidentemente es una restricción para la enseñanza exigir título á los profesores. Cuando

la ley es clara, dice un axioma jurídico, no necesita interpretación, y tal es el caso del art. 3º del Pacto Fundamental; las palabras *enseñanza es libre*, las comprende cualquiera con sólo consultar un diccionario. Considero, pues, enteramente superfluo entrar á inquirir cuál fué el espíritu de los Constituyentes al sancionar el expresado precepto y para esto analizar minuciosamente cada una de las frases que fueron proferidas al discutirse el artículo. Mas si se quiere absolutamente que entremos en ese terreno, me parece que las palabras del Sr. Ramírez, quien hacía deribar la libertad de enseñanza del derecho que tiene todo hombre á emitir libremente el pensamiento; me parece que las palabras del Sr. Mata, quien sostenía que el partido liberal debía ser consecuente con sus doctrinas y principios y quitar toda traba á la enseñanza, sin preocuparse por el charlatanismo; me parece que las palabras del Sr. Gamboa: «al individuo el culto, á la familia la enseñanza, al Estado la calificación de capacidad para las funciones civiles,» me parece que las pintorescas palabras del Sr. Prieto: «querer libertad de enseñanza y vigilancia del Gobierno es querer luz y tinieblas y tener miedo á la libertad;» me parece, por último, que el pensamiento del Sr. Arriaga, quien consideraba la libertad de enseñanza una consecuencia necesaria y precisa de la libertad de cultos; todo esto, creo, da suficiente luz sobre el asunto, todo esto hace comprender que nunca fué el espíritu de los Constituyentes imponer restricciones á una de nuestras principales libertades públicas. Había ciertamente en el Congreso de 57 algunas personas tímidas y otras de ideas menos avanzadas; pero nunca las resoluciones de aquella Asamblea fueron tomadas por lo que dijo esa minoría, y querer interpretar de esa manera el texto de la Constitución, es querer interpretar el Corán por lo que dijeron los que persiguieron á Mahoma, ó



querer exponer el Evangelio por lo que manifestaron los primeros heresiarcas.

Mas esta cuestión constitucional ha sido ya debidamente examinada por la anterior comisión que dictaminó sobre títulos y no haría yo sino incurrir en repeticiones. Paso, pues, á examinar la cuestión bajo otro punto de vista. Para mí el principal defecto que tiene el dictamen es que trata de restringir la iniciativa privada, pues no sólo exige título á los profesores del Gobierno sino también á los particulares: Ahora bien, yo soy completamente opuesto á que se pongan trabas en manera alguna á la iniciativa del individuo, pues, en mi concepto, ninguna intervención gubernamental puede suplirla. Como aquí se trata de una verdad sociológica y política de la mayor importancia, los señores representantes me permitirán me detenga un poco á fundarla.

La iniciativa privada ha hecho mucho y bien: ella como dice Spencer, ha desmontado y fertilizado los campos, edificado las ciudades, descubierto las minas, trazado los caminos de hierro con sus trabajos de arte; ella ha inventado y perfeccionado el arado, la máquina de vapor, la prensa, los innumerables instrumentos y utensilios; ella ha construido los navíos y las fábricas; ella ha fundado los bancos, las compañías de seguros, los diasios; ella ha cubierto el mar de una red de líneas de vapor y la tierra con una red eléctrica. En resumen, la iniciativa privada ha conducido á la agricultura, á la industria y al comercio, á su prosperidad presente. En cambio la intervención del Estado no siempre ha sido tan feliz: para la guerra se inventan en todas las naciones del mundo sacos y cartucheras cuyo peso es absurdo y trajes de color que son un blanco excelente para los tiradores enemigos; en la marina se han visto en la nación más adelantada, Inglaterra, fragatas, como la *Megera*, que gastan para ir al Cabo dos veces más tiempo que

un vapor de comercio y transportes de tropas, como la *Carlota*, que emplean más de tres meses en llegar á su destino; en ferrocarriles, el ojo oficial de todos los gobiernos, no ha podido impedir que constantemente se desplomen puentes y se precipiten los trenes en las barrancas y en los ríos; en administración de justicia, las leyes sobre quiebras de todos países han tenido por único resultado hacer que financieros fraudulentos puedan arruinar familias por millares y que los acreedores tengan en los concursos por única perspectiva dilaciones multiplicadas y al fin un dividendo miserable. No quiero seguir en una enumeración que exigiría un libro; bastará para mi objeto, tratándose de personas tan ilustradas como son los señores representantes, hacer un ligero paralelo entre los efectos obtenidos por la iniciativa del individuo y los debidos á la intervención del poder público. Se trató hace algún tiempo en Inglaterra de conducir el Río Nuevo á Londres: la más rica corporación municipal del mundo intentó esta obra y no obtuvo éxito; un particular, sin ayuda de ninguna especie, la llevó a cabo. En la misma nación William Smith dió cima por sí solo á un trabajo científico notable, la carta geológica de la Gran Bretaña; en compensación, para la carta del Estado Mayor, trabajo oficial, han sido precisas tres generaciones. La Academia francesa con sus cuarenta miembros, tardó 26 años en redactar el diccionario francés; El Dr. Johnson, entregado á sus solos esfuerzos, empleó menos de la tercera parte de este tiempo en formar el diccionario inglés. En Penkhurst, el Estado hizo fuertes gastos en corregir jóvenes criminales y no corrigió á ninguno; Ellis tomó 50 landroneillos de Londres, los que la policía consideraba como más incurables, y los corrigió á todos. A cada paso se observan las maravillas debidas á la iniciativa privada. El abastecimiento de las ciudades, ¿se ha reflexionado algu-

na vez en la dificultad de resolver ese problema? Cada familia debe recibir lo que necesita y lo que desea: para ello son indispensables una extraordinaria variación en los arribos de mercancías, un asiduo cuidado con los efectos que pueden echarse á perder, una complicación inmensa en la obra de distribución. Los esfuerzos de ningún gobierno serían capaces de llevar á feliz término una empresa semejante. . . y sin embargo, gracias á la iniciativa individual, el ran, la leche, la carne, los demás alimentos llegan cuotidianamente á nuestras puertas por una circulación cuyos latidos son tan regulares como pueden ser los de nuestro pulso.

Esta poderosa fuerza social es la que la comisión trata de entorpecer, es la que la comisión trata de desterrar de la enseñanza. ¿Y por qué motivo? ¿Las materias de educación se hayan acaso exentas, se hallan acaso fuera del alcance del gran principio sociológico que acabo de fundar? De ninguna manera. Vemos por el contrario que las universidades alemanas han debido en gran parte sus progresos á los profesores privados que en ellas existen; vemos que los exámenes exigidos por el acta inglesa sobre marina mercante no produjeron otro efecto que el alejar de las empresas de mar á los capitanes de buques más hábiles y experimentados. Las materias de educación se hallan sujetas á la regla general. El mayor progreso en cada país corresponde siempre á la mayor libertad que cada uno tiene para enseñar lo que sabe por el método que le parece más oportuno.

Voy á concluir, y antes de efectuarlo, creo que debo hacer un ligero resumen. El dictamen de la comisión, lo creo utópico, lo creo anticonstitucional, lo creo opuesto á los sanos principios sociológicos y políticos. Por su olvido completo de las circunstancias especiales del país, puede atraer sobre este Congreso la crítica de la prensa y de la opinión ilustrada de

la República; porque nada se presta tanto á la crítica como las equivocaciones, y se equivoca siempre el que pierde de vista la tierra que pisa, el que cree como el héroe de Cervantes, que los mesones son castillos, que los venteros son gobernadores de fortaleza, y que las mozas que acompañan á los arrieros son doncellas ó princesas. El dictamen exigiría que nuestra Carta Fundamental fuese reformada, y semejantes reformas sólo pueden intentarse en nombre de intereses ó principios cuya gravedad sea evidéntísima y que se hallen fuera de toda discusión; porque la Constitución no es uno de esos pedazos de papel, no es uno de esos borradores que cada uno de nosotros hacemos en nuestros despachos que pueden estarse acribillando á cada momento por la metralleta de la enmienda: es una obra respetable, es una obra que se considera bien meditada y cuya afirmación ha costado al país raudales de sangre. El dictamen, por último, invade demasiado el dominio privado, y éste es un precedente tiránico que nosotros no debemos aceptar en ningún caso y que además traería perjuicios considerables. Por todas estas razones juzgo que debe ser reformado el trabajo de la comisión. Verdadera pena me ha causado haber tenido que tomar la palabra en el sentido que lo he hecho; porque los señores individuos de la comisión, además de la notoria ilustración de todos ellos, son todos amigos á quienes altamente aprecio y estimo; pero precisamente á los amigos, precisamente á las personas ilustradas son á los que puede decirse lo que uno cree: el ignorante rehusa la contradicción, el inteligente por el contrario la desea, ó como un medio de reformar sus ideas, si hay en ella razón, ó para que aparezca su brillante modo de razonar, en caso contrario. Por eso me he atrevido á manifestar lo que yo considero una verdad. Las verdades son tal vez al principio desagradables; pero siempre aprovechan: á ellas

puede aplicarse con toda exactitud la hermosa comparación de Shakespeare sobre la adversidad:

Son como el escuerzo, venenosas, horribles,  
Y, sin embargo, llevan sobre la cabeza una piedra  
(preciosa)

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

Luis E. Ruiz.—Secretario.

#### SESION

Del día 16 de Enero de 1891.

PRESIDENCIA DEL C. DR. MANUEL FLORES.

Asistencia de los señores representantes Agnilar, Baz, Cervantes J., Cisneros, Correa, Rodríguez y Cos José María, Díez Gutiérrez, Ferrari, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Nicoli, Osoy, Pineda, Mateos; Reyes Spíndola, Serrano, Carrillo, Rodríguez y Cos Miguel, Ruiz, Schultz y Sierra; y Directores Alvarez G., Gutiérrez N., Lascrain, Olmedo, Salazar y Salinas y Zayas.

A las seis se pasó lista de representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez, para la lectura de un dictamen.

EL C. GÓMEZ.

V.—¿Qué materias de la enseñanza elemental obligatoria necesitan texto para su enseñanza, y qué condiciones deben reunir los textos que se adopten?

SEÑORES REPRESENTANTES:

En el dictamen que sobre *sistemas, métodos y procedimientos* tuvimos la honra de presentaros, y que bondadosamente aceptásteis en lo substancial, después de una ilustrada discusión, pusimos de manifiesto la importancia del *método*, y con grande esmero cuidásteis de señalarle estos dos caracteres esenciales, íntimamente unidos: *transmisión de conocimientos*, y *desenvolvimiento integral de las facultades*; pero bien sabemos ya cuán difícil y complicado es para el maestro obtener ese *desenvolvimiento*, puesto que no es posible poner en ejercicio á todas simultáneamente, ni á una sola facultad con exclusión de las demás; ni siquiera es posible utilizar con cada alumno una misma forma del procedimiento aceptado por el maestro, sino que es preciso emplear la que más cuadre al estado psíquico del niño. De aquí la necesidad de prescribir la forma que más se adapta á los distintos individuos, á las varias circunstancias y á los diversos estados de desenvolvimiento de cada una de las facultades del alumno: esta es la forma *socrática*.

Si, pues, el maestro ofrece tantas variantes de acomodación metódica en el ejercicio de la enseñanza aun con el mismo alumno, ¿podrá alcanzar tanta variedad el inflexible texto, siempre mudo á las objeciones, y siempre constante en sus palabras? ¿Podrá cambiar su forma sencilla si es desdeñada por el de lenguaje más elevado? ó al contrario, ¿podrá el texto hacerse más vulgar cuando su autor, por propiedad del lenguaje, por hábito de bien hablar, ó por deseo de prestigiarse literariamente, contenga palabras más cultas? Esto es imposible; así lo conoció con su ilustrado juicio el actual Congreso de Instrucción, y por esto se ha admitido como única y verdadera enseñanza la que se adquiere en el ejercicio recíproco entre maestro y alumno, esto



es, sólo aquella que mana de los labios del maestro y llega á penetrar en el alma del niño, anunciada por los sentidos y presentada á la inteligencia por la reflexión: en una palabra, sólo por medio de la clase ó lección oral. Pero de esto, á suprimir el texto y en todo, hay un abismo; abismo en el que se han precipitado como atraídos por el vértigo, aquellos que sin la experiencia de una larga práctica en la enseñanza, creen salvada ésta preceptuándola oral, sin distinguir que una casa es la generación del conocimiento en la escuela, y otra los medios ó recursos que debe emplear el maestro para asegurar en el niño la firmeza del conocimiento, formulándose breve, clara y fácilmente: una cosa es el alma de la enseñanza, la voz viva del maestro, y otra distinta es el memorandum de las nociones recibidas, la clave del tecnicismo científico, el vocabulario que corre fluído al calor de la conversación entre el profesor y el alumno y que viene á solidificarse en los espacios fríos de la memoria. Ciertamente que es mil veces perjudicial la suplantación del maestro por el libro de texto, porque sustituye el ejercicio del raciocinio por el de la memoria inconsciente, la enseñanza racional por el dogmatismo; pero esto no quiere decir que el texto sea perjudicial, sino el abuso de que de él se hace.

Así, todos los escritores didácticos, para evitar estos males hasta donde es posible, han sentido desde inmemorial época, la necesidad de ilustrar sus textos con ejemplos y explicaciones, correspondiendo el éxito al orden y enlace de la materia á la forma que más se aproxime á la que emplearía oralmente el buen maestro, y á los recursos más ó menos ingeniosos para producir una noción clara y duradera. En una palabra, los textos mejores fueron aquellos que, observando el buen método, estaban enriquecidos con

buenos procedimientos, para suplir de algún modo al maestro.

Pero nótese bien que tales libros no podrían ser interpretados sino por inteligencias despiertas; y en tanto facilitaban la enseñanza, en cuanto que un hábil profesor, pues la aptitud é inteligencia humanas no son peculiares de un solo tiempo ni de un lugar solamente, despertaba á la luz enviada por un ingenio superior y la cual refleja después en su enseñanza. Éxito semejante no era del texto, sino de su intérprete, de su apóstol, del maestro. Y tan es así, que todos recordamos con agrado y con dulce tristeza, las peregrinas expresiones que se pronunciaron en clase á propósito de una cuestión difícil, las cuales dieron á veces una cruel celebridad á su inexperto autor, y servían de alerta á los estudiantes posteriores para no caer en tal peligro. ¡Cuántas veces la salada frase del profesor fijaba para siempre nuestro desacertito! ¡Cuántas el rebelde y sordo aplauso que halagó á nuestro oído, viene á resonar lejano en azarosos días, renovando su recuerdo un nombre, una cifra, un hecho que, como en misteriosa síntesis, nos produce un útil conocimiento! Siempre será una asociación de ideas ó sensaciones, pero nunca el texto aislado, lo que asegure quizá para siempre, los preciosos tesoros confiados á nuestra memoria.

Si, pues, el libro es insuficiente para el niño, ¿bastará el maestro? No son nuestros modelos los antiguos filósofos, porque éstos enseñaron hombres y no niños; y en la edad adulta, por la persistencia de la atención puede su recuerdo ser más firme, pues las facultades todas aumentan y se robustecen con los niños.

Hoy, en la variada enseñanza que exige la preparación para la vida y la ciudadanía, preparación casi fugaz con relación al promedio de la edad actual del hombre; no podemos entregar á la versa-

tilidad natural del niño los preceptos de la ciencia, las reglas del arte, los consejos de la experiencia, la previsión del saber. Esto sería pretender conservar sobre un fresco y pujante tronco, la huella débilmente trazada en su blanda superficie. ¿Repetiremos entonces una noción muy frecuentemente, para grabarla muy hondo en la tierna inteligencia del niño? Así creen algunos que se da la enseñanza oral y se envanecen de la supresión de textos: apenas puede concebirse haya quienes toleren semejante procedimiento, y lástima que los niños no puedan formular su protesta contra monotonía tan abrumadora! Sólo la verdadera enseñanza, la animada del maestro, la que el niño alegra con su vivacidad, la que perturba con sus atrevidas preguntas que á veces nos sorprenden y anonadan, esa es la única que conservando la esencia del conocimiento, vería hasta el infinito sus formas verbales; pero ¿tenemos tiempo en la escuela para dar la instrucción y aplicar á ella las múltiples formas del lenguaje? ¿Es esto posible con nuestro programa y el tiempo de su desempeño?

Señores, hoy se vive muy aprisa, y la vida social y de cada época se sintetiza y se ejemplifica en la escuela; semejante nuestra enseñanza á la luz que pinta en la placa de cámara oscura la imagen fugitiva de una realidad externa, necesitamos fijar la imagen para que se reproduzca hasta el infinito; y sólo el texto obra esta maravilla, y sólo el texto reproduce, sin fin nuestra enseñanza: él hace reaparecer la doctrina magistral tan pronto como la necesite el discípulo, donde quiera que se consulte y á la hora que se le llame: es el auxiliar más fiel del maestro, algo más, es su propio guía. Mañana, cuando nos propongamos volver sobre nuestra enseñanza, ¿queréis que podamos enunciar un principio con igual precisión y siempre con la misma felicidad? Proponemos darnos en este momento idea de alguna ley

científica, de algún fenómeno el más común, y decidnos sinceramente si siempre sereis tan breves y precisos cual conviene. ¿No en el silencio y soledad del estudio elegís los términos, consultais autoridades y enmendais proposiciones? pues ¿por qué hemos de pedir á niños lo que no aceptaríamos se exigiera á nosotros? Si alguien replicara que el mismo maestro formule por breves apuntamientos su enseñanza, no la comisión, sino vuestra experiencia os dirá si todos somos capaces de escribir textos, si acaso tenemos por el hecho de ser maestros, todas las cualidades posibles é imaginables! Además, todos podemos comparar la diferencia de estimación, las distintas sensaciones que nos causan los papeles manuscritos, siempre de suerte escasa, con los atractivos é incitantes del libro bien impreso.

Fijándonos en las condiciones puramente didácticas del texto, veamos cuál es el criterio que ha normado las resoluciones respectivas del presente dictamen. Establecido ya que el método aceptado consiste en ordenar y exponer las materias de enseñanza, de tal manera, que nos sólo se procure la transmisión de conocimientos, sino que á la vez se promueva el desenvolvimiento integral de las facultades de los alumnos; y como quiera que la segunda de estas condiciones no la puede satisfacer la invariabilidad del texto, toca á éste solamente conservar conocimientos, siendo preferibles aquellos textos que contando con el libro destinado al maestro, proporcione á éste las suficientes noticias y los mejores procedimientos para su idónea interpretación.

Y ahora que se trata de uniformar nuestro sistema escolar, y que se hace indispensable acudir en auxilio de nuestros maestros aun los más alejados del movimiento reformador de la enseñanza, es necesario que además de los buenos textos, se escriban por quienes saben y consagran su cariño á la niñez, guías meto-



dológicas que hagan populares los buenos métodos y faciliten la enseñanza al maestro. Pero como no sería posible, en vista de nuestras circunstancias, que nuestros editores ó autores quisieran comprometer el éxito pecuniario de una publicación semejante, llenaría este fin, y otros no menos importantes, como el coleccionar y dar á conocer las leyes y decretos del Gobierno Federal ó de los Estados, para provechosa instrucción de todos los que están con los ojos puestos sobre la suerte de la enseñanza, un *Boletín Nacional de Instrucción Pública* gratuito para los profesores, y el cual fuese como el periódico oficial en tan importante ramo; los Estados á su vez publicarían el suyo, así estableceríamos los mensajeros constantes del progreso pedagógico, y esos periódicos pudieran ser las mejores visitas que recibieran con ansia tantos maestros pobres que no pueden adquirir una Biblioteca, ni por sus recursos que son nulos, ni por noticias de la existencia de obras ó disposiciones escolares de otras partes, á causa de su aislamiento. En ese Boletín los maestros y los inspectores cumplidos y competentes podrían publicar sus informes ó memorias; los maestros sus interpellaciones ó dudas; y los autores de textos, sus advertencias, explicaciones ó guías.

Establecido, pues, lógicamente, que la enseñanza oral es la mejor forma del método que ha de emplearse en la escuela, y demostrada la necesidad del texto, vamos á estudiar las condiciones de éste. Pero bueno es recordar antes, que nunca, ni en la adquisición del conocimiento por el hombre ó sus aplicaciones por el sabio, ni en la transmisión de los conocimientos por el maestro, ni en el desenvolvimiento de facultades por el alumno, basta para conseguirlo plenamente recorrer el camino, *método*, que conduce á una verdad, desde su principio á su conclusión, de su génesis á su exégesis; sino que es preciso

regresar, volver por ese mismo camino ó método recorrido; en una palabra, es necesaria la comprobación: solamente así obtendremos la certidumbre. Ahora bien, la marcha progresiva se comprueba por la regresiva, la análisis por la síntesis, la forma inductiva por la deductiva, la comprensión por la expresión, el dogmatismo por la experiencia, y en nada como en la enseñanza se advierte esta necesidad, este indispensable complemento de una manera de recorrer el camino por la contraria. Esta comprobación que es la que debe fijar el libro, es de todo punto necesaria para que el maestro tenga conciencia de que el discípulo está en posesión del conocimiento, pues raros son los casos y materias en que vayan paralelas y como superpuestas la enseñanza del profesor y las nociones del texto; porque no hay que olvidar el carácter lógico de éste, y que la práctica de *explicar* antes la lección del día siguiente, si bien ha sido un avance con relación al antiguo abuso del libro, no es la mejor manera de proceder, aunque ha servido de precursora á la que hoy la pedagogía exige.

Verdad es que los medios mismos de comprobación varían muchísimo, según la materia y aptitud del profesor; pero esas verdades conquistadas y depuradas en la comprobación, son las que ha de atesorar el texto.

En tal virtud, si en la enseñanza oral hemos hecho que el niño comprenda, y con él hemos adecuado el lenguaje, esta forma verbal á que se llegó debe fijarla el texto.

Si en la clase, por una serie de inducciones llegamos á una proposición general, esta es la que debe constar en el libro, y nunca la serie de inducciones que sólo son útiles cuando se alcanzan por actividad propia.

Si en nuestra enseñanza hemos aplicado un examen minucioso de un todo para estudiar su estructura ó los elementos de



que consta, esto es, si hemos procedido por análisis; el texto, incapaz de fijar la atención del niño haciéndole comparar y distinguir los objetos ó fenómenos, sólo debe presentar la *síntesis*.

Si la experimentación, por su esencia real y práctica, sólo puede existir en la naturaleza y presidida por el experimentador, en la escuela por el maestro; al libro le toca ser verdaderamente dogmático.

Por último, pretender que los mismos caracteres de la enseñanza oral, toda vida y actividad, correspondan al texto, inerte é invariable, es querer suplir el maestro con el libro; y esto es un error ya condenado enérgicamente entre nosotros.

Luego en cuanto al método, el libro, dogmático por naturaleza, debe ser analítico ó sintético según que la enseñanza se proceda por síntesis ó análisis; debe contener proposiciones deductivas, esto es, principios generales y los particulares que les están subordinados; debe constar de las definiciones, últimos conceptos á que se llega en la enseñanza oral.

Sólo por excepción, y en las materias que por su índole exijan menos del razonamiento, contando más con el apoyo de la imaginación y la memoria, pueden los textos, en el orden de la exposición, marchar paralelamente y á veces hasta uniformes, con la enseñanza oral del maestro.

Resultan como consecuencias de lo anterior: *brevedad, claridad y precisión*, y por tanto, facilidad hasta económica para realizarlos. Tal es el libro para el discípulo.

Claro está que el libro para el maestro es enteramente inverso: contiene la exposición razonada de la enseñanza, además de la parte doctrinal; tales libros indican al maestro un facsímil de procedimiento para que así él norme su enseñanza, sin que nada de esto corresponda al niño.

Libros semejantes, cuando carecen de las indicaciones pedagógicas conducentes, bien merecen el título que algunos llevan: *Libro para aprender sin maestro, tal cosa*; puesto que en él se le suple por medio de claros y detenidos razonamientos, estampas, diagramas, sinopsis y rica variedad de ejemplos. Tales libros, voluminosos de por sí, muy propios para consulta ó para el objeto á que se destinan, no deben ponerse en manos de los niños.

\* \*

Réstanos determinar en qué años y materias debe emplearse el texto, en conformidad con el programa aprobado.

Empezaremos por eliminar el de aquellos ramos de enseñanza que no han menester texto para el alumno, aunque sí necesitan de buenas guías para el maestro en todos los años: tales son las *lecciones de cosas*, si bien éstas pueden tener un auxiliar poderoso conteniendo el libro de lectura las estampas correspondientes, con solo muy pocas palabras al principio, y reducidas leyendo después; la *Aritmética*, que sólo necesita de una bien graduada serie ó recopilación de problemas; las nociones prácticas de *Geometría*, puesto que éstas se han de adquirir por ejercicios intuitivos, y su práctica se hará por ejercicios de *Dibujo*, con el cual se han de relacionar la enseñanza del *lenguaje* y las *lecciones de cosas*. El alumno tampoco necesita texto para el *canto*, porque éste, según el programa aprobado se aprenderá exclusivamente por la *audición*, ni menos para la Gimnasia, que es enteramente práctica al mando y cuidado del profesor.

Descendiendo ahora á cada uno de los años, no es posible señalar otro texto en los dos primeros, que el libro de lectura, en atención á que los conocimientos que se le suministran al niño son muy elementales, especialmente en el primero, en que ignora completamente la lectura y la escritura; sin embargo, no son éstos

los únicos conocimientos á que debe referirse el libro, caben en él perfectamente las figuras que, como ya hemos dicho, se relacionan con las *lecciones de cosas*; y aquellas estampas que representan diversos asuntos para la aplicación de las historietas morales.

Si examinamos el tercer año, observaremos fácilmente que á la Instrucción Cívica cuadra muy bien el carácter expositivo en el libro de lectura, aunque lo fundamental de estas nociones se debe adquirir de la viva voz del maestro. La *lengua nacional*, por su carácter práctico y de ejercicio activo con el profesor, no necesita apenas, sino de un cuaderno en que colecciona el alumno sus trabajos de descripción, invención, dictado, etc. Otro tanto debemos decir de las nociones prácticas de Geometría, las cuales se han de adquirir por medidas y valuaciones reales, y siempre por intuición. La escritura y Dibujo no exigen sino los cuadernos respectivos. Para la Aritmética sólo se necesita de una recopilación ordenada de problemas. Las *lecciones de cosas* continúan teniendo su auxiliar en el libro de lectura.

No se ha pensado del mismo modo respecto de la Geografía y de la Historia, ambas materias se destacan suficientemente en el campo de la instrucción que se ha de recibir en el año, y bien merecen un texto en las condiciones propias del señalamiento; y es de aprovecharse la oportunidad de recomendar la formación de cartillas geográficas especiales de cada Estado federal, en conformidad con lo asignado sobre este punto en el programa.

Finalmente, en el cuarto año, último de la escuela primaria elemental y de la instrucción obligatoria á todo niño de la República, fuerza es que cada asignatura fije y acumule sus términos, y el texto resume y colecciona los principios, enumere y formule las leyes; grave, en fin, los procedimientos peculiares de cada cien-

cia, y haga constar todas las noticias conducentes. El libro en este año se acepta de buena gana por el niño, no abusa de la fuerza intelectual de éste, presta poderoso auxilio al profesor, y es precioso estuche de conocimientos y recursos para el discípulo, en sus horas de estudio. A todas las materias de aplicación intelectual hemos señalado texto, dejamos el álbum á las manuales y artísticas como el Dibujo y la Escritura; y quedan como siempre, igualmente libres, las que por su naturaleza no han menester sino de la hábil dirección del profesor, tales son el Canto y la Gimnasia.

Pero hay un texto en el cuarto año, que merece una atención especial: el de *lectura*. En los tres primeros años hemos visto que fácilmente se apoyan en ese libro la *lengua nacional*, las *ilustraciones* propias para las *lecciones de cosas*, las *figuras geométricas*, las estampas representativas de los relieves, depresiones y detalles de la Geografía Física, teniendo lugar además los retratos de los héroes, la representación de los monumentos y la de sucesos memorables de la historia patria, y todo esto después de la parte rigurosamente técnica consagrada á la lectura; pero ya en el cuarto año es necesario dar toda la importancia á la expresión del sentimiento en su forma hablada, allí es preciso buscar la compensación entre el ejercicio de la inteligencia aplicada á la parte científica de la enseñanza, y el culto á la belleza literaria; en él es preciso que se adiestre en el ejercicio de interpretación de los diversos géneros literarios y en la educación de sus recursos vocales. Este libro, más que ninguno otro, debe despertar en el niño el amor al estudio, haciéndose instructivo y agradable; debe despertarle confianza en sí mismo, ofreciéndole asunto para condensar sus lecturas por la reminiscencia inteligente y bien dirigida, así como por la acertada elección de piezas literarias, le enriquecerá su



lenguaje, y le grabará los tipos memorables que quizá más tarde habrán de servirle de modelos á sus propias inspiraciones.

Por último, los libros que aquí hemos delineado son de todo punto necesarios para las pruebas de exámen, y servirán de garantía tanto á los padres que tengan que sujetarse al programa oficial para el cumplimiento del precepto de enseñanza obligatoria, como también servirán de guía á los jurados de exámen; pues como no están los alumnos de la escuela primaria elemental en estado de poder satisfacer todas las exigencias de los examinadores, que, dentro de los términos mismos del programa, pueden interpretar una asignatura más ó menos profunda y detalladamente ó según sistema ó criterio científico diverso; no sería justo ni racional que tiernos niños pudieran tener la perspicacia suficiente para aplicar los principios generales de las materias de enseñanza que les son obligatorias, á todas las variadas formas con que puede presentárselas un sinodal demasiado conocedor de la materia, pero poco equitativo al proponer sus cuestiones. Y nada tan variable como la diversa extensión, interpretación y desarrollo dado á una materia y á un programa en cada escuela y por cada profesor. Y si es verdad que estos males los atenuará algo un cuerpo bien organizado de inspección, con unidad de doctrina y de criterio; el mal sería siempre menor y tal vez las escuelas se anticiparían en buenos resultados á las justas exigencias de los inspectores, con textos bien meditados y en relación con el programa.

La comisión, deseosa de que todas las escuelas, aun las menos dotadas de recursos, adquieran fácilmente los textos más indispensables, sólo ha prescrito los que ha juzgado necesarios, exigiendo para ellos condiciones bien sencillas y fáciles de satisfacer; pero sí se hace advertir que hay algunos que bien pudieran aceptarse en las escuelas de abundantes recursos ó

en aquellas en que las condiciones de los alumnos les permite erogar los gastos necesarios. A este género de textos pueden reducirse las colecciones graduadas de dibujo y escritura con notas y explicaciones para instrucción y ejercicio del alumno; así como un pequeño libro de cantos escolares, el cual podría utilizarse en el último año, si bien el programa sólo exige el aprendizaje de ellos por medio de la audición.

Resta aún decir algunas palabras sobre lo que en el humilde juicio de la comisión puede garantizar la buena elección de textos, asunto muy importante y que tanto pueden dañar los intereses particulares.

Para conciliar la libertad que en éste, como en cualquiera otro punto, deben tener las entidades federativas con las prescripciones del Congreso Nacional de instrucción, creemos que debe haber en el Distrito Federal y en la capital de cada uno de los Estados, academias de profesores que, con la ilustración y práctica suficientes, y dedicados al estudio de las diversas cuestiones pedagógicas, tengan la atribución de formar catálogos, razonados si fuere posible, de los diversos textos que á su juicio merezcan tenerse en cuenta para que de entre ellos, los Directores de las escuelas del municipio, Cantón ó Distrito, según lo determinaren los respectivos Gobiernos, elijan las obras que más convengan á los intereses y carácter de su escuela.

Esto es tanto más conveniente, cuanto que siendo ellos quienes contraen la responsabilidad de la enseñanza, justo es que los textos que utilicen, sean los que les den garantía completa.

Excusado es advertir que los autores y editores de dichos libros no deben tomar parte en la elección de textos, si bien pueden informar de palabra ó por escrito sobre las ventajas de sus libros, si así lo tuvieren á bien dichas corporaciones. Y como un cambio de texto es perjudicial



no sólo á su autor sino á los alumnos, fuera de ser á veces insuficiente un año para experimentar sus bondades ó desventajas; se hace necesario que haya un minimum de tiempo para que durante él, pueda ponerse á prueba el libro, y sirva de estímulo á los autores y de garantía á los que los dan á la estampa. Para alcanzar este fin, la comisión se ha fijado en el plazo de tres años, tiempo que tardarán en reunirse, según una de las resoluciones del Congreso pasado, los futuros Congresos de Instrucción.

Con este dictamen, la Comisión de Enseñanza elemental da por terminados sus estudios, cuyo sólo mérito es el de haberlos llevado á cabo, con dedicación, entusiasmo y deseo de corresponder á la confianza con que han sido honrados sus miembros por los respectivos Estados que representan, así como para contribuir con resuelta voluntad al estudio y remedio de algunas de nuestras más urgentes necesidades en materia de Instrucción pública.

Por lo que toca al presente trabajo, he aquí nuestras

#### RESOLUCIONES.

1ª—Los libros de texto para la Escuela Primaria Elemental deberán estar conformes, en cuanto á su asunto, con el programa respectivo vigente, en el momento de su adopción.

2ª—En los libros de lectura hay que distinguir dos partes:

I. La dedicada propiamente á su parte técnica, destinada á vencer las dificultades de la lectura, si bien dando siempre una noción ó proporcionando una mera recreación.

II. La parte que pueda referirse á otras asignaturas, pero siempre de un modo ameno, con elegante elocución y al alcance de los niños, ya por sus ideas ó por los sentimientos que expresen.

3ª—Los textos meramente instructivos están destinados á los usos siguientes:

I. Ayudar á retener una noción que ha sido suficientemente explicada por el profesor, y compendia por el alumno.

II. Servir para los repasos.

III. Como guía ó limitación de la asignatura, tanto durante el curso, como en los actos de prueba ó examen.

4ª—En los libros de texto, se observarán las siguientes prescripciones:

I. Contendrán en resumen los conocimientos más generales y prácticos de la asignatura á que se dedican.

II. Se procurará que los conocimientos que comprendan, según el año á que están destinados, estén al alcance de la instrucción y grado de desenvolvimiento intelectual de los alumnos.

III. Su estilo debe ser conciso, terso y preciso.

IV. En los textos destinados á la enseñanza científica, deberá usarse el tecnicismo propio de la materia, omitiendo la forma puramente literaria.

V. En los textos de historia, moral ó instrucción cívica, destinados á despertar sentimientos y mover voluntades, se empleará la forma puramente literaria.

VI. El orden de exposición de las materias será el que mejor presente la doctrina ya formada, y que manifieste con claridad las relaciones lógicas de sus partes.

5ª—En el 1º y 2º año no habrá más textos que los libros correspondientes de lectura, los que contendrán además de los ejercicios especiales de la materia, según el programa respectivo, lecturas instructivas que tengan relación con las diversas materias de los programas.

6ª—En el tercer año, los alumnos deberán utilizar los siguientes textos, todos en correspondencia con los asuntos designados en el programa.

El libro de lectura, mezclando los asuntos morales é instructivos, con los propiamente literarios.

Un cuestionario aritmético, con una sección destinada á problemas taquimétricos.

La geografía de la Entidad Federativa á que pertenezca la escuela.

El libro de historia.

7°—En el 4º año son indispensables:

El libro de lectura dispuesto de tal manera, que comprenda los ejercicios en que se aplique la variedad de entonaciones que los distintos géneros literarios requieren. Además, los siguientes tratados:

El de los principales deberes morales del hombre.

El de instrucción cívica.

El apropiado á los ejercicios de lengua nacional.

El de nociones físicas y naturales.

El teórico-práctico de aritmética, el de geometría y el de geografía.

El de historia.

8°—Son auxiliares indispensables para el maestro:

Guías metodológicas para la enseñanza de las materias del programa y los tratados prácticos sobre las diversas asignaturas.

9°.—A fin de regularizar y hacer verdaderamente popular la enseñanza, acelerando la propagación de los buenos métodos y doctrinas pedagógicas, es indispensable se establezcan en la Capital de la República y en la de cada uno de los Estados el *Boletín Oficial de Instrucción Pública*, gratuito para todos los maestros en ejercicio, y dispuesto á recibir siempre la colaboración de todos los profesores del país.

10. Es conveniente que haya en el Distrito Federal y en cada una de las capitales de los Estados, Academias formadas de profesores ilustrados y prácticos que, entre sus diversas atribuciones, tengan la de formar catálogos de obras propias para servir de texto en cada una de las asignaturas, conforme con los programas vigentes.

11.—Deben excluirse de las respectivas

comisiones proponentes los editores y autores de libros de texto que se examinen.

12. Deben quedar en libertad los Directores de las escuelas del Municipio, cantón ó Distrito para que en junta elijan de entre los textos del catálogo de que se habla en la resolución anterior, los que se adapten mejor á las condiciones de sus escuelas respectivas.

13. No deben tomar parte en la elección de textos los autores ó editores de los libros cuya adopción se discuta; pero pueden informar de palabra ó por escrito en las juntas que con este motivo se verifiquen.

14. Para garantía de autores y editores de obras de texto, no debe cambiarse de asignatura un libro sino después de tres años.

*Antonio García Cubas*, Presidente.—*Miguel F. Martínez*.—*J. Miguel Rodríguez y Cos*.—*Ricardo Gómez*, Relator.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pineda.

EL C. PINEDA ROSENDO.—Señores representantes:

Soy yo el miembro disidente de la Comisión, cuyo dictamen se discute, y como soy el miembro disidente de esa comisión, por fuerza tenía que entrar á este debate, siquiera sea para explicar mi manera de sentir, ya que no puedo abrigar la pretensión de que mi voto particular tenga la rara fortuna de venir á reemplazar el dictamen de la H. Comisión.

La cuestión sometida al estudio de la Comisión de Títulos, está contenida, señores, en esta pregunta. «¿Conforme al art. 3º de la Constitución, el profesor de instrucción primaria elemental necesita título para su ejercicio?»

Como se ve, esta es una cuestión enteramente constitucional, es una cuestión que para resolverla lisa y llanamente, no tendríamos que hacer más que abrir las



páginas de nuestra Carta Magna y leer el art. 3º, cuyo contexto es claro y preciso.

El dictamen en esta cuestión vino de la Comisión de Títulos del primer Congreso, en el cual tuve también participación. Creíamos entonces, y los miembros de la nueva comisión han creído después: que se debería considerar bajo su aspecto técnico, es decir, pedagógico, porque evidentemente el cuestionario no somete á nuestro criterio esta pregunta, sino por el enlace íntimo que tiene con la educación popular, y por lo mismo, era necesario considerar la cuestión bajo su aspecto técnico, atendiendo á lo que la ciencia aconseja y á lo que la sociología pide para venir á averiguar después si los intereses ó consejos de la ciencia biológica y sociológica están en armonía con los preceptos de nuestra Carta Constitutiva.

No creo yo que una y otra comisión hayan ido más allá de sus naturales atribuciones al dar al dictamen esta natural división, al contrario, creo que era deber nuestro, como Congreso de Instrucción, decir lo que los pedagogos piensan y lo que la sociedad reclama á este respecto de la enseñanza.

Dividida, pues, la cuestión en estas dos partes, y confiado el desarrollo de la primera á la hábil inteligencia de mi distinguido compañero el Sr. Cisneros Cámara, en muchos conceptos ha sido desempeñada amplia y cumplidamente: la comisión nueva ha prolijado asimismo esa parte del dictamen y yo francamente, no puedo menos sino felicitar públicamente al Sr. Cisneros Cámara por su trabajo: estoy de acuerdo enteramente con esa primera parte del trabajo de la comisión que se condensa en la resolución siguiente: «La ciencia y los intereses sociales reclaman de consuno que se exija título al profesorado de instrucción primaria, fijándose por la ley los casos de excepción forzosa.»

Y en verdad, esta proposición no se ha combatido, ó al menos no me he aperi-

bido de ello; yo creo que si no todos, los más estamos de acuerdo, pues nada se ha dicho en contrario en este recinto, respecto de que, efectivamente, la ciencia y los intereses sociales reclaman que se ponga en manos aptas la enseñanza de la primera juventud. De manera que si voy á hacer algunas brevísimas explicaciones, ni es por defender el dictamen que no ha sido combatido, porque entiendo que no lo fué ni por el ilustrado Sr. Pérez Verdía, ni por el ilustrado Sr. Lombardo, ni tampoco para ilustrar vuestro criterio, señores representantes, sino más bien para fijar los límites de las ideas que me propongo exponer ante vosotros, como fundamento de mi manera de sentir.

El maestro de escuela ejerce un sacerdocio, y esta que es una frase vulgar, encierra, sin embargo, una verdad palmaria. Si hay alguna función social ó civil que pueda merecer los honores del sacerdocio, evidentemente es la función que ejercen los que se consagran á abrir el alma de los niños á la ciencia, no menos que á abrir el alma á los sentimientos de lo bueno y de lo bello; y esta noción tan sencilla, ha sido reconocida y hasta exagerada como vosotros sabeis, en las edades antiguas llegó hasta pretenderse que nadie era capaz, siquiera fuese el padre de familia, de dar instrucción y de educar al niño: el Estado fué el que quiso ser el único capaz y digno de formar ciudadanos.

Nosotros estamos libres de esta exageración, entendemos las ciencias biológicas y sociológicas de otra manera, pero sin embargo, reconocemos que efectivamente hay que cuidar muchísimo de la educación popular, de la enseñanza de los niños, porque es una operación enteramente igual á la que hace el labrador cuando arroja la semilla para que brote después á la luz del Sol. Por consecuencia, al maestro de escuela hay que exigirle dos cosas: la primera es la capacidad, y la segunda son las buenas costumbres, la moral; por



que el maestro, como decía yo, va á abrir el alma del niño, va á preparar al ciudadano, dándole las nociones de la ciencia, dándole las nociones de lo bueno, y si pudiéramos ser más exigentes, pediríamos, como los *convencionales* del 93 á los instructores franceses: la capacidad, las buenas costumbres y el patriotismo . . . . .

Pero me conformo con la capacidad y las buenas costumbres: la capacidad para infundir las nociones de la verdadera ciencia, é infundidas con mejores procedimientos que á la vez que eduque las facultades del niño, se haga en el menor tiempo posible; porque es precioso el tiempo que se gasta en la preparación de la juventud para el desempeño de las funciones sociales: las buenas costumbres, para no corromper el corazón del niño, al contrario, para encaminarlo, para darle el carácter y forma que necesita de lo bueno y de lo grande, que es lo único que viene á salvar, lo mismo á los hombres que á los pueblos en los grandes conflictos.

Este es el dictamen de la ciencia y de la razón natural. ¿Nosotros nos vamos á poner en contradicción con noción tan sencilla? Evidentemente no, y por consiguiente debemos declarar, aunque ella sea una verdad vulgar, *que la ciencia y los intereses sociales reclaman que se exija título al profesor de instrucción primaria.*

No necesita la comisión, lo he dicho ya, de mis defensas en este punto, ni á defenderla voy; pero todo lo que con relación á ésta se ha dicho por los distinguidos oradores Lombardo y Pérez Verdía, no ha sido atacando los principios científicos de las proposiciones: los señores aludidos no han hecho sino considerar las dificultades económicas del problema; todo lo que se ha dicho viene en último análisis á resolverse en una cuestión económica: cuando se vence, bien, adelante; cuando no se vence, bien también, pero sin ir adelante.

Pero de aquí debe brotar algo de luz, supuesto que formáis un Congreso de Instrucción, supuesto que se trata de un Cuerpo consultivo docente, y cuando se os pregunta, ¿esto es bueno? ¿aquello es malo? vosotros teneis que contestar: la ciencia aconseja esto, la necesidad reclama esto otro: después vendrá el problema político, después la forma económica financiera de este problema, y vosotros en otra esfera distinta, como ciudadanos, como pedagogos, en cualquiera otra función civil que desempeñéis, penetrados de la verdad que habéis aconsejado, seréis otros tantos propagandistas ó apóstoles, para que puedan vuestros consejos implantarse en beneficio de las generaciones del porvenir.

(Aplausos.)

Vengo á la cuestión legal y aquí surge mi insistencia. La comisión la resuelve diciendo que el artículo 3º de la Constitución general, no impide que se exija dicho título: yo la resuelvo diciendo que el artículo 3º de la Constitución Federal no permite exigir aquel título.

Señores Representantes:

No voy á repetir mi voto particular, porque supongo que me habréis hecho la honra siquiera sea á título de curiosidad de haberlo leído, y porque además de esto, los señores Lombardo y Pérez Verdía, con una competencia que á mí me falta, y con un calor que tampoco tengo, se han encargado de explanarlo y de hacer resaltar los puntos culminantes de mi dictamen. Yo agradezco muchísimo á mis distinguidos compañeros este trabajo, porque ha sido en honra del mío muy humilde: yo no hubiera podido poner tan de relieve la musculación de mis ideas, si se me permite la frase, como lo han hecho los señores Pérez Verdía y Lombardo.

Hago pues al Congreso gracia de mi voto particular, pero este voto particular lo tenía formado mucho antes que la nueva comisión hiciera su dictamen, lo que quie-

re decir que lo había formado antes de conocer los fundamentos de la comisión, y permítaseme esta ingenuidad: separado estaba de la comisión antes de conocer sus fundamentos, desde que los conocí estoy separado más que nunca.

La comisión podrá tener razón; es muy posible, casi probable, lo digo con ingenuidad, que yo esté en el error, porque yo soy el meros en todo y los miembros de la comisión son los más en todo también; pero si tan honorables personas tienen razón, no es seguramente por los fundamentos de su dictamen, y vamos á verlo.

Analizando el sentido gramatical del texto Constitucional, la comisión dice:

"Enseñanza: derivado del latin *in, en y signum, signo*, nos da á entender el método ó sistema de proporcionar instrucción" O á decir mejor en nuestro lenguaje constitucional: "*El derecho que tiene todo hombre de manifestar metódica y ordenadamente los conocimientos útiles que posee á fin de que otro se los asimile.*"

El trabajo que voy á hacer, entre paréntesis, puede parecer nimio, pero le doy esta importancia: es necesario demostrar la claridad, exactitud, confusión ó inexactitud de las fórmulas ó frases de que se vale la comisión, porque si esto no se establece bien, podemos perder un tiempo precioso en la discusión; esta es la causa de que siempre, constantemente la comisión incurra en el error de llamar derecho á lo que es deber, de llamar deber á lo que es derecho y de venir á constituirnos una entidad de Estado á su modo.

Señor: De las palabras latinas nunca puede derivarse esto: «El derecho que tiene todo hombre de manifestar metódica y ordenadamente los conocimientos que posee, á fin de que otro los asimile.»

Jamás, pero hago esa concesión; el derecho de enseñar es el derecho de manifestar libremente las ideas. Ahora bien: ¿Con método ó sin método? ¿Con este

fin ó con el otro fin? . . . De manera que aquí señalo la primera libertad que se toma la comisión dando á estos conceptos mayor latitud que la que regularmente deben tener.

¿Y queréis que os diga de una vez lo que siento respecto de este derecho de enseñar?

Pues, señor: hay pleno derecho de enseñar, si la enseñanza es la libre manifestación de las ideas, pero nada más que la libre manifestación de las ideas: ahora si quereis, que concretemos, cómo efectivamente es la enseñanza, definiéndola ó caracterizándola, ésta es el acto por medio del cual se manifiestan las ideas y se transmiten á otro, con la preparación del que las escucha, de asimilárselas, y en este caso, señores, nadie tiene derecho de enseñar. Yo tengo la libertad de aprender; pero no tengo la libertad de enseñar, porque no puedo traer á ninguno de vosotros delante de mí para deciros: éstas que son mis ideas os las habeis de assimilar. Nunca, señores; eso es sencillamente lo que divide el mundo antiguo del moderno, eso es sencillamente lo que nos tiene colocados en el rango de la escuela liberal.

(Aplausos.)

Así es como entiendo yo, señor, el derecho de enseñar.

Sigo el análisis del dictamen.

No encuentro en lo que sigue relativo á la investigación gramatical ó genuina, nada que la pena valga y acude la comisión después de este trabajo, al que pudiéramos llamar histórico, de la investigación, del espíritu y alcance del artículo constitucional, según los anales de las discusiones habidas en el Congreso constituyente y recogidas en magnífica y bendecida hora por ese maestro infortunado que se llama Zareo; sin él no tuviéramos este guía imperecedero de lo que fué el alma del Congreso constituyente. Haga-



mos aquí el homenaje más sincero á su memoria.

Pues en esta investigación histórica tampoco encuentro nada que abone los propósitos de la comisión y aquí voy á decir á mi distinguido amigo el Sr. Cisneros Cámara, que yo respeto como él á los constituyentes, que yo soy como él liberal, ingenua y sinceramente; pero si es cierto que amo á los constituyentes, amo más á la Constitución, porque como lo he dicho ya, es la madre de nuestras libertades públicas, y porque es la que nos podrá salvar si algún día hubiese alguna contradicción entre los constituyentes y la Constitución; no vacilo; con todo el respeto que debo á los constituyentes, me pongo del lado de la Constitución porque yo me pongo siempre del lado de las libertades públicas.

Ahora bien: el debate se inició en el constituyente por D. Manuel Fernández Soto y vosotros lo sabeis, porque os lo hemos dicho en distintas formas, tanto el Sr. Pérez Verdía como yo en mi voto particular.

El Sr. Fernández Soto no entró en el debate; con muy buena intención leyó un discurso en loor de la libertad de enseñanza, pero ni deslindó el problema, ni franqueó su puerta: se redujo, como ya os lo he dicho, á ensalzar las ventajas que obtienen los estudiantes bajo un sistema liberal, superiores indudablemente á las que se obtienen bajo un sistema tiránico. Acababa de derrocar la dictadura de Santa-Anna.

De suerte que aquello fué algo como un himno á la nueva idea, un homenaje á la libertad científica y literaria y nada más.

Cuando su señoría quiso decir algo, entonces dijo una herejía parecida á ésta: que el Gobierno debía señalar los autores ó los textos. Esta es sencillamente una herejía. ¿En nombre de quién había de señalar los textos? ¿Pues qué, va á mo-

nopolizar la ciencia y á proclamarla diciendo: esta es la verdad? No, señores, y lo mismo que ésta, podría yo señalar algunas otras cosas parecidas á otras tantas herejías.

Diré, en resumen, que cualquiera que lea, con el espíritu imparcial y sereno de buscar la verdad, estos males de la discusión, se convencerá de estas dos verdades: primera, de que el constituyente discutió sólo una enseñanza científica, porque no hay una sola palabra que se refiera á este gran problema, la instrucción primaria, la educación popular: todas las ideas, todos los discursos, toda la preocupación se había levantado á la cúpula del edificio, porque la ciencia es la que viene á coronarlo todo. Pe yo no les hago á los constituyentes la ofensa de creer que no supieran lo que quiere decir, «la enseñanza es libre,» creo por el contrario, que sabían perfectamente que la enseñanza, considerada en cuanto á sus fines, lógicamente se divide en enseñanza primaria y enseñanza científica, cuyos objetos son: la primaria es la que prepara ciudadanos, y la científica, la que se consagra al estudio de las profesiones y á la propagación de la ciencia.

Por esto no hay una sola palabra referente á la enseñanza primaria, en los anales del constituyente; la segunda, la científica se lo llevó todo, y esto lo abandono con mi natural claridad á la H. Comisión á quien contradigo, porque si aquí hemos de vencer unos y hemos de ser vencidos otros, al fin y al cabo no nos hemos de dar sino un abrazo en nombre de nuestras públicas libertades, porque no tenemos el pensamiento preconcebido de sobreponernos en éste ó en el otro terreno, sino el de venir á rezar pública y privadamente las convicciones del partido liberal.

(Aplausos.)

El Sr. Ramírez D. Ignacio y el Sr. Ma-



ta, cuyas palabras han sido repetidas veces citadas aquí, permitidme decirlo, han sido los únicos que sospecharon de qué se trataba, para los demás se escapó y es fácil comprenderlo: no se injuria á nadie con decirlo, sobre todo, cuando se dice la verdad: los hombres estaban entonces preocupados por los problemas políticos, y esta es una tendencia natural y no reciente en nuestro país. todo lo que huele ó se asemeja á política, nos seduce y nos encanta, y abandonamos y despreciamos, y desconocemos hasta las nociones más rudimentarias, no digo de la ciencia, sino hasta de la vida.

(Aplausos.)

Por eso el problema no tuvo las proporciones ni los lindes que debió haber tenido en el Congreso Constituyente.

Sin embargo, son muy significativas las palabras del Sr. Mata y no son menos significativas las del Nigromante, porque nunca dijo nada que no tuviese una intención y una honda intención. Pero fuera de esto, buscad, os digo, el alma que palpita en aquella discusión, el alcance que pensaron dar á este artículo los autores de la Constitución de 57, y la buscaréis en vano: ellos sabían, seguramente que la enseñanza comprendía la primaria y la científica, y cuando dijeron: *La enseñanza es libre*, dijeron que lo era en su forma superior ó científica; por eso, cuando dijeron: *La enseñanza es libre*; quisieron que fuera libre para el maestro de escuela lo mismo que para el astrónomo que contempla el cielo en las altas soledades de la noche.

No injurio al constituyente; supo lo que dijo y dijo lo que debía decir, sencilla y terminantemente. Las grandes verdades, los grandes principios políticos, las grandes conquistas revisten siempre la misma forma; por eso nosotros, después de treinta y tantos años, venimos en nombre to-

davía de las libertades á discutir lo que quiere decir el artículo 3° de la Constitución cuando dice: *La enseñanza es libre*; cuando ha roto la jaula que encerraba al pájaro, á ese sublime pájaro de la ciencia, para que volara por todos los ámbitos del país.

Continuemos en el análisis del dictamen de la comisión.

Entre los argumentos que aduce la comisión como de mayor peso, se cita al Sr. Montiel y Duarte en su «Derecho público» y sus «Garantías Individuales», y ó me equivoco ó la cita quiere decir absolutamente lo contrario de lo que la comisión se propone demostrar.

La primera cita dice así: «La enseñanza privada es libre: el poder público no tiene más intervención que la de evitar no se ataque la moral. Mas para el ejercicio de las profesiones científicas y literarias, se sujetarán los que á él aspiren á lo que determinen las leyes acerca de estudios y exámenes.» Ahora bien; yo creo que el Sr. Montiel y Duarte no hizo más que repetir el artículo Constitucional: «*La enseñanza es libre. La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio*,» y nada más. Y todavía hay algo más en contra de la comisión, porque terminantemente dice el Sr. Montiel y Duarte que la enseñanza privada es libre y el poder público no tiene más intervención que la de evitar no se ataque la moral, es decir, aquellas naturales restricciones que el Sr. Mata y el Nigromante creían que debían ponerse. Por lo mismo creo que ésta cita es en contra de la comisión.

La segunda también lo es; dice así el mismo publicista en sus «Garantías individuales», pág. 172 enseña: que los derechos creados por el principio del art. 3° de la Constitución, deberán existir sin restricciones mientras no se expida la ley orgánica que ella requiere; pero el espíritu de ese artículo no fué nunca dejar enteramente libre el ejercicio; por el contra-

rio, ha querido siempre que ciertas profesiones no sean ejercidas sino por los que obtienen título, previa la verificación de algunos requisitos, cuyo detalle, lo mismo que la determinación de las profesiones que exijan título quede confiado á una ley orgánica »

Suplico á los Honorables miembros de la comisión se fijen en esta cita, en la que se determina que las profesiones que exijan título, *queden confiadas á una ley orgánica*, porque después vamos á ver aquellas facultades del Estado para exigir ó no título.

Continúa el Sr. Montiel y Duarte: «De tales precedentes se desprende la verdad de que si al expedirse la Constitución hubiera sido enteramente libre el ejercicio de toda profesión, sin necesidad de título, mientras no existiera la ley orgánica que determinara qué profesiones exigían título para su ejercicio, libre continuaba el de todas ellas por no haber razón para restringir unas más bien que otras. Por el contrario, existiendo leyes que expresan determinadamente las profesiones que exigen título para su ejercicio y siendo esto conforme á su espíritu, razón existe por demás para respetar estas restricciones hasta que la ley orgánica venga á confirmarlas ó modificarlas en un sentido literal. De manera que en el estado que hoy guardan las cosas, no pueden ejercerse sin título las profesiones siguientes... »

Aquí, señores, va el gran golpe á la comisión.

«1ª La de maestro de primeras letras si no es previa aprobación en los exámenes hechos conforme á la ley de 15 de Mayo de 1869 y á sus respectivos reglamentos.»

Pues bien, señores, conformémonos con la idea, con la teoría del maestro Montiel y Duarte; mientras no se expida una ley orgánica, general para todos los maestros de primeras letras, conforme á la ley de Mayo de 69, se necesita título. ¿Pero

sabeis cuál es esa ley? Esa ley es la reglamentaria de las escuelas del Distrito Federal, es decir, de la escuela oficial.

No venimos aquí á discutir, y esto lo digo también contestando á mi caluroso amigo el Sr. Cervantes Imaz, no venimos aquí á discutir si exigiremos título al profesor de escuela oficial, á ese sí se lo vamos á exigir, se lo exigiremos. ¿Cómo no? Como que lo paga el Estado, que puede imponer las condiciones que quiera para que el servicio que exige sea plenamente satisfecho.

Aquí venimos á discutir sobre si debemos también exigir título al profesor privado, al que no quiere servir en la escuela oficial, al que se puede poner en frente de ésta.

De manera que todo lo que habéis dicho, señores, de la comisión, y en esta fórmula no incluyo al Sr. Cisneros Cámara, que no incurrió en este error; todo lo que habéis dicho respecto de la Francia, de la Suecia y de los Estados de la República, no quiere decir nada: todas esas leyes se refieren á la *escuela oficial*.

(Aplausos.)

¡Bonito fuera que nuestros Gobiernos vinieran á dar ahora el sublime ejemplo de un candor columbino, que francamente no lo han dado muchas veces, no exigiendo título al profesor que pagal No, señores, no es esa la cuestión.

Destruído el testimonio del Sr. Montiel y Duarte en favor de la comisión, vamos á examinar la fórmula, que á mí se me antoja, metafísica, y que creo es el gran argumento psicológico de la misma comisión.

Nos cita al señor Ruiz en su "Derecho Constitucional" y dice: "Pero si la enseñanza es libre, por ser un derecho del hombre, como todo derecho supone la idea de deber, pues, que ambos no son más que una relación, que si se observa desde el punto de vista activo, se traduce por



un derecho, y si se le mira bajo el punto de vista pasivo, es un deber; es claro que ese derecho del hombre trae consigo una obligación del mismo género, es decir, una obligación de enseñanza."

Señores, no entiendo esto.

"El sujeto en quien reside el derecho que corresponde á esta obligación, es el Estado, la sociedad, por el interés natural que tiene de que todos los miembros que la componen, estén en aptitud de desempeñar la misión social que á cada uno toca á su paso por la vida."

Sigo no entendiendo:

"Trayendo estas ideas al terreno de la práctica, diremos que el derecho del hombre á la enseñanza, consiste, en que no se pongan trabas para instruirse, para desarrollar su inteligencia, en suma para alcanzar la profesión que cuadre á su aptitud ó al menos á su voluntad; el derecho de la sociedad consiste en que todos los individuos que la forman estén en posibilidad, por medio de la enseñanza primaria, de llegar á ser más tarde obreros en el gran trabajo de la profesión social,

De aquí se deduce no sólo el derecho que tiene el Estado, sino la necesidad en que está de tomar por su cuenta la enseñanza primaria; en otros términos, la enseñanza debe ser gratuita, obligatoria y laica."

Pues de veras no entiendo esto.

(Risas.)

¿Con que le Estado es el sujeto en quien reside el derecho que corresponde á la obligación de enseñar?

Señor: si esto quiere decir que el Estado tiene derecho de enseñar, ya lo dije de paso: El Estado no tiene que enseñar nada, si no es el maestro de escuela; el Estado no puede enseñar ni la moral, ni la religión, no puede enseñar las ciencias, no puede enseñar nada.

¿Sabeis lo que representa el Estado? El Estado representa la fuerza, el Estado

representa la justicia, el Estado representa el orden. La justicia, para evitar el conflicto de los derechos individuales, el orden para mantener el equilibrio social, la fuerza, para matar el ímpetu salvaje del hombre contra el hombre, para reducir á todos dentro de la ley, para hacerlos vivir en armonía y para dar más amplitud á la vida en todas sus manifestaciones.

(Ruidosos aplausos.)

Ese es el Estado; y por lo mismo, el Estado no puede enseñar nada: Yo os diré después cuál es la relación del Estado en cuanto á este punto de la instrucción primaria, que no es precisamente un derecho, es el polo opuesto, es un deber.

Por eso daba yo tanta importancia al análisis de las palabras empleadas por la comisión en las fórmulas que usa en su dictamen, porque es necesario que nos entendamos, es necesario que no brinquemos como saltimbanqui, de una premisa incierta á un principio ó una verdad que dista mucho de serlo. Permitidme, señores, acerca de este punto, complete mi pensamiento

Decía un notable publicista que la ciencia, es decir, la verdad, es un elemento positivo de actividad social, porque la humanidad sin cesar aprende y sin cesar rectifica sus opiniones, porque la mayor parte de nuestros actos y de nuestras acciones, reposan en una certidumbre relativa. Las ciencias ligán á las generaciones, á la presente con las pasadas y las futuras, dejando un depósito de sabiduría que cada generación recibe, y que está, no diré como el publicista, en el deber, yo digo en la necesidad de verificar, de depurar, de enseñar, de propagar y de perfeccionar, y esto, sí es un deber, es también algo más, es una necesidad,

El hombre, señores, nace con esa sed insaciable, anatema ó bendición, de bus-



car la verdad, de verificarla, de tocarla: esta es el alma de la ciencia, este es el vehículo que la propaga y que la ha conservado hasta nosotros.

Pues bien; las ciencias se desarrollan y se propagan por el estudio y por la enseñanza, y cada progreso de la ciencia, como que entraña una idea nueva, viene á rectificar en la sociedad mucho de lo que se sabía, y viene á introducir muchos beneficios en las costumbres, en la vida, en la industria, en el comercio, en todo; y ahí teneis el interés de la sociedad.

Pero este trabajo es el resultado, como decía mi apreciable amigo el Sr. Lombardo, de la iniciativa individual, porque cada progreso se determina por muchos trabajos preparativos de antemano hechos, y que no obedecen más que á ese anatema ó bendición á que me refería hace un instante.

Por consiguiente, el interés de la sociedad está manifiesto, tratándose de las ciencias, en dejar completa libertad é independencia para que cada individuo en la medida de sus progresos, de su posición, de su aptitud, de sus deseos y de su saber, lleve como una abeja su átomo de miel, para formar un todo en beneficio de la sociedad y del hombre.

La historia por demás nos dice que no se ha dominado la naturaleza, ó por lo menos, lo que de ella se ha dominado no se ha sometido al mundo físico sino por la libertad que ha tenido el espíritu en sus investigaciones científicas. Esta es una enseñanza de la historia.

Siempre que el Estado ó las Corporaciones como la Iglesia, se han arrogado el privilegio de enseñar ó han esclavizado las ciencias, las ciencias se han externado, pero se ha necesitado mayor tiempo, mayor esfuerzo y mayores sacrificios para romper el círculo de hierro de la rutina que hace que el hombre avance un paso más.

Esto es cierto, señores. La ciencia en

la Edad Media estuvo en poder de la Iglesia Católica y se refugió en los claustros y en los conventos: después vino á reformarse sobre la base de la libertad, del libre exámen contra la teoría teocrática, y se incurrió en el error de ampararse al Estado, como buscando una defensa contra el clericalismo; pero siempre se ha visto que unas veces el convento y otras bajo el ala del Estado, no está completamente libre la ciencia, ni están rotos los hierros que la han atado á través de muchos siglos, desde la Edad Media hasta la fecha, á esta ó á la otra tiranía.

He dicho esto, no porque lo necesitéis, sino simplemente para encadenar mis ideas y para demostrar que siendo la ciencia la idea fundamental de la sociedad, necesita como primera condición, de la independencia y de la más completa libertad; y necesita de esta primera condición, porque ello está en el interés de toda la sociedad y de todos los individuos que la forman.

Esta primera condición es un problema meramente sociológico, y la segunda, que debe llenar el Estado, es un problema político, entera y exclusivamente político, porque aquí entran las relaciones económicas. ¿Cómo, con qué derecho y cuándo debe pagar el Estado la enseñanza científica?

Pues el Estado no debe pagar la enseñanza científica sino cuando un interés público y colectivo, bien determinado lo exijan así, cuando ese interés público no está bien determinado, el Estado no debe emplear un solo centavo en el fomento de las ciencias y de las artes, ni uno sólo, porque no es cuestión de interés público, porque el que yo sea abogado, el que yo sea astrónomo, es una cuestión que mucho afectaría á mis honorables padres, pero que tiene sin cuidado á la sociedad de que yo formo parte.

(Aplausos.)

Esto que sucede con la enseñanza científica, no pasa, no puede pasar con la enseñanza primaria, porque ésta no es una cuestión privada, porque es una cuestión pública, porque á mí, lo mismo que á Juan, lo mismo que al vecino de en frente, importa muchísimo que nuestro esfuerzo espontáneo é individual camine de consuno para proporcionar la mayor suma de libertad, de bienestar y trabajo, y el Estado no hace más que satisfacer, al pagar, ese interés público y esa pública necesidad. ¿Por qué? Porque todos debemos estar en aptitud de comprender nuestros derechos para defenderlos, sometiéndonos á las exigencias de la ley, y para rodearnos, en un momento dado, del Gobierno, de la insignia, ó de la bandera que significa nuestra nacionalidad y nuestra raza, y para morir allí con la conciencia de que cumplimos con un deber.

(Aplausos.)

Por eso se debe pagar la instrucción primaria; porque con ella se preparan ciudadanos: si ellos quieren ser sabios deben preparar sus bolsillos para darse el lujo de saber, que es el lujo más hermoso de la vida.

Con esto cree haber demostrado tan claramente como me ha sido posible, cuál es la posición del Estado respecto de la enseñanza científica y respecto de la instrucción superior.

La instrucción primaria no es como dice la comisión, invocando el nombre de un tratadista que estimo mucho, pero cuya autoridad no reconozco; no es, repito, un derecho. El Estado debe dar la instrucción primaria al público, como un deber, y debe darla como un deber, porque ella está en el interés de todos y cada uno de los hombres que forman un pueblo ó una nacionalidad. No buscamos aquí en teorías metafísicas la forma de los derechos ni de las obligaciones; aquí venimos á buscar dónde está el interés positivo,

dónde está el interés colectivo, para servirlo y para cumplirlo.

Por estas razones, yo que soy tan amplio en creencias políticas, enlazando la primera proposición de mi voto particular con la última, quiero que el profesor de instrucción primaria se le exija el título; pero quiero que se le exija sin violentarlo, sin desobedecer; sin romper nuestra Carta Constitucional.

La Constitución no quiere el título, y sin embargo, la ciencia nos ha venido á demostrar que nada hay tan fructífero, que nada puede haber tan fecundo para el hombre, como el que la educación de la niñez sea bien dirigida hacia la ciencia y hacia el bien, y si la ciencia aconseja esto como primera proposición, en lo que estamos conformes la comisión y yo, creo que nada hay más natural que procurar que las instituciones en un país se pongan á la altura y al nivel de lo que aconseja la ciencia, confiando el destino de la niñez en manos hábiles, que seguramente harán de ella buenos ciudadanos. Pero no digamos como la comisión que sí cabe el título dentro del artículo constitucional, porque entonces ya no somos ingenuos, ya no somos honrados, ya no somos liberales, y lo que ha salvado á la Escuela Liberal ha sido la firmeza de sus convicciones, y más que la firmeza de sus convicciones, *la honradez de sus convicciones*.

(Aplausos.)

En esto nos diferenciamos de la *Escuela negra*, permítaseme el epíteto que en estos momentos se me ocurre.

(Nutridos aplausos.)

¿Que los constituyentes no sabían que al proclamarse, que al promulgarse en el país la Constitución de 57, los enemigos del progreso, que siempre han deseado la tiranía, no iban á valerse de las mismas armas que la Constitución les daba, para roer,—porque este es el término,—las entrañas del partido liberal? Sí, señores: lo



ha dicho el Sr. Mata, lo han dicho todos. No hay que temer al clero, no hay que temer al fanatismo: nosotros debemos ser consecuentes con nuestras doctrinas ó con nuestras ideas.

Yo opongo al error la verdad, y señores, el error nunca ha sido tan fácilmente vencido cuando se discute en plena luz y con toda libertad.

No podemos exigir el título que la comisión quiere.

(Prolongados y nutridos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES.—Señores:

Tiene este debate dos puntos capitales que lo han hecho tan interesante y á la vez tan difícil; por eso al venir á esta tribuna me encuentro verdaderamente abrumado para tomar parte en un asunto de tal magnitud y tanta trascendencia. La primera cuestión capital que envuelve es la reforma constitucional que algunos juzgan necesaria. La comisión no lo cree así, pero al tratar este asunto parece que en él se atacan las libertades cuando se pone la mano sobre la constitución y se piensa que vamos á retroceder, surgen los defensores de la libertad y llegan tan valientes, tan vigorosos como hemos visto en la noche anterior al Sr. Lombardo y como hemos tenido ahora á otras personas que se encuentran en este recinto y que como todos los mexicanos parece que tienen nervios peculiares, sensibilidad especial para tratar las cuestiones que afectan á la libertad y á los derechos del hombre; y con ese sentimiento, con esa vehemencia, con esa fogosidad con que se trata siempre en nuestro país todo lo que afecte al derecho, con ese ardor vendrán todavía sobre nosotros multitud de adversarios.

El otro punto es el punto negro, el fantasma espantoso que ha venido siempre

á colocarse delante de nosotros para cubrir con denso velo todos los horizontes, para interceptarnos todos los caminos, llenándolos de obstáculos, levantando multitud de barreras y haciendo tanto mal: es eso que se llama pobreza, falta de recursos, imposibilidad, en fin, para llenar las necesidades más importantes de la vida; pero si de este temible fantasma no pudieramos alejarnos, y si en vez de cerrar los ojos procuráramos verlo todavía más grande y más imponente, estoy seguro que no sólo en este Congreso sino en el anterior ningún dictamen ni ningún artículo habríamos aprobado.

En mi concepto, suponiendo que nosotros limitáramos de alguna manera á la libertad humana, que modificáramos de algún modo las instituciones de la República y que por último, nos viéramos obligados á hacer ciertos sacrificios en cuestión de dinero ¿qué otro asunto, qué otra cuestión, que otro interés más grande pudiera tener derecho de imponernos esas limitaciones y esos sacrificios si no fuera la educación del pueblo? Si como se ha reconocido, la instrucción pública es la base de todo progreso, entonces ningún otro interés podrá presentarnos título de nobleza más grande ni que pudiera merecer como ésta, no tan sólo la limitación de la libertad ni los sacrificios pecuniarios, sino aun la pérdida de nuestras vidas. Además, ¿no es cierto que siempre sacrificamos nuestra libertad cuando se trata de conseguir algún beneficio? ¿No es verdad que todo progreso impone al hombre limitaciones extraordinarias? ¿No es cierto que lo que perdemos en libertad de alguna manera se transformará en una fuerza poderosa que deberá entrar en torrentes por todo el organismo social para comunicarnos vida?

Señores, ningún hombre consigue la verdad, ni el progreso, ni ningún beneficio en la vida y en la tierra, si no es limi-



tándose, sujetándose, sufriendo y haciendo verdaderos sacrificios.

Así es que no temamos de ninguna manera, que este asunto venga á provocar una reforma en el sentido constitucional, y no temamos esto, porque sabemos bien que el pueblo que ha votado esa Constitución tiene verdadero sentido práctico, y así como se propuso conseguir la libertad, así se propone ahora conseguir los beneficios de la civilización y del adelanto. Es cierto, señores, que cuando vamos á tocar esa Constitución, fuente de progreso para el país, sentimos cierto miedo. Es verdad que cuando se nos habla de una reforma constitucional temblamos, y con razón porque creemos ver que reaparecen las escenas sangrientas de otras épocas, las desdichas de nuestros gobiernos y los sacrificios que se han hecho para llegar al estado actual.

Si esto es cierto, y si este temor justifica de alguna manera á los liberales que se conviertan, al tratarse de reformas á la Constitución, en conservadores tímidos é irresolutos, también es verdad que el progreso se impondrá de todos modos y que hoy las necesidades sociales nos exigen demos un gran paso y por esto venimos á la tribuna á pedirlos, no en nombre de una cuestión pasajera, ni de un asunto que circunscriba sus beneficios á un período determinado, sino en nombre de todo el país y en nombre de la civilización futura.

La cuestión técnica de que el maestro debe tener un título parece que no debía ser discutida en esta tribuna; en verdad cada uno de los hombres que ocupa un asiento en esta Asamblea, siente en su alma la necesidad de que el profesor tenga una instrucción completa. Pasada la época de la rutina, destruida toda tiranía y creados los gérmenes que han de darnos una República floreciente y verdaderamente liberal, nuestro pueblo reclama un trabajo más complicado, más

difícil pero más completo, á fin de salir de esa noche de la escuela antigua, de esa escuela dominada tanto tiempo por la tiranía y el despotismo, y para este trabajo bendito es indispensable que el maestro tenga, no sólo conocimientos teóricos sino aptitudes prácticas para que pueda desarrollar las teorías modernas y aplicar perfectamente los principios científicos más convenientes.

Si pues el trabajo educativo reclama en el profesor una preparación extraordinaria, porque no es posible que el empirismo venga á satisfacer las necesidades de la escuela, sino que es preciso conocer las leyes á que está sujeto el desarrollo del pensamiento humano, en el orden intelectual no es menos necesaria la preparación del profesor. Todo el mundo sabe porque así lo ha demostrado la experiencia, que el que enseña, apenas puede enseñar la mitad de lo que sabe; que un hombre que con conocimientos se constituye maestro es una libranza descontada porque no es lo mismo poseer verdades que tenerlas que transmitir.

Tan cierto es esto, que aun entre los mismos maestros, se notan ciertos errores y ciertas faltas cuando no tienen la aptitud necesaria, cuando carecen de los conocimientos indispensables y cuando no tienen sus facultades listas.

Acerca de este particular es curiosa la relación que nos hace uno de los pedagogos más notables refiriendo una entrevista con Pestalozzi, dice que este reformador de la pedagogía, ya en sus últimos momentos, cuando este sol llegaba á su ocaso dedicaba á sus alumnos á ciertos ejercicios que no daban el resultado que se proponía obtener, porque su método se había convertido ya en la repetición mnemónica, en un trabajo mecánico, y que cuando esperaba que aquellos niños entraran en la posesión hermosa de la verdad, no había conseguido con su mal método, sino convertirlos en una especie de máquinas

produciendo sonidos automáticamente como los que da un piano cuando se toca.

Señores, y si esto pasa á maestros que como Pestalozzi han podido dejar su nombre gravado en letras de oro, ¿qué pasará al empírico?

Muchas veces hasta el hombre instruido, aquel que ha alcanzado cierto desarrollo en sus facultades, pues por este simple hecho no es capaz de transmitir su saber, porque debemos confesar, que no todos están dotados de esa facultad que hace de cada maestro un apóstol, que infunde á sus discípulos todas las ideas, todos los conocimientos que él ha adquirido.

De suerte que así para el trabajo educativo como para el trabajo instructivo en la escuela, se necesita que el maestro tenga cualidades, dones y elementos que no se improvisarán jamás, ¿dónde se podrá adquirir aquella convicción profunda del magisterio? ¿Cómo podremos inspirar al que va á enseñar, la grandeza de su misión? Cómo lo haremos tan celoso, tan abnegado y dispuesto á todo género de sacrificios para ponerse á la vista de sus alumnos como un verdadero modelo?

Con la educación conveniente, la cual es la única manera de hacer percibir al que se dedica á la enseñanza toda la grandeza de su misión, para que convencido perfectamente de la importante y delicadísima obra que van á emprender, no se detenga ante ningún obstáculo sino que sea empeñoso, decidido y abnegado porque no hay que olvidar que el maestro de escuela es un sér destinado al sacrificio como todos los seres que llenan funciones solemnes en la vía del progreso.

Esta es la verdad, y producir esta convicción al que va á dedicarse á la enseñanza, ¿cómo se podrá conseguir? Como lo han hecho todos los pueblos del mundo, abriendo escuelas normales basadas en la ciencia y en la virtud á fin de imprimir en el maestro el verdadero carácter del apóstol de la enseñanza.

Si esto es cierto, si pocas son las personas que no estén convencidas del carácter que debe tener el profesor y por consiguiente, la necesidad de que para tales labores adquieran un título que acredite la educación larga y penosa á que se ha sujetado, si esto es cierto, bueno es que se insista en esta verdad, porque ella constituye la base de todas nuestras resoluciones para el porvenir y particularmente la que hemos de dar á la presente cuestión. Como en el curso de este debate se nos ha atacado fuertemente á los que sostenemos este punto, y aun se nos ha ridiculizado recordando ciertos hechos de D. Quijote, veamos si efectivamente tenemos algunos puntos de contacto con el héroe de Cervantes, si somos unos soñadores, ó si en la vida práctica se pueden tomar algunos otros puntos de comparación que nos sean favorables y con tal objeto, muy ligeramente, me voy á permitir citar lo que acerca de esta cuestión han hecho los pueblos de Europa.

Francia, en su decreto de 18 de Enero de 1887 exige título profesional á los directores de las escuelas y Francia es un pueblo que va á la cabeza de la civilización por más que recordemos sus derrotas y sus últimos sufrimientos; á pesar de esto, Francia no habría tenido todo el oro que arrojó á la Alemania si no hubiera fomentado convenientemente y desde tiempos inmemoriales la instrucción pública. Francia, en fin, no nos habría asombrado, ni habría podido dar al mundo lecciones hermosas de la libertad y del derecho, si no fuera porque entre el relámpago de las revoluciones surgía una luz, no la que alumbraba cadáveres y escenas sangrientas, sino la luz clara y bendita de la civilización, la cual hará más tarde que la Francia alcance mayores progresos de los que ha obtenido, convirtiéndola en un pueblo siempre respetado y digno de imitarse por su amor á la instrucción.

Suecia, en su ley de 1822, dice que cada

escuela debe tener un profesor titulado. Inglaterra previene en sus disposiciones legales que el jefe de un establecimiento de enseñanza pública, debe estar dotado del diploma respectivo.

En los Estados Unidos los profesores son examinados por los superintendentes. En Suecia, el país clásico de las libertades, la nación que se toma como el modelo del respeto más grande á todos los derechos del hombre, allí, en uno de sus artículos legales se ordena que la posesión de un título de capacidad dado por las autoridades cantonales, se exigirá en todas partes para el ejercicio de la enseñanza. ¿Y qué ha hecho la Suiza para llevar á cabo este precepto? Establecer veintiuna escuelas normales y otras cantonales con el fin de preparar al profesorado. Cansaría la atención de esta Asamblea que tanto me honra dignándose escucharme, si continuara en la enumeración de los países civilizados que exigen título para el ejercicio de la enseñanza pública; basta presentar estos pueblos que van á la vanguardia de la civilización, para formar sobre el particular el criterio de los señores representantes; y basta también, para el mismo objeto, no ya referirme á lo que pasa en Europa, sino aun limitarme á lo que acontece en nuestros Estados sacrificados por las revoluciones y en circunstancias difíciles, luchando con mil dificultades, con mil preocupaciones y trastornos funestos, con enemigos implacables de todo género.

Pues bien, señores, veamos aunque sea muy ligeramente lo que acerca de este asunto han hecho algunos Estados de nuestra República.

Oaxaca en su ley de instrucción de 24 de Febrero de 1889; Coahuila en su ley de 25 de Octubre de 1881; Morelos en su ley de 30 de Diciembre de 1881; Hidalgo en su ley de 14 de Octubre de 1879; Tlaxcala en su ley de 31 de Diciembre de 1884; Jalisco en su ley de Junio de 1889; Tamaulipas en su reglamento sobre escue-

las municipales; Puebla en su Reglamento de 1883; Chiapas en su ley orgánica de 1885; Veracruz en su ley de 1888; Zaca-tecas en su ley de instrucción pública de 25 de Diciembre de 1881; Querétaro y otros Estados que no recuerdo en este momento prescriben en sus respectivas leyes esta necesidad del título para el profesor

El Sr. Lombardo en la sesión anterior nos ha pintado con caracteres tristísimos la situación del Estado de Guerrero, nos hizo ver la falta de fondos, la falta de posibilidad para establecer este principio en aquel Estado; pero en un telegrama que he recibido hoy se me dice:

«Ley Guerrero exige título á los preceptores.»—Bruno Martínez, Director del Instituto literario de Guerrero y Director del «Periódico Oficial.»

Ya se ve como aquel Estado tan pobre y que se encuentra en circunstancias difíciles y penosas ha obsequiado, sin embargo, esta ley y la ha impuesto como una necesidad social.

Basta, pues, lo dicho para probar que la necesidad de obligar al profesor á tener un título para el ejercicio de sus funciones, es un hecho perfectamente comprobado en todas partes, es un principio que forma un dogma pedagógico y es una cuestión de la cual no podremos salir

¿Señores, asusta que de alguna manera el Estado asuma ciertas facultades? Yo nada temo, señores, cuando veo que naciones tan avanzadas como las que he citado no se han detenido ante ningún escrúpulo al tratarse de exigir título al profesorado, al contrario, deseo que para México se satisfaga esta necesidad, porque una tradición funesta, una educación viciosa y la falta de iniciativa individual llenan de obstáculos el camino de la civilización.

El Sr. Lombardo, en un brillante discurso nos decía que la iniciativa individual es la única ley del progreso y la úni-



ca fuerza que puede llevar á la sociedad al último grado de su adelanto.

Admito esta teoría muy realizable en ciertos países como son los que ha citado el Sr. Lombardo, pero tratándose de México creo inútil apelar á ella porque aquí desgraciadamente no hay iniciativa individual y por lo mismo me parece más conveniente que el Estado supla esta fuerza poderosa.

Yo, señores, repito, nada temo porque el Estado reasuma de alguna manera la acción de la instrucción pública; temería mucho si se tratara de un Gobierno despótico, tiránico, lleno de ambiciones, indiferente por completo á nuestros intereses sociales y olvidadizo de todas nuestras necesidades; pero cuando esto no es así, cuando se notan los esfuerzos que hace porque la instrucción pública se desarrolle y cuando en el poder se encuentran hombres de corazón por sus virtudes, y hombres de inteligencia y de talento por sus conocimientos, no debemos espantarnos porque el Gobierno se encargue de la grandiosa obra de la educación del pueblo, porque él es la expresión verdadera de nuestros derechos, de nuestros intereses, y sabrá satisfacer plenamente nuestras necesidades.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Mateos.

EL C. MATEOS.—Señores representantes:

Pido á vuestra benevolencia cinco minutos de tribuna, para combatir un dictamen ya sentenciado en el juicio de la Constitución y más aún en el espíritu moderno; dictamen que bajo una forma brillante, se resuelve en un ukasse moscovita, que decreta la abolición de la instrucción pública y hecha por tierra una de las más preciosas garantías del hombre.

Penoso es para quien tiene la honra de dirigirse á este Congreso, ponerse frente

á frente de la sabiduría de una comisión, que tiene un órgano tan ilustrado cuyo discurso estaba á punto de ocasionar un desvío en la aguja magnética de mi cerebro. Más penoso es todavía tener que combatir el voto particular de mi distinguido amigo el Sr. Pineda, uno de los oradores más notables de las Cámaras de la Unión y una suprema inteligencia en el partido liberal. Presento mis excusas á S. S.

Todos vosotros, señores representantes, habeis formulado un preámbulo literario en vuestros primeros discursos, y no puedo seguirlos en ese terreno, á título de insuficiencia. Me limito á lamentar la ausencia del Sr. Guillermo Prieto, á quien tengo la honra de representar en esta Asamblea. Nuestro augusto poeta pertenece á una generación que tiene medio cuerpo en el sepulcro; pero que como las bujías al extinguirse, son más vívidos sus resplandores. No contando con la gran imaginación del maestro, ni con sus facultades oratorias, ni su fuerza de dicción, ni sus grandes ideas de reforma; entro sobrecogido en la discusión y pasaré sobre los mares del debate, como Blonden por el alambre del Niágara.

En la sesión del viernes último, el honorab'e representante por Tabasco, hizo la síntesis de este Congreso, hablando sobre las cuestiones filosóficas, constitucionales y económicas, que tienen atinencia con el principio de instrucción pública. Efectivamente, señores, os está encomendada una de esas evoluciones históricas de la más radical importancia en el espíritu progresista de nuestra época. Nosotros aquí en el silencio de este recinto, somos los sepultureros de la noche, estamos cavando una tumba, y sin que se oigan los golpes de nuestro arado; pero al despertar de esta generación, encontrará la cripta, donde arrojaremos de una vez y para siempre, el pestilente cadáver del pasado.

Habeis proscripto el sistema de Lancaster para darle paso al método moderno, y habeis hecho bien; pero habiendo el Sr. Cervantes Imaz exprimido el amargo jugo de la diatriba en contra de ese grande hombre, le debemos una reparación histórica y yo se la daré cumplida. Lancaster dió un paso atrevido en el progreso de su época, se puso como un reformador frente por frente de la escuela antigua y fundó con su espíritu filosófico y sus grandes conocimientos, la escuela moderna. Al desaparecer de entre los vivos para esconderse en las obscuras sombras de la muerte, habrá siempre sobre los mármoles de su sepulcro una corona de inmortales, llevada por las manos de la niñez y de los hombres pensadores. Yo recuerdo, señores representantes, que fué tal el entusiasmo producido por Lancaster, que se tenía como un grande honor el ser admitido en sociedad tan ilustrada. Cuando D. Juan N. Almonte se envolvió en las redes traidaras de la intervención, para arrojar á su frente la ignominia, se le mandó borrar públicamente de los registros de la Lancasteriana, y eso que el Sr. Almonte tenía un justo título para pertenecer á ella, porque había prestado grandes servicios á la instrucción pública y escrito libros de texto, cuyos ejemplares han hojeado ya dos generaciones.

Difícil es pronunciar en son de elogio el nombre de Almonte en el Congreso Nacional; pero es fácil traer su memoria á un Congreso de Instrucción Pública. Yo no vengo á vindicar á ese hombre cuyos restos se pudren en la tierra extranjera; porque no me es permitido penetrar en los oscuros horizontes de la conciencia humana, sólo á la historia le es dado romper los candados de la muerte.

(Sensación.)

Señores representantes, la cuestión que se debate, tiene dos fases, una, la libertad

de enseñanza, la otra, la cuestión de títulos. Mi tósis continua, una de las fórmulas de la escuela progresista, es que en el seno de la libertad se resuelven todas las cuestiones sociales, todos los problemas filosóficos. Una de las grandes conquistas de nuestra gloriosa revolución, ha sido la libre omisión del pensamiento en todas sus manifestaciones, la escuela libre, la ciencia libre, libre la conciencia, libre el arte, libre la industria, el comercio, los sistemas, cuanto sale de las irradiaciones del cerebro. Pensar, resplandecer, enseñar, difundir, exaltar la raza de los hombres y levantar un pedestal al espíritu humano!

(Aplausos.)

La comisión nos presenta una idea enteramente reaccionaria, equivocando la índole de este Congreso con la de un Concilio Ecuménico, donde se haga la declaración dogmática de la *escuela oficial*. Querer imponer una idea por el rigor de una ley y no por su ilustración, es un absurdo, contra el cual protesta la inteligencia libre de los hombres. Las sociedades progresan por medio de la lucha, viven y adelantan en medio de los combates, en el libre cambio de las ideas, en las lides de los sistemas sin monopolios ni privilegios, en el choque ilustrado del pensamiento científico, que es lo que produce la luz, como produce el movimiento de las olas la fosforescencia del océano.

(Aplausos.)

Es tan pujante, señores, la fuerza de esta libertad, que lleva treinta y tres años de publicada la Constitución y aun no puede formularse ni menos expedirse la ley reglamentaria del artículo 3º del Pacto Fundamental; porque hay garantías que no son restringibles, nacen con el hombre, se levantan á la altura de su dignidad, y el legislador las *consigna* pero no las otorga, porque éstas son inalienables.

Al ocuparse los congresos de la restricción por medio del título, se han detenido en la cuestión que hoy debatimos, sobre si debe incluirse el profesorado de instrucción primaria en el segundo inciso del referido artículo 3º de la Constitución y nada se ha resuelto, porque tocar ese punto es atentar contra el dogma del pensamiento libre. Así ha quedado en el olvido el artículo de la Constitución, sobre armas prohibidas, cuya cuestión sería ya ridícula para una Cámara.

Señores representantes, la libertad de enseñanza se impone por una necesidad de civilización, por una exigencia social, y no hemos de estar más atrasados que los pueblos de hace tres mil años, en que los grandes hombres enseñaban con entera libertad sus sistemas filosóficos, sin que se les impusiera el hierro candente de un título, que conquistaban á fuerza de sabiduría. Dos mil años hace que del humilde pueblo de Nazaret salía un hombre caminando entre las sombras tenebrosas de su destierro, adelantando el paso hacia el escabel del martirio y de la ignominia. Llevaba un gran pensamiento que se enseñoreó en su período histórico, de la humanidad, y libremente enseñaba su doctrina, en los templos, sobre los mares, en la cumbre de las montañas, en las ciudades de la Palestina, sin que al Sacerdote se le hubiera ocurrido exigirle el título del profesorado.

(Aplausos prolongados)

Así es como han aparecido las grandes ideas que han alumbrado el camino tortuoso de la humanidad.

Pero veamos la situación del país en los momentos de evolución científica. Aparece un nuevo sistema y nos encontramos sin profesores, porque éstos no tienen la ciencia de lo desconocido. Y en estos momentos, los menos á propósito, proponemos la cuestión del título, y ante esa exigencia clausuramos las escuelas

todas del territorio mexicano, cuando necesitamos más y más abrir las puertas de la instrucción pública. Pero la *escuela libre* está vencedora como tantas veces; porque no os es dado modificar las circunstancias de la Nación, ni menos el estado y las ilustradas aspiraciones sociales. Necesitamos que la *bestia humana* se civilice. (Protestas en las galerías.)

Esos rumores parten de que no se ha leído el último libro de Emilio Zola, que acaba de publicarse en París. (aplausos.)

Decía, señores, que en pro de la instrucción, aceptamos desde el alto profesorado hasta la vieja que dirige á los párvulos, desde el clérigo que enseña en la Parroquia hasta el declamador de los clubs, desde el orador de la Plaza Pública, hasta lo último, más allá de lo último, los energúmenos del púlpito.

(Risas y aplausos.)

Pero la piedra fundamental de la instrucción pública está colocada, la Escuela Normal aparece como el resplandor celestial de una idea, entramos sin vacilar en el porvenir.

Me vuelvo ahora del lado de la comisión y emprendo la defensa de D. Quijote, traído con tanta oportunidad por el Sr. Lombardo á la discusión. Ha dicho el Sr. Lombardo, que la comisión parecía dirigirse á un Congreso de poetas, me tocan las generales, (risas) que sólo D. Quijote encontraba princesas en las venteras y gigantes en los castillos de viento, y añadió que los *hombres prácticos* eran los que estaban llamados á resolver estas cuestiones. Después, ensanchando su discurso, agregó un cuento de las Mil y una Noches, que hoy traduce D. Pedro del Brasil en puro y correcto portugués (risas.) Tenemos dos partidos, el de los *soñadores* y el de los *hombres prácticos*, el uno reconoce por jefe á D. Quijote, y el otro á Sancho Panza,

(Aplausos.)



S. S. ha estado feliz. La comisión á quien presto todas mis adhesiones, está soñando como el héroe de Cervantes, sueña al ver á un pueblo presa de la ignorancia, que llegará á la altura civilizadora de la ciudadanía por medio de la instrucción, cree ver tras un indio desgraciado la figura de un hombre ilustrado, descubre acaso á un Juárez ó á un Zaragoza, mientras que los *hombres prácticos* no ven sino á un sér mezquino y sin porvenir. Estos Sancho Panza del retroceso, son los que detienen siempre el adelanto de las naciones, mientras que los locos ó los soñadores van guiando los destinos de la humanidad. El Quijote de los astros se llamaba Copérnico, el Quijote del movimiento de la tierra se llamaba Galileo á quien cargaron de cadenas los Sancho Panza de su época, Colón era el Quijote de los grandes descubrimientos y á pesar de que los Sanchos de Salamanca le auguraron que sus naves al pasar del Trópico se fundirían en las llamas abrasadoras del Ecuador y que no podría resbalar en el hemisferio sobre los mares de las zonas, se arrancó del Puerto de Palos y tras los mares desconocidos saludó desde su cara vela al sol americano.

Los Quijotes de 57 y de 61, soñaron con la reforma, vieron desaparecer los conventos, disolverse las corporaciones eclesiásticas, fundar el Registro Civil, y después de un cuarto de siglo, presenciarnos en decadencia las ceremonias de la Iglesia vencida. El matrimonio canónico se reduce en la capilla doméstica de Monseñor Labastida, á una pompa que á fuerza de ser tan católica es enteramente pagana, donde van á darle un dulce adiós á su virginidad las damas de la aristocracia.

(Aplausos prolongados.)

El General Díaz es el soñador de la época, oyó el bufar de la locomotora por el desierto, se le figuró que el vapor re-

netraba por el vientre obscuro de las montañas y que las máquinas llegaban á las orillas de los mares. Soñó con el crédito, en que un día se llenarían las arcas del tesoro con los millones de los empréstitos; ¡qué sueños tan descabellados para los Sancho Panza de la economía! . . . .

«No piense vuesa merced en el correr de la palabra» y la chispa eléctrica circula por todas las zonas del globo con la rapidez del rayo en el alambre del telégrafo. «No crea vuesa merced que el *fierro habla*, y el fonógrafo se hace eco de la voz humana.» «No crea vuesa merced que se extienda y comunique la voz de los hombres,» y el teléfono la arroja á grandes distancias. «No crea por último, Señor Don Quijote, que los pueblos resuciten,» y se levanta la Italia unida á pesar del Sancho Panza del Vaticano

(Aplausos ruidosos.)

Yo os digo, señores representantes, que la Comisión verá realizados sus sueños de locura. Un día el profesorado saldrá victorioso de la Escuela Normal, para derramarse en todo el territorio mexicano, sin más título que el de la instrucción como salió el cristianismo de las catacumbas romanas. La escuela moderna le dará sepultura á la escuela antigua, el saber triunfará de la ignorancia, *esto mata, rá á aquello*. Tenemos á las multitudes con la enseñanza obligatoria, fiémonos á nuestro destino, sin temer que alguien dé un toque de resurrección á las ideas reaccionarias, estas se van como las tempestades del cielo, y no vuelven como las golondrinas de Becquer.

Señores representantes, yo saludo desde lo alto de esta tribuna el astro naciente de la Escuela Normal!

Señores de la comisión, retirad vuestro dictamen, y hareis una retirada más gloriosa que la de los *diez mil de Xenofonte!*

(Aplausos prolongados)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Aguilar, Representante de Puebla.

EL C. LIC. AGUILAR.

Señores Delegados:

Si en tesis general la libertad de enseñanza por sí sola y como principio abstracto, forma parte de las arduas cuestiones que en hirviente agitación traen y conmueven á los hombres que viven la vida de la ciencia, para nosotros en particular reviste especialísimo carácter, dados nuestro modo de ser en el orden político y la Suprema Ley que establece y regula nuestras relaciones con el Estado.

Y como si esto, con ser mucho, no fuese bastante, aun tenemos que añadir, para que aumente la gravedad de tales consideraciones, el respeto debido á los esclarecidos constituyentes que, de la República federativa organizada en 1824 de las leyes de 36 y de 43, del restablecimiento federal en 47, de la dictadura de 53 á 55, y de la revolución iniciada por el plan de Ayutla en 54, triunfante después, hicieron surgir el Código más liberal y perfecto que ha regido los destinos de nuestra Patria.

Por esto comprendéis, señores, el temor que ha embargado y embarga todavía el ánimo de la comisión que formó el dictamen traído al debate, y la necesidad que ha experimentado de ocurrir á las justas reglas de una buena interpretación, al estudiar el artículo constitucional que proclama esa libertad. Empero, como admitir la inteligencia que le dan á ese artículo el ilustradísimo Sr. Pineda en su voto particular, y las honorables personas que como él opinan, importa, en buena lógica, formular un grave cargo contra los legisladores de 57; pues si concedemos que aceptaron la libertad de enseñanza llevada hasta el absurdo, fuerza es convenir en que nada entendían de libertad, ya que ésta para no trasponer sus lindes, ha

de respetar el derecho de los asociados y el supremo derecho del Estado; pues si admitimos que aceptaron la libertad de enseñanza llevada hasta el extremo de que el ignorante pueda, con las mismas prerrogativas de un profesor, ponérsele frente á frente, sin que al Estado le importe un ardite los males irreparables que ese ignorante ocasione, porque irreparable es el mal que puede causar una medicina que no lo sea; porque irreparable es el mal que puede causar una educación sin método, fuerza es convenir también en que dichos legisladores jamás entendieron que si el Estado debe *dejar hacer*, como dicen los economistas, debe poner al individuo en situación de *poder hacer* y *hacer bien* conteniéndolo en el abuso de sus derechos cuando al seguir la corriente de sus inclinaciones perjudiquen derechos de los demás asociados.

¿Pero en realidad merecen tales cargos los sabios autores de nuestra Ley fundamental?

Veámoslo.

Toda ley, para recibir su aplicación en la vida, debe ser objeto de un proceso intelectual, ya que no está en la marcha ordinaria de las cosas que una ley vaya seguida de otra que la explique, la cual, á su vez, exigiría lo mismo. Y es claro: destinada la ley á fijar una relación de derecho, expresa siempre un pensamiento simple ó complejo que pone esta relación de derecho al abrigo del error ó de la arbitrariedad; mas para que tal resultado se consiga en la práctica, precisa que el espíritu de la ley sea percibido enteramente y en toda su fuerza, colocándose el intérprete en el punto de vista del legislador, para producir artificialmente sus operaciones intelectuales y recomponer la ley en su inteligencia; por eso la interpretación se define diciendo que es «la reconstrucción del pensamiento contenido en la ley.»

De los elementos de interpretación nos

encargamos ya en la parte expositiva del dictamen que se discute, aplicándolos á nuestro caso; por tanto, para no incurrir en repeticiones, sólo agregaremos que el buen éxito de la interpretación depende de dos condiciones esenciales, donde se funden, por decir lo así, todos sus elementos.

La primera se verifica reproduciendo en nosotros mismos la operación intelectual que determinó el pensamiento contenido en la ley; la segunda, examinando la ley en su conjunto y todos los preceptos que con ella se relacionan, para conocer la intención evidente del legislador.

Ahora bien: si obsequiando las anteriores prescripciones queremos interpretar el art. 3º de la Constitución, veremos que es indispensable relacionarlo con el 4º, pues no puede creerse que en una Asamblea donde había tantos hombres ilustres, imperase descarnado y frío el precepto de la libertad de enseñanza sin restricciones en favor de los individuos y del Estado. Pero se nos objeta que esa relación es inadmisble, máxime cuando en el proyecto presentado al Congreso Constituyente, cada una de esas prevenciones tenía su número especial. Pues bien, señores, aun aceptando esa solución de continuidad, que no es correcta, ni con mucho, ante los lineamientos fundamentales de la ciencia del Derecho, sostenemos que el art. 3º jamás podría garantizar la libertad de enseñanza llevada hasta el punto de confundirla con la libertad en el ejercicio de una profesión, cuando no se tiene el diploma que acredite la licencia para ello. Me explicaré mejor: todo el mundo puede enseñar lo que le plazca, hasta el absurdo mayor si se quiere; bien: luego todo el mundo puede hacer de la enseñanza una profesión y ejercerla sin título á virtud de esa libertad. ¿Es lógico esto, señores? Con que á nosotros no se nos permite ligar los artículos 3º y 4º, y las honorables personas que en contrario opinan sí pue-

den confundir *enseñanza* con *profesión* y á virtud de estas confusiones y por medio de una peregrina sustitución algebraica, allí donde dice «la enseñanza es libre,» leen «es libre también el ejercicio de la profesión de enseñar.»

No, señores. De que la enseñanza sea libre, no se sigue que la enseñanza erigida en profesión sea libre también. No olvidemos las palabras, pues su sentido gramatical nos pondrá de manifiesto lo ilógico de esa confusión. «*Enseñanza: derecho que tiene todo hombre para manifestar metódica y ordenadamente los conocimientos útiles que posee, á fin de que otro individuo se los asimile.*» «*Profesión: empleo, arte ú oficio habitual de alguno y con el cual gana el sustento.*»

Yo puedo enseñar, pero *sin abrir casa*, que dice Balbuena modificando una definición del diccionario del idioma. ¿Y puedo, á virtud de esa libertad, abrir con el nombre de escuela un tabuco sucio, donde hacinados los niños y desprovistos de cuantos elementos reclaman de consuno la higiene y la pedagogía, en punto á luz, ventilación, dimensiones, aseo, temperatura, comodidad y atractivo, se embrutece y se destruyen por culpa de esos microbios que con el nombre de maestros en primeras letras llevan á todas partes la descomposición y la podredumbre? Y hoy que asistimos á los imperecederos triunfos de las ciencias naturales, en una de las épocas más grandes é imperecederas de la historia, porque la observación y la experiencia reconquistando el mundo real han devuelto su santa maternidad á la naturaleza, ¿puede, á virtud de esa libertad abrirse una escuela donde en el cerebro del pobre niño se estampan, se incrustan y se almacenan conocimientos aprendidos de memoria, pasivamente y olvidados á vuelta de hoja? donde el niño es un poste al que vienen cada maestro y cada libro á fijar por turno su bando de una enseñanza que no enseña? Parad mientes,



señores, en el espectáculo que día á día nos ofrecen esos niños macilentos, consumidos, anoxémicos, víctimas de un *intelectualismo* despótico, sin vitalidad, sin salud, sin alegría; apartados de la naturaleza, de la sociedad y de sí propios; plantas ahiladas, estilistas profanos en perdurable penitencia, prontos por su misma debilidad á quebrantarse á las primeras tentaciones del sentido: parád mientes en todo esto y decidme si la Constitución y el Estado dejarán que abran escuelas esos maestros en cuyo espíritu jamás ha amanecido, y que sin amor á la naturaleza, ni al bien, ni al arte; sin la conciencia de su magisterio, sin dignidad, sin virtud, sin hábitos sociales se avienen mal con su oficio y están siempre apercebidos á aumentar las turbas inquietas y ambiciosas, á formar el lastre de todas las utopías y á constituirse en corifeos de las masas para todas las revoluciones.

(Aplausos.)

Cualquiera puede enseñar, pues para ello es libre: cualquiera puede enseñar á sus hijos, sin que haya un necio que para tal enseñanza le vaya á exigir al padre el título de profesor: la madre, en el santuario del hogar, y teniendo al niño sobre el altar de sus rodillas, puede enseñarle todo lo que guste, y debe allí, porque allí es el único sitio apropiado, mostrarle los hechos que ponen de manifiesto la eterna revelación de Dios en la conciencia; pero si esos padres que enseñan á virtud de sus legítimos derechos, quieren convertirse en profesores y abren una escuela sin tener para ello ni aun nociones pedagógicas, y sobran emolumentos y carecen de título; á la postre esos maestros improvisados se burlarán del Congreso de Instrucción, que sobreponiéndose con sobrehumano esfuerzo á creencias conservadas en secular herrumbre, anhela por devolver al verdadero maestro sus fueros ultrajados y el santo blasón de sus derechos;

y aquellos maestros se burlarán del actual movimiento de la cultura pedagógica y de nuestro sabio Gobierno que avivando el espíritu público, antes sólo abierto á los delirios de la fiebre política, fuerza las puertas de nuestra cárcel intelectual y nos llama á colaborar, protegiendo la enseñanza, en su obra de emancipación y de progreso.

(Aplausos.)

¿Y la intervención del Estado, exigiendo título al maestro de instrucción primaria, sólo para defender los derechos del niño, importaría un ataque á la libertad de enseñanza? Que conteste por nosotros un filósofo ilustre,—Tiberghien.—Sí importa un ataque, dice, si la libertad significa abuso, licencia ilimitada, pero si esa libertad consiste en el uso del derecho conferido á todos los ciudadanos, ¿en qué se la ofende, cuando está subordinada en su ejercicio á una condición inherente á su naturaleza? Quereis enseñar ejerciendo una profesión? Está bien; pero empezad por aprender: no os pregunto vuestras opiniones, sólo quiero saber si os hallais en aptitud de enseñar. El abuso de los profesores es fácil; grande la responsabilidad del Estado, hace falta una garantía pública; el título no es una medida contra la libertad, sino condición equitativa y general puesta al servicio de una función establecida en interés de todos.

Por otra parte, la misión del Estado no es contrariar la actividad de los ciudadanos, sino favorecerla. Cada fin del hombre debe ser realizado socialmente por el concurso de todos, pues, como dice Spencer, reconocer y garantizar los derechos de los individuos, es al mismo tiempo reconocer y garantizar los derechos de la sociedad, ya que la restricción recíproca es la mejor fuente de la restricción que debe imponerse á la actividad de los hombres, cuando esa actividad puede penetrar en la esfera de acción de los otros y lesionarla injustamente.

En efecto, el Estado es una de las ruedas de la vida pública: es el órgano de la sociedad que representa el derecho; es la expresión social de la justicia, como la Iglesia es la expresión social de la religión.

La sociedad es un organismo donde cada órgano tiene su actividad y su misión y sus leyes, á la vez que todos los órganos dependen unos de otros y están ligados entre sí; porque la unidad, la variedad y la armonía forman las condiciones de toda organización. Mirad el cuerpo humano, ¡qué variedad de acciones y de movimientos, qué riqueza de órganos, de sistemas y de funciones; nada hay en él homogéneo, como en los productos inorgánicos de la naturaleza, todo es diverso, opuesto, contrario; la unidad más elevada se enlaza allí á la variedad más abundante! ¿Pero á qué condición? Bajo la condición de que todo concorra y conspire, de que todo se ligue y encadene, de que todo obre y reobre en todo, siendo á la vez fin y medio: de aquí resultan la unión y la armonía. La salud del cuerpo social, se obtiene del equilibrio en sus órganos; sus enfermedades ó sus desórdenes, de su juego desigual, bien por falta ó por exceso, ó porque se desarrolle demasiado á expensas del conjunto. (Spencer.)

Por eso cada órgano tiene en la vida pública su función especial. El Estado tiene también la suya: como órgano del derecho debe repartir á todas las esferas sociales, á la ciencia, á la industria, al arte, etc., las condiciones indispensables á su existencia y desenvolvimiento, impidiendo enérgicamente las pretensiones individuales; cuando éstas lastimen otros derechos: de aquí la corrección y represión de que el Estado se encuentra revestido, á diferencia de los otros órganos de la vida social. Hagamos abstracción de esa autoridad, y el conflicto entre los intereses sociales nos llevaría á la destrucción. Para evitar esto, es necesaria una

autoridad imparcial que represente el conjunto, y que desligada de todo objeto exclusivo, vele por todo y provea y sostenga todo en los límites de la justicia. Tal es la misión del Estado, y la cual se ejerce en provecho de todos. Esta misión, que la ciencia moderna señala para él, permite corregir y conciliar lo que hay de excesivo en las teorías emitidas con este motivo. Unos quieren que el Estado sea todo; otros lo reducen á la nada. Los primeros quieren absorber en el Estado la sociedad entera; los segundos no le reconocen más que la policía y la represión. La verdadera teoría debe considerar todos los datos del problema y no hacer del Estado el único órgano de la sociedad, ni darle tampoco una acción puramente negativa: debe tomar el medio entre los extremos y conciliar las opiniones contrarias, quitándoles su exclusivismo. Es necesario, pues, en la sociedad, como en la ciencia, como en todo organismo físico ó moral, distinguir sin separar y unir sin confundir: la distinción mantiene la variedad: la unión sostiene la unidad. La variedad en la unidad, engendrán la armonía, forma de todo organismo. En una palabra, el Estado, como órgano de la ley, no interviene para impedir la actividad, sino para evitar el abuso. Bien que toda clase de trabajo debe estar garantizado por la libertad; pero la libertad no es la licencia: la libertad de uno respeta el derecho del otro, para lo cual traza el Estado el círculo en que ha de moverse dicha libertad, ó como dice Eugenio Rendu, «El Estado señala los límites y las condiciones de la actividad individual, por la ley.

La enseñanza es *libre*. Esto quiere decir, en derecho natural, que ningún obstáculo pueda ponerse á la vocación de enseñar, pero no que se pueda ejercer la profesión sin haber dado pruebas de capacidad. Esto quiere decir que el cuerpo docente pueda elegir y perfeccionar los

métodos, pero no dar lecciones en cualquier local, contrariando las prescripciones de la higiene y las conveniencias morales. Esto quiere decir, finalmente, que el padre de familia puede, á su vez, hacer valer sus preferencias, pero no sus traer á sus hijos de toda instrucción.

En materia de instrucción, como en cualquiera otra materia, bajo la acción de la fuerza pública, todos los derechos deben estar garantidos y el Estado velar para que sean respetados por todos. Menester es que la ley concilie las exigencias de la instrucción con los de la moral, de la ciencia, de la salud, de la industria, de la familia y de la religión. El *título de capacidad* es una condición impuesta al cuerpo docente en nombre de la ciencia y de la civilización. La *inspección de los edificios* es otra condición impuesta á los profesores en nombre de la familia, de la moral y de la salubridad. La *obligación escolar* es finalmente, una última condición impuesta á la familia, á la industria y á la religión, en nombre de la enseñanza y del orden público.

No hay que temer que el profesor desconozca el valor de la instrucción; pero sí que en ciertas circunstancias la especulación, la manevolencia, la incuria ó el fanatismo distraigan á los niños de la escuela con un fin interesado. Los derechos del niño, el desarrollo intelectual y moral de la generación naciente que interesa al porvenir de la sociedad, esto es, la prosperidad y la seguridad pública, no pueden ser sacrificadas á ninguna otra pretensión. El Estado debe armonizar todos los derechos »

No queremos decir con esto que el Estado se apodere absolutamente del niño, pues bien sabemos que éste se halla por la naturaleza confiado á los padres y á la familia; á ellos y no al Estado corresponde en primer término su cuidado y su educación. La educación política de los Españoles, que á los siete años eran sepa-

rados de los padres, pudo hallar fundamento en la necesidad de conservar con grandísimo esfuerzo y sacrificios su dominio siempre amenazado; pero no es recomendable tal sistema, aunque el mismo Platón le hubiera prestado homenaje. En la Convención Francesa, fué renovado por Miguel Lepelletier análogo proyecto de educación exclusiva del Estado, proyecto del cual decía Robespierre ensalzándole: «Parece que he bosquejado el espíritu de la humanidad.» Todos los niños de doce años cumplidos, y las niñas á los once, debían ser saneados á expensas de la nación en establecimientos públicos; también su familia era sacrificada por amor al Estado. El proyecto, sin embargo, cayó con la Convención.»

Ataque semejante por parte del Estado, no puede fundarse en el derecho público, y sería por demás dañoso é ilegítimo. Sólo cuando lo exige la necesidad de la suprema tutela, en los casos en que la familia no puede ó no quiere cumplir su deber, puede la autoridad apropiarse el derecho de ocupar el puesto de ella.

«Hay Estados que han declarado la enseñanza como asunto meramente civil é instituido una ciencia del Estado en sentido específico.» Hoy se sigue en China esa dirección. El Emperador del Celeste Imperio ha honrado la autoridad de la ciencia y como órganos públicos son clasificados y ordenados gerárquicamente los literatos, los sabios, los jurisconsultos y los mandarines. En otras naciones, al contrario, se ha observado para la ciencia el más completo indiferentismo. La ciencia oficial es sencillamente absurda: la indiferencia tampoco es aceptable. El Estado moderno debe á la ciencia libre y desvinculada de los lazos de la Edad Media, el haber adquirido la conciencia de su poder; y si los individuos toman poco interés en el trabajo científico, debe el Estado, con deber imperioso, proteger la ciencia y todos sus progresos. ¿Y cómo



no, si el Estado, lo mismo que el individuo, tiene ciertos derechos propios que no son otra cosa que las condiciones para su existencia y desenvolvimiento y por lo cual debe intervenir en todo aquello que se refiera á sus derechos? Ya sea que el ejercicio de las profesiones afecte su modo de ser, ya sea únicamente que él mismo tenga que emplear la actividad de esas profesiones, en ambos casos tiene la facultad de cerciorarse de la aptitud de quienes intenten ejercerlas.

Y si esto es así, si lo mismo ha sido en otros años ha, de tal suerte que los anteriores principios no pudieron escaparse á la penetración de nuestros constituyentes; si estamos mirando que en varios planteles creados para uso particular y con fines particulares, se preserva á los alumnos del contacto con las ciencias modernas, conservándolos en un medio especial, bien así como á los animales marinos se les conserva en acuarios *ad hoc*, ¿por qué le hemos de dar al artículo tercero una extensión que no tiene, que sus autores no han querido que tuviera? Si la amplísima interpretación que á ese precepto quiere dársele, estuviere de acuerdo con los principios democráticos, la comisión que dictaminó sobre el asunto, sería la primera en respetarla, que al fin, aunque con lentos trabajos, cerca de la escuela abierta para sustentar como verdades los errores del pasado, abríamos otro ú otros planteles donde á la luz de la ciencia moderna le demostrásemos al niño que así como los cementerios sólo dan fuegos errantes, esas ideas muertas sólo dan miasmas irrespirables y gémenes de absoluta descomposición. Pero no, señores; ni siquiera servimos á nuestro partido opinando así; ni conspiramos por el prestigio de la Constitución, sino que les servimos á nuestros contrarios en esa su obra silenciosa y subterránea, á nuestros contrarios á quienes ya es preciso ponerles la camisa de fuerza para que vuelvan,

si no á los dominios de la razón, siquiera al conocimiento de su impotencia.

(Repetidos aplausos.)

Pero, señores; se han formulado contra nosotros tantos cargos por las honorables personas que se dignaron disentir de nuestras opiniones, que aun no podemos salir de la perplejidad en que estamos abismados, y tal parece que hemos traído al campo del debate la teoría más absurda y más contraria á nuestras libertades públicas. ¿Pero será cierto que hace mal la comisión en interpretar lo que es tan claro como la luz del medio día? ¿Será verdad que somos Quijotes, ilusos, utopistas, poetas de la enseñanza y bordadores del vacío? Tal vez; puede ser. Sin embargo, analicemos. ¿Que sólo se interpreta lo que es obscuro, dice mi amigo estimadísimo el Sr. Lombardo? ¡Ah, sí!

Allá en los tiempos del antiguo derecho, cuando la interpretación se definía diciendo «que era la explicación de la ley,» dividióse en auténtica, usual y doctrinal y sólo eran interpretadas las leyes obscuras; pero hoy, que el moderno derecho nos enseña, en sus magníficas y eternas enseñanzas, que por aquella debe entenderse la reconstrucción del pensamiento del legislador, ya no es la obscuridad condición indispensable de la ley para que pueda ser interpretada, porque Savigny dice, con mucha justicia, «que es imposible el estudio profundo y completo del estado de enfermedad á menos que se tome por base el de salud, al que necesariamente debe referirse toda desviación anormal; y que admitiendo la antigua definición, cerceuamos la parte más noble y más fecunda de la tarea de interpretar, que consiste en comprender en toda la variedad de sus relaciones las leyes no defectuosas, y por consiguiente, desprovistas de obscuridad.» Y es evidente, ¿cómo había de dividirse la interpretación en auténtica, usual y doctrinal, si la primera la hacía el legislador y esto no era interpretar sino dar otra ley;

si la segunda se verificaba por el uso y ya contra la observancia de la ley no puede alegarse desuso, costumbre ó práctica en contrario; y si la doctrinal se efectúa por los profesores y estos deben explicar todos los preceptos de la ley, cualesquiera que sean sus condiciones? ¿Cómo no había desabiersto el ilustradísimo Sr. Lombardo, cuando tal conocimiento constituye el alfa de nuestra honrosa, aunque amarga profesión? Concluir que tan digno letrado sufrió sólo una equivocación, es hacer justicia á su talento.

(Aplausos.)

¿Que somos Quijotes? Sí, es verdad; en esto sí hay razón. Somos Quijotes en todo lo que se refiera al progreso de la instrucción; en todo lo que á nuestros adelantamientos y al bien de nuestra patria se refiera, pues convencidos estamos de que la grandeza de las sociedades no radica en el pasado, que el presente las abisma y que deben poner por ende toda su esperanza en el porvenir; pues convencidos estamos de que sólo por medio de la enseñanza llegan los pueblos al zenit de su perfeccionamiento, esparciendo raudales de luz que vivifica á los asociados, bien así como de las urnas gigantescas de las altas montañas descienden á los campos mil y mil ríos, cuyos limpios cristales llevan á los pueblos la vida y la felicidad.

(Aplausos.)

¿Que somos ilusos? No, no estamos engañados; día vendrá en que se respeten los fueros del maestro y esto será cuando el título de acceso en tan digno sacerdocio sólo á los escogidos, y no á la escoria, no á los que por su ineptitud se fugan de todas las profesiones, de todos los oficios y de todo trabajo digno, para refugiarse en la única que por hoy puede ejercer sin estudios, la profesión del maestro de enseñanza primaria: día vendrá, cuando la exigencia del título dignifique la clase, en

que el maestro conquiste las prerrogativas que le corresponden y se alce majestuoso sobre el pedestal de sus derechos.

¿Que por ahora no es tiempo, y que debemos esperar á que haya suficiente número de maestros titulados para establecer nuestro principio?

¡Ah, señores; con cuánta satisfacción, si no temiera yo molestaros, abriría la historia para recordar los males que ese eterno *aún no es tiempo* nos habría causado, si por desgracia hubiese imperado siempre y en toda su plenitud: cuántos diques y cuántas sombras habría opuesto al progreso de México, si aquel anciano venerable que al sentir sobre su frente el postrer latigazo de la tiranía se irguió con majestad, hizo un esfuerzo y separó dos mandos, se hubiera inspirado en el fatídico *aún no es tiempo*! ¡cuántos diques y cuántas sombras habría opuesto al progreso de nuestra patria, si los legisladores de cincuenta y siete, al encender en nuestro espíritu el sol de las libertades y al coronar nuestra frente con la corona de todos nuestros derechos, se hubieran inspirado en el fatídico *aún no es tiempo*! ¡Cuántos diques y cuántas sombras habría opuesto al progreso de México, si Juárez, el inmortal Juárez, al destruir con el ariete de la Reforma la muralla que se oponía al engrandecimiento de un pueblo, por esos mismos que hoy, merced á nuestro lirismo constitucional, nos arrebatan la educación de la niñez, se hubiera inspirado en el fatídico *aún no es tiempo*! ¡Cuántos diques y cuántas sombras habría opuesto, en fin, al progreso de México, si nuestro actual Gobierno, al establecer con su sabia política el definitivo reinado de la paz, se hubiera inspirado en el fatídico *aún no es tiempo*!

¿Que aún no es tiempo? Pues que el principio quede establecido: que hierva el agua encerrada por hoy en la caldera, para que después penetre la gran locomotora en todos nuestros pueblos y en todos



los confines de nuestra República: quedará en todo caso, la semilla que más tarde sea la gigantesca ciencia donde vengán á estrellarse las pretensiones de los ignorantes!

(Repetidos aplausos.)

¿Que somos unos poetas? ¡Ojalá y perteneciéramos á esta clase de seres privilegiados que, sin esperar nada de nadie, trabajan por avivar en nosotros la llama del ideal, y llenar de ideas nuestra conciencia, y reflejan los colores de la naturaleza y los matices del pensamiento, y nos anuncian con sus ritmos que amanece en nuestro espíritu!

¿Que somos todo eso porque deseamos que el verdadero maestro resucite, si no al tercer día, al menos después de algunos años? Que somos todo eso porque deseamos que el verdadero maestro, el que ha alcanzado su título y con él un timbre de gloria después de algún tiempo de fatiga, de miseria y de trabajo, no vaya á confundirse con esos que en el Estado de Guerrero, según confesión de su dignísimo representante, prostituyen la enseñanza cobrando por soldada tres pesos al mes, lo que se tienen muy merecido? Sí, más vale ser todo eso buscando algo que signifique adelantamiento, espacio, luz, y no quedar en la obscuridad; vale más ser todo eso, y no estadizos, y no cuadrantes de sombra que con su doble aguja señalan siempre inmóviles la media noche!

(Aplausos.)

¿Que es baladí fijarse únicamente en que los aspirantes á profesores cobren emolumentos, para que se les pueda exigir título? No, señores; muy bien sabe quien así arguye, mi amigo muy querido el inteligente y elegantísimo escritor Guttierrez Nájera, que no ha sido esa la causa única que nos obliga á pensar como lo hacemos, sino otras y bien marcadas consideraciones.

¿Que los constituyentes, de todo se acordaron, menos de la instrucción primaria?

Mejor para nosotros, porque entonces no es pecado de lesa Constitución interpretar el artículo tercero con las restricciones que establecemos en bien del verdadero maestro, cuyos intereses se defraudan por el maestro improvisado, y en bien de la sociedad, cuyos intereses se lastiman con el *expendio* de una mala educación.

¿Que hay que esperar la ley reglamentaria del artículo en cuestión, para saber definitivamente qué profesiones requieren título para su ejercicio? Tampoco, señores, los Estados pueden, porque la Constitución no lo prohíbe, reglamentar ese artículo. Ya lo demostró el Sr. Coronado en su magnífica obrita sobre Derecho Constitucional. "La segunda parte del artículo que examinamos, dice, refiriéndose al tercero constitucional, más bien tiene relación con el que sigue. Es una restricción respecto de ciertas profesiones que no pueden ejercerse sino con diploma ó título oficial.

El Estado ha creído que en virtud de esa tutela que necesariamente tiene sobre la sociedad (y que es más ó menos amplia según el carácter de los pueblos y la naturaleza de las instituciones), debía protegerla contra los peligros á que estaría expuesta si el charlatanismo ó la ignorancia se apoderasen de algunas profesiones importantes. El diploma oficial adquirido después de pruebas serias y con requisitos especiales de aptitud y probidad, es garantía eficaz contra los mencionados peligros."

"¿La ley que conforme al presente artículo ha de determinar cuáles sean las profesiones tituladas, debe ser expedida por el Congreso general ó por los de los Estados?

Cuestión ha sido ésta harto debatida, pero que parece ya resuelta definitivamente por la Jurisprudencia Federal. Repe-



tidas ejecutorias de la Suprema Corte de Justicia han establecido uniformemente el principio de que dicha ley es de la incumbencia de las Legislaturas locales.—(Ejecutorias de 30 de Agosto de 1882. Junio 13 de 1883. Enero 14, Junio 18 y Agosto 4 de 1884 y Junio 21 de 1886).—Las leyes llamadas orgánicas ó secundarias, cuando no versan sobre materia propiamente federal, deben ser expedidas por los Congresos de los Estados. (Art. 72, fracción XXX.) Así es que podemos considerar como errónea la doctrina de que mientras el Congreso de la Unión no expida esa ley orgánica, la libertad de profesiones no tiene limitación alguna.”

“En efecto, según la fracción treinta del artículo setenta y dos, el Congreso general puede expedir todas las leyes que sean necesarias y propias para hacer efectivas sus facultades, y todas las otras concedidas por la Constitución á los Poderes de la Unión.” El presente artículo 72 no enumera todas las atribuciones del Congreso de la Unión, pues algunas se encuentran diseminadas en el resto del Código fundamental, como por ejemplo, la de aprobar la suspensión de garantías, (art. 29), y la de expedir leyes sobre culto religioso (artículo 123).

La Constitución concede también ciertas facultades á los otros Poderes; de modo que á todas ellas se refiere la fracción que examinamos.

Era natural, por tanto, que concediendo nuestra Ley fundamental á los Poderes federales ciertas facultades que la misma demarca, se concediese igualmente al Congreso de la Unión, la de expedir leyes adecuadas para hacer efectivas las mencionadas atribuciones.

Mas es preciso notar que las facultades concedidas á la Federación, son únicamente las que señala nuestro Código supremo; es decir, las que en él se hallan expresamente determinadas; porque las facul-

tades que no están especialmente concedidas á la Unión, se entienden reservadas á los Estados.—(Los americanos llaman poderes implícitos *implied powers*) á las facultades particulares ó auxiliares que son necesarias para el ejercicio de una facultad general ó para el cumplimiento de un deber; concedida ésta, se entiende que también se conceden aquellas (Cod. ley, ob. cit. cap. IV). De este modo suelen entender las facultades del Congreso general á materias no determinadas por su Constitución; pero entre nosotros tal extensión por implicación no cabría, una vez que los funcionarios federales tienen poderes expresos.—Así es que las atribuciones del Congreso general no pueden extenderse más que á dar leyes sobre los asuntos á que se refiere el presente artículo setenta y dos, y sobre las demás materias esencialmente federales. En consecuencia, las leyes llamadas orgánicas ó secundarias que reglamentan las garantías individuales respecto de derechos del hombre, como no pueden considerarse referentes á materias exclusivamente encomendadas á la Federación, deben ser expedidas por las Legislaturas de los Estados.

La importancia de este punto, y los animados debates de que ha sido objeto, nos obligan á detenernos un poco en su exposición. Acabamos de decir que los Poderes de la Federación tienen facultades restringidas á lo que expresamente designa la Constitución; mientras que las atribuciones de los Poderes de los Estados no se hallan determinadas estrictamente en ella, de suerte que su esfera de acción es amplísima porque comprende toda la legislación y toda la administración, no expresamente encomendadas á los Poderes federales. Así, pues, el Congreso general puede legislar para toda la República expidiendo leyes reglamentarias de aquellos artículos que versan sobre materia federal, (por ejemplo, el 15, 25, 26, 28,

29 etc.) y para sólo el Distrito y Territorios respecto de los artículos que consignan garantías individuales de derechos del hombre, porque el Congreso de la Unión es á la vez Legislatura local, para las expresadas partes de la República. Pero las Legislaturas de los Estados son las competentes para legislar sobre toda materia que no sea exclusivamente federal, y en consecuencia para expedir leyes reglamentarias de los artículos referentes á derechos naturales (artículos 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 14, 17, 19, 21, 24, 27, etc.) en virtud de que no ha sido reservada expresamente al Congreso de la Unión esa facultad, ni puede tampoco la materia considerarse como esencialmente federal, esto es perteneciente á un ramo de la administración nacional.

El asunto en que cada artículo constitucional, se ocupa, es la regla que sirve para determinar la competencia legislativa de la Federación y de los Estados. Por de contado se entiende que al expedir los Estados las leyes orgánicas, no deben desvirtuar ni contrariar el texto ó el espíritu de los artículos constitucionales que reglamenten.—Entre las prohibiciones que los Estados tienen, ninguna existe para no legislar sobre instrucción pública, portación de armas, procedimientos criminales, penas, competencias de autoridades, etc.; por lo mismo el de Jalisco ha podido reglamentar la portación de armas, porque, si bien el artículo 10 constitucional previene que la ley señalará cuáles son las prohibidas y las penas en que incurrir los que las porten, no se habla de la ley federal, y en este caso es y ha sido de exacta aplicación el artículo 117 de la Ley Fundamental que reserva á los Estados las facultades que no están expresamente concedidas á los funcionarios federales. “No es cierto como afirma el Juez, que la reglamentación de las garantías constitucionales corresponde al Congreso de la Unión, pues que si así fuera á él tocaría

fijar los requisitos para dictar el acto de bien preso, las obligaciones del alcaide, la competencia de las autoridades, y por consiguiente la organización del Gobierno y número de funcionarios, la forma de dirigirse á las autoridades, el procedimiento para las aprehensiones, cateos y arraigos, la enumeración de las armas prohibidas, las penas á los reos de este delito, la declaración de los que merecen pena corporal, el momento en que debe hacerse saber al acusado el nombre de su acusador, el en que aquel deba dar sus descargos y ser oído en defensa; en fin, todo el procedimiento criminal, etc., etc; lo que equivaldría á no dejar á los Estados reconocidos por la Constitución soberanos en su régimen interior, ninguna facultad para dar sus Códigos ni para prescribir lo que la necesidad ó conveniencia legal demandan: esto es, sería hacer imposible uno de los objetos principales que se quiso realizar adoptando la forma federal de nuestros Gobiernos.—“Por último, señores, ¿quién es verdad que todas las garantías consagradas en la Constitución de 57 reconocen por lindes el derecho de tercero y el derecho de la Sociedad? Pues ese derecho de tercero es el derecho del niño que no debe ser atropellado por el ejercicio abusivo de la libertad de los padres; y si la escuela es el órgano pedagógico por excelencia, allí ha de encontrarse el Estado vigilando con su ojo providente, por que el maestro á quien se le entregan alumnos vivos, no los devuelva muertos, con la muerte que producen el agotamiento físico y la anemia intelectual.

Por esto, señores, y porque la comisión ha tenido la honra de inspirarse en las ideas manifestadas por el distinguido jurisconsulto D. Joaquín Baranda, cuyos antecedentes como honrado y liberal, por nada ni por nadie han sido desmentidos, el cual Sr. Baranda al abrir el primer Congreso de Instrucción dijo: *que bien cabe en la exégesis del artículo tercero, la facultad*



*de exigir título al maestro de instrucción primaria*, la referida comisión insiste en sostener que son verdaderas las conclusiones que se discuten.

(Prolongados y repetidos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra para un hecho el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES.—Para hacer constar en esta tribuna, que con toda seguridad el Sr. Mateos ha sido muy mal informado respecto de mi discurso sobre cuestión de métodos.

Fatigada como está la atención de esta Asamblea, no voy á extenderme, simplemente voy á hacer esta aclaración.

El señor Representante de Hidalgo podrá ver en el discurso relativo á la discusión sobre métodos, que absolutamente en nada lastimé la memoria sagrada de Lancaster; cuya filantropía y cuyo amor á la enseñanza le hizo salvar obstáculos inmensos en una época en que se ponían grandes dificultades á la marcha del progreso. Es verdad que me he referido á este método haciendo notar los inconvenientes que tiene para la escuela actual; pero de ninguna manera he esgrimido la diatriba contra la Compañía Lancasteriana ni contra Lancaster, como sostiene el señor Representante de Hidalgo. Hago, pues, esta aclaración, suplicando al Sr. Mateos revise mi discurso á que se refiera para que no me atribuya lo que ni siquiera pensé decir.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—Continuará esta discusión el martes próximo.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz, Secretario.*

## SESION

**Del día 20 de Enero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. DR. MANUEL FLORES.

Asistencia de los Sres. Representantes Aguilar, Baz, Bulnes, Cervantes I., Cisneros, Correa, Ferrari, García Cubas, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Osoy, Pineda, Mateos, Rodríguez y Cos José María, Reyes Spíndola, Carrillo, Rodríguez y Cos José Miguel, Ruiz, Schultz, Serrano, y Sierra; y Directores, Alvarez Guerrero, Carpio, Garay, Gutiérrez N. Lascurain, Salazar, Salinas y Zayas.

A las 6 se pasó lista de representantes, y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior, que sin discusión fué aprobada.

EL C. SECRETARIO.—Continúa la discusión del dictamen de la comisión de títulos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra en pro el C. Osoy.

EL C. OSCOY.—Señores representantes: Habíame propuesto no tomar la palabra en esta respetable Asamblea, porque ante vuestra reconocida y notoria ilustración, humildísima es mi inteligencia y muy débil mi palabra, ya para traer un contingente de luz al debate, ya para llevar á vuestro espíritu la convicción que aliento en mi cerebro; pero la presión de las circunstancias y la fuerza del deber me impele á exponeros mis ideas siquiera sea para deciros las razones que tuve al firmar ese dictamen que ha merecido terribles y amargas inculpaciones y en cuyo debate se ha pretendido arrojar sobre sus autores el lodo del ridículo más bien que



convencerles del error en que se encuentran.

No seguiré yo la discusión en este terreno, porque no acostumbrado á las luchas parlamentarias, sin dotes oratorias y sin los recursos peculiares que os da vuestra elocuencia y erudición, me deslizaría en la pendiente fatal de la derrota, debiendo conservarnos todos en el seguro plano del convencimiento lógico y la persuasión honrosa de quienes con la fuerza y lealtad de sus convicciones vienen á discutir, no para vencer ni ser vencidos, sino para buscar la verdad, estrella que nos guía hacia el oriente que soñamos y de donde esperamos surja, espléndido en sus matutinos fulgores, el sol de ilustración que derrama su luz sobre las frentes de nuestros hijos.

Discutamos, pues, serenos y libres de toda pasión para buscar la verdad.

La cuestión puede plantearse, en mi sentir, de esta manera: ¿Es necesario que las escuelas oficiales sean dirigidas por profesores titulados? ¿La exigencia del título debe extenderse á todo establecimiento de instrucción primaria? ¿Cabe esta exigencia en la genuina interpretación del art. 3.º de nuestra Constitución?

Fuera del debate parece ya la primera de estas cuestiones, pues el ilustradísimo Sr. Pineda ha asegurado que no es posible haya un Gobierno tan cándido que no exija tenga las aptitudes necesarias el profesor á quien trata de entregar la dirección de la niñez; pero como á esta primera cuestión los preopinantes se han opuesto con todo brío, porque en su concepto la falta de profesores titulados y la insuficiencia de los recursos, obliga á los Gobiernos á aceptar los servicios de quienes al profesorado se quieran dedicar, cualesquiera que sean sus aptitudes y conocimientos, me permitiréis detenerme un momento á considerarlo.

Ignoro en qué sentido y por qué razón la falta de profesores titulados sea ariete

contra nuestro dictamen, hasta el punto de creer que la instrucción pública con él debería tener un largo paréntesis, cuando en la ciudad en que estamos hay un incalculable número de profesores que han tenido que abandonar su carrera por falta de pan para sus familias, cuando si examinamos el número de títulos expedidos por cada uno de nuestros Municipios en los últimos años que tuvieron esa facultad, se verá con claridad que el número de profesores es bastante para cubrir las escuelas de la República. Y nótese que la comisión no ha pedido profesores titulados por las Escuelas normales, precisamente porque comprendió la imposibilidad de semejante prescripción y entre una persona cuya aptitud no esté comprobada y un profesor titulado, por relativa y circunstancial que sea la ilustración del segundo, opta por él, pues le da más garantías que los famosos preceptores de á tres pesos tan mencionados aquí. Pero quiero conceder más, quiero suponer que sea un hecho verdadero el que actualmente el número de profesores titulados es insuficiente para dirigir todas las escuelas de la República, y yo pregunto á mis señores preopinantes si esperan que más tarde llegue á ser suficiente ese número, dadas las mezquinas retribuciones de este trabajo profesional, las exigencias que deben tener las Escuelas Normales en la expedición de sus títulos y la inutilidad de éstos, puesto que no son de exigirse. Evidentemente no, si no hubiera hoy el número suficiente de profesores titulados, menos lo habrá mañana y acaso llegue día en que la educación del pueblo tenga que depositarse en manos de los frailes por ser los únicos de espíritu pobre ó pobres de espíritu, que se conforman con tan pinguales sueldos, y si la comisión tomó esa razón en cuenta, y aunque en su espíritu está que todos los profesores debieran ser normalistas, dada nuestra miseria, la división de los títulos en categoría es á

mi ver una necesidad absoluta para llevar á esos humildes pueblos un átomo siquiera de nuestro progreso que los haga avanzar en el sendero de la civilización, que los arranque de esa apatía y fanatismo en que yacen, haciéndoles renacer al contacto de una positiva y verdadera educación.

Estamos, señores, frente á un número inmenso de escuelas que en vez de ser antorchas del progreso y manantiales fecundos de ilustración, son antros de tortura para el niño, son fuentes inagotables de obscurantismo, cadenas que nos ligan al pasado y con fuerza absoluta prolongan la esclavitud de nuestras razas aborígenas, haciendo eterna la conquista consumada, no por Hernán Cortés en los campos de batalla, sino por los franciscanos en las regiones de la conciencia y que trajo una dominación intelectual; estamos frente á esas escuelas que son lugares donde aun palpitan y germinan las ideas que aquí magistralmente se declaran muertas, y vosotros, señores, quereis que la comisión acelere su paso, que no estudie la manera de regenerarlas, que deje tranquilos á los pseudo-maestros que las dirigen, que son netas representaciones del ayer, momias egipcias en el campo del progreso; inanimadas y frías, porque refractarias por el radiante calor educacional en que se bañan algunos de nuestros grandes centros de población; estamos frente á esas escuelas prehistóricas en la vida de la pedagogía; y vosotros, señores representantes, quereis que la comisión no las vea, que no os enseñe la agonía de esas infantiles inteligencias, que asesinadas por el profesor se extinguen para no encenderse nunca, que la comisión no escuche los lamentos de esa generación que nace y á quien pretendéis dejar sumida en la noche horrible de la atrofia intelectual, de esa generación que al levantarse mañana culparnos debe de su atraso.

Nosotros no podemos permanecer in-

diferentes ante esos monumentos del obscurantismo pasado, llamados á perpetuarlo, y os pedimos solamente maestros para esas escuelas, verdaderos guías para esos niños que remontados en sus pueblos tienen, á la comunión de la verdad, los mismos derechos que tener pueden los habitantes de las ciudades.

La cuestión de recursos no estamos llamados nosotros á resolverla, y sin embargo, este Congreso ha formulado ya su opinión al prescribir la concentración de las escuelas de pocos elementos para formar verdaderos planteles de educación; pero suponiendo que aun no fuera esto suficiente, tócanos á nosotros aconsejar lo bueno y no aceptar lo malo por práctico que sea, pues el hombre no puede encerrarse en su presente, necesita á costa de sacrificios avanzar al porvenir, porque el instinto le advierte que en el mundo moral como en el físico, la inercia caracteriza á la muerte como el movimiento á la vida.

En cuanto á la segunda de las cuestiones que he propuesto, muy ligeramente la examinaré, pues extraño soy á las que al derecho se refieren.

Nuestro muy estimable compañero el Sr. Pineda ha dicho en su elocuentísimo discurso, que las funciones del Estado en las sociedades reducen al orden, la justicia y la moralidad; y entiendo que esta triple entidad se siente lastimada con el ejercicio del profesorado por personas incompetentes.

En efecto, cuando un individuo abre un establecimiento de educación y no inculca al niño ideas ningunas sobre sus deberes como ciudadano, cuando no forma su corazón ni desenvuelve sus facultades, forma elementos incapaces de contribuir al progreso de la sociedad, incapaces de comprender la compensación del medio en que vive, y por tanto dotando á su Patria de continuos descontentos de todo Gobierno, si no es que aquel individuo está in-



culcando ideas erróneas y malos sentimientos en el corazón de los niños para formar futuros y eternos conspiradores. ¿No es esto atacar el orden público? ¿No el Estado debía, no sólo exigir el título profesional como garantía de una buena educación para los niños, sino aun vigilar todas las escuelas á fin de que ellas no se convirtan en elementos contrarios á la integridad y progreso de la Patria?

Se habla también de la justicia, ó ignoro señor, si es justo que por proteger la insuficiencia de un ignorante, de un charlatan ó de un iluso, el ataque, el derecho de centenares de niños que están exigiendo de la sociedad una educación completa y la ilustración que demanda el siglo que fenece.

El Estado ¿no puede, más bien, no debe proteger ese derecho de los niños que sin piedad se ultraja, haciendo que los educadores sean aptos para su profesión?

¿No esta intervención que viene á defender los derechos de las nuevas generaciones puede rigurosamente llamarse justicia?

Dudar sería de vuestra competencia y cansar demasiado vuestra indulgente atención, hablar sobre la influencia que la falta de la educación moral, ó errores cometidos en ella, tiene sobre la moralidad de las sociedades, así para concluir sólo me permito exponer que si el art. 3.º de nuestra Constitución sanciona y protege la libertad de enseñanza, esta libertad no se ataca por las conclusiones del dictamen que piden un título para el *educador y no para el instructor*.

La comisión lo ha dicho ya, el derecho de enseñanza queda incólume y sólo se busca una garantía para la educación de la niñez, porque es necesario no olvidarlo, conviene que desaparezca la enseñanza exclusivamente instructiva y hacer que florezca y fructifique la educacional. Por esto, señores, nosotros, en nombre de toda esa niñez que espera nuestras respo-

tables decisiones, en nombre de esas inteligencias que esperan su condenación á muerte ó el levantamiento de su nivel actual, os pedimos maestros para las escuelas, es decir, verdaderas escuelas y adelantamiento para los pueblos que por hoy están entregados á seres que los arrastran á las regiones del oscurantismo, cuando quizá apenas entrevén la luz y sienten la sed del Tántalo, pues le presentamos la ilustración para que la contemplen, y pretendéis alejarnos de ellos, olvidando que esas razas sumidas en el idiotismo, reclaman de nosotros todo el cuidado necesario para que puedan salir de su ostracismo y ayudarnos á levantarnos al nivel coloso de ilustración que se levanta en nuestras fronteras demostrando al mundo lo que puede un pueblo con voluntad perseverante y cuando se considera como un solo hombre que vive siempre y no muere jamás.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra en contra el C. Sierra Justo.

EL C. SIERRA.—Señores representantes:

El discurso que acabais de oír, es mi opinión, un síntoma claro de que el debate declina y se acerca forzosamente á su fin.

Después de la refutación vigorosa que en la primera sesión hicieron del dictamen los Sres. Pérez Verdía y Lombardo, después del luminoso resumen en que el Sr. Pineda expuso sus ideas en contra de la parte jurídica del citado dictamen, el asunto se ha reducido, se ha circunscripto á una cuestión que me parece agotada en sus elementos de debate. En vano, con impecable corrección, el señor Presidente de la comisión, ha traído razones que parecían aparentemente reforzar en algunos puntos sus argumentos primeros; el Sr. Mateos, en su brillante peroración, pudo deshacer fácilmente lo poco que hería de lleno la materia constitucional el discus-



so del Sr. Aguilar, y la cuestión, lo repito, está á punto de ser agotada.

Es claro, en mi sentir, que fué propósito firme del legislador constituyente, poner fuera del alcance de los poderes públicos, la libertad de enseñanza y fuera de los principios metafísicos en que se apoyaba en el criterio general del Congreso constituyente, cada una de estas libertades; había tres puntos ó tres circunstancias históricas que lo hacían urgente y de palmaria importancia: en primer lugar, era necesario protestar contra la tiranía que desde los tiempos coloniales se ejercía en nombre de la religión, y que en la última dictadura había llegado á un extremo sangriento y doloroso; en segundo lugar, era preciso colocar las ideas nuevas bajo la égida sagrada de la ley, para poder preparar los elementos de la futura reforma, en el libro, en la tribuna, en la cátedra; y en tercer lugar era forzoso, viendo hacia lo futuro, armar el brazo incoercible del pensamiento humano, contra toda tentativa de presión oficial, contra todo dogma político ó filosófico que prohibido por el Estado, quisiera imponerse á la manifestación libre de la idea. Y esto, era bueno y sano, entonces, y sigue siéndolo todavía.

El artículo constitucional pudiera enunciarse en términos equivalentes á los que usó el legislador constituyente, de este modo: las profesiones son libres ó no, según la ley lo permita; sólo una es enteramente libre, la profesión de maestros, porque la enseñanza es libre. Este, para mí, es el verdadero espíritu del art. 3º de la Constitución.

Hace algunos años que el que tiene la honra de dirigiros la palabra, presentó á la Cámara de Diputados un proyecto de ley orgánica del art. 3º de la Constitución, que poco más ó menos decía en su parte substancial, lo siguiente: «La enseñanza es libre, pero la instrucción es obligatoria; todas las profesiones son libres para su

ejercicio, exceptuando la profesión del maestro de escuela elemental,» y este error, señores, provenía de una honda preocupación; y tal vez á esta preocupación obedezca más ó menos inconscientemente la comisión dictaminadora.

Ante el espectáculo que por entonces presentaban las escuelas católicas, cuando el que presentaba aquel proyecto se creía con datos suficientes para poder asegurar que se trataba de dividir sistemáticamente el alma de la patria futura, que se trataba de crear y fomentar sistemáticamente el odio y el aborrecimiento á las instituciones, era preciso buscar un medio, en el sentir del que entonces propuso la iniciativa, para ahogar el gérmen de esta tentativa de división irremediable y de discordia, en la sociedad mexicana del porvenir.

La verdad es, señores, que tamaño error era disculpable desde este punto de vista. Se trataba de intereses vitales, y si el remedio no era eficaz, si el remedio no era adecuado, el mal era evidente en mi sentir. Sin embargo, haciendo un examen un poco más detenido de la disposición constitucional, se puede afirmar que la libertad de enseñanza enunciada en términos tan claros, tan precisos en el art. 3º de la Constitución, es una libertad condicional. Yo no estoy de acuerdo con la teoría del Sr. representante Lombardo, que nos afirmaba aquí que se trataba de una libertad absoluta, no ciertamente: las disposiciones absolutas, sólo se toman para el mundo de lo absoluto. Con evidencia debía haber condiciones para el ejercicio de esta libertad; pero estas condiciones, en términos de derecho constitucional, ¿podían buscarse fuera de la Constitución misma? Imposible; si existen, solo en la misma Constitución pueden existir.

En su gallardísimo discurso nos hacía ver el Sr. Aguilar, que era imposible considerar el artículo 3º sin su liga forzosa con el artículo 4º. Y esto es cierto y lo es por consiguiente que si el ejercicio de to-

da profesión tiene por límites el derecho de tercero, de la moral y los de la sociedad, claramente esta condición limita también la libertad de enseñar, que es el ejercicio de una profesión sin condición previa más no sin condición posterior.

Es cierto que el más conspicuo de nuestros jurisperitos en materia constitucional, el Sr. Vallarta, cuyas doctrinas prohibaba el Sr. Pérez Verdía en la tribuna, ha dicho que la palabra *profesión* usada en el artículo cuarto, no puede ni debe entenderse de la misma manera que la usada en el artículo tercero. Esto no es posible en mi sentir porque en el tecnicismo de la Constitución, deben entenderse de la misma manera los términos idénticos y atribuyéndoles idéntico sentido, lo que es elemental en el arte de la exégesis. De donde infero que con toda evidencia, cuando trataba en el artículo 3º de profesiones, se refería al mismo género de trabajo que el artículo 4º

El Sr. Pérez Verdía dijo en su discurso: "pero es necesario distinguir entre enseñar una profesión y ejercerla; en el artículo tercero se trata de la enseñanza de la profesión, y en el cuarto se trata del ejercicio de las profesiones."

La diferencia es sutil y abstrusa. Indudablemente enseñar es ejercer la profesión de enseñar, y es seguro, que bajo los dos conceptos, estas palabras tienen el mismo significado. Así, pues, los temores que se podían abrigar sobre el ejercicio de la libertad de enseñanza en sentido hostil á los derechos que la comisión pretende resguardar caen por tierra: se trata del ejercicio de una libertad, que no puede ir más allá de los límites, que le están marcados precisamente en la Constitución: no pueden dañar los principios morales, no pueden lastimar los intereses sociales, porque la sociedad puede ser defendida por la acción gubernativa en los términos que la ley Constitucional disponga. Pero

no se puede ir más allá; la condición previa que la comisión pretende no es constitucional; no lo es tampoco el ejercicio del derecho consignado en el artículo 3º que preconizan los impugnadores del dictamen.

El Presidente de la comisión ha hecho uso, y estaba en su perfecto derecho, de sus conocimientos jurídicos en este caso, y nos ha expuesto con claridad y elegancia las reglas fundamentales de toda buena interpretación para deducir de ellas que la interpretación sostenida en el dictamen era correcta. Mas entre todas esas reglas olvidó una que es, sin embargo, de buen sentido y perfectamente sabida.

Si alguna cosa resulta en relieve en este debate en que se defienden con igual calor encontrados intereses, es que ambas interpretaciones dejan dudoso el punto interpretado, cuando menos, no lo pueden sacar del campo de lo discutible, cae entonces la aplicación de la regla á que acabo de referirme y es ésta: *en materias dudosas debe optarse por la libertad.*

Esto, en mi sentir, deja la cuestión completamente dirimida.

Respecto de los temores de orden secundario que la comisión nos ha puesto de manifiesto por medio de su órgano el Sr. Aguilar, como esos daños y perjuicios de tercero, que él llamaba, quizá exagerando un poco esta noción, es decir, el perjuicio que se resentiría de una educación impartida en esos antros, en que ni la higiene del espíritu, ni la del cuerpo pueden acatarse, esto, absolutamente está fuera de lugar como defensa de la tesis de la comisión, puesto que se trata de cuestiones de policía y que estas cuestiones pueden y deben resolverse por la autoridad administrativa sin necesidad de autorización nuestra: en efecto, no se necesita ni de la Constitución, ni de los poderes que pueda otorgar la Constitución, ni ningún Congreso para ello; la autori-



dad administrativa en sus facultades naturales congénitas, tiene la de velar por los intereses públicos, y en este sentido podrá impedir todos los abusos con que nos amedrentaba el Sr. Aguilar.

Me parece, señor, que no necesitamos mas que la conciencia de que se trata de una libertad, cuyo ejercicio es en suma condicional, y el deber en que hemos puesto al Gobierno y á los Gobiernos locales, de velar por la ejecución del programa obligatorio de enseñanza, para tener completa satisfacción en todos nuestros deseos. Desde el momento en que el programa obligatorio debe observarse, desde el punto que debe enseñarse bien, desde el momento en que es preciso presentar una prueba de que el programa se ha cumplido, y desde el punto en que además de todo esto, les está vedado á los maestros de escuela, tengan ó no título, infringir los preceptos morales y atacar los intereses de la sociedad, ¿qué más pedimos?

Por todo ello tengo para mí que el voto particular del Sr. Pineda que pretende la reforma del artículo constitucional, va mucho más allá de nuestras necesidades. Es preciso tener en cuenta dos cosas: primera, que creando la ley de instrucción obligatoria, hemos exigido del Gobierno Federal y de los Gobiernos de los Estados un número extraordinario de sacrificios para poder llevarla á su realización, y es natural que si hemos exigido sacrificios supremos, si hemos puesto á los Gobiernos en el caso de allegar crecidos recursos para dar cumplimiento á nuestro programa, que nosotros juzgamos de redentor efecto en nuestro estado social, es preciso que no se los cercenemos por otra parte, reduciéndolos á la impotencia, exigiendo condiciones de dilatada realización en los maestros; al contrario, démosles todos los medios para difundir la enseñanza, facilitemos, no multipliquemos los obstáculos. En segundo lugar,

también precisa tener en cuenta que sean cuales fueren los fundamentos del capítulo de los derechos del hombre, cuando se trata de libertad, no es posible, no es bueno rostringirla; sería un contrasentido que un Congreso de Instrucción solicitase la restricción de la libertad de enseñanza; hay cosas que están juzgadas y condenadas con sólo enunciarlas.

Debemos tener en cuenta que en estos derechos, que podrán ó no tener en su origen los conceptos metafísicos, que nuestros padres los constituyentes llamaban dogmas, que en estos derechos, repito, se han incorporado todas nuestras esperanzas, que ellos son el símbolo ó la fórmula que indica que la circulación tiene plena conciencia de sí misma, que ellos deben representar para nosotros el ideal hacia el cual avanzamos, ideal que es y ha sido ya, y seguirá siendo el factor supremo quizás de la evolución de la sociedad mexicana.

El Sr. Pineda nos dijo elocuentemente que la Constitución acaso no debió tocar se en los puntos en que se ha reformado, mas sí en éste que él propone. A esta doctrina que me parece grave, yo contesto: al contrario; me parece que la Constitución en asuntos de organización política, puede tocarse sin peligrosas trascendencias, sin la ascendencia que podía tener el hecho de modificarla en el capítulo de los derechos del hombre; por ese cuando alguna vez se ha reformado dicho capítulo, ha sido para ampliar una libertad. Por este motivo creo que sería imposible á este Congreso el coadyuvar á la pretensión de mi ilustrado amigo el Sr. Pineda, que pide la reforma de la Constitución en su art. 3.º

El representante á que aludo, basaba esta pretensión en la idea que se ha formado de los deberes del Estado respecto de la instrucción primaria, pero como de esta idea infiere otra que va derechamente en contra de la enseñanza científica ofi-



cial, me veo precisado á protestar contra ella.

La teoría del Sr. Pineda es ésta. El Estado no tiene más funciones que las de orden y de justicia, para lo cual tiene la fuerza, es, pues, su papel un papel de *gendarme* y de *juez*. Esta noción del Estado se basa sobre otra teoría de la sociedad, en virtud de la cual, toda sociedad se compone de una agregación aritmética de individuos que comisionan al grupo que ejerce el poder público para velar por el orden, para velar por la seguridad y para distribuir la justicia según los principios del derecho.

Tal teoría, señores, sostenida con tan elocuente é intrépida dialéctica por el Sr. Pineda, es, lo reconozco, semejante á la de grandes pensadores modernos; es la de los grandes economistas liberales de la escuela inglesa, y, cosa singular, está ya en germen, y no en germen, sino formulada explícitamente quizás en «El Contrato social» de Juan Jacobo Rousseau. Un gran sociólogo, el más grande acaso entre los vivos, Herbert Spencer, la ha hecho suya en términos admirables en su obra «El individuo contra el Estado.»

¿Pero en nombre de qué se puede sostener esta teoría? Se trata de una teoría sociológica, nos dijo el Sr. Pineda. Ahora bien: si la sociología es una ciencia positiva, forzosamente estará fundada sobre la experiencia, probablemente estará fundada sobre las observaciones, y entonces, pregunto: ¿En dónde el Sr. Pineda ha visto al Estado reducido á sus simples funciones de *gendarme* y de *juez*; en dónde, á través de los tiempos, en donde en el espacio del mundo actual, el Estado no ha ejercido, no ejerce funciones de tutela, funciones de protección? Efectivamente, en la antigüedad la sociedad griega absorbía las funciones del individuo, las subordinaba completamente á sus fines políticos y sociales; la romana absorbía los latentes derechos individuales, la persona-

lidad individual toda en la vasta unidad del mecanismo imperial y formulaba con claridad soberana el derecho absoluto del Estado. En la Edad Media, la Iglesia se encargó de esta absorción, y después, al renacer la sociedad laica ésta trató á su vez de absorber al individuo al constituir las monarquías absolutas. Y en nuestros tiempos, señor, dejando la cuestión histórica y viniendo á la cuestión actual, en nuestros tiempos, ¿no vemos á la individualista Inglaterra, la patria del gran pensador Spencer, no la hemos visto tomar disposiciones que restringen de una manera directa, por ejemplo, el derecho de la propiedad en Irlanda, en virtud del poder ingénito del Estado, de sacrificar el derecho individual cuando á ello apremian las necesidades sociales? Y la democracia individualista que ha tenido gigantesco desenvolvimiento á nuestras puertas, ¿no se nos presenta cada vez más empuñada, en no reducir sus funciones, á velar por el orden y á ejercer la justicia, sino ejerciendo funciones de tutela moral y religiosa en materia de costumbres sociales? ¿No se nos presenta creando barreras ante los trabajadores asiáticos para impedir la competencia con el trabajador americano? ¿No levanta en estos momentos una verdadera muralla de China ante el comercio del mundo que se llama las tarifas Mac Kinley? ¿Y éstas no son funciones de protección y de tutela? Indudablemente que sí.

Entonces, no es de la experiencia, no es de la observación de donde ha podido tomar sus nociones de Estado reducido al papel de *gendarme* y de *juez* el Sr. Pineda; se trata, en suma, de una simple abstracción, de algo que está fuera del tiempo y el espacio.

Pues bien: ni aun en este terreno puede sostenerse la teoría; si es posible que haya, una ciencia social, evidentemente es porque la sociedad está sometida á leyes fijas, como cualquiera otro organismo,

y si la sociedad es un organismo sometida á leyes fijas, entonces quiere decir que debe tener una vida propia, una vida diferente de las celdillas ó de los individuos que forman su unidad fundamental.

Pues bien, si la sociedad es un organismo, ¿qué papel desempeña el Estado? El Estado desempeña el papel de órgano de los intereses comunes. de órgano de la totalidad, y desde el momento que la totalidad está bajo la inspección y vigilancia del Estado, desde el momento que los derechos de todos pueden tener un representante en este órgano especial que se llama, *El Estado*, que tiene su vida dentro del organismo común, pero que es una vida distinta de la vida de los individuos, puesto que los individuos hacen en la sociedad el papel de los elementos que nacen y mueren en el turbión infinito de la vida; desde el punto que se admita todo esto, como tiene que admitirse, entonces debe agregarse á las de juez y gendarme que se conceden al Estado, otras de primera importancia, como la de civilizador, la de promotor de la evolución, la de creador por medio de la educación de actividades individuales, la de coordinador de estas actividades para encaminarlas hacia un fin general.

Pero esto, ¿de qué manera puede hacerse? Pues de una sola: procurando facilitar la selección porque es el único modo de marchar en toda evolución. ¿Y qué quiere decir selección? Pues nada menos que educación. ¿Y esto puede referirse simplemente á la educación primaria?

No: la educación en todas sus manifestaciones; la educación científica por consiguiente, es decir, la que hace de la ciencia un supremo factor de progreso; así considerada, con evidencia entra en el radio de acción del Estado; sin duda no está fuera de la acción del individuo; pero de-

be estar además, sobre todo, bajo el cuidado superior del Estado.

Se nos dice que el Estado no tiene doctrinas científicas, y que si las tiene, entonces las impondría, y entonces muere la independencia de la ciencia, y sin independencia, la ciencia no es elaborable.

Yo creo que lo mismo podría decirse de la ciencia exclusivamente encargada al cuidado individual. Si dejais la ciencia sometida ó subordinada á los intereses estrechamente utilitarios del individuo, la ciencia no podrá desenvolverse.

¿Qué nos dicen la observación y la experiencia en este caso? Pues que bajo los auspicios de este gran civilizador que se llama el Estado, es como la ciencia ha podido progresar desinteresadamente, y para que la ciencia progrese, es preciso que se elabore sin tener en cuenta para limitarse de las estrechas condiciones de la realidad momentánea que la rodean. Y si esto es así, ¿qué otro poder, qué otro cuerpo podía tener la potencia suficiente para allegar en torno del pensador todos los elementos, algunas veces excesivamente costosos, fuera del alcance de los recursos individuales que puede necesitar para continuar su obra?

Si alguna vez estos elementos pueden encontrarse fuera del Estado, es en el Estado en donde se encuentra generalmente; regístrese la historia de los descubrimientos de nuestros días, regístrese la obra magna de nuestro adelantamiento intelectual, y se verá que bajo los auspicios del Estado surgen por todas partes sabios que se lanzan á desconocidos horizontes.

Después de esta digresión, que como los señores representantes habrán advertido, no deja de tener su interés respecto de las labores que tiene en estos momentos entre manos el segundo Congreso de Instrucción, me permitiré manifestar, que á mi modo de ver, el asunto que se nos ha sometido, está fuera de nuestro domi-



nio; yo creo que vamos marchando por un camino en que no tenemos ninguna luz en nuestro carácter de Congreso de Instrucción, de reunión pedagógica, ninguna luz que nos pueda guiar de una manera segura, hacia un fin determinado; creo, en suma, que si es cierto que la cuestión de títulos en materia de instrucción elemental, difícilmente podía formularse de otro modo, que como nos la ha formulado el cuestionario de Noviembre de 1889, es cierto también, que nosotros somos radicalmente incompetentes para resolverla en los términos en que se nos ha propuesto.

Nada significaría nuestra opinión para el Gobierno que nos consulta y para la sociedad que nos escucha: nosotros no tenemos la autoridad técnica, la autoridad profesional que necesitaríamos tener para resolver un punto, por extremo delicado, de derecho constitucional; no importa que pudiera haber entre nosotros, como de hecho los hay, quienes pudieran estudiar esta cuestión; no importa que los representantes todos puedan escudriñarla con éxito, no es esto lo que quiero decir, lo que repito es que nuestra misión técnica, nuestra misión oficial, como Congreso de Instrucción, no puede ser nunca la de resolver un punto de derecho Constitucional, esto queda á las conferencias de legistas, esto queda á las conferencias de juriscultos, ellos sí tienen autoridad para poder dilucidar la cuestión y para poder resolverla, de manera que su opinión se tenga en cuenta para la resolución que el gobierno pudiera dar en esta clase de asuntos; pero nuestras opiniones como asociación pedagógica, como segundo Congreso de Instrucción, no pueden tener peso en este asunto, no están autorizadas, no pueden tener prestigio alguno.

Por esto es por lo que nos encontramos en este camino del que oficialmente podemos salir; por eso es por lo que si votásemos en contra el dictamen de la ma-

yoría, y si por no parecernos enteramente necesaria la reforma propuesta por el Sr. Pinoda, votásemos en contra de su voto particular, nos encontraríamos con dificultad inmensa de dar una respuesta á la cuestión que se nos ha sometido; por eso precisamente, porque no tenemos ninguna autoridad científica para resolverla.

Y ya que hablo de nuestra competencia, seame permitido decir dos palabras, que me parece vienen al caso, respecto de algunas ideas emitidas por el Sr. representante Lombardo, en la primera sesión en que se trató de este punto.

Su señoría ha manifestado, que desde el momento que se nos ha reunido en nuestra calidad de Congreso, es porque se supone que debemos ser hombres prácticos, hombres destinados á resolver los asuntos en presencia de la sociedad, de lo que es posible, de lo que puede organizarse. Para elaborar la teoría, dijo con mucha justicia el Sr. representante Lombardo, no se necesitaba por cierto la reunión de ningún Congreso; esa teoría consta ya en libros que hacen plena autoridad en esta materia, allí existe toda la teoría pedagógica, y desde el momento en que nos reunimos aquí, es preciso tener en cuenta la terrible, la tristísima situación porque atraviesa nuestro país, en materia de instrucción, si queremos hacer algo verdaderamente práctico.

No estoy enteramente de acuerdo con este modo de ver, yo podría retorcer el argumento del Sr. Lombardo y decirle: desde el momento en que no podemos salir de un *statu quo*, que nuestra misión es simplemente dar testimonio de una realidad superior, terrible, de una desgracia inmensa, desde este momento nuestra misión no tiene objeto, si sólo debemos sancionar la vida inferior del organismo escolar adecuado á tan triste situación, ¿qué necesidad corresponde el Congreso de Instrucción? Es completamente inútil. ¿Es, pues, otra nuestra misión?



Nuestra misión en este punto, en mi humilde opinión, es conciliar la teoría con la práctica. es buscar las condiciones de realización de la teoría, dada nuestra situación social, procurar realizar el progreso, no simplemente dando testimonio de lo existente, sino buscando el modo de salir de ese presente agobiador, de encontrar algo que nos lleve de la obscuridad á la luz; sin esto, no se explica nuestra reunión aquí, sin eso, nuestros trabajos no tienen absolutamente significación alguna.

No molestaré por más tiempo la atención de los señores representantes llegando al caso de la votación y en la hipótesis de que pudiera votarse en contra así el dictamen que estamos debatiendo, como el voto particular de comisario disidente, en este caso, sin esperanza de acierto, lo confieso, y para no dejar sin contestar la pregunta que en términos tan claros se nos ha hecho en el cuestionario, formularé algo que pudiera parecer una solución, mejor dicho, algo que es como la manifestación de lo que está en la conciencia de todos nosotros y que sometemos respetuosamente á la opinión ilustradísima de los señores que me escuchan.

*¿Conforme al art. 3º de la Constitución el profesorado de instrucción primaria necesita título para su ejercicio?* El Congreso estima que su resolución sobre el asunto á que se refiere la pregunta anterior, debe concretarse á manifestar que cree de capital importancia que los profesores de instrucción primaria elemental tengan un título pedagógico y que espera que tanto el Gobierno general como los de los Estados, fomenten con el mayor empeño la creación de estudios normales para que puedan ponerse al frente de las escuelas públicas, profesores normalistas, por exigirlo de consuno la ciencia y los intereses sociales.

Repito, sólo llegado el caso de una vo-

tación contraria formularía esta contestación, aunque, quién sabe hasta dónde podría ser mejor eliminar la cuestión; pero, lo repito, si llegase el caso, tendré el honor de presentar al Congreso en forma de proposición, la solución que acabo de presentar, para que tomándola en cuenta la comisión le dé una forma propia y adecuada.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Ricardo.

EL C. GÓMEZ —Señores representantes:

Es ciertamente una osadía el que yo tome la palabra después de una persona tan competente, después de uno de nuestros más profundos pensadores, el Sr. D. Justo Sierra, cuya palabra, bondad é ilustración nos encantan.

Dijo modestamente que la discusión declinaba; por nuestra parte no podemos decir sino que un nuevo sol se levanta, porque realmente lo es en la oratoria quien, antes que yo, se ha dignado dirigir la palabra á este Congreso.

Sin embargo, ha renacido en mí el deseo de exponer mis propias reflexiones, al escuchar los conceptos mismos del estimable Sr. Sierra.

El cree que nosotros no debemos normar nuestra conducta, sino única y exclusivamente según el objeto á que hemos sido convocado, y escuchando sólo á nuestro deber y á nuestra conciencia. En este supuesto, señores representantes, creo que es deber del profesorado hacer oír su voz, por muy débil que sea y por más que el último de sus miembros, quien tiene el honor de dirigíroslo, sea el que abuse de vuestra bondad.

Prescindiendo del difícil carácter constitucional de la cuestión, debemos emitir libremente nuestras ideas, confiando plenamente en que la justificación del Ejecutivo sabrá llevar á la práctica nuestras resoluciones; y será de extrañar que sien-

do asuntos referentes á la instrucción los que nos reunen aquí, y tratando de estudiar cuál debe ser la vida en la escuela, no anhelaremos decir todo lo que se ha de hacer, y no estudiaremos todos los elementos constitutivos de ella.

Ahora bien, como base fundamental de la Escuela se nos presenta el maestro; él es el agente, la enseñanza puesta en práctica, es la acción, uno y otra tienen una dependencia necesaria, imprescindible.

Tanto la comisión, como el Sr. Pineda en su voto particular, están conformes en la necesidad que hay de que el maestro ofrezca garantías á la sociedad que lo ocupa; y de personas tan ilustradas como las que forman la comisión y como el Sr. Pineda, no era de esperarse otra cosa; todos los miembros del Congreso, estoy seguro, opinan lo mismo; y si hay temores de llegar á una solución, puedo afirmar que es simplemente por falta de precisión en las conclusiones del dictamen.

Muchas personas consideran la dificultad que habría en estos momentos para satisfacer la prescripción que establece que todas las escuelas estén servidas por maestros titulados; y otras, creyendo que al verificarla se desearía á los beneméritos maestros actuales, consideran el gran mal que resultaría al poner en la calle á personas ameritadas que actualmente, sin título ninguno facultativo, hacen el mayor bien que puede impartirse; disipar la ignorancia, para llevar al fondo del espíritu la instrucción suficiente que hace del hombre un ser útil.

Si, pues, la comisión en su parte resolutive recomendara con toda precisión y claridad que los maestros, actualmente en ejercicio, conservaran el derecho adquirido y suficientemente comprobado por los años que llevan de experiencia, los señores representantes que en estos momentos están dispuestos á votar en contra del dictamen, lo aceptarían, porque está en la convicción de todos, que el profesor de-

be satisfacer las justas exigencias de la sociedad.

Otra de las objeciones que se presentan para la aceptación de lo solicitado en el dictamen, consiste en que no es garantía suficiente la posesión de un título. Seguramente se tienen presentes á algunos de los maestros titulados que en estos momentos ejercen y á los cuales pertenezco, recayendo, al menos sobre mí, un fallo poco favorable.

(Confieso ingenuamente que este juicio, aplicado á mi individuo, no puede ser más exacto, pero sería injusto generalizarlo, dada la debilidad humana, la facilidad con que podemos eludir una disposición, y la manera como se ha podido obtener un título por determinados medios que no son precisamente los de la aptitud, ni los del conocimiento; ciertamente, señores, que dadas esas circunstancias, es de recelarse, y con razón, de las aptitudes de algunos de los profesores titulados.

No ansío, ni era posible que lo deseara, adquirir un éxito oratorio, pero yo creo que los que hemos tenido la honra de que se nos confíe el cuidado de los intereses de la instrucción, debemos estar dispuestos á sacrificarnos, si necesario fuere; por mi parte tal es mi resolución, y me sentiría muy mal si por respeto humano no dijera lo que mi conciencia, lo que mi observación, lo que mi testimonio personal pudiera hacer patente en el asunto que nos ocupa.

En tal virtud, reclamo vuestra indulgencia una vez más, en obsequio de quien no trata sino de cumplir con su deber. Si dijere verdades que amargan, si acaso las conveniencias personales no me hicieren callar, á todo estoy dispuesto porque son muy sagrados y respetables los derechos de la instrucción.

Como la generación actual de maestros tiene que desaparecer, no hay que cuidarnos por lo mismo del presente, sino considerar que nuestro Congreso, que con



justicia se ha llamado Congreso Constituyente de Instrucción Pública, no debe tener consideración de ninguna especie respecto de algunos individuos que ya del actual modo insuficiente de obtener el título, y hasta sin alguno otro, hoy se han apoderado de la enseñanza pública; debe preocuparse exclusivamente por la instrucción del pueblo, exigiendo garantías suficientes en quienes se encarguen de ella.

Si los señores representantes tienen en cuenta lo que exige una buena organización de la Escuela Normal en lo relativo á títulos, indudablemente no vacilo en asegurar que los profesores allí recibidos dan las garantías posibles, porque su preparación no es de días, porque su preparación no es dada por un profesor á quien al fin encontrará el discípulo, como su sinodal en el Jurado, porque ese maestro no vendrá á reunirse con sus compañeros á prestar un servicio amistoso; y porque, indudablemente, aquella Escuela Normal, cumpliendo con sus estatutos, obligará á cada individuo á pasar de prueba en prueba hasta su exámen profesional.

Afortunadamente, ya no tenemos esa fábrica para crear profesores, ya no hay ese recurso para todos aquellos que querían titularse sin tener todas las condiciones necesarias, y sólo aspiraban á obtener una patente de instrucción.

Se ha dicho que nada más la vocación es la que da garantías para el ejercicio del magisterio. Pero si bien la vocación es una condición precisa, seguramente que no aparece sino sólo en el campo ideal, pues la época del apostolado ya no pertenece al presente. Suponer hoy que el profesorado se ha de formar de apóstoles y de mártires, es suponer una época enteramente distinta de la nuestra. Hoy, señores, el maestro necesita á su vez de garantías sociales, el maestro no necesita sino lo que todo hombre que dedica su

vida al trabajo, que éste sea justamente remunerado; y el mejor modo para obtener que el profesorado sea digno, es el de que la dotación que se le señale, y las consideraciones de que goce, correspondan al servicio que presta á la sociedad.

No negaré nunca la existencia de la vocación en algunos, y sus preciosas ventajas; pero ni hay que suponer que los que al profesorado se dedican, lo hacen por aquella, ni aun existiendo ésta puede considerarse bastante si no va acompañada de la conveniente preparación.

Quienes con la ilustración suficiente se dedican al magisterio, porque se sienten á él llamados, sin duda que se harán tan respetables y queridos, como entre nosotros lo es el Sr. Manterola, á quien podemos llamar maestro, y sin embargo, no es titulado; pero, señores, no es sino una verdadera excepción. La sociedad que necesita de profesores, lo mismo que tiene necesidad de ingenieros, de médicos y abogados, es preciso que llame á su servicio profesores que realicen la delicada empresa que se les confía, y no esperar á que vengan apóstoles de la enseñanza que la rediman.

Es verdad que estoy dispuesto, como profesor y como individuo que ha pensado y meditado sobre la conveniencia del título, á darle mi voto aprobatorio; pero este es el momento oportuno de manifestar que si estoy dispuesto á hacerlo, no acepto algunos de los cargos tan terribles é infundados como se han expresado en contra de algunos de los mismos maestros no titulados, y entre los cuales se presenta un grupo por cuyo interés se han alarmado, no solamente algunos de los representantes, sino una buena parte de la sociedad mexicana.

El Sr. Aguilar en la tribuna, y la comisión en su dictamen, han considerado al profesorado católico entre lo más incompetente, entre lo más absurdo y desemeñado el horrible papel de verdugo de la niñez; y esto ha preocupado, ha alar-



mado á la sociedad creyendo ésta que es un ataque directo á la escuela católica, porque indudablemente esa agrupación tan respetable, que no cuenta en muchos casos sino con su buena voluntad y no con recursos pecuniarios amplios para remunerar á sus maestros, tiene que pedir por caridad muchas veces á los mismos profesores, que contribuyan con su trabajo á su obra salvadora, sin preocuparse por que estos maestros sean ó no titulados.

Al exigir, pues, con justicia, á todo el que ejerza la enseñanza primaria, el título respectivo, los católicos temerían tener que cerrar sus escuelas, lo que si de pronto pudiera ser un mal, si tal sucediera, los interesados en ellas se verían obligados á organizar ventajosamente sus escuelas y á preparar en la Normal á sus profesores, quienes legalizando el ejercicio de su profesión, los mismos padres católicos tendrían garantizada la enseñanza de sus hijos.

No tratándose, pues, de ataque alguno á esa enseñanza, sino antes bien, procurando garantizarla técnicamente, quienes de vosotros tengáis esos temores, debéis desecharlos por completo, porque es justo repetirlo, no se piensa en tales ataques.

Yo tengo el honor, y lo proclamo con todo agradecimiento, de ser mi mano estrechada por manos liberales, y digo con toda la sinceridad de que soy capaz, que no he podido observar sino suficiente respeto á todas creencias y tolerancia suma.

Felizmente va llegando el momento en que la tendencia general es borrar todo lo que por desgracia divide á los hijos de nuestra patria, los cuales tienden á unirse con el lazo del respeto y tolerancia mutua.

Si hoy, señores, no llevamos á nuestros hijos á las escuelas nacionales, es sólo porque queremos algo más que la moral oficial, es decir, algo más que lo señalado en el programa, para la enseñanza moral en las escuelas públicas.

La doctrina que allí se establece, sus fundamentos y aplicaciones constituyen lo que bien se puede llamar la moral oficial; y aunque alguien objeta que ésta no existe, para convencerse de lo contrario, basta considerar que no puede establecerse un Estado sin moral, y como el Estado tiene una representación oficial, su enseñanza moral no está privada de carácter oficial.

Así, pues, si los padres de familia llevan á sus hijos á la escuela de un determinado dogma, no es porque siempre tengan confianza en la aptitud profesional del maestro, sino porque puesto el padre de familia en este dilema terrible, el hijo instruido y el hijo con la moral que el padre desea, opta por su hijo con la moralidad según determinado criterio.

Luego si es preciso que no obremos como partidarios, si es preciso que ante todo obremos como ciudadanos, si es preciso que este Congreso cumpla realmente con su objeto, que es el de establecer y constituir la instrucción en la República; debemos cuidar de intereses tan caros para todos los individuos que constituyen esta agrupación que se llama Nación Mexicana, y dejando en libertad á los que quieran salvarlos, cuidar celosamente que la enseñanza en los demás ramos sea peyorativamente dada, para no sacrificar unos bienes por otros.

Señores, si cuidáis de los intereses generales, poco importa que se trate del maestro oficial ó del maestro privado, lo que necesitamos es que por medio de la buena escuela este pueblo despierte; lo que urge es esta atonía en que vive la sociedad deje de ser; y es necesario decirlo, una parte, sólo una parte de la Nación se agita y cuida de los intereses de la sociedad, y la otra parte, inmensa por su número, vive de recuerdos y se duerme tranquilamente, creyendo que le basta al hombre ser moral.

No, señores, por lo que á mí toca, no

sólo procuro á mis hijos este escudo de la vida que lleva al martirio, sino procuro también dotar de habilidad sus manos é ilustrar su inteligencia para que busquen su pan.

Si lo que nosotros deseamos es que la sociedad satisfaga sus ideales y asegure sus intereses, no hay que vacilar, el maestro debe ser titulado; y debe serlo, porque el futuro maestro al pasar por toda la serie de pruebas á que debe estar sujeto, y al seguir los programas de la Escuela Normal, por más que no tenga vocación, estará dotado de los conocimientos indispensables y de las aptitudes necesarias para preparar al niño á la vida: que cuando nos hemos ejercitado en determinados procedimientos y se obra según los buenos preceptos en el terreno práctico, entonces los resultados serán bastante satisfactorios, y sus beneficios en nada dependerán de la vocación de quien los aplique. Son otras tantas causas reales con sus consecuencias ineludibles.

Me resta tocar un punto que hace que algunos de los muy respetables miembros de este Congreso, estén medrosos al aceptar la exigencia del título; el excesivo amor á la libertad. Creen conculcada ésta desde el momento en que aquel se exige. ¿Y por qué? ¿Acaso se va á prescribir que no se enseñan tales ó cuáles ideas, éstos ó aquellos preceptos? Por el contrario, una vez que se adquiriera la aptitud suficiente que garantice el ejercicio de la profesión, se podrá enseñar lo que se quiera; pero lo que importa es que se enseñe. ¿Dónde está, pues, conculcada la libertad?

Mañana, si hoy la escuela queda acéfa la, porque á tanto equivale no exigir que esté al frente de ella un profesor competente, y quedamos sin el derecho de no llamar maestro sino á aquel que haya manifestado previamente que cuenta con los medios suficientes para merecer ese título; mañana, cuando sea irreparable el mal, cuando nuestros hijos, desprovistos de la

instrucción necesaria para atender á sus necesidades, fulminen su juicio terrible y acusador sobre nosotros, no podrán menos que hacernos un terrible cargo diciéndonos: Vosotros, por amor á la libertad, por ese amor ideal, nos sacrificasteis en sus aras, nos dejásteis sin medios para vivir, legándonos simplemente el amor al bien, el culto á la libertad, pero nunca dotándonos de los medios prácticos para la vida.

Aun hay otra razón más para exigir el título.

Actualmente los esfuerzos que se hacen para el establecimiento de las Escuelas Normales son patentes; sin embargo, hay un dato que es necesario apreciar: está presente el apreciable Sr. Serrano, director de la de esta capital, y estoy seguro que confirmará mis palabras.

Ahora bien, yo puedo asegurar, sin temor de equivocarme, porque he sido el observador constante de aquella Escuela desde su apertura, y de año en año he podido observar sus progresos, contar sus alumnos, y he hecho observaciones minuciosas; que esa Escuela Normal puede considerarse desierta, si bien la escuela anexa está perfectamente concurrida. La Escuela Normal, con gran trabajo llega á reunir un número escaso de alumnos, y es necesario recurrir al patriotismo de los Gobernadores para que envíen pensionados; casi puede decirse que no van espontáneamente á pedir la instrucción para hacerse profesores. ¿Por qué? porque el profesor titulado tiene derecho para decir: ¿Qué porvenir me espera? ¿Para qué adquirir un título, si al fin pueden las escuelas estar constantemente servidas por personas que no hayan pasado la serie de estudios y sacrificios que yo he sufrido?

No será así, señores, desde el momento en que nosotros vayamos creando su necesidad en la escuela, y vayamos sustituyendo poco á poco á los que no ofrecen la garantía que pretendemos, con los



que para ejercer tan noble profesión, merezcan plena confianza de la sociedad y del Estado.

Por último, si dejamos la absoluta libertad de enseñanza, en el concepto de que puede darla el primero que quiera, encontraríamos este gravísimo inconveniente, la falta de unidad y criterio nacional. Esta es la suprema razón, señores, y no tengo temor en establecer esta afirmación. No estando todavía fundado el carácter ni el criterio nacional, toca á la escuela formarlos. En mi concepto debemos hacer que todos los profesores conozcan cuál es el espíritu que domina en la enseñanza oficial, porque de no hacerlo así, aceptando como se ha aceptado ya, que un mismo programa se haga extensivo á todas las escuelas, los distintos profesores se encontrarán con dificultad para interpretarlo, y se hará imposible llevarlo á la práctica.

La unidad nacional exige por lo mismo que, hasta donde sea posible, haya unidad de criterio, aun cuando después se acepten diversos medios de llevar á cabo la enseñanza. ¡Cuántas inteligencias despertarán á la luz de la ciencia pedagógica! ¡Cuántas voluntades ganaremos! ¡Cuántas tos errores se disiparán!

Aceptar la unidad de criterio profesional en los maestros, es una consecuencia de los principios antes aceptados de la uniformidad de la enseñanza, y por lo mismo puede decirse que la exigencia del título no es sino pedir al Congreso que, consecuente conmigo mismo, no impida llevar á cabo esta reforma, única eficaz para obtener en México la unidad nacional.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra en pro el C. Cisneros Cámara.

EL C. CISNEROS CÁMARA.—Señores:

Más que osadía es una verdadera temeridad de mi parte ocupar esta tribuna

donde ha resonado la elocuente voz de notables oradores, cuyos profundos razonamientos y fácil y correcta palabra han arrancado nutridos y numerosos aplausos; pero aquí me llama el deber.

El dictamen de la Comisión á que tengo el honor de pertenecer, ha sufrido vigorosos ataques; el apreciable Sr. Gómez acaba de proponer una adición, y obligado me hallo á contestar esos ataques y á manifestar el modo de sentir de la comisión respecto de lo que propone el representante de Querétaro. Creo no haberme equivocado al interpretar sus temores en este sentido: que hay profesores no titulados que ejercen actualmente en las escuelas; que entre éstos hay algunos cuya aptitud está comprobada por algunos años de práctica, y que es preciso que al resolver el Congreso que debe exigirse título á los maestros de instrucción primaria, haya una excepción en favor de aquellos á que acabo de referirme; es decir, el Sr. Gómez desea que á los profesores que tengan determinado número de años de ejercicio pueda considerárseles como titulados. A la comisión no le parece completamente infundada la proposición de su señoría, pero le suplico tenga la bondad de esperar que el Congreso resuelva sobre las dos conclusiones del dictamen para que tome en cuenta esa adición, y le ofrece que la tomará. Si no en los mismos términos, consultará, al menos algo parecido.

El asunto que se discute es más trascendental de lo que nos hemos figurado: de su acertada resolución depende evidentemente que puedan realizarse ó no los acuerdos tomados por el primer Congreso de instrucción, así como las resoluciones de este segundo.

Señores: hemos pugnado por elevar la Escuela al rango que merece; hemos hecho obligatoria la instrucción primaria; hemos formado un programa completo de



enseñanza; hemos dispuesto que los mejores métodos pedagógicos sean los empleados, y permitiremos que tan benéficos acuerdos sean llevados al terreno de la práctica, por la ignorancia, por la rutina? . . . Si decimos que un profesor ignorante puede guiar una escuela, vendremos declarando que no es necesario ni que se desarrolle todo el programa de instrucción primaria ni que se pongan en planta los métodos y sistemas aquí aprobados.

Confieso, señores, que un natural temor se apodera de mí cada vez que me veo en la precisión de hacer uso de la palabra; pero cuando tengo que referirme á un adversario de la talla de nuestro digno presidente, mis temores se acrecientan. Desde niño estoy acostumbrado á profesar al Sr. Sierra profundo y respetuoso afecto; contemplo en él á un hombre notable bajo todos conceptos, por su talento, por su instrucción vastísima, y aun más, en él siempre he mirado con especial cariño al hijo ilustre del más ilustre de los literatos yucatecos. Pero las consideraciones personales deben desaparecer por completo cuando se trata de la defensa de las ideas, de los principios. Por esto me encuentro forzado, fiel al cumplimiento de mi deber, á decir respetuosamente al Sr. Sierra: Maestro, te has equivocado. . . . El camino que proponéis no es el que debe seguir este Congreso, porque lo que consultais equivale á esquivar la resolución del asunto puesto al debate y á decir á la Secretaría de Justicia: «la pregunta que sobre el particular nos has hecho, es inconveniente, porque no debías dirigirte á nosotros.» ¿Y esto no es una ofensa á la mencionada Secretaría? Indudablemente que á esta Asamblea, en su carácter de Congreso de instrucción, compete resolver todos aquellos problemas que se refieren á la instrucción pública. ¿Y quereis problema más interesante y trascendental que el del profesorado? ¿quereis problema que se relacio-

ne más íntimamente con el magisterio que el que se nos plantea y de cuya solución depende que se le exija ó no título? . . . Verdaderamente sería vergonzoso huir, al abstenernos de resolver el punto. Prefiere la comisión que su dictamen sea rechazado, lo mismo que el luminoso voto particular del Sr. Pineda, á que se adopten las conclusiones del Sr. Sierra; y yo os suplico que no os fijeis en la palabra autorizada de su señoría, sino en la propia dignidad de este Congreso que debe responder categóricamente á las preguntas que le dirige el Ejecutivo.

¿Conforme al artículo tercero de la Constitución, puede ó no exigirse título?

La comisión juzgó conveniente tratar este asunto no sólo bajo el punto de vista constitucional, sino también bajo su faz técnica, por lo que ha presentado sus conclusiones en el sentido que ya conoce este respetable Cuerpo.

Pero antes de pasar adelante, debo rechazar un cargo que acaba de hacer el Sr. Gómez á las escuelas oficiales, asentando casi de una manera terminante, que la educación que en ellas se da es inmoral. Creo se equivoca nuestro ilustrado compañero; el que no se enseñe religión, no significa que la instrucción sea inmoral; los padres católicos, al preferir las escuelas de su secta, están en su perfecto y pleno derecho, mientras la ley no disponga lo contrario; pero decir que «es inmoral la instrucción que se imparte en la escuela oficial, que la *moral oficial* (! ?) es dañosa, es un contra-sentido que debemos rechazar enérgicamente. En el seno de este Congreso hay respetables profesores que dirigen esas escuelas, y ya que soy el primero en ocupar esta tribuna después del Sr. Gómez, me he sentido obligado, á protestar contra esas palabras que tal vez dijo sin intención.

(Aplausos.)

Entrando al debate, comenzaré por ha-

cer notar que los principales argumentos que en mi anterior discurso aduje en defensa de la interpretación que el dictamen da al artículo tercero, no han sido contestados por ninguno de los oradores del contra, por ninguno. No consigno esto por mera vanagloria; muy lejos está de nosotros la vanidad. Ya el Sr. Pineda manifestó la otra noche, con esa voz elocuente que lo caracteriza, que aquí no nos trae el deseo de triunfar ni el de que predominen nuestras ideas, sino el de hacer la luz, buscar la verdad, y una vez resuelto cualquier punto, darnos el abrazo fraternal. Insisto en que ninguno de los argumentos principales ha sido contestado. En la sesión del día 13, pienso, sin jactancia, haber probado de una manera concluyente que no hubo error alguno en la redacción del artículo tercero de la Constitución federal; pienso haber demostrado con citas textuales de los mismos Constituyentes, que no hay contradicción entre las dos partes de que consta dicho artículo y que la segunda permite exigir título á las profesiones si el legislador lo juzgare conveniente. Pues bien, ¿el ejercicio de la enseñanza no constituye una profesión? Notoriamente que sí; y si la ley orgánica puede exigir título á las profesiones, no cabe duda que entre éstas tiene que contarse la del profesor de instrucción primaria.

Cosa notable y digna de llamar la atención: todos los oradores del contra han esquivado tomar en consideración la segunda parte del referido artículo, sin duda porque en ella se funda la comisión para sostener que la ley orgánica respectiva puede exigir aquel título. Si ese artículo dijera simplemente *la enseñanza es libre*, yo, ante nuestros contradictores me quitaría el sombrero y les diría: asiste á Usías la razón; carecemos de facultades para exigir lo que la Constitución impide; pero como en seguida añade: *la ley determinará qué profesiones necesitan título pa-*

*ra su ejercicio*, es claro y evidente que entre esas profesiones puede enumerarse la que ejerce el maestro de escuela. Mientras estos argumentos no sean contestados de una manera categórica, la comisión ni variará su juicio ni ha de retirar su dictamen.

Señor: aquí debemos mantener nuestros principios con toda honradez. Precisamente el Sr. Pineda lo ha declarado: "al partido liberal le distingue la honradez en la emisión de sus ideas." Pues la comisión pertenece al partido liberal; todos sus miembros se conceptúan honrados, y por esto, á riesgo de incurrir en error, sostiene con firmeza sus convicciones.

Lo que he expresado respecto de los argumentos relativos á la cuestión constitucional, me atrevo á afirmarlo también de los que se refieren á la cuestión técnica; ninguno de los puntos capitales ha sido combatido, señores Delegados, y voy en términos concretos y precisos á decir cuáles son. Uno de tantos, el que se refiere á la gran suma de conocimientos teóricos y prácticos que necesita poseer el profesor de instrucción primaria; á la preparación especial que debe tener; á la comprobación de ésta y por consiguiente á la necesidad del título; porque opino, y así lo consigna la comisión, que el mejor medio para cerciorarse de la aptitud de un profesor no es otro que exigirle título. Estos argumentos no han sido rebatidos. Es cierto que el Sr. Lombardo, en tono burlón, citó algunos de los fundamentos del dictamen, y siento referirme al Sr. Lombardo, porque en honor de la verdad, tanto los oradores del pro cuanto los del contra han censurado sus ideas; pero creo que nadie más obligado y autorizado que un miembro de la comisión para refutar los conceptos de su Señoría. Dijo, en tono burlón, que si á los profesores de instrucción primaria se les obligara á tener ciertos conocimientos, á saber cómo de-



ben organizar una escuela y formar sus planes de estudios, todo sería impracticable, porque no es tiempo de que se lleve al terreno de los hechos. Señor, lo mismo se argüía en las discusiones del Congreso Constituyente el año de 56 por algunos enemigos de las libertades, sobre todo cuando se trataba de la libre emisión de las ideas y de la libertad de cultos. Ya con motivo de ese *no es tiempo*, que desde entonces se sacaba á relucir, hizo una galana pieza oratoria el Presidente de la comisión á que tengo la honra de pertenecer. Efectivamente, ese *aun no es tiempo* y el *no hay dinero*, son dos fantasmas que se oponen á todo progreso.

Otro de los argumentos hasta hoy no combatidos es el que asegura y con razón en mi concepto, que mientras más peligros hace temer el ejercicio empírico de una profesión, mayores son las restricciones que hay que imponerle, y que entre éstas la más preventiva es la del título. También afirma el dictamen, y paréceme que logró probarlo, que una de las profesiones más peligrosas en su ejercicio empírico es indudablemente la del maestro de escuela; porque los perjuicios que causa cuando no sabe cumplir con su misión son de peores resultados y de mayor trascendencia social que los daños que ocasiona un mal médico, un mal abogado, un mal ingeniero. Hay, sobre todo, la circunstancia especial de que no se conocen aquellos perjuicios sino cuando ya no tienen remedio, cuando ya cegaron por completo el alma ávida de saber que anima al niño,—y llamo alma al conjunto de sus facultades mentales,—y cuando ya han conspirado terriblemente contra la naturaleza física. De manera que si se admite, como tendrá que admitirse, que el ejercicio de la profesión de instrucción primaria es uno de los que producen consecuencias funestísimas, es indispensable ponerle la restricción preventiva del título.

El dictamen hizo notar también que la

exigencia de éste, se deduce forzosamente de los acuerdos tomados por el primer Congreso nacional de Instrucción Pública, que tenemos que respetar, mientras no sean derogados.—Señor, si reconocemos al Estado el derecho de hacer obligatoria la instrucción primaria, debemos también reconocerle la facultad de impedir que se infrinja tan sagrado precepto. ¿Y qué no lo infringe el maestro ignorante que conspira contra los intereses del niño?—Indiscutiblemente que si el Gobierno goza de aquella facultad, al Estado corresponde prevenir todas las infracciones de la ley, y uno de los medios más eficaces consiste en exigir á los maestros el requisito tantas veces mencionado. No es una garantía completa, pero sí la mejor que puede ofrecerse á la sociedad.

La exigencia del título, por otra parte, es consecuencia forzosa de la uniformidad de la enseñanza. El Congreso ha aceptado que la primaria debe ser uniforme. ¿Y habrá uniformidad entre la magnífica educación que proporcione un hábil pedagogo y la que un maestro incompetente dó á sus discípulos de una manera torpe y rutinaria? Entonces, decidamos que la instrucción no debe ser obligatoria ni uniforme la enseñanza; derogemos, en suma, aquellas conclusiones para poder resolver que los maestros no requieren ser titulados.

Los dos Congresos se han propuesto elevar la escuela, dignificar el magisterio; y se sueña, señores delegados, que una escuela tal como ansiamos establecerla en México,—aunque no llegue á realizarse muy pronto nuestro ideal—se sueña que esa escuela de perfecta organización, con buenas condiciones higiénicas, con local adecuado y con la aplicación de los mejores sistemas y procedimientos, pueda confiarse con éxito á un profesor que no haya comprobado su aptitud? Indudablemente que no. Acerca de esto la comisión dice algunas palabras, á las que me voy á



permitir dar lectura: «formular un amplio programa de instrucción obligatoria, elevar la escuela primaria al rango que reclama con urgencia y pretender al mismo tiempo que ese programa sea desarrollado y esa escuela dirigida por la ignorancia y la rutina es más que ocioso, ridículo.»

El Sr. Pérez Verdía, refiriéndose á que el título servirá para elevar al magisterio, manifestó que en su concepto todos pueden enseñar, hasta los estudiantes ramplores. No hay mejor contestación á estas frases que la que voy á permitirme la libertad de leer, tomándola de un artículo que publicó nuestro ilustrado compañero el Sr. Dr. Parra, quien, entre paréntesis, es una de nuestras glorias científicas. El artículo vió la luz en *El Universal*, y al estudiar el asunto que discutimos, se expresa así: «Pasaron ya, por fortuna, los tiempos en que la profesión de maestros de escuela, considerada como la peor jugarreta que nos hace el diablo, ofrecía una tabla de salvación á los naufragos de la vida social.»—En esto no estoy de acuerdo con el Sr. Parra, no. Todavía estamos en esos tiempos, y para que concluyan, es necesario que la instrucción se dé por maestros titulados.—«Entonces el estudiante destripado, el abogado sin negocios, el ingeniero sin ingenio, la viuda desolada, la anciana achacosa y la beata paupérrima, creían que lo más fácil y adecuado para acabar bursátiles penurias era abrir una escuela y hacer deletrear á los niños el silabario de San Miguel y hacerles pintar palotes y trazar malos garrapatos.»—Desde principios de este siglo, nuestro ilustre Pensador Mexicano, el inmortal Fernández Lizardi, censuró tan rutinaria y mezquina costumbre. Con aquel buen sentido y sano criterio que tan peculiares y característicos le son, protesta en el *Periquillo Sarniento*, su ameritada y popular novela, contra esa perniciosa corruptela, en virtud de la cual los que no han alcanzado empleo, los que no han

conseguido recursos por otros medios, abren una escuela faltos de vocación y llenos de despecho, haciéndolo, no para formar á los niños, no para desenvolver sus tiernas é interesantes dotes, sino simplemente para llenar el famélico y hueco vientre.»—Esto es lo que dice el sabio Dr. Parra.

En el dictamen que se discute, la comisión establece una especie de símil entre lo que ha sucedido con el sistema lancasteriano y lo que está pasando con la cuestión de títulos. Señor: en la sesión en que desechásteis el sistema de Lancaster, tolerándolo únicamente en casos de suprema necesidad, y eso con ciertas modificaciones como se encuentra en el sistema mixto, me llené de alegría y pensé: lo que ha hecho el Congreso con el sistema lancasteriano, tiene que hacerlo por consecuencia, con el empirismo.—Aquel símil existe; se han apreciado los grandes servicios que el sistema referido prestó en tiempos pasados, cuando no se consideraba al Gobierno en la obligación de fundar escuelas; cuando se creía que en éstas bastaba tan solo enseñar á leer, escribir y contar, y cuando apenas se gastaba una miserable suma del Erario en el ramo de instrucción. Entonces el sistema lancasteriano fué una verdadera necesidad, y aun más, fué muy útil. Mas ahora que se reconoce la obligación en que el Estado se halla de establecer escuelas y difundir la instrucción, el sistema monitorial tiene que ser desechado como lo ha sido ya por esta H. Asamblea. Acontece lo mismo, señor, con la cuestión de títulos. Antiguamente los profesores eran mal retribuidos, y aun hoy algunos lo son, porque la época aciaga no ha pasado del todo. En aquel tiempo los profesores no titulados, podían enseñar en la escuela. ¿Por qué? Porque el programa de instrucción era muy reducido; no comprendía sino las materias que he señalado: lectura, escritura y algo de aritmética; pero al presente en

que la instrucción primaria comprende más ramos, ahora que á la escuela queremos dar más que un carácter instructivo, un carácter educativo, es necesario comprender que los que en aquel entonces pudieron ser profesores medianos no lo pueden ser hoy, es imposible que lo sean! —Si ya proscribimos el sistema de Lancaster, no vacilemos en desechar al maestro ignorante; no toleremos el empirismo sino en los casos de excepción forzosa, en aquellas poblaciones que no puedan proveerse de buenos ó regulares pedagogos, y eso, con las taxativas que propone la comisión.

Mi distinguido amigo el Sr. Pineda, hizo observar en la sesión última, que ni el Sr. Pérez Verdía ni el Sr. Lombardo habían contestado á los argumentos del dictamen en lo relativo á la cuestión técnica. Señores, lo mismo puede decirse del ilustradísimo Sr. Mateos: no entró á la cuestión para nada; se anduvo por las nubes (Aplausos.)

Nos habló del rigor de la ley y de que todavía no se ha expedido la orgánica del art. 3.º.—Precisamente de eso se trata: de procurar que se expida.—Nos habló también de Cristo, del Getsemaní, del Arzobispo, del Sancho Panza, del Vaticano, de los frailes y de la capilla privada adonde las damas de nuestra aristocracia van á dar un eterno adiós á su virginidad.

(Aplausos.)

¡Todo esto será muy bonito, muy poético! prueba una vez más la fantástica imaginación del Sr. Mateos, su claro talento y facilidad de expresión; pero no conduce á nada, ó conduce sólo á una cosa: á conquistar aplausos del momento. Y los aplausos del momento no deben influir de ninguna manera en nuestra conciencia para resolver cuestiones graves.—Expresó su señoría, que lo propuesto por la comisión será obra del porvenir,

que todavía no es tiempo de llevarlo al terreno de la práctica. Extraño mucho que el Sr. Mateos haya incurrido en la misma falta del Sr. Lombardo, después de la elegantísima peroración del Sr. Aguilar, y permítaseme que elogie á éste en justicia, no obstante ser Presidente de la comisión á que pertenezco. El representante de Puebla nos hizo ver que ese *aun no es tiempo* se ha opuesto siempre á la realización de toda reforma, de todo adelanto. *¡No es tiempo todavía!* exclamaban los pocos constituyentes adversarios de las libertades públicas, *¡y no es tiempo todavía!* claman los conservadores y retrógrados, enemigos de todo progreso, y los liberales tímidos, que muchas veces son una rémora peor que los reaccionarios. (Aplausos.)

La comisión agradece, sin embargo, al Sr. Mateos, la excelente defensa que de ella hizo con motivo del calificativo de Quijotes que el Sr. Lombardo nos aplicó.

Aparece una idea nueva cualquiera; pero no desde el momento en que surge se lleva al terreno de la práctica: siempre encuentra opositores, y esto sucede especialmente con los principios progresistas. Bien saben los signatarios del dictamen que la realización de sus conclusiones no será obra de un día ni de un año; pero desde que el precepto sea promulgado, desde que el pueblo se persuada de la bondad de lo que consultamos, procurará ayudarnos y aumentará los impuestos, si necesario fuere, para que se traduzca en hechos la medida salvadora que proponemos.

Las principales objeciones de los Sres. Pérez Verdía y Lombardo, consisten en la falta de profesores titulados para todas las escuelas y en la carencia de recursos para sostenerlas.—Respecto de la cuestión económica, ya la trató de una manera brillantísima el ilustrado Sr. Pineda, y no agregaré una palabra porque se-



ría inútil, resultaría sobrando.—En cuanto á la falta de profesores, el mismo dictamen viene previendo el caso, y sus autores son de parecer que cuando no se pueda confiar la escuela á maestros titulados, se encomiende á maestros empíricos, exigiéndoles ciertos requisitos que comprueben su idoneidad. El Sr. Lombardo replicaba: «no, porque los casos de excepción se convertirán en regla general.» Pero, ¿cuál es la regla general? pues la siguiente: el profesor de instrucción primaria debe ser titulado. Comprendiendo, sin embargo, que había casos en que esta regla no pueda aplicarse, se previene que entonces sea permitido confiar la escuela á maestros empíricos.

Debemos penetrarnos del verdadero carácter de este Congreso. No es un Cuerpo legislativo: no estamos legislando, no estamos expidiendo decretos. Constituímos un Cuerpo meramente consultivo, que expresa su opinión acerca de las materias contenidas en el cuestionario del Ministerio de Justicia. Y, como ha observado el muy respetable Sr. Sierra, ¿vamos á limitarnos á decir á los Estados: hagan ustedes lo que puedan y nada más?...

No, señor, nosotros debemos decirles: hagan ustedes lo que deben hacer, y lo que deben hacer para mejorar la escuela es exigir el título.

Nos hablaba el Sr. Lombardo de los *maestros de tres pesos* que con raro tino satirizó el Sr. Aguilar, y aseguraba que es imposible que el Estado de Guerrero exija título á los profesores, que sólo ganan tan exigua suma.—Señores, siento decirlo, pero creo firmemente que el Sr. Lombardo no conoce al Estado que representa. El Estado que lleva el nombre del insurgente más abnegado y constante, el Estado que ha producido tantos héroes, el Estado que fué cuna de la gloriosa revolución de Ayutla, de cuyos rayos brotara la Constitución de 57, es un Estado

patriota. Su pueblo es trabajador é inteligente, y una vez que comprenda la necesidad del título, dirá á sus autoridades: aumentad los impuestos, aumentad las contribuciones, pero vamos á uniformar y perfeccionar la educación con maestros competentes. ¿Contestará su señoría que el Estado de Guerrero no es capaz de hacer eso? Pues sí es muy capaz, lo mismo que todos los Estados, lo mismo que todo el pueblo mexicano que, como es patriota por excelencia, acogerá con beneplácito nuestras ideas.

(Aplausos)

El propio señor delegado sostiene que el dictamen ataca la iniciativa individual.

Sobre este asunto algo ha dicho ya mi inteligente compañero el Sr. Cervantes Imaz. Lo original del caso fué que para fundarse en la iniciativa individual, el Sr. Lombardo nos citaba ejemplos de otros países precisamente cuando acababa de aconsejarnos que ni un instante echáramos en olvido la tierra que pisamos y el pueblo que nos rodea. Nos citó lo eficaz de la iniciativa individual en México porque no existe entre nosotros, y por eso fue á buscarla al otro lado del Atlántico, fue á buscarla á Inglaterra.—Afirmo que tal iniciativa no existe en la República, y es la verdad: casi todos nuestros adelantos se deben á los esfuerzos del Gobierno: los ferrocarriles, los telégrafos, los vapores, los progresos de la instrucción, y si algunos males nos han causado los gobiernos que han regido nuestra patria desde que se hizo independiente, en cambio han hecho muchos bienes y han suplido á los esfuerzos particulares. La instrucción obligatoria bien impartida, despertará entre nosotros la iniciativa individual.—Dije que á ésta, hasta hoy no le debemos nada; pero me he equivocado; le debemos tres cosas: las plazas de toros, los garitos y las casas de tolerancia.

(Aplausos.)



Sobre carecer de razón, el Sr. Lombardo es injusto. Recordarán los señores delegados que acusaba á la comisión de querer reformar el art. 3º de la Carta Constitutiva, y esta acusación no debía hacerla á la comisión dictaminadora, sino al miembro disidente, al Sr. Pineda, quien ha contestado á semejante cargo con arrebatadora elocuencia.

El representante de Guerrero pertenece al número de los que ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. A la vez que me censuraba porque no respondí á los argumentos del Sr. Pérez Verdía —si argumentos pueden llamarse los expuestos por este honorable delegado,— incurría en la misma falta que me reprocha. ¿Por qué pedir que sólo uno de los miembros de una comisión conteste á las objeciones que se hacen á ésta? Creo muy acertado que, como se acostumbra, esos miembros se distribuyan el trabajo y que cada cual se encargue de rebatir los argumentos del contra en la parte que le corresponde. Esto es muy parlamentario. Estaba en mi más perfecto derecho para ceder, como lo hice, la parte técnica al Sr. Cervantes Imaz, y la mejor prueba de ello, que el Sr. Lombardo se expresó así: yo no profundizo la cuestión constitucional, porque la va á tratar el Sr. Pineda; —con la circunstancia notabilísima de que el Sr. Lombardo no es compañero del Sr. Pineda en ninguna comisión.—

(Aplausos.)

Para probar la falibilidad de la inteligencia humana parece que el destino, ó no sé quién, escoge á ciertos hombres muy ilustrados y de mucho talento como el Sr. Lombardo, para defender ideas trasnochadas, ideas de antaño, ideas ridículas. ¡Su señoría se ha convertido en defensor de los *maestros de á tres pesos*! ¿Es posible que esto se vea en un Congreso de instrucción?

(Aplausos.)

Señores: me he extendido más de lo que deseaba. Tened presente lo que dije al principio: de la acertada resolución del punto que tratamos, depende que puedan realizarse los acuerdos tomados por el Congreso de instrucción; que de exigir título á los profesores, depende que se organicen bien las escuelas, que se eleven al rango que merecen, que se desarrolle con precisión y exactitud el magnífico programa de instrucción obligatoria ya aprobado, y que puedan adaptarse los mejores sistemas, métodos y procedimientos.

La resolución de que no se exija título á los profesores de instrucción primaria, equivaldría á que el Congreso expidiese un título á la ignorancia; equivaldría á decirle: «tú, que no sabes educar, tú, que no sabes dirigir, prepara al niño para la vida práctica.»

Además, me parece que decir á los Estados que componen la Federación, que decir al pueblo mexicano: es necesario elevar la escuela; es indispensable que en ella se desarrollen estos programas, instructivos al par que educativos; que se implanten buenos sistemas, métodos y procedimientos, me parece, repito, que decirles esto y en seguido agregar: *todo cuanto pedimos lo puede realizar un maestro ignorante*, sería hacer una burla sangrienta al pueblo mexicano. Y hablemos con franqueza, el pueblo mexicano no aguanta burlas de nadie, ni de sus hijos más preclaros. Recordemos á Iturbide cuando se ciñó la ridícula corona imperial y á Santa-Anna cuando se dió el pomposo título de Alteza Serenísima y creó la famosa Orden de Guadalupe. Cierto que el pueblo no nos mandará al patíbulo ni ha de condenarnos al ostracismo; pero nos abrumará con el más absoluto y soberano desprecio y no habrá un solo habitante de la Nación que se acuerde, ni remotamente, de que existió un 2º Congreso nacional de instrucción pública.

(Nutridos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra en contra el C. Bulnes.

EL C. BULNES.—Tengo la honra, señores representantes, de manifestar mi sentimiento por no haber podido asistir á las sesiones anteriores. El debate es muy interesante y la cuestión muy ardua; llego al último y tal vez no convenceré sino fatigaré, pero es de mi deber difundir la libertad siempre que la veo atacada,

A mí me preocupa muy poco la cuestión constitucional; la subordino á la cuestión de conveniencia, y la cuestión de conveniencia la subordino á la cuestión de posibilidad. Tratándose de la posibilidad he oído un argumento de un hombre muy respetable, del Sr. Rodríguez y Cos, que pronunció en este recinto las siguientes palabras: «Una cosa es lo posible y otra lo que debemos hacer.» Lo que debemos hacer, ¿conforme á qué? Conforme á un criterio sano, y un criterio sano no debe hacer sino lo que puede hacer. No se puede proclamar nunca la independencia del deber con la posibilidad, si no se tiene que hacer caso de la posibilidad, como han dicho no solamente el Sr. Rodríguez y Cos, sino el Sr. Cervantes Imaz y el respetable preopinante que me ha precedido en el uso de la palabra, el Sr. Cisneros Cámara: pues entonces yo opino que en lugar de un profesor que se encargue de cincuenta alumnos, cada alumno tenga un profesor: desde el momento que no tenemos que hacer caso de los recursos, si queremos llegar al ideal, pues lleguemos á lo sublime de una vez. Y poniendo la cuestión en estos términos, nuestra misión era completamente inútil.

Aquí están reunidas muchas personas ilustradas que discuten con lealtad, que han absorbido grande instrucción; pero que no han inventado nada; todos los principios que aquí se han proclamado, se encuentran en los libros, todo esto se lee en textos europeos; nuestra misión era inútil, bastaba decirle al Ministro de Jus-

ticia: os recomendamos tales libros, empapados en estas materias, si no las conocéis, y dejadnos tranquilos en nuestras casas.

(Aplausos.)

No, señor, aquí hemos venido á hacer lo que los libros no pueden decir: con conocimiento de nuestra historia, con el de nuestras necesidades y con el de nuestros recursos, venimos á ligar precisamente la posibilidad de lo que se puede hacer en este país con los grandes ideales de los libros que nos hablan en lo abstracto; venimos á buscar lo mejor en lo posible. Esta es nuestra misión, este es nuestro papel y debemos concretarnos á buscar como ciudadanos mexicanos lo que se puede hacer de mejor en la instrucción pública. ¡El argumento de lo posible! Lo posible ha sido también atacado por el Sr. Cervantes Imaz, que en su acaloramiento, por decirlo así, respetable y místico, nos decía: que haga la Nación lo que pueda; yo, señores, si un médico va y ordena una medicina á uno de mis hijos que no pueda comprar, salgo á la calle, pido limosna—y no sé si digo por violencia—se la quitaría al boticario.

Este argumento tiene tres vicios: primero no es cierto que un gran médico recete sin considerar al enfermo; si un carbonero está enfermo del hígado no hay médico que lo mande al imperio de Rusia en busca de la mejor medicina, sino que le reserta yerbabuena, y si ni aun para esto tiene, entonces el médico le dice: no volveré. El segundo vicio es que los médicos, aun mandando una medicina cara recetan la posible; y la prueba es que el Sr. Cervantes Imaz nos decía: yo saldría á la calle y pediría la medicina de limosna; yo supongo que dijo: la quitaría por violencia. ¿Pero esto es posible hacerlo? Esto lo hace un individuo, no lo puede hacer una nación. ¿Vamos á pedirle á los Estados Unidos, á Guatemala, á Francia, á España que pague nuestros



presupuestos de instrucción pública? El primer año podríamos hacer una violencia, nos echaríamos sobre la América del Centro, sobre las cajas de los capitalistas; pero esto se hace una vez, no se puede hacer siempre; no se puede formar un sistema de un atentado. Yo estoy seguro que el Sr. Cervantes Imaz, después de haber pedido limosna, abriría su escuela al otro día y diría á sus alumnos: el modo de buscar las medicinas es trabajar y ahorrar, y cuando viene la enfermedad en ella se gasta el ahorro.

(Aplausos.)

Sobre todo, el Sr. Cervantes nos propone la solución en un momento de desesperación, y el Plan de Instrucción Pública debe reposar en la ciencia, y en el resultado de la reflexión. Señores, una de las personas que ha sido más atacada cruelmente, atacada por el Sr. representante de Yucatán, ha sido mi distinguido compañero el Sr. Lombardo; casi lo ha llevado como de la mano por el camino del ridículo. Ha dicho el Sr. Cisneros Cámara que el Sr. Lombardo, persona ilustrada, como conducido por una divinidad infernal, ha venido á ponerse en ridículo defendiendo á los preceptores de á tres pesos. En mi concepto esto no es cierto; el Sr. Lombardo ha defendido en esta tribuna la verdad; los profesores de á tres pesos no son ridículos, los profesores de á tres pesos son siniestros, porque manifiestan nuestra miseria y nuestro pobre estado social. Señores, hay que ponerse lívidos ante ellos, ante estos profesores de á tres pesos. La verdad es la siguiente: hay 10,700 escuelas que corresponden á 500,000 niños, con una población de 12,000,000 de habitantes; 2,000,000 de niños debían recibir la instrucción, es decir, necesitábamos 40,000 maestros, y 40,000 maestros á \$2,000 dan un resultado de 80,000,000 que agregados á los 60 que cuesta á la República Mexicana el presu-

puesto general, dan un resultado de . . . 140,000,000. Que el Sr. representante de Yucatán nos venga aquí con argumentos de poesía, el pueblo mexicano es patriota, el pueblo mexicano produce 270,000,000 al año, y si se le quitaran 140,000,000 en el primer año, al tercero los maestros se comían á sus alumnos.

(Aplausos.)

Yo no sostengo el argumento tan victoriosamente combatido, aun cuando no tuve el gusto de escucharlo de labios del Sr. Aguilar, de que *aun no es tiempo* y de que todos los progresos se encuentran con este obstáculo, *aun no es tiempo*; no acepto este argumento, porque pedir tiempo no es un progreso, es un atraso; esa idea no es nueva, es una idea vieja, es tan vieja como la tiranía, tiene ocho mil años, sale no sólo con el hombre, con el animal que siempre, el más grande ha devorado al más pequeño: esto no es nuevo.

La fuerza de este argumento, su gran vicio es éste: que vais á entregar la instrucción á los profesores ignorantes, á los empíricos y á los sabios los arrinconáis; pero yo pregunto: ¿quién califica á los sabios y á los empíricos? ¿La opinión pública? La opinión pública no es nada. ¿Pues qué, no se sabe que Inglaterra y los Estados Unidos, el pueblo más ilustrado, porque si hay muchos sabios en Alemania, en Rusia y en Francia, este pueblo ha absorbido mayor número de verdades, tiene profesores sin título? Yo me acuerdo de una discusión en que se habló de que se comprometía mucho la vida humana en el mar y que los pilotos debían tener título, y que decía espantado el orador: Sí, señores, los pilotos que conducen las naves en el mar, deben ser titulados. Pues bien; Inglaterra tiene veintitres mil buques con pilotos sin título, contra siete mil y pico de buques que tiene el resto del Universo.

¿Pero quién ha dicho que los hombres



de título son siempre los sabios? Colón no tenía título, Vasco de Gama tampoco. Pasteur no tenía título de médico, ni lo tenían tampoco Lesseps, Prunell, Stephenson, Clorise ni Edison. La humanidad está llena de genios que no tenían título. ¿Y sabeis por qué? Porque la ciencia oficial no siempre es verdadera: el Estado es un ser político, y como tal tiene exigencias políticas, es decir, que todos los ramos de la administración, los correos, la policía, los vapores, las aduanas marítimas, todo está sometido al fin que va persiguiendo, y la prueba, señores es ésta: ¿creeis que en Rusia, habiendo hombres tan eminentes, pudiera, en la Universidad de San Petersburgo, ir á dar clase de derecho constitucional el Sr. Vallarta? ¿No creeis que en la ciencia jurídica de Rusia, nunca consentiría el Gobierno de aquel Imperio el que se le fuera á decir que no toda verdad viene de Dios, que el único que puede representarla es el Czar? Aun en los pueblos libres, en esa lucha constante que tiene el Gobierno Americano entre demócratas y republicanos, el Gobierno Americano no paga la instrucción secundaria ni la especial. ¿Y creeis que sería posible que el partido republicano admitiera que los profesores de economía política declararan estúpido el proteccionismo, y que tal sistema no sirve más que para elevar á unos cuantos ricos? ¿Qué sucedería, señores, entre nosotros mismos? Mañana triunfa el partido conservador, —todo cabe en la hipótesis,—ahora hay un profesor de lógica, discípulo del Sr. Barreda, y si mañana triunfa el partido conservador, tendremos un profesor de lógica con las ideas de Balmes y entonces tendremos que el mismo título justificaría, que en un caso, el discípulo de Barreda tenía un acopio de verdades, y en el otro, un acopio de disparates: he ahí el título del Estado. ¿Sabeis lo que quiere decir el título del Estado? Que la juventud á quien se le entrega, ha aprendido

como quiere el Estado, en el tiempo en que quiere el Estado, y nada más,  
(Aplausos.)

Omar incendia la biblioteca de Alejandría, no por salvajismo, sino por salvar el renombre de sus ejércitos; la lectura hace sedentarios y enerva el valor. El sombrío podestá de la Edad Media se holgaba con el derecho de pernada y se enriquecía con la fabricación del pan, no por lujuria ni por avaricia, sino por salvar la decadencia de la raza de sus vasallos y para conservar la salud de sus estómagos, comprometida por la fabricación de mala fe. La Inquisición ha castigado, carbonizado á los seres humanos, no por odio á los herejes, sino para salvar sus almas. La revolución francesa obligó á los hombres honrados á dar, para conservar su vida; les era necesario entregar al suplicio á un hermano ó á un amigo todos los días, sólo el delator podía dormir tranquilo, sólo el trovador de la muerte tenía derecho de vivir, sólo los que tomaban parte en ese *delirium tremens* de los monstruos que se embriagaban con sangre, tenían la libertad de elegir las víctimas que debían ir al patíbulo. Y todos esos asesinatos se hacían para salvar la República, para salvar los inmortales principios de 89, y para salvar á la sacrosanta libertad.

El encomendero de la conquista clavó al indio á la labor como á la estaca de una planta que debía producir frutuosísima cosecha. Lo vigila en su hogar, lo sigue á la calle, lo inspira en la iglesia, le mide el allate, le pone el guarache, lo conduce al matrimonio, lo mima, lo embrutece, lo estupidece, le deshace el corazón, las entrañas y la razón, y va con él hasta lo sublime, porque lo hace el ser sufrido para siempre. Y estos crímenes de trescientos años, no se cometen por perversidad, sino como decía el padre Las Casas: *porque era preciso que esos queridos seres sin razón y sin facultades, se librasen de los peligros á que los exponía una poca de liber-*

*tad.* La nación francesa, á principios del siglo XVIII para salvar á la sociedad de los monopolios, declaró la tarifa del trigo, y tres meses después había pariscien-ses que iban á los bosques, no para robar, sino para comerse á los transeuntes. Para salvarnos del contacto de las malas compañías, la autoridad inventó matar la libertad de asociación: para salvarnos del veneno de las ideas se cierran las bibliotecas, y en ciertos países, como en el Ecuador, se prohíbe la entrada á determinados libros; para salvar la ignorancia de las familias, la autoridad inventó la previa censura en los teatros y en la prensa. En suma, no ha habido atentado, oposición ó ultraje en contra de la libertad, que no haya reconocido como origen un principio protector adherido á la autoridad.

Ahora, señores, la comisión nos habla de que va á salvarnos de la mala enseñanza. Reconocemos la frase, comprendemos admirablemente la idea, habla la tiranía, quiere favorecernos, quiere protegernos, quiere defendernos, quiere salvarnos; será preciso ir preparando nuestra conciencia para que sea marcada como la piel del esclavo y entrar á ese herradero de las ideas: y cuando sintamos ya nuestro cerebro manchado con la tinta del oficinista, cuando nos hallemos bajo el despotismo, que en nombre de la libertad nos ha protegido, démosle las gracias.

Y en esa tiranía, señores, ¡cuánta persuasión! Sólo los agentes del Estado saben leer, sólo ellos entienden las verdades de la ciencia. Las presunciones, como el sol, están formadas de pura materia luminosa, sólo ellas pueden calificar la sabiduría y hacerla respetar, la opinión pública competente nada vale, no hay un padre de familia capaz de designar el profesor que le conviene á su hijo; el Estado es todo, el Estado se lo señala, se le impone, se le echa encima, se le desploma en el hogar; fuera del Estado, no hay virtud é ilustración, no hay más que vi-

cio é idiotismo. Los partidarios de este sistema nos dicen: ¿por qué nuestros sabios no se presentan ante un jurado para recibir el título, puesto que decís que tanto saben? ¿Por qué? Ya lo he dicho, el Estado es un ser político que no siempre es honrado, las más veces humilla á la ciencia, exigiendo las bajezas ó mentiras; el Estado es conservador y la ciencia eminente revolucionaria; al Estado le gusta no alarmar á la sociedad sino tenerla adormecida y la ciencia se complace en producir siempre verdades que pueden cambiar la faz del mundo de un momento á otro, porque también en los cuerpos colegiados hay envidia, malas pasiones, hay vil amor propio, que se encuentran en el hombre y que pueden ser más grandes que toda la grandeza oficial; y por último, señores, vosotros conocéis la historia mejor que yo; ella nos enseña que todas las grandes verdades no han nacido festejadas en medio de cohetes, de repiques y besamanos, sino perseguidas; el Estado ha humillado los cuerpos científicos, llevando al sufrimiento, á la miseria y hasta el patíbulo á los autores de esas grandes verdades. Nosotros no podemos decir ni somos tan fatuos para creer que vamos á hablar de una vez para siempre, no tenemos la pretensión de Moisés en el Sinaí, de Buda en el Himalaya, de Soroastro en el Mar Rojo; somos humanos, no obstante la convocatoria del Ministerio de Justicia y es necesario recordar que á cada nueva verdad la ciencia oficial se irrita muchas veces.

*Ite et doce.*—Id y enseñad. Estas palabras que abomina el catolicismo, como la comisión á quien combato, cuando no son dichas por sacerdotes romanos ó profesores de la Escuela Normal titulados son la base del progreso.

Id y enseñad á los niños á vivir, á los hombres á progresar, á los ancianos á morir, á las naciones á civilizarse, al mundo á sacudir tanta sombra; enseñad en la cá-



tedra, en la tribuna, en las conferencias, en la prensa, en los brindis, en los corrillos, en la intimidad del hogar, en las expansiones de vuestra vida social, y cuando háyais abierto la conciencia á todos vuestros semejantes, habréis constituido vuestra personalidad, sereis algo, sereis un ciudadano.

Enseñar es el mejor modo de arrojar una semilla, de dejar un recuerdo, de fijar un espíritu, de abrir brecha á los vicios sociales en un pasado ignominioso, de disminuir errores petrificados por los siglos y de acabar con las infamias consagradas en la ley. Enseñar no es una caridad, es cumplir un destino; el del hombre civilizado que después de aceptar el altruismo en el sentimiento, se coloca en la lógica, le da su razón de ser, le da movimiento para progresar, le fija las condiciones de evolución, la explica, la engrandece, la perfecciona, y de allí forma esa prodigiosa preparación activa de la sociedad humana; en una palabra, demuestramos *ese umbral de los unos á los otros*, saliendo de la ciencia, después de haber aparecido por casualidad en el evangelio cristiano.

(Aplausos.)

Enseñar no es el atributo del pedagogo recompensado por el Estado, es el deber de todo hombre honrado, á quien le está prohibido ocultar verdades que pueden ser útiles á sus semejantes ó á los demás seres vivientes, y sobre todo, ¿para qué pueblos quiere la comisión tanto silencio! ¿Qué es lo que saben nuestras grandes masas rurales diseminadas en unas de las mejores porciones de nuestro territorio? ¿Tienen fama de muy religiosos, sacan acaso de la escolástica sus dogmas, de la Biblia sus recuerdos, de la justicia sus reglas, de la libertad sus leyes, de su propio fanatismo esa exagerada sobriedad y de la contemplación mística su conducta? ¿Representan acaso el purita-

nismo católico en la sección americana intertropical? No, señor, todo el mundo sabe la verdad; el ídolo de pedernal se ha cambiado por el ídolo de ocote ó de oyamel, la danza salvaje continúa y la piedra de los sacrificios, estrellada por la conquista, queda aún en las calles para apedrear masones y protestantes, y la fe del indio continúa contando en el calendario de granito los años y las tradiciones. ¿Cuál es el patriotismo de esas gentes? ¿Qué reconocen por patria? ¿El territorio nacional? No; la tierra de su pueblo, las ectáreas de la comuna, la frontera hasta en sus egidos, y el enemigo siempre en la línea ensangrentada que divide los terrenos de repartimiento. ¿Qué es lo que han hecho? Saber tres cosas: que el águila nacional salió de un nopal, que el pulque sale de un maguey y la virgen de Guadalupe de otro maguey? ¿Qué, en un país, señor, en donde cada mentira encuentra siempre un altar, un culto, un clero, un poder que la defiende, mil libros, jaculatorias y novenas que engañan su conciencia y que la han engañado durante muchos siglos, es para este país para quien la comisión quiere tanto silencio? Hay doce millones de hambrientos de pan intelectual y para estos doce millones hay solamente doce profesores titulados. Este es el nuevo cuento de los doce panes.

Dejemos de ser liberales, entonces para volvernos teólogos.

Yo, señores, vengo aquí á hacer pedazos mis antecedentes como liberal.

Treinta y tres años de instituciones políticas no pueden ser entregados como un tapete para una especie de fandango pedagógico donde sean pisoteados los derechos.

(Nutridos aplausos.)

Yo, señores, tengo un título, y si vale algo, es por mis obras; siempre desdeñaré al gobernador, á su ayudante ó á su portero, porque me hagan sabio. ¡Pobre



sabiduría aquella que muy poco se preocupa de contar con la razón y mucho de disponer con los guardianes!

Si los maestros de escuela deben tener funciones angustas, deben ser soberanos en su profesión, y esto se muestra, no con el título en la mano, sino con el sistema nervioso en actividad, en su asiento del profesorado.

(Nutridos y prolongados aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra para una alusión personal, el C. Mateos.

EL C. MATEOS JUAN M.—Con la timidez natural que ha descubierto en mí el Sr. Cisneros Cámara, me presento en la tribuna. Este señor ha disparado contra mí su segundo apellido; pero lo ha hecho, señores, sin cuidarse poner el proyectil: han sido cartuchos de sal.

Dice su señoría que yo soy tímido.

Señores representantes: soy muy tímido; tengo miedo de que se acabe con la libertad, tengo miedo de que se acabe con la Constitución que ha costado tanta sangre; tengo miedo de que se acabe con la libertad del hombre; tengo miedo de que triunfen los principios reaccionarios impuestos aquí por la comisión, temo, señores, que tengan acogida las ideas que han derramado los oradores del pro. Estos son mis miedos y digo que no es tiempo todavía, porque nunca es tiempo de acabar con la libertad humana, y así, señores, para concluir, diré al Sr. Cisneros Cámara lo que dijo al Sr. Justo Sierra:

*«Maestro, os habeis equivocado.»*

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Francisco Gómez Flores, Secretario.*

## SESION

**Del día 23 de Enero de 1891.**

### PRESIDENCIA

DEL C. LICENCIADO JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. Representantes, Aguilar, Cervantes E., Cervantes I., Cisneros, Correa, Díez Gutiérrez, Ferrari, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez Parra, Mateos, Pérez Verdía, Pineda, Reyes Spíndola, Carrillo, Rodríguez y Cos José Miguel, Ruiz, Schulz, y Serrano; y Directores, Alvarez M., Garay, Carpio, Gutiérrez Nájera, Macedo, Olmedo y Zayas.

A las 6 se pasó lista de Representantes, y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

Se dió cuenta con una comunicación del C. Filomeno Mata, solicitando se repartieran entre los Representantes 30 ejemplares de un libro de lectura intitulado «Miguel Hidalgo.»

La Mesa dispuso que se distribuyeran.

Por acuerdo de la Mesa la Secretaría propuso que desde la semana siguiente hubiera tres sesiones semanales, que se verificarán los martes, juéves y sábados.

Dicha proposición fué aceptada por unanimidad.

EL C. C. SECRETARIO.—Se continúa la discusión del dictamen sobre títulos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Flores en pro.

EL C. GÓMEZ FLORES.—Señores Representantes:

Es ya un tópico vulgar entre los que se dirigen á algun auditorio el pedirle in-

dulgencia: si yo incido ahora en ello es no sólo por carecer de facultades intelectuales para ocupar la tribuna, sino hasta de la voz necesaria para lograr hacerme oír como quisiera. Pero tengo el deber de hablar, porque así lo exigen mis convicciones y mi conciencia, y por eso, únicamente por eso, hago uso de la palabra. No vengo á apoyar á la comisión en el sentido de que necesite de mi débil concurso, para que quede demostrado que su pensamiento está dentro de los límites de nuestro Código político y de las tendencias legítimas de las sociedades al progreso; sino que más bien vengo á explicar el poder por qué de mi voto aprobatorio en una materia de tan magna y trascendental importancia cual la que debatimos.

Los que abogamos, señores, en el anterior Congreso de Instrucción, por la enseñanza laica, obligatoria y uniforme, por la intervención del Estado en las escuelas privadas y por otros asuntos así tan íntimamente ligados con los derechos generales, vimos con asombro que se impugnaban nuestras ideas en nombre de la libertad. ¿De la libertad? ¿cuándo nosotros nos presentamos fervorosos campeones de ella? ¿De la libertad? ¿cuándo en su mismo sacrosanto nombre pedíamos y pedimos que se aumente la suma de prerrogativas del Estado, á fin de que estén mejor resguardadas y garantizadas las del individuo? Hoy se reproduce ese linaje de argumentación. Si, pues, unos y otros, impugnados é impugnadores hablamos en nombre de la libertad, distinto valor sin duda debemos dar á la palabra y diferente significación á la idea. Y así es en efecto, señores. La libertad de los que nos impugnan es la noción mixtificada y romántica, el concepto abstruso, la idea en su período de gestación metafísica; en tanto que nosotros traemos al debate el concepto positivo de la libertad, el único que se aviene á un criterio verdaderamente científico y á los intereses bien entendi-

dos de la sociedad. Por eso ellos quieren para el individuo toda, absolutamente todo, y para el Estado nada ó casi nada, mientras que nosotros buscamos el equilibrio y queremos que se fijen las fronteras naturales del derecho del individuo, por el derecho indiscutible de la comunidad.

Nuestros antagonistas traen aún á este recinto las utopías de Rousseau, Voltaire y Diderot; aquel enciclopedismo inconsistente con su hombre típico, su sociedad típica, y todo típico y arquetípico. Doctrinas que en el siglo pasado fueron salvadoras y constituyeron una victoria de la libertad; doctrinas benditas ciertamente y venerables, que la historia guardará en sus páginas con religioso respeto, hoy son un anacronismo, una poética antigua; son la máscara política con que se nos presenta todavía, encubierta, la metafísica. Pero la libertad, señores, también se ilustra y perfecciona. Hoy queremos ser libres, pero dentro de la ley, de la armonía y de la ciencia. Es el lema de nuestro credo filosófico: orden, libertad y progreso. ¿Y así se nos llama retrógrados, como he visto en algún periódico de esta capital y se ha deslizado de los labios de algún orador en la incandescencia del numen? Si esto es retrogradación, habrá que convenir, no en que el mundo marcha en el sentido de Pelletan, sino en que el mundo debe andar para atrás!

El romanticismo constitucional es un círculo vicioso de que debemos salir cuanto antes, si ambicionamos nivelarnos con los adelantamientos de las naciones que caminan á la vanguardia de la humanidad. Tan es así, que los constituyentes que no pudieron estar en aptitud, por el medio social en que obraban, de redactar de una manera científica los artículos de nuestra Carta fundamental, se vieron gestionados por la corriente de ideas de su tiempo, que ya no debe arrastrarnos en su oleaje, supuesto que disponemos de



suficientes y poderosos recursos para contrastar su ímpetu. Si los hombres de 57 legislaran ahora, en presencia de la radical evolución verificada en nuestra patria, y de las ideas más claras que hoy imperan acerca de los respectivos derechos del individuo y del Estado, otra redacción evidentemente habrían dado al artículo que estamos interpretando. ¿Cómo pudieron ellos considerar incluidos á los maestros de escuela entre los profesores científicos, si ni remotamente entonces se habían establecido planteles de pedagogía ni determinado la suma de conocimientos y aptitudes indispensables en un director de la educación infantil?

Por otra parte, señores, yo creo que el art. 3º de la Constitución, para los efectos de las resoluciones de este Congreso, debe interpretarse, no de una manera exclusivamente jurídica, sino científica, á la luz de los modernos principios de derecho público. Si podemos acomodar á la letra del artículo tal como está redactado, las ideas que tengamos sobre las funciones del Estado en lo que toca á la enseñanza; es decir, si podemos infundir el espíritu nuevo en el molde antiguo, ¿para qué pedir que el artículo se reforme? ¿Para qué sondear el ánimo oculto del constituyente cuando el tenor literal está clarísimo? Si la segunda parte del artículo ha de referirse á la primera, el tenor literal es el siguiente: La enseñanza es libre. La ley determinará «qué géneros» de enseñanza necesitan título para su ejercicio. Cabe, pues, si no en el espíritu, tal como elocuentísimamente nos lo mostró la otra tarde el Sr. Pineda, sí en la letra del art. 3º la exigencia de título á los profesores de instrucción primaria.

¿Es ofender á los constituyentes decir lo que digo? No, señores, porque sólo las obras del genio vuelan en las alas del tiempo y tienen la clarividencia de lo futuro. Se honra la memoria de los consti-

tuyentes con la exégesis científica de sus artículos, sacándolos ilesos de una prueba tan terrible como la prueba póstuma de los egipcios. Si á Cervantes, á Shakspeare y á otros inmortales autores, se les encuentran doctrinas isotéricas en que probablemente ni soñaron, ¿por qué ha de ser ofensa descubrir en el texto constitucional profundidades de pensamiento y algo como adivinaciones de lo porvenir? Así es la obra del genio, repito; y aunque vulgarmente se dice que nada hay en el efecto que no esté en la causa, también es cierto, sin embargo, que el cerebro humano en su admirable fecundidad, va casi siempre más allá de los propósitos conscientes de la inteligencia. Este es el «quid divinum» el sello de perdurable grandeza del espíritu creador y la causa de la inmortalidad y de la gloria.

La cuestión de si cabe dentro de la letra del art. 3º la exigencia del título que pedimos, se reduce á averiguar si puede ser una profesión la enseñanza. Tan lo es, que los que la ejercen, como misión de su vida ó como simple «modus vivendi», se llaman profesores, y están ya definidos en programas y reglamentos oficiales los requisitos para serlo. Y son profesores, no sólo en el sentido vulgar y el literario de la palabra, sino profesores por excelencia, supuesto que están encargados de preparar á los niños para la vida completa, y de su buena ó mala dirección depende el porvenir y la suerte de generaciones enteras de ciudadanos. La iniciativa individual que tanto se ha preconizado aquí, no tiene que ver nada en el asunto, en mi humilde concepto; porque no se impide ni se trata de impedir la libertad de enseñanza nininguna clase de trabajo ó de industria que en ella pueda apoyarse, ni el charlatanismo siquiera, sino que se restringe la facultad de enseñar en el sentido pedagógico de la palabra, la facultad de enseñar como ejercicio profesional, á los que hayan demostrado su



ido edad para el desempeño de un encargo de tanta trascendencia social. No se impide la enseñanza del libro, de la tribuna, del periódico; pero se impide que dirija á los niños quien puede perjudicarlos con su ignorancia. Es más peligroso acaso para la comunidad un mal preceptor que un mal médico, pues si éste por su insuficiencia puede ocasionar males á veces irreparables, aquel por su impericia, causa de hecho gravísimos perjuicios, cuya trascendencia es imposible valorizar, pero de que se resiente no sólo el perjudicado, sino la sociedad toda. Un mal preceptor formará malos ciudadanos, y pésimos luchadores por la existencia. Por eso creo yo firmemente que el Sr. Sierra, nuestro digno presidente, estaba más en lo cierto que en la actualidad, cuando propuso á la Cámara popular su proyecto de ley orgánica del art. 3.º Yo prohijo ahora y hago más sus palabras de entonces: todas las profesiones son libres, menos la del profesor de instrucción primaria; pues los males del tiempo que en aquella época pretendía corregir, subsisten intactos hasta la fecha y urge más que nunca el remedio. Dos funciones sociales, señores, debemos dignificar de toda preferencia: la del maestro de escuela y la del juez del estado civil, verdaderos ministros laicos de la democracia con que debemos sustituir los sacerdocios del fanatismo que hemos derribado.

Incurriendo el Sr. Pineda en una contradicción, inexplicable en persona de tan gran talento y vasto saber como me complazco en reconocerle, mientras por un lado nos aseguraba que la enseñanza es un deber en el Estado, por el otro, nos decía que el Estado no enseña. Señores, no puedo conciliar la idea de que el Estado esté obligado á dar la enseñanza, y sin embargo, al hacerlo, no enseña de un modo indirecto. Ciertamente el Estado no tiene opinión religiosa ni profesa dogma

alguno, pero establece planteles de enseñanza y expide los programas de ésta: no enseña á la manera de un pedagogo en el aula, ni de un predicador en el pulpito, sino de un poder neutro que en servicio de todos ensauza y normaliza la instrucción popular: no se pone materialmente enfrente del niño para darle lecciones de cosas, pero decide que las lecciones de cosas formen parte del programa de enseñanza elemental; no va á explicar la física y la química en los colegios que sostiene, pero nombra sabios que lo hagan y funda gabinetes experimentales, observatorios, museos y bibliotecas. Si no tuviera el Estado la facultad de dirigir la enseñanza, ¿con qué título os hubiera congregado, señores Representantes, para que le diéreis consejos á fin de enseñar mejor? Si el Estado vela por la salud física y los materiales intereses de los ciudadanos, ¿cómo no ha de velar también por su salud moral y por sus intereses intelectuales?

Afirma el Sr. Pineda que ama más la Constitución que á los constituyentes; por lo tanto, deberá aceptar mejor, consecuentemente con su cariño, la interpretación literal de los conceptos constitucionales en el caso presente, pues favorece los intereses de la sociedad y de la ciencia, que no la adivinación problemática del pensamiento inmanente de los apóstoles de 57, pues poco ó nada nos ayuda en el caso concreto de que tratamos. ¡Sí, señores! la ciencia y los intereses sociales como de consuno dicen la mayoría de la comisión y el voto particular del Sr. Pineda, reclaman con urgencia que se exija título á los profesores de instrucción primaria, y el art. 3º de la Constitución, como en mi sentir han dejado plenamente demostrado los oradores del pro que me han antecedido en este sitio, no impide que dicha exigencia se formule en la ley orgánica respectiva.

A fin de que más evidente se vea el principio, voy á permitirme tomar en consi-

deración los principales argumentos aducidos en la última sesión por los Sres. Sierra y Bulnes, sirviéndome para ello del extracto de sus discursos publicado en el *Universal*.

Principió el Sr. Sierra su discurso, para cuya grandilocuencia y espléndidas galas literarias no tengo sino pleito homenaje, con su interpretación personal del art. 3º, y después de varios conceptos elegantísimos, á alguno de los cuales hice ya referencia, asentó, dirigiéndose al Sr. Pineda, que en toda noción de Estado está implícita la idea de protección; que la sociedad es todo un organismo en el que el individuo representa el papel de las celdillas; que el progreso se realiza por medio de la selección; que selección es educación; y que de consiguiente el Estado tiene que interesarse por la educación toda del individuo, la científica superior lo mismo que la primaria. Aseguró, en fin, que á la sombra de la protección del Estado precisamente se habían cultivado las mejores inteligencias y se habían dado á conocer los grandes sabios. ¿Qué mejor apología y defensa, señores, de la mayoría de la comisión que estas académicas palabras del Sr. Sierra? ¿Cómo, quién de una manera tan precisa expone la naturaleza del Estado, considerándole como un organismo superior y reduciendo al individuo al simple papel de celdilla, pretende luego maniatar las funciones de ese mismo organismo superior? Tiene una explicación muy sencilla el fenómeno, y es que no van de acuerdo las teorías sociológicas y las opiniones constitucionales del Sr. Sierra. Resultado de este encuentro contradictorio de ideas, supuesto que por las teorías sociológicas llega á la supremacía del Estado y por las opiniones constitucionales á la omnipotencia del individuo, vino á ser su resolución ambigua é indecisa. No quiere que terminantemente diga el Congreso que se necesita título para el ejercicio del profes-

rado de instrucción primaria, sino que sólo se indique la conveniencia, y aun duda que nos competa resolver cuestiones constitucionales. El segundo punto lo ha resuelto de antemano la Secretaría de Justicia, dándonos competencia jurisdiccional al consultárnoslo en el cuestionario, y en cuanto al primero, reflexione el Sr. Sierra que cualquiera que sea la forma que demos á nuestros acuerdos, nunca serán más que indicaciones de conveniencia, porque no somos cuerpo legislativo. Así es que estando conforme en el fondo, no dudo que el voto respetabilísimo del Sr. Sierra será favorable al dictamen en lo general.

El Sr. Bulnes de luego á luego nos dijo, después del prólogo de su discurso, que aquí no estamos haciendo sino repetir las ideas contenidas en los libros europeos, pero que no nos hemos puesto en el terreno de la práctica. Este argumento, señores, de puro repetido, de puro gastado, ya no hace mella ninguna; pues hasta la saciedad, hasta el fastidio se ha dicho aquí que no es de nuestra competencia el problema económico y que formamos un cuerpo meramente consultivo, y debemos aconsejar lo que nos parezca mejor. Protestan contra el Sr. Bulnes, no sólo la mayoría de los acuerdos de este Congreso, sino la escuela de enseñanza elemental que, conforme á las prescripciones aprobadas, está construyendo la Secretaría de Justicia, por el Salto del Agua.

Después de una serie de golpes de efecto, enderezada al Sr. Cervantes Imaz, dijo el Sr. Bulnes que los maestros de á tres pesos son siniestros, no ridículos, y que hay que ponerse lívido ante ellos, porque revelan nuestro atraso y nuestra pobreza. Precisamente porque es tal la situación de nuestro pueblo, debemos avocarnos á los maestros siniestros, á los problemas que nos ponen lívidos, para buscarles remedio y mejorar las condiciones de nuestra patria. Entra en seguida el



Sr. Bulnes en la esfera de los números, y acumulando oro como el Conde de Montecristo, llega á una cifra fabulosa é imaginaria, pretendiendo espantarnos con un guarismo más siniestro que los maestros de á tres pesos mensuales del Sr. Lombardo; pero el argumento silogístico-económico del Sr. Bulnes, se basa en dos primisas que no existen: primera que nos ataña la cuestión financiera, lo cual no es cierto, y segunda, que dado que se llegue á exigir título á los profesores primarios, deba pagar de sus arcas el gobierno, á los maestros particulares, lo cual es menos cierto. Asegura luego que la idea del título es tan vieja como la tiranía, y ennumera á grandes rasgos lo que en su concepto ésta ha ejecutado en la tierra. La tiranía habrá hecho en el mundo todo lo que el Sr. Bulnes quiera; pero aquí no tratamos de tiranizar á nadie, sino al revés, tratamos de libertar al hombre de la tiranía de la ignorancia, que es más odiosa tiranía que todas las tiranías acumuladas por el Sr. Bulnes contra el dictamen.

Dice á continuación que Omar destruyó la biblioteca de Alejandría, y que los inquisidores quemaban herejes, y que los encomenderos aporreaban á los indios, no por odio á nada, sino en virtud del principio de la conveniencia social en que la comisión se funda. Contesto que aquí no tratamos de destruir bibliotecas, sino de establecerlas; que no pretendemos quemar herejes, sino igualar á todos los hombres; y que muy lejos de querer aporrear á los indios, contribuimos de manera de aliviar su miserabilísima condición. Si la conveniencia social en tiempo de los Omáres y los inquisidores, exigía el aniquilamiento de los elementos de vida y de cultura, exige hoy todo lo contrario, y por eso pedimos nosotros muy alto que se funden bibliotecas y se quemen templos. De

paso manifestó el orador que muchos grandes hombres, como Colón, Lesseps, Pasteur y Edison, no han tenido ni tienen título. Llegando á lo sub'ime, según una frase favorita del Sr. Bulnes, tampoco Dios tiene título. Los genios no tienen título: reciben su título de la naturaleza. Pero aquí no tratamos de los genios; aquí tratamos de los que enseñan á los niños, no de los que enseñan á la humanidad; de los que irradian luz en el recinto de la escuela, no de los que fulguran para las edades en el ámbito del mundo.

Dijo, por fin, el Sr. Bulnes, que pretender como el Sr. Pineda, la reforma de la Constitución, es considerar á ésta como un tapete en que se baila un fandango pedagógico. Estas palabras, señores, envuelven una acre censura. Yo creo que una reunión de Representantes de todas las entidades federativas de la República, no es fandango pedagógico ni de ninguna especie; y si el señor Representante del Estado de Morelos no tiene empacho en declararse «fandanguista,» yo, por mi parte, en nombre del Estado de Sinaloa, protesto contra esa broma de mala ley que lastima el decoro de esta respetable Asamblea.

(Aplausos.)

Réstame para terminar lo tocante al discurso del Sr. Bulnes, manifestar en abono de éste, que se encontraba la otra noche poseído de canibalismo y antropofagía. Probablemente acabaría de leer el relato de las exploraciones de Mr. Stanley en el continente negro, y creyó que se dirigía á cafres y hotentotes, aporreados indios y herejes carbonizados. Sólo así se explica que nos haya hablado de maestros que se comen á sus alumnos, de viajeros que se enguyen á los transeuntes, y de hogueras, quemazones, herraduras, azotes y otros inicuos tratamientos. Con tan terríficos cuadros en la imaginación, era difícil que el Sr. Bulnes tuviese sere-



nidad suficiente para tratar asuntos tier-  
nos como la educación de los niños y  
asuntos cordialísimos como la definición  
de los derechos y deberes del hombre.

Además, señores, en mi sentir, la elo-  
cuencia, la innegable elocuencia del Sr.  
Bulnes, por lo declamatoria y paradógi-  
ca es una pura maravilla de equilibrio,  
de frases brillantes é imágenes alucinado-  
ras; es un mosaico de esplendentes perío-  
dos, un juego malabar de ingeniosos so-  
fismas, un arco-iris pintado en una bur-  
buja de jabón, un recamado conceptismo,  
especialísimo suyo, vistiendo el cuerpo de  
una argumentación hirsuta. El Sr. Bul-  
nes en todo su magnífico y soberbio dis-  
curso, por lo que respecta á la forma, no  
tocó para nada el caso concreto ni tuvo  
un solo razonamiento sólido. Señores, no  
sólo una corporación de personas doctas  
como ésta á que tengo la honra de pertene-  
cer, sino cualquiera otra, en las postri-  
merías de este admirable siglo XIX, está  
en el deber de no dejarse influenciar por  
la oratoria retórica y emocional: hoy de-  
be imperar la oratoria positiva, trascen-  
dente; la oratoria que razona y funda  
principios; la oratoria en que son astros  
de primera magnitud Gladstone y Bis-  
marck; la oratoria que de verdad en ver-  
dad bien comprobadas y eslabonadas, lle-  
ga á la meta del discurso, no por la esca-  
la de Jacob, sino por la escala del racioci-  
nio. Así que estoy seguro de que ornando  
con el sacro laurel la inspirada frente del  
Sr. Bulnes, votareis en contra de su sen-  
sacional y regia, pero infundada opinión.

Nuestros trabajos, señores Represen-  
tantes, deben ser en su conjunto armóni-  
cos, y si ya hemos aprobado acuerdos dig-  
nificando la condición del maestro, por  
lo que hace á sus emolumentos y á su po-  
sición social, y determinando de una ma-  
nera explícita la intervención del Estado  
en los planteles privados, tengamos la  
energía suficiente para llevar estas medi-  
das hasta sus últimas consecuencias, ci-

mentando sobre sólida base el profesora-  
do de la República. Nunca como ahora  
se había confirmado mejor el nombre que  
dió á esta Asamblea el Sr. Ministro de  
Justicia, de Congreso constituyente de la  
Instrucción. Si hemos de ser dignos de  
este honrosísimo nombre, si hemos de  
constituir efectivamente la enseñanza na-  
cional, fundémosla sobre la piedra angu-  
lar del saber comprobado, y declaremos  
de una vez, que en la cátedra santa de la  
escuela primaria, sólo tienen derecho á  
iniciar á los niños en las augustas verda-  
des de la ciencia, quienes merezcan de la  
sociedad tan alta y honorífica investi-  
dura.

(Nutridos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra  
en contra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Señores Represen-  
tantes:

Pálidas son siempre mis palabras y mis  
formas de oratoria; pero mucho más de-  
ben serlo cuando se han oído antes las  
elocuentísimas voces de tantos oradores  
distinguidos. Me llama, sin embargo, á  
este debate la fuerza de mis convicciones,  
el deseo, casi la necesidad de explicar mi  
manera de votar en esta cuestión, y sobre  
todo, la circunstancia de haberme inscri-  
to ya implícitamente en la discusión que  
tenemos en este momento.

Desde el año pasado, cuando se tocó el  
punto á que se ha referido el Sr. Gómez  
Flores en su discurso,—la cuestión de  
enseñanza laica,—desde entonces tuve yo  
la honra de presentarme del lado de la  
libertad y combatir á los que sostenían la  
intervención, en mi concepto, indebida,  
del Estado; en ciertos casos, pues yo no  
rechazo la intervención exagerada; y quan-  
do tratando de nulificar la libertad plena  
de la enseñanza que en mi concepto debe  
tener todo el mundo para emitir sus ideas  
religiosas ó políticas de cualquiera espe-  
cie, el voto particular del Sr. Cisneros Cá-

mara y los oradores que lo sostuvieron pretendían que no existiera esa libertad y llamaban falsos liberales á los que tenían la idea contraria; hoy nos llaman liberales tímidos á los que estamos por la libertad, y hoy, como entonces, tengo que rechazar esta aseveración. Es una opinión que, en mi concepto, no puede admitirse y sí al contrario: el que quiere aplazar el goce completo de la libertad para más adelante, este sí es verdaderamente un liberal tímido, un liberal moderado. Entonces, como ahora, uno de los oradores—precisamente el que me ha precedido en el uso de la palabra—decía: «Sí; creemos que se puede enseñar todo; pero todavía no es tiempo; todavía se puede temer de las arterias del jesuitismo.» Es decir, que los que nos llaman pseudo-liberales y liberales tímidos, eran los que querían aplazar la libertad para dentro de treinta años, y por eso, entonces, como ahora, les decía yo: los constituyentes tuvieron también algunos liberales tímidos y decían: «todavía no es tiempo de libertad.» Sin embargo, ellos hicieron la libertad amplia y amplísima con establecer el art. 3º de la Constitución. Y, sin embargo, señores, por un fenómeno psicológico inexplicable, precisamente los oradores que están sosteniendo el principio de faltar á la libertad, son los que se apoyan en estas ideas y los que nos combaten como liberales tímidos; precisamente son ellos los que nos han citado esas palabras «*aun no es tiempo*» ridiculizándonos, como si nosotros fuésemos los que las hubiéramos emitido. Y la verdad de las cosas es que nosotros en este punto decimos: no que *aun no es tiempo*, sino que *ya no es tiempo*. Nosotros no queremos que más adelante se exija título, como dicen algunos de los señores Representantes. Aun el mismo Sr. Pineda está contra el título.

Yo creo que la mayoría de este Congreso cree que nunca debería exigirse;

porque si ahora sería inconveniente, después sería innecesario. ¿Cuál es el objeto de este título?

Si, como debemos abrigar la esperanza, dentro de algún tiempo el número de los ignorantes disminuirá mucho más, y por consiguiente menos necesitará la autoridad y el Estado para dirigirlos: la necesidad del título absolutamente vendría á caer, y en consecuencia, lo que nosotros decimos ahora, es que ya no es tiempo para exigirlo y que no lo será jamás.

Sin embargo, al tratarse esta cuestión, se ha hecho bajo el punto de vista constitucional, indicándose por una y otra parte que los constituyentes no estaban por el principio amplísimo de la libertad, se han citado muchas opiniones de las emitidas en el seno de aquel Congreso; pero mi convicción particular es que la mayoría de los que dieron su voto de aprobación al art. 3º estaban por el principio más amplio de libertad, y que si colocaron en primer lugar la frase—«*La enseñanza es libre*»—y en seguida lo que parece ser una restricción de esta libertad, es porque quisieron poner en primer lugar lo que en su concepto era más importante.

A mi modo de ver, más bien el artículo constitucional pudiera invertirse en esta forma: Habrá algunas profesiones que necesiten título; pero la enseñanza no es una de ellas... (aplausos) no ataca la moral, no ataca la paz pública, no perjudica los derechos de tercero. En este punto de los derechos de tercero, se hace hincapié para pretender que se restrinja la libertad de enseñanza á los profesores.

Muy respetable es sin duda, el derecho del niño á ser enseñado, y á ser bien enseñado; pero hay otra multitud de derechos amparados por la Constitución, y sin embargo, no tienen ni pueden tener restricciones.

Cuando se trata de comparar el derecho del niño para ser bien enseñado, por



medio de un título; nosotros, los que nos oponemos á la exigencia de este título, no es porque creemos que el maestro no debe ser un hombre instruido, no deba conocer los secretos todos de su profesión, sino porque nos parece que el título no basta, en manera alguna, para asegurar y garantizar estas circunstancias.

Se trata de uniformidad, y se ha dicho que según esta uniformidad exigida, se pida título á los profesores.

La uniformidad está asegurada por la intervención que el Estado tendrá en todas las escuelas, desde la oficial hasta la particular, pues según las resoluciones del primer Congreso, se cerciorará aquel si se cumplen los programas y si se observan los métodos acordados.

Ahora bien, ¿qué libertades son las que se restringen? Dos á mi modo de ver: la del maestro que enseña, y la del padre que escoge profesores para sus hijos, donde le parezca.

¿Se quiere que el Estado garantice á los padres de familia que sus hijos estarán bien enseñados? En este caso, si el particular quiere tener la seguridad de que sus hijos reciben una instrucción amplia, conveniente y adecuada á la enseñanza moderna, si no quiere enviarlos á la escuela pública, podrá mandarlos á la particular en que sepa que se siguen los programas del Gobierno, y no necesitará preguntar si tiene ó no título el profesor; le bastaría saber que es un hombre instruido y que, por consiguiente, deberá seguir los programas que determina la ciencia.

Nosotros, pues, los que estamos por la libertad, no estamos por la libertad sin tasa y sin medida; estamos por las restricciones naturales. El Gobierno, que ocupa á sus profesores, tiene derecho á imponerles obligaciones, exigirle los requisitos que le parezcan convenientes; nada más justo que el Estado que ocupa á

determinados individuos diga: yo quiero que este individuo tenga un título que yo mismo le haya expedido, para asegurarme de que es capaz de enseñar á los niños.

¿Pero por qué esta exigencia á los particulares? ¿Qué, el Estado podría también tutorear á los particulares y decirles á cada uno: tú no podrás enviar á tus hijos á una escuela, cuyo profesor no haya recibido título del Estado? Esto, á mi modo de ver, constituye un ataque á la libertad, á los derechos naturales del hombre.

Por otra parte, habría que aceptar las consecuencias que surgieran en el orden práctico. Pasa en estos momentos que el Gobierno ocupa, en lo general, á profesores con título; que la mayoría de los profesores particulares le han recibido ya, y que si acaso aquellos quieren mejorar, abren una escuela particular, y por consiguiente, hay un buen número de escuelas que están servidas por profesores titulados. Luego entonces la exigencia del título perjudicaría á un corto número que no lo tengan en este momento, y que, sin embargo, tal vez lo hayan conquistado con una práctica más ó menos larga y bien llevada de la enseñanza.

Al querer el Congreso, ó más bien dicho, los miembros de la comisión, que se exija título para unificar y uniformar la enseñanza, se han olvidado que esta exigencia, desde luego, no podría servir para calificar la uniformidad; porque los profesores que hoy existen con título se han formado en muy diferentes escuelas de la que domina en la opinión de este Congreso; han recibido título los más de un Ayuntamiento, los otros de otro, y cada uno de ellos, con el derecho que le da el título adquirido, puede enseñar; y ¿qué enseñará? Pues cada uno enseñará lo que sepa, y evidentemente que no se conseguirá la uniformidad de enseñanza por el solo hecho de exigir título, desde el mo-



mento en que la mayoría de los profesores titulados lo han sido bajo muy distintos sistemas y bajo programas enteramente diversos.

En consecuencia, el resultado de la uniformidad no podría venir sino muy á la larga.

Pero veamos esta cuestión bajo otro punto de vista. Supongamos que existen diez escuelas normales bien establecidas en la República y que cada una de ellas de veinte profesores anualmente; quiere decir, que se obtienen doscientos profesores. ¿Cuál es la exigencia y la demanda? Pues la demanda de profesores es muy grande, y tendrá que serlo cada vez más si se han de cumplir las resoluciones de este Congreso que quiere que por cada quinientos habitantes haya un maestro. Si la demanda crece de día en día y ese número de profesores puede ser tan limitado, ¿cuándo vendrá á realizarse la uniformidad de la enseñanza? Esto llegaría á ser tan tarde que puede decirse que no se lograría nunca.

Por el contrario, si dejamos entrar al profesorado á personas que con más ó menos vocación, pero con una instrucción más profunda tengan el deseo de estudiar, de empaparse en los métodos modernos de enseñanza, evidentemente que habremos conseguido más en la uniformidad de la enseñanza, que con la exigencia del título que, en todo caso, no podrá llegar á realizarse.

Los profesores que en la actualidad se han formado por la pedagogía moderna, no se han formado por la adquisición de un título en la época en que valía muy poco la pedagogía.

Todos sabemos, señores, que los Ayuntamientos en la mayor parte de las poblaciones en donde se expedían títulos de profesor, se exigía un número limitado de materias á aquel que se presentaba como candidato, y apenas se le exigían

algunos apuntes de pedagogía, y eso antigua, no adaptada á las condiciones que ha aprobado este Congreso.

En consecuencia, si estos profesores han llegado á ser hasta luminas en el arte, si han llegado á dar brillo á la tribuna, evidentemente que no se debe á su título, sino á sus trabajos, al deseo que tienen de ser instruidos en su profesión.

No es, pues, el título el que da el saber; es la vocación, es el deseo de estudiar, y este deseo y esta vocación que evidentemente tienen varios de los profesores, con cuya compañía nos honramos en este Congreso, es el que los ha hecho distinguidos, no el título.

Pero se dirá: más adelante este título va á tener una alta significación, no lo niego, cuando lo expida la Escuela Normal, cuando éste corresponda á una serie de estudios y á una práctica más ó menos rigurosa. Pero, repito, que para eso transcurirán muchos años.

Mientras tanto, ¿qué sucederá?

Que por el avance natural del tiempo y por la tendencia de la sociedad á ilustrarse cada vez más, la ilustración misma hará innecesario el título, ó por mejor decir; le dará su lugar el profesor de la Escuela Normal, lo estimará más y con mayor facilidad que á cualquier otro.

Cuando se trata, señores, de pedir título á un médico, podrá decirse que va de por medio la vida quizá, de las personas; y sin embargo, hay una multitud de publicistas eminentes en todos los países del mundo que han creído que ni al médico debe exigírsele el título, que éste debe darlo la sociedad.

En Inglaterra es sabido que no se exige título al médico, y lo único que se le da es no amparar la reclamación de honorarios que haga cuando no es titulado; pero se deja en plena libertad al individuo para que ejerza la profesión que más le convenga.

En México, la práctica ha venido esta-

bleciendo algo semejante; hay una multitud de médicos que con el título de homéopatas ejercen esta profesión, pero sus certificados no son admitidos y no hacen fe pública.

Esto es muy natural; el Gobierno que expide los títulos, no puede aceptar ningún certificado pericial, sino de aquellos que poseen un título. Para todas las cuestiones en que el Gobierno ocupa á algún empleado, es indispensable que éste llene los requisitos que le imponga.

Pues bien, decía yo que el médico tiene en sus manos la vida del individuo y se dice que es más grave tal vez la trascendencia de la misión del profesor, por la influencia que ejerce sobre los alumnos. Yo no lo creo ni por un momento; muy trascendental es la tarea del profesor, pero debe tenerse en cuenta que el mal que puede ocasionar, puede repararse por el mismo que lo ha cometido, cuando este error no lleva consigo la pérdida de la vida del individuo. Los errores se van rectificando de día en día por los progresos que alcanza la pedagogía, por la ilustración creciente, por las publicaciones pedagógicas que hacen que los maestros más atrasados, los más ignorantes, poco á poco vayan entrando en el sendero de la buena enseñanza. Y, por otra parte, se trata, no de los profesores oficiales, porque á estos, en todo caso, se les exige título, se trata de los profesores particulares. Estos no viven sino del crédito que disfrutan ante el público, ¿y cómo les da este crédito y reputación? Pues viendo sus obras. De consiguiente, esta manera de adquirir el título, es la de someter al individuo á un exámen, en el que no va á acreditar sino, cuando más, alguna instrucción; pero si el profesor, además de esto, debe tener dos condiciones esencialísimas—la práctica y la moralidad,—si ésta no puede comprobarse por medio del examen, ni aquella tampoco; entonces se ve desde luego que se han

descuidado dos caracteres muy importantes para garantizar á la sociedad, y sólo se trata de garantizar lo que se refiere á los conocimientos é instrucción del maestro.

A mi modo de ver, esto es, aun cuando importante, relativamente secundario. Yo creo que si es importante que el individuo tenga instrucción, es más importante todavía que tenga práctica en la enseñanza y que tenga moralidad; si se trata de hacer levantar al profesorado, debe tener estos tres caracteres.

Alguno de los oradores decía, y decía bien, que en Francia se exige título á toda clase de profesores, lo mismo á los privados que á los oficiales. En efecto, la ley expedida el año de 87 dijo que nadie podía establecer una escuela, aun cuando fuese con el carácter de privada, si no tenía el certificado de aptitud,—y nótese que allí no se usa la palabra *título*, sino la de *certificado de aptitud pedagógica*, que significa algo más. Este certificado se expide conforme á la ley, al individuo que después de haber recibido el título de maestro ó bachiller en letras y en ciencias, ha acreditado tener una práctica de tres años, y se somete á una prueba práctica de tres horas ante un jurado de diez individuos, dando lecciones conforme á las formas de la enseñanza moderna sobre el punto que le señala el jurado. Esto sí me parece muy esencial para el profesor; la práctica. Pero ya que no es posible garantizar al maestro, por completo, pidiéndole un certificado de aptitud pedagógica que sería lo que realmente viniese á garantizar los intereses de la sociedad; dejemos á la sociedad misma, como ha dicho el Sr. Gómez Flores, que ella se garantice por medio de la ilustración ayudada por el Estado.

Las escuelas oficiales se multiplican de día en día, la proporción en que se encuentran respecto de las privadas, es probablemente la de un ochenta escuelas ofi-



ciales por un veinte particulares, cuando menos. El número de las escuelas oficiales todavía tiene que ir aumentando más y más, y lo considero así, porque el Estado tiene mejor provistas las escuelas de lo que pueden proveerlas los particulares; la competencia del particular con el Estado es caso imposible, y entonces ¿por qué queremos dar el golpe de gracia á esta competencia que con débiles elementos se está sosteniendo y que sin embargo auxilia al Estado con gran número de planteles para impartir la educación? ¿Por qué darles el golpe de gracia con una exigencia que vendría á matar algunas escuelas que están más ó menos bien servidas y que siempre prestan su contingente á la enseñanza?

Yo, señores, y para concluir de explicar mi voto, creo sí que el Gobierno debe exigir título á sus profesores; nada más natural también que señale los requisitos que han de tener los maestros y empleados á quienes ocupe; pues en esto no se ataca libertad de ninguna especie; esto no está ni dentro ni fuera del artículo constitucional.

A mi modo de ver es sencillamente el derecho que tiene el Estado, lo mismo que el particular, para poner las condiciones que guste; pero desde el momento en que digamos que el Estado tiene derecho de señalar los requisitos que deberán exigirse á los particulares, para la instrucción de sus hijos; á mi modo de ver se ataca el art. 3º de la Constitución y la libertad del padre para elegir el maestro de sus hijos.

Respecto de si está en nuestras atribuciones resolver este punto,—que ha sido puesto por el Sr. Sierra en la sesión última—salvo el respeto que su Señoría me merece, es incuestionable que estamos en nuestro derecho para resolverlo. Yo creo que debemos interpretar el artículo constitucional, porque implícitamente se con-

fieren facultades al Congreso, según la pregunta relativa del cuestionario. En consecuencia, lo repito, salvo el respeto que debo por mil títulos al Sr. Sierra, creo que sí puede el Congreso decidir si se debe ó no exigir título.

Así, pues, indicando una nueva opinión en este punto, diría yo que nuestra respuesta debe hacerse sin tener en cuenta el art. 3º de la Constitución, resolviendo así la cuestión técnica y dejando al Ministerio respectivo la cuestión constitucional.

Que es conveniente que los profesores tengan ciencia, que tengan aptitud, es incuestionable; que es conveniente que los que emplee el Gobierno tengan título, á mi modo de ver es muy justo y necesario, siempre que el Gobierno tenga el número de profesores conveniente á las necesidades oficiales y les pueda pagar; pero que esta exigencia éntre también para el profesorado particular, me parece injusto, me parece innecesario y me parece inconstitucional.

Yo creo que es anticonstitucional, porque—aun á riesgo de molestar la atención ya fatigada del Congreso, debo citar algunas de las palabras más notables, á mi modo de ver, que no se han dicho aquí, de los constituyentes; serán muy pocas las citas que tendré la honra de exponer. El Sr. Aranda decía: «que el artículo sólo deja en libertad á las familias para escoger maestros donde mejor les parezca, pero no suprime los establecimientos oficiales, ni concluye en ellos la dirección y vigilancia del Gobierno.»

Esto es característico del Sr. Aranda; por consiguiente, él no quería aplicar la exigencia del título, en ningún caso, al maestro privado.

El Sr. Lafragua, tan entendido en estos asuntos, quiso *«que se dijese que era libre la enseñanza privada.»*

La opinión de todos los tratadistas de Derecho Constitucional, que he podido



consultar, como Rodríguez, Lozano, Montiel y Duarte, y otros, es la de que en rigor no debería exigirse título, sino al Notario, al Escribano, al Corredor, á los que ejercen funciones de fe pública. En consecuencia, querían ellos la libertad para el Abogado, para el Médico, y si la querían para éstos tan amplia, evidentemente, y con mayor razón deben haberla querido para el profesor cuya libertad está consignada en estas palabras; «Querer libertad de enseñanza y vigilancia del Gobierno, es querer luz y tinieblas . . . y tener miedo á la libertad.»

El Sr. Arriaga se opone también á la vigilancia y se decide por la libertad más completa.

El Sr. Rodríguez, en su obra de Derecho Constitucional, indicando hasta qué punto era conveniente la libertad en esta materia, decía: que había profesores eminentes con título, y otros muchos de segundo orden con el mismo título, y que los particulares son libres para escoger entre estos profesores á aquel que merezca su confianza.

Estas son las opiniones que han sostenido los tratadistas de Derecho Constitucional en México, y por lo mismo, volviendo á mi punto de partida, repito que dejemos esta libertad y habremos estado más en lo justo, habremos hecho más por los intereses de la sociedad.

(Aplausos)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Aguilar, Presidente de la Comisión.

EL C. AGUILAR.—Vuelvo á ocupar vuestra atención, benévola siempre señores representantes, para manifestaros una vez más, en nombre de la Comisión dictaminadora, que de los ataques dirigidos á ella, si bien circuncritos á la más galante corrección, ninguno rechaza con tanta energía como el que se hizo consistir en el desprecio que se nos supone hacia nues-

tro crédito político, hacia los principios democráticos que han sido el eterno polo á que ha orientado siempre sus procedimientos y sus convicciones la gran familia liberal, en la que se cuentan con muchísimo orgullo los miembros de esta Comisión.

Vuelvo á molestar vuestra atención otra vez más, señores representantes, á fin de protestaros que la comisión dictaminadora jamás creyó que las resoluciones traídas al debate empañasen el limpio cristal de nuestras libertades; sino que antes bien, presentándonos con la visera levantada, sin el capuchón de las transacciones ni el dominó de las transiciones: sin semejarnos á esos péndulos faltos de isocronismo que marchan un momento hacia un lado para desandar su camino y arrojarse de nuevo en la dirección de donde han sido rechazados, creíamos y lo creemos todavía, con toda la buena fe y con toda la veneración que reclama la majestad del asunto discutido, que reconociendo la libertad de enseñanza en la prensa, en la tribuna, en el libro, en el hogar, la libertad de enseñanza en sus manifestaciones múltiples, pero exigiendo título al que convirtiera en profesión la enseñanza primaria, habíamos obedecido las santas prescripciones de los arts. 3º y 4º y coronado nuestras creencias con la corona sin igual que forma el respeto á los derechos de la sociedad.

Pero nos objeta el Sr. Manterola, con una circunspección rayana en marmóreas que nuestras resoluciones ponen trabas á la libertad de enseñanza y hieren los derechos del padre! La comisión creyó y lo cree todavía, que siendo la enseñanza una cuestión social, debía intervenir el Estado siquiera para cerciorarse de la aptitud que tuviesen los que anhelaran prodigarla con el carácter de profesores. Creyó la comisión y lo cree todavía, que si al Abogado por defender los bienes de una familia se le exige título para que pueda ejercer su profesión, debía de exigírselo

también al maestro, á quien se le entregan tesoros inapreciables como son los niños, y que deben ser educados no sólo para la gran lucha, para la vida, sino también para que, llegada la vez, sepan formar y dirigir la sociedad bendita que se llama familia.

¿Que atacamos los derechos del padre? ¡Los padres! La mayor parte de los padres ignoran, como dice Spencer, que la suerte de una generación nueva no debe quedar abandonada á la influencia de hábitos irreflexivos, á la instigación de los ignorantes, á las sugerencias de las nodrizas ó á los consejos de las abuelas: la mayor parte de los padres ignoran las leyes de la vida y por eso sucumben millares de niños, y los centenares de miles que sobreviven, arrastran una salud enfermiza ó con una constitución menos fuerte de la que debían tener. Esos padres ignoran la naturaleza de las emociones, el orden que preside su evolución, sus funciones, el punto preciso en que dejan de ser saludables para convertirse en perniciosas; y no conociendo el organismo que tienen bajo su amparo, ignoran igualmente las influencias que en él pueden ejercer éste ó el otro tratamiento. Cuando los niños se ven atacados de enfermedades ó debilidad, esos padres llaman á esto una desgracia y el caos que reina en su cabeza les hace suponer que los efectos se producen sin causa ó por causas sobrenaturales, ignorando, por último, que sobre ellos pesa, las más de las veces, pues en esto la herencia tiene poca parte, la responsabilidad de tantos sufrimientos y de tantas amarguras.

Entre el niño perteneciente á la aristocracia del dinero, que es llevado por el lacayo á uno de esos colegios donde todo es suntuoso y todo es muy bueno, menos la educación que reciben los alumnos, y el padre que cuida más, y más esmero pone en el alfiler de su corbata, y en el color de sus carruajes, y en la sanidad de

sus troncos, que en la educación de los hijos que han venido á iluminar el nido de los amores de ese padre: entre el niño perteneciente á la clase pobre que concurre siempre á deshora á uno de esos tabucos-escuelas donde la vida se va dejando por entregas, porque todo es rigor, obscuridad, inacción y pestilencia, y el padre que cuida más ó de concluir sus manufacturas ó de embriagarse en la taberna de la esquina, que de la educación de sus hijos; creía la comisión, y lo cree aún, que debía de estar del lado de los niños, procurando que éstos, al llegar á ser hombres, simplemente supieran serlo. Creyó la comisión que debía señalarles á dichos padres, la escuela, donde por haber profesor titulado, la cátedra es un taller, el maestro un guía en el trabajo, los discípulos una familia: donde éstos, excitados por su propia iniciativa y por la conciencia de sí mismos, sienten que son algo en el mundo y que no es pecado tener individualidad y ser hombres: que allí comienzan á discutir, como en Grecia, los más fundamentales problemas del orden social: que allí reducen á sus tipos los organismos naturales y principian á descubrir nuevas formas, á estudiar la Historia en el Museo, y á advertir, en fin, cuanto hay de atractivo y de maravilloso en la educación moderna.

(Aplausos.)

Como á la sociedad le dice el Estado: "allí hay una botica que tiene un profesor titulado y que por ende hay *menos riesgo* de que suministren un veneno," así también tiene que decirle al padre de familia: "allí hay una escuela donde tus hijos serán educados bajo los sistemas que como buenos ha proclamado la moderna Pedagogía." ¿Y se diría por esto que violamos la libertad del boticario sin título?

Perseguimos con todo linaje de persecuciones al desgraciado tinterillo, porque



degrada y envilece la augusta profesión del abogado; y si el tinterillo es al abogado lo que el remendón de enseñanza al verdadero maestro, ¿podremos decir con justicia que se viola la libertad de aquél, porque evitamos que ejerciendo su negra profesión estafe á los incautos que el gendarme pone al alcance de su mano? ¿Pero qué libertad es esa que así cobija derechos espúreos? ¿Qué libertad es esa que así descende al estercolero, á la cloaca, al albañal, atropellando en su descenso los legítimos derechos del Estado? ¿Será preciso recordar que la verdadera libertad no es el libertinaje, ni la cueva, ni la encrucijada, ni la sombra, sino la luz del Mediodía, la pureza, el camino recto y la honradez acrisolada?

(Aplausos repetidos.)

¿Será preciso recordar, siguiendo las eternas enseñanzas del insigne Comte, que la verdadera libertad, lejos de ser en modo alguno incompatible con el orden real, consiste en seguir ob dientes y sumisos las leyes propias y correspondientes al caso? Cuando un cuerpo cae, dice, su libertad se manifiesta caminando, según su naturaleza, hacia el centro de la tierra, con una velocidad proporcionada al tiempo, á menos que la interposición de un fluido modifique su espontaneidad. En el orden vital, cada función vegetativa ó animal es declarada libre si se realiza conforme á sus leyes. La doctrina metafísica sobre la pretendida libertad moral, debe ser históricamente considerada como un resultado pasajero de la anarquía moderna, porque está directamente destinada á consagrar el individualismo absoluto, hacia el cual fué tendiendo más y más el trastorno occidental que debió suceder á la Edad Media. La libertad, significa progreso en el orden, y si la libertad humana consistiera en no seguir ley alguna, sería aún más inmoral que absurda, por hacer imposible todo régimen individual

ó colectivo. Nuestra inteligencia manifiesta su mayor libertad cuando se convierte en espejo fiel del orden exterior, á pesar de los impulsos físicos y de las solicitudes morales que tienden á perturbarla. Cicerón exclamaba, en fin: "Seremos más libres, mientras más esclavos seamos á la ley."

Al oír, señores, que con la exigencia del título se lastiman derechos legítimamente adquiridos, recordamos á mi excelente amigo el Duque Job, quien despidiéndose del año de 60, y elogiando con justicia la política de nuestro Gobierno, aseguraba que el General Díaz y todo su Gabinete, poniendo en ejercicio la más negra tiranía, atentaba contra la libertad de robar que disfrutaron noblemente los salteadores de camino, allá en los años de revoluciones movibles distribuidas con equidad en las cuatro estaciones: que atentaba contra la libertad de pronunciarse, procurando el reinado de la paz: contra la libertad del salvaje, proclamando la instrucción obligatoria: contra el derecho del bruto, estableciendo la escuela: contra la libertad del usurero, fomentando los Bancos, y contra la libertad de los dueños de coche con sopandas, subvencionando las empresas ferrocarrileras.

Por cierto, señores, que el ánimo vuelve á nosotros y nos vigoriza notablemente, destruyendo nuestros anteriores desfallecimientos, al ver que si personas tan ilustradas y tan respetables por el prestigio de su palabra, como las que hablaron en contra del dictamen durante la sesión anterior: Sierra, el ilustre Sierra, el hombre de corazón bien puesto, el poeta filósofo de nobles y de generosos sentimientos: Bulnes, el gigante de nuestra tribuna que avasalla con su palabra siempre arrebatadora; no han podido presentarnos argumentos decididos, es sin duda porque no los hay; que de haberlos, no se habrían escapado á la penetración de tan esclarecidos tribunales. Porque asegurar que los



genios no han necesitado título, de coros lo sabemos, como también sabemos que los genios no andan sueltos por ahí, sino que lo mismo que los cometas, sólo aparecen de cuando en cuando en los fulgurantes cielos de la Historia: de coros sabemos que el título no constituye una garantía absoluta; pero también sabemos que es sin duda un principio de garantía, mejor á todas luces que no tener ninguna; como tampoco ignoramos que si enseñar es dejar semilla, que dijo el Sr. Bulnes, no queremos que los maestros sin título dejen en la niñez la semilla de la superstición y de la ignorancia, ya que es mucho optimismo suponer que éstas se destruyen de raíz con la predicación nada más, sin que algo dejen, aunque sea el inmundo rastrojo.

—¿Qué no debemos contestar la pregunta del cuestionario porque somos incompetentes para legislar? Ya lo sabemos; no se asuste su señoría, que al fin nuestras resoluciones no causarán ejecución; pero quedará la semilla que, cultivada por quien pueda hacerlo, más tarde se convierta, como dijo alguna vez, en la encina gigantesca donde vengán á estrellarse las pretensiones de los ignorantes: será el mejor estímulo para los que anhelan á vuelta de algunos años de estudio y de miseria, llegar á ser profesores de instrucción primaria y no confundirse con esos sacristanes de las Escuelas, que á fuerza de apagar luces quieren la obscuridad para que en ella todos seamos iguales.

(Nutridísimos aplausos.)

Proclamar la libertad, entendiéndola como la entienden los señores que en contra opinan, y no darla, es injusto y es ridículo. ¿Por qué? Porque venimos aquí á entonar himnos á la libertad de enseñanza, y á lo mejor, cuando el alumno concluyó su carrera, no le admitimos certificados expedidos por establecimientos que

no se reconozcan oficialmente. Tal proceder constituye la burla más sangrienta, y esto sí no es honrado, y esto sí no es liberal.

Señores: Ya debemos borrar de nuestros cánones democráticos todo lo que no sea leal, lo que no sea claro, con la claridad que reclaman nuestro modo de ser y el medio en que vivimos. Ya es obra de caridad hacer que desaparezca lo que está condenado á la ruina, abreviando en lo posible el período de demolición, durante el cual anda uno en el lodo, envuelto en nubes de polvo, y amenazado á cada instante por sillares que se derrumban.

Sin embargo, esta respetabilísima Asamblea resolverá con la ilustración que la caracteriza, si en la libertad de enseñanza se halla incluida la libertad en el ejercicio de una de las más augustas profesiones, como es la del maestro de instrucción primaria, debiendo conformarnos con seguir como hasta aquí, ó si nuestra cultura y nuestra grandeza en tal materia deben ser ya un hecho y no sólo una aspiración que se va aplazando indefinidamente: resolverá si hemos venido aquí á un *fandango pedagógico*, que dijo el Sr. Bulnes, ó si de fandangos como estos surge la luz, cuando el que invita se llama Joaquín Baranda y los invitados son Justo Sierra, Manuel Flores, el mismo Bulnes y todas las ilustradísimas personas que se han dignado escucharme.

(Estrepitosos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES MANUEL.—Señores Representantes:

El Sr. Gómez Flores, como el Sr. Aguilar, nos han pedido que vengamos á combatirlos en un terreno nuevo: principio de retirada, como decía Napoleón I. en Waterloo.

En efecto, señores, en nombre de la libertad nos habían invitado á este debate,

y hoy ya no quieren oír hablar de libertad, siguen creyendo que la practican, siguen convencidos de que la profesan y ya no quieren ver que nuestras manos esgriman esa arma poderosa en contra de ellos.

Voy á darles gusto; es de corazones nobles acudir al terreno que se les invita. Acudiré, pues, al terreno á que los señores de la Comisión nos llaman.

No voy á hablaros, señores, en nombre de ningún principio metafísico; no me gusta embriagarme, ni quiero embriagarme con ese *hatchits* de lo sobrenatural. no quiero hacer para con vosotros el papel del viejo de la montaña, pasando ante nuestra vista un espejismo maravilloso de fantasmas y de ilusiones, ni quiero hacer tan poco favor de consideraros como las histéricas del Dr. Jarcot para después de haberos hipnotizado con el vaho de las ideas metafísicas, sugeriros ideas contrarias á los intereses y á la conveniencia pública.

Voy á hablaros, señores, en nombre de estos intereses, en nombre de esa conveniencia, voy á referirme pura y sencillamente á cuestiones de hecho, y quiero que este Congreso resuelva, en virtud de las breves razones que paso á exponer, si conviene ó no á los intereses del país, á los intereses sociales, como dice la Comisión, esta exigencia de títulos al profesorado de instrucción primaria.

El Sr. Pineda, uno de los oradores más elocuentes en contra de la Comisión, ha caído en la red que ésta nos había tendido á todos,—sea dicho sin ofenderla; esta red es la redacción ambigua, y casi me atrevería á decir, capciosa de la 1.<sup>a</sup> de sus dos conclusiones.

Dice así: La ciencia y los intereses sociales reclaman de consuno que se exija título al profesorado de instrucción primaria fijándose por la ley los casos de excepción forzosa.

¿De qué ciencia, de qué intereses sociales nos habla la comisión? ¿Cómo la

comisión confunde dos cuestiones absolutamente diferentes que pueden hasta ser disímbolas, y cómo pretende que le que le vamos á conceder, en nombre la ciencia, vayamos á concedérselo también en nombre de los intereses sociales?

En nombre de la ciencia abstracta, en nombre de la ciencia pura, todavía es discutible si la exigencia del título conviene ó no; pero lo es mucho menos en nombre de los intereses sociales cuando nos colocamos en el verdadero punto de vista de la cuestión. Esta revista tres aspectos: el constitucional y el pedagógico son los que hasta aquí la comisión ha creído deber considerar, y envuelta en el oropel de la técnica, pretende hacernos tragar la enorme píldora de las cláusulas resolutivas del dictamen. Yo he creído que no debía caer en la red y vengo á colocar los puntos sobre las íes en esta cuestión.

La exigencia del título, señores, no se justifica ni á los ojos de la misma ciencia. ¿Qué se quiere decir con esto: *«la ciencia exige que se exija título?»*..

*Los intereses de la ciencia piden que se exija título.* ¿Quiere decir que desde el momento en que vamos á exigir este título á los profesores, se da vuelo á la ciencia? ¿creemos que al influjo de con palabra magia esa paloma va á convertirse en águila? ¿que los métodos van á ser más rigurosos y las conclusiones más decisivas? ¿que vamos á desvanecer todas las dudas y vacilaciones del espíritu humano y á establecer una vez por todas los principios supremos y absolutos que van á regir en esta materia?

Incontestablemente la comisión no puede pensar en semejante cosa. Exigiendo ó no título, la ciencia seguirá la marcha que le impongan la cultura, la civilización y los métodos científicos que se empleen para las investigaciones de la verdad. Pero los títulos no hacen al caso en esta cuestión, y es curioso,—ya que se ha aludido tanto á este punto, vale la pena re-



petirlo,—es curioso que precisamente, hombres sin título son los que hacen dar á la ciencia los pasos más vigorosos y más avanzados. Luego, entonces, señor, no está demostrado que los intereses de la ciencia exijan que haya, que deba haber título para el profesorado de instrucción primaria.

Vamos á ver si pasa así con lo que la comisión llama *intereses sociales*, y para esto trataremos de averiguar desde luego á qué intereses sociales se refiere la comisión.

¿A los intereses de la sociedad abstracta?

Ni la comisión puede afirmar nada respecto á esta sociedad, ni nosotros tampoco. Se refiere la comisión,—y creo que no puede referirse á otra cosa,—á los intereses locales y especiales, de época, de condiciones físicas y morales que nos rodean, y que constituyen lo que llamamos nuestro estado social.

Redondamente niego que esos intereses sociales nuestros impongan la exigencia del título, y algo más, afirmo y procuraré demostrar que la exigencia del título va directamente en contra de los intereses sociales así comprendidos.

En materia de instrucción, y especialmente para corporaciones como la nuestra que están destinadas á escaparse de ella, los problemas de la instrucción pueden abarcar dos aspectos: ó se trata de estudiar la manera de perfeccionar la enseñanza, ó se trata de estudiar la manera de difundirla, y á estos dos puntos de vista corresponden dos grandes intereses: la Sociedad puede tener uno ú otro, ó los dos simultáneamente; y antes de defender si los títulos tienen una influencia y cuál pueda ser ésta, tratemos de saber cómo funcionan estos dos elementos del problema en la vida social, qué significa, qué representa el perfeccionamiento de la enseñanza, y qué significa, y qué representa su difusión.

Señores: os suplico que no me tacheis de paradojal ni de sofístico, hasta no haberme oído; porque los principios que voy á sostener os parecerán un poco sorprendentes; pero confío en que pasado el primer momento de sorpresa, convendréis conmigo en mis conclusiones.

Estamos tan acostumbrados á abogar por el progreso de la ciencia, estamos tan habituados á prosternarnos estáticos ante los grandes adelantos científicos, que quien quiera que nos diga de una manera brusca, sin una exposición previa, que el perfeccionamiento de la enseñanza tiene sus inconvenientes, nos hace una impresión sumamente desagradable, y sin embargo, así es.

La historia demuestra que donde quiera que la enseñanza se ha perfeccionado sin haberse difundido, la sociedad ha entrado de lleno en plena tiranía, y entrando de lleno en plena tiranía, vienen y caen sobre ellas los inconvenientes del despotismo. Parece asombroso y sin embargo, es la verdad.

Pudiera citaros innumerables casos, tomando de diversas épocas y de diversos países los ejemplos típicos que comprueban estos hechos; pero me conformaré con algunos.

Recordad que ha habido un siglo que se llamó de *Luis XIV*, siglo que se caracterizó por el desenvolvimiento extraordinario de los conocimientos científicos y literarios; fué aquel el foco de donde más tarde nació ese incendio terrible: la revolución francesa, fué un vencimiento dentro del Renacimiento; un renacimiento local, especial de la Francia; y recordad, señores, que no ha tenido el despotismo en Francia, época comparable á la de Luis XIV.

¿Cómo explicar este fenómeno, y más para personas acostumbradas como nosotros, á creer que ciencia y libertad son una misma cosa?

La explicación es fácil. El perfecciona-



miento de la enseñanza supone el confinamiento de la enseñanza; desde el momento en que se enseña de una manera perfecta en establecimientos dotados con munificencia, no puede admitirse que toda la nación, ni aun la mayoría, sino sólo una ínfima minoría sea la que recibe los beneficios de la enseñanza; es decir, que por este sólo hecho, por esta sola circunstancia, se crea una casta, una clase privilegiada, y una de dos: ó esta clase privilegiada hace alianza con el poder público y entre las dos constituyen la tiranía, sirviendo la clase ilustrada de decoración aparatosa y brillante al despotismo, como pasó en Francia en la época de Luis XIV, á la clase privilegiada, reducida á cierto círculo de personas que poseen la ciencia oficial, se constituye en clase dominadora y despótica como pasó en 33, en la misma Francia.

Pero la revolución de 33 es el imperio pasajero y momentáneo de los únicos hombres que tenían educación en Francia. Y cosa singular que corrobora mi argumentación; precisamente estos hombres que tiranizaron tanto á la Francia, la tiranizaron en nombre de la libertad, de la fraternidad y de la igualdad. Antes de los tiempos de Luis XIV se ahorcaba al pueblo en nombre del derecho divino, durante el terror se guillotinaba al pueblo en nombre de los derechos del hombre; y es, señores, que no hay más que una sola manera de alcanzar la libertad, el respeto mutuo y recíproco; que haya proporción en los derechos del hombre; proporcionalidad entre lo que vale y puede un ciudadano, y lo que vale y puede cualquier otro ciudadano de la República. En tanto haya uno que por su mayor riqueza, que por el mayor poder público de que disponga, que por su mayor sabiduría se distinga, se singularice y se levante sobre los demás, este hombre tendrá que tiranizar á los demás, y los tiranizará de buena fe, para hacerles bien, para sacar-

los de la abyección y de la miseria: tales la condición moral y social del hombre.

Como contraprueba de esta doctrina os presento una época y circunstancias en que la enseñanza ha estado muy difundida. Tomo los países que se caracterizan, no por la instrucción y saber acumulados en una clase determinada, sino por la instrucción y el saber difundido en las masas todas, y os presento en primer lugar la Suiza, en segundo á Bélgica, y en tercero á la República Norte Americana. Estos tres ejemplos corroboran y patentizan que sólo la difusión de la enseñanza es compatible con la libertad, que sólo ella es fuerza, virtud, prosperidad y grandeza.

Por último, y con toda independencia de circunstancias de tiempo y de lugar, de razas y épocas, os presentaré, señores, la evolución de una institución determinada, lo que pasa á medida de los individuos que la forman, van diferenciándose y separándose los unos de los otros por el grado de su saber; y os presentaré como ejemplo digno de toda consideración en este orden de ideas la evolución, la marcha del cristianismo. Esta evolución, esta marcha demuestran, cómo á medida que sobreviene la diferenciación de las clases sociales por diferencias del saber, viene la diferencia del poder, y cómo viniendo esta diferencia del saber y del poder viene el despotismo de las minorías.

Cuando la predicación cristiana empezó, tanto sabía un cristiano como otro; mejor dicho, todos eran igualmente ignorantes. Recordad de qué elementos de predicación se valió Jesús, cómo hablaba á los pueblos oprimidos, y cómo agrupado á doce hombres humildes, los lanzó en todas direcciones é hizo como ellos una gran predicación. Entonces todos sabían lo necesario para practicar aquel rito, para profesar aquel dogma: las pocas doctrinas morales que forman el fondo de la religión unos cuantos anatemas y unas

cuantas ceremonias del culto. Todos estaban á la misma altura y la predicación cristiana vino tan á tiempo, que invadió el mundo entero. Pero sabeis también que ya en el siglo doce, mucho antes, desde los siglos cuarto y quinto, ya el fraile explotaba al pueblo; ya el fraile más inteligente, más conocedor, más sabio que el pueblo había disuelto la primitiva comunidad cristiana, aquellos bienes, formados con el contingente que cada cual llevaba, que se apoderó de los bienes de la comunidad, acrecentó su riqueza, y cuando la reforma sobrevino, el estado del cristianismo era el estado de un pueblo explotado por una minoría más inteligente y más poderosa que él.

Ya veis, señores, que lo mismo da una raza que otra, lo mismo da una época que otra, lo mismo dan circunstancias de ésta ó de otra naturaleza, ya estudiemos los pueblos uno á uno, ya estudiemos una á una las instituciones, el hecho viene á ser siempre el mismo: con el perfeccionamiento en la enseñanza, viene, porque no puede menos de venir, la limitación del número de personas que aprenden; con el perfeccionamiento de la enseñanza, viene la Constitución de las Cartas, y con la Constitución de las Cartas viene el despotismo.

Excusadme, señores, si no os pongo ejemplos más próximos y más dolorosos; tratad de adivinarme y de hacer extensivo este principio á hechos y circunstancias que nos llegan más á lo vivo y que arraigan en el fondo de nuestros más caros sentimientos; pero la verdad es que el hecho se produce siempre, y que nosotros debemos oponernos á que se produzca y á que se siga produciendo. Ya es tiempo: trescientos años ha pagado el indio el impuesto para que nosotros sepamos leer y escribir; y es justo devolver en instrucción y saber á esa raza degenerada y abyecta lo que nosotros hemos recibido en bienes espirituales.

(Aplausos.)

¿Pues qué toleraríais vos que hubiera una cuotización en vuestro barrio entre la clase pobre para pagar los gastos de vuestra casa? ¿Os parecería digno, compatible con la nobleza de vuestro corazón? . . . Y sin embargo, esta explotación la venimos haciendo trescientos años ha; es el indio EL QUE LLEVA AL ERARIO EL FRUTO DE SU TRABAJO, el que paga los impuestos, y nosotros los que disfrutamos de los beneficios . . .

(Aplausos.)

Y si estamos aquí hoy congregados para debatir esta altísima cuestión, pongámonos á su altura; ni tenemos el derecho de soñar, ni tampoco tenemos el derecho de arrastrarlo como reptiles en el polvo ó en el fango.

Removamos toda dificultad, señores; el problema, la gran cuestión para el país, es difundir la enseñanza: «Todo esfuerzo, todo sacrificio, todo medio que contribuya á llevar el alfabeto,—decía el Sr. Ministro de Justicia,—hasta el último jacal, hasta la última ranchería, es un medio legítimo y útil.»

Esto sí prepara nuestra regeneración, esto sí prepara nuestra grandeza; todo lo demás son ensueños.

Predicad muy altos los derechos del hombre, esculpid en bronce la Carta Constitucional, grabad con fuego en la frente de todos los mexicanos los principios sacrosantos consignados en el Código fundamental que nos rige, y no habreis hecho nada de provecho, si no habeis enseñado el alfabeto. ¿Quereis una demostración?

Voy á dárosla también.

Entre Felipe V y Carlos IV hay noventa años de progreso en España.

Los hombres del renacimiento español, acaban con el poder del clero, combaten rudamente y fomentan la industria, alimentan el comercio, hacen cultivar los campos, engrandecen España; pero olvidan desarraigar la superstición del cora-



zón de los españoles, olvidan llevar la instrucción á las montañas de Cataluña y á los valles floridos de la Vizcaya. ¿Y sabéis qué resultó? Que toda esa grandeza de España: la industria, el comercio y la agricultura vinieron abajo, ¿y sabéis en cuánto tiempo? En sólo cinco años. Cinco años de reinado retrógrado, de un rey mogigato bastaron para que no quedara ni un asomo del progreso de los noventa años pasados. Y, señores, nosotros no tenemos noventa años, que apenas doce de progreso.

¿No os aterra, señores, la idea de lo que va á ser de nosotros? ¿algunas veces, en las preocupaciones diarias de la vida, cuando tomáis el pulso á la situación, no os espanta la consideración de lo que podremos ser mañana? ¿y queréis seguir por la misma vía queréis seguir el mismo sistema de las castas privilegiadas, explotando á las masas de la nación; queréis seguir protegiendo al grupo pequeño de los que aprenden, queréis perpetuar este sistema que durante trescientos años ha minado las bases de nuestra preocupación social y que nos ha puesto algunas veces á la orilla de no ser ya una nación?

Yo creo que no podéis aceptar este principio; estais aquí precisamente para enmendar esos errores; estais aquí precisamente para poner cuantos medios estén á vuestro alcance, á fin de impedir estos males, y es fuerza que os hagais el ánimo de conseguirlo.

El Sr. Gómez Flores quiere presentarnos la medida que se discute como una consecuencia lógica y forzosa de las resoluciones adoptadas por el primer Congreso de Instrucción.

Mala práctica es la que pretende corregir un desacierto con otro.

Yo, desde luego, tengo la satisfacción de no estar inodado en esos atentados contra las posibilidades y las conveniencias del país. No formé parte del primer Congreso, pero desde que formo parte del

segundo, ya defendiendo *el peor es nada* del sistema lancasteriano, ya limitando la exigencia de los útiles para las escuelas; en suma, en todas las ocasiones que se ha ofrecido á mi palabra la oportunidad de hacer la transmisión de mis ideas, he predicado la difusión de la enseñanza y la economía en los medios de impartirla.

Si teneis en las tradiciones de vuestras reuniones del año pasado, algo de que arrepentiros. Aun es tiempo. No hagais como los proteccionistas que suben una cuota de sus aranceles para equilibrar el mal que hicieron subiendo otra; ó que causan un doble mal tomando, como represalias contra una nación, que cierra la puerta á sus productos, la medida de cerrarla, á los productos de otras naciones; lo que equivale á un berrinche de un niño, que rehusa todo alimento porque no se le da fruta.

¿Eran otras vuestras ideas respecto de la instrucción pública en el país? ¿Creeis que venís á ejecutar,—ya no diré *un fandango*—sino un *solo* de violín pedagógico?

No, no venís á eso; no venís á hacer equilibrios en el alambre flojo; sino que venís á dar prueba de que sabéis pedagogía, de que amais al pueblo y teneis la energía bastante para conducirlo á su progreso.

(Aplausos.)

Pero descendiendo de estas consideraciones, que no por ser altas, dejan de ser verdaderas é importantes, entro al análisis, de cómo todas esas exigencias son ridículas, de cómo no conducen jamás al fin que se anhela, y de cómo son una remora al progreso de la enseñanza y de la ciencia, y si es fuerza que combata los argumentos que se han hecho valer en este sentido, pero lo hago con lealtad y congruencia, y porque me he colocado en el punto de vista en que creo que debemos colocarnos todos, y es el siguiente. Ense-



ñanza mala, como la llamaís, pero muy difundida, al alcance de todo el mundo. Pues que, para tener el derecho, como mi estimado y queridísimo amigo el Sr. Cervantes Imaz, de postrarnos en adoración delante de la escuela modelo, vamos á gastar los fondos públicos, en lugar de construir con el mismo dinero media docena de escuelas modestas para que quapan en ellas los niños que no saben leer.

(Aplausos.)

¿Es decir, que porque no se diga que los miembros del Congreso pedagógico no sabemos ser pedagogos, nos ponemos á bordar como en relieve ese relindo de programa de instrucción primaria que ya lo quisiera la Inglaterra que lo puede pagar? ¿Es decir, en suma, que nos hemos encañichado en pensar en cosas imposibles y de poner obstáculos á las hacederas?

No, señores, esto no puede continuar así. Yo propongo muchos maestros en jacales, no en edificios construidos, según las reglas de la arquitectura escolar. ¡Frescos quedamos! ¡Tenemos miedo que los niños de las rancherías vayan á establecimientos que no son higiénicos! Señores, sus jacales, ¿qué higiene tienen ni han tenido jamás?

(Aplausos.)

Pasados de un jacal á otro, no habreis perjudicado su organización física, y si en el segundo jacal les enseñais á leer, les habreis hecho un beneficio.

Además, señores, no hay que olvidar que no puede establecerse paralelo de ninguna naturaleza entre el ejercicio de una profesión como la de abogado ó médico, y el ejercicio de la pedagogía. ¿Por qué? Porque nunca tenemos oportunidad, hasta que no vamos á la escuela de medicina, de aprender medicina, nunca tenemos oportunidad de aprender la jurisprudencia, hasta que no vamos á la escuela de Derecho; mientras que sí apren-

demus la pedagogía empírica desde que aprendemos á leer.

Yo puedo, si he tenido un maestro que me enseñe, enseñar por los mismos procedimientos que se han empleado conmi-go. ¿Son buenos los procedimientos? Entonces para qué exigir el título. ¿Son malos? Entonces es inútil esta exigencia, porque los profesores titulados irán á repetir esos mismos pésimos procedimientos en las escuelas que funden. ¿Los métodos son buenos? Pues entonces, empíricamente, de una manera no completa, no perfecta,—porque no aspiro á eso,—pero sí en la medida de lo posible, esos mismos métodos servirán para la enseñanza de los nuevos niños.

Luego ya veis que en suma no se causa un mal tan grave adoptando mis ideas. Los métodos serían deficientes; pero yo pregunto, ¿ha sido esto un óbise para el progreso de la pedagogía y la enseñanza? —No, señores, hay que considerar al país en la época histórica actual, adecuar á sus circunstancias los métodos y procedimientos, y sobre todo, adecuarlos á su fin, y ese fin, lo repito, es la difusión de la enseñanza; no puede, no debe ser otro.

En esta tragedia de la raza indígena, antes poderosa y fuerte, que poblaba según dicen los antiguos cronistas, como las estrellas, el cielo, ó como las arenas, el mar, las fértiles campiñas de Anáhuac; ante la tragedia de esta raza grande y poderosa, tanto, que no ha faltado quien afirme que su civilización valía tanto como la de los españoles que la conquistaron; ante la tragedia de esta raza que perece de inacción y miseria; tengamos el valor de representar nuestro papel; nosotros, señores, tenemos que ser el médico que cure esos males. Y cuando menos, si es que las fatalidades de raza la condenan á la decadencia, seamos el amigo que la consuele en sus últimos momentos, no seamos el rejonero que la remate.

(Aplausos nutridos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ LUIS E.—Señores Representantes:

Después de los discursos que se han pronunciado aquí, después de las razones que en uno y otro sentido se han aducido, no vengo á filiarme del lado de la Comisión para reforzar sus argumentos, y mucho menos vengo á ponerme del lado de los opositores para añadir una razón más á las que se han expuesto; vengo sencillamente á hacer una rectificación y á fundar mi voto. La rectificación se refiere á las palabras del Sr. Gómez vertidas en la sesión pasada desde aquella tribuna.

Indicó su señoría, de una manera terminante, que él no admitía, y con él los padres católicos, la escuela oficial, porque dudaba de su inmoralidad.

Comprendo que la intención del Sr. Gómez no fué asertar lo que dijo; pero como así lo produjo y es una opinión muy generalizada, es necesario aquí en concreto y en abstracto refutar de una vez, semejante concepto.

Supongo, y lo sabe mejor que yo el Sr. Gómez, que la mayor parte de los padres de familia son católicos, y sin embargo, los padres de familia mandan á sus hijos á la escuela oficial que no es católica.

Aquí tengo las estadísticas de ambas escuelas y en ellas se verá la grande diferencia que hay entre el número de alumnos que concurren á la escuela oficial y el de los que concurren á la escuela católica.

El mismo Sr. Gómez que tenía temor de la escuela oficial ha sido profesor de una de estas escuelas; el mismo que en nombre de los padres católicos quería que no mandaran á sus hijos á ellas, ha mandado á sus propios hijos á la escuela número 2.

(Aplausos)

En consecuencia, se ve de hecho que el

Sr. Gómez ha conculcado las mismas palabras que decía allá, y como creo que realmente no iban dirigidas á la escuela oficial, ni á los profesores oficiales, por eso hago la rectificación.

Pero no basta poner de relieve que no tenía razón, es necesario decir que los que piensan como él, aunque sean en menor número, tampoco tienen razón.

Se ha creído un ataque del gobierno á la moral cuando se ha suprimido el catecismo del padre Ripalda que es la única distinción entre la escuela católica y la oficial á este respecto. Pues bien, es pueril suponer que los niños que aprenden este catecismo van á ser morales. La moral no es más que el conjunto de preceptos que norman nuestra conducta dirigiéndola hacia el bien de uno y de los demás. No cabe duda que los medios á que están sujetos los alumnos en la escuela oficial, son los más adecuados para despertar el sentimiento y para formar el carácter, y es indudable también que si en alguna parte encontramos los medios adecuados para moralizar, sería por lo mismo, en la escuela oficial.

En consecuencia, ya se ve, repito, que no es un ataque para el Gobierno, debido á los principios que nos rigen, el que haya quitado la enseñanza de una religión; pues no porque haya quitado el pequeño texto á que me refiero, ha quitado los medios adecuados para moralizar.

Una vez hecha esta rectificación, que vuelvo á repetir, creo no fué intencional por parte del Sr. Gómez, me parece conveniente, de una vez para todos, fijar la posición de la escuela oficial; sobre todo, desde el momento en que en este Congreso se profieren tales palabras por uno de sus representantes.

Paso ahora, porque me veo obligado á ello, á fundar mi voto. La cuestión es por demás importante; no creo como el Sr. Cisneros Cámara que el que vota en contra de la Comisión se va á cubrir de ri-



dículo. Tampoco creo como el Sr. Lombardo que el que vote en pro se va á cubrir de ridículo.

(Risas.)

Resulta de esto que el que vote, de una manera ó de otra, sin que haya medio, todos se cubrirán de ridículo.

La Comisión, al contestar la pregunta que hace el cuestionario, no contesta sino el segundo término de ella. La pregunta está concebida en estos términos: ¿Conforme al artículo 3º. de la Constitución, puede exigirse título á los profesores de instrucción primaria? Y la Comisión dice primero, que la ciencia y los intereses sociales exigen este título, y después dice que conforme á este artículo es necesario.

No voy á repetir aquí las argumentaciones principales del Sr. Pineda en que indicaba que había dos circunstancias que debíamos tener en cuenta para juzgar el artículo 3º. Constitucional, y son las de que ni el criterio que presidió á los constituyentes para formularlo, ni el problema, en la forma en que nosotros lo concebimos, lo concibieron ellos, y en consecuencia bien podemos llegar á una solución distinta de como ellos la formularon, en tanto que no estamos colocados en el mismo punto de vista.

El Sr. Sierra dijo aquí, dudando y suponiendo sutil la distinción, que es un hecho enteramente real, que probablemente los constituyentes tuvieron presente que en las profesiones de médico, abogado, ingeniero, etc., puede muy bien practicarse la profesión y no enseñarla, ó bien al contrario enseñar la profesión y no practicarla, ejecutar las dos cosas á la vez; mientras que en la profesión del maestro, como están ambas unidas y no pueden separarse, cuando se ejerce la profesión entonces se enseña y cuando se enseña se ejerce la profesión.

En consecuencia, hay ambigüedad en los términos del artículo y no pueden entrar

todas las profesiones en el mismo cartabón; en consecuencia, había duda y por esto, para mí, el argumento que vino á resolverme completamente, fué el del Sr. Sierra: que dice que cuando hay duda en una interpretación, es mejor inclinarse del lado de la libertad, y por eso me inclino de este lado.

Yo creo que conforme á las necesidades sociales no debe exigirse título; por eso quería manifestar mi voto sin tomar la palabra ni en pro ni en contra, por hallarme de acuerdo en parte con la Comisión.

Cuando nosotros queremos que todo el mundo, en todas las circunstancias y por todos los medios posibles tenga la manera de instruirse, queremos decir que haya libertad completa de instruirse con el profesor que quiera. ¿Con qué objeto? con el de que adquiriera conocimientos.

Yo pregunto, ¿qué objeto tienen la ciencia y los conocimientos? Aplicarlos. En consecuencia, de nada serviría la ciencia si ella no nos diera la aptitud para que nuestros actos fueran mejores y por esto nos tomamos el trabajo de aprender.

Si se nos propone no limitar la libertad para enseñar y aprender, entonces tenemos que ser forzosamente consecuentes con nosotros mismos y declarar la libertad del ejercicio sin limitación alguna.

En consecuencia, yo creo que si debemos admitir sin restricción de ninguna especie, la libertad de enseñanza, es inconcuso que debemos admitir la libertad del ejercicio, sin título.

Esto es, en rigurosa lógica lo que se desprende del inciso primero del artículo 3º.

Ciertamente que el artículo constitucional encierra un problema difícil que como todos los problemas difíciles, no tienen una solución completa.

En consecuencia, queda esta duda. En abstracto parece lo que la Comisión dice enteramente inconcuso: que es mejor el



profesor que tenga título que aquel que no lo tenga, es notorio, pero se trata de un hecho social. ¿Sería más conveniente que un grupo social, que toda la sociedad, que todo el mundo tenga la posibilidad de ejercer, ó sería mejor limitar esa libertad, porque algunos van á salir perjudicados?

Yo, señores, por las razones que antes he dicho votaré en pro de la libertad completa.

En consecuencia, como no me trae otro asunto á la tribuna, votaré en contra del título, y en favor de la libertad que juzgo no sólo como madre cariñosa, sino como protectora omnipotente.

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Carrillo, en contra.

EL C. CARRILLO.—Señores Representantes:

Vengo con un temor indecible verdaderamente, casi con espanto, á tomar parte en este debate en que se han escuchado voces tan elocuentes, y puede decirse, que sólo cedo al compromiso adquirido en un momento de irreflexión, y á ese grande entusiasmo que en mí produce todo lo que atañe y se relaciona con la educación.

He leído con mucha atención tanto el dictamen de la Comisión, como el voto particular presentado por el Sr. Pineda.

Refiriéndome al primero, es decir, al dictamen de la Comisión, me parece que no se han deslindado suficientemente,—y esto es lo que ha dado origen á la gran confusión del debate;—las dos grandes cuestiones, que exigen ser presentadas por separado, porque probablemente admiten solución distinta.

Estas dos cuestiones son: 1ª ¿Debe exigirse título á los maestros de las escuelas privadas? 2ª. Debe exigirse título á los maestros de las escuelas oficiales?

Voy á tratar separadamente estos puntos, pero antes quiero abordar la cuestión constitucional. Esta cuestión, seguramente; no tiene una gran importancia, como dijo el Sr. Bulnes desde esta tribuna; no tiene más que una importancia secundaria; sin embargo, voy á decir lo que sobre ella me parece.

El artículo de la Constitución dice: La enseñanza es libre, la ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio y con qué requisitos deben expedirse.» La enseñanza es libre, pero ¿cuál enseñanza? ¿La enseñanza elemental, la preparatoria ó la profesional? ¿son libres todas las enseñanzas de esta clase?

Me parece que puedo demostrar que los constituyentes se han referido exclusivamente como decía el Sr. Pineda, á la enseñanza preparatoria y profesional á la que denominaba con un nombre exacto, *la enseñanza científica*. En primer lugar deduzco esto de la estructura misma del artículo. Han dicho algunos de los señores que han hablado aquí, que uno de los intérpretes de la Constitución, el Sr. Rodríguez, no encontraba redacción alguna entre la primera y la segunda parte del artículo, y que llegó hasta suponer que por un error del copista se había colocado esta segunda parte en un lugar distinto de aquel en que debía encontrarse.

La enseñanza elemental es libre, y en este sentido, yo digo que ninguna relación tiene con la segunda parte del artículo, que dice: «la ley determinará qué profesiones requieren título para su ejercicio.» Pero si se interpreta en el sentido que yo digo, de que la enseñanza profesional sea libre, entonces cabe perfectamente la segunda parte de que para garantizar los intereses de la sociedad haya una limitación diciendo: «la ley determinará cuáles son las profesiones que requieren título.»

Y no me apoyo en esto para defender la interpretación que quiero sostener; las

interpretaciones deben partir de antecedentes históricos, y estos son los que pasan á considerar un instante.

Cuando la Constitución se expidió, la enseñanza elemental era absolutamente libre, y era libre porque la daba la persona que quería, sin exigencia de título ninguno; era libre porque no había limitación alguna que fijara tiempo para la enseñanza. Por el contrario, la enseñanza científica de las carreras, los estudios preparatorios no era libre, era dada exclusivamente por los miembros designados por el Gobierno para darla; tenía fijado un número determinado de años, y nadie podía adquirir esta enseñanza fuera de la esfera indicada por el Gobierno.

No sólo los antecedentes históricos me parece que dan vigor á esta interpretación; pues analizando las discusiones habidas en el Congreso, se tendrán que aceptar las mismas consecuencias.

No me sería posible aquí venir á repetir la lectura de Zarco en la parte respectiva; quienes la hayan examinado algo detenidamente, habrán adquirido la convicción del Sr. Pineda. En ellas se habla de la libertad científica, y no se toca ni por un momento la enseñanza elemental.

Cuatro son las ventajas señaladas por los constituyentes respecto de la libertad de enseñanza: la primera de ellas consiste en que había libertad para aprender las materias en un número menos de años que los señalados, porque la ley no prescribía un ciclo para que se cumpliera.

Otra de las ventajas señaladas, es la de que los padres de familia podrían hacer que sus hijos se educaran sin tener necesidad de erogar cuantiosos gastos; lo cual evidentemente es aplicable á la enseñanza profesional, y de ninguna manera á la enseñanza elemental; porque ésta se daba en todas las poblaciones del país.

La tercera ventaja era la de que los jóvenes podían adquirir la enseñanza en planteles distintos, fundados por el Go-

bierno aun en la misma capital, y repito, esta ventaja no puede aplicarse de ninguna manera á la enseñanza elemental; pero tratándose de la instrucción preparatoria y profesional, los padres se veían obligados á enviar á sus hijos á los planteles oficiales del Gobierno.

No sólo las discusiones habidas en el Congreso, sino también los hechos que siguieron, me parece que demuestran y dan pleno vigor á esta interpretación, cuando aun estaban vivos todos los miembros del Congreso, cuando está viva la idea que los animaba, cuando todos podían conocerlo ó interpretarla; no vemos que el Gobierno ponga la mano en la enseñanza elemental, no vemos que trate absolutamente cuestiones que á ella se refieren, y en 1853, cuando el Gobierno expidió un manifiesto nos dice estas palabras: «Próximamente se formará un plan de estudios, relativo á la enseñanza secundaria y profesional.» Son sus palabras. Vemos, pues, que también, los actos posteriores á la aprobación, demuestran plenamente que el artículo se refería de una manera exclusiva, lo repito, á la enseñanza de las profesiones.

Recapitularé sumariamente las razones dadas. En primer lugar, deduzco que se ocupa la Constitución, de la enseñanza profesional, por la estructura misma del artículo; en segundo lugar, por los antecedentes históricos; en tercer lugar, por las discusiones habidas en el Congreso, y finalmente, de las consecuencias que de ella se derivaron y que fueron aceptadas por todos los que tomaron parte en la formación del proyecto de la Constitución.

Después de haber tocado la cuestión constitucional, paso á considerar separadamente las dos cuestiones que he enunciado, desde que pisé la tribuna.

Me parece que la Comisión debía deslindarlas suficientemente; debió proponer primero ésta: ¿debe exigirse título á los maestros de las escuelas particulares?

Yo me coloco resueltamente del lado



de aquellos que han defendido en esta tribuna la grande y hermosa causa de la libertad. Es imposible, enteramente imposible exigir título a semejantes maestros, y es imposible, porque esto envolvería una tiranía, y porque los intereses de la ciencia saldrían perjudicados.

Cuando un padre de familia quiere mandar á su hijo á un colegio particular, no creo que tenga nadie el derecho de interponerse entre la voluntad del padre y la educación de su hijo que le pertenece.

Hubo un tiempo en que el Gobierno, el Estado, tenía el poder de intervenir en todo, hasta en los contratos más pequeños; un tiempo fué en que si yo quería mandarme hacer unos zapatos, era preciso que acudiera al zapatero que se había educado conforme á la ley de los gremios. Ese tiempo pasó, y es el que quiere resucitarse ahora cabalmente con eso que yo quiero llamar gremios literarios ó científicos.—Ya he dicho que no es solamente un ataque á la libertad, y por lo tanto una tiranía, sino que indudablemente en este caso la enseñanza saldría perjudicada como sucede siempre con todo monopolio; cuyos grandes defectos son: obtener en primer lugar los efectos más caros, y en segundo, peores de lo que los obtendríamos bajo el régimen de libertad.

Es indudable que un individuo puede aprender en otra parte que no sea la escuela normal, es indudable que puede aprender menos materias de las que ahí se enseñan, y que yo, como padre de familia puedo considerar innecesaria la historia de la pedagogía, que no es necesario que se aprenda francés, inglés, alemán, música y no sé cuántas otras materias; y si yo me dirijo á un profesor que ignore estas materias, indudablemente podré formar un contrato más ventajoso; porque es incuestionable que este profesor que no ha invertido en el estudio tantos años, tantos libros, podía ofrecerme sus servicios con mucha más baratura que otro

que me los ofrece en otras condiciones menos ventajosas. Pero no solamente son más caros, sino también peores, en general, los efectos que se obtienen de este modo. Si el Gobierno pudiera privilegiar una máquina para hacer zapatos y oprimiera la iniciativa individual de manera que los zapatos no se hicieran sino en una sola máquina, indudablemente que tendríamos los zapatos peores que se podrían hacer en el mundo.

La enseñanza, los colegios, todas las instituciones no vienen á ser mas que máquinas con que se elaboran tales ó cuales profesores: pues bien, si la escuela oficial no tiene competencia con las particulares que tienden al mismo fin por distintos medios, que traten de economizar las fuerzas indudablemente queda destruida; la escuela oficial no tiene con quien rivalizar y poco á poco va cayendo en la muerte. En nombre, pues, del triple interés de la ciencia, de la libertad, de la baratura y economía para nosotros, creo que no puede, que no debe exigirse de ninguna manera título á los profesores particulares.

¿Pero debe exigirse á lo menos para los maestros que se ponen al frente de las escuelas oficiales? Pienso que no, creo que en nuestro estado social, esto no es posible, y que la razón que el Sr. Lombardo nos alegaba desde esta tribuna, es una razón muy fuerte que puede oponerse á los que quieren semejante cosa.

Yo, como diría el Sr. Bulnes, subordinó enteramente y creo que todo hombre racional debe subordinar la cuestión de conveniencia á la cuestión de posibilidad.

En el estado en que se encuentra nuestro país, es enteramente imposible encontrarse profesores titulados que vayan á las escuelas de todos los Estados. El Sr. Lombardo nos citaba á los profesores de á tres pesos. No encuentro que tengan nada de ridículo dichos profesores, y para sustituirlos con otros, para despedirlos de las escuelas, no tenemos, desde luego, el



personal suficiente, que vaya no solamente á Guerrero, sino á Veracruz, Michoacán, Puebla, á todos los Estados de la Federación; porque en todos ellos se verifica exactamente el fenómeno citado por el Sr. Lombardo.

Si se exige título, pasaría lo que en el Estado de Veracruz, en que se exige por una ley que se archiva en las oficinas y nada más. Yo vengo de ese Estado, y en muchas escuelas, en muchos pueblos, en donde los profesores ganan siete, ocho, diez, quince pesos mensuales, no pueden obtenerse, ni nunca se obtendrán, maestros que salgan de la Escuela Normal. Pero aun cuando tuviéramos un personal suficiente, aun cuando tuviéramos un millón de maestros, aun cuando por el poder de nuestra palabra pudiéramos hacer brotar una legión del seno de la tierra, es imposible hallar maestros que sepan álgebra, geometría, trigonometría, francés, dibujo y qué sé yo cuántas materias más; y que vayan á contentarse con el miserable sueldo de unos tres pesos.

(Aplausos.)

Lo único practicable es que en el concurso de varios individuos se dé la preferencia al profesor que tenga título.

Esto es lo que ha propuesto, con ciertas modificaciones, en un artículo notable verdaderamente por la solidez de sus argumentos, uno de los que han tratado más completa, más cabal, y más concluyente la cuestión en el siglo XIX.

Quiero, antes de bajar de la tribuna, examinar el valor de los títulos y probar, ó al menos intentar probar, que los títulos son pruebas suficientes de aptitud de aquellos que los poseen.

Se ha dicho, para negar el valor de los títulos, que ellos no pueden probar la moralidad del individuo. Esto depende, señores, de la manera como se otorguen dichos títulos. Cuando se otorgan como en Alemania, como en Francia y en otros

países europeos, después de llevar un certificado de moralidad; en ese caso, un título, digo y afirmo, que sí puede probar la moralidad. Se ha dicho también que el título no puede probar la aptitud en el individuo para el ejercicio de su profesión.

Esto también depende de las condiciones y requisitos con que se exija el título.

En todos los lugares de Alemania, no puede obtener el título de maestro, sino aquel individuo que haya cursado dos ó tres años en la escuela superior. Las leyes de Prusia exigen que el candidato que sale de la Escuela Normal y que ha concluido sus cursos, sea enviado á una escuela pública y en esta tiene que ejercitarse durante tres, cuatro ó cinco años, lo visita constantemente un inspector, y si éste encuentra que tiene todas las condiciones necesarias, que tiene la paciencia y dulzura para tratar á los niños, la fuerza para mantener la disciplina, si tiene la puntualidad para asistir á la escuela á las horas que debe, si tiene ese amor á los niños—condición esencial del educador;—entonces, y sólo entonces es cuando se expide el título, y estos títulos sí pueden acreditar las aptitudes pedagógicas.

Se ha dicho también en el periódico que vengo combatiendo que los títulos no pueden acreditar sino el saber de hace diez ó veinte años en que se recibieron.

Esto también, señores, depende de las condiciones con que debe expedirse. Es evidente que un abogado,—pongo por ejemplo, pero la ley es general para todas las profesiones,—que un abogado que recibió su título hace veinte ó treinta años, que no lo ha revalidado, tiene un título que nada significa; porque hace treinta ó cuarenta años ser abogado, significaba haber estudiado derecho canónico, derecho natural, y cuando más, derecho civil; mientras que hoy ser abogado, significa una cosa distinta, quiere decir, que se tienen conocimientos en derecho administra-

tivo, derecho constitucional, derecho civil y público, y en fin, una multitud de derechos, cuya lista no es preciso hacer. Pero cuando estos títulos se renuevan cada cinco, seis u ocho años cuando más, como se hace en otras partes, entonces sí pueden probar la aptitud y competencia del individuo.

En suma, creo que voy muy lejos en el examen de estas consideraciones, si hay alguna en determinados individuos que nos puedan probar que puede desempeñar con más ventaja, con más aptitud que otro, la enseñanza; si existen estas eualidades, sea en uno sólo ó en tres, ó en cinco, entonces que se expida el título al que reuna esas cualidades, y éste acreditará todas las aptitudes que se desean.

Al lado del título, se han querido proponer otros medios que debo rechazar porque nada significan. Se ha dicho que un autor de buenos escritos pedagógicos puede demostrar, por medio de ellos, su aptitud para la enseñanza. Debo negar rotundamente esta proposición; porque es necesario hacer una distinción entre los teóricos y los prácticos. Un hombre puede escribir un buen tratado sobre natación, y sin embargo, échase á un río y ahógase; un hombre puede escribir bien sobre equitación, y sin embargo, mótase en un caballo y es derribado por dicho animal. Esto es evidente. Además, los escritos pedagógicos, ni prueban la moralidad del individuo, ni la paciencia ni el amor á los niños, ni ninguna de las calidades que se requieren en la enseñanza.

Para concluir y no fatigar por más tiempo la atención ya cansada de la Asamblea, no prosigo en la enumeración de los otros medios propuestos para verificar las aptitudes del educador.

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Señores:

Nunca había llegado á esta tribuna con más pena ni oprimido por circunstancias más difíciles.

Para desgracia de la comisión, personas verdaderamente elocuentes, hombres que en la tribuna revelan las más brillantes facultades, han tomado la palabra en contra de nuestras proposiciones y han venido á llenar de miedo á los que débiles, como yo, tienen que venir á defender, siquiera sea para cumplir con un deber de conciencia, puntos que no han podido ser borrados de nuestras convicciones y que se arraigan profundamente en el alma.

¿Qué fuerza es esa que nos trae á este lugar á pesar de ver en frente de nosotros esos talentos, esa palabra fácil, ese dominio con que se avasalla la tribuna, y con que se apoderan los genios de las multitudes y de las voluntades; qué es lo que mantiene á los débiles, á pesar de todo esto, en el terreno de la lucha?

Señores: es un misterio, es que quizá los principios, la verdad, el progreso, animan y vivifican el organismo aun de los que de pronto quizá, se encuentran en un error, de los que, parece que representan el lado vulnerable de la cuestión, y que sin embargo, sostienen principios que más tarde, en la evolución social, vendrían tal vez á presentarse como una razón ante el mundo entero.

Confieso, que con justicia el Sr. Flores nos había dicho que parecerían raras sus teorías; ha justificado plenamente el orador esa observación que hizo ante su auditorio. Creí, cuando comenzó su discurso, y debemos haber creído muchos de los delegados, que iba á formular un voto en contra de la civilización, que iba á declarar que la ciencia, el progreso, la civilización de los pueblos, eran una cosa incompatible con nuestra felicidad, y en un momento pensé, que iban á darnos una solución verdaderamente terrible. Sorprendido volví de mi terror al saber que



el Sr. Flores lo único que pedía y abonaba con una elocuencia tan vigorosa, era la difusión de la enseñanza. Y á la verdad que yo admiro esa parte de su discurso, porque son notables esas citas históricas, ese calor con que defiende los intereses de la generación oprimida, ese acento conmovedor para hablarnos del indio, de ese infeliz á quien hemos tenido siempre en el último peldaño de la escala social, y al que hemos llamado solamente para que dé su sangre en nuestras revueltas, y con su sudor y sus sacrificios nos lleva al progreso; la verdad que tal voto en favor de esa raza infeliz, es uno de los más grandes que se hayan hecho con tanta sinceridad y tanta grandeza por parte del Sr. Flores, y yo me adhiero á él, de todo corazón. Sólo en una cosa estamos enteramente en desacuerdo: mientras que su señoría piensa que debe darse en la escuela la enseñanza en dosis homeopáticas, yo creo que debe ser al contrario, pues si el indio está todavía en esa situación desdichada, si es difícil que llegue á ocupar los primeros puestos, que si tiene muchos obstáculos para poder presentarse de una manera ventajosa, es debido á la escuela que le hemos dado; pues careciendo ésta de todos los recursos, de todos los elementos posibles, ha venido á ser enteramente nula, ha sido para él una verdadera burla, una burla sangrienta.

Sostendré todavía la cuestión de títulos, precisamente con las mismas opiniones, el mismo cariño en favor de esa raza, con las mismas miras que animan al Sr. Flores.

Yo sé que los niños que están en las cabeceras de los Estados y Municipalidades, suelen venir á nuestra escuela preparatoria, que reciben diplomas por sus cursos y algunos de ellos han podido hacer una carrera científica; pero esos son los que han ascendido en el camino de la civilización y de la cultura. ¿Por qué, señores? Porque la escuela de las cabe-

ceras, la escuela principal del lugar es la que tiene mejores elementos, tiene al profesor titulado al frente, en tanto que la escuela de los lugares apartados, las escuelas de las rancherías, las escuelas de los jacales, de que nos hablaba el Sr. Flores, esas no tienen nada, porque se les ha negado todo. Se pide profesor titulado para la cabecera, y allí sí hay elementos; pero en la escuela del jacal donde el desdichado niño se ahoga con el humo, donde no se come carne en muchos días, allí no se puede alcanzar nada.

El Sr. Flores se hace una ilusión grande, cuando cree que multiplicando las escuelas, que creando con un peso muchos establecimientos, satisface esta hambre, esta sed, esta necesidad de progreso y de civilización que México siente ya, y que de ninguna manera podrá estar en concordancia con esa escuela miserable, resultado ineludible de dividir inconsideradamente las cantidades que á la educación se destinan.

Nosotros sabemos muy bien, por una experiencia dolorosa que siguiendo ese camino, mientras más se han multiplicado los elementos de enseñanza, más se ha debilitado la acción instructiva, y las labores de la escuela, y se han llegado á obtener establecimientos enteramente nulos.

El Sr. Flores sabe muy bien que por pagar dos casas para escuelas, se pagan dos viviendas miserables, y yo podré citar y lo diré de una vez en favor de esos profesores, que sufren una lucha terrible. Diré que he visto escuelas, en casas de vecindad, en patios interiores, en piezas miserables, sin ventilación ninguna, junto á los lugares comunes, con un hedor insoportable. Si preguntan vds. dónde quedan esas escuelas, yo daré las señas; hay una, por ejemplo, en la calle de San Camilo, y podré decir á vdes. dónde hay muchas más de este género, que por multiplicarlas y abastecer á todo el mundo se



han debilitado de una manera tal, que llegan á ser verdaderamente un insulto á la civilización, una burla, un escarnio hecho al pueblo que, sediento de enseñanza y lleno de ambición y nobles instintos, se acerca adonde le llamamos para darle un pan, y le damos una piedra.

Señores: es necesario decirlo de una vez; por bien intencionadas que sean las ideas del Sr. Flores, sus ideas son enteramente diversas del punto de mira en que se ha colocado la Comisión.

Para contestar al Sr. Bulnes que nos argumentaba con la cuestión económica, que nos abrumaba con las cifras enormes que decía ser preciso gastar para atender á todas las necesidades escolares; le manifestaremos que en realidad no es cuestión de gastar más dinero, no se trata tanto de añadir cifras á las que ya se tienen; se trata de hacer precisamente lo contrario de lo que nos aconsejaba el Sr. Flores, se trata de dar una buena inversión á este dinero, eligiendo y perfeccionando los elementos de la instrucción.—Nos decía el Sr. Bulnes que si acaso iríamos á Europa á pedir limosna.—Señores: nosotros ya hemos ido á Europa, no á pedir limosna, pero sí ha pedido prestado, como hacen todos los pobres, y hemos pedido para ferrocarriles, para obras materiales, para muchas cosas que en verdad engrandecen el país y que han hecho su progreso, pero ¿cuándo nunca se nos ha ocurrido pedir préstamos para las escuelas?

(Applausos.)

Se nos dice que establecemos una tiranía con los profesores titulados. Pero se ha olvidado esto, señores, que por decir profesor titulado se cree que decimos profesores oficiales, y se nos abruma con este argumento: que en nombre de la civilización y del progreso, el Gobierno quiere imponer su ley, su férula sobre la sociedad entera.

No, señores, desir *profesor titulado* no quiere decir que sea *profesor oficial*, que sea un agente del Gobierno, ni que aparezca como una persona que influenciada por él vaya á oprimir al pueblo y á detener la marcha y los adelantos de la civilización.

Otro argumento terrible que es el último que me atrevo á contestar, es el de que no habrá el número suficiente de profesores, y que por lo mismo se cerrarán las escuelas.

Es verdad; quizá haya falta de profesores, quizá no se pueda llevar á cabo la ley, y yo veo con asombro lo que nos acaba de decir el Sr. Carrillo, que la ley en Veracruz se ha quedado archivada, parece increíble, siendo como es realmente el Estado de Veracruz, uno de los que más grandes pasos ha dado en materia escolar. Pero no será cierto que la ley vendría á encontrar los medios á propósito para satisfacer el espíritu filosófico que la anima, no podría distribuir de tal manera los títulos, no podría graduarlos, de tal modo, que un solo certificado de aptitud pudiera bastar para obtener la confianza del Gobierno y de la sociedad, y esos certificados de aptitud no los obtendrían desde luego los profesores que sirven actualmente á las escuelas?

Sí, señores, estos profesores en las circunstancias más penosas han podido llevar su misión de una manera satisfactoria, ellos han venido á pie y con los pies desnudos; ellos han atravesado por un camino verdaderamente doloroso, ellos han sentido todos los martirios y todas las desventajas; se le ha exigido mucho como si perteneciera á una época de civilización avanzadísima, y se le recompensa de una manera inconveniente, se les ha tratado con desprecio, con desdén, y yo los venero y saludo desde este lugar, yo no le llamo profesor siniestro, como se les ha dicho aquí, yo creo que han sido los már-

tires que han llevado á cabo todas las obras grandes de nuestro progreso.

El dictamen va á votarse, la discusión está agotada, nada queda por decir después de lo que se ha expresado en esta tribuna.

Cualquiera que sea el resultado de la votación, más tarde se comprenderán las razones que habíamos tenido; ó cuando menos, el sentimiento y las convicciones con que venimos á defender el dictamen. (Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Como se ha prolongado demasiado este debate y hay varios oradores todavía apuntados en el registro, y como el Congreso tiene que emprender trabajos áridos muy urgentes; la Mesa ha dispuesto se pregunte á los señores Representantes, si consideran que está suficientemente discutida la cuestión.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—¿Está suficientemente discutida?

Sí lo está.

En votación nominal se pregunta si se aprueba en lo general.

Recogida la votación resultaron once votos por la afirmativa contra quince por la negativa.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Quede desechado el dictamen de la Comisión, y se pone á discusión el voto particular del Sr. Pineda.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cisneros Cámara.

EL C. CISNEROS CÁMARA.—Parecerá extraño que perteneciendo á la mayoría de la Comisión cuyo dictamen acaba de ser rechazado, tome la palabra en pro del voto particular del individuo disidente; pero ya manifesté en esta tribuna que ante todo quiero que se salve el principio general, declarando que la ciencia y los intereses sociales exigen que los profesores de instrucción primaria sean titulados.

Para mí la cuestión constitucional es secundaria; y ella precisamente originó disidencias en el seno de la Comisión á que pertenezco, más disidencias todavía que en el de la Comisión de Títulos del primer Congreso. Entonces yo fuí el miembro disidente. Mis honorables compañeros Cosmes y Pineda pensaban como yo, que debía exigirse título al profesorado; pero creían que para ello había necesidad de reformar el artículo 3º. de la Constitución, cosa que nunca he juzgado indispensable. A pesar de esta desconformidad no tuve inconveniente en subscribir el dictamen, porque, lo repito, siempre he anhelado que se salve el principio, que se salve la cuestión técnica. Por tal razón, en aquel dictamen presentado al primer Congreso, hice la salvedad correspondiente y aun añadí que no tendría embarazo en solicitar la reforma constitucional mencionada.

Así, pues, me atrevo á suplicar á mis HH. compañeros de Comisión y á todos los señores Delegados que nos han honrado con su asentimiento que, al resolver sobre el voto particular del Sr. Pineda, se sirvan aprobar la primera conclusión, según la cual es preciso exigir título á los profesores de instrucción primaria.—Respecto de la segunda, considero que no podemos aprobarla.—En cuanto á la tercera, ruego á la Asamblea que la apruebe, porque así triunfa la idea capital.

He pedido la palabra únicamente para explicar mi voto y para suplicar, como queda hecho, á mis HH. colegas, que voten en el sentido que me he permitido indicar.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pineda.

EL C. PINEDA.—Señores Representantes:

El resultado de la votación que acaba de recoger la Secretaría, ha sido retirar del debate el dictamen de la Comisión, pre-



sentando mi voto particular, y como con este motivo yo hago ahora veces de Comisión, tengo que hacer una aclaración y tengo que someterme al cauce y al sentido que ha llevado el largo debate que acabamos de definir.

Yo creo que no está lejana la oportunidad de que me permita ocupar otra vez vuestra atención para acabar de exponer cuáles son las teorías que profeso respecto de la acción que tiene el Estado en la instrucción popular y en la científica, y cualesquiera que sean estas ideas mías y por profundas que sean mis convicciones, repito que mi deber aquí, es someterme á la mayoría del Congreso bajo todos conceptos, y crea este respetable cuerpo que lo hago sin violencia de ninguna clase.

Debo decir ahora que entiendo que retirado el dictamen de la Comisión, y reemplazado con mi voto particular, entiendo que debo sostener los de las proposiciones resolutivas.

La 1.<sup>a</sup> dice: «La ciencia y los intereses sociales reclaman urgentemente que se exija título al profesorado de instrucción primaria, fijándose por la ley los casos de excepción forzosa.»

Dice la 2.<sup>a</sup>: «El artículo 3.<sup>o</sup> de la Constitución federal no permite exigir aquel título.» Este es el único punto en que yo disiento de la Comisión.

El voto comprende una tercera proposición que dice: «Es indispensable reformar el artículo 3.<sup>o</sup> constitucional en el sentido de que debe exigirse el título mencionado.»

Esta proposición es la que retiro; porque veo claramente que la mayoría del Congreso entiende que no es indispensable reformar el artículo 3.<sup>o</sup> de la Constitución; y aun cuando pudiera yo tener algunas razones para fundar mi tercera proposición, abriríamos un debate; encenderíamos una nueva discusión, que sin duda sería ilustrada con la palabra de los

notables oradores de este Congreso, pero que nos harán perder mucho tiempo y avanzar poco, cuando el señor Presidente nos ha declarado que hay todavía varios trabajos urgentes á los que debemos dedicar nuestra atención.

Además de estas consideraciones, tengo muy en cuenta la idea capital que como transacción proponían el Sr. Sierra y y otro compañero, y es ésta: que cualquiera que fuese nuestra opinión sobre este punto de reformar ó no la Constitución y por mucho que se haya ilustrado esta tribuna con los discursos que se han dicho, la verdad es, que este Congreso es simplemente un Congreso de instrucción, no es una Asamblea de jurisconsultos ó publicistas que pueda fijar la interpretación de éste ó el otro artículo constitucional, y estas ideas germinan y se propagan en el público que ha asistido con alguna atención á los debates de este Congreso. Su lugar entonces está en la Representación Nacional en donde seguramente se llevará al debate y en donde podrá tener una fórmula definitiva y legal.

Tengo que hacer otra advertencia. La primera proposición de la comisión dictaminadora decía literalmente: «La ciencia y los intereses sociales reclaman de consuno que se exija título al profesorado de instrucción primaria, fijándose por la ley los casos de excepción forzosa.» Yo reformo esta proposición en este sentido, omitiendo citar dos palabras: «*de consuno.*»

El sentido de esta proposición es éste: es claro que la pedagogía enseña que debe educarse al niño por una mano hábil, y es claro que la sociedad está interesada en que las generaciones se preparen en el menor tiempo posible y de la mejor manera, para cumplir los deberes sociales y políticos. De manera que el segundo inciso quiere decir que supuesto que en la época transitoria porque atravesamos, ni sería fácil plantear esto desde lue-



go, ni podríamos encontrar maestros titulados suficientes: entonces ese inciso permite que donde no pueda haber maestros titulados se acepten á los que no lo son. Con esta explicación, me permito someter al Congreso, para su deliberación, las dos proposiciones siguientes:

1.<sup>a</sup> La ciencia y los intereses sociales reclaman que se exija título al profesorado de instrucción primaria, fijándose por la ley los casos de excepción forzosa.

2.<sup>a</sup> El art. 3.<sup>o</sup> de la Constitución federal no permite exigir aquel título.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Lombardo.

EL C. LOMBARDO.—Creo que habiendo sido ya reprobada por el Congreso la primera proposición: «La ciencia y los intereses sociales reclaman de consuno que se exija título al profesorado de instrucción primaria, etc . . . » no puede volverse á poner al debate; porque esto, lo repito, está reprobado por la mayoría.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—Le advertiré al Sr. Lombardo que la proposición sólo se ha votado en lo general.

Se va á recoger la votación en lo general, de las proposiciones que contiene el voto particular del Sr. Pineda.

Recogida la votación, resultaron aprobadas por catorce contra doce votos.

Se puso á discusión la primera proposición en lo particular.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—Es inútil venir á este lugar á repetir los argumentos que ya se han hecho valer; simplemente voy hacer valer esta circunstancia: precisamente en nombre de la libertad que pedimos los que hablamos en contra de la exigencia de los títulos; en nombre de esta misma libertad, entendiéndola que la Constitución autoriza, que el Estado sea docente, que él sea el que establezca sus escuelas y el que pueda exigir título, yo votaré en contra de esta exigencia para

todos los maestros; pero bien entendido que el Estado tiene perfecto derecho para exigir ese título dentro de sus escuelas.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pineda.

EL C. PINEDA.—Señores:

La primera parte del dictámen de la Comisión, como dije el otro día, hábilmente escrita por el Sr. Cisneros Cámara, funda abundantemente las razones de esta proposición. No vengo yo á defenderla ahora; vengo á sostener la lógica de mis ideas, por no aparecer inconsecuente. Soy partidario de la más amplia libertad, pero soy partidario de la más amplia libertad dentro del medio político en que cada pueblo se mueve, porque esta es la única fórmula posible para conciliar los intereses todos y el desenvolvimiento cabal del hombre.

Esta primera cuestión, es esencialmente técnica y esencialmente pedagógica, y á ninguno de vosotros puede ocultarse que no es aducible que sea profesor de instrucción primaria, un hombre inhábil. Esto se cae por su propio peso; es una verdad de sentido común.

Si esto es así, si la sociedad gana, como decía yo, con que las generaciones se preparen convenientemente y en el menor tiempo posible para las finalidades de la vida, entonces es claro que debemos confesar como cuerpo docente, que se hace necesaria la exigencia del título para conseguir esos fines.

La segunda proposición es una cosa esencialmente legal y constitucional; y por esa razón no hay ninguna inconsecuencia en lo que he venido á proclamar aquí, que la interpretación del artículo 3.<sup>o</sup> de la Constitución en el sentido de la más amplia libertad, liga sin embargo, á la primera proposición que es de razón, de ciencia social y de conveniencia que se exija título al profesorado de instrucción primaria.

Si votamos nosotros el pensamiento encerrado en esta proposición, no habremos sino expresar un ideal que quizá el porvenir se encargue de formular de una manera mejor, y de realizarlo. Ya sabemos que en las condiciones actuales, ni tenemos profesores titulados suficientes que den la instrucción primaria, ni tenemos dinero bastante para pagar esos maestros; pero habremos conquistado el principio siguiendo la evolución natural de todas las ideas, vendrá en algún día á traducirse en la práctica para bien de las generaciones futuras, si no de la presente.

Declarada suficientemente discutida la proposición y recogida la votación, resultó reprobada por catorce contra doce.

Puesta á discusión la proposición segunda, sin ella resultó reprobada por doce votos contra nueve.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz, Secretario.*

## SESION

**Del día 27 de Enero de 1891.**

### PRESIDENCIA

DEL C. DR. MANUEL FLORES.

Asistencia de los Señores representantes Aguilar, Baz, Cervantes E., Cervantes I., Cisneros, Correa, Diez Gutiérrez, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Oscoy, Parra, Pérez Verdía, Mateos, Reyes Spíndola, Carrillo, Rodríguez y Cos Miguel, Ruiz, Schultz y Sierra; y Directores Alvarez G. Alvarez M., Flores D., Gutiérrez N., Lascurain, Macedo, Olmedo y Zayas.

A las 6 se pasó lista de representantes, y resultando haber el número suficiente se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

Se dió cuenta con las siguientes comunicaciones:

Del C. José María Rodríguez y Cos manifestando que no siendo compatibles sus ocupaciones en los días y horas señalados recientemente para sus sesiones por el Congreso, tenía el sentimiento de retirarse de la corporación, avisando así al Gobierno de Guanajuato, para que llamara al representante propietario ó nombrase otro suplente.

De enterado.

Del C. José Patricio Nicoli en que solicita licencia del Congreso para ausentarse, y suplica se llame en su lugar al suplente por el Estado de Sonora C. Angel M. Domínguez.

Concédase el permiso y llámese al suplente.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz para dar lectura á un dictamen.

EL C. CERVANTES.

*¿Qué métodos, procedimientos y sistemas deben emplearse en estas escuelas primarias superiores?*

Con esta cuestión puede decirse que se completa el conjunto de principios que han de servir de base á la organización definitiva y arreglo de la enseñanza primaria. En efecto, satisfechas las preguntas anteriores á ésta en el cuestionario que se dió al Congreso, quedan establecidas las doctrinas á las cuales debe sujetarse el plan de reformas y de instituciones que darán á nuestra escuela elemental, como á la superior, el carácter que han de tener y que les imponen hoy los adelantos de la ciencia, las aspiraciones de la sociedad y las exigencias de su progreso.

Al vigoroso impulso que da la libertad á las actividades del hombre, al desarro-



llo de los elementos materiales, al crecimiento de la población; cuando las manifestaciones todas del trabajo multiplican los recursos para la vida y la perfeccionan y engrandecen, natural es que la enseñanza primaria surja como una de las necesidades más imperiosas, y que la difusión de los conocimientos sea como una de las condiciones precisas para el equilibrio de las fuerzas sociales, para su aplicación, sostén y desenvolvimiento. A este fin capital conspira el precepto de la enseñanza obligatoria, dogma bendito que impone á la libertad una condición esencial para su propia existencia, que arranca al hombre de las sombras funestas de la ignorancia y del vicio, y que elevando el nivel intelectual de los pueblos, les garantiza su prosperidad y engrandecimiento. El Congreso ha asegurado ya con sus resoluciones este principio, ha detallado minuciosamente todas sus condiciones de tiempo, forma, extensión, calidad y todo aquello que caracteriza la marcha meditada y prevista de la educación nacional en la amplia esfera de nuestras aspiraciones y en el círculo preciso de nuestras necesidades. Como una consecuencia, como un resultado ineludible del progreso de la enseñanza elemental, viene la organización de la enseñanza primaria superior que así completa y satisface los trabajos de la primera, como encamina y dispone para una instrucción más elevada sirviéndole de base, ó es el elemento poderoso que, desarrollado en todos los espíritus, cultivado en todos los individuos, lleva su contingente de luz y de fuerza á todos los círculos sociales, á todas las manifestaciones de la vida intelectual.

No basta adquirir las nociones elementales; ellas nos distinguen de los salvajes, nos dan las bases de un futuro progreso y nos ponen en el camino de la civilización y del adelanto, pero no completan nuestra educación, no satisfacen del todo nuestras exigencias. La enseñanza prima-

ria superior llena este fin, da á cada uno cualquiera que sea su rango y posición, los elementos indispensables para entrar á la lucha de la vida y entrar con ventaja, llevando las aptitudes y los conocimientos, fuerzas poderosas que elevan á un grado admirable la labor humana, dominan la naturaleza, le arrancan sus secretos y haciéndonos útiles para nosotros mismos y para la sociedad en que vivimos, determinan la prosperidad y dicha de los pueblos.

La enseñanza primaria superior es la palanca poderosa que eleva al hombre en todas las esferas de la vida social, da á las ciencias influjo benéfico en las artes, en los oficios, en la industria, alejando al empirismo, dominando las preocupaciones y abriendo nuevos senderos á la inteligencia que utiliza así los conocimientos adquiridos por la humanidad á costa de tantos esfuerzos, y les descubrimientos hechos con tantos sacrificios. El pueblo que sabe plantear y organizar su enseñanza primaria superior, asegura la obra del progreso.

Asunto tan serio no podía ser descuidado de ninguna manera, y ya el primer Congreso dejó perfectamente organizado y previsto el plan de esta enseñanza. Toca á nosotros señalar simplemente los métodos, los procedimientos y sistemas que deben emplearse en ella.

La primera comisión en un estudio hecho con toda conciencia, ha fijado muchos de los principios cuyo espíritu no se limita únicamente á la enseñanza elemental, sino que rigen á la vez á la superior como bases fundamentales de todo trabajo escolar. Hecho el estudio pedagógico de los modos con toda exactitud y felizmente definidos, nada queda por hacer en este punto tratado con la profundidad que traen los conocimientos y con todo el tino que sólo puede dar la práctica. Allí están puestas de manifiesto la imposibilidad y las inconveniencias del modo individual,



se ha probado que no influyen en él ni la imitación ni el estímulo, que sacrifica el bien común á las ventajas de los más inteligentes, que impone un gasto de tiempo imposible verdaderamente, porque obligaría á repeticiones cansadísimas y molestas, y por fin, cómo es inadmisibles en la escuela en la que tantos niños esperan del maestro el mismo empeño y la misma dedicación.

Se ha hecho también en ese trabajo la crítica nel modo mútuo, y á las razones más justas expuestas por la comisión, se une ya para condenar una forma tan incompleta como es el sistema lancasteriano, el voto con que el Congreso lo reprobó por mayoría considerable. En efecto, sólo la necesidad, la carencia de recursos, la falta de escuela propiamente dicha, pudo haber dado vida á un modo de organización disculpable en las circunstancias en que se creó, pero que debemos evitar á toda costa.

Indicado de acuerdo con los más avanzados principios pedagógicos el modo simultáneo, como el mejor que puede realizar la enseñanza en la escuela, y sancionado ya por la aprobación unánime del Congreso, no haremos nosotros sino repetir con las mismas razones las ventajas de este modo, señalándolo á nuestra vez como el más á propósito para la enseñanza primaria superior, por la economía del tiempo, puesto que una lección es útil para muchos, porque tiene las ventajas de la imitación y el estímulo, porque es el maestro el que dará la clase y tendrá ésta todas las garantías que trae consigo la experiencia, los conocimientos, la previsión y todas las demás cualidades que caracterizan al profesor y le dan una superioridad indiscutible en la dirección de la enseñanza.

En lo relativo al método, está también señalado por la primera comisión el que debe seguirse; y los principios y fundamentos con que se sostiene para la escuela

elemental, subsisten con mayor razón para la enseñanza primaria superior. Por lo tanto, no se nos tendrá á mal el que nos hayamos honrado tomando algunas de sus conclusiones. Ya no cabe duda ni vacilación sobre este particular: está perfectamente definido el carácter que debe tener el método siguiendo el orden natural en que se presentan, elaboran y se sostienen los conocimientos. No se discute ya que la escuela tiene un doble fin. Está determinado que la enseñanza de la escuela de párvulos es enteramente educativa; educativa con particularidad y á la vez instructiva la elemental, y que en la superior domina la instrucción, sin desatender por eso, el cultivo y perfeccionamiento de las facultades, acostumbrándolas al trabajo, desarrollándolas por el ejercicio y aplicándolas á formas semejantes á las que revestirán después las necesidades de la vida. La escuela de instrucción primaria superior, continúa la obra emprendida en la elemental; no es un hecho nuevo, sino la transformación del medio educativo que tiene que caminar á la par que el individuo en su evolución natural y progresiva. A esta escuela toca dar elementos preciosos, porque ha de satisfacer las necesidades de un momento difícil para el educando que comienza á entrar de lleno en el goce de todas sus facultades. Es la hora en que se precisan, se ensanchan y afirman los trabajos de la escuela elemental; se fijan sus tendencias, se robustece la instrucción hasta un grado que baste á las exigencias más imperiosas de la vida. Por lo tanto, el método que debemos elegir para esta enseñanza, tiene los mismos caracteres fundamentales que el que hemos aceptado para la enseñanza elemental. Pero importa ahora introducir algunas modificaciones que están en relación con las circunstancias, son exigencias del grado de desarrollo en que se encuentran las facultades del alumno. Su atención se fija ya con más insisten-

cia, más profundidad y más juicio; su observación puede ser más minuciosa, más inteligente aprovechando las sensaciones é ideas ya conocidas; puede tener mayor alcance buscando propiedades y fenómenos que han sido ya bien determinados: la percepción es más clara, más precisa y más amplia; la memoria no es sólo la memoria de palabras y de frases, sino la memoria de cosas y de hechos ya mejor examinados y conocidos; la imaginación tiene un material más rico; el juicio ha robustecido sus fuerzas, llevando al espíritu la convicción en muchas conclusiones, resultando perfecto de la inducción y de la deducción en sus diversas formas. A este grado de adelanto en el desenvolvimiento intelectual, el alumno se encuentra ya en condiciones de emplear algunos signos aceptando fórmulas breves que sintetizan y le conserven el resultado de sus percepciones y de sus ideas; es tiempo ya de que utilice los conocimientos adquiridos, de que la abstracción surja hecha por el mismo alumno y de una manera espontánea para generalizar los hechos observados: es posible entonces dar las nociones que caracterizan una instrucción suficiente. En el orden moral, el niño ha fijado ya un tanto sus ideas, va adquiriendo las nociones de la organización social rudimentalmente iniciada por sus puntos capitales en lo íntimo del hogar: la autoridad, la ley, los intereses propios y los ajenos se destacan ya en el espíritu que siente á la vez el primer latido, el impulso precursor de los sentimientos y de las pasiones que han de constituir más tarde el carácter del hombre. En este momento solemne del desenvolvimiento, es cuando la influencia del educador se hace sentir para fijar los sentimientos y armonizar las fuerzas del corazón y de la inteligencia, y así tornar la tempestad de las pasiones, en fuerzas poderosas guiadas por la razón y la virtud, hermosos tesoros y

prendas seguras de la felicidad en la tierra. Y al entrar en juego de una manera tan decisiva todas las facultades, es el momento delicado y muy difícil para desarrollar el método en las condiciones que imponen las leyes psíquicas. Por estas razones al tratarse de la instrucción superior convine establecer con toda claridad los preceptos que la pedagogía dicta para hacer fructuosa y conveniente la enseñanza; pero especificar estas prescripciones, sería tanto como escribir un volumen de metodología especial, que saldría más allá de los límites que ha de tener el dictamen de la comisión, y ésta no debe entrar en pormenores obligada tan sólo á señalar las bases en que han de fundarse los métodos, procedimientos y sistemas en la escuela que nos ocupa.

Larga y complicada es la especificación que los tratados de pedagogía hacen del método y formas de la enseñanza; además, no todos se hallan de acuerdo, y estas dificultades nos deciden á señalar los puntos esenciales sobre esta materia, pues si bien en la nomenclatura difieren los autores que hemos consultado y creemos que pueden reputarse como autoridades competentes, si es un hecho que en el fondo, todos están de acuerdo y podremos, prescindiendo de los puntos de diferencia, señalar los principios á que es preciso sujetarse para llenar los fines que se propone la instrucción superior, dadas las condiciones en que debemos considerarla, igualmente indicaremos los vicios y de que es preciso huir para evitar todo aquello que repuebe ya el buen sentido pedagógico de acuerdo con los avances de la ciencia y las condiciones de la vida práctica en la escuela. Dinter, uno de los más notables educacionistas, marca así los rasgos característicos de un buen método: «La enseñanza, dice, debe cautivar la atención del discípulo, interesarle en la materia enseñada, excitando en él el gusto del estudio y el deseo constante de buscar por sí



mismo, de producir y de ir siempre más lejos. Debe acostumbrarse á la exactitud y á la solidez en todo lo que hace y á darse cuenta de todas sus operaciones. Debe seguir una marcha firme, no interrumpida, fundada sobre la naturaleza del objeto estudiado y de la del niño que estudia; no debe salir de la esfera del alumno, ni suponerle un grado de fuerza al cual no ha llegado todavía; debe despertar, fortaleciendo la fuerza pensante tomando por regla la naturaleza infantil.»

Refiriéndonos á la adopción del método no podemos olvidar tampoco que algunas fórmulas dictadas por los más sabios y prácticos pedagogistas, explican mejor y valen más que una larga disertación sobre el asunto. Apenas se estimará el valor que tienen aquellas frases de Comenius: «Mostrad al niño y hacedle tocar lo que es susceptible de ser visto y palpado.» Rousseau dice: «No substituyáis jamás el signo á la cosa, sino cuando os sea imposible mostrarlo, pues el signo absorbe la atención del niño y le hace olvidar la cosa. Haced buscar al alumno lo que es capaz de descubrir por sus propias fuerzas.» Al tratar de la instrucción práctica el Padre Girard, se expresa en estos términos: «Los pensamientos por el corazón y la vida, es decir, en virtud de los sentimientos y de las necesidades de la existencia, las palabras derivadas de los pensamientos.» «Pocos libros y mucha reflexión» aconsejaba Pestalozzi. Es preciso cultivar armónicamente todas las fuerzas ó facultades del ser humano, afirma con profundidad admirable el gran filósofo inglés á quien tanto debe la educación moderna, Spencer, quien sienta este otro principio: «Presentar al espíritu el producto neto de la investigación sin hacerlo pasar por las diferentes facetas de ésta, es considerado como un método enervante é ineficaz. Las verdades generales para ser de un uso grande y permanente deben ser conquistadas. El rasgo común de

todos estos principios es que conducen al espíritu del niño por los caminos que ha seguido el espíritu de la humanidad. El hecho de substituir las lecciones aprendidas de memoria con lecciones orales y experimentales como las que se dan en los campos y en los jardines en que juegan los niños; el enseñar los principios en vez de las reglas; el hacer á un lado las generalizaciones hasta que el alumno conozca bastantes casos particulares para deducirlas, es una prueba de la tendencia que hay para conformarse cada vez más con los procedimientos de la naturaleza.» El mismo Spencer en su preciosa obra sobre la educación, nos ha dictado ya con exactitud los principios que sirven de base á toda la metodología moderna y que tan conocidos son de todos los que se han dedicado á esta clase de estudios: ir de lo simple á lo compuesto, de lo indefinido á lo definido, de lo concreto á lo abstracto, de lo particular á lo general, etc., etc., principios que si bien parecen ya triviales, encierran sin embargo un mundo de doctrina cuando se aplican con tino y cuando se les halla su verdadero sentido al emplearse en los casos concretos de la práctica: allí es donde derraman estas verdades su luz indeficiente alumbrando al maestro, el sendero amplio y seguro por donde debe conducir con mano firme la inteligencia del niño. En esta enseñanza es en las que estas leyes pedagógicas deben ejercer su más poderosa influencia, aquí donde las aptitudes del niño vienen ya dispuestas por el trabajo graduado de las escuelas de párvulos y de las elementales, ya se han hecho conscientes las facultades, ya funcionan en cierta escala, y por último, ya los conocimientos parecen delinearse en la forma precisa y lógica en la que más tarde han de construir la enseñanza profesional; ó bien, y este es el fin capital, en la que han de satisfacer las necesidades del hombre cualquiera que sea el destino que le esté reservado en la



sociedad. Conviene aquí por lo mismo precisar los ejercicios de aquellas funciones intelectuales por las que se llega al conocimiento de la verdad; aquí es de todo punto indispensable iniciar esa disciplina intelectual que ha de poner al educando en condiciones de emplear bien todas sus facultades y en las diversas formas de cada una, á fin de llegar pronto y con éxito á la adquisición de los conocimientos y á la práctica de los medios más ventajosos para utilizarlos; de aquí la necesidad imperiosa de ejercitar al educando en el uso de los métodos; ya valiéndonos particularmente de las propiedades y relaciones de los números y de los problemas de geometría para enseñar á establecer y ejercitar la educación, ya empleando los fenómenos de la física y de la química para usar los medios de que se vale la inducción presentándole casos concretos á fin de que el alumno use todos los recursos posibles; el método de concordancias, el de diferencias, el de concordancias y diferencias, el de los residuos, el de las variaciones concomitantes, en fin, trayendo al educando en asuntos que estén á su alcance y perfectamente escogidos del grupo de conocimientos que marca el programa, á fin de que se hagan clasificaciones, hipótesis, poniendo al discípulo en condiciones de que él mismo pruebe y practique, se inicie en los métodos y procedimientos diversos que cada una de las ciencias reclama para su progreso y desarrollo. Sólo así conseguiremos establecer la educación superior sobre sólidas y seguras bases. Pero si hemos de reservar los aparatos, los fenómenos y los hechos para presentarlos solamente como un pobre ejemplo de las teorías que exponemos primero; si hemos de sustituir las observaciones del niño por las que nosotros hemos hecho, sin dejarlo comprender por sí las leyes y emplear él mismo sus facultades; si hemos de cambiar una enseñanza activa y fecun-

da por un mecanismo inconsciente, por un formalismo árido, por procedimientos abstractos y puramente escolásticos, ó por los de imitación y de calca; si comenzamos por definiciones y reglas, entonces habremos errado enteramente en nuestros medios y en ningún caso habremos constituido la instrucción superior.

Refiriéndonos á los procedimientos, repetiremos lo que han hecho notar ya varios escritores sobre la materia, y es que el procedimiento nace muchas veces en la imaginación del maestro en virtud de las circunstancias especiales del caso; es el medio práctico con que se resuelven las dificultades que presenta por una parte el asunto, y las que por otra opone la inteligencia del alumno sujeta á las condiciones del método. Así la enseñanza es más eficaz á medida que el profesor inventa, discurre la mejor manera de hacerse entender y de grabar en el niño los conocimientos que trata de inculcarle. Ahora bien, las necesidades semejantes en que muchos se han encontrado siguiendo unos mismos caminos y con el mismo objeto, han hecho surgir recursos iguales y aun ensayar y comprobar los procedimientos usados por otros. De esta manera la metodología especial cuenta ya con varios elementos de este género, y los pedagogos los han expuesto y clasificado al tratar cada uno de los ramos de enseñanza. Nosotros indicaremos solamente que deberán subalternarse al método, que se inspirarán en los principios que lo rigen, á fin de que no se rompa la unidad de acción ni se contraría la marcha que debe seguir la enseñanza: será preciso huir de aquellos que ocultan al niño ó le hacen difícil la percepción clara de la verdad. Tampoco son aceptables aquellos que seducen, porque al parecer simplifican ó abrevian las operaciones que importa al niño apreciar debidamente. Los procedimientos que exigen explicaciones muy largas y complicadas, vician el resultado y se apar-

tan del fin capital que se propone el método. Por lo mismo, el maestro deberá adoptarlos con gran reserva, los examinará bajo el punto de vista de los principios generales que han de normar su enseñanza, y no hará ensayos ni tentativas que perjudiquen á los alumnos entorpeciendo su marcha.

Respecto de las formas de la enseñanza, expuestas con suma proligidad por algunos pedagogos como Braun, no haremos sino las indicaciones más importantes reasumiendo los preceptos que se dan sobre este asunto por los más distinguidos y prácticos tratadistas. La forma interrogativa que es sin duda la que presta mayor ventaja en los principios de la enseñanza, es de recomendarse como dominante en los trabajos escolares en que nos ocupamos ahora. Ella excita y provoca la actividad intelectual del niño, da á conocer el estado de sus facultades, y percepciones, señala al maestro los errores en que el alumno incurre; y por las respuestas que da, se indican también los defectos de la exposición del maestro, la mala forma en que hizo la pregunta, y las dificultades que presenta el asunto de que se trata. Conviene al emplear esta forma, no hacer al niño indicaciones de la respuesta; pues una imaginación viva y alguna facilidad de expresión en el alumno, bastan para que nos dé contestaciones que llenan al exterior nuestros deseos, pero que dejan mucho que desear en la inteligencia del que nos responde; esto, y cuidar al mismo tiempo de interrogar á todos los alumnos, de que no conteste sino aquel á quien se ha hecho la pregunta cuando ella es individual, no repetir las contestaciones, y graduar y prevenir bien los cuestionarios, son los puntos que no debe olvidar el maestro al servirse de este medio, utilísimo en la enseñanza. La forma expositiva reclama cierto desarrollo en las facultades del alumno, particularmente una atención

sostenida, una percepción fácil y una memoria ya educada para retener. Estas condiciones se encuentran de cierto modo en los alumnos que cursan la instrucción primaria superior, y podrá, en algunos casos, ser conveniente la forma acroamática ó expositiva, si el maestro posee cierta facilidad de alocución, si el asunto no está lejos del dominio del auditorio, es decir, si al tocar los puntos de su discurso, el profesor no se eleva fuera del grado de instrucción de los niños, ni del alcance de sus facultades. La brevedad, la buena elección de los términos, los recursos de la imaginación para dar interés á lo expuesto, el orden, la unidad del asunto, serán las condiciones indispensables al empleo de esta forma que se ayuda y aun completa con la primera que sirve para dar al niño su participación activa en la enseñanza, poniéndolo en juego con todas sus facultades, provocando su espontaneidad, y obligándolo á trabajos propios que jamás podremos sustituir con los nuestros.

Respecto de la forma eurística sabemos que lleva por fin poner al educando en condiciones de aprender por sí mismo, guiándolo á la observación y á la reflexión, acercándolo por sabias indicaciones al conocimiento de lo que se trata de enseñar. La fuerza y el valor que así adquieren las ideas son de gran importancia; además, dan al niño cierta predisposición para el trabajo en el que ha sentido el placer, las emociones que trae consigo el éxito de nuestros propios esfuerzos.

Son condiciones precisas para el empleo de esta forma: 1ª que los ejercicios sean perfectamente graduados con relación al desarrollo intelectual de los alumnos; 2ª que no falte ni la experiencia ni la intuición en aquellos objetos ó fenómenos que han de servir de base para llegar á un nuevo conocimiento. El maestro hará al niño indicaciones á fin de que pueda ejecutar sus trabajos ó resolver la



cuestión que se le propone; pero en estas indicaciones se cuidarán bien de no dar al niño, aquello que él mismo debe elaborar ó descubrir, pues es este el objeto que se propone la forma de que tratamos.

Después de las indicaciones relativas al método, á los procedimientos y formas de la enseñanza, es indiscutible la importancia que tiene como asunto disciplinario la distribución del tiempo, escollo gravísimo para la realización de su programa cualquiera que lleve por mira los fines que se propone la enseñanza, acatando á la vez los más importantes preceptos de la higiene. Nada hay que comprometa de un modo más radical la armonía del trabajo educativo, como una mala distribución del tiempo, nada que pueda viciar la marcha de la escuela. Ahora bien; señalado por el Congreso el tiempo á que deben sujetarse las labores, nos queda simplemente el deber de marcar las condiciones pedagógicas á las que, como principios ineludibles, deben someterse las distribuciones de tiempo en las escuelas pues no presentan la misma ventaja para las labores todas las horas del día: unas son mas útiles que otras según el estado en que se encuentran las facultades, el grado de actividad ó de cansancio en que se halle el alumno; no es indiferente el orden ó sucesión en que se establecen las labores según que afecten ó no con el trabajo unas mismas facultades, es interesante sobre todo que el niño goce algunos momentos de distracción y de reposo, y evitar que el estudio se haga continuo y se prive al alumno del descanso que tan necesario se hace entre las fatigas de la escuela.

Por todo lo expuesto, la comisión tiene la honra de someter á vuestro estudio las conclusiones del presente dictamen traídas al seno de esta Asamblea, con el voto más ferviente por el éxito de sus trabajos en beneficio de la educación popular.

1ª El modo ó sistema de organización

que debe aceptarse para la enseñanza primaria superior, será el simultáneo.

2ª Si por necesidad ineludible fuere preciso emplear los sistemas mixtos, se recomienda el que consiste en el desempeño de la parte educativa y la mayor parte instructiva, por sólo el maestro, limitándose los auxiliares á la parte instructiva puramente mecánica.

3ª Los grupos que se formen con los alumnos, observando las prescripciones del programa, deberán ser homogéneos en el mayor número posible de condiciones, y el número de educandos no excederá de cuarenta por cada grupo.

4ª Cada uno de los grupos constituidos conforme al programa, estará á cargo de un profesor responsable de los trabajos, pero el Director podrá aprovechar para las diversas asignaturas, las aptitudes especiales que se encuentren en el profesorado de la escuela, cuidando de conservar la unidad y la armonía en las labores.

5ª El método que debe emplearse será el que á la vez que promueva el desenvolvimiento integral de las facultades del alumno, se propone también la transmisión de los conocimientos, dominando este fin en la enseñanza superior.

6ª En las lecciones sobre ciencias físicas é historia natural, se procurará ejercitar á los niños en la observación, experimentación y clasificación, señalando prácticamente los principios á que deben sujetarse esas operaciones.

7ª La división, definición, hipótesis y demás operaciones lógicas serán introducidas en la instrucción primaria superior, graduando los ejercicios y sirviéndose para ello de los conocimientos comprendidos en el programa; de manera que puedan utilizarse también como medios de disciplina de las facultades intelectuales.

8ª En la escuela primaria superior se debe insistir con el mayor empeño en que los alumnos conozcan y apliquen en la órbita de sus facultades, los procedimientos



de que se sirve la inducción: los llamados métodos de concordancia y de diferencia, de residuos, de variaciones concomitantes, etc. Los ejercicios serán perfectamente graduados y los asuntos que se elijan para el caso se tomarán del programa de enseñanza.

9ª Los trabajos que se hagan para ejercitar la deducción, se establecerán con raciocinios derivados de principios sencillos y graduados de modo que sean fácilmente comprendidos por los alumnos, evitando en lo posible la forma silogística.

10ª En la marcha de la enseñanza se cuidará siempre de que á las reglas precedan las operaciones; á la definición, el conocimiento de las cosas ó fenómenos; á la generalización y la abstracción, el estudio de los casos particulares que conducen á ellas y las ideas á los signos que hemos de emplear para representarlas.

11ª Los procedimientos serán conformes con la naturaleza del método que debe seguirse y conservarán los caracteres esenciales de éste.

12ª Se preferirán en todo caso los procedimientos de enseñanza que colocan al niño en condiciones de llegar por sí mismo á la adquisición de los conocimientos que se tratan de inculcarle, dándole el carácter de investigaciones hechas por el educando.

13ª En todo procedimiento se atenderá al grado de desenvolvimiento de las facultades del niño, á la naturaleza del asunto que se estudia y al fin que se propone la enseñanza.

14ª Se prohíben los procedimientos puramente mecánicos, si no van acompañados de las explicaciones convenientes.

15ª Los procedimientos generales precederán á los de abreviación; y al aplicar éstos, se explicarán y razonarán en lo posible.

16ª Los procedimientos de corrección se emplearán de modo que el alumno

pueda reconocer sus faltas ó errores y enmendarlos por sí mismo.

17ª Se recomienda el uso del procedimiento intuitivo en sus cinco formas.

18ª En todos los ramos que lo admitan, se procurará que dominen los ejercicios prácticos, las formas de estos ejercicios serán las mismas que toman sus aplicaciones al satisfacer las necesidades de la vida.

19ª Las formas que deben adoptarse serán: la interrogativa y la expositiva, ya aisladas según el caso, ya unidas para completarse recíprocamente.

20ª Las nociones teóricas que se den á los alumnos, serán concisas, claras y no contendrán términos que no sean previamente explicados á los alumnos.

21ª No se hará uso de los textos sino después de las lecciones orales y de los ejercicios prácticos, de manera que el libro sirva solamente como un auxiliar de la memoria ó para consulta en los casos necesarios.

México, Enero 27 de 1891.—Presidente *Lic. Ramón Manterola*.—*Miguel F. Martínez*.—*Miguel Schults*.—*Ricardo Gómez*, *Manuel Cervantes Imaz*.—Relator.

EL C. SECRETARIO.—La Mesa acuerda que se imprima y distribuya.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—Está á discusión en lo general el dictamen de la Comisión de Enseñanza Elemental sobre la fracción V de la Sección A del Cuestionario, cuyas resoluciones dicen:

1ª—Los libros de texto para la Escuela Primaria Elemental deberán estar conformes, en cuanto á su asunto, con el programa respectivo vigente, en el momento de su adopción.

2ª—En los libros de lectura hay que distinguir dos partes:

I. La dedicada propiamente á su parte técnica, destinada á vencer las dificultades de la lectura, si bien dando siempre

una noción útil ó proporcionando una mera recreación.

II. La parte que pueda referirse á las otras asignaturas, pero siempre de un modo ameno, con elegante alocución y al alcance de los niños, ya por sus ideas ó por los sentimientos que expresen.

3°—Los textos meramente instructivos están destinados á los usos siguientes:

I. Ayudar á retener una noción que ha sido suficientemente explicada por el profesor, y comprendida por el alumno.

II. Servir para los repasos.

III. Como guía ó limitación de la asignatura, tanto durante el curso, como en los actos de prueba ó examen.

4°—En los libros de texto, se observarán las siguientes prescripciones:

I. Contendrán en resumen los conocimientos más generales y prácticos de la asignatura á que se dedican.

II. Se procurará que los conocimientos que comprendan, según el año á que están destinados, estén al alcance de la instrucción y grado de desenvolvimiento intelectual de los alumnos.

III. Su estilo debe ser conciso, terso y preciso.

IV. En los textos destinados á la enseñanza científica, deberá usarse el tecnicismo propio de la materia, omitiendo la forma puramente literaria.

V. En los textos de Historia, Moral ó Instrucción cívica, destinados á despertar sentimientos y mover voluntades, se empleará la forma puramente literaria.

VI. El orden de exposición de las materias será el que mejor presente la doctrina ya formada, y que manifieste con claridad las relaciones lógicas de sus partes.

5°—En el 1° y 2° año no habrá más textos que los libros correspondientes de lectura, los que contendrán además de los ejercicios especiales de la materia, según el programa respectivo, lecturas instructivas que tengan relación con las diversas materias de los programas.

6°—En el 3° año, los alumnos deberán utilizar los siguientes textos, todos en correspondencia con los asuntos designados en el programa.

El libro de lectura, mezclando los asuntos morales é instructivos, con los propiamente literarios.

Un cuestionario aritmético, con una sección destinada á problemas taquimétricos.

La geografía de la Entidad Federativa á que pertenezca la escuela.

El libro de historia.

7°—En el 4° año son indispensables:

El libro de lectura dispuesto de tal manera, que comprenda los ejercicios en que se aplique la variedad de entonaciones que los distintos géneros literarios requieren. Además, los siguientes tratados:

El de los principales deberes morales del hombre.

El de instrucción cívica.

El apropiado á los ejercicios de lengua nacional.

El de nociones de ciencias físicas y naturales.

El teórico práctico de aritmética, el de geometría y el de geografía.

El de historia.

8°—Son auxiliares indispensables para el maestro:

Guías metodológicas para la enseñanza de las materias del Programa y los tratados prácticos sobre las diversas asignaturas.

9°—A fin de regularizar y hacer verdaderamente popular la enseñanza, acelerando la propagación de los buenos métodos y doctrinas pedagógicas, es indispensable se establezca en la Capital de la República y en la de cada una de los Estados el *Boletín Oficial de Instrucción Pública*, gratuito para todos los maestros en ejercicio, y dispuesto á recibir siempre la colaboración de todos los profesores del país.

10.—Es conveniente que haya en el Dis-



trito Federal y en cada una de las capitales de los Estados, Academias formadas de profesores ilustrados y prácticos que, entre sus diversas atribuciones, tengan la de formar catálogos de obras propias para servir de texto en cada una de las asignaturas, conforme con los programas vigentes.

11.—Deben excluirse de las respectivas comisiones proponentes los editores y autores de libros de texto que se examinen.

12.—Deben quedar en libertad los directores de las escuelas del Municipio, Cantón ó Distrito para que en justicia elijan de entre los textos del catálogo de que se habla en la resolución anterior, los que se adapten mejor á las condiciones de sus escuelas respectivas.

13. No deben tomar parte en la elección de textos los autores ó editores de los libros cuya adopción se discuta; pero pueden informar de palabra ó por escrito en las juntas que con este motivo se verificaren.

14.—Para garantía de autores y editores de obras de texto, no debe cambiarse de asignatura un libro, sino después de tres años.

*Antonio Cascia Cubas, Presidente.—Miguel F. Martínez.—J. Miguel Rodríguez y Cos.—Ricardo Gómez, Relator.*

No hay quien pida la palabra.

En votación nominal, se pregunta si se aprueba en lo general.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad de votos.

Está á discusión en lo particular, la fracción primera.

Sin discusión se aprobó por unanimidad, poniéndose á discusión la segunda.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Lombardo.

EL C. LOMBARDO.—Señores representantes:

La pregunta hecha por el Ministerio de

Justicia, es la siguiente: «¿Qué materias de la enseñanza elemental obligatoria necesitan título para su enseñanza, y qué condiciones deben reunir los textos que se adapten?»

A la primera parte de la pregunta nada contesta todavía la comisión; la segunda es la que comienza á contestar, diciendo que *los libros de texto deberían estar conformes en cuanto á su asunto, con el programa respectivo vigente en el momento de su adopción.* Y ya en la segunda respuesta no contesta ni á la primera, ni á la segunda, porque al preguntársele qué condiciones deben reunir los textos, contesta la comisión: que en los libros de lectura hay que distinguir dos partes;—y esto no es contestación—porque si yo le pregunto á una persona: ¿qué cualidades debe tener un caballo? No sería contestación el que me dijera: un caballo debe considerarse dividido en cabeza, cuerpo, patas y cola. De suerte que me parece que no debemos votar una respuesta que realmente no es respuesta.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores representantes:

Sin embargo de creer que la observación presentada por el H. Sr. Lombardo, tenía cabida al discutirse el dictamen en lo general, puesto que allí pudo haberse hablado respecto del orden en que se consideraban las materias, y no en la discusión especial de cada fracción; manifestaré, no obstante, al Sr. Lombardo, que la comisión ha querido en primer lugar, exponer las condiciones generales que deben tener los textos para después decir á qué materias conviene cada uno.

Nosotros no hemos creído esencial contestar en el mismo orden en que se nos ha hecho la pregunta; hemos creído que primero deben existir los textos y des-



pués la manera con que deben aplicarse. No podíamos contestar de otro modo, porque era necesario entrar pormenorizadamente en el estudio de cada materia, para decir después cuál necesita tal texto.

Esta es la razón porque se ha procedido así y creo que ello no es un obstáculo para que el Congreso lo acepte, puesto que el orden nada significa en este caso.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—A pesar de la observación del Sr. Martínez, es indudable que el Sr. Lombardo tiene completa razón. No se discute si la proposición es ó no verdadera, sino si es conveniente que esté en el lugar que tiene. Si la comisión dijera que los libros de lectura deben tener tales y cuáles circunstancias, entonces era buena la proposición; pero diciendo simplemente: *hay que distinguir dos partes en los libros de lectura*, esto no tiene relación directa ni indirecta con el asunto de que se trata.

En consecuencia, yo suplicaría á la comisión, que ó cambiara la forma de la fracción que se discute, ó la suprimiera.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Con el fin de obviar dificultades, creo que éstas se salvarán diciendo simplemente en la segunda fracción: «Los libros de lectura deben comprender dos partes,» para después decir cuáles son estas dos y qué condiciones deben tener.

Recogida la votación sobre esta resolución reformada, resultó aprobada por unanimidad.

Se puso á discusión la tercera resolución.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Consecuentes los

miembros de la comisión con la observación hecha á la segunda de sus resoluciones, propone que esta tercera se reforme de la manera que sigue:

«Los textos meramente instructivos se dispondrían de tal manera, que sirvan para los usos siguientes.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Suplico á la comisión, si lo tiene á bien, se sirva suprimir el segundo inciso, porque esta idea está contenida en el primero. Ciertamente, ayudar á retener una noción, no es más que repasarla, y en consecuencia, no hay objeto para esta repetición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Suplico al Sr. Dr. Ruiz que se sirva fijarse en que nuestro objeto es el que sirva para los repasos, no precisamente de las lecciones dadas por el profesor, sino los repasos periódicos que se hacen de las materias del año ó aun para el mismo exámen. De manera que son dos asuntos enteramente distintos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Si es así, suplico á la comisión se sirva indicarlo en el inciso, en lo cual creo que no hay inconveniente.

EL C. GÓMEZ R.—La comisión reforma el segundo inciso de esta manera: «Servir para los repasos periódicos ó de preparación para los exámenes»

Se recogió la votación resultando aprobada por unanimidad.

Se puso á discusión la proposición 4ª

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Voy á incomodar de nuevo á la comisión, simplemente con detalles, supuesto que en el pensamiento estamos de acuerdo.

El tercer inciso de la fracción dice: "Su estilo debe ser conciso, terso y preciso."

La palabra *terso* es enteramente metafórica, y para una resolución del carácter que debe tener, creo que debe cambiarse la comisión.

En segundo lugar, no sé por qué el inciso cuarto previene que ha de omitirse toda forma literaria.

Los conocimientos han de revestir alguna forma, y precisamente la bondad de ellos hay que expresarla en buena forma. Yo entiendo que lo que la comisión propone es la negación de la buena forma.

EL C. GÓMEZ.—En el seno de la comisión pareció efectivamente que la palabra *terso* pudiera no aceptarse en un sentido propio; pero consultado el Diccionario de la Academia vimos que era del todo aplicable al caso.

En cuanto á la forma puramente literaria que prescribimos de los textos de la enseñanza científica, no es precisamente porque queremos que no estén escritos en la mejor forma, sino porque la forma literaria es más extensa que la técnica empleada en el método científico, y no es conveniente que recarguemos al niño con un estilo que quizá sea más propio, más ameno para la lectura que para la retención en la memoria.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Ahora sí me penetré del objeto que se propone el Sr. Gómez. La comisión lo que cree es que mientras más sencilla sea la forma en que vaciamos el principio, es más comprensible para los que estudian, y menos difícil de ser asimilado por los niños.

A estos se les debe rodear, aun cuando el fenómeno sea muy sencillo, de todos los elementos necesarios para que ellos se formen idea.

Respecto de la palabra *terso* estoy conforme con el Sr. Gómez; únicamente lo que quería yo, era se substituyera con otra palabra, porque ésta es menos clara para el objeto que se propone, aun cuando sea enteramente castiza.

EL C. GÓMEZ.—La comisión no tiene inconveniente en substituir la palabra *terso*, con cualquiera de estas dos: *claro* ó *elegante*, que son las dos voces con que substituye la Academia para determinar el significado de la palabra *terso*.

En cuanto á la forma puramente literaria que aconseja el Sr. Ruiz, le manifestaremos que nuestro propósito es simplemente que se den las nociones con más claridad y brevedad y la forma literaria que él propone, quizá no sería la más adecuada para conseguir este objeto.

Recogida la votación, se aprobó la proposición por unanimidad, poniéndose á discusión la 5ª.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Zayas.

EL C. ZAYAS.—Suplicaría á la comisión que tuviera la bondad de contestar á la interpelación que le hago.

En el seno de este Congreso se dividieron los trabajos de la escuela en dos comisiones: una que estaba dedicada á los trabajos de la escuela elemental de las ciudades, y otra á los de las escuelas rurales. En mi concepto la aceptación de un sólo libro de lectura, tanto para una como para otra escuela, implicaría una positiva dificultad.

En tal virtud, suplico á la comisión me diga si el libro de lectura ha de ser para las dos escuelas de que hago mención.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.



EL C. MARTÍNEZ.—Al expresarse aquí las condiciones generales que deben tener los libros de lectura para el primero y segundo año, no ha querido decir la comisión que sean absolutamente iguales los textos para todas las escuelas. Por la lectura que se hizo de todas las proposiciones recordará el Sr. Zayas que se propone que haya una junta, una academia que forme catálogos de textos; y después, cada una de estas corporaciones, ya sea de los Estados, ya de los municipios, escogerán de entre esos libros aprobados, los que sean más adecuados y mas propios á las circunstancias especiales de cada escuela. Por consiguiente, queda subsanada la dificultad que encontraba el Sr. Zayas.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Zayas.

EL C. ZAYAS.—Agradeciendo la contestación del Sr. Martínez, me queda todavía una pregunta que hacerle. Suponiendo que la junta de profesores sea la que determine el libro único de lectura, yo creo que siempre se trata de dos clases de escuelas. Supongamos el Estado de Jalisco; la junta de profesores trata de los textos y se va á escoger uno. Mi pregunta es ésta: ¿en ese Estado, el libro de lectura es para el común de las escuelas rurales del Estado, ó para los centros de poblaciones importantes del mismo?

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—No tengo más que contestar al Sr. Zayas, sino que indudablemente se escribirán diversos textos de lectura, unos adecuados á las necesidades de las escuelas rurales y otros á las de las urbanas. Por consiguiente, no creo que haya ninguna dificultad.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Carrillo.

EL C. CARRILLO.—Nos dice la comisión aquí que «en el primero y segundo años no habrá más texto que los libros correspondientes de lectura, los que contendrán además de los ejercicios de las materias, según el programa respectivo, lecturas instructivas que tengan relación con las diversas materias de los programas.» La parte que no me parece admisible es la última: que los libros de texto contengan lecturas instructivas, y sobre todo, lecturas instructivas respecto de todas las asignaturas escolares.

El filósofo Baine, con bastante razón ha dicho que la atención no debe dividirse en los primeros pasos de la lectura, que debe procurarse que se concentre enteramente en las dificultades de la lectura, porque presentar al niño dos dificultades á un tiempo, nunca es conveniente.

Hace poco, he tenido ocasión de examinar diversos libros de lectura y entre los muchos escritos, probablemente según los principios antiguos, ya sean los escritos sobre aritmética, ya sobre geometría, etc., se tiene el inconveniente gravísimo, señalado por varios pedagogos, de que no tienen interés ninguno para el niño.

Por lo tanto, yo desearía que la comisión modificara esta resolución en el sentido que indicé suprimiendo esta parte; pues yo creo que en este período, el interés como aconsejan los mejores pedagogos, más que un carácter instructivo, debe tener un carácter recreativo en los textos que se den al niño.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Contestando á la observación que tan atentamente se ha servido hacernos el distinguido pedagogo Sr. Carrillo, la Comisión tiene que manifestar, que aun cuando es cierto que en los libros de lectura, como ya lo hemos dicho en la segunda proposición, deben consi-

derarse dos partes—la técnica y la que se refiere á las otras asignaturas—respecto de la primera, ésta será igual enteramente para todas las escuelas.

Por lo que toca al peligro que su señoría manifiesta, en cuanto á que es inconveniente, que se traten las asignaturas científicas en los libros de lectura, indudablemente se debe comprender que esas lecturas entrarán, no precisamente en los primeros ejercicios, sino en la última parte, y esto, en una forma tan sencilla y tan breve, que sea comprensible.

Desde el momento en que hemos considerado la imposibilidad absoluta de que haya textos de las otras materias en los primeros años, creemos conveniente, que en los libros de lectura, haya algo de resumen ó de recuerdo que tenga el niño para fijar lo que haya aprendido, particularmente en las lecciones de cosas.

Por consiguiente, creo que no ofrece dificultad ninguna la aprobación de la resolución que se discute.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Parece inútil la discusión, puesto que el Congreso ha votado ya el primer inciso del artículo segundo que dice: «La dedicada propiamente á su parte técnica, destinada á vencer las dificultades de la lectura, si bien, dando siempre una noción útil, ó proporcionando una mera recreación.» Así es que el artículo quinto que se debate, está en relación con éste que ya tenemos aprobado.

Por otra parte, la dificultad que el ilustré Sr. Carrillo nos ha expuesto aquí, consistente en subdividir la atención del alumno, entre su aprendizaje propiamente de la lectura y á la vez de algunas nociones instructivas, esa dificultad la habrá encontrado su señoría en los libros de texto que nos dice que ha examinado; porque tenemos aquí en la capital de la

República algunos libros de lectura que tratan á la vez de nociones científicas que eran presentadas con un estilo árido y en una forma nada atractiva para el niño. Pero si en lugar de éstas, se examinaran los libros de otros autores, se hallaría que muy bien puede darse la lectura en una forma amena, siempre que el libro haya sido escrito por personas competentes.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien pida la palabra, se va á recoger la votación.

Recogida ésta resultó aprobada por unanimidad poniéndose á discusión la 6ª resolución.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Al hablar de libros de lectura, seguramente que como las dos palabras *propiamente* y *puramente* son muy semejantes, se sustituyó la una por la otra. Por lo mismo, debe entenderse *puramente* en lugar de *propiamente*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Voy á permitirme hacer una ligera observación á los ilustrados miembros de la Comisión. Ya el Sr. Lombardo leyó la pregunta respectiva del cuestionario que nosotros debemos resolver en este dictamen; ahora bien, en la proposición que se discute se habla de libros de historia, pero no se nos dice las condiciones que debe tener; lo mismo sucede al hablar del libro de geometría, etc. Así es que en general esta respuesta es notoriamente incompleta, porque debe indicar desde luego las condiciones que deben tener los textos según la pregunta del cuestionario.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.



EL C. GÓMEZ R.—En esta resolución sí creo que hay una respuesta enteramente categórica al cuestionario, porque equivale á decir: sí se acepta el texto en tal materia. Y como antes hemos manifestado ya las condiciones generales que deben tener los textos, no nos pareció conveniente repetirlas al hablar de cada una de ellas en particular. Pero en el quinto inciso de la resolución cuarta, decimos algo que se refiere únicamente á la forma. «En los textos de historia, moral é instrucción cívica destinados á despertar sentimientos y mover voluntades, se empleará la forma literaria.» Porque respecto de la historia no podemos decir ninguna otra cosa que no fuera á invadir el terreno de la metodología, lo cual creo que no debemos toca en nuestro dictamen.

Por este motivo no hacemos modificación alguna como se desea.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—No habiendo quien pida la palabra, se va á recoger la votación.

Recogida que fué, resultó aprobada por unanimidad, poniéndose á discusión la proposición 7.<sup>a</sup>

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MATEROLA.—Yo entiendo que en materias como la aritmética, la geometría, casi la geografía; pero, sobre todo, las dos primeras, que son esencialmente prácticas, no deberían aprenderse los textos; porque es la mejor manera de no aprenderlos bien. Yo creo que las lecciones que dé el maestro, las lecciones orales sobre geometría práctica bastan para el objeto de la enseñanza; lo mismo digo respecto de la aritmética. En cuanto á la geografía, puede haber algunas dificultades por la multitud de nombres y algunos otros datos geográficos; por eso no insisto. Pero desde luego, tratándose de la aritmética y de la geometría, creo que

si la comisión encuentra aceptables las razones en que me fundo, se servirá retirarlas de su dictamen.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—El Sr. Lic. Manterola sabe perfectamente bien, por el tenor de la parte expositiva del dictamen, que la comisión no admite los textos como medio de enseñanza; ha expresado perfectamente que ésta debe ser oral y admite los textos solamente como ayuda para retener los principios que no hayan sido comprendidos por los niños. Nosotros decimos que en el último año es indispensable algo como un resumen de lo aprendido anteriormente, y esta es la razón por lo que á la comisión le ha parecido conveniente que haya textos no sólo para estas materias, sino en todas, porque consideramos de mucha importancia que se acostumbren los niños á estudiar en los libros y que aprenda á valerse por sí mismo de los conocimientos ya adquiridos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Lombardo.

EL C. LOMBARDO.—Señores representantes:

Yo desearía que la comisión se sirviera aclarar un poco estas palabras que usa en una de las fracciones de su artículo: «El libro de lectura debe estar dispuesto de tal manera, que comprenda los ejercicios en que se aplique la variedad de entonaciones que los distintos géneros literarios requieren.» Se podrá creer por esto que se trataba de dar á los niños las entonaciones épicas, las de la oratoria sagrada, y otras más entonaciones; lo cual sería completamente imposible. Creo que sería necesario aclarar esta idea, para saber lo que la comisión ha querido decir.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez R.

EL C. GÓMEZ R.—En los libros de lectura de cuarto año, como es el último de la enseñanza obligatoria, según la ley, hemos creído conveniente llamar la atención de los niños para irlos formando su gusto literario, puesto que es el último año en que pueden utilizar su tiempo en el estudio. Pero hay que advertir que el Sr. Lombardo se ha fijado seguramente en alguno de los géneros que abraza más bien la declamación y la lectura estética, y nuestro propósito ha sido fijarnos en la segunda y no en la primera, es decir, en aquellos ejercicios que no son previamente mecánicos, sino que ya corresponden á la belleza de la forma.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien pida la palabra, se procede á recoger la votación.

Resultó aprobada la proposición por diecinueve votos contra uno, y se puso al debate la resolución 8ª

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Me tomo la libertad de suplicar á la comisión retire esta proposición por inconducente. Ni se refiere á la pregunta del cuestionario, ni tiene relación con ninguna de las proposiciones anteriores. Que el profesor que vaya á dar una clase, debe tener conocimientos y que si quiere debe tener una guía, esto es incuestionable; pero que se ponga esto como una proposición resolutive; no lo creo necesario. Así es que suplicaría á los miembros de la comisión que retiraran este artículo.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—En la parte expostiva del dictamen hicimos ver la necesidad que en el estado actual hay de textos auxiliares para el maestro, y esta sería la razón para aceptarlos. Por otra parte, se

practica en diversos pueblos europeos agregar á los libros del alumno una ampliación relativa á los libros del maestro; estos libros del maestro bien pueden considerarse como guías metodológicas respecto de las asignaturas correspondientes.

Además, en las respuestas que las diversas comisiones se han servido dar á las cuestiones propuestas, nunca se han detenido exclusivamente en los términos literales de las preguntas, sino que las han ampliado siempre que han creído conveniente hacer algo en favor de la enseñanza, ó de aquellos para quienes se escriben estos mismos dictámenes. En este supuesto, dada la idea que nos proponemos en bien de la enseñanza, creo que el Sr. Ruiz tendrá la bondad de aceptar estas intenciones de la comisión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Ni por un momento desconfío de las nobles intenciones de la comisión; pero lo que yo decía es que aquí sale sobrando su proposición por ser inconducente en este lugar, aun cuando encierre una verdad.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ.—Si el Sr. Ruiz se sirve pasar la vista por las resoluciones que siguen, encontrará que hay enlace entre ellas, y por otra parte, no cabe duda también que, como lo decía antes, el estado actual de nuestra enseñanza exige prontamente estas guías para así, de alguna manera, auxiliar á los maestros.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Carrillo.

EL C. CARRILLO.—Yo también suplicaría á la comisión exactamente lo mismo que el Sr. Dr. Ruiz.



Se nos dicen que son indispensables estas guías metodológicas, pero es de advertir que no existe ninguna en castellano,—al menos que yo sepa,—sería preciso formarlas y creo que mientras no existan se pueden suplir con el conocimiento de la metodología especial por cada profesor. Me parece que no puede decirse que sean indispensables estas guías; pero aun cuando se diga, no creo que se puede probar, y los profesores de las escuelas dilatarían bastante tiempo en formarse.

Por lo tanto suplico á la comisión que retire esta parte.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Suplico al Sr. Carrillo se sirva tener presente que ya han comenzado á publicarse algunas de estas guías. Tenemos, por ejemplo, la del Sr. Rébsamen, que por cierto es bastante estimable, y el Sr. García Cubas que se propone publicar la suya, y aun sabemos de algunas personas que tratan de coadyuvar á este pensamiento. Además, en lo subsecuente indicamos la manera de salvar las dificultades de impresión y otras que pudieran presentarse para obtener el resultado que nos proponemos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Nos expone aquí el Sr. Ruiz que no es lugar á propósito para determinar que haya guías metodológicas. La ley que estableció la Escuela Normal, tiene uno de tantos artículos concebido en estos términos, poco más ó menos: anualmente se reunirá la junta de profesores de la Escuela Normal para determinar los libros de texto de las escuelas primarias. La junta de profesores de la Escuela Normal ha publicado, apenas hace unos cuantos días, la lista de textos y en ésta ha añadido casi dos columnas del *Diario Oficial* en que figuran infini-

dad de guías metodológicas ó manuales para los profesores. Sin embargo de ser una ley para el Distrito Federal, no se pregunta más que cuáles deben ser los textos, y se han puesto ahí sobre treinta ó cuarenta obras que deben tener los profesores para consulta.

El mismo Sr. Ruiz, y también el Sr. Carrillo, han suscrito el dictamen de Escuelas Normales de señoritas, y en él han prescripto las palabras normales y otros procedimientos semejantes á los que aquí se proponen. De manera que parece que ahora tienen ideas contrarias á las expresadas en aquel dictamen que ya ha aprobado el Ministerio de Justicia.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra, para contestar una alusión personal, el Sr. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Únicamente voy á decir al Sr. Correa que si en la Escuela Normal se aprobó aquella á que se refiere, yo no formé parte de los que aprobaron esos textos, y desde luego esto no es un cargo contra mí.

En segundo lugar yo he confesado con gusto que la Comisión ha expresado una verdad, y lo que he discutido es que esta verdad no está en su lugar; no todas las verdades son de todos los lugares. Y por lo mismo, yo no he discutido que no sea buena, sino que no está en su lugar.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo ya quien solicite el uso de la palabra se va á recoger la votación.

Resultó aprobada la resolución por catorce votos contra seis y se puso á discusión la proposición 3ª.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Por las mismas razones que impugnaba la proposición anterior, impugno ésta, y además suplico á la comisión que ya que la pone al debate, no

crea que es *indispensable*, porque realmente no lo es para regularizar la instrucción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La misma contestación que se ha dado antes respecto de la proposición 8ª, se da ahora.

Es verdad que no se nos pregunta más que las condiciones que deben tener los textos, y en qué materias deben usarse; pero como ya se ha manifestado, ha sido costumbre de todas las comisiones que dictaminan sobre algún asunto, traer también algo que se relacione con el punto sobre que se consulta. De manera que si se ha hablado respecto de los textos para alumnos, no creo extraño que se hable de textos para profesores. Ahora, como se trata de llevar hasta la aldea más remota esas guías metodológicas, queremos que esta fracción esté en relación con las anteriores, y habiéndose aprobado la fracción 8ª, no veo inconveniente en que se apruebe la 9ª.

Respecto á la palabra *indispensable* no tiene la Comisión inconveniente alguno en sustituirle con la palabra *conveniente*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Yo creo que la Comisión ha hecho bien en poner en este párrafo la palabra *indispensable*. Todos sabemos las dificultades que hay para conseguir libros de texto, todos sabemos que la pedagogía en el país apenas da sus primeros pasos y que la mayor parte de las personas que se han dedicado á estos estudios, han tenido necesidad de educarse con textos extranjeros, y solamente por ellos hemos podido conocer la marcha de los preceptos sobre educación. Como esos libros, generalmente escritos en idiomas extraños, no están al al-

cance de los maestros de los últimos lugares, no sería fácil para ellos tener dinero para comprarlos, ni para otros hacer la traducción, por no conocer el idioma.

Si creemos que este periódico puede circular por todas partes á un precio ínfimo, con todas las conveniencias de redacción, estilo y doctrina, que puede tener, en una palabra, todas las ventajas que no se pueden tener en los libros; yo sí creo que la Comisión ha hecho muy bien en redactar la proposición con esta palabra, y haría mejor, á mi juicio, en sostenerla.

EL C. SECRETARIO.—Con la modificación propuesta se procede á recoger la votación.

Resultó aprobada por diez y siete votos contra tres, y se puso al debate de la resolución 10ª

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Pido á la Comisión tenga la bondad de excusarme; pero hago uso de la palabra en obsequio de los profesores todos. En el dictamen se dice que las academias se formen por *profesores ilustrados y prácticos*. Ahora bien, ó todos los profesores son ilustrados y prácticos, ó la Comisión hace una división de profesores prácticos ó ilustrados, y otra de los que no lo son, y quiere que las academias se formen por los primeros. Supongo que la Comisión no pretenderá hacer una calificación con esas palabras. Por eso suplico se sirva explicar el pensamiento que ella quiere dar á entender.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Efectivamente la Comisión puso con mucha intención esas dos palabras *ilustrados y prácticos*, por que tratándose de cuestiones relativas á



textos, no basta que sean ilustrados. Podrá haber algunos profesores ilustrados puramente teóricos, que no sean muy á propósito para escoger textos, y por otra parte, habrá profesores prácticos que no tengan la ilustración suficiente para hacer esa elección. De manera que la Comisión ha querido que los profesores tengan las dos condiciones; pues que sin estos elementos, habría mucho peligro en la elección de los textos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Simplemente para decir á la Comisión que las autoridades á quienes se dé esta resolución, se verían en un conflicto grave al hacer la calificación. En consecuencia veo la proposición atentatoria ó inútil y por eso suplico á la Comisión que la cambie ó la suprima.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Nos dice la comisión que se formarán academias de profesores para formar catálogos de libros de texto. No comprendo qué utilidad pueda tener esto.

Es costumbre en muchos países de Europa, y lo ha sido también aquí entre nosotros, aunque de una manera irregular, que las obras de texto no se aprueben exclusivamente, determinándose para que sirvan en tiempo definido, sino que se forma una especie de fiat de las obras que se presentan primero. De estas obras se forma una larga lista para que los profesores puedan en cada Estado, departamento ó distrito, escoger aquellas que les acomoden, las que crean más propias para la enseñanza, en sus respectivos establecimientos, según las necesidades de la localidad.

En nuestro país ha sido costumbre de terminar una obra exclusivamente, y de

esta manera se forma una especie de monopolio; porque aquellos que pudieran escribir obras de texto, desde el momento en que encuentran que una obra está destinada á servir un año, tres, ó indefinidamente, y ésta depende de que las academias ó esas reuniones determinen, se desaniman para escribir nuevas obras; pues hallan aniquilado el vuelo para todo escrito didáctico.

Por consiguiente, la fracción décima se nos propone, diciendo que la junta de profesores formará catálogos; no me parece absolutamente que venga á determinar nada; á menos que se diga que tendrán estas juntas la facultad de reunirse periódicamente, anualmente, ó como se quiera, para aprobar las obras de texto, que se sometan á su estudio.

Esta es la única manera, como yo considero que pueda ser de utilidad práctica esta fracción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Yo creo que precisamente esta proposición tiende á evitar el monopolio de que nos hablaba el Sr. Correa; yo creo que es muy sostenible y muy conveniente la academia de profesores con tal que fuera más vasta, es decir, que no se fijara que fueran precisamente *ilustrados y prácticos* los profesores, porque creo que debe suponerse que todos lo son.

La academia de profesores de la capital ó de las cabeceras reunidos periódicamente en junta, se ocuparían, entre otros trabajos de examinar los diversos libros que salen á luz y que pueden servir de texto. Esto es una especie de trabajo de selección preparatoria de los profesores, para que después venga sobre estos catálogos á hacerse la elección que se crea más conveniente.

Como los profesores por la naturaleza de su ejercicio se ocupan con frecuencia

de ver los diversos libros que circulan y se van formando una idea acerca de ellos, ya reunidos aquellos pueden manifestar cuáles son las ventajas que tienen ó ir fijándose en cuáles son los más aceptables para la escuela, para que más adelante la junta que definitivamente debo escoger los textos ya no tenga que recorrer todos los que se le presenten, sino aquellos que la academia, que tiene un carácter puramente científico,—todavía no oficial—ha señalado como obras aceptables.

Por consiguiente, se prepara mucho el trabajo de esta junta, se hace más fácil bajo todos aspectos y se dan mayores probabilidades de acierto.

Así es que yo creo que precisamente la proposición tiende á suprimir el monopolio que podría darle la junta oficial que definitivamente señalaría los textos.

Sólo insistiría en suplicar á la comisión redactara su proposición en términos tales que no pareciera que iba á ser una junta de un número muy limitado de personas, sino que los profesores oficiales del municipio, de la localidad, de la capital, del Estado ó del Distrito Federal, reunidos en junta se ocuparan entre otras cosas de este punto que es muy interesante; porque él da lugar á muchas discusiones pedagógicas de grande interés para el progreso de la pedagogía y de utilidad práctica para los mismos profesores.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY A.—Señores:

Yo creo que debemos contar aquí con que se trata de una iniciativa particular, y yo creo que es muy conveniente la formación de este cuerpo consultivo, entre otras razones, por ésta: los directores y profesores de las escuelas pueden ser titulados ó no y pueden ser ó no competentes; en este caso es natural que haya un cuerpo consultivo de profesores titulados,

ilustrados y prácticos que aconsejen los libros de texto que deben seguirse.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Carrillo.

EL C. CARRILLO.—Verdaderamente yo le tengo miedo al monopolio. El monopolio nos ha llenado de textos pésimos y todo lo que puede ser en apoyo de él, creo que de ninguna manera es conveniente. El pensamiento de la comisión, en general, me parece aceptable; pero yo querría ampliarlo mucho más. Nos dice que la junta se formará de profesores exclusivamente de la capital del Estado; no nos fija el número de individuos que deben formarlos, y puede resultar, si se forma, por ejemplo, de tres, que la mayoría de dos determine cuál ó cuáles obras hayan de aceptarse. Y porque estos dos individuos las acepten, tienen que aceptarlas forzosamente todos los profesores del Estado, entre los cuales pueden encontrarse personas muy competentes?

Yo no comprendo por qué se han de excluir á los profesores de las otras escuelas del Estado. Así es que desearía que los profesores todos del Estado tuvieran voto en esa academia y pudieran determinar los textos que han de ser aprobados.

De esta manera se aumenta el número de individuos que escojan las obras y no pueden sus autores ejercer su influencia sobre ellos con tanta facilidad como la ejercerían sobre los individuos.

Por lo mismo, suplico á la comisión que reforme su proposición dándole más amplitud.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Enteramente la misma idea del Sr. Carrillo es la de la comisión; y por la redacción del artículo 10º, puede verse que no porque se diga que las academias deben reunirse en la capi-



tal de los Estados, no por eso se excluye á los profesores de todos los Estados.

De manera que la Comisión cree que el Sr. Carrillo tiene mucha razón opinando con ella, y no cree que es indispensable aclarar el artículo que se discute.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Carrillo.

EL C. CARRILLO.—Para suplicar á la comisión de nuevo, que para evitar se vaya á interpretar de otra manera este artículo, se sirva aclararlo, pues no veo inconveniente en aclarar una cosa, y sí lo veo en dejarla enteramente obscura.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY A.—Yo les suplico á vdes. ó insisto en que vean que se trata de una asociación de carácter particular, y todos nosotros sabemos bien que las asociaciones son muy difíciles de sostenerse, cualesquiera que sean las condiciones en que estén, y cualesquiera que sean los asuntos que se traten, y en consecuencia, pueden muy bien no reunirse esas academias, no haber *quorum*, no haber quien decida sobre esos libros de texto; y como aquí se trata de cuestiones oficiales de la escuela oficial; pues sería muy conveniente darle otra forma, por ejemplo: «Los directores, los profesores de las escuelas reunidos decidirán sobre los libros de texto.»

No se trata de una cuestión tan ardua que los profesores y directores no puedan resolver.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Yo creo que la ley reglamentaria de la enseñanza obligatoria se ocupará de determinar y de decir quiénes son los que han de ejercer esta autoridad y á quiénes les corresponde la competencia para juzgar de los libros de texto. Ahora la ley ha dado á la Es-

cuela Normal de profesores y á la de profesoras la facultad de elegirlos. La ley más tarde dictará sin duda quiénes han de ser, bien que continúen con esta facultad las Escuelas Normales, bien que vengán á reunirse otra corporación.

En mi concepto, esas academias, esas reuniones deben estudiar los libros que se les encomienden, deben formar libros á propósito, y como una consecuencia de estos trabajos vendrá la de formar catálogos. Que se reúnan ó no y que sean creadas por los Gobernadores de los Estados, ó que lo sean á iniciativa de los Ayuntamientos, eso quedará al arbitrio de los Estados. La comisión se reduce á recomendar esto, recomendamos que haya una asamblea de profesores que obre como cuerpo docente especial.

Yo sólo le suplico á la comisión que no se limitara la academia á formar catálogos, sino que amplíe sus facultades á formar libros.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—El Sr. Cervantes se dignará tener presente que en la redacción de la proposición 10ª se dice que las academias entre sus diversas atribuciones tendrán la de formar catálogos. Así es que como se ve, tendrán otras más que les designe la autoridad; pero esto sería cuestión del reglamento respectivo.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES.—Simplemente para suplicar á la comisión que acentúe esta facultad que acabo de mencionar, porque está puesta tan en globo que no se desprende bien.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La Comisión no ha creído necesario expresar todas las atribuciones que puedan tener estas Acade-

mias y simplemente ha querido relacionarla con la cuestión de textos.

Esta es la causa por lo que se ha referido simplemente á la cuestión de catálogos. No sería posible ni quizá conveniente, establecer todas las atribuciones porque eso dependerá de las condiciones especiales en que esté cada Entidad federativa. De manera, que suplicamos al Sr. Cervantes se digne dispensarnos si no entramos en detalles.

EL C. SECRETARIO.—La Comisión presenta reformada su proposición en este sentido:

“Es conveniente que haya en el Distrito Federal y en cada una de las capitales de los Estados, academias formadas de profesores ilustrados y prácticos, nombrados por los Gobiernos Generales de los Estados para que, entre sus diversas atribuciones, tengan la de formar catálogos de obras propias para servir de texto en cada una de las asignaturas, conforme con los programas vigentes.”

Recogida la votación, por no haber quien pidiera la palabra, resultó aprobada por trece votos contra seis, y se puso á discusión la proposición 11ª.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Lombardo.

EL C. LOMBARDO.—Quisiera que la Comisión se sirviera explicarme la diferencia entre el artículo 11º y su proposición 13ª.

El artículo once dice: *«Deben excluirse etc.»* y el decimo tercero dice: *“No deben tomar parte, etc.”* Para mí, *deben excluirse* es exactamente lo mismo que *no deben tomar parte*, y como aquí no venimos á repetir, suplicaría á la comisión que suprimiera alguno de estos dos artículos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—A primera vista pa-

rece una repetición, pero el artículo 11º. se refiere á las comisiones que deben nombrarse en el seno de la academia para estudiar los textos; mientras que el 13º se refiere á la elección de los textos presentados en los catálogos: son dos funciones diversas. Sin embargo, á fin de que quede clara la idea, la comisión reforma su proposición en este sentido:

“11º. Deben excluirse de las respectivas comisiones dictaminadoras nombradas en las academias de que se habla en la resolución anterior los editores y autores de libros de texto que se examinen.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien pida la palabra se procede á recoger la votación.

Resultó aprobada por catorce votos contra cinco. Se puso al debate la resolución 12ª

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Zayas.

EL C. ZAYAS.—La lectura de la proposición que se debate, me trae á la memoria la influencia que tuvo este asunto, cuando se trató en el seno de la Academia Nacional de profesores. Allí se produjo el entusiasmo y se creó el espíritu pedagógico entre los profesores de las escuelas. Pero al ver que no se les da participio de ningún género á las escuelas normales de los diferentes Estados de la República, creo que es una injusticia que no tomen parte.

Por tal motivo, suplico á los señores representantes y á la comisión especialmente, se sirvan admitir que tomarán parte, cuando menos los profesores de las escuelas normales en la cuestión de elección de textos, pues no es justo privar á las Escuelas Normales de esta facultad.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Nada más conveniente para el profesor que la libertad com-



pleta para adoptar los libros de texto que crea convenientes. Esa libertad está bastante garantizada por el dictamen de la Comisión; pero todavía podía hacerse más extensa. La fracción que está al debate dice: "Deben quedar en libertad los directores de las Escuelas, del Municipio, Cantón ó Distrito, para que en junta elijan de entre los textos del catálogo de que se habla en la resolución anterior los que se adapten mejor á las condiciones de sus escuelas respectivas." De manera que habiendo en un municipio cinco profesores se reúnen estos cinco, y tres determinan que debe escogerse tal libro, y como en todo cuerpo colegiado la minoría tiene que someterse á lo que la mayoría determine, á pesar de que los dos profesores restantes acaban de adoptar tal ó cual texto, tienen, sin embargo, que sujetarse al dictamen de la mayoría.

Así es, que si la comisión quisiera dar esa verdadera libertad al profesor para que en su escuela acepte el texto que quiera, y para que sea una verdadera garantía esa lista de textos, sería conveniente que se suprimiera las palabras "en junta." De este modo la libertad será más completa y cada profesor, sin que la minoría tenga que sujetarse en la cuestión de textos á la mayoría, hará su elección.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Precisamente cuando se redactó este artículo, en el seno de la comisión se presentaron razones análogas á las del Sr. Correa; pero la comisión cree que hay un inconveniente en hacer la elección amplia. Esa libertad indudablemente que sería muy buena por lo que toca á la iniciativa particular de cada profesor; pero hay este peligro: ordinariamente en las cabeceras hay cuatro; cinco, seis, etc., escuelas, y como la población que á ellas concurren es pobre y

está cambiando constantemente de residencia, creemos que habrá un perjuicio grande para los niños al pasar de una escuela en que se usaba un texto, á otra donde se usa otro. Por esta razón siento la comisión no obsequiar los deseos del Sr. Correa.

La comisión tiene que manifestar que por una errata de imprenta se ha puesto en la resolución la palabra *anterior* en lugar de poner la palabra *décima*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Carrillo.

EL C. CARRILLO.—Enteramente de acuerdo con las ideas que acaba de manifestar mi respetable amigo el Sr. Correa, insisto en que es muy conveniente que se deje en la más completa y absoluta libertad á cada maestro para que elija los textos que crea convenientes. Yo no sé por qué se tiene tanto miedo á la libertad; ya los profesores han determinado que todos los textos del catálogo son aceptables y buenos para la enseñanza, ¿por qué razón no se deja en libertad entonces á los profesores para escoger de entre ellos los que crea más convenientes?

El Sr. Martínez, miembro de la comisión, á nombre de ella nos acaba de decir que se dieron razones en el seno de la misma; precisamente en el sentido de la reforma que propone el Sr. Correa, y que si fué desechada, fué únicamente porque se quiso que todos los niños de las escuelas de una misma cabecera, por ejemplo, tengan los mismos textos.

No me parece que esto sea cierto, porque en primer lugar, la proposición no se refiere exclusivamente á las cabeceras, puesto que nos dice: "deben quedar en libertad los directores de las escuelas del Municipio, Cantón ó Distrito para que en junta elijan, etc." Encuentro una grave dificultad: aunque no conozco los Distritos de otros Estados, pero en Veracruz,

por ejemplo, hay Cantones que tienen muchas Municipalidades, y éstas á su vez tienen muchas escuelas; en consecuencia, son difíciles en primer lugar, la reunión de esta junta, y en segundo, los textos que tal vez convengan á las escuelas situadas en el campo, no convendrían á otras que estén en diferentes condiciones, y por último, no creo que haya inconveniente alguno, desde el momento en que los textos están todos ajustados á los programas, en que los niños en una escuela aprendan en un texto y pasen á estudiar á otra; porque todos los textos están conformes á los principios indicados en los programas.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien pida la palabra, se va á recoger la votación.

Resultó reprobada por diez votos contra ocho, y se puso á discusión la proposición 13ª.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY A.—Como la proposición que acaba de reprobarse está en íntima relación con algunas otras anteriores que se han aprobado, naturalmente tiene que ser sustituida con otra; porque de otro modo no habría unidad en el dictamen, ni tendría fuerza alguna.

EL C. PRESIDENTE.—Haré observar al Sr. Garay que aun cuando no está esto á discusión, ya la comisión ha previsto el caso y va á quedar satisfecho su señoría.

EL C. GÓMEZ R.—La proposición 12ª queda reformada de esta manera:

12ª Deben quedar en libertad los directores de las escuelas del Municipio, Cantón ó Distrito para que elijan entre los textos del catálogo de que se habla en la resolución 10ª los que se adapten mejor á las condiciones de sus escuelas respectivas.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien pida la palabra, se procede á recoger la votación.

Recogida ésta resultó aprobada por trece votos contra cinco.

Se puso al debate la resolución 13ª.

EL C. GÓMEZ R.—La comisión presenta esta resolución reformada de esta manera:

(La leyó.)

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Para manifestar que no comprendo cómo pueden dejar de tomar parte estos profesores para elegir, supuesto que se han suprimido las juntas en las cuales únicamente podían tomar la palabra para hacer la elección. Desde el momento en que cada profesor, sin necesidad de juntas, puede hacer la elección conveniente, elegirá su texto sin que nadie pueda objetarle nada.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—La comisión retira esta proposición por inconducente.

EL C. SECRETARIO REIZ.—Entonces queda como resolución 13ª la 14ª que dice: «Para garantía de autores y editores de obras de texto, no debe cambiarse de asignatura un libro, después de tres años.»

Está á discusión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Para manifestar que á partir de la resolución 8ª inclusive, todas las he reprobado; porque las encuentro fuera de su lugar, les veo un carácter exclusivamente reglamentario y por consiguiente no compete á la autoridad respectiva determinar todos los detalles en cuanto á la adopción de textos. En consecuencia, habiendo reprobado todas las



resoluciones anteriores, he creído necesario levantar mi voz en esta materia por encontrarla atentatoria al progreso; porque evidentemente, si en el transcurso de un año se encuentra un texto mejor que los anteriores, no veo razón para que no se adopte.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Señores representantes:

A todos consta la gran dificultad que hay para que nuestros hombres de letras se dediquen á escribir libros de texto para las escuelas, y por otra parte los editores son sumamente pusilánimes para resolverse á editar libros. Si nosotros no nos proponemos dar una garantía á unos y á otros, ni los autores se dedicarán á escribir libros propios para las escuelas, ni los editores se resolverán á publicarlos.

No fué sino este el motivo por el cual aceptamos la resolución. Quizá esta explicación pese en el ánimo de los señores representantes para dar su voto aprobatorio.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—He pedido la palabra para expresar la misma opinión que el Sr. Schultz. La fracción que se discute es atentatoria al progreso, porque si en el curso de tres años se han presentado textos mejores, ¿por qué no han de elegirse?

Además, el fundamento que da la comisión es todavía más incompatible con el dictamen, porque no debemos venir aquí á determinar si hay ó no intereses particulares que se sientan heridos. Por lo mismo, soy de parecer que esta fracción sea retirada.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY A.—Casi todo lo que iba á decir lo han dicho ya mis estimables compañeros; nada más agregaría yo esto: si un autor sabe que su texto forzosamente va á durar tres años, entonces *se echa con las pelacas*, como vulgarmente se dice, y no se ocupará de hacer una edición nueva, ni procurará que su libro esté á la altura de los conocimientos modernos; mientras que si tiene temor de que su obra pudiese ser rechazada al año siguiente, puede estudiar y hacer otra edición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Aunque el Sr. Gómez ha manifestado que la comisión tuvo sólo presente los intereses de los editores, yo me permito agregar que no ha sido ésta la única razón, sino que se han tenido presentes las opiniones de varios pedagogos que proponen como término medio de tres á cinco años; porque como sabe bien el Sr. Correa, hay el inconveniente de que cambiando de año en año los textos en un solo año no se pueden experimentar bien.

Por otra parte, como los Congresos de Instrucción deben de tener lugar cada tres años, y como es probable que se reforme algo en lo sustancial el programa de enseñanza, quizá en esos Congresos haya necesidad de cambiar los textos.

Por eso hemos creído que no había inconveniente en proponer que cada tres años se hiciera este cambio de textos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Yo creo que ya no tiene lugar esta fracción, porque desde el momento en que cada profesor, en cada escuela, va á elegir textos, ya no hay una verdadera elección.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez R.

EL C. GÓMEZ R.—La comisión pide permiso para retirar la resolución.

EL C. SECRETARIO.—¿Se permite á la comisión retirar de su dictamen esta resolución?

Sí se permite.

Varios representantes presentan como adicional á las resoluciones del dictamen de textos, que acaba de aprobarse la siguiente:

Para facilitar la impresión de los libros de texto y para ponerlos por su baratura al alcance de las clases menesterosas, el Congreso cree deber recomendar al Ejecutivo la libre introducción del papel.

Está á discusión.

No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida, resultó aprobada por unanimidad de votos.

EL MISMO SECRETARIO.—Para pasado mañana se pondrá á discusión el dictamen sobre estudios preparatorios.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Francisco Gómez Flores, Secretario.*

#### SESION

**Del día 29 de Enero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. DR. MANUEL FLORES.

Asistencia de los Sres, Baz, Cervantes I., Cisneros, Correa, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Parra, Pérez

Verdía, Pineda, Carrillo, Rodríguez y Cos Miguel, Ruiz, Schultz y Sierra; y Directores, Garay, Macedo y Zayas.

A las seis y diez se pasó lista de representantes, y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Sierra Justo para una interpe-lación.

EL C. SIERRA.—En la última sesión, señores representantes, ha concluído el segundo Congreso Nacional de Instrucción, lo mejor de la obra que le había sido encomendada y que lo hace solidario del primer Congreso. Me refiero á la parte postrera del programa de instrucción primaria elemental. Y nos encontrábamos dispuestos á decir como los conductores de trenes de vapor; estamos listos—*all right*,—y seguir adelante, cuando una palabra la más autorizada, sin duda, en cuestiones pedagógicas, ha detenido la marcha del tren y hémos aquí obligados á volver, siquiera un momento, sobre algunas de las cuestiones ya tratadas, y heme aquí obligado, á mí sobre todo, que no hubiera querido nunca, por temor y por cariño, medirme con el respetable ponente de la comisión de estudios preparatorios; heme aquí obligado, por haber sido, gracias á la benevolencia del primer Congreso de Instrucción, el primero en los honores inmerecidos, heme aquí obligado á ser también el primero en el peligro.

Vengo sencillamente, señores representantes, á formular una protesta contra el anatema lanzado por el Sr. Flores contra el programa educativo adoptado por el primer Congreso de Instrucción, y creo que esta protesta se halla fundada en razones que serán evidentes para los señores representantes que por primera vez toman participación en nuestros trabajos,



y lo serán mucho más para los que tomaron parte en las labores del Congreso anterior.

En primer lugar, se nos obliga á repetir y repetir incesantemente, que se desconoce por completo el caracter de esta Asamblea, cuando se sujeta á su obra la imposibilidad material ó económica, punto de partida de argumentos, que pueden todos ellos condensarse en estas palabras: *non posumus*—no podemos; se olvida que nuestra misión, según la convocatoria que nos ha reunido en este lugar una y otra vez, es mejorar lo existente, mejorar el estado actual de la instrucción, formar planes apropiados á este mejoramiento, indicar el camino posible para llegar á él. Viendo todos nuestro encargo bajo este aspecto, ciertamente no podíamos, ni hemos podido desconocer jamás, que el límite de la imposibilidad debía existir para nuestros trabajos, para nuestros programas, para nuestros ideales; y que si es verdad que esta imposibilidad extinguía toda obligación en el pueblo y en el Gobierno á quienes debemos señalar el orden, á quien queremos obligar á seguir el camino indispensable para el mejoramiento social; es verdad también que era preciso hacer surgir ante ellos ideales positivos y concretos, era preciso mostrarles cuál debía ser la meta de estos esfuerzos, promover estos esfuerzos, sugerir estos empeños, fomentar estos afanes, y procurar que se tuviera siempre presente que cuando de la imposibilidad absoluta se podía pasar á la posibilidad relativa, en ese momento surgía la obligación de acatar el programa acordado por el primer Congreso de Instrucción.

Esta es la única explicación posible de por qué hemos podido alguna vez formular ideas y exponer doctrinas que aun cuando no tengan en todas partes una realización inmediata, sí la tendrán en el porvenir.

Esta es la primera razón; he aquí la segunda:

No creo que el H. colega nuestro á quien especialmente me dirijo, haya desdeñado tomar conocimiento de nuestros trabajos en el primer Congreso de Instrucción; pero sí me parece que algo importante de ellos se ha escapado á su estudio y que en realidad no ha tenido presente que los mismos argumentos que ahora se exponen, quedaron expuestos entonces; las mismas dificultades que ahora se suscitan, se suscitaron el año pasado, y las mismas contestaciones nos vimos obligados á poner delante de los mismos argumentos. Y digo que algo debe haberse escapado á la penetración y al estudio de quienes nos imputan constantemente haber sido soñadores, haber tratado como filósofos lo que debía haberse tratado como estadistas ó economistas; porque en este programa educativo en su desarrollo, lo que hemos procurado trazar es una serie que aun cuando está perfectamente ligada, sin embargo, contenía una división de tipos escolares desde el de las ciudades importantes, hasta el de las rancherías ó centros pequeños, para el cual existe uno más adecuado á las necesidades inferiores de nuestras clases proletarias ó rurales. Si existe un programa educativo de escuelas elementales para las poblaciones urbanas en que hay más recursos, y otro para las escuelas rurales, en que se tenía presente de una manera muy precisa la cuestión de posibilidad económica, y se provee además á la creación de colonias infantiles, de maestros ambulantes que hacía más fácil, más práctica y más positiva la aplicación de nuestro programa aun en las clases que vivieran en lo más recóndito de nuestros campos.

De manera que no ha sido que hayamos, como alguien ha aseverado, tan sólo copiado lo que se encuentra en los autores, en los libros, no; hemos diseñado la educación del pueblo mexicana-

no y para que el Gobierno pudiera realizarla hemos trazado el camino que creemos llevar hacia este objeto y le hemos dicho: esto es lo bueno. ¿Y por qué, señores representantes? Porque el primer Congreso de Instrucción había perdido completamente, gracias á las lecciones de pedagogos así extranjeros como nacionales, había perdido enteramente la fe en los antiguos programas de enseñanza; porque creía que ese programa de instrucción, reducido á sus últimos elementos, era un programa que en realidad podía ser contraproducente; porque se había hecho una condenación formal de él en algunas obras que en nuestro país son muy respetadas y muy conocidas. Precisamente en alguna que se deben á la diestra, elocuente y competente pluma del Sr. Flores, está condenado completamente por estéril todo programa tan sólo instructivo, y en ellas se hace la apología del programa educativo, como el único posible para el porvenir.

El Sr. Flores, en su exaltación genuina y profunda en favor de la difusión de la enseñanza, llegó á decirnos estas palabras, que á no haberlas repetido inmediatamente en el curso de su peroración elocuente, habría creído que padecía yo, al oírlas, una alucinación; dijo que eran preferibles escuelas malas,—señores del primer Congreso de Instrucción,—que eran preferibles escuelas malas, á estas escuelas, á este programa que es impracticable, porque no tenemos recursos suficientes para realizarlo.

¿Pues cuál es el objeto de las escuelas malas, cuál es el objeto del programa pura y sencillamente instructivo? ¿Qué vamos buscando, qué queremos? ¿A qué respondemos, á qué anhelo del país á qué necesidades de esta sociedad al reunirnos aquí? ¿Queremos que esta sociedad se regenere por medio de la instrucción, queremos que este factor,—que no es el único para la regeneración de las socie-

dades, convengo en ello, pero que es muy importante,—queremos que este factor llegue á su plena actividad sobre el pueblo mexicano? Pues entonces, para este objeto, el programa instructivo no podía ni podrá servirnos.

El Sr. Flores nos decía elocuentemente: ¿qué le vamos á ofrecer al indígena que nos ha hecho el estado de que hoy gozamos, que paga para nosotros el impuesto con su sangre, su sudor y sus trabajos, ese impuesto pagado tan laboriosamente á costa del dolor y de la miseria? ¿Qué le vamos á dar en cambio? ¿Con qué compensamos todo esto?—Con palabras inútiles, con un programa irrealizable. Vale más el alfabeto.» ¡Es decir, vale más la antigua enseñanza; es decir, la enseñanza de memoria; es decir, es necesario, que el indígena siga decorando, sin comprenderlos, los programas cívicos, la enseñanza gramatical y los libros de lectura; es decir, que debemos, abandonando los programas educativos, consagrarlos simplemente al desarrollo de una de tantas facultades intelectuales; es decir, que debemos atrofiar las demás y sólo dar cabida al desenvolvimiento de la memoria; es decir, que de esta manera debemos pagar los trabajos y la miseria en que se halla hundida la población indígena, en tanto que nosotros venimos aquí á deliberar sobre las altas cuestiones de la instrucción!

Pero, señores, ó mucho me equivoco, ó esto es completamente contraproducente; ó mucho me equivoco. El Sr. Flores encuentra en esta raza indígena indicios claros de una especie de decadencia vital, «si es ésta, nos decía, una raza que declina, es preciso consolarla siquiera en sus últimos momentos.»—Yo no creo que decaiga, yo creo que esta raza que ha dado muestras de colosal energía, no está próxima á perecer, pero que ha llegado precisamente el momento de despertarla, y que para despertarla es enteramente necesario el programa educativo.



¿Por qué, señores, es necesario este programa?

Pues, porque él despierta al conocimiento de los fenómenos naturales, y porque despertando al conocimiento de los fenómenos naturales, borra de la mente, de la imaginación de los ignorantes, disipa en torno de ellos esa atmósfera de superstición, en que han vivido nuestros indígenas, y que es realmente fomentada por la influencia clerical que los ha mantenido pegados al suelo sin poder nunca levantar la cabeza para ver al porvenir.

(Aplausos.)

No es, señores, el maestro del simple programa de lectura y de memoria el que ha vencido, como se ha dicho frecuentemente, en Sadowa; es el maestro que ha creado las virtudes cívicas; es el maestro que ha enseñado al hombre su solidaridad con las leyes naturales; es el que ha preparado al pueblo alemán para sus grandes victorias y sus triunfos definitivos. Esto no lo digo yo, esto lo han dicho Moltke, Federico III., el Noble, como le llamaba propiamente su médico; los médicos de Alemania dicen: su asesino.

Y es verdad que todo lo debemos á ese poder; voy á tratar de esto.

Mi palabra es difícil, mis argumentos poco pueden,—pronto se hará cargo de ellos el Congreso,—poco pueden contra la dialéctica apretada, fuerte, incansable, elocuente de la persona á quien provoqué á una explicación; pero voy á citarle una autoridad que para él puede ser decisiva; por las ideas que le he oído expresar tantas veces en nuestras conversaciones íntimas, y por las emitidas en su último discurso. Es precisamente la gran autoridad sociológica á quien refiere sus doctrinas: aludo al malogrado autor de la «Historia de la civilización en Inglaterra,» á Buckle, y me refiero á él, porque el Sr.

Flores, al hablarnos de la necesidad de difundir la enseñanza, como un medio de evitar la creación únicamente de castas ilustradas que tiranizasen al país, se refería al pueblo español, diciéndonos: por no haber difundido las luces, por no haber difundido un programa, aunque sea este programa malo de instrucción que aquí me atrevo á recomendar como cosa aceptable; por esto todas las medidas liberales del ministerio de Carlos III., el único Borbón que pareció tener bishombres en el siglo pasado de las necesidades del porvenir y del progreso humano, precisamente,—decía,—por no haber hecho esto, esa obra quedó extinguida en el transcurso de cinco años.

Pero no es esta causa, sin embargo, la que Buckle asigna á estos fenómenos; él asigna otra que se parece mucho á la causa que yo vengo á defender aquí. Parece, como van á oír los señores representantes, que las palabras de Buckle, podrían condensarse en éstas: ¿por qué no se adoptó un programa de instrucción para las clases desheredadas en que hubiesen algunas nociones de ciencias que las condujeran á interpretar bien los fenómenos, que las prepararan al advenimiento de las verdades superiores para que abriesen los ojos? Por no haber hecho esto esas poblaciones durante muchos siglos, durante toda su vida, educados por el clero siguieron perteneciendo al clero.

«Cualquiera mejora,—dice el autor á quien acabo de aludir,—necesita en España seguir este derrotero: disminuir la superstición del pueblo y esto no puede efectuarse sino por el progreso de las ciencias físicas que, familiarizando al pueblo con las ideas de orden y regularidad, merman gradualmente las antiguas nociones de perturbación, de prodigio, de milagro, y habitúan al espíritu á encontrar la explicación de las vicisitudes humanas en las consideracio-

« nes naturales y no en las puramente sobrenaturales.»

Me parece, señores, que esta es la verdadera razón, y que esta razón, puesto que se trataba de un pueblo que tiene y ha tenido una comunidad de vida y civilización con el nuestro y que tiene cualidades y defectos iguales á los nuestros, me parece que esta misma razón debía impulsarnos á dar cabida á la enseñanza científica, siquiera fuese rudimental, en nuestro programa educativo; porque lo que queremos, lo repito, es precisamente,—y así tuve el honor de decirlo ya en el primer Congreso,—es concluir con la superstición, acabar con las explicaciones que por medio de causas sobrenaturales, da á todo fenómeno el indígena, y que ha sido una consecuencia necesaria, indispensable de su educación; era preciso llegar á este fin, con un programa educativo; era esta una condición *sine qua non* de toda innovación, porque los otros han sido ensayados ya. De lo contrario, nunca podrá vencerme el Sr. Flores.

Es más, señores, en su obra de pedagogía, que goza muy merecidamente de tanto prestigio entre nosotros y por lo cual muchos de nosotros podemos llamarlos discípulos suyos, dice en el Capítulo sobre *conocimientos indispensables*: Los conocimientos que deben constituir la instrucción primaria serán: la lectura, la escritura, la aritmética, la lengua materna, un conjunto de nociones científicas que, si bien empíricas y limitadas á lo más fundamental de lo que forma el asunto especial de cada ciencia, sean por una parte preparación para conocimientos superiores, y por otra un manantial fecundo de aplicaciones útiles.» (Flores.—Tratado elemental de Pedagogía.)

De manera que nosotros estábamos autorizados para pensar así, y sólo se explica el discurso pronunciado en la última sesión por el Sr. Flores, por una especie de exaltación; debida á sus absorbentes

preocupaciones económicas. De todas maneras apelo del Sr. Flores al economista Sr. Flores, pedagogo.

Y todavía hay más; si los que su señoría, si los que refutan ó consideran impracticable el programa educativo, quieren la regeneración del pueblo mexicano, si este es el fin principal de nuestros propósitos, si nada vale todo lo que aquí hagamos siempre que no vaya encaminado á este fin, si no se trata,—y todos creemos que sí se trata de esto, de facilitar los medios para regenerar moralmente al hombre mexicano, entonces, ¿cómo nos recomendaba el simple programa instructivo en su discurso?

Ya lo decía yo antes: esto va enteramente contra el fin que todos buscamos.

El más notable de los jurisconsultos de la moderna escuela penalista italiana el, Sr. Garofalo, escribe en su obra sobre criminalología, del año pasado, estas palabras que son tristes y que nos obligan á meditar profundamente sobre la cuestión:

« La estadística nos enseña que la instrucción literaria alfabética no es por cierto enemiga del crimen. En Italia, donde la instrucción ha comenzado á ser ampliamente difundida desde 1860, se ha visto desde entonces precisamente crecer por amenazante manera la cifra de la criminalidad. En Francia, en 1826, por cada cien acusados, dice Hanssonville, 61 eran analfabéticos, y 39 habían recibido una instrucción más ó menos desarrollada. Hoy la proporción es inmensa: 70 alfabéticos (por lo bajo) entre 38 que no lo son. Esta inversión se explica perfectamente por la difusión de la instrucción primaria, y como está lejos de haber disminuido el número de crímenes, la instrucción no ha hecho más que aumentar la proporción de criminales en la clase alfabética sin disminuir la criminalidad. Sin concluir de todo esto que la instrucción tenga una influencia maléfica, podemos limitarnos á ates-



« tignar que su influencia benéfica es nu  
« la, así, pues, la pobre arma del alfabeto  
« de que se esperaban maravillas, ha sido  
« rota por la estadística. » (R. Garofalo  
4 á criminología, 2ª edic.)

Pues bien, señores, entonces el objeto que buscaba el Sr. Flores no se puede encontrar; precisamente el programa alfabético que él desea, es para las clases que más necesitan evidentemente,—por tener horizontes más estrechos,—de la regeneración moral y ya se ve es estéril. ¿Lo será menos el programa educativo? Lo dije en mi discurso en que tuve el honor de exponer los trabajos del primer Congreso. Yo no veo que aquí podamos por medio de escuelas más ó menos educativas, por medio de programas más ó menos científicos, ni hacer la felicidad del pueblo mexicano, ni nada parecido: creemos simplemente que por estos medios lograremos despertar un poco más la noción de responsabilidad en almas que casi no la tienen, y marcar de una manera más cierta y positiva la idea de nacionalidad en este vasto conjunto heterogéneo hasta hoy que se llama pueblo mexicano. Esto es lo que buscábamos precisamente, la responsabilidad, y nada más. En este sentido vimos la cuestión moral; no porque se aumentasen ó disminuyesen los criminales, sino para inculcar más profundamente la noción del deber en el hombre que saliera de la escuela educativa, mostrándole, aunque en breve sinopsis, que todo está sometido á leyes y nada está en la naturaleza sujeto al capricho y nada debe estarlo ni en la sociedad ni en la conducta.

Llego, señores, á la interpelación para que he pedido la palabra. Es ésta: siendo nuestro deber principal y supremo difundir la instrucción elemental, aplazando todo trabajo de perfeccionamiento hasta que la difusión esté consumada, ¿en qué podía fundarse nuestro derecho de ocuparnos en ese proyecto de estudios su-

periores, es decir, de perfeccionamiento que vamos á discutir?

El ponente de la comisión de estudios preparatorios que el Sr. Flores nos decía, exponiendo una teoría que, según nos anticipó, podía ser tenida por una paradoja; paradoja que, según decía también, al principio podía causar una profunda sorpresa; después no.

Mas meditando sobre ella, confieso, señores, que mi sorpresa duró hasta el fin.

He aquí en lo que consiste la teoría: «no debemos preocuparnos por ahora, en el actual momento histórico, como se dice, de la cuestión de perfeccionamiento; es necesario preocuparnos exclusivamente en otra obra inmensa, es necesario ocuparnos en la cuestión de la difusión de la enseñanza.» Y á mí se me ocurría, al escuchar esta teoría expuesta brillantemente, ¿pues á quiénes se encargará de difundir esta enseñanza, á quiénes estará encomendada esta obra, á quiénes? ¿A la ciencia infusa, donde algún espíritu santo encontrado por la escuela moderna? ¿Podrá repentinamente, sin escuela de perfeccionamiento, sin preparación, sin nada, convertirse en capaz de difundir la enseñanza, el hombre encargado de ella? ¿Dónde se educa, dónde se forma, quiénes lo enseñan?

Pues si es preciso enseñarlo, prepararlo, ¿quiénes lo enseñarán, quiénes lo prepararán? Y de esta manera subía yo en mi imaginación en una escala hasta llegar á ese *sancta sanctorum* en que nos veda penetrar el Sr. Flores: la enseñanza superior. Y yo me decía: no, la ciencia no sube, la ciencia baja; la ciencia viene de las cimas, la ciencia se elabora en lo alto; es preciso, para que descienda y se difunda, que haya alturas de donde las corrientes bajen y se desaten en secundar venas por el suelo.

(Aplausos.)

El Sr. Flores apoyaba su teoría con algunos conceptos históricos. Yo, señores,

no voy á pretender refutarlos; porque consideraría pretencioso venir aquí á una especie de certamen ó lucha histórica que, por otra parte, abordaría de buen grado si no fuera porque me está encomendada, muy inmerecidamente, una clase de historia en una Escuela Nacional. Pero en esta coincidencia marcada por el Sr. Flores entre la aparición de una clase ilustrada en la sociedad, y la aparición de la tiranía, no me parece tener la explicación que él cree, no me parece encontrar entre estos dos hechos, si alguna vez coinciden, la relación de causa á efecto que les encuentra el Sr. Flores. Nos decía: Recordad, señores representantes, recordad los tiempos de Luis XIV; ¿qué sucedía? Las clases ilustradas, la minoría ilustrada en un pueblo ignorante era la que tiranizaba ó ayudaba al tirano»

¡Ojalá señores! La tiranía que entonces había no era la tiranía de una clase ilustrada; era la tiranía de un rey absoluto que tenía á sus pies una turba de cortesanos. ¡Pero el hombre ilustrado! ¿Quién era el hombre ilustrado en la época de Luis XIV?

El hombre ilustrado era el gran escritor, el gran literato; pero ¿el hombre de ciencia? El hombre de ciencia no.

Por lujo pagó el gran rey un observatorio para estudios astronómicos de alguna importancia; hubo algunos trabajos de geodesia de algún valor; pero ¿la ciencia que buscaba? la explicación de las cosas, no era bien mirada! Todo estaba subordinado á la religión y á la política. No, la ciencia no gozaba del favor del Soberano, lo gozaban algunos escritores que no gobernaban á Francia, por cierto, y estaban atendidos ¡pobres, desgraciados hombres de genio! á una situación especial que los obligaba á doblar la cabeza tristemente, vagando perdidos entre las turbas que se agolpaban en las antesalas del gran rey, esperando una pensión ó

una sonrisa. Pero ¡qué habían de gobernar!

Ni los más grandes de entre ellos; ni Racine, ni Corneille, ni Bossuet, ni Fénelon, ni Molière; no, ninguno. ¿Y el hombre de ciencia? excluido, lo repito, hasta de los que rodeaban al rey, de los que pedían sus favores y que cantaban sus alabanzas: de éstos que habían recibido una educación meramente literaria y clásica.

Pero la época de los grandes pensadores, esa había pasado; se había detenido; había de llegar otro tiempo, otra época en que volverían á circular esa savia destinada á hacer florecer el gran árbol del pensamiento humano en Francia, y de los frutos de ese árbol, buenos ó malos, vivimos todos nosotros todavía, señores representantes.

De España, también hablaba el Sr. Flores. Pero ¿qué clase ilustrada gobernaba á España? ¿Cuál era, dónde estaba?

Uno que otro representante de la filosofía del siglo XVIII extraviado entre los cortesanos de Carlos III; alguno que otro que poseía perspicacia política. . . . Hombres de ciencia no había ninguno. Hombres de algunas miras profundas sí y á estos pocos se les escuchaba.

Mas lo que se llamaba «clases ilustradas» ¿cuáles eran? Pues los teólogos, y ¿qué teólogos, señores? son los que han dejado la más insignificante historia en la del pensamiento teológico.

El Sr. Menéndez Pelayo ha dicho: «España tiene la gloria de haber defendido las ideas que son la base»—(poco más ó menos esto dijo, aunque con su habitual elocuencia)—«de la sociedad, sobre la cual está zanjado el edificio entero del porvenir, del presente y del pasado, con ejércitos de teólogos.» Es verdad que ya no tenía otros ejércitos de que disponer la pobre España. Las aventuras de los príncipes de la casa de Austria, habían acabado con los ejércitos que habían pa-



seado en otro tiempo victoriosos por Europa. Ahora eran ejércitos de teólogos, los soldados de la sombra. Ni uno de sus nombres ha quedado; si alguno ha merecido pasar á la historia (hablo de las del pasado siglo) fuera de los de la perseguida compañía de Jesús, era el del que protestaba contra esa teología, contra esa enseñanza; como Benedictino Feijóo que en cierto modo ha seguido Buckle en la parte de su obra referente al intelecto español y que sostuvo ideas, si bien algo superficiales, con frecuencia admirables, por su perspicacia y verdad.

Pues bien, señores, no había clase ilustrada dominante: la clase teológica no era ilustrada; lo era en cuestiones simplemente literarias ó casuísticas, la clase científica no existía.

Entonces, ¿dónde está esa minoría opresiva creada precisamente por la falta de difusión de las luces, por el programa de perfeccionamiento de la educación?

No, señores: la verdad es que el trabajo de perfeccionamiento y de difusión debe marchar de acuerdo, que el uno se hace indispensable para la otra, y que el primero forzosamente ha precedido siempre al segundo. Esto se ve en todo organismo, y así es como debe suceder; nunca ha empezado la difusión sino cuando una minoría se ha encargado de ella; nunca ha empezado la ilustración sino por núcleos de donde ha irradiado más ó menos lentamente. No es una amenaza para la sociedad la formación de una clase ilustrada por medio de los trabajos de perfeccionamiento, es una necesidad, con tal que esa clase se imponga el deber de difundir el conocimiento. Todo lo que esto no sea, es un paradoja imposible.

Y tengo para decirlo otra autoridad que me parece que va á arrancar por completo la persuasión de la Cámara: la del señor relator de la comisión de estudios preparatorios. El nos ha dicho terminantemente, en su bien pensado dictamen:

«Mucho importa á las naciones la acertada organización y la completa difusión de la enseñanza elemental; sin ella es imposible la existencia de ese protoplasma social susceptible de organización y de evolución que se llama el pueblo; pero mucho les importa también la acertada organización y la suficiente difusión de la enseñanza superior, sin la que no puede haber en la sociedad fuerzas organizadoras ni movimientos progresivos..... apoyadas en el pueblo y estimuladas por él, las clases ilustradas dirigen el movimiento público y si importa mucho que haya pueblo á quien puedan dirigir, no importa menos á esto último tener quien sepa conducirlo.»

Me parece que esta refutación del discurso del Sr. Flores es concluyente; que aquí se demuestra que no hay difusión posible, sin educación previa de una clase ilustrada. Y que por eso tenemos derecho de organizar estudios superiores á pesar de que todavía algunos millones de mexicanos son analfabéticos. Pero que parece también que me he equivocado, y al llegar al fin de este mal pergeñado discurso, estoy tentado, señores representantes, de retractarme. Yo creo, á medida que lo pienso más, que he oído mal y que el Sr. Flores no nos dijo lo que yo he creído que ha dicho ó que no ha querido decirlo; yo creo que cuando al terminar su arenga nos hablaba de esa tiranía terrible de las minorías ilustradas y apelaba á no sé qué ideas de demagogia de la enseñanza primaria y de nivelación social alfabética, no ha querido ingerirnos ideas que recordaban, ¡tristes recuerdos! lo que Plutarco decía de los tiempos de Pericles, en que los sabios necesitaban ocultarse para estudiar, porque no se creyera que aspiraban á la tiranía; ideas que recordaban ¡tristes, mucho más tristes recuerdos! lo que el presidente del jurado que condenó á muerte á Lavoissier, decía; la República no necesita sabios.

Sí los necesita, señores; y los necesita precisamente como éste á quien especialmente me dirijo, y cuyas elocuentes palabras va á escuchar la Cámara. Y espero confiado, en que al final de su discurso, teniendo un poco de piedad para el programa educativo, nos dará su venia para que podamos exclamar como los conductores de trenes americanos: ¡all right!—que marche el tren!

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores Manuel.

EL C. FLORES MANUEL.—Señores representantes:

Tendría derecho á sorprenderme de no haber sido oportunamente advertido de la licencia que hoy se me dispensa.

Los hábitos parlamentarios exigen que cuando se lanza una interpelación, el interpelado sea oportunamente prevenido para poder preparar su contestación. Y estoy tanto más sorprendido, cuanto que se trata del Sr. Justo Sierra, cuya benevolencia para conmigo es incontestable y hacia quien profeso un sentimiento de profundo respeto.

Pero, señores, cuando vine en la sesión pasada en que se debatió la cuestión de títulos, á exponer las razones poderosas que, en mi sentir, y entiendo que un poco en el sentir del Congreso, hacían susceptible el dictamen, y en cuya virtud fué desechado, había estudiado el punto lo bastante para crear convicciones.

Créalo el Sr. Sierra, créalo el Congreso: soy susceptible de equivocarme, pero nunca engaño; cuando cae de mis labios una razón ó un argumento, esa razón y ese argumento emanan de mi conciencia.

Vine entonces á exponer convicciones y ellas subsisten todavía.

Subo á esta tribuna lapidado por autoridad de grandísimo peso, desgarradas las vestiduras por ataques certeros y muy

bien preparados; pero mis ideas y los principios que sustuve no han sufrido absolutamente la influencia de esos ataques, permanecen intactas, tales como estaban en la sesión en que las expuse.

Yo no sé hasta qué punto tenga derecho para resucitar la discusión de un punto ya muerto. Si las razones que expuse fueron malas, tanto peor para mí; pero entiendo que el Congreso no es menor de edad ni susceptible de dejarse guiar por espejismos; entiendo que si influí de alguna manera en atraer un voto hacia mis convicciones, este voto fué consciente y razonado, no fué arrancado por ningún género de sorpresa, por ningún género de violencia. En tal virtud, si el Congreso se ha pronunciado ya sobre esta cuestión, no sé á qué vendría un debate sobre la misma materia. Pero en todo caso, desde el momento en que el Sr. Sierra se coloca en este terreno, me veo en la precisión de seguirle, y desde luego comienzo por manifestar que su señoría no ha mostrado, al analizar sus principios, la misma indulgencia que acostumbra usar para mi persona.

Si, difícil, es señores, cuando se escribe un libro, en el reposo del gabinete, á solas consigo mismo y con esos consejeros que pacientes y mudos esperan en los estantes que vayamos á consultarlos, con todas las condiciones de sangre fría y tranquilidad de espíritu, sin causas exteriores que nos impidan el justo razonamiento; difícil es en tales condiciones, expresar el pensamiento tal como se concibe, y más aún, inculcarlo tal como se expresa. ¿Será fácil en el acaloramiento de un debate, será fácil en los momentos en que se ocupa la tribuna, entre autoridades tan respetables como sois vosotros y ante una cuestión tan alta?

Hay que tener indulgencia con el orador, no tanto en el sentido de no silbarlo cuando lo haga mal, cuanto en el de saber interpretar bien lo que dice. Yo no he



tomado á mal en mi discurso los argumentos de mis adversarios; y los interpele para que me digan, ¿cuál de ellos no los he tomado en el sentido más favorable, cuál de ellos los he vuelto al revés ó los he exprimido para que dé por resultado una gota siquiera de hiel ó de amargura en contra de la persona que lo había formulado?

\* Sin embargo, no se ha hecho otra cosa con mis argumentos. He planteado la cuestión en forma de teorema científico analizando las dos influencias que en el orden de la enseñanza constituyen el progreso, y he tratado de distinguir un elemento del otro, para saber qué parte de influencia corresponde á cada cual.

Yo no he afirmado que pueda existir simplemente la difusión de la enseñanza sino su perfección, ni he afirmado tampoco que pueda existir sólo la perfección sin la difusión, ni podía haberlo afirmado nunca porque son dos fenómenos conexos. Late el corazón á la vez que el pulmón hace sus movimientos de expansión; son estos dos fenómenos coincidentes y simultáneos que contribuyen de una manera el uno y el otro al mantenimiento de la vida, y porque el fisiologista estudia separadamente las pulsaciones cardíacas como factores de la vida, ¿se le puede decir que ha olvidado que existe y cómo funciona el pulmón?

No, señores, esto es desconocer cómo se procede en las investigaciones científicas. El médico puede afirmar que cuando el corazón se hipertrofia, la salud está alterada, la vida está amenazada, sin que por eso haya negado nunca el funcionamiento de las otras vísceras.

Eso fué lo que sostuve yo. Hay una hipertrofia en la República—no cardíaca, sino cerebral; somos unos hidrocefalos, con una cabeza colosal sobre miembros raquíuticos y miquinos.

(Aplausos)

Y yo, señores, he abogado porque no

sigamos con nuestra trompeta pedagógica soplando é hinchando esa cabeza, sino que con una gimnasia adecuada veamos la manera de proporcionar el resto del organismo á esa cabeza que lo hace vacilar. Pero yo no he negado la existencia del cuerpo, la he afirmado, y tan la he afirmado que lo van á ver los señores representantes, de manifiesto, y de paso demostraré también á los que no han tomado mis argumentos como deben tomarse, que no se ha tenido conmigo indulgencia en la tribuna ni se ha interpretado mi pensamiento como se debía.

El Sr. Sierra, para demostrar que me equivoqué de medio á medio que me contradigo en mi dictamen y en los conceptos vertidos en mi discurso, me cita párrafos, que va á ser necesario que os repita para poderlos explicar cómo ellos demuestran, no que me contradigo, sino que mi dictamen no es más que la confirmación de lo que dije en mi discurso.

«Mucho importa á la nación—decía yo—la acertada organización y la completa difusión de la enseñanza elemental; sin ella es imposible la existencia de ese protoplasma social susceptible de organización y de evolución, y que se llama pueblo, etc.»

Con que ya lo veis, aquí estoy diciendo que si no se difunde la enseñanza elemental, no hay pueblo; ya lo oís, y aun se me dice que me contradigo.

«De las clases ilustradas emanan las instituciones y las leyes, ellas fomentan la industria y alimentan el comercio, ellas descubren é inventan, por ellas progresan las ciencias, las artes y las letras, y en suma, son ellas las encargadas de iniciar, elaborar y consumir la grandeza, el poderío y la felicidad de las naciones. Apoyadas en el pueblo y estimuladas por él, las clases ilustradas dirigen el movimiento público, y si importa mucho que haya pueblo á quien puedan dirigir, no impor-

ta ménos á este último tener quíen sepa conducirlo.»

¿Qué cosa es pueblo? Es un protoplasma social, susceptible de organización y de evolución, es decir, es el hombre instruido. Luego ya veis que sostengo lo que sostenía en mi discurso; que para que haya progreso social, se necesitan clases directoras que sean las que dirijan al pueblo; al pueblo, no á una manada de ovejas.

La verdad es, señores, que cuando estudiamos un fenómeno nos servimos del escalpelo y separamos uno de otro los órganos ó elementos de que el hecho complejo consta; y siempre incurrimos en la crítica de que hemos olvidado los otros factores.

Yo pregunto ¿qué estudio es posible sin el análisis, cómo vamos á averiguar la influencia de un factor determinado si no lo separamos de los otros que necesariamente lo acompañan? ¿Qué otra cosa es el trabajo de la ciencia? ¿Qué estudio, la geometría? La forma. ¿Dónde encontrar la forma pura, aislada, independiente, jamás mezclada y combinada con las demás propiedades de los cuerpos?

Y sin embargo, la geometría es un estudio posible, que conduce á resultados exactos; la geometría es aplicable, y se aplica todos los días á las operaciones más vulgares del trabajo humano, y precisamente por esto es aplicable y aplicada. Y así como se pudo estudiar la forma con independencia de las demás propiedades de los cuerpos, así pude yo estudiar la influencia, separada del perfeccionamiento de la enseñanza y atribuirle á la primera, los efectos que le atribuí con justicia, y á la segunda los efectos que le asigné con exactitud.

Yo dije que cuando no se difunde la enseñanza—y siento que los señores taquígrafos no hayan traducido aún mi discurso,—y sólo hay clases privilegiadas que la reciben, estas clases privilegiadas toman una de dos actitudes; ó la alianza con

éste para el destronamiento de aquel. Se me dice que en tiempo de Luis XIV no eran los hombres ilustrados ni las clases privilegiadas las que tiranizaban, sino que era el rey. Eso dije yo. Pero agregué que esa tiranía fué posible porque la toleraron, porque la apoyaron los cortesanos científicos. Precisamente por eso, Bossuet ese hombre de genio, ese cardenal cortesano lloraba lágrimas de sangre y exclamaba ante el cadáver de Madame, «*Madame se meurt, Madame est morte.*»

En consecuencia tuve razón en lo que dije del siglo de Luis XIV, y la tuve después cuando afirmé que llegó un momento en que los enciclopedistas prepararon el advenimiento de la clase que derrocó la monarquía, y que vino Napoleón á tiranizar de nuevo á esta clase. Recuérdese el análisis que hice de la Asamblea Constituyente el eminente Taine, cuéntese el número de diputados y distribúyanse en clases, y se verá que la mayoría estaba constituida por lo que entonces se llamaban clases ilustradas; no por hombres eminentes que siempre son excepcionales, sino en suma, por hombres, como son nuestros compañeros de Congreso; esa clase que dominaba ahí, estaba compuesta de abogados, de médicos, de farmacéuticos, de propietarios, del clero, de la nobleza, de todos esos filósofos excépticos que se dejaron después guillotinar. De ahí emanó la Constitución, y la Constitución no fué, socapa de los derechos del hombre, y de toda esa gran ópera patriótica, más que la tiranía que condujo al terror.

Señores: Cuando Taine ha escrito cuatro volúmenes para hacer este brillante análisis, excusadme que yo no pueda hacerlo en cuatro minutos; estas cosas no son declamatorias; se hacen como en geometría, con razonamientos bien hechos que demuestren los teoremas.

Vino, entonces, el segundo caso que yo decía: que cuando la clase ilustrada derroca al poder público, se sustituye á él,



y á su vez tiraniza, con buena intención, de buena fe, pero tiraniza, y ¿por qué? Precisamente porque creyéndose ilustrada y superior á las demás, quiere establecer sobre ellas una tutoría, y todos los tiranos empiezan tutoreando, pero acaban estrangulando.

(Aplausos.)

El advenimiento de Napoleón contra-prueba mi principio:—Ya tenemos una faz, la de subordinación de la clase directora al poder constituido, un poquito ayudada por emolumento, dignidades, consideraciones, etc., etc. Luis XIV,—segunda faz: las clases ilustradas derrocan al poder constituido y tradicional y lo constituyen con otro más tiránico y despótico que el anterior; porque no se me podrá decir que se vivía más libremente y se gozaban más derechos y atribuciones durante el año 33 que en el siglo de Luis XIV.

Viene la contraprueba, viene Napoleón, y, ¿qué hace?

En primer lugar, deshacer todo lo que hicieron los sabios constituyentes, los terreristas y los jacobinos; en segundo lugar, allegarse todos los elementos de la clase instruida y poderosa del país, para gobernar con ellos, gobernándolos, creando esas plazas colosales que daban cuatrocientos y quinientos mil francos de emolumentos al año, verdaderas fortunas: a veces, establecer la Legión de Honor, fundar el Instituto, la Academia, y dotarlos espléndidamente; en suma, halagar á las clases directoras, para que éstas le secundaran. Creedlo, señores, si Napoleón limita su ambición á dominar á la Francia no hubiera caído jamás. Porque á Napoleón lo ha derrocado la Europa no la Francia; y sin embargo, se realizó con él el fenómeno tal como lo he indicado.

Creo con esto, señores representantes, haberos dado una idea del origen y la fuente de mis convicciones; pero mi discurs-

so tenía un fin más alto, más trascendental y más importante; yo, señores, venía á hablar aquí en nombre de un principio de justicia: no puedo comprender cómo se grava con terribles impuestos, que llegan á dejarla en la miseria, á la clase tan numerosa del pueblo mexicano; para fundar grandes establecimientos de instrucción y de enseñanza, para uso particular nuestro. Yo, señores, es lo dije: devolved á esa gente en instrucción, lo que ella os da en impuestos de dinero, y en impuestos de sangre, y ese principio de justicia es el que me hizo hacer una comparación entre la suerte de la clase indígena y la clase criolla, grupo pequeño de privilegiados á que pertenecemos.

El Sr. Sierra, confundiendo— y disculpo á su señoría, porque también él estaba en la tribuna—la cuestión de doctrina, con la cuestión de método, de una manera tan lamentable, porque yo digo que se enseñe á leer á los indios, me acusa de que no quiero darles educación; y me sorprende que lo diga cuando evidentemente ha hecho á mi libro la honra de leerlo, y yo demuestro en él que precisamente, siguiendo los procedimientos modernos al enseñar á leer, se puede hacer la educación de la persona; todo es cuestión de modo. Arrancad de las manos del niño el silabario de San Vicente, ponedle en el pizarrón las palabras normales, y con este pequeño golpe de prestidigitador, habreis convertido la enseñanza empírica en racional y habreis pasado del método enteramente instructivo al método altamente educativo.

Entonces ¿para qué venir á acusarme de que quiero sustituir la enseñanza educativa con la instructiva?

Para la aritmética, por ejemplo, arrancad de las manos del niño la tabla de sumar, que no esté repitiendo durante todo el tiempo de su estancia en la escuela, que 2 y 2 son 4, que 4 y 2 son 6, y en lugar de esta tabla y de esta aritmética, dad-

le canicas, piedrecillas de hormiguero, ó guijarros recogidos del arroyo cercano y ponedle problemas relativos á las diversas operaciones aritméticas, sustituid gradualmente con cifras los objetos y habreis hecho de la enseñanza de las cuatro reglas que tanto detesta el Sr. Sierra,—una enseñanza eminentemente educativa. Hé aquí cómo la lectura, la escritura, la aritmética, no sólo han podido ser inculcadas con toda perfección, sino que han suministrado elementos importantísimos á la educación, sin necesidad de grandes museos escolares ni de gabinetes de física, ni química; hablad á los alumnos del insecto, del arco íris, de la tempestad, de la lluvia ó del granizo, dándoles á conocer estos fenómenos naturales; habladles así mismo de la organización de la sociedad, etc., etc., y habreis obtenido de esta manera una enseñanza científica, dando en una forma empírica conocimientos sólidos. La escuela en la que se enseña á leer, escribir y contar, por un método adecuado, y en la que se hacen conferencias en forma socrática sobre estos asuntos, es una escuela que no cuesta gran cosa y que puede y debe en todas partes ser útil para la regeneración de la clase indígena.

Yo no me he hecho reo de querer que prepondere en el país la instrucción, sobre la educación.

Hace muchos años, señores, que me afano y me desvivo pregouando á todos los maestros la necesidad de subordinar la instrucción á la educación.

Perdonadme, señores, si os he ocupado tanto tiempo. Pudiera también haberme dado seis ú ocho días de biblioteca para traeros más autores y más textos; no lo he hecho aún, porque no lo creo necesario.

¿Opinais como yo opinaba el otro día? Pues es inútil que os confirme, opiniones que ya teneis. ¿Opinais en contra? Eso día lo disimulásteis, y si á pesar de eso opinais aún en contra, no es esta la co-

yuntura para que yo pueda cambiar vuestras opiniones.

Para concluir, voy á contestar á esa interpelación terrible que se me ha dirigido. Todo lo anterior es nada, comparado con esa contradicción estúpida en la que se me pretende atrapar.

Se me dice: ¿Cómo os poneis á dictaminar y á reglamentar la enseñanza preparatoria, cuando sois partidario de la difusión de la enseñanza elemental?

Pues por dos razones: la primera y principal es que los sacrificios que la enseñanza preparatoria impone, son relativamente insignificantes y sus resultados son incomparablemente grandes. Se puede perfectamente, sin distraer mucho los fondos destinados á la difusión de la enseñanza, mantener un grupo pequeño de escuelas preparatorias, en los centros más poblados del país, sin que esto, repito, sea una sangría muy considerable hecha á la instrucción elemental y subviniendo así á una necesidad que ya el Sr. Sierra nos había hecho patente, hace un rato, por medio de una figura de retórica admirable que mereció un general aplauso, pero que no tuvo aplicación al caso en cuestión.

Nos decía el Sr. Sierra, que es necesario, para difundir la enseñanza, que haya quien enseñe, que haya maestros, y para que haya maestros, se necesita que haya otros que enseñen á los primeros. Claro, y para que haya maestros que enseñen á estos últimos, se necesita otros, y para estos, otros más, etc.; pero calládoselo,—porque esto no lo dijo, mas deslizándolo en su figura retórica; porque las metáforas son patines admirables, dió á entender que para enseñar al segundo, se necesita un maestro de conocimientos incomparablemente mayores, que para éste se necesita otro de conocimientos todavía mayores, y que en suma, sólo la divina providencia podría venir á enseñar á un maestro enseñador de todos los otros.

(Aplausos.)



De aquí esa especie de tinaco pedagógico que el Sr. Sierra colocó á una altura prodigiosa y de donde decía que iban á descender las corrientes que había de fecundar el valle, en la hipótesis de que haya corrientes que descendan y de que haya valle que fecundar.

Para combatirme el Sr. Sierra con éxito, debió haber hecho punto omiso del valle y de la corriente, y considerar sólo la excelsitud del tinaco, porque no dijo, y esto era necesario, so pena de que ese tinaco quedara inútil, que sus corrientes descendieran para fecundar, es decir, que los tinacos deben colocarse arriba para que el agua baje y que no debe haber agua arriba, cuando donde se necesita es abajo; es decir, que no debe perfeccionarse la instrucción sino con la mira de difundirla en las clases inferiores, y para esto no se necesitan esos maestros sobrenaturales que el Sr. Sierra supone. No es exacto esto. Me permito hacer á su señoría esta rectificación: claro es que el maestro debe saber un poco más que su discípulo, y mientras más sepa mejor es; pero tampoco se puede concebir en una enseñanza bien dirigida, cuando media entre el discípulo y el maestro una gran diferencia en cuanto á conocimientos. Si algo cuesta trabajo en la enseñanza, es precisamente adecuarse, amoldarse á la inteligencia del alumno, ponerse á su altura. La falta de este requisito ha sido el gran defecto de la enseñanza del pasado. Se enseñaba al discípulo como si fuera maestro, lo que se necesita es no olvidar que es alumno, y se concibe que en tanto el vuelo del maestro es más rauda y más atrevido, más difícilmente podrá llevar ese vuelo *terre à terre* como dicen los franceses, al alcance de sus discípulos.

Luego entonces los maestros sobrenaturales, más bien vienen siendo un estorbo y una dificultad que una facilidad para la enseñanza.

Creo, señores, haber dejado contesta-

das satisfactoriamente, á pesar de ser tantas y tan formidables las acusaciones del Sr. Sierra; en suma, creo haber demostrado al Congreso, que en esta ocasión, como en todas las demás, sigo fiel mi programa, de buena fe, es decir, no he querido ó pretendido hacer prevalecer aquí convicciones que no fueran las mías; y haciendo patente que aun cuando en mis intereses ó cuestiones personales tengo la desgracia de no acertar siempre; cuando se trata de otros, sí discierno bien lo que conviene á los demás. Y en este caso creo discernir bien indicando que si seguimos fomentando esta tendencia del poder público para perfeccionar la enseñanza aun á costa de su difusión, haremos un mal grande.

En efecto, estoy seguro de que cuando hablásteis de arquitectura escolar, dijisteis que sus preceptos debían observarse en lo posible: en lo posible, hasta donde los recursos lo permitan. Y, sin embargo, ya veis qué caso os han hecho; no se han atendido á la posibilidad, los ha deslumbraado hacer una escuela grande; y ya tenéis una, que dentro de poco vereis funcionar, hija legítima del Congreso pedagógico. Yo creo que habría sido preferible en vez de esta escuela modelo, hacer cuatro ó cinco para recibir á los niños que ya no caben en la que dirige el Sr. Cervantes.

Los que no ven en la escuela un instrumento de perfeccionamiento y mejoramiento social, los que detrás de la escuela no ven al alumno, y detrás del alumno no ven al pueblo, pueden estar seguros de que nosotros, los que amamos la escuela, los que ante todo y sobre todo vemos en la escuela al mejoramiento del pueblo, no estamos muy contentos que digamos con esas escuelas modelos...

Me acaba de recordar una voz venida de lo alto que había olvidado otro de los muchos cargos que se han formulado y que parece ser agobiador. «Todo eso,—

se me dice,—lo contradecís en vuestro libro.»

En primer lugar, (y aquí van á decir algunas personas, que esto es una paradoja) tendría el derecho de contradecirme, mi libro es un tratado de pedagogía abstracta, y no es otra cosa; en mi libro pudo haber establecido condiciones meramente abstractas, superiores y científicas de la enseñanza, pude y debí haber dicho todo eso y mucho más, porque allí sí me correspondía de hecho fijar un ideal que es el fin del libro; pero aunque tuve derecho no lo hice.—Mi libro no tiene ningún mérito, es una copia más ó menos exacta de ideas que están en el ánimo de todos, y si tiene alguno es el de haber combatido con tezon y encarnizadamente el vicio, que, ya al nacer, el embrión de la enseñanza moderna llevaba en su seno. Yo, señores, soy,—y no es este motivo de vanidad, sino un hecho histórico, que hay que poner en claro, para que se vea mi papel en este asunto—soy el fundador de la enseñanza objetiva en la República. es decir, uno de los varios fundadores que simultáneamente establecieron esos principios de la enseñanza moderna en la capital.

El Sr. Ministro de Justicia de entonces se había preocupado de la reforma de esta enseñanza y trató de implantarla, aunque en pequeño, por vía de ensayo; así se hizo y entre otras personas, fuí yo elegido para desempeñar una de esas clases ó introducir el método nuevo. No tenía un año de establecida cuando ya estaba viciada hasta la médula de los huesos ¿Cómo? De la siguiente manera: El Sr. Ministro de Justicia se rascaba la cabeza; no había dinero en las arcas y había mucha exigencia por parte de los profesores: quién le pedía una máquina de Ramsen, quién un dinamo, quién un manequí en cera del cuerpo humano despellejado, aquel un museo arqueológico, el de más allá ejemplares de los minerales, otro la flora

y otro más la fauna de todo el país. Y el Ministro se volvía loco, no hallando ya qué hacer.

Nos llama y nos dice: pero ¿dónde vamos á parar? ¿Es esta la nueva enseñanza? Esta es la forma nueva de bancarrota para el Erario,

Entonces yo, el único,—repito que no se tome esto á vanidad, porque tan sólo quiero establecer los hechos,—entre todos los demás le dije: señor, todo esto no lo reputo necesario, la enseñanza moderna puede practicarse perfectamente, sin arruinar al tesoro. Esa máquina de Ramsen, esos dinamos y esa cantidad de atrocidades que os piden, no son más que el vicio de la enseñanza. Hay profesor que da cátedra de anatomía, otro que la da de fisiología, el de más allá de terapéutica; pero estos señores, estorban el camino. No es ésta, no debe ser esa la nueva enseñanza.—¿Con qué se hace, pues, la nueva enseñanza? Y le dije: con guijarros, con cáscaras, con trastos de la cocina, con cuanto desperdicio haya, en suma, señor, con un cajón de basura.

Entonces me recomendó que me esforzara en divulgar estas ideas en la forma científica, con el objeto de combatir la tendencia defectuosa ó imposible que iba tomando la enseñanza.

Este es el origen de mi libro y si el Sr. Sierra hubiera seguido leyendo un poco más adelante, se hubiera encontrado con estos conceptos en los que se asienta precisamente, que la escuela que nosotros necesitamos debe ser modesta, que no hay necesidad de esos museos pedagógicos, que no hay necesidad de ese refinamiento en la arquitectura escolar, y como os lo decía yo en la vez pasada, si la higiene del niño en el campo, si la higiene del pobre en las poblaciones es de por sí mala, entonces ¿por qué os aterrorizáis de que vaya á una escuela donde no hay higiene?

Esto es lo que yo predico en mi libro:



la escuela modesta, sin embargo, de modesta, educativa, educativa á la vez que instructiva, y científica en todo cuanto á la enseñanza del alumno se refiere. Lo mismo llueve en un lugar que en otro, lo mismo se alternan las estaciones en un punto que en otro, las fases de la luna son las mismas en toda la República y todo esto no cuenta ni un centavo el aprenderlo, y todo esto lo puede aprender el niño, y todo esto es fuente de ejercicio y de educación de sus facultades. Esta es la escuela tal como yo la concibo; la escuela compatible con los dos grandes factores que hacen la grandeza de los pueblos: el perfeccionamiento y la difusión de la enseñanza.

(Nutridos aplausos.)

EL C. SECRETARIO.—Está á discusión en lo general el dictamen sobre estudios preparatorios.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola

EL C. MANTEROLA.—No voy á intentar luchar—que fuera lucha temeraria por mi parte contra los HH. miembros de la comisión, de cuyas opiniones tengo la pena de disentir en algunos puntos. Sería, decía yo, una lucha tan temeraria, como la de un pigmeo contra un gigante, porque de parte de tan distinguidos miembros de este Congreso, existe la ilustración, la elocuencia, la reputación bien y legítimamente adquirida y convicciones profundamente arraigadas, desde la enseñanza en la escuela donde han sido formados; en suma, tal conjunto de cualidades, que realmente parece un desatino, una audacia sin nombre, el que yo me presente siquiera para iniciar una contienda contra ellos. Pero, lo repito, no es esta mi intención. Abrigando como abrigo, convicciones profundas en ciertas materias y no habiendo tenido la fortuna de que estas convicciones vinieran por tierra ante las razones que en el seno de la comi-

sión expusieron algunos de sus miembros, combatiendo mis opiniones particulares, tenía que firmar, como firmé, que estaba conforme en lo fundamental; pero no son todos los puntos que contiene el dictamen, y ya que no era posible el que presentara un voto particular, supuesto que este voto no tendría lugar para entrar al debate, sino echado abajo el dictamen de la mayoría de la comisión, cosa que no era ni remotamente probable; trataré sólo de explicar como lo hago en efecto, la antefirma que he puesto en el dictamen que se debate.

Si todos los oradores, al ocupar esta tribuna, necesitan de la benevolencia del auditorio, yo más que nunca la necesito ahora y la reclamo muy especialmente de los HH. miembros de la comisión, cuyos méritos, talento, ilustración y convicciones respeto profundamente.

He dicho que estoy de acuerdo en lo fundamental con este dictamen, porque en efecto, lo que me parece fundamental en él, es el punto de vista filosófico que ha servido de base á los miembros de la comisión, para establecer su programa y resolver la cuestión que se les somete por el cuestionario del Ministerio de Justicia.

Estas cuestiones fundamentales, á mi modo de ver, son: primera, que la educación y la instrucción deben unirse ampliamente en la escuela preparatoria, y segunda, es indispensable que el programa que ahí se dé, tenga una extensión mayor de la que tiene actualmente y que en consecuencia, es necesario alargar un poco la duración del curso y de las horas y ampliar á seis, los cinco años que hoy se prescriben, haciéndose preciso introducir en el programa una educación literaria—digo mal—no introducir sino desarrollar el programa literario, que hoy está algo deficiente, dándole una extensión que satisfaga las exigencias de la opinión pública.

En todos estos puntos estoy de acuerdo, pero difiero en uno que pudiera lla-

marse substancial y que explica por qué votaré en contra del dictamen, en lo general, cuando en rigor algunas de las observaciones que tengo que aventurar se refieren más bien á lo particular.

Esta diferencia entre el punto de vista en que yo me coloco y el de los Honorables miembros de la comisión nace sólo de que estos creen que es rigurosamente indispensable seguir en la enseñanza el orden gerárquico de las ciencias que ha establecido el eminente filósofo Augusto Comte; es decir, que se debe pasar del estudio de las matemáticas á las físicas, de éstas á las biológicas, y en seguida á las sociológicas.

Yo no vengo á discutir en este punto la cuestión filosófica vengo á combatirlo en el terreno pedagógico, porque es en el que estamos colocados y es en el que puede colocarse el plan de enseñanza.

Es verdad que el ilustre fundador del proteccionismo dijo que el orden gerárquico de las ciencias y el orden natural para su aprendizaje en cualquiera educación científica racional, debe comenzar por el estudio de las matemáticas y seguir este orden en los términos indicados; pero en esto, salvo el profundo respeto que me merece pensador tan eminente, no estoy de acuerdo.

Felizmente á mi lado Huxley y otros eminentes filósofos han creído que se ha equivocado Comte en esta apreciación. Evidentemente que para el perfeccionamiento de las ciencias es éste el orden natural que debe seguirse; pero, ¿esto quiere decir que para el aprendizaje sea preciso adquirir todo ese caudal de conocimientos que constituyen las matemáticas antes de pasar á la física?

Evidentemente que no. En la escuela primaria se ve que comienzan á darse nociones sobre diversas materias sin apoyarse las unas en las otras, sino en lo que es indispensable apoyarlas, y en consecuencia, no entrando á dar explicaciones

físicas que deban tener como antecedente forzoso algunos conocimientos de geometría ó aritmética sin haber dado estos conocimientos.

Pero se dirá que ahí se trata de las nociones elementales, mientras que en la escuela preparatoria se trata de la educación científica. No lo niego, hay alguna diferencia; pero esta diferencia no es tan grave que no se pueda salvar el inconveniente de que á mi modo de ver adolece este orden de materias, y voy á señalarlo para después indicar el modo de corregirlo.

El defecto, á mi modo de ver, consiste en que precisamente viola la consideración filosófica, la base del sistema que ha servido para elaborar este dictamen. Este sistema de las dos comisiones unidas actuales, es el mismo que propuso la comisión que dictaminó el año anterior sobre esta cuestión, y tan es así, que precisamente las frases que voy á citar y que hace suyas la nueva comisión, eran de la comisión anterior: «Debe fijarse de preferencia en el cultivo íntegro de las facultades intelectuales, alcanzado por un ejercicio metódico que las desenvuelva armónicamente, etc.»

Sería enteramente inútil que leyera á los señores representantes todos los párrafos de este dictamen que encierran esta idea, la principal quizá; porque todos ellos demuestran que el dictamen de las dos comisiones se basa igualmente en el mismo sistema del desarrollo armónico de las facultades.

Pues bien, yo acuso al programa que nos presenta la comisión de no llenar este fin. Precisamente no tiende á desenvolver armónicamente estas facultades, sino que quiere desarrollar primero el espíritu del cálculo, quiere desarrollar primero el método deductivo matemático y dejar el inductivo para el cuarto año de la enseñanza preparatoria. En consecuencia, se viola realmente la base fundamental



del sistema filosófico que domina en todo el dictamen.

Yo no vengo á combatir el dictamen, sino en muy pocos puntos, y vengo á combatirlo, no en nombre de una escuela contraria á la que pertenecen los Honorables miembros de la comisión á quienes tengo en estos momentos la honra de impugnar.

Extraño mucho que teniendo como base fundamental el desarrollo armónico de todas las facultades, y queriendo como quieren que no se abuse demasiado de la deducción, de la que es verdad que se ha abusado mucho durante siglos enteros en la marcha de la enseñanza y la educación científica; extraño mucho, y por lo mismo me permito acusarlos, no de contradicción, porque nunca usaré de una palabra dura, pero sí de haber olvidado un poco, que si es indispensable acabar con el último vestigio en la educación de la parte viciosa que tenía la escolástica á la educación de los siglos anteriores al nuestro; es indispensable también que á la vez que se eduque el espíritu inductivo, se eduque el deductivo de los alumnos que van á seguir una carrera científica; y que por lo mismo, al hacer predominar durante tres años el estudio de las ciencias matemáticas en que domina esencialmente el método deductivo, y dejar para el cuarto año el estudio de las ciencias físicas, se olvidan precisamente del principio que debe servirnos de base, que es el de desarrollar armónicamente las facultades y de hacer cuanto esté de nuestra parte, para que no dándole demasiado dominio á la deducción sobre la inducción, se incline el alumno algo á la metafísica que tanto aborrecen los señores que han dictaminado sobre este punto; porque, en efecto, yo tengo para mí, en lo muy poco que he podido observar, que la mayor parte de las personas que cultivan mucho las matemáticas se inclinan forzosamente en más ó menos grado á la metafísica, y si hay algunas que se separan de este sendero, — natural á mi modo de

ver, — es porque á la vez han cultivado con igual éxito, — y entre ellas me complazco en citar al Sr. Parra, digno presidente de la comisión, — las ciencias físicas y las biológicas; pero esto constituye la excepción: los que exclusivamente cultivan las matemáticas tienen y deben tener natural tendencia al raciocinio a priori y no á posteriori, á fijarse en el método deductivo y no al inductivo, y á querer exigir en toda clase de razonamientos esta exactitud característica de las ciencias matemáticas, olvidando que Aristóteles nos decía, con razón, que no hay que exigir á todas las ciencias sino el grado de precisión que pueden y deben procurar.

Así, pues, no vengo á combatir á la comisión en nombre de una escuela contraria á la suya, sino en nombre de la misma escuela; pero la combato por haberselo olvidado del principio fundamental de educar al espíritu deductivo á la vez que el inductivo, dejando el estudio de las ciencias físicas hasta el cuarto año, después de tres destinados exclusivamente á las matemáticas.

Varios inconvenientes tiene esto: ya Huxley y algunos otros que han combatido las opiniones de Comte, han demostrado que comenzar el estudio de las ciencias por principios abstractos, es contrariar las reglas más triviales de la moderna pedagogía. Además, desde el momento que se ha ampliado la enseñanza primaria en condiciones para llegar á la superior, al pasar de ésta á la preparatoria, ya los alumnos han podido avanzar algo y en consecuencia estar más preparados para las matemáticas. Pero de que está más preparado á que esta ciencia venga á satisfacer sus necesidades del momento, yo creo que hay una diferencia y esto es tanto más probable que no sea así, cuanto que precisamente en la escuela primaria lleva el alumno el hábito que le da la misma volubilidad que cita el distinguido relator de la comisión en su parte exposi-

tiva, y que viene á llenar precisamente ese instinto de ocuparse de diversos órdenes de enseñanza, y que por consiguiente venir á darles como alimento único ó casi principal la ciencia matemática con su carácter abstracto y razonador, es necesario contestarlo, con su avidez natural, tiene que amedrentarlo, tiene que abatir sus fuerzas, tiene que oponerse á sus progresos científicos posteriores.

No es extraño que veamos nosotros en la escuela actual que ha seguido en parte este sistema, que deserten muchos alumnos ante la necesidad de venir á satisfacer un programa que le exige dos años continuados de matemáticas antes de llegar á las ciencias que puedan ser amenas, y que corten su carrera, cuando quizá, siguiendo un mejor camino, un método más pedagógico, no tendría este fatal desenlace.

Por otra parte, si es verdad que en la escuela preparatoria no se debe exigir tanto como en la primaria, igualar la inteligencia, facilitando los métodos mejores de desarrollo, sí, no debe desdeñarse este punto de vista que todo aquel alumno que tenga siquiera una inteligencia mediana, debe estimulársele para que continúe, que al fin de cuentas, la escuela preparatoria no va á hacerlo para una carrera, sino preparatoria para la vida, y en este sentido se debe procurar no oponer dificultades ni trabas á una escuela de este género.

En consecuencia, yo sí lo veo con tristeza, aunque algunos de los miembros de la comisión, hayan mostrado cierto desdén para aquellos que no han sabido sobreponerse á los estudios, diciendo que han quedado implícitamente separados de la enseñanza científica y que no deben seguirla, porque no son capaces de ello. Yo no diré tanto, puede ser que sí sean capaces y que por falta de un método conveniente para hacerlos progresar en la ciencia, no sigan sus estudios. Hay una

razón de interés práctico que también,—siento decirlo,—ha desdeñado uno de los más respetables miembros del Congreso, nuestro digno Presidente el Sr. Sierra. Esta razón práctica que yo alegaba en el seno de la comisión, y que me permito repetir, es la de que cortándose la carrera del alumno por cualquiera eventualidad en el segundo ó tercer año, si sólo se ha seguido una enseñanza matemática, muy poco ha aprendido para la vida práctica, muy poco para que pueda obtener una ocupación productiva; pero si fuera posible que desde el primer año entrara al estudio de la física, en el segundo al de la química, mezclándolos con el de las matemáticas, si llegara á cortar por algún acceso su carrera, este alumno ya quedaría más preparado para la vida, y con algo más práctico.

Decía yo que esta observación, había sido desechada por el Sr. Sierra, y la razón en que apoyaba su desdén era la de que no se trataba en la escuela preparatoria de los *destripados*, de los que cortaban su carrera, sino que se trataba de dar una educación científica completa, que debía seguir sus reglas, sus principios, y estos principios son los indicados por Augusto Comte, el orden gerárquico de las ciencias.

Pues yo sí creo, que es de tenerse en cuenta esta observación, y debe tenerse tanto más, cuanto que no es el que habla, sino la comisión misma, la que constantemente le da á la escuela preparatoria un carácter, no tanto de preparación para carreras especiales, sino de preparación para la vida completa. A cada momento lo dice en el curso de su dictamen y entre otras, en algunas de las palabras que hace un instante leyó el Sr. Sierra al hacer su interpelación y que dicen terminantemente: «La enseñanza preparatoria no debe ser tan sólo instructiva sino también y preferentemente educativa, y debe ser preparatoria, no sólo para el ejer-



cicio de determinada profesión, sino también y principalmente para preparar al hombre á la vida social superior.» Pues si se trata de preparar á un hombre para la vida social superior y no es completa esta preparación, ¿no sería mejor que la parte que se haya dado sea más útil y más práctica?

A mi modo de ver sí.

Pues bien, decía yo que el alumno que salía á los tres años provisto de grandes conocimientos en matemáticas,—que no serían muy grandes, porque en lo general el que deserta de esa escuela es porque no ha podido dominar ese estudio, tal vez por su carácter abstracto; pero en fin, quiero suponerlo instruido en las matemáticas,—pocas ocasiones podrá aplicar estos conocimientos, porque á menos que se dedique á la enseñanza de las matemáticas, en la mayor parte de los casos, no encontrará una aplicación directa de ellas.

Vengo, pues, al punto final que es el único que puede hacer práctico lo que estoy diciendo. ¿Cómo es posible dar una enseñanza científica no siguiendo el orden gerárquico señalado por Comte?

Evidentemente que para el estudio completo de estas ciencias es necesario este orden, no lo niego; pero para aprender la física y química experimental y sus aplicaciones, no se necesita de las matemáticas; sin embargo, yo no quiero que la enseñanza de estas ciencias quede trunca, y se me diga que se va á desdeñar uno de los elementos más importantes, las aplicaciones de las matemáticas á las diversas ciencias, y por esto en mi programa que presentaré, consulto un curso de aplicación de las matemáticas á las ciencias físicas, y divido en todo el período de los seis años, toda la cantidad de matemáticas que los señores miembros de la Comisión han creído necesario dar á los alumnos.

En este punto he respetado su opinión.

Confieso paladinamente que no conoz-

co el cálculo trascendente; que mis conocimientos en matemáticas si han sido algo precisos, se han limitado á la primera enseñanza á la que se ha llamado primer curso y algo de geometría analítica; así es que respetando los conocimientos de los señores de la Comisión, no toco este punto; pero repartiría esta materia en los seis años, en término de que hasta el quinto éntre la educación matemática mezclada y confundida con las demás materias. Entonces si se podría desde el primer año comenzar el estudio de la aritmética, no se necesitaría agregar el álgebra y se podría hacer el estudio de la física experimental. Antes de decir esto, he meditado, he recorrido algunos libros que tienen á la vez el cálculo matemático unido á las ciencias físicas, y he visto que se pueden desprender perfectamente y dejar su aplicación para un curso de perfeccionamiento, y he creído que esto, lejos de ser un mal en el porvenir, era un bien.

En primer lugar, porque se hace el estudio de las matemáticas lentamente sin fatigar al alumno, sin darle de una vez todo el acíbar que traen consigo las ciencias abstractas cuando aun no se ha acostumbrado á ellas. En segundo lugar, se da también el elemento deductivo educando el espíritu para este procedimiento y al mismo tiempo, el elemento inductivo, obedeciéndose así el principio filosófico de que se deben educar armónicamente todas las facultades; y en tercer lugar, con el curso del sexto año, se vendría á hacer la aplicación de las ciencias matemáticas á las físicas, se salvaban todos los inconvenientes que pudiera presentar la educación incompleta, y se vendría á hacer un curso de recordación de todas las materias que es la mejor manera de coronar el edificio científico cuando hay relación de unas materias con otras.

En consecuencia, el plan que yo propongo, pudiera ser aceptable, aun cuando apenas me atrevo á creerlo; porque es

difícil que haya alguno de los miembros de este congreso que no se vea arrastrado por la fuerza de la opinión científica que le da tanta y tan justa preponderancia á su fundador Augusto Comte y que ha venido á ser la base de nuestro sistema preparatorio. Pero aun cuando nadie como yo respeta tanto á Agustín Comte y la pléyade que hó seguido sus doctrinas, no es bueno creer en la infalibilidad de ellas, aunque el mismo Comte se haya proclamado pontífice alguna vez. Pues bien; á mi modo de ver en esto sí, lo confieso, disiento de los respetables miembros de la Comisión en creer que ese orden gerárquico de las ciencias es inquebrantable y que si no se sigue se destruye la unidad científica, y que por consiguiente, se hace un mal á los alumnos.

Yo creo al contrario, que se hace un bien; porque aun cuando en el programa les aumento un año de aplicación de las matemáticas á las ciencias físicas, creo que les he facilitado con mi plan el aprendizaje de las demás materias, haciéndolas entrar todas, desarrollando á la vez todas sus facultades y ejercitándolos á un tiempo en los métodos inductivo y deductivo, y por lo mismo, no se les aumenta el trabajo, sino que se les disminuye.

Yo no vengo á abogar porque se disminuya el programa de la escuela Preparatoria si se cree indispensable—y en esto me atengo á las opiniones de los que saben más que yo;—si se quiere que las matemáticas lleguen hasta el cálculo infinitesimal, que sea en buena hora; pero sí vengo á aumentar algo al programa que me parece deficiente, y deficiente en tres puntos sumamente importantes.

Comenzaré por decir que esta observación que apunto aquí, la hice en la última junta que tuvimos los miembros de la Comisión y me sugirió casi de golpe en ese instante. Dice Spencer—bien conocido de todos los que me escuchan,—que deben darse—y habla ahí de la enseñanza

de todo género—los conocimientos más útiles, por consiguiente, se refiere lo mismo á la escuela primaria que á la científica—habla de los conocimientos más útiles que satisfacen las necesidades de conservación del individuo—de los que indirectamente pueden contribuir á este objeto, aquellos que puedan servir para la crianza y educación de la familia, de los que puedan servir para formar ciudadanos; y por último, de los que puedan servir como adorno y recreo.

Pues en tres puntos muy importantes de esta cadena que vienen siguiéndose en el orden que acabo de indicar, en tres puntos veo que la Comisión se ha olvidado y que al dar su programa para la escuela preparatoria, estaba dando un programa para formar hombres, ciudadanos y padres de familia, no solamente para el futuro ingeniero y abogado. Esto lo dice diferentes ocasiones; fuera del párrafo que ya cité, quiero leer algo más, porque hace mucho á mi objeto.

«El agente de negocios, el escribano público, el arquitecto, no son en realidad, sino tipos abstractos; en sociedad lo que encontramos realmente son hombres y ciudadanos que ejercen para subsistir una profesión dada; pero que además de ella están llamados á ejecutar actos y á desempeñar funciones, muy distintos de los actos y funciones de su profesión y no por eso menos trascendentales.»

Ideas análogas dominan en toda la parte expositiva del dictamen; sin embargo, se han olvidado de los puntos que marca Spencer con tanta justicia, y yo creo que no habrá argumento que los eche por tierra.

La ciencia que se refiere á la conservación de la vida, apenas si está ligeramente bosquejada en las conferencias sobre higiene. Ya en la escuela primaria se prescribieron estas nociones de higiene y en la preparatoria apenas se van á dar algunas nociones incompletas en forma de



conferencia, y es evidente que si en alguna parte cabían las nociones científicas de higiene, es en la escuela preparatoria. Mas no me ocuparé de esto, pues este asunto se halla encomendado á persona muy competente como es el Sr. Adrián de Garay.

El segundo punto que se relaciona con el que acabo de señalar como fundamental, es el que sirve para la crianza y educación de los hijos. A riesgo de pasar por terco—aunque por fortuna es esta la primera vez que hablo del asunto en este Congreso—insisto en lo que propuso en el anterior, cuando se trató de las escuelas superior y de adultos; hablo de la pedagogía. Entonces se me dijo que no era á propósito para la escuela elemental y que acaso cabría en la preparatoria.

Pues bien; yo creo que aquí cabe y cabe perfectamente porque existen todos los fundamentos del arte de la educación, puesto que se van á aprender elementos más ó menos amplios de las ciencias biológicas, sociológicas, etc., y esto es tan indispensable que, sencillamente hablar de ello, parece que funda la necesidad de la pedagogía.

Spencer, que es tan conocido de todos los señores representantes, funda esta necesidad en razonamientos evidentes.

Las doctrinas de este célebre filósofo, han hecho mella en el ánimo de la Comisión; pero sólo en la parte expositiva de su dictamen porque nos ha dicho que la escuela preparatoria debe preparar á los padres de familia; mas se ha olvidado que la preparación está en una síntesis hecha de los conocimientos vaciados en la forma científica que se dan en la preparatoria sobre sociología, sobre biología, sobre psicología, etc., para ajustarlos al arte de educar.

Si, en efecto, esta es la única escuela científica que puede preparar padres de familia—con excepción por supuesto de la Escuela Normal, donde sí es forzoso que

se dé esta enseñanza—¿no es muy natural que allí aparezca siquiera este curso de pedagogía, pequeño, tan elemental como se quiera, pero ya bien preparado y bien fundado en los conocimientos que se han de dar en la Preparatoria?

Yo creo que sí, y por eso suplico á la Comisión si le parece, que tienen algún peso estas razones, se sirva aceptar como una adición en el programa un pequeño curso de pedagogía, que no vendrá á recargar realmente demasiado las labores del alumno, porque estará bien preparado; vendrá tal materia á ser una síntesis, una aplicación de los conocimientos que se adquieren en los estudios preparatorios.

Vengo ahora á otra ciencia aceptada por el Congreso anterior para escuela primaria superior: las nociones de economía política.

Nos dice Spencer que debemos preparar al ciudadano con los conocimientos más útiles, y dice también á propósito de estos conocimientos, que el más útil, y se refiere á la conservación directa é indirecta de la vida, que este conocimiento es indispensable para prever el alza y baja del precio de los efectos, para entrar en una industria con probabilidades de éxito.

Todos somos factores de la riqueza pública, todos debemos tener idea de lo que es ésta, y aun cuando en la escuela primaria se ha dado una ligera idea de ella, no es bastante ni puede darse como en la preparatoria en que vienen estas nociones preparadas de antemano. Es indispensable que el alumno conozca los elementos de la riqueza pública, porque poco tiempo después, como ciudadano, como simple individuo, constantemente tendrá que ver con cajas de ahorros, bancos, monedas, etc., y por lo mismo, para su progreso individual es indispensable que haya un curso de economía política.

Concluyo, pues, suplicando á la Comi-

sión se sirva, si lo tiene á bien, aceptar estas adiciones á su programa y si lo fuere posible, que lo creo muy remoto, modificar el orden de su programa en la forma que he indicado, repartiendo las ciencias matemáticas en los seis años de estudio, comenzándose desde el primer año á estudiar la física y en el segundo la química. Creo que la Comisión habría hecho así un programa más educativo, más pedagógico y permítaseme la observación, más científico, porque creo que se está más dentro de la ciencia cuando se cultivan á la vez los dos métodos que están á la altura de la ciencia, la inducción y la deducción.

(Aplausos.)

EL C. SECRETARIO.—Para el próximo sábado continuará la discusión de este dictamen en lo general.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz*, Secretario.

#### SESION

**Del día 31 de Enero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. LIC. JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. Baz, Cervantes I., Cisneros, Cosmes, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Domínguez, Parra, Pérez Verdía, Pinoda, Carrillo, Rodríguez y Cos Miguel y Schultz; y Directores, Alvarez G., Garay, Flores, Gutiérrez N., Lascrain, Macedo, Salazar y Salinas y Zayas.

A las seis y cuarto se pasó lista de Re-

presentantes, y resultando haber el número suficiente se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. SECRETARIO.—Signé la discusión del dictamen de las comisiones unidas de estudios preparatorios.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Parra, presidente de la comisión.

EL C. PARRA PORFIRIO.—Señores representantes:

Las comisiones autoras del dictamen que se debate, han escuchado con profunda atención el concienzudo y correcto discurso del Sr. Manterola, miembro de las comisiones unidas, acorde con ellas en la mayor parte de las conclusiones y disidente, sin embargo, en un punto capital, y en algunos puntos secundarios.

Por mi parte, señores representantes, yo que tengo la honra inmerecida de presidir la comisión, me cabe la alta satisfacción de discutir puntos tan importantes, como los que vamos á debatir en estos momentos, con persona tan amante de la ciencia y tan leal en la discusión, como el H. representante á quien me refiero.

Séame permitido que antes de entrar en materia haga una explicación para prevenir una interpretación errónea á que pudieran dar lugar las frases vertidas por el Sr. Manterola en la discusión.

Su señoría dijo que se transparentaba á través del dictamen de la comisión el espíritu de una escuela filosófica, lo dió á conocer claramente, y más adelante diré hasta qué punto puede ser esto exacto; por ahora deseo prevenir que se haga una mala interpretación, deseo evitar que se crea que venimos aquí poseídos de ese espíritu estrecho del sectario, animados de esa intolerancia filosófica, en este caso más que filosófica, política y religiosa.

Como sabe perfectamente su señoría,

Segundo Congreso de Instrucción.—26.



el insigne Augusto Comte pasó durante su vida por tres épocas notablemente extraordinarias. En su primera época fué el hombre de ciencia, el gran filósofo, el intérprete sagaz de los métodos científicos que intentó la colosal empresa de apoyar la filosofía en la sólida base de la ciencia y de infundir en la ciencia el espíritu levantado y generalizador de la filosofía.

Hasta aquí, señores, Comte no mereció más que aplausos; se atrajo la adhesión universal, la adhesión de cuantos eran capaces de conocer sus elevadas aspiraciones.

Enseguida, señores, como perfectamente los sabeis se verificó en aquel colosal espíritu una evolución que llamó tanto la atención, que para muchos fué un indicio de una enagenación mental; se tuvo por loco al gran filósofo. Y no podía menos de creerse así, cuando después de la sólida elaboración filosófica que ha dado vida á su sistema de filosofía positiva, pretendió erigirse en pontífice y organizar la sociedad como en los tiempos de la Edad Media, sin más diferencia que suprimir á Dios y erigir en su lugar deificándola, la humanidad abstracta, lo cual es en verdad una de las tentativas más raras que pueden imaginarse.

Pues bien, señores, es mi deber evitar que se entienda aquí que venimos inspirados por Comte, que somos comtistas. No es así: los miembros de la comisión se precian de ser ecléticos; luchamos en ese vasto campo donde se asocian los mejores intérpretes de la ciencia, en ese campo amplísimo en que se dan la mano Stuart Mill, Bain, Littri, y el mismo Augusto Comte.

Hecha, señores representantes, esta breve explicación, paso ahora á contestar al ilustrado señor representante á quien me dirijo.

Su señoría, y no podía menos de esperarse del grado de evolución mental á

que ha llegado, dijo que estaba de acuerdo en el siguiente punto capital: cree, como los autores del dictamen sometido á vuestra consideración, que la enseñanza preparatoria no tiene sólo el mezquino objeto que consiste en preparar á un educando para tal ó cual profesión, cree que no es una fábrica de abogados, ingenieros ó médicos, sino que debe tener por objeto disciplinar las facultades intelectuales con el fin de que los educandos lleguen á vivir aquella existencia noble y elevada que constituye la vida social y que los hará factores importantes del movimiento evolutivo de la sociedad.

Así precisamente lo espera la comisión en su parte expositiva. El Sr. Manterola cree, como la comisión, que la única base para realizar tan notable preparación es la ciencia, la enseñanza científica. El Sr. Manterola está convencido de que debe darse á la vez la parte educativa é instructiva de las ciencias: cree que las ciencias que deben ser estudiadas son las matemáticas, la física, la química, la biología y la sociología. El Sr. Manterola está de acuerdo con la comisión en que no bastaría la ciencia sola para formar un espíritu verdaderamente bien desenvuelto y que es necesario atender al cultivo, no solamente de la parte discursiva, de la inteligencia, sino también de la parte imaginativa.

Señores representantes, es verdaderamente lamentable que el acuerdo llegue nada más hasta este punto; de aquí en adelante comienza el desacuerdo.

Este desacuerdo se reduce á dos puntos importantes; el uno es fundamental, afecta en su esencia la cuestión que estamos discutiendo; el otro es de mero detalle.

El Sr. Manterola conforme con las comisiones dictaminadoras en las ciencias que deben formar el *alma mater*, por decirlo así, de la enseñanza preparatoria, disiente de las comisiones en aquella im-

portantísima cuestión, que se refiere al orden y exposición de estos conocimientos.

Se sabe, señores representantes, que si la cuestión de orden es capital en toda clase de asuntos, es capitalísima, es extraordinariamente importante en la cuestión de cultura intelectual; aquí del orden depende todo; si se sigue un buen camino, se llegará á un buen resultado; pero si se equivoca este camino, entonces, señores representantes, el ideal no se realiza, el fin no se alcanza y el punto de llegada no se consigue jamás.

Por esta razón, juzgo de alta importancia, juzgo para mí de estricto deber, hacer un examen minucioso de las razones que al Sr. Manterola movieron al disentir de la Comisión. Pero antes, señores, aun cuando ya en la parte expositiva se bosquejaron las razones que la comisión tuvo para recomendar que se siguiese un orden sucesivo y no simultáneo; voy á ampliar estas consideraciones, para en seguida, examinar lo que en contra de este orden seguido por la comisión opone el Sr. Manterola.

En la parte expositiva del dictamen, señores representantes, se hace esta distinción bien clara; se distingue la vida del joven bajo el aspecto educativo en tres períodos: el período de la escuela primaria, el de la escuela preparatoria, y el período de la escuela profesional. En la escuela primaria cabe el método simultáneo, en la escuela preparatoria debe haber el método sucesivo, y en la profesional se debe adoptar un método especial en el cual todas las facultades del alumno converjan á un solo punto práctico.

¿Por qué, señores representantes, las comisiones adoptaron este criterio, por qué han planteado, por qué han trazado esta pauta, esta norma?

La razón es obvia. En la escuela primaria se trata de despertar facultades dormidas, se trata de comunicarles un

primer impulso, se trata de abrir ampliamente las ventanas de la inteligencia, como Cicerón llamaba á los sentidos; se trata de que el niño se enseñe á ver, á comparar y á distinguir; se trata, como dice la parte expositiva, de niños, es decir, de caracteres volubles y por esta razón es preciso dar nociones, presentar experimentos, herir los sentidos, y fijar la atención de cuantas maneras sea posible.

En la preparatoria el problema es otro; ahí las facultades están despiertas, ya despuntan, y en este caso, señores representantes, sería, en concepto de la comisión, equivocar completamente el camino al insistir en el método simultáneo ¿por qué? La razón es de las más claras.

Señores: es casi un axioma de la práctica, que en todos los asuntos graves, fáciles ó difíciles que emprendemos se debe proceder dividiendo la operación en partes, y ejecutando cada una de estas partes por separado, quiere decir, que una vez que hemos fijado un plan, una vez que queremos llevar la inteligencia hacia un objeto dado, debemos señalar las etapas, por decirlo así, del camino, y estas deben recorrerse sucesiva y no simultáneamente.

En efecto, señores representantes, como se indica en la parte expositiva del dictamen, las matemáticas son la escuela práctica de la deducción, la física presenta el mejor modelo de experimentación, la química el mejor modelo de nomenclatura y las grandes ciencias de la biología, son un modelo acabado de clasificación.

Ahora bien, señores representantes, ¿es posible que operaciones tan delicadas, tan importantes, de tan alta trascendencia para todos los actos de la vida doméstica, científica y social, se pueden enseñar simultáneamente?

No olvidemos, señores, que las comisiones ven en la escuela preparatoria un plantel destinado á inculcar el método científico para disciplinar y educar la in-



teligencia, más bien que para instruirla, y siendo así es enteramente imposible que el alumno pueda, por partes, familiarizarse con el método experimental.

Es sabido, señores representantes, que por desgracia para el ser humano su atención se divide, y no se puede fijar en dos puntos á la vez, mucho menos cuando éstos puntos son importantes. Pues bien, si adoptásemos el método que propone el Sr. Manterola, pondríamos frente al espíritu del alumno dos objetos de contemplación; el alumno, no pudiendo fijarse en los dos aprendería de memoria las doctrinas respectivas y ¿qué sería, señores representantes, si aceptásemos para la escuela preparatoria este mal sistema que constantemente hemos rechazado, aun para la escuela primaria? En aquella debemos más que nada, aplicar un método que discipline las facultades; facultades que ya andan—y permítaseme lo grosero de la imagen: en el niño el método simultáneo representa una especie de *andaderas*; en el joven, en el adolescente, el método debe ser no la andadera, sino el camino.

Su señoría ha aducido esta razón, si no me engaña la memoria, en favor del método que sostiene; dice el Sr. Manterola: la comisión ha violado sus principios y se ha puesto en contradicción consigo misma, nos viene diciendo en su parte expositiva, que en la preparatoria debe procurarse el cultivo armónico de todas las facultades, quiere decir, que todas ellas se desarrollen proporcionalmente, que no debe adoptarse un sistema exclusivo, que no debe predominar en el programa, ni la deducción encarnada perfectamente en las matemáticas, ni la inducción encarnada en las ciencias experimentales. En seguida el Sr. Manterola hizo una pintura fidelísima, de lo que es un espíritu dedicado preferentemente á la deducción; dice que los hombres que se consagran á las matemáticas son esencialmente antipráticos, porque en todo quieren buscar con-

clusiones evidentes; que en la vida real obramos siempre por probabilidades, y rara vez podemos demostrar una proposición cualquiera que ella sea.

Su señoría tiene razón en esto; pero no la tiene al aplicar estas consideraciones para refutar nuestro dictamen.

Decía el Sr. Manterola, examinando el programa de estudios para la preparatoria, que las matemáticas absorbían los años de la carrera; quiero decir, que tres años del período preparatorio se consagran sólo al cultivo de la deducción.

Señores representantes, verdaderamente me extraño que el Sr. Manterola no hiciera la observación de que en el dictamen el período que la Comisión consulta para la enseñanza preparatoria son seis años, y que en el programa se destinan tres años para las matemáticas y los tres restantes para las ciencias experimentales; luego no hay tal predominio, están los platillos de la balanza perfectamente equilibrados: tres años para deducir, tres años para inducir.

¿Qué mayor equidad se puede exigir de las Comisiones dictaminadoras?

El Sr. Manterola nos hablaba de la gran aridez, de la gran sequedad propia de las ciencias matemáticas. Es una verdad que no tiene remedio.

Temía el Sr. Manterola que esta aridez desviase á los jóvenes de los estudios, temía que esta influencia depresiva, atónica, digamos así, de las matemáticas para la inteligencia, hiciese que los jóvenes cortasen su carrera, no por incapaces, sino porque la instrucción les era poco amena y poco grata.

Señores representantes, también me extraña que el Sr. Manterola no se fijase en que en los tres primeros años no se estudian exclusivamente las matemáticas. Su señoría olvidó que la Comisión evitó este escollo, que procuró mezclar lo útil á lo dulce, obedeciendo el viejo precepto de Horacio; procuró evitar la Comisión esta

atención exclusiva del ánimo del principiante y hasta echar una ojeada sobre la primera parte del programa para ver que al lado del cultivo de las matemáticas pudiese la declamación, los ejercicios de canto, dibujo, gimnasia, ejercicios militares.

Pues bien, señores representantes, muy débil tendría que ser la inteligencia del joven para no cargar con esta corta dosis de matemáticas reducida en el primer año a la aritmética y el álgebra, y en el segundo á la geometría y trigonometría.

El Sr. Manterola hacía en seguida una consideración que merece respeto por su ternura, es un argumento de sensibilidad; decía que la Comisión se ha puesto en contradicción consigo misma; decía que la Comisión, al exponer el plan que ha propuesto, tenía en cuenta el porvenir de los alumnos que cortasen su carrera ó de los que terminando sus cursos preparatorios no quisieran seguir los cursos profesionales, á fin de que estuviesen armados en esa tremenda lucha de la vida, para que aquellos que no habiendo llegado á ser médicos, abogados ó ingenieros, tuviesen el gran instrumento de las ciencias para poder ser útiles á sus semejantes y ganarse el sustento.

Y decía el Sr. Manterola: ¿cómo, siendo así, los señores de la Comisión, no tuvieron presente á los individuos que por este exceso de matemáticas cortasen la carrera á la mitad, es decir, no la carrera, sino los estudios preparatorios?

Me sorprende verdaderamente, señores representantes, esta objeción del Sr. Manterola. No discutiré el sentimiento de interés que despierta todo ser que se pierde, deseáramos que todos terminaran sus estudios y siempre cabe hacerse la pregunta: ¿qué sucede con los que no acaban? De manera que yo respeto la argumentación del Sr. Manterola, pero me parece que en lo absoluto carece de fundamento.

Voy á permitirme leer las materias que,

según el programa propuesto, habían cursado ya estos infelices jóvenes. Sabrán matemáticas, francés, inglés, ejercicios militares, dibujo, geometría plana y en el espacio, trigonometría, geometría analítica de dos dimensiones, cosmografía y elementos de mecánica, etc., etc.

Pues bien, señores, un joven que sabe todo esto, no se muere de hambre, ya está suficientemente armado para la lucha de la vida, con tal que sea capaz y hábil; pero que no hay programa de estudios, por perfecto que sea, que convierta al idiota en inteligente y haga subir siquiera un grado el nivel intelectual del individuo.

Es tan interesante esta cuestión del orden que debe adoptarse, es tan importante dejar bien sentado que el orden sucesivo es el que debe reinar exclusivamente y que no debe admitirse de ninguna manera, ni en grado alguno el simultáneo, que me voy á permitir á riesgo de fatigar la atención de esta H. Asamblea, examinar la cuestión aun bajo su faz más extraña, aun bajo su faz menos demostrativa, bajo el aspecto instructivo.

Bajo el aspecto educativo, me parece que no debe caber duda, desde el momento en que no se pueden hacer dos operaciones á la vez, pues la atención se divide, se fracciona, se aprenderían las doctrinas de memoria y de ninguna manera se tendría idea del método que inspiró aquellas doctrinas.

Ahora, señores representantes, voy á tratar la cuestión bajo el punto de vista meramente instructivo.

Señores representantes: cuando se propone aquí que en la preparatoria se curse física, química y biología, estas materias no se proponen de la misma manera que cuando se proponen para la escuela primaria; en ésta se van á suministrar simplemente nociones elementales, las nociones más sencillas; y repito lo que antes dije, en la escuela primaria se trata sim-



plemente de herir la inteligencia del alumno, de despertarlo á la vida intelectual. En la preparatoria no es así, ahí son cursos formales, son las ciencias no enseñadas en toda su extensión, sí en toda su comprensión, sí en toda su significación; ahí no vamos á decir al alumno: tú debes creer que la luz se transmite siguiendo esta ley, que los cuerpos se atraen de tal ó cual manera, que la electricidad tiene tales ó cuales manifestaciones, tal ó cual influencia sobre el resto de los fenómenos naturales.

No, señores, en la preparatoria se trata de analizar las nociones, se trata de hacer comprensibles las nociones científicas, y sobre todo, se trata de probar de que el alumno se penetre de la prueba y de que quede convencido; porque si va á creer las leyes bajo la fe del autor ó bajo la palabra del maestro, entonces habremos vuelto á los tiempos del *Magister dixit* y habremos perdido el tiempo.

Siendo esto verdad como lo es—perdóneme su señoría si encuentra la palabra dura—me parece una verdadera aberración venir á proponer el método simultáneo para la escuela preparatoria.

¿Pues qué, nos vamos á contentar con esa física recreativa de gabinete, artificios de salón y decoración buena sólo para entretener á los niños, buena para que las señoritas pasen ratos agradables y divertidos?

Me parece que el objeto de la preparatoria es distinto; ahí el experimento sirve no tanto para que el alumno se divierta, como para que se penetre bien del fenómeno que se le demuestra.

Si se quiere demostrar al alumno que el aire es el vehículo del sonido, se coloca un timbre movido automáticamente bajo una campana neumática, y el alumno nota que á medida que el aire se extrae, el sonido va perdiendo intensidad y entonces se persuade siguiendo este méto-

do de diferencia, de que habiendo aire, hay propagación del sonido.

Esta es la significación educativa que tiene el procedimiento: no es recreativo, y el que lo entienda así, lo entendió mal. (Aplausos.)

Todavía más, señores representantes, ciertos experimentos de física pudieran ser comprendidos siquiera, si el alumno no trae una provisión suficiente de conocimientos matemáticos, ¿podría entender ciertas leyes físicas? No, y voy á citar una prueba.

Evidentemente entre las nociones de la física, las más sencillas quizá y que se puedan exponer en forma más amena, son las de óptica. Pues bien, el alumno si no sabe matemáticas, no puede comprender las leyes más fundamentales de la óptica. Pongamos como ejemplo la segunda ley de la refracción: ¿qué dice esta ley? Pues dice que los senos del ángulo de incidencia y el de refracción, están en relación constante. Esto, señores, es música celestial para el que no conozca trigonometría, que es donde se definen esas voces. Después viene la parte práctica, la parte fecunda, cuando el físico utiliza la óptica para crear esos instrumentos maravillosos, para crear el microscopio, ese 6º sentido que nos revela el mundo de lo pequeño, ó el telescopio que nos hace vagar en el ancho espacio aproximándonos á los cuerpos celestes.

Pues bien, señores, ¿podría un alumno que no estuviese versado en las matemáticas, en las propiedades de las curvas, podrían corresponder la teoría de los lentes, la de los espejos, la teoría de las aberraciones, de refrangibilidad ó de esfericidad?

Sería, en mi concepto, imposible á menos de que nos colocáramos en el caso de que el alumno nos creyera bajo nuestra palabra de honor.

Me parece, pues, inaceptable, aun desde el punto de vista puramente instruc-

tivo, el régimen del método simultáneo en la escuela preparatoria, que con verdadero pesar he oído proclamar en esta tribuna al Sr. Manterola.

El segundo punto que se refiere á la deficiencia del programa, es secundario. Su señoría en este particular vuelve á hacer á la comisión cargos, diciendo que se pone en contradicción consigo misma y que desearía que se figuraran en el programa como enseñanza formal, como enseñanza obligatoria para los alumnos las siguientes materias: higiene, pedagogía y economía política.

El Sr. Manterola hace una apología de estas ciencias y no puedo menos que convenir en ellas. Nadie puede dudar que la higiene es en alto grado importante, supuesto que tiende á la conservación de la vida, de modo que no se puede poner en tela de juicio que la higiene es unacien- cia que todo el mundo debe conocer, y sobre todo, que el mundo entero debe practicar.

Lo mismo digo respecto de la pedagogía. Su señoría nos dice que el espíritu del programa para la escuela preparatoria, es educar al joven para cuando sea padre de familia. Pues bien, ¿cuál es la ciencia que enseña á educar á los niños? La pedagogía. Así es que parece que el Sr. Manterola nos ha cogido *infraganti* delito de omisión.

Lo mismo sucede con la economía política. El Sr. Manterola recuerda unas palabras de la parte expositiva del dictamen, y nos dice: la comisión asienta que en la escuela preparatoria debe procurarse preparar al individuo para la vida del ciudadano, para que sea capaz de desempeñar honrada y dignamente el destino á que está llamado bajo el régimen democrático en el cual vivimos; ahora bien, ¿cuál es la ciencia que nos ilustra sobre la producción, consumo y distribución de la riqueza? La Economía política.

De manera que parece que el Sr. Man-

terola nos ha cogido, de nuevo, en infragante delito. Sin embargo, no es así, y me voy á tomar la libertad de explicarme.

La escuela preparatoria no es, en concepto de la comisión, y aun en concepto del Sr. Manterola, un plantel en que se enseña una enciclopedia de conocimientos útiles; la escuela preparatoria no se compromete á enseñar á los alumnos todo aquello que es conveniente saber; se contenta con prepararlos, con ponerlos en estado de aprender lo que quieran; la escuela preparatoria, al escoger de entre las diversas ciencias las que deben componer su enseñanza, se ha fijado, sobre todo, en aquellas que se destacan por su método. Por ejemplo, la física; esta ciencia se escoge en la escuela preparatoria, no sólo porque sus verdades son muy útiles, porque es muy importante conocerlas, y porque tiene mil aplicaciones, sino, sobre todo, porque en la física se presenta la mejor ocasión para saber lo que es un experimento, lo que es una hipótesis, lo que es una teoría científica.

Si la química se ha elegido para constituir una asignatura de cierto año preparatorio, no es por las muchas aplicaciones que tiene en la industria, sino por la misma razón que se ha escogido la física; porque en la química resaltan ciertos detalles del método, porque presenta un modelo acabado de nomenclatura científica. Y así de las demás ciencias, señores representantes. No basta, pues, para que se exija un conocimiento, demostrar que ese conocimiento es útil; si fuese así nos veríamos obligados á ampliar de un modo extraordinario el programa de la escuela preparatoria; porque no sólo la pedagogía y la higiene son ciencias que deben ser estudiadas por todo el mundo, sino que se podrían citar otras muchas, y la comisión ha tenido que plantear así la cuestión: tratamos de educar las facultades: ¿qué ciencias son las que las educan



poniendo de manifiesto tales ó cuales particularidades?

Este ha sido su criterio: no se ha fijado jamás, dado su punto de vista; porque le ha parecido cuestion secundaria, en examinar si tales ó cuáles conocimientos deben enseñarse en razón de su grande utilidad. ¡Ojalá que se dispusiera del tiempo bastante para inculcar en el espacio de seis años todos los conocimientos humanos! Pero esto es absolutamente imposible.

La comisión se ha visto en el caso de sacrificar ciertas materias, ¿por qué? Porque la necesidad la ha obligado á fijarse, no en la doctrina, sino en el método, á elegir las ciencias que son monumentos del método.

Este ha sido el criterio de la comisión.

Por otra parte, el Sr. Manterola cree que aquello que no se enseña formalmente en la escuela, no se aprende nunca. ¿Adónde iríamos á parar si así fuera, señores representantes? La escuela preparatoria enciende en el hombre el amor á la ciencia, despierta en él ese espíritu de duda que ha creado las ciencias todas, esa curiosidad que le hace investigar la naturaleza, ese deseo de acopiar más conocimientos, esa sed de saber que una vez encendida no se apaga jamás; el hombre que ha hecho una carrera, el hombre que se ha habituado á cultivar sus facultades, encuentra en esto un placer, y este placer noble, levantado, lo induce á estudiar constantemente.

Así es que nosotros no debemos creer que porque no se estudia en la preparatoria higiene, ya no habrá higiene en México, que porque no se estudie pedagogía ya no habrá buenos padres de familia; que porque no se estudie economía política ya no habrá quien se ocupe de la riqueza pública.

No se necesita citar ejemplos, pues son

bastante obvias estas consideraciones; sin embargo, me voy á permitir,—lastimando quizá la modestia de dos de nuestros ilustres compañeros,—citarlos como ejemplo para que se vea palpablemente que no porque se omita la pedagogía en el programa preparatorio, deja de ser cultivada con brillo. Entre las personas que nos honran con su compañía, contamos á los Doctores Flores y Ruiz, eminentes pedagogos, aun cuando no hayan estudiado pedagogía en la escuela preparatoria. El Sr. Flores es además distinguido economista.

Por otra parte, la economía política es una ciencia profesional, una ciencia que debe ser incorporada á los estudios profesionales, porque su objeto es especial, y hemos dicho ya, que las especialidades están reservadas á la faz profesional.

Por estas razones, señores representantes, la comisión tiene el sentimiento de no aceptar las proposiciones del Sr. Manterola, por mucho que respete á la H. persona que las emitió.

Sobre todo, la comisión se figura que si fuésemos á adoptar el método simultáneo, que crea eruditos á la violeta y sabios falsos, faltaría á sus deberes. En tal caso, sí me parece oportuno evocar aquellas palabras que ovocó en la sesión pasada nuestro H. Presidente, las palabras que el Presidente de la Convención francesa pronunció al condenar á Lavoisier; la República no necesita sabios así.

(Nutridos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Señores representantes:

Comienzo por felicitarle de la audacia que tuvo al ocupar la tribuna en un asunto tan delicado, ya que me ha valido la honra de la contestación del digno Presidente de las comisiones unidas, y al Con-

greso, el placer de escuchar su docta palabra, y después de darle las gracias por la benevolencia con que se ha servido tratar mi humilde personalidad, voy, con todo el respeto que se merece, á explicar,—no á contrariar sus asertos,—algunas de mis ideas que acaso no han sido bien comprendidas por su señoría.

Desde luego, cuando se me atribuye la intención de hacer de la enseñanza preparatoria una enseñanza simultánea, no se está en lo justo, pues no es esto lo que yo pretendo.

La escuela primaria, es verdad, tiene una enseñanza simultánea y debe ser eso su objeto principal, es decir, formular ó analizar todos los ramos que constituyen los conocimientos que se van á inculcar á los niños como medio de educar sus facultades.

Reconozco que la escuela preparatoria tiene que modificar considerablemente este fin educacional. La comisión lo ha dicho, el Sr. Parra lo ha repetido, y este es el punto de partida en que yo me he colocado.

La escuela preparatoria es esencialmente educacional y á mi modo de ver todo lo que es educacional, debe tender al cultivo de las facultades. Estoy enteramente de acuerdo con que la enseñanza profesional debe ser exclusiva; estoy enteramente de acuerdo con que la escuela primaria debe ser esencialmente educacional, y siéndolo también la preparatoria, nada más que con el fin de hacer una educación científica, desde luego se comprende que el camino que debe seguirse en esta educación sea el cultivo armónico y hasta cierta manera simultáneo de las facultades.

Esto no quiere decir, que á la vez se aprendan todas las ciencias; esto sí sería un desacierto, y aun cuando yo pudiera sostener muchos, no creo ser capaz de sostener éste. Las ciencias se apoyan unas

en otras, y sería una pretención vana, sostener que se puede enseñar profundamente la biología al que no conoce la química, ó esta ciencia al que no conoce la física.

De ésto, á lo que yo he sostenido hay una gran diferencia; yo, únicamente he aseverado este principio: las matemáticas tienen por objeto educativo el acostumbrar el entendimiento á la deducción, las ciencias físicas, cultivan el método inductivo, y por consiguiente, si los dos son el fundamento de todas las operaciones intelectuales, si las dos son el medio esencial para llegar á adquirir algunos conocimientos que merezcan el nombre de ciencia, deben cultivarse á la vez.

Al decir que había un predominio de la deducción sobre la inducción, no me refería yo al conjunto de los años, sino á los tres primeros años; decía, que en estos se educaba la facultad deductiva, procurando hasta después educar la inductiva, y añadía, que no sólo en esto me parece que se falseaba la base sobre que se apoyaba el dictamen, sino que también contrariaba una de las tendencias muy naturales de la escuela, á que creo pertenecen los señores que firman este dictamen, á esta escuela que quiere con justicia que la inducción se cultive en alto grado, esta escuela que ha querido que no se ratiocine en lo general á priori, sino que los argumentos se apoyen sobre la experiencia, sobre hechos bien comprobados, y en una palabra, educar el espíritu para que haya inducciones rectas y convenientes, que es, en mi concepto, estar dentro de la escuela, á la que en gran parte, tengo la honra de estar afiliado.

Si, pues, lo que yo pretendo no es sino que á la vez se cultiven el método inductivo y el deductivo, en el grado que sea posible, yo creo estar dentro de esta escuela.

Las ciencias matemáticas son en efecto la base de las ciencias físicas; su desarro-



llo, su perfeccionamiento y su término final. Pero de estos últimos, algunos elementos y relativamente hablando, con cierta extensión, se han inculcado ya desde la escuela primaria. El alumno tiene conocimientos desde esta escuela de la aritmética, de la geometría empírica, como se llamó en algunos de los programas que aquí se presentaron á propósito de la escuela primaria, tiene conocimiento de las formas y del número, tiene conocimiento de las operaciones principales del cálculo, y aun cuando no conozca la forma abstracta y precisa, está preparado para comprender, si no todas, muchas de las leyes que se exponen en la física.

Al pretender yo que en el primer año comience el estudio de las matemáticas, alternándolo con el de la física, no creo yo que pretendía una cosa imposible, porque indiqué que se trataba de la física experimental; me acuerdo que usé de esta palabra y no de la palabra *recreativa*. Yo creo que la física experimental es precisamente la que sirve de base al conocimiento y aplicación del método inductivo.

En el ejemplo que nos ponía el Sr. Parra del experimento que se hace para demostrar que el sonido se propaga en el aire, no hay necesidad de aplicar ningún conocimiento matemático, y, sin embargo, se está aplicando la inducción, se están aplicando las operaciones indispensables para hacer una experiencia legítima.

En consecuencia, es evidente, que sin darles á las experiencias que se hagan en el curso de física de la preparatoria, el carácter de recreativa, que se les debe dar en la escuela primaria; si se pueden inculcar una multitud de amplísimos conocimientos muy suficientes para que se cultiven á la vez los métodos inductivo y deductivo, que es lo único que yo he pretendido.

Pero se decía que quiero dejar así la ciencia física trunca, que quiero dejar sin

explicación las leyes de óptica que necesitan del conocimiento de las matemáticas superiores.

No, señores representantes, no lo quiero, ha dicho terminantemente que á mi modo de ver se completaría la educación científica, haciendo en el último año ó en el penúltimo, la aplicación de las ciencias matemáticas á las ciencias físicas. Entonces, si se conseguiría este doble objeto de muy alta importancia: hacer ver desde luego la aplicación y relación que hay entre las ciencias y hacer de este estudio una especie de recordación de las diversas materias que se han cursado en los años anteriores para demostrar que la inducción y la deducción, tienen que estar frecuentemente enlazadas en toda operación científica.

Pero antes de esto, habría que preparar al alumno con una serie de cursos matemáticos, que se darían en los diversos años, si se siguiera el plan que yo propongo.

Por otra parte, algunas de estas ciencias entrarían ya, cuando el estudio de las matemáticas hubiera avanzado lo bastante para que fueran más y más comprensibles. La única dificultad podría existir tratándose de la física, en la cual no se habían dado todavía los conocimientos suficientes de álgebra, de geometría y de trigonometría; pero la mayor parte de las leyes, aquellas que no tienen un carácter matemático, aquellas que tienen un carácter experimental solamente, éstas si podrían darse muy bien en el curso, y se habría obedecido así á la exigencia y al carácter que tiene la escuela preparatoria de educar científicamente, es decir, de ir preparando la inteligencia con uno y otro método, supuesto que ambos forman la base de todas las operaciones científicas.

Creo, pues, que con esta explicación aparecerá un poco menos absurda, lo que conforme á la interpretación del Sr. Pa-

rra, expresó en la sesión anterior respecto de la proposición que tuvo la honra de hacer.

Algunos de los señores que no estuvieron presentes en la sesión anterior podrían fácilmente presumir que en efecto pretendí que en el primer año se enseñaran las matemáticas, á la vez que la física, la química y la biología.

No, señores, ni por un momento pretendo tal cosa; yo lo que quiero es que desde el primer año entro la educación simultánea del espíritu en esas dos grandes operaciones que tiene que educar en el curso de su instrucción científica, y como para esto me basta una sola ciencia, la física, creo que por ella debería comenzarse el estudio juntamente con una parte de las matemáticas.

¿Qué se conseguiría con esto? Pues fuera del resultado de la doble cultura de que estoy hablando, la de acortar un poco la parte matemática que, como lo ha reconocido el mismo Sr. Parra, es árida, es enojosa, es cansada para los alumnos que no tienen el hábito de hacer las abstracciones que esta ciencia exige.

El primer año podría reducirse para las matemáticas á sólo la aritmética razonada, el segundo al álgebra, el tercero á la trigonometría, el cuarto á la geometría analítica y al cálculo, el quinto á las nociones de mecánica, y en el sexto podría venir la aplicación de las matemáticas á las ciencias que se habían estudiado en los cursos anteriores.

Estas observaciones las presenté, como era natural, con suma desconfianza, con la timidez del que no tiene competencia y que tiene que discurrir cuestión tan árdua con personas muy versadas en las ciencias, con las que llevan, por decirlo así, enarbolada la bandera de la ciencia moderna. Y si ahora insisto en estas mis observaciones, no es por vanidad, es, sobre todo, por cortesía, para contestar á

quien tan galantemente se ha servido responderme.

Voy á tratar el segundo punto que se refiere á las materias que yo propongo se adicionen al programa. En todo el curso casi dé la parte expositiva del dictamen, como lo hice notar en la última sesión, se observa la laudable tendencia de la comisión de hacer prácticos estos estudios, de que sean útiles y que sean preparatorios para las carreras especiales que se sigan; estos objetos se patentizan en los siguientes párrafos: «Dotar á los educandos de conocimientos realmente preparatorios ó preliminares de sus estudios profesionales.

«Suministrarles asimismo los conocimientos generales preparatorios para la vida social superior»

Pues bien, el respetable Sr. Parra se olvidó de este segundo punto y nos hizo ver la escuela preparatoria puramente como preparando para la adquisición de todos los conocimientos que se puedan desear aprender en carreras especiales y no es esto lo que nos ha dicho la comisión. Esta quiere desde luego que se suministren conocimientos que sirvan para la vida social superior, y entre estos conocimientos, no sólo caben, sino que son rigurosamente necesarios los que tuvo la honra de señalar y á que se ha referido el ilustrado Presidente de la comisión. Además, ellos están aún más justificados por los pasajes del dictamen que me voy á permitir leer: «Bueno es que un médico sepa diagnosticar y llenar indicaciones; pero es igualmente necesario que sepa educar hijos, administrar fortuna, elegir mandatarios, en una palabra, prever, y proveer en todas las contingencias de la vida.»

Para educar hijos se necesita aprender, y si el objeto de la escuela preparatoria es hacer que el médico sea capaz de educar hijos, es necesario que sepa cómo se educan.



Más adelante dice el dictamen:

«Y para todo esto, y precisamente por tratarse de hombres destinados á ocupar posiciones prominentes y llamados á medirse con las grandes dificultades de la vida, fuerza es prepararlos convenientemente, desenvolviendo sus facultades físicas, intelectuales y morales.»

Más adelante añade la comisión:

«Educar al minero exclusivamente para la minería y al arquitecto para la arquitectura, es tal vez dotar á la sociedad de dos buenas máquinas de trabajo; pero con seguridad es privar á la Nación de dos ciudadanos útiles, etc.»

Los señores representantes han leído la parte expositiva de este dictamen y es natural que la hayan leído con toda atención, puesto que está elegantemente escrita y muy bien pensada; en consecuencia, no los cansaré leyéndoles las diversas frases en que la comisión repite la idea de que es preciso suministrar conocimientos preparatorios para la vida social.

Pues bien, señores, ¿qué conocimientos más importantes, más prácticos, más necesarios para el hombre en sociedad, que aquellos que le van á servir para educarlo como padre de familia y como ciudadano?

En mi concepto—y en esto perdóneme el distinguido orador á quien tengo la pena de combatir en estos momentos y que ha manifestado que la economía política es propia de una carrera especial—ha sido el error de que en muchísimo tiempo se ha adolecido en México. Yo creo que la economía política es tan propia del ciudadano, tan indispensable para él como pudiera ser el conocimiento de la lectura y de la escritura, ó quizá más aún, y la causa es ésta: desde el momento en que se vive en sociedad, desde el momento en que se tiene que entrar en asuntos que se relacionan con dinero, con trabajo, con salario; desde este momento—y todos los hombres tenemos que entrar en

estas cuestiones—es necesario saber cómo funcionan estos factores, tener siquiera una idea superficial de estos grandes elementos de que vamos á formar parte, porque es una necesidad de la vida en general y no de una carrera especial.

Hay otra razón más que milita en favor de la admisión de la economía política como curso preparatorio.

La escuela preparatoria—se nos ha dicho con mucha justicia,—tiene por objeto educar el entendimiento en los métodos científicos, en los métodos fundamentales.

Se sabe que cada ciencia tiene su método, su procedimiento especial, y bajo este punto de vista, yo pregunto á la comisión: ¿cuál es la ciencia que se va á encargar de enseñar, de dar á conocer prácticamente el método que debe seguirse en la vida social?

Yo no me encuentro en este punto más que unas conferencias sobre sociología que no son, ni pueden ser, un verdadero curso; conversaciones más ó menos interesantes que no pueden constituir un curso científico.

En consecuencia, si esta ciencia social tiene tan vasta importancia, si importa mucho, y sobre todo, á la escuela á que pertenecen los dignos signatarios del dictamen. ¿No es natural que se inculquen desde un principio aquellas ciencias que van á servir para dar á conocer cuál es el método de las ciencias sociales?

Y ya que no sea fácil admitir algunas otras ciencias que no quepan aquí por tener lugar especial, si debe saber, á mi modo de ver, la economía política, en ella se aprende el método propio de las ciencias sociales y se verá hasta qué punto puede ser deductiva esta ciencia y en qué casos es inductiva, y de esta manera la adquisición del método científico se habrá hecho sin tener en cuenta la aplicación práctica que los conocimientos puedan tener.

En materia de pedagogía,—y no qui-

siera llamarla así para que no se creyera que yo pretendo que se haga de ella un curso como el que se da á los niños, enseñándoles gramática, aritmética, ó tal ó cual cosa de las que figuran en los programas, sino un curso fundado en las ciencias psicológicas y biológicas,—en esta materia diré que este curso de educación, no sólo me parece indispensable para toda clase de individuos, para todo padre de familia, para todo ciudadano, sino para que también constituya uno de los métodos que, á mi modo de ver, deben enseñarse en una escuela que se propone enseñar los métodos más convenientes para la adquisición de los conocimientos. Este método es el que consiste en enlazar las ciencias para un fin verdaderamente práctico, y esto tampoco lo tenemos en la escuela preparatoria.

Podría decirse que más adelante viene, en la medicina ó en cualquiera otra carrera; pero repito, que según el modo de ver de la comisión,—en lo que yo estoy de acuerdo,—la escuela preparatoria prepara al hombre social, mas no se debe olvidar que si la economía política es propia de una escuela especial, ésta sería la de jurisprudencia, privándose así á los médicos, por ejemplo, de su adquisición; y sin embargo, estos pueden necesitarla tanto como los abogados.

En estos momentos recuerdo una de las observaciones que con este motivo nos hacía el Sr. Parra, citándonos á los ilustradísimos miembros de la comisión, Sres. Ruiz y Flores.

Estos señores han cultivado la pedagogía como un arte que se relaciona mucho con las ciencias filosóficas á que son tan devotos; pero no es este el objeto para el que yo establecería una clase especial de educación, sino con el de inculcar los conocimientos indispensables para hacer buenos padres de familia, pues que esto influye, no sólo en el bienestar individual, sino en el de la nación entera.

Otro tanto digo de la economía política, y por este motivo me permito insistir con los miembros de la comisión para que mediten sobre la importancia que tiene el estudio de estas materias en la escuela preparatoria; porque de otro modo quedarán estas materias relegadas á la escuela normal, donde cabrán muy bien para formar profesores, pero no para formar buenos padres de familia que han de ser los más, pues los profesores serán los menos de los ciudadanos de la sociedad.

De la higiene nada digo, porque el Sr. Garay ha de tocar este punto con mucha mayor competencia de lo que yo pudiera hacerlo.

(Nutridos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES MANUEL.—Señores representantes:

En el seno de las comisiones dictaminadoras se renovó varias veces este interesantísimo debate, y el Sr. Manterola con la sangre fría que acostumbra, con el peso de sus buenas razones, con la inquebrantable energía que pone siempre en defender sus convicciones, sostuvo el doble principio que le habeis oído sostener aquí mismo y que todavía trae al debate en momentos decisivos y supremos.

Entonces como ahora, los miembros todos de la comisión disintimos del parecer de su señoría y todos á una lo combatimos con energía indómita también; pero nunca se había presentado la oportunidad como se presenta aquí, de mirar esta cuestión desde un punto de vista eminentemente elevado para darle la solución más adecuada según un criterio incontestablemente superior.

No se trata de regatearnos una por una las materias de la enseñanza, no se trata de debatir de una manera baja y pobro los intereses de la enseñanza preparato-



ria; se trata, repito, de tomar la cuestión desde su arranque para llevarla hasta sus últimas consecuencias.

Señores, para la comisión no es posible admitir, no debe ni puede admitir,—y así esperamos que opine el Congreso,—el sistema simultáneo que propone el Sr. Manterola para la educación preparatoria. ¿Por qué? Porque á la vez que proclama que la enseñanza preparatoria lleva un fin tan eminentemente teórico y científico como es el de hacer recorrer á los educandos toda la esfera de los conocimientos humanos, desde las matemáticas hasta la sociología, al menos en los que éstos tienen de fundamental, á la vez proclama que lleva un fin superior y eminentemente práctico, cual es el de crear en la escuela preparatoria espíritus prácticos consiguiendo que el hombre sea capaz de un doble esfuerzo y esté animado de un doble impulso que lo guíen lo mismo á las cimas elevadas de la teoría que á las oscuras y profundas dificultades de la práctica: he aquí el doble fin de la enseñanza preparatoria.

Que mediante este ejercicio sistemático de las facultades todas, que mediante esa disciplina intelectual se pueda conseguir el primero de estos dos objetos, es, señores, incuestionable. No de otro modo se disciplinan las inteligencias y se vigorizan para elevarse á las altas concepciones filosóficas; pero á la vez, es necesario que este plan corresponda á la segunda necesidad más imperiosa que la primera, si se quiere, para la generalidad de los hombres; la necesidad de que puedan medirse cuerpo á cuerpo con las dificultades que la vida social puedan presentar y que sepan y puedan dominarlas.

El sistema del Sr. Manterola en este particular, es disolvente, y de tal modo es disolvente, que yo no concibo al hombre práctico vestido con ese traje de arlequín científico con que el Sr. Manterola

pretende vestir la enseñanza preparatoria.

Señores, nosotros llamamos y estamos acostumbrados á llamar hombres prácticos, á ciertas personas, y hombres teóricos, á otros; y lo que aquí nos interesa es saber en qué se distinguen los unos de los otros; saber que Juan es hombre teórico y Antonio práctico, es un conocimiento útil; pero más útil que todo es saber cuál es la diferencia substancial y fundamental, que distingue los hombres teóricos de los prácticos, y nos interesa porque es capital este conocimiento, porque de este modo, de una manera facultativa y fácil, podemos en la escuela primaria ó superior, formar á nuestro gusto hombres teóricos, hombres prácticos, ó lo que es todavía mejor, hombres teórico-prácticos.

Prescindiendo por un momento del caso en que se trate de actividades meramente manuales ó físicas, consideraremos la intelectual. En este caso no es, señores, la diferencia tan fácil de percibir; pero es necesario precisarla y yo, señores, me permitiría sugeriros esta fórmula que establezca la diferencia radical entre los hombres teóricos y los prácticos: los hombres prácticos son aquellos que nunca separan en la actividad que ejercen el elemento cualitativo del elemento cuantitativo.

Una persona, por ejemplo, que se propone fabricar tejidos, no será práctica, si no sabe aplicar el cálculo al desenvolvimiento de su plan; si sabe aplicarlo y lo aplica de hecho, habrá aplicado un plan práctico. En consecuencia, esta persona será práctica en el caso en cuestión.

Pues bien, señores, lo que el Sr. Manterola nos propone, es viciar la educación intelectual de los alumnos de la escuela preparatoria, es decir, de los futuros ciudadanos que han de formar parte de las clases directoras, acostumbrándoles á mirar como cosas diferentes, el elemento cualitativo, de los fenómenos del elemen-

to cuantitativo, y á creer que se puede hacer á un lado, el elemento cantidad, aplazarlo, dejarlo para más tarde, en lugar de obligarlos desde el primer momento á dominar las dificultades del cálculo, á medirse con ellas en toda forma, y después á no estudiar nunca los fenómenos cualitativos, si á la vez no se estudia lo que tiene de cuantitativo. Toda enseñanza práctica, rola en este sentido y está fundada en este principio.

El proyecto del Sr. Manterola, es disolvente, decía yo, porque mezcla la enseñanza de los diversos ramos científicos, con el único objeto de hacer ejercicios de inducción y deducción. ¿Con qué objeto hacer esa mezcla de los dos ejercicios educativos, siguiendo en esto, el precepto pedagógico de la educación simultánea, que se practica en la escuela primaria? ¿A qué abordar los problemas de física, química y biología, antes de tener la dosis suficiente de conocimientos matemáticos, para que después, hasta el sexto año preparatorio y cuando *haya un lugarcito* venga la acumulación de todos los problemas cuantitativos; cuando ya el elemento cualitativo se ha disipado en el espíritu?

Y sobre todo, señores, ese aplazamiento de la parte cuantitativa, esa transposición del elemento cálculo, en el estudio de los fenómenos, inspira una idea ya de por sí bastante imbuida en el espíritu mexicano, de que se puede prescindir de los números cuando se estudian los fenómenos, que se puede dejar este estudio para después, entreteniéndose mientras en mirar cómo suben y bajan los cuerpecitos atraídos por el imán, cómo los tubos de Geslar giran y producen irisaciones, y en suma, divirtiéndose con ese espejismo y ese caleidoscopio maravilloso de la ciencia experimental.

Señores, los ingleses son hombres prácticos, los americanos son hombres prácticos también; los ingleses y americanos tienen sus carteras constantemente llenas

de números; los mexicanos no somos hombres prácticos; si sacamos nuestras carteras, puede ser que no reunamos las nueve cifras fundamentales entre todas ellas.

(Aplausos.)

Esta es la gran diferencia. Creer que se puede y se debe aprehender una ciencia en esta desasociación de dos elementos que van siempre unidos, y que se amalgaman y confunden para constituir un fenómeno cualquiera, creer que se pueden hacer hombres prácticos, cuando no se han hecho más que hombres teóricos. Y yo, señores, y la comisión toda, ha creído que este peligro se debe evitar y que todo esfuerzo debe hacerse, para impedir esta desasociación. La noción de la disciplina intelectual se sublevaría contra el buen sentido, si dijéramos que se estudiara un fenómeno en calidad, sin estudiarlo á la vez en cantidad.

Creo, señores, que este principio fundamental, esta teoría general que me permito exponer, justifica las ideas de la comisión y bastará para desterrar del espíritu de mi auditorio y del Congreso, la idea de aprobar semejante sistema simultáneo en la escuela preparatoria.

El otro punto de vista, el otro aspecto de la cuestión, no puedo tratarlo, aunque quisiera con la misma elocuencia, con la misma suficiencia con que lo ha hecho el Sr. Presidente de la comisión.

Paso, porque tampoco creo que debo fatigar la atención del Congreso, á otro punto, y aquí, señores, me veo obligado también, á exponer una teoría general, y superior para hacer derivar la aplicación especial que hemos hecho de nuestro programa.

Si el dictamen de cuyos conceptos soy personalmente responsable dice y repite á cada paso, que la escuela preparatoria debe preparar al hombre para la vida social superior, que debe dotarlo de aque-



llos conocimientos preparatorios para la vida social superior—y recalco exprofeso el término *preparatorio*—porque no hemos creído que pudiéramos, ni debiéramos jamás en la enseñanza preparatoria, inculcar conocimientos *definitivos* para ese fin, conocimientos que pudiéramos llamar profesionales,—es, en virtud de que la ciencia toda demuestra perentoriamente que los medios más eficaces para lograr un resultado cualquiera, no son siempre, no son casi nunca, los medios directos; al contrario, son más exactos, más precisos en sus resultados, más seguros, más llanos y sencillos en su aplicación los métodos indirectos; para que se perciba la realidad del principio y el alcance que puede tener, voy á permitirme un ejemplo.

Si queremos medir la distancia que media entre el centro de los cráteres del Popocatepetl y el Ixtatziluatl, haríamos la más lamentable figura del mundo pasando nuestra cadena métrica de un punto al otro, y suponiendo que consiguiéramos hacerlo, puede estar seguro el Congreso de que esta medida sería errónea.

¿Qué hacemos? Medimos una base pequeña; de las extremidades de esta base hacemos partir dos triángulos con base común y cuyos vértices son los dos puntos extremos, cuya distancia se busca; después, por medio de una fórmula de trigonometría, averiguamos con más precisión matemática la distancia que separa los dos cráteres.

Tratamos de curar un enfermo, para tomar en otra esfera distinta el ejemplo: pues cada día más la ciencia médica nos aconseja los métodos indirectos de acción y nos dice que la mejor terapéutica de las enfermedades en su inmensa mayoría, es el método higiénico. ¿Y qué más indirecto, señores, que la higiene para la curación de las enfermedades? ¿Queréis remediar los vicios y males de que adolecen los pueblos, queréis extirpar de raíz sus desgracias y sus sufrimientos, borrar su pasado y abrirles un porvenir?

¡Ay de vosotros, hombres de Estado, si quereis hacerlo por medios directos!

Teneis la evidencia de no poderlo conseguir. Y para no olvidar, para fijar bien esta idea, me permitiréis recordar lo que pasó en la revolución francesa en que los métodos directos fueron los únicos aplicados. Vemos á Marat pidiendo doscientas mil cabezas de aristócratas en plena Convención Nacional; y ¿cuáles fueron los resultados? Sencillamente que no se consiguieron.

Si se quería la democracia, si se deseaba la caída de la monarquía, si se quería la abolición de los derechos feudales, si se querían, en suma, todas esas grandes conquistas de las sociedades modernas, se debió haber comenzado por educar al pueblo por enriquecerlo, y entonces el pueblo ilustrado y rico sin esfuerzo, sin soldados y más libre, hubiera podido realizar los grandes ideales de la revolución.

¿Cuál fué el gran resultado de la revolución francesa?

Señores: para toda la tierra, para toda la humanidad,—menos para la Francia—para la Francia se cristalizó en la dictadura, en la tiranía, en el despotismo de Napoleón I.

A nosotros, señores, al querer formar á los hombres para la vida social superior, nos aterraron los medios directos y nos aterraron, porque la ciencia no ha acostumbrado á tener un poco de más fe en los medios indirectos, y porque hacían más á nuestro propósito; en este caso especial los medios indirectos por cuanto á que la educación en la enseñanza preparatoria se refiere, tienen esta ventaja incalculable: dar á las personas aptitudes para elaborar conocimientos, garantizar el progreso indefinido de las ciencias, dar los conocimientos en el estado actual en que se poseen, y que estos conocimientos se incrusten de una manera imborrable en su cerebro, proveyéndolo de los elementos de la investigación propia.

Hemos querido que el alumno de la escuela preparatoria tenga talento, es decir, que tenga una suma suficiente de aptitudes y conocimientos que le permitan elaborar aquellos que lo van á servir para la vida real; queremos que se elaboren sus principios de moral y de política; queremos que se elabore sus principios de administración y sus principios por su propio esfuerzo, ó como ciudadano libre que es, poseedor de una inteligencia y de un corazón:

Esto es lo que hemos querido en la enseñanza preparatoria, por eso no hemos escogido otras ciencias, y hemos puesto primero las abstractas que por tener menos contacto con la realidad, dejan al alumno que haga aplicaciones por su propio esfuerzo, y de éstas, tan sólo aquellas que desenvuelven facultades y aptitudes con que podrán ser elaborados más tarde los conocimientos.

He aquí por qué hemos huído del estudio de las ciencias que de una manera directa contribuyan al bienestar personal de la familia y del Estado.

Más tarde, cuando estos alumnos salgan de la escuela preparatoria, tendrán un caudal de conocimientos abstractos suficiente y tendrán, además, libre el espíritu para lanzarse en cualquiera dirección al espacio que se abre ante su vista.

No saldrán esos alumnos de la escuela preparatoria sumisos y dóciles en las doctrinas del maestro é incapaces de toda elaboración de doctrinas nuevas. Habremos declarado el progreso, á costa de algunas sacudidas, no lo niego.

Lo mismo me podría citar aquí como un ejemplo de cómo estos hábitos adquiridos en la preparatoria pueden atraer sobre nuestra frente los rayos de ciertas elocuencias. Es verdad; somos un poco audaces, somos muy emprendedores; pero sólo con hombres audaces y emprendedores se puede lograr el progreso.

Los tímidos, los quietos, los retraídos,

son muy útiles para ser gobernados por un déspota; no son ciudadanos de un país libre.

(Aplausos.)

Señores:

Ni podría continuar porque mis pasadas campañas me tienen casi inválido, ni tampoco creo que el asunto merezca mayor atención, pues entiendo que en la mayoría ilustradísima de este Congreso está el principio tal como lo hemos presentado, sin más que aquellas modificaciones de pormenor que son indispensables y que estamos dispuestos á aceptar con tal que no toque el sancta sanctorum del principio fundamental; lo repito, el plan tal como lo hemos propuesto, satisface la pregunta que la Secretaría de Justicia formuló, y sobre todo, satisface estas terribles preguntas: ¿Qué va á ser de la juventud del porvenir? ¿Qué va á ser de país?

(Nutridos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra para un hecho, el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Nada más repetiré que yo no he propuesto la enseñanza simultánea, que únicamente deseo que se cultiven simultáneamente las ciencias inductivas y deductivas.

También me permitiré hacer notar, que estoy muy lejos de querer que se suprima el elemento cuantitativo que es muy importante en el estudio de las ciencias, quiero, por el contrario, que se cultive este elemento en las ciencias matemáticas durante los seis años que comprende el curso, para que en todo este tiempo se habitúe más el espíritu del alumno y comprenda la importancia de las ciencias y la necesidad de relacionar las cuestiones de cantidad con las de calidad.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien haga uso de la palabra, en votación no-



minal se pregunta si se aprueba en lo general.

Recogida la votación, resultó aprobado el dictamen en lo general, por veinte votos contra uno, anunciándose que en la próxima sesión continuará, en lo particular, la discusión de este dictamen.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz*, Secretario.

#### SESION

**Del día 3 de Febrero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. LIC. JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. Baz, Cervantes I., Cisneros, Flores, García Cubas, Lombardo, Manterola, Martínez, Parra, Pérez Verdía, Carrillo, Rodríguez y Cos José Miguel, Ruiz, Schultz, y Serrano; y Directores, Alvarez G., Macedo, Flores, Olmedo, Salazar y Zayas.

A las seis se pasó lista de Representantes, y resultando haber el número suficiente se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. SECRETARIO.—Estando ausente el Sr. Rébsamen, la Mesa ha dispuesto que se integre la comisión de Escuelas Normales con el Sr. Correa.

Está á discusión en lo particular el dictamen sobre enseñanza preparatoria.

EL C. SECRETARIO.—Está á discusión la fracción V que dice: debe concluir con la lógica.

La comisión presenta esta proposición reformada en los siguientes términos:

Debe concluir con la lógica, consistiendo ésta en la sistematización de los métodos científicos, con entera exclusión de todo concepto teológico ó metafísico.

No hay quien pida la palabra

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida la votación resultó aprobada por 15 votos contra 3, poniéndose al debate la fracción VI.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Hago uso de la palabra simplemente para manifestar, que habiéndose acordado en el Congreso pasado que era indispensable para entrar á la escuela preparatoria haber concluido la primaria superior, comenzando la enseñanza elemental á los seis años y durando ésta cuatro, los niños la habrán concluido á los diez años, más dos que necesitan para completar la enseñanza superior, creo que para que haya armonía en nuestros trabajos, correspondería que se dijera que la edad de doce años era la más conveniente para dar la enseñanza preparatoria

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores, miembro de la comisión.

EL C. FLORES.—Tiene razón de sobra el Sr. Martínez. La comisión no se había fijado en que hay un error lamentable de imprenta: en el proyecto original se previene la edad de doce años, previendo la circunstancia de que ha hecho mérito su señoría.

De manera que la comisión no tiene absolutamente ningún inconveniente en aceptar tan amable indicación.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Tengo el sentimiento de discrepar de la opinión que

acaba de manifestar el respetable Sr. Flores, relator de la comisión. Yo que formé parte de alguna de las comisiones en el Congreso pasado, acerca de los estudios de instrucción primaria superior, siempre que dí mi voto á los plazos que se señalaron, tanto á la escuela elemental como á la superior, lo hice en la inteligencia de que estos plazos no eran forzosos, de que eran potestativos, porque no era posible absolutamente medir con un solo rasero la inteligencia de los niños.

Es verdad que se han establecido seis años, cuatro para la instrucción elemental y dos para la superior, y aunque esto sea una norma, una regla general, ¿quién podrá decir al Congreso que no habrá muchos niños que en menos de los seis años, en cinco, por ejemplo, puedan concluir sus estudios? ¿Y porque no han estado seis años, vamos, contra la libertad de enseñanza á exigirles un curso inútil?

Esto me parece ilógico y contradictorio, y por otra parte, la comisión tal como había redactado su dictamen, me parece que tenía razón, porque dice que *puede* comenzar á los once años, no prescribe que debe comenzar á esa edad, no prescribe un término fijo, porque, repito, no es posible que midamos en un momento todas las inteligencias.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES.

El Sr. Pérez Verdía tiene razón: hay incuestionablemente alumnos que pueden hacer su enseñanza superior en un plazo relativamente corto, mucho menos que el de seis años fijados en el programa; pero el Sr. Pérez Verdía que es abogado, no debe ignorar que cuando se legisla, no se hace para los casos excepcionales, sino que se sacrifican estos casos en favor de la regla general. Dice la ley, por ejemplo, que podemos ser mayores de edad á los

diez y ocho años; conozco muchas personas que á los diez y seis pueden ser mayores de edad: sin embargo, la ley no se los permite y no hay por eso quien diga que la ley es injusta.

Se establece, como es natural, máximo y mínimo, y en el caso presente, nosotros hemos creído que la edad de la pubertad es la edad en que las facultades tienen el grado de desarrollo y desenvolvimiento bastantes para poder abordarse los problemas y las cuestiones relativas á la enseñanza preparatoria, y este término señalado es tanto más racional, cuanto que la mayoría, lejos de hacer en menos tiempo sus estudios de enseñanza superior, tendrán que hacerlos en un tiempo superior.

En tal virtud, la comisión insiste en conservar esa cifra de doce años como *mínimum* de la admisión en la escuela preparatoria.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien haga uso de la palabra, se va á recoger la votación.

Recogida ésta, resultaron 16 votos por la afirmativa y 2 por la negativa, declarándose aprobada la fracción.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Se pone al debate la fracción 4ª que dice:

Los ramos que la constituyen deberán conservar la misma extensión que hoy tienen en la Escuela Preparatoria.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cisneros Cámara.

EL C. CISNEROS CÁMARA.—Suplico respetuosamente á la comisión tenga la bondad de retirar del debate la resolución á que acaba de darse lectura, ó bien reformarla, porque si no me equivoco, está en flagrante contradicción con la novena resolución. Si se compara el programa que en la actualidad está vigente en la escuela preparatoria con el que nos propone la comisión, se verá que no todas las ma-



terias tienen la misma extensión. Supongo que la extensión que se da á las materias debe ser cuando menos profesional, al tiempo que se da para su estudio, y en este caso, en el interés mismo de la Comisión está el que no se apruebe, ó por lo menos retirar esta conclusión para que se apruebe su programa.

Yo desde luego me anticipo á decir que no aprobaré el programa por las razones que manifestaré en su oportunidad.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Parra.

EL C. PARRA.—La Comisión tiene el sentimiento de no acceder á lo manifestado por el Sr. Cisneros Cámara, porque esta proposición contesta á una pregunta especial del cuestionario. La pregunta es que en lo sucesivo los cursos tendrán la extensión que tienen actualmente en la preparatoria, y era preciso contestar afirmativa ó negativamente.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien pida la palabra, se va á recoger la votación.

Recogida ésta, resultó aprobada la fracción por 14 votos contra 4.

Se puso al debate la proposición 8ª que dice:

En un solo programa puede caber la preparación científica y literaria de los alumnos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Simplemente para pedir á la comisión se sirva cambiar la palabra *pueden* por la palabra *deben*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Parra.

EL C. PARRA.—Señores representantes: Aunque parece de mera forma lo que

propone el Sr. Cervantes, realmente afecta de la esencia la cuestión: se trata simplemente de la posibilidad, porque en este sentido estaba formulada la pregunta del cuestionario y en manera alguna se podía dar la respuesta en una forma prescriptiva. Esta es la razón de por qué la comisión sostiene la forma dada al artículo.

Se procedió á recoger la votación, resultando aprobada por unanimidad de votos.

Se puso al debate la novena proposición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY.—Yo descarta que se pusieran á discusión los años del programa, no en lo geneneral, sino por fracciones.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Manifiesto con sentimiento que no soy de la opinión del Sr. Garay: creo que hay tal relación entre las materias que se estudian en unos y en otros años, que discutirlos uno tras otro, sería realmente el medio de evitar una discusión razonada. Sí creo que la votación debe hacerse materia por materia y año por año; pero no discutirse porque en la discusión debe haber naturalmente relación íntima entre todos los cursos.

Por esta razón, ruego á la Mesa tenga presente estas consideraciones para que dicte lo que crea conveniente.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY A.—Opinando como el Sr. Pérez Verdía, suplico entonces que se haga la votación, no sólo por años, sino por materias.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES.—La comisión está en la mejor buena voluntad para acceder á la indicación de los Sres. Pérez Verdía y Garay para someter á discusión y votación las materias; el programa no es posible, ya está aprobado en lo general, es decir, en su comprensión. De manera que de las materias que están incluidas allí, no se puede suprimir una, porque están aprobadas en su comprensión.

Así es que, lo repito, la comisión está dispuesta á acceder porque la discusión se haga por ramos y á la hora de la votación por grupos, mejor dicho, por años.

De esta manera, caben perfectamente las observaciones del Sr. Pérez Verdía y las del Sr. Garay y se abrevia el tiempo.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY.—Absolutamente estoy conforme con las palabras que ha emitido el Sr. Flores, porque en resúmen se ha dicho que una vez aprobado en lo general, el negocio está concluido, no podemos modificar nada, sino sólo en la extensión y desenvolvimiento de las materias y esto en block.

Cuando se discute una cosa en lo general, se comprende que debe ser en conjunto, en globo, para entrar después á la discusión en lo particular, es decir, en sus detalles, porque muy bien puede suceder que un señor representante esté de acuerdo con que se den nociones sobre historia del arte, por ejemplo, y no estarlo con las otras materias ó vice versa, y se vería obligado ó á aprobar la fracción en que no estaba de acuerdo con varias materias ó á reprobarla cuando lo estaba con algunas.

De manera que si ya se aprobó el programa en lo general y no tenemos nada

que hacer, entonces no perdamos más el tiempo en hablar.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Yo entiendo que se aprobó en lo general todo el dictamen; pero no cada una de las proposiciones, y como el programa es realmente una de tantas proposiciones, creo conveniente que se ponga á discusión en lo general, por ser muy extenso y constar de muchas partes.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES.—La comisión está de acuerdo en que se haga la discusión y votación en la forma que los señores representantes deseen; tanto peor para el Congreso si este trabajo es más laborioso. Así es que suplico á la Mesa se sirva preguntar, si la discusión y votación se ha de hacer por materias ó no.

EL C. PRESIDENTE.—Suplicaría la Mesa á los Sres. Garay y Martínez que se sirvieran formular su proposición.

Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La proposición que yo haría es la de que se discuta el programa en lo general y después se discutirá por años ó por materias, según la Mesa lo disponga.

EL C. SECRETARIO.—La proposición que se presenta es la siguiente:

Suplicamos al Congreso se sirva aprobar que el programa de estudios se discuta en lo general y después se vote por años separando de ellos las materias que así lo desee alguno de los señores representantes.

Febrero 3 de 1891.—*Miguel F. Martínez.*



EL C. PRESIDENTE.—La Mesa obedecerá naturalmente lo que decida el Congreso, pero cree que es de su obligación hacerle notar que es enteramente inusitado lo que propone el Sr. Martínez, porque votada en lo general la parte resolutive del dictamen, no podemos ya volver sobre una votación de este género; lo único que podrá hacerse, y estaba dispuesta la Mesa á acordarlo así, será poner á discusión y votación año por año los artículos que componen el programa.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Yo creo que el espíritu de la proposición es ésta, que se discuta temando en conjunto toda la proposición y que el voto recaiga nada más sobre cada uno de los años. Suplico al Sr. Martínez se sirva decirme si es este el espíritu de la proposición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Precisamente esa es la forma que se ha dado á la proposición: discútase en general y vétese por años, separando algunas de las materias que los señores representantes quieran separar.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien pida la palabra, se va á recoger la votación.

Recogida ésta, resultaron 13 votos por la negativa y 7 por la afirmativa, declarándose reprobada la proposición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—No creo que se deduzca de la votación que acaba de pasar, el que se pongan á discusión en lo particular, las proposiciones aisladas. No en-

tiendo el espíritu de este voto, y desearía que alguno de los señores representantes que han votado en contra, se sirvieran indicar cuál ha sido su pensamiento.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Lombardo.

EL C. LOMBARDO.—Los que hemos votado en contra hemos creído, lo mismo que el señor Presidente de esta Asamblea, que habiendo sido aprobado en lo general el dictamen, no era ya necesario volver á una discusión en lo general; creemos que la discusión y votación únicamente puede recaer, sobre si en lo particular se aprueba ó no la proposición al debate.

Ahora bien, como la proposición que se discute es larga y al mismo tiempo varios señores representantes han manifestado el deseo de que se discuta por fracciones, la comisión no tiene inconveniente en acceder á esta petición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía para una interpelación.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—El Sr. Lombardo manifestó, que á instancias de algunos señores representantes, se ha hecho el fraccionamiento. No sé lo que ha pasado, porque precisamente los que hemos hecho uso de la palabra, ha sido con el objeto contrario, esto es, para manifestar que se discuta la proposición tal cual está concebida.

Interpelo por lo mismo á la Mesa para que nos diga si está á discusión la proposición novena ó alguna de sus fracciones.

EL C. PRESIDENTE.—El C. Pérez Verdía tiene razón, está á discusión la proposición novena, y la Mesa no hubiera tenido obstáculo alguno en ponerla á discusión en lo general, si el Congreso no hubiese decidido otra cosa. El Congreso ha reprobado la proposición del Sr. Martínez,

que pedía se discutieran las proposiciones en lo general, y por consiguiente, la Mesa no puede hacer otra cosa que poner á discusión cada una de las partes de que consten, creyendo interpelar así la decisión del Congreso.

Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Yo desearía que se señalara algún punto de partida al Congreso, porque no está claro el espíritu de la votación. La votación ha comprendido dos puntos: se discentirá en lo general, y después se votará en lo particular cada uno de los incisos. Si, pues, ha tenido dos partes, la votación negativa podía suponerse que había echado abajo las dos, y sin embargo, se nos ha dicho por uno de los señores miembros de la comisión, que se iba á discutir y votar en lo particular cada uno de los incisos.

Creo pues, que no está clara la opinión del Congreso y sería por lo mismo prudente, que se señalara un punto de partida.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Mateos.

EL C. MATEOS.—Siguiendo una práctica parlamentaria, voy á llamar la atención de este H. Congreso, sobre lo reglamentario del debate.

Se pone al debate una proposición que consta de diez ó veinte incisos y como la discusión recae sobre toda la proposición, en algunos puntos está de acuerdo el Congreso, y en otros no, y en tal caso se ponen á votación los incisos, pero esto cuando algún diputado no lo reclama se pone á votación todo el artículo. Nosotros hemos votado todo el artículo y no sé, por lo mismo, por qué se ponen á discusión cada uno de los incisos. Esto sería interminable.

EL C. PRESIDENTE.—En obvio de discusiones que pueden resultar estériles, y

habiéndose consultado el parecer de la comisión, la Mesa pone á discusión en lo general el artículo.

EL C. SECRETARIO.—Dice así la proposición novena:

IX. El programa de estudios y ejercicios deberá ser el siguiente:

1<sup>er</sup> año.—Aritmética y Algebra, 6 horas por semana; primer curso de francés, 3 horas; ejercicios prácticos de lectura superior, tres horas; Dibujo, 3 horas; Canto, 3 horas; Ejercicios militares, 3 horas; Conferencias sobre temas de Higiene, moral práctica y civismo.

2<sup>o</sup> año.—Geometría plana y en el espacio; Trigonometría rectilínea, 6 horas; segundo curso de francés, 3 horas; Ejercicios prácticos de Declamación y Reminiscencia, 3 horas; Dibujo, 3 horas, Canto, tres horas; Ejercicios militares, 3 horas; Conferencias iconográficas sobre ciencias físicas y naturales, 3 horas.

3<sup>er</sup> año.—Geometría analítica de dos dimensiones y nociones fundamentales de cálculo infinitesimal, 3 horas; Cosmografía precedida de elementos de mecánica, 3 horas; Primer curso de Inglés, 3 horas; Primer curso de Gramática Española, 3 horas; Dibujo, tres horas; Raíces griegas y latinas, 3 horas; Ejercicios gimnásticos, 3 horas; Conferencias iconográficas sobre viajes célebres, grandes invenciones y descubrimientos útiles.

4<sup>o</sup> año.—Física, 6 horas; Academias prácticas de Física y de Meteorología 3 horas; Geografía general y elementos de Geología, Meteorología y Climatología, 3 horas; Segundo curso de Inglés, 3 horas; Segundo de Gramática Española, 3 horas; Dibujo, 3 horas; Ejercicios gimnásticos, 3 horas; Conferencias iconográficas sobre historia de las ciencias y de la industria.

5<sup>o</sup> año.—Clínica y nociones de Mineralogía, 6 horas; Geografía patria, 3 horas; Historia general, 6 horas; Literatura



general y preceptiva, 3 horas; Dibujo, 3 horas; Manejo de armas, 3 horas; Conferencias iconográficas sobre historia de la civilización.

6º año.—Ciencias biológicas, 6 horas; Psicología, Lógica y Moral, 6 horas; Historia Americana y patria, 5 horas; Literatura Española y patria, 3 horas; Dibujo, 3 horas; Manejo de armas, 3 horas; Conferencias sobre sociología, 3 horas.

Cursos facultativos, Griego, Latín, Alemán ó Italiano, 2 años cada uno.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY.—Séame permitido desde luego, señores, tributar mis elogios más sinceros á la comisión por el brillante dictamen que ha presentado á este Congreso: la erudición con que está escrito, la lógica de todos sus argumentos, y la inteligencia de los miembros que forman la comisión, la enaltece en alto grado, lo mismo que al Congreso que ha recibido dicho dictamen, que será uno de los más brillantes en la historia del Congreso de Instrucción.

Abundo enteramente en las ideas generales del dictamen y comprendo que es una obra muy buena, magnífica; pero como es natural, no es perfecta, y la misma comisión manifiesta sus temores al decir que teme no haber dado cima á su tarea, por lo espinoso del trabajo y lo complicado de la cuestión que ha tenido que tratar. Así, pues, señores, no creo faltar al respeto á sus señorías hablando en contra de su dictamen, si bien tan sólo en algunos puntos que pudieran llamarse de detalles.

La comisión, señores, se ha propuesto seguir un orden enteramente filosófico en su programa, ha tenido en cuenta todas las cuestiones pedagógicas, y comprendiendo la gran importancia que tiene la higiene en la educación, la ha introduci-

do en el dictamen, colocándola en el primer año en la categoría de conferencias; es decir, que se va á colocar en el último lugar en cuestión de estudios preparatorios, puesto que se coloca en el primer año en forma de conferencias sin ser obligatoria, sin tener un texto, una guía, sin tener examen, etc. Por ser yo, señores, el representante de la escuela preparatoria, en la cual me honro de ser también el profesor de higiene, creo de mi obligación dar á conocer á vdes. mis opiniones á este respecto, pues de otro modo sería tanto como aprobar la disposición de la clase en la forma que he indicado.

Se trata, señores, de que en la Escuela Preparatoria se dé una clase de vulgaridades de higiene empírica preceptiva, de manera que al decir vulgaridades, me refiero al nivel tan bajo que puede darse á la clase, y á las circunstancias en que se coloca.

Ya es tiempo de que se comprenda que la higiene no es una vulgaridad. Se ven personas ilustradas en otros asuntos que ven con desdén, ó por lo menos, con cierta indiferencia los consejos de la higiene, que consideran que todo el mundo la sabe, que creen que basta un poco de sentido común para que el individuo conquiste la suma de conocimientos necesarios de higiene para la vida práctica.

Nada tan funesto como esa idea; la higiene no es una vulgaridad, no puede serlo, nos aprovechamos de los instintos que tenemos, es cierto; pero esos instintos deben ser guiados por un medio científico.

La higiene instructiva la tienen también los animales, la tienen en mayor grado, en un grado superior las personas, el hombre principalmente en la clase más baja, y sin embargo, vemos á multitud de personas que consienten en contrariar las reglas de higiene, ven vdes. que por obedecer á una moda se llevan trajes de tal ó cual uso. En la práctica vemos determinadas costumbres verdaderamente no-

civas á la salud; mientras que en los animales, por ejemplo, el animal que está criando á sus hijuelos, observa con ellos reglas más estrictas de higiene que las que puede observar una madre vulgar.

La higiene no es una cosa vulgar, es un sistema de diversas ciencias, ó por mejor decir, necesita de muchas ciencias, se vale de los medios físicos, químicos, sociológicos, biológicos, etc., para podernos dar reglas con el fin de practicarlas en beneficio de la salud.

Pues bien; si no conocemos absolutamente ninguno de esos medios, si no sabemos una palabra de organización, si no sabemos nada de anatomía, si se quitan, en una palabra, las partes de que está compuesta la higiene ¿qué es lo que queda? Una higiene vulgar y empírica, y es por lo mismo contraproducente dar una clase de esa especie.

El Sr. Parra, con su talento tan feliz decía, combatiendo al Sr. Manterola: es imposible establecer el método simultáneo en las materias. ¿Cómo vamos á tratar los fenómenos de óptica, complicadísima cuestión de física, cómo vamos á saber que el ángulo de incidencia es igual al ángulo de reflexión, cómo vamos á saber la teoría de los espejos, si no se sabe el cálculo matemático? ¿Cómo vamos á saber, decía el Sr. Parra, si conocemos la alimentación, bajo el punto de vista de la historia natural, si no tenemos ni la más pequeña noción científica de lo que es el alimento, de lo que está compuesto, etc., etc.?

Pues bien; eso que tanto espantaba al Sr. Parra, es lo que ha hecho la comisión con la higiene; escojamos el mismo ejemplo del Sr. Parra. Se trata de la alimentación: si un individuo no sabe ni lo que es alimento, ni en cuántas clases se divide, ni de qué se compone, ni cómo se transforma, etc., es decir, si no tiene un conocimiento previo de la física, química é his-

toria natural, ¿qué conocimientos quieren vdes. que se den y que se adquieran?

¿Cómo vamos á tratar, por ejemplo, de la higiene de la visión, si no conocemos los fenómenos de la física á que tanto se refería el Sr. Parra, si no conocemos las leyes de la óptica, siendo así que el ojo no es sino un lente? Todo esto hace una falta extraordinaria, y si no se tienen todos estos conocimientos, las reglas de la higiene tienen que deducirse de una manera empírica.

Ahora bien, señores, yo acepto que la higiene debe darse lo mejor que se pueda, y ésta no es la mejor: que se dé la higiene empírica en la escuela elemental, que se dé en conferencias vulgares, está bien; pero no en la preparatoria, en cuya escuela ya hay el conjunto de circunstancias para que esta ciencia sea estudiada á la perfección. De manera que sin pretender que la higiene deba estudiarse de una manera completa, sí creo que puede estudiarse de una manera ventajosa en el sexto año de la carrera en el cual tiene ya el alumno conocimientos de todas clases para cultivar el estudio de la higiene.

En consecuencia, si la higiene ha caminado de acuerdo enteramente con el progreso y la civilización, y si antiguamente no se llevaban á cabo las prácticas higiénicas, era debido á la ignorancia en que se encontraban los antiguos moradores.

Antiguamente se consideraba á la mujer como una fábrica de hacer guerreros y se prohibía el uso del baño, se consideraba que mientras más se pudiera perjudicar el individuo y mientras más se fustigase el cuerpo, más se depuraba su alma: vemos con asombro que hasta el siglo XV se han usado los excusados y que hasta el siglo X se ha descubierto el uso del pañuelo y del jabón.

Nosotros no podemos culpar á todas las personas, como no podemos culpar al parlamento de París, en el siglo XV, que



dijese por medio de un decreto que con el fin de precabar á los individuos de las afecciones sífilíticas, se participaba que todo extranjero que estaba en la población, saliera á las veinticuatro horas.

Y todo esto, señores, se hacía por la ignorancia en que se encontraba aquella generación. Hoy marchamos con el progreso, con la civilización; hoy nos encontramos con que tenemos una higiene científica, racional; y sin embargo, señores, nos encontramos todavía en condiciones semejantes hace dos mil años, y más todavía, si se considera esto bajo el punto de vista del fanatismo y de la superstición.

El pueblo bajo, aquel que está agobiado por el trabajo, que creyendo que se purifica su alma con hacer caso de cuestiones fanáticas que no le producen ningún resultado, mortifica su cuerpo, lo pone en penitencia, lo pone en ayuno, lo mortifica de tal ó cual manera para cumplir sus preceptos religiosos: á este pueblo, ¿qué le importa que el pañuelo y el jabón se hayan descubierto, si hay muchísima gente que para nada les sirve? Todavía en pleno siglo XIX ha habido una República en que, como una medida profiláctica, se mandó matar á veinticinco lazarinos. De manera que nos encontramos con que las prácticas de la higiene están enteramente olvidadas.

Dijimos que en el siglo XV se establecieron los excusados. Sí, señores; y sin embargo de esto, vayan vdes. á ver sus casas, no tienen excusados, y las que los tienen, no están en condiciones apropiadas.

De aquí resulta que el hombre que no tiene instrucción en las cuestiones de higiene, no las debe apreciar debidamente. En efecto, á un individuo le da el tifo y no comprende que le dió porque los excusados de su casa estaban en malas condiciones; el individuo que padece reumatismo ó enfermedades del corazón, no

atribuye estos males á las pésimas condiciones higiénicas en que vive, y aun el mismo sabio, que se encierra en su gabinete y se fatiga, y hace trabajar su cerebro más de lo que éste puede, no comprende que la afección nerviosa que padece, la tiene después de haber contrariado las reglas de la higiene.

En cambio, señores, cuando se comprende el peligro, cuando se ve que el mal viene de una manera directa, cuando se ve que aparece una epidemia en una nación vecina, como por ejemplo, el cólera, cuando diariamente se dan á conocer los casos de defunciones, entonces todo el mundo se acuerda de la higiene, entonces se mandan componer los albañales, se arregla el desagüe del Valle, se hacen difundir por toda la ciudad cartillas de higiene.

Me he detenido en estas digresiones para hacer patente la gran utilidad, la importancia que tiene la higiene, y que, en consecuencia, debe enseñarse, debe difundirse de la mejor manera posible, no sólo en la escuela preparatoria, sino en todas partes, conforme á la inteligencia de los alumnos.

En la escuela preparatoria, decía el Sr. Parra, no es posible dar una clase de física sin conocimientos anteriores, porque sería dar una noción empírica, enteramente vulgar; porque en esas condiciones se daría tal ó cual regla física, no dando el cómo ni el por qué y ateniéndose tan sólo al *magister dicit*. Por lo mismo,—aunque yo comprendo con los señores de la comisión, que más vale dar en esta forma la higiene, que no dar nada,—desearía que la comisión comprenda que es mucho mejor poder dar la clase en el sexto año preparatorio, en que nuestros alumnos tienen más elementos para comprenderla.

Del conjunto de la sociedad nacen los gobiernos: ellos son los encargados de llevar á cabo la higiene pública y si los go-

biernos estuviesen interiorizados de las cuestiones de higiene, ellos serían los primeros en llevarla á cabo: sin embargo, señores, son los últimos, primero son los ferrocarriles, los teatros y todo lo que es agradable y satisface al lujo: en el último lugar se colocan las cuestiones de higiene.

Además, señores, es preciso tener presente que la higiene presta de hecho importantes servicios en la preparatoria para las diversas profesiones. Nosotros sabemos, por ejemplo, que los ingenieros son las personas que están constantemente encargadas de llevar á cabo ciertas obras: por eso los vemos que se asocian con médicos, y á nadie se le oculta las ventajas que resultan de que los ingenieros tengan ese conocimiento. En consecuencia, viene á ser la higiene, hasta cierto punto, una materia necesaria para la profesión de ingeniero.

Lo mismo diré de los abogados. Los abogados tienen que estudiar medicina legal y viene perfectamente bien tener algunos conocimientos de higiene: en consecuencia, es extraordinariamente útil que le sirva este estudio como una introducción enteramente ventajosa.

Vemos, señor, que en la escuela de niñas, en la Encarnación, se cursa la higiene y la fisiología. Yo, señores, he tenido la honra de ser sinodal en los exámenes de estas señoritas, así como el Sr. Ruiz, persona que va á contenderme dentro de poco, y he podido apreciar que estas niñas han sabido higiene y fisiología, y han tenido nociones de física y química.

Además, en la escuela elemental se dan nociones de higiene, ¿y queremos nosotros nivelar los estudios de la preparatoria con los que hacen los párvulos, con los que hace el obrero? No, señores; es preciso convencernos de las verdades que torpemente acabo de bosquejar, y así como Horacio decía que debemos preocuparnos en los tiempos de la paz para los reveses de la guerra, así debemos prepa-

rarnos en el estado de salud para cuando venga una enfermedad.

Bajo, señores, de esta tribuna un poco desanimado porque son mis fuerzas débiles para haber podido lograr convencer á tan respetable Asamblea. Sin embargo, he querido cumplir con mi deber y con el papel que represento, por más que esté convencido de que debo ser derrotado; pero bajo tranquilo, porque, como lo he dicho, he creído cumplir con un deber. Nada más suplico al Congreso que descubramos el velo de la diosa Higia que se representa cubierta porque nos esconde los misterios de la salud, con el fin de que los alumnos de la preparatoria puedan ver estos misterios de la salud, con los ojos de la ciencia.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. RUIZ.

EL C. RUIZ.—Señores representantes:

Al venir aquí, dos impulsos verdaderamente agradables me traen á contestar las cortas observaciones del Sr. Garay. Lo primero que siento es la felicidad con que este dictamen, como el pensamiento en general, fué aprobado, no faltándole para mayor satisfacción ni un solo voto de los señores representantes: en segundo lugar, vengo á esta tribuna recordando lo que hace poco más de veinte años sucedía en nuestro Congreso nacional, cuando se reformó la instrucción, iniciada con tanto brillo y acierto por los que ya no existen: entonces, señor, los contradictores combatían á la comisión diciéndole que pedía mucho, y después de veinte años, hoy vemos que nos dicen nuestros contradictores que pedimos demasiado. Esto naturalmente indica una modificación del medio en que vivimos en el buen sentido de la palabra, hacia el progreso y la felicidad humana.

Una vez indicado esto, voy á seguir el mismo camino que se ha trazado la comi-



sión que es el de proponer el problema para luego desarrollarlo.

En primer lugar, diré al Sr. Garay que agradecemos profundamente las observaciones que nos ha dirigido y las palabras en que vienen envueltas. Desde luego no le negaré el punto en que se coloca; no se trata de averiguar si es ó no buena la higiene, puesto que la comisión toda, y yo menos que nadie, podemos discutir su bondad; estamos todos de acuerdo en que realmente es ventajosísima: la cuestión es ésta: ¿Debe formar parte de los estudios preparatorios como conocimiento? Voy á probar que realmente no es así, que no debe formar parte de los estudios preparatorios. Para esto me voy á permitir plantear el problema en los mismos términos en que lo coloca la comisión, después trataré de analizar los argumentos del Sr. Garay, haciendo tal vez más amplia la proposición que su señoría hizo, porque simplemente trató de que se cambiara de lugar la higiene.

Sabido es por todos que la inteligencia humana sólo tiene dos modos de relacionarse con el mundo exterior, ó creando conocimientos ó practicándolos: lo primero, lleva el nombre de ciencia, lo segundo lleva el nombre de arte.

Ciertamente que las artes necesitan del concurso de muchas ciencias; pero su resultado no depende de que se conozca ó no el fundamento de las reglas, sino de la práctica. Por eso me llama la atención que el Sr. Garay nos diga que la higiene es muy vulgar, cuando precisamente su garantía está en esto: cuando se popula rice, cuando no sea el patrimonio de unos cuantos, entonces la higiene, á la vez que más conocida, será más eficaz.

Tenemos dos clases de conocimientos, los conocimientos teóricos y los conocimientos prácticos, las ciencias y las artes: la higiene está clasificada en las artes, puesto que es el conjunto de reglas que norman nuestra conducta, y por consiguiente, no

debiendo entrar en la escuela preparatoria un estudio de carácter práctico, sino sólo aquellos de carácter teórico, está excluida del programa la higiene.

Por otra parte, la higiene es un arte de carácter profesional y de ninguna manera de carácter preparatorio. El Sr. Garay nos dice que en la Escuela Normal de Profesores, según creo haber entendido, y en la de señoritas, se cursa la higiene; pero es notorio y bien sabido que esas escuelas son profesionales y no preparatorias: así es que allí se adquiere como materia indispensable.

Por consiguiente, no podemos admitir como parte del programa de estudios preparatorios, el estudio de la higiene; si el Sr. Garay se limita á proponer que se cambie este curso de lugar y se ponga como curso facultativo, la comisión lo aceptará tal vez, pero de ninguna manera como formando parte integrante del programa.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cisneros Cámara.

EL C. CISNEROS CÁMARA.—Señores delegados:

Desde que tuve la fortuna de conocer el luminoso dictamen presentado por las comisiones unidas, estoy enteramente de acuerdo con su parte fundamental, pero no con el programa que consulta, y desde entonces decidí exponer en esta tribuna los motivos que me impulsarán á votar en contra del referido programa. Mas al escuchar en la sesión anterior la voz elocuente y persuasiva del señor presidente de las comisiones, confieso que llegué á dudar, á vacilar en alto grado y aun me formulé la siguiente pregunta: Cómo, ¿es posible que te atrevas á mezclar tu débil y desautorizada voz en una discusión en que ha tomado parte el ilustrado Sr. Parrá, una de nuestras glorias científicas? Pero mi vacilación duró cortos instantes, y me resolví á exponer los motivos de mi

disentimiento; en primer lugar, porque el Dr. Parra no se refirió ni podía referirse, puesto que todavía no las había yo emitido, á las razones que tengo en contra del programa; en segundo lugar, porque no quiero que se me tache de poco galante para con unas comisiones tan honorables, emitiendo un voto negativo sin explicar las razones que para ello me asisten; y en tercer lugar, porque mucho menos deseo que se sospeche ni remotamente que son las mismas que expuso aquí el distinguido Sr. Manterola. Vengo, pues, más que á impugnar el programa, á fundar mi voto.

Ya he manifestado que estoy de acuerdo con las comisiones en la parte fundamental, pero no con algo que podemos llamar detalles del programa. No abrigo ni la más lejana esperanza de que llegue á desecharse. Su triunfo está asegurado no sólo por el número de los individuos de la comisión,—quienes constituyen la tercera parte de los señores representantes, ó sea la mitad de la asistencia media á nuestras sesiones,—sino por la bondad propia del proyecto, y sobre todo, por el talento indiscutible de sus autores.

Los defectos capitales de que en mi humilde concepto adolece, pueden reducirse á los siguientes: la desmedida extensión que se asigna á las Matemáticas; el corto tiempo que se concede á la Física, Química, Biología, Historia é Idiomas, y la no muy acertada distribución de algunas materias. Lo que paso á exponer para demostrar la existencia de tales defectos, servirá al mismo tiempo de apoyo al programa que he tenido la osadía de formular, no con la idea de que pueda ser aceptado por este H. Cuerpo, sino únicamente para que no se me cuente en el número de los demolidores que nada se atreven á construir por no exponerse á los dardos de la crítica.

Las comisiones unidas pretenden que en la escuela preparatoria se curse Aritmética, Algebra, Geometría plana y en el

espacio, Trigonometría rectilínea, Geometría analítica de dos dimensiones y nociones de cálculo infinitesimal. Esto es demasiado. Los estudios matemáticos generalmente admitidos como disciplinarios de la mente, y preparatorios, no sólo para el estudio elemental de las ciencias físicas, sino para emprender una carrera profesional, se reducen al Algebra, la Geometría plana y en el espacio y la Trigonometría. No incluyo la Aritmética porque está acordado por el primer Congreso de instrucción que se curse con toda la extensión debida en la escuela elemental y después en la primaria superior. Consúltese el programa aprobado y se verá que es cierto lo que digo, y recuérdese también que, conforme á otra resolución del mismo Congreso, para ingresar á la escuela preparatoria es requisito indispensable haber pasado por la primaria superior. Resulta, pues, que la Aritmética no tendrá más que un carácter de simple repaso, repaso que no me parece necesario porque el alumno acaba de estudiar la asignatura de que trato y porque ésta ocupa lugar no pequeño en el programa á discusión.

En cuanto á la Geometría analítica y al cálculo infinitesimal, no seré quien desconozca su importancia; pero tampoco opino que estas materias sean indispensables en lo absoluto; al contrario, me parece que salen sobrando en el programa y que su lugar más propio estaría en el plan de estudios de la escuela de ingenieros.—El curso de Matemáticas, en mi concepto, debe quedar circunscripto al Algebra, á la Geometría elemental y á la Trigonometría; y como desde el tercer año comienza el estudio de la Física, puede ir éste precedido de algunas nociones de Mecánica.

Causa sorpresa que, pretendiendo las comisiones dar una base científica á la enseñanza preparatoria, reduzcan á un año el estudio de la Física, á uno el de la Quí-



mica y también á uno sólo el de la ciencia Biológica, mientras que á la literatura le conceden varios cursos.—No me opongo á que se dé á la Literatura toda la extensión posible, al contrario, lo aplaudo; pero no debe hacerse con perjuicio de las ciencias que acabo de mencionar, tanto más, cuanto que, conservando los estudios literarios la amplitud que las comisiones dictaminadoras les asignan, pueden perfectamente cursarse en dos años la Física, en dos la Química y en igual período de tiempo la ciencia biológica. Un año, señores, no es bastante para aprender estas ciencias: la poca experiencia que he adquirido en cuestiones de instrucción, me ha convencido de ello.—Y no se me vaya á argüir con el ejemplo de la instrucción preparatoria actual en la escuela correspondiente del Distrito.

«No desconozco que los alumnos salen muy aprovechados, pero me parece que á costa de grandes esfuerzos y sacrificios por parte del maestro y por parte de aquellos. *Además, no se me negará que si se extiende á dos años el estudio de las referidas ciencias, será menor el trabajo. Lo he visto prácticamente en el Instituto literario de Yucatán, en donde la Física y las otras ciencias se estudian por lo menos en dos años, dando esto magníficos resultados.*»

No se crea que al emplear á dos años el estudio de la Física, Química y Biología, amplío también el número de seis años que las comisiones asignan, no, señor, y ya se verá cuando dé lectura al programa que he tenido la audacia de formular. En ese programa he preferido el nombre de Historia Natural al de Ciencias biológicas, con objeto de abarcar no sólo la Botánica y la Zoología, conocimientos de conceptos indispensables para que el alumno comprenda mejor las diferencias que hay entre el mundo orgánico y el anorgánico y la historia de estos en nuestra vida planetaria.

En pos de la Zoología pongo la Antropología para designar que el estudio del hombre debe hacerse con más amplitud que el de los otros animales, y más adelante agrego la Psicología, porque pienso que un estudio especial de las facultades mentales es necesario, siquiera sea como auxiliar del de la Lógica.

El dictamen usa de la palabra Cosmografía. No me opongo á este término, pero prefiero emplear el de Astronomía, para comprender no solamente la Astronomía descriptiva, sino también aquellas nociones de la Matemática que puedan entender los alumnos; y coloco la Astronomía después de la Física y Química, porque aun cuando no ignoro que hay quienes admiten que la Astronomía es una ciencia fundamental, prácticamente he visto que algunas nociones astronómicas, y sobre todo, ciertos cálculos no son bien entendidos de los alumnos por falta de algunos conocimientos físicos y químicos.

Me llama también la atención que las comisiones unidas no hayan puesto un curso formal de Sociología. Se me replicará que esta ciencia se halla aún en vía de formación; pero entonces ¿por qué la mencionan cuando al hablar de las ciencias fundamentales, nos dicen que éstas son: Matemáticas, Física, Química, Biología y sociología? . . . Reducen su estudio las comisiones á conferencias alternadas en el sexto año, y yo desearía que francamente aceptáramos un curso formal, en el que podrían enseñarse las nociones de Economía política de que nos habla el Sr. Manterola.

Quiero prever una objeción que de seguro han de hacerme: que en el programa que he formulado pongo el estudio de la Física y de la Química simultáneamente, observándome que esto peca contra el orden fundamental de las ciencias.—Así parece á golpe de vista; pero si se reflexiona, cualquiera adquirirá el convencimiento de que con un buen programa detallado

y con hábiles profesores, puede el de Química disponer sus primeras lecciones de tal manera que no sea indispensable ningún conocimiento, previo la Física. Sobre este particular yo diría á las comisiones: Ustedes han incurrido en el mismo defecto que me censuran, porque aunque terminantemente consignan que debe seguirse en los estudios el orden fundamental de las ciencias, violan este precepto en su programa.—Voy á permitirle leer muy cortos párrafos relativos al asunto. Dice el dictamen: «En cuanto al orden de los demás estudios, las comisiones creen que *debe rigurosamente observarse el siguiente: Matemática, Física, Química, Biología y Sociología.*»—Más adelante añade: «...el principio de subordinación creciente y generalidad decreciente en virtud del cual se han gerarquizado las demás, (ciencias) impone asimismo el deber de que la Física siga á las matemáticas, la Química á la Física, la Biología á la Química y la Sociología á la Biología.»—Agrega en seguida: «Sin el conocimiento preliminar de los instintos, necesidades, facultades y organización de los seres vivientes ¿se podrá abordar con fruto el estudio de la sociedad y de sus fenómenos?»—Pues bien, señores: véase el programa al debate y se encontrará que propone unidos el estudio de la Biología y el de la Sociología en el sexto año. Convengán las comisiones dictaminadoras en que muchas veces, para distribuir bien las materias, es ineludible hacer algunas concesiones, siempre que no pugnen abiertamente ni con el orden fundamental de las ciencias, ni con el espíritu de la enseñanza.

Imposible de todo punto, señores delegados, que la Historia Universal se estudie con verdadero provecho en sólo un año. ¿Qué enseñanza filosófica puede desprenderse de la evolución social estudiada tan de prisa, ni qué instrucción, ni qué conocimientos útiles y aun indispensables como preparación literaria han de obte-

nerse en un curso que por su corta duración más bien es propio para niños que para jóvenes próximos á emprender una carrera profesional? Los mayores esfuerzos de nuestros más acreditados profesores se estrellarán contra este invencible obstáculo: la enseñanza en un sólo año de la Historia antigua, de la Historia media y de la Historia moderna. Esto da por resultado que ó aprenden muy poco los alumnos ó se encuentran detenidos por el examen, precisamente cuando van á franquear los umbrales de los tiempos modernos, cuando van á conocer los sucesos que más inmediata y directamente han influido en el actual modo de ser del mundo civilizado.—Acaso se me responderá que en la Escuela Preparatoria de esta capital se da en un año esta enseñanza. A pesar de que la prensa se ha quejado algunas veces de que no se termina el estudio á que me contraigo, lo que, en mi concepto, debe evitarse absolutamente en lo sucesivo, quiero creer y creo que la pericia, la constancia y el esfuerzo del actual profesor de la citada asignatura en aquella escuela, llegan á vencer la dificultad y á conseguir que los discípulos adquieran conocimientos bastante profundos. Aun más, si se me contara que el profesor á quien aludo ha enseñado con éxito la Historia Universal en la duodécima parte del año, en un mes, también lo creería: tanta fe tengo en su competencia. Pero es preciso fijarnos, señores delegados, en que ni siempre la Escuela Preparatoria de México contará con maestros tan distinguidos como el Sr. Sierra, ni tampoco en los Estados se encuentran fácilmente profesores de su talla; y como ha manifestado aquí el Dr. Flores, no debemos dictar acuerdos para casos excepcionales.—Insisto, pues, en que la Historia Universal se estudie en dos años, cuando menos.

Me llama sobremanera la atención que el curso de Historia de América ó His-



toria patria que proponen las comisiones unidas, vaya á darse en un solo año y con clase alternada, ó sea dedicando á ambos ramos tres días á la semana, de donde resulta que el curso durará la mitad del año escolar, esto es, cinco meses. Dividiendo estos cinco meses entre las dos asignaturas y suprimiendo los domingos y días festivos, tendremos que para la Historia de América no quedan sino dos meses, y otros dos para la Historia patria. ¿Es creíble que estas interesantes materias puedan aprenderse en tan corto período de tiempo?—Yo aplaudo que las comisiones propongan el estudio de la Historia de América, pero siento que le señalen dimensiones tan pequeñas, porque los alumnos saldrán como salen hoy de la escuela preparatoria, sabiendo algo ó mucho de la historia del viejo continente, y poco ó nada del mundo de Colón.—Si apreciamos, como hay que hacerlo, la conveniencia y aun la importancia de estas asignaturas, concedamos entonces un curso completo á la Historia de América y otro curso también completo á la Historia patria; sobre todo, á esta última, cuya enseñanza ofrece oportunidades al profesor para despertar en el alumno sentimientos patrióticos y para hacerle buen ciudadano, complementando así la instrucción cívica que recibió en la escuela elemental. Aprovecho la ocasión para manifestar con franqueza que no soy partidario de las clases alternadas en la preparatoria; las acepto en ella como excepción. En la escuela primaria son útiles y algunas veces indispensables, como son necesarias las clases que apenas duran diez, veinte ó treinta minutos; pero en la preparatoria, donde los cursos son más formales, cuando la inteligencia de los alumnos ya está bastante desarrollada, las clases deben durar una hora y las alternadas sólo pueden ser admisibles por excepción forzosa.

Hay una materia que pasó inadvertida,

quizás involuntariamente, á los autores del dictamen: la cronología, y desco que se agregue, siquiera como auxiliar de la historia. No pido que se le consagre un curso especial, sino que se estudie elementalmente al iniciarse el curso de historia.

De la geografía digo lo que de la aritmética: que ha sido suficientemente estudiada en la escuela primaria elemental y en la primaria superior. En la preparatoria la asignatura á que me refiero no debe aceptarse sino como auxiliar de la historia, es decir, el profesor de este ramo cuidará de ilustrar sus lecciones con los datos geográficos correspondientes.

En lo relativo á idiomas, el programa asigna dos años para el francés y dos para el inglés. Estaría enteramente conforme si las clases fueran diarias; pero se proponen alternadas, lo que dará por resultado que tanto el francés cuanto el inglés se estudiarán en un solo año, y creo que para aprender á leer, escribir, traducir, hablar y entender cualquiera de estos idiomas, se necesita dos años por lo menos. No se me oculta que hay profesores que ofrecen enseñarlos y tal vez los enseñen en dos ó tres meses,—no conozco á ninguno—pero convéngase en que los estudios de idiomas en la preparatoria deben hacerse de una manera más formal, porque no sólo preparan para emprender las carreras profesionales, sino que son, digámoslo así, elementos de vida, de la vida social superior.

Llegamos á las raíces griegas y latinas. A este curso no le otorga el programa más que un año. Haciendo el mismo cómputo que hicimos respecto de la historia de América y de la patria, resulta que sólo quedan dos meses para el estudio de cada asignatura.—En los antiguos programas, las lenguas muertas formaban la base fundamental de la enseñanza; pero en la actualidad, cuando tan justamen-

te se quiere dar una base científica á la instrucción preparatoria, se ha caído en el extremo contrario, y ó se destierra por completo el estudio de aquellas lenguas, ó se les asigna un lugar vergonzante en nuestros planes de estudios. De aquí que aunque las comisiones pretenden, por una parte, dar á los estudios literarios toda la extensión que requieren, por la otra, reducen demasiado el de las raíces griegas y latinas. No seré quien abogue por el estudio formal del griego y el latín; mas ya que felizmente las comisiones quieren el de las raíces de dichas lenguas, aceptémoslo, pero no en dosis homeopáticas. Se me dirá que esto es algo, y más vale algo que nada; cierto, pero creo que el estudio de que hablo puede ampliarse sin recargar el trabajo de los alumnos.—La utilidad de las raíces griegas y latinas es indispensable: constituyen una buena disciplina mental; son auxiliar poderosísimo para el estudio de las ciencias físicas y naturales, cuyo tecnicismo descansa en aquellas, son requisito indispensable para el conocimiento perfecto de nuestro idioma y en algunas personas despiertan la afición á las lenguas muertas, contribuyendo de este modo á la cultura estética. Ya que las comisiones reconocen que son útiles y necesarias las raíces griegas y latinas que les dan una amplitud conveniente y no nos propinan unas raíces dociométricas.

Si la extensión que en el dictamen se asigna á algunas materias no me parece muy acertada, tampoco creo que lo sea la distribución que hace de otras.—En primer lugar, pone simultáneamente la aritmética y el álgebra, como si estas dos ciencias no demandaran un estudio más amplio. Ya manifesté que la aritmética se aprende en la escuela primaria superior, y por lo tanto el álgebra debe ocupar todo el primer curso de matemáticas en la preparatoria.

Proponen las comisiones que en un mismo año se estudien las raíces griegas y

latinas, el español y el inglés.—Esto me parece imperdonable: ante todo, porque es perjudicial y contraproducente acumular el estudio de varios idiomas; luego, porque el inglés y el español son disímbolos, y últimamente, porque el conocimiento de las raíces griegas y latinas debe preceder al del español.

Respecto al canto y al dibujo que las comisiones proponen como cursos obligatorios, voy á expresar una opinión que tal vez parezca extraña á los señores representantes. Creo que ambas asignaturas no deben figurar como obligatorias: forman parte del programa de la escuela elemental y de la primaria superior, y como puede afirmarse que en estas escuelas se han aprovechado todas las formas educativas del canto y el dibujo, resultan sobrando en la preparatoria.—A los jóvenes alumnos que al cursar tales materias en la escuela primaria superior, conozcan que tienen aptitudes y vocación para cultivarlas, queda uno de estos dos caminos: subscribirse ora en el Conservatorio, ora en la Escuela de Bellas Artes, ó si intentan seguir una carrera profesional, matricularse en la preparatoria concurriendo á las clases de música y dibujo establecidas en ésta.

Las conferencias sobre viajes, inventos, etc., las considero muy útiles; pero no juzgo que deban formar parte del programa. En mi concepto, los profesores respectivos deben señalar días y horas, fuera del tiempo de las clases, para celebrarlas. Indudablemente que las comisiones, al establecer esas conferencias, se han inspirado en los programas de algunas escuelas francesas.

Vamos ahora á ocuparnos en el tiempo señalado á los cursos. El dictamen opta por el siguiente: para los tres primeros años, cuatro horas diarias; para el cuarto, cuatro horas y media, y para el quinto y sexto, cinco horas.—En el programa á que voy á dar lectura se fijan in-



variabilmente cinco horas, incluyendo en ellas los ejercicios gimnásticos y militares, y esta diferencia de tiempo está compensada por la mayor solidez en los estudios, puesto que las ciencias físicas y naturales se cursan en dos años, y porque he combinado el programa de tal manera que en él se mezcla lo útil á lo agradable. En cada año se estudian, cuando menos, una ciencia, un idioma y una asignatura literaria: las ciencias por su orden fundamental; los idiomas por su orden lógico, y respecto de las asignaturas literarias, coloco la Historia antes de la literatura propiamente dicha. Todo el conjunto termina con la Sociología y se corona con la Lógica.

Llego ahora á la Pedagogía. En este punto estoy de acuerdo con el Sr. Manteola: desearía que el estudio de tan importante materia se exigiese á todos los alumnos; pero ya que las comisiones no acogen nuestra idea, segun ha manifestado su dignísimo Presidente, me avanzo á suplicarles que acepten la asignatura como voluntaria para todos y como obligatoria para los que pretendan consagrarse á la enseñanza superior. Señores: voy á consignar una verdad que quizás sea mal interpretada como algunas veces lo han sido las frases vertidas en esta tribuna: muchos profesores de las escuelas que acabo de mencionar, y aun algunos de sus directores, no saben nada de Pedagogía. De aquí el mal éxito en tantos casos; y el único remedio, en mi concepto, consiste en establecer una cátedra de Pedagogía, á fin de proporcionar á quienes se sientan con vocación para la enseñanza el medio de obtener los conocimientos que les son indispensables.—Insisto, pues, en suplicar á las comisiones que terminantemente se sirvan decir si admiten la Pedagogía siquiera como asignatura obligatoria para los que aspiren al título de profesores de instrucción preparatoria.

Paso, señores delegados, aunque con

mucha desconfianza, á leerlos el programa que he formulado para que no se piense que soy de aquellos que gustan de buscar defectos en todo lo que examinan sin atreverse á proponer algo en sustitución. El programa es corto y por esto me permito distraer vuestra atención.

#### PROGRAMA DE ESTUDIOS PREPARATORIOS

Primer año.—Curso de álgebra; primer curso de raíces griegas; primer curso de francés; curso de cronología universal y patria y de historia de América (incluyendo las lecciones geográficas correspondientes.) Ejercicios militares y gimnásticos, (alternados.)

Segundo año.—Curso de Geometría (plana y en el espacio) y de Trigonometría; 2º curso de raíces griegas y 1º de raíces latinas, (alternados); 2º curso de francés; curso de historia antigua y romana (incluyendo las lecciones geográficas correspondientes; ejercicios militares y gimnásticos, (alternados.)

Tercer año.—Primer curso de física experimental, (incluyendo elementos de mecánica;) primer curso de química experimental; 2º curso de raíces latinas; curso de historia media y moderna, (incluyendo las lecciones geográficas correspondientes;) ejercicios militares y gimnásticos, (alternados.)

Cuarto año.—Segundo curso de física experimental, (incluyendo elementos de meteorología y climatología;) 2º curso de química experimental; curso de historia patria, (incluyendo las lecciones geográficas correspondientes;) curso de gramática española; manejo de armas.

Quinto año.—Curso de astronomía descriptiva, (incluyendo nociones de la matemática;) primer curso de historia natural: zoología y antropología; primer curso de inglés; curso de literatura general y preceptiva; curso de lectura superior, declamación y reminiscencia,

Sexto año.—2º curso de historia natural: botánica, mineralogía y geología; 2º curso de inglés; curso de historia de la literatura, (dándose la preferencia á la literatura española y patria; (curso de sociología elemental, (incluyendo la historia de la filosofía;) curso de psicología, lógica y moral.

Habrà, además; una cátedra de pedagogía, cuya asistencia será únicamente obligatoria para los alumnos que aspiren al profesorado de instrucción preparatoria.

Habrà igualmente cursos voluntarios de griego, latín, italiano, alemán, canto, dibujo é higiene.

\* \*

Reconozco, señores delegados, cuán difícil es combinar un buen plan de estudios, y acusaría en mí demasiada presunción creer que he podido llegar adonde no ha alcanzado la inteligencia de los autores del dictamen; pero no me ha sido posible resistir al deseo de reunir como en un cuadro el resultado de las experiencias que he venido haciendo durante catorce años como catedrático del Instituto Literario de Yucatán, donde he pasado las más felices horas de mi niñez y de mi juventud. Disimulad, señores representantes, el recuerdo cariñoso que dedico al establecimiento en que me eduqué. No vaya á suponerse, sin embargo, que el programa que acabo de leer es el que rige en el mencionado instituto ó alguno de los que en él han regido anteriormente, no. Los defectos que encontréis en mi programa sólo debeis achacarlos á mi insuficiencia; si no obstante ésta me he atrevido á formularlo, es porque opino que de no hacerlo sería un timorato, indigno por ende de pertenecer á tan respetable Asamblea.

Concluyo rogando á los honorables miembros de las comisiones unidas que

no vean en mis palabras sino el ardiente deseo de inquirir la verdad y que se dignen aceptar la satisfacción sincera y anticipada que les doy por encontrarme obligado, muy á pesar mío, á votar en contra del programa que consulta su luminoso dictamen.

(Nutridos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz, Secretario.*

## SESION

**Del día 7 de Febrero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. DR. MANUEL FLORES

Asistencia de los Sres. Representantes, Aguilar, Cervantes I., Cisneros, García Cubas, Gómez Flores, Lombardo, Manterola, Martínez, Parra, Carrillo, Pérez Verdía, Rodríguez y Cos José Miguel, Ruiz, Schultz, Serrano y Sierra; y Directores, Alvarez G. Flores, Macedo, Olmedo, Salazar y Zayas.

A las seis se pasó lista de representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. SECRETARIO.—Continúa la discusión del dictamen de escuela preparatoria.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Parra.

EL C. PARRA P.—Señores representantes:



El honorable Sr. Cisneros Cámara, que tan dignamente representa en este Congreso al Estado de Yucatán, después de manifestarse con el ardor que le es natural, que le es propio y característico, adicto á las ideas fundamentales que inspiraron el dictamen de la Comisión de estudios preparatorios, hizo una réplica ruda, un análisis disolvente de esas ideas al opinar en contra del artículo á discusión. Aquellos hilos que sirvieron para tejer el programa citado fueron desmenuzados uno á uno por el citado colega á quien me dirijo, y presentó tejido con nuevos hilos un programa nuevo que voy á tener el honor de combatir.

Antes voy á hacer una manifestación pública de la estimación que profeso á su señoría: de manera que dejando á un lado el disentimiento que me separa de él, á través de ese disentimiento, tiendo la mano con todo afecto al Sr. Cisneros Cámara.

Su señoría dirige como primera observación al programa, la siguiente: que las matemáticas tienen una extensión indefinida.

Verdaderamente lamento que una persona tan entendida, tan amiga de las ciencias, como lo es su señoría, haya criticado el programa de las comisiones en nombre de la gran extensión de las matemáticas.

Es bien sabido que esta ciencia más que una doctrina es un método, un gran medio para escudriñar la naturaleza, y sábase también que este método ejercita de una manera directa la deducción.

Pues bien, al Sr. Cisneros Cámara le parece que son demasiadas las matemáticas propuestas en el programa, para cultivar un razonamiento tan difícil, tan sujeto á errores, tan sujeto á sofismas, como lo es la deducción.

El Sr. Cisneros Cámara, partiendo de esta base, que las matemáticas son extensas, propone que se reduzcan: y ¿qué su-

prime su señoría del programa de la comisión? Suprime la aritmética, suprime la geometría analítica y el cálculo; es decir, que mutila y trunca lastimosamente la enseñanza matemática metódica; le quita su principio y también le suprime su remate, su cúspide, su fin.

Examinemos, señores representantes, si el Sr. Cisneros Cámara anduvo acertado al hacer estas proposiciones.

Su señoría dice que la aritmética ya se estudió en la escuela primaria y que, por lo tanto, es inútil y redundante hacer que los educandos en la escuela preparatoria repitan la aritmética, y que pueden éstos lanzarse á banderas desplegadas en el océano tempestuoso de las matemáticas sin más aritmética.

Es verdaderamente extraño, señores representantes, que un pedagogo tan notable como el Sr. Cisneros Cámara, haya creído que lo que se enseña con el nombre de aritmética en la escuela elemental constituya una verdadera parte de las matemáticas. En la escuela elemental se comunican de una manera empírica, por decirlo así, las nociones aritméticas; en la escuela elemental se adiestra al alumno en el uso de las reglas; y no es así, señores representantes, como se debe estudiar la aritmética cuando forma parte integrante de las matemáticas. En este caso se trata de la aritmética demostrada, de la ciencia de los números, del cálculo de los valores; aquí se ejercita la inteligencia del alumno para aplicar la deducción, á este concepto verdaderamente filosófico á que ha llegado el entendimiento humano, el número.

La aritmética considerada como tal rama de las matemáticas se agita en esfera más alta, cultiva el método deductivo.

En la escuela primaria la aritmética se reduce á simples nociones presentadas al espíritu del educando, ya hechas. En la escuela preparatoria el alumno mismo debe formar los conceptos aritméticos; el

alumno mismo debe persuadirse de las reglas, debe ejercitarse en el grandioso cálculo de los valores.

Por otra parte, señores representantes, demasiado sabeis la gran explicación que tiene el cálculo aritmético en todos los ramos de las ciencias matemáticas. Muchas operaciones que á primera vista parecen algebraicas, resultan aritméticas; por ejemplo, calcular una tabla de logaritmos y líneas trigonométricas: esto que al pronto parece un cálculo algebraico, en realidad es puramente aritmético; el álgebra sólo da la fórmula y se necesita aplicar las reglas aritméticas, estar muy poseídas de ellas para hacer convenientemente el cálculo.

Tan exacto es esto, señores representantes, que bien sabeis que los aritméticos constituyen una especialidad entre los matemáticos, y se distinguen los calculistas de las fórmulas, de los calculistas de los valores de las fórmulas.

El que habla, señores representantes, tiene la honra desde hace once años de desempeñar inmerecidamente en la escuela de Agricultura la clase de segundo curso de matemáticas. Pues bien, declaro aquí con toda franqueza, que á pesar de que aquellos alumnos han estudiado el primer curso y que han estudiado aritmética demostrada, los encuentro muy á menudo torpes en los ejercicios de las cifras y de los valores.

Pues ¿qué sería si tuviera que habérmelas con niños de la escuela primaria que únicamente tuviesen la dosis homeopática de aritmética, que al Sr. Cisneros Camara le parece bastante para pasar al estudio del álgebra y luego al de la geometría?

Por tanto, señores, no anduvo su señoría acertado al juzgar la aritmética redundante en la preparatoria.

La aritmética que se estudia en la escuela primaria no basta para la preparatoria, en ésta se debe estudiar formalmente, siguiendo un método científico, y so-

lamente así, el alumno estará apto para lanzarse á estudios matemáticos más elevados.

Paso ahora, señores representantes, á la segunda mutilación que me parece más grave que la primera. Pero antes planteemos de una manera clara la cuestión.

¿Por qué razón se quiere suprimir la analítica y el cálculo en los estudios preparatorios? ¿Por qué se juzgan estudios profesionales?

La comisión cree al contrario, que la analítica y el cálculo son estudios esencialmente preparatorios.

¿Cómo sabemos, señores representantes, de qué lado está la verdad?

Me voy á permitir indicar el criterio, señalar la norma, para distinguir si un estudio es preparatorio ó profesional.

La comisión ha sostenido constantemente estas dos reglas, estos dos caracteres, para decidir la cuestión; lo ha dicho varias veces en la parte expositiva de su dictamen: un estudio es preparatorio, en primer lugar, cuando cultiva cierta parte del método científico;—esto por lo que toca al método,—y en segundo lugar,—y esto por lo que toca á la doctrina y por lo que toca á la parte puramente instructiva,—un estudio es preparatorio, cuando sus doctrinas son susceptibles de aplicarse indistintamente en las más variadas profesiones y en las investigaciones más diversas de la inteligencia humana.

Pues bien, señores representantes, si estas premisas son ciertas, como lo son, porque si no, no habría otro medio para distinguir si un ramo era preparatorio ó profesional, voy á aplicarlas al caso y voy á demostrar que en la analítica y en el cálculo, se cultivan el método científico en general y el método matemático en particular; asimismo voy á demostrar que las doctrinas de la geometría analítica y del cálculo integral y diferencial son aplicables al ejercicio de las profesiones más variadas.



Señores representantes, aun cuando el nombre de matemáticas parece indicar un conjunto de varias ciencias y como tal, nos parezca permitido suprimir á voluntad tal ó cual ramo de estas ciencias, realmente las matemáticas son una sola ciencia, poseen una grande unidad. Las matemáticas serían más expresivamente denominadas en singular, como lo propuso en el pasado siglo Condorcet, que quería que se llamara la *matemática*, por el carácter de unidad que domina en las más diversas cuestiones de esta ciencia. Pues bien, señores, ¿á qué se debió que las matemáticas revistiesen ese aire de unidad, ese grado de semejanza tan notable? Todos conocen si un ramo de conocimiento es matemático ó no lo es, ¿á qué se debe esto?

Pues se debió, señores, precisamente á la geometría analítica que el Sr. Cisneros Cámara quiere suprimir de la escuela preparatoria.—Perfectamente sabéis que entre los antiguos, en la Edad Media, en el Renacimiento, las matemáticas seguían dos caminos: por un parte, eran la ciencia del cálculo, ya bajo su forma aritmética, ya algebráica, según se calcularan valores numéricos, ó las relaciones de estos valores; es decir, había el cálculo de las funciones y el de los números: por otra parte, se cultivaba la geometría, de modo que la ciencia de las magnitudes era distinta de la ciencia de los números.

La trigonometría que nació en la Edad Media fué la primera tentativa para conciliar ambos aspectos de las ciencias matemáticas. Pero la unión, el guión luminoso que enlazara estos dos aspectos de la ciencia se debió á la concepción que honra el genio de Descartes.

Señores representantes, si Descartes fué grande por haber reformado la filosofía, si fué grande por haber dado el golpe de gracia á la escolástica, si fué grande por haber proclamado la libertad del espíritu humano, creando la duda metodológica,

—condición indispensable para descubrir la verdad,—fué más grande por haber creado la geometría analítica.

Esta sección de las matemáticas es en efecto la alianza definitiva, alianza de una vez para siempre conquistada, entre el cálculo y la ciencia de las magnitudes.

Perfectamente sabéis, señores representantes, que los antiguos geómetras distinguían en los objetos la geometría, cuya extensión estudia elementos cualitativos y cuantitativos. En cada figura, decían, deben considerarse la magnitud, la forma y la posición. Ahora bien, la magnitud es lo único cuantitativo de las figuras y la forma y la posición son cualitativas. Idea verdaderamente luminosa, rasgo del genio eminente de Descartes, fué el haber reducido la cuestión de forma á cuestión de posición, y la cuestión de posición á cuestión de magnitud.

Gracias á este insigne sabio filósofo se debe que las matemáticas revistan ese aire de imponente unidad que las caracteriza.

Las matemáticas no son, pues, miembros dispersos, miembros disgregados y mal unidos, sino un todo armónico que no es posible mutilar, son en el reino del saber humano á modo de árbol colosal á quien no se puede quitar un ramo sin destruir su maravillosa fecundidad.

Voy á pasar, señores representantes, á la otra sección que el honorable representante de Yucatán quiere suprimir. Me refiero al cálculo infinitesimal, al integral y al diferencial.

Todavía hace treinta años, las palabras *cálculo infinitesimal* recordaban la escuela de minería, hacían pensar en los ingenieros, se creía que únicamente los que se dedicaban á esta carrera deberían saberlo: se creía que tenía algo de cábala, algo de misterioso vedado á los profanos y que sólo los que se dedicasen á las ciencias exactas tenían que emprender ese aprendizaje obscuro.

Hoy, señores, las ideas han cambiado

completamente. El cálculo infinitesimal se presenta un elemento nuevo del método científico; el cálculo infinitesimal nos define perfectamente lo que es la noción del infinito; esta noción con que tropieza el educando desde los primeros pasos de su carrera. En álgebra, señores, nos dicen los libros que la expresión  $\frac{1}{x}$  es el símbolo del infinito y que la  $\sqrt{x-1}$  es una expresión imaginaria.

En física se nos dice que hay rayos luminosos paralelos que se encuentran en el infinito y rayos luminosos divergentes que se encuentran más allá del infinito.

Ahora bien, señores, representantes, no es tan fácil como pudiera uno figurárselo, concebir claramente el infinito. Si viérais á cuántas aberraciones ha dado lugar, si viérais como matemáticos insignes y filósofos notables como Leibnitz, Lagrange y Newton se han estrellado ante esta roca del infinito que por todas partes se presenta como valladar infranqueable que detiene la nave de la investigación cuando su camino es más impetuoso.

¿De qué ha dependido, señores representantes, que ni Newton inglés, ni Lagrange francés, ni Leibnitz alemán, hayan logrado justificar el procedimiento del cálculo infinitesimal, y se hayan contentado con darle una base puramente empírica?

Pues ha dependido de que se quería justificar el cálculo por procedimientos puramente dedicativos cuando sus fundamentos son inductivos. ¿Y sabeis, señores representantes, quién tuvo la alta honra de haber hecho este verdadero descubrimiento, de haber rectificado este punto capital de la ciencia?

Pues fué un mexicano, señores representantes, fué el ilustre Gabino Barreda. (Nutridos aplausos.)

Esta noción del infinito en matemáticas ha dado lugar, como decía antes, á aberraciones; ha sido acervamente criti-

cado y aun se ha procurado eliminarla de la ciencia.

Esto nada menos pretendía Newton y también Lagrange.

Berkeley, el gran fundador de la filosofía idealista, este filósofo lleno de perspicacia, decía burlándose del cálculo que las funciones de Nepton eran fantasmas de cantidades difuntas.

Señores representantes, gracias al saber de un mexicano esos fantasmas toman carne, esos difuntos tornan á la vida; la noción del infinito ya no será un caos, no será una puerta siempre abierta á la entrada de las nociones metafísicas.

El Sr. Cisneros Cámara quiere que se suprima este ramo de las matemáticas que precisamente nos da una idea adecuada y legítima de lo que es el infinito en matemáticas.

El segundo criterio que podemos usar para saber si cierto conocimiento es del orden preparatorio ó profesional, decía yo que era la universalidad en la aplicación de las doctrinas, cuando el conocimiento puede ser aplicado lo mismo á la carrera del médico que á la del abogado, este conocimiento es preparatorio no profesional, y en este caso se halla el cálculo infinitesimal.

Me voy á permitir demostrarlo, citando brevemente algunos ejemplos: }

La fisiología humana es indudablemente la ciencia en que menos pudiera esperarse que se aplicara al cálculo infinitesimal. Pues bien, se aplica el cálculo en ella. Los señores representantes conocen una ley notabilísima que ha hecho época, una ley que ha sido discutida durante quince años en el seno de las academias más sabias resonantes del mundo. Me refiero á la ley psico-física de Fechner. Este gran filósofo alemán deseando dar una base positiva y real á las funciones cerebrales, ha formulado la ley en los términos siguientes: en la sensibilidad, la in-



tensidad de la sensación crece como el logaritmo de la excitación.

Esta ley está demostrada por el cálculo integral y la demostración es perfectamente comprensible y clara.

En el terreno de los hechos concretos la ley podrá ser más ó menos aproximada; pero su base matemática le asegura una estabilidad perfectamente sólida; no se diga que esta ley no es exacta, que es aproximada. Yo pregunto á los señores representantes, ¿cuántas leyes no están en el mismo caso? Aquella famosa ley de Mariote relativa á la disminución del volumen de los gases cuando están sometidos á cierta presión, no es absolutamente exacta, es aproximada.

Hay todavía, señores representantes, otro ramo de la fisiología y más aún, un ramo de la práctica del médico, en que de una manera explícita y terminante se ha aplicado ya al cálculo infinitesimal, se han aplicado las matemáticas de tal suerte, que esos ejercicios constituyen hoy prácticas tan exactas como las del ingeniero: me refiero á la óptica fisiológica y á la práctica de la oftalmología.

El ojo humano, como bien sabeis, representa un aparato físico donde se pueden aplicar con toda perfección métodos matemáticos: pues hoy, señores representantes, el cálculo infinitesimal ha resuelto muchas cuestiones de oftalmología, ya fisiológica, ya clínica; hoy no se considera como buen oculista al que no sabe matemáticas en toda su extensión.

Pudiera citar como ejemplo al Sr. Dr. Ramos, si este señor ha sobresalido en México y en Europa como oculista, ha sido precisamente porque estaba preparado por una enseñanza completa de las matemáticas.

Ya hoy los oculistas no son empíricos, ya hoy hacen diagnósticos precisos, pronósticos rigurosos y operaciones perfectamente ejecutadas.

Señores representantes, de ninguna ma-

nera puede la comisión aceptar la cumienda que el Sr. Cisneros Cámara propone; esas matemáticas con que sustituye las que nosotros ofrecemos á vuestra consideración son mutiladas, trancas, sin base y sin cúspide; lo diré de una vez, son matemáticas sin pies ni cabeza.

Paso ahora, señores representantes, á la segunda observación que se refiere á la simultaneidad de la física y la química.

Ya la comisión ha explicado tanto por mi humilde voz, como por la elocuente palabra del Sr. Flores y también en la parte expositiva del dictamen, que sostiene con toda energía el método sucesivo, y que creería faltar á sus convicciones más íntimas si aceptase el método simultáneo.

Seré breve en esta parte de mi argumentación.

Es bien sabido que la física es la base esencial de la química y que por más que uno se ingeniase para formar un programa en que se prescindiera de cierta parte de la física, para aprender la química, sería imposible hacer esto, y voy á dar una prueba.

En todos los textos de química se comienza por la descripción del oxígeno, se sigue con la del hidrógeno, para entrar luego al estudio de ese cuerpo compuesto llamado agua que tiene una importancia tan colosal en la naturaleza, y que es tan indispensable para la vida del hombre.

Pues bien, señores representantes, al describir el cuerpo oxígeno, se dice que es tal ó cual su peso específico, que es un gas licuable, etc. Lo mismo se dice del hidrógeno. Pues bien, el alumno que no ha estudiado lo que es peso específico, que no ha estudiado los efectos de la presión, del descenso de la temperatura sobre los gases, que no sabe las leyes de la vaporación, etc., ¿cómo va á explicarse que se licúen el oxígeno y el hidrógeno cuando después de haberlo sometido á una presión grande, repentinamente se suspende una presión?

Pues ciertamente que no será esto posible.

De modo que iremos, como decía la vez pasada, á dar nociones ya hechas, cuando precisamente el fin de la enseñanza preparatoria es que el alumno se persuada de todo lo que se le enseña, que esté en estado de palpar la verdad de la demostración y que esté suficientemente instruido en los cursos anteriores para poder pasar á las posteriores.

Por otra parte, señores, basta fijar la atención por un momento para convenirse de que en un buen orden lógico la química tiene que venir precisamente después de la física, ni antes, ni al mismo tiempo.

Se sabe perfectamente que los fenómenos químicos son más complicados que los físicos, porque, en efecto, una combinación química está sometida á la influencia del calor, de la electricidad, etc., no obra lo mismo la chispa eléctrica que la corriente de una pila, por ejemplo.

Al comenzar el siglo, los sabios Carli y Cholson, descompusieron el agua haciendo obrar una corriente eléctrica y observaron que el hidrógeno se dirigió al polo negativo, y el oxígeno al positivo. Años antes Lavoisier, para obtener la síntesis del agua le pasó una chispa eléctrica á través de una mezcla de oxígeno y de hidrógeno.

Pues bien, señores representantes, ¿sería posible que el alumno comprendiese el alcance de estos experimentos, el valor de estas demostraciones, si antes no había estudiado lo que eran corrientes eléctricas, si no había estudiado los efectos de la chispa eléctrica?

Me parece que no, señores representantes. Además, el método en la química, es más complicado que la física. En ésta, como perfectamente lo hace notar un filósofo distinguido, no se emplean más que tres sentidos para observar la naturaleza: la vista, el oído y el tacto, mientras que

en la química se emplean todos: hay algunos cuerpos caracterizados por su sabor y por su olor: el ácido sulfúrico se caracteriza por su olor corrupto, y los alcaloides por su sabor amargo. De modo que tenemos dos sentidos nuevos que no se habían empleado ni en astronomía ni en física, lo que demuestra que la química es más complicada que la física.

Por otra parte, señores representantes, en la química se ejercitan por primera vez los educandos en el método descriptivo; la química es realmente una descripción metódica de los cuerpos, una exposición de sus caracteres físicos y químicos, una indicación del estado natural de aquellos cuerpos, y la indicación de los medios de preparación.

¿Cómo se quieren hacer simultáneamente estudios tan diversos, cómo no divagar en detrimento del educando su atención; cómo obligarlo á estudiar la parte más sencilla de la ciencia con otra más complicada?

El señor representante de Yucatán nos decía que al proponer el estudio simultáneo de la física y la química, no violaba el orden de sucesión; decía que no lo violaba, y que si lo violaba seguía nuestro ejemplo, porque nosotros lo habíamos violado antes al proponer que se estudiasen simultáneamente la sociología y las ciencias biológicas: luego este principio no es tan importante cuando alguna vez lo abandona la comisión y si alguna vez ésta abandona un principio, puede abandonarlo una vez más.

Dado el caso, señores representantes, de que en efecto hubiésemos roto con nuestro principio para proponer que la sociología se estudiase á la par que la biología. Dado el caso que una vez violásemos el principio, no era esta una razón suficiente para violarlo una segunda vez, habríamos cometido un error y en este



caso el Sr. Cisneros Cámara nos aconseja que cometamos otro.

Pero ni aun esto sucede; nosotros no hemos violado el principio fundamental de la sucesión al proponer que la sociología se estudie con la biología, por una razón bien sencilla. La sociología, como el Sr. Cisneros Cámara dijo, no es una ciencia suficientemente constituida para revestir un tipo didáctico. Permítaseme que me explique algo acerca de esto.

Perfectamente, sabéis que las ciencias, en su evolución indefinida pasan por diversos estados. Primero, tenemos el período de formación en que se van acumulando materiales, recogiendo hechos, clasificándolos, formando las nociones que deben servir como base de tal ó cual ciencia; después tenemos el período constitutivo de la ciencia, cuando están todos los hechos clasificados y agrupados, cuando se descubren las leyes fundamentales que rigen los fenómenos todos de la ciencia, y viene por último el tipo de organización cuando reviste la ciencia de que se trate un estado, un grado suficiente de adelanto para poderla enseñar, cuando tiene un tipo definido, susceptible de presentarlo á la contemplación del educando, es cuando ha llegado á su forma didáctica.

Pues bien, señores representantes, la sociología se encuentra apenas en el período constitutivo, no está todavía en el período didáctico.

Por otra parte, si se comparan los vínculos que ligan la sociología con la biología y se comparan también los que ligan la química con la física, se ve que el último vínculo no es precisamente forzoso.

En efecto, las ciencias abstractas y fundamentales que constituyen la gerarquía científica donde no deben romperse los vínculos, son aquellos que estudian los factores, los agentes de todos los fenómenos.

Pues bien, en la sociología no hay ningún agente nuevo que no se haya estu-

diado. Los fenómenos sociales tienen por causa última la voluntad del hombre modificada por la sensibilidad y dirigida por la inteligencia. Pues bien, la voluntad del hombre se estudia en la psicología, ahí se da á conocer el agente sociológico; luego la comisión no se ha puesto en contradicción consigo misma con sus principios al proponer que la sociología se estudie á la par que la biología, ¿por qué?

Porque en la sociología no se estudia ningún agente nuevo, porque todos ellos están estudiados y porque además, la sociología no ha revestido, como he procurado demostrar, el tipo pedagógico; porque no está organizada ni plenamente constituida.

El Sr. Cisneros Cámara censuraba á la comisión por haber propuesto el término *ciencias biológicas* y no los términos que él propone, *zoología*, *botánica* y *antropología*. Su señoría agregaba que esto era una mera cuestión de palabras. Yo me permito replicar al Sr. Cisneros Cámara, que no es cuestión de palabras, que es cuestión de ideas, y que se relaciona con uno de los puntos más íntimamente ligados, con aquella alta cuestión filosófica de la clasificación de las ciencias.

Las ciencias, señores representantes, se dividen en abstractas y concretas; esta es la división capital. Las abstractas son las que constituyen las materias de la enseñanza preparatoria; las ciencias abstractas son las que estudian los factores de los fenómenos, las que estudian las leyes generales á que están sometidos los fenómenos todos.

Las ciencias concretas ó descriptivas se ocupan de estudiar las condiciones particulares de la vida de cada sér, de describir seres que realmente se presentan en la naturaleza. Como se comprende bien, las ciencias concretas son mucho más complicadas que las abstractas; cada ciencia concreta requiere para ser debida y

convenientemente estudiada, el conjunto de muchas ciencias abstractas.

Las ciencias concretas son sintéticas, las abstractas son analíticas; las concretas especiales, las abstractas generales.

Pues bien, señores representantes, lo que la comisión ha querido proponer aquí es el estudio abstracto de la vida; lo que el Sr. Cisneros Cámara propone, es el estudio concreto, la descripción de los seres vivos, lo que antes se llamaba Historia natural, es decir, la mineralogía, la zoología y la botánica.

Con el objeto, señores, de poner más en claro hasta qué punto es honda y radical la diferencia entre las ciencias abstractas y las concretas, establezcamos un paralelo entre la química y la mineralogía por una parte, y entre la biología y la zoología por otra. En la química se estudia la afinidad de todos los cuerpos, sean cuales fueren sus condiciones; se supone un átomo dotado de cierta afinidad combinándose con otro, y se estudian sus productos. La mineralogía estudia los productos que de hecho existen y de aquí resulta que ciertos cuerpos que tienen un interés químico extraordinario, no tienen ningún interés mineralógico, y recíprocamente. Por ejemplo, el potasio y el sodio—cuerpos fundamentales en la química, por sus afinidades enérgicas—no tienen importancia en mineralogía, porque nunca se les encuentra en el estado natural, se les encuentra en el estado de sal y nunca en estado puro.

Por el contrario, el cuarzo, el granito son interesantísimos en mineralogía y de ninguna importancia para la química.

Igual paralelo se puede establecer entre la zoología y la biología.

La biología estudia las leyes generales de la vida en todos los seres prescindiendo de su división en reinos y en tales ó cuales especies; mientras que la zoología y la botánica describen cómo viven las especies, sus costumbres, etc. De ma-

nera que se ve que unas son concretas y, como tales, constituyen un conocimiento especial; mientras que la biología es un estudio abstracto, y como tal, constituye realmente una materia del dominio de la enseñanza preparatoria.

Así es que las comisiones no pueden aceptar esta modificación que afecta, no sólo á las palabras, sino á la esencia de la cuestión, y sostienen que se estudien las ciencias biológicas, y no la zoología, la botánica y la antropología.

El Sr. Cisneros Cámara hablaba en seguida de la poca extensión que se da á la historia en el programa sometido á nuestra consideración.

Decía que no bastaba un año para aprender historia universal; que sólo porque actualmente hay un profesor tan insignificante como el Sr. Sierra se puede dar esta clase.

En efecto, señores representantes, el Sr. Sierra es un gran profesor; pero la cuestión no es ésta, sino que se puede dar la clase de historia: todo depende de la manera de entenderla.

Si por historia entendemos la relación fastidiosa, la enumeración de dinastías y anécdotas relativas á los reyes, si se nos van á contar las castidades poco viriles de Luis XIII, la disolución de Luis XV y las debilidades de Luis XVI; entonces sí que no basta un año, ni diez para aprender la historia. Pero si se habla de los hechos culminantes que han influido en las diversas naciones, de los hechos que han resonado á través de los siglos, de los hechos que han trastornado al mundo, que han marcado las jornadas del progreso, entonces sí puede estudiarse la historia en un año.

El Sr. Cisneros Cámara hablaba también de la cronología, extrañaba que no estuviera en nuestro programa.

Señores representantes, la cronología nada vale sin la historia; la cronología no tiene más objeto que fijar las épocas his-



tóricas, no tiene más objeto que medir el tiempo y saber cómo y cuándo se verificaron tales sucesos y enseñarnos qué sucesos fueron simultáneos, cuáles sincrónicos, cuáles sucesivos y á qué distancia en el tiempo se encontraron colocados.

La cronología, además, necesita datos astronómicos; porque no es posible que un alumno, sin saber astronomía, comprenda el calendario, ni el alcance y significación de sus reformas.

Pues bien, esta parte útil, constantemente práctica de la cronología que nos enseña á medir el tiempo, á contar sus largos períodos se funda en datos astronómicos; forma parte de la astronomía.

De manera que no es necesario poner expresamente la cronología; porque ésta por una parte se refiere á la astronomía, y por la otra es anexa á la historia, por ejemplo, saber que en Grecia se contaba por olimpiadas, y éstas servían de punto de referencia para medir sus épocas y acontecimientos.

El Sr. Cisneros Cámara hacía también una observación sobre lo mal distribuida que, en su concepto, está la enseñanza de los idiomas; decía que en un año había tres cursos. Su señoría exagera un poco. Decía, además, que era imposible que en el orden en que están dispuestos el alumno pudiera hablarlos correctamente, escribirlos, etc.

La comisión no pretende lograr esta maravilla; simplemente quiere que los alumnos de la preparatoria, den los primeros pasos para llegar á hablar correctamente el francés, el inglés, etc.; pero lo que sí quiere lograr á toda costa es que traduzcan estos idiomas porque así se les da una manera de conocer los libros escritos en ellos. De modo, que realmente la comisión no se ha preocupado por formar políglotas. Quizá en esta parte tenga razón el Sr. Cisneros Cámara; sin embargo, la comisión teme que por formar políglotas se educasen mal las inteligen-

cias de los alumnos dedicándolos con preferencia á las lenguas, en perjuicio de otras materias de mayor importancia.

No quiero dejar pasar inadvertida una de las observaciones que hizo el Sr. Cisneros Cámara, la cual, aunque también es de detalle, tiene su interés. Su señoría se refiere al canto y dice que es enteramente inútil esta asignatura; que si acaso los alumnos tenían disposiciones estéticas, que si tenían las dotes de Gayarre ó de Tamberlick, para eso había un conservatorio de música.

Verdaderamente parece imposible que su señoría haya olvidado el objeto con que la comisión ha propuesto el canto. Ella lo ha propuesto como ejercicio gimnástico importantísimo de la voz, como ejercicio del aparato de la respiración.

El canto, como saben los señores representantes, es una gimnasia de la respiración, el canto nos habitúa á retener el aire espirado, prolongando la emisión de la voz por cierto tiempo; además, señores, tiene una importancia higiénica extraordinaria por ser la edad en que se manifiesta la tisis pulmonar.

De manera que el canto se ha propuesto como uno de los ejercicios gimnásticos más indispensables.

Creo, señores representantes, no haber olvidado ninguna de las principales razones que emitió en esta tribuna el distinguido representante de Yucatán.

Voy ahora á hacer brevemente el examen del programa que se propone en substitución del que la comisión tuvo la honra de presentar.

Desde luego me encuentro con las matemáticas excesivamente mutiladas, lastimosamente desfiguradas; matemáticas sin aritmética, sin geometría analítica y sin cálculo. Esto sería simplemente el tronco de las matemáticas, la parte media, pero no un curso completo.

Decía en seguida el programa del Sr. Cisneros Cámara: «Curso de cronología

universal y patria y de historia de América.»

Parece extraño que alumnos que aun no tienen conocimientos de astronomía ni de historia, se les enseñe cronología.

Repito, la cronología sin la historia, no es nada, y si es algo, es lo más árido, lo más fastidioso del mundo. Esto sí es árido y no las matemáticas; yo preferiría aprender de memoria la tabla de logaritmos que aprender de memoria un tratado de cronología sin saber lo que es historia.

(Aplausos.)

En este primer año, señores representantes, nos encontramos el primer curso de historia.

Esta materia mereció la atención del Sr. Cisneros Cámara, y tenemos el derecho de ser severos con él.

En el primer curso de historia, como un preámbulo de la enseñanza, pone la historia de América.

¿Cómo es posible, señores representantes, que los alumnos que nada saben de historia puedan comprender la importancia del descubrimiento de América ni las dificultades de que estuvo rodeado; que alumnos que no saben los intereses mercantiles que hicieron florecer á Venecia y Génova, que no conocen la preponderancia que tuvo Portugal, que no conocen la situación de la Península Ibérica, es posible que puedan comprender la importancia que tuvo este hecho colosal, el descubrimiento de América, y en seguida la América conquistada por una nación europea?

¿Cómo los alumnos que no saben nada respecto de estas naciones van á apreciar debidamente los hechos históricos correspondientes?

Esto, francamente, me parece de todo punto inaceptable.

En el segundo año tenemos un segundo gránulo homeopático de matemáticas:

«Curso de raíces griegas y latinas, 2º curso de francés, curso de historia antigua y romana.»

La crítica de este segundo año queda ya hecha en la exposición general.

En seguida, en el tercero y cuarto año notamos una circunstancia que no puedo menos de hacer resaltar.

Cuando yo escuchaba al Sr. Cisneros Cámara, cuando le oí decir que la comisión por dar una extensión desmesurada á las matemáticas, había robado esta extensión á la física y á la química, esperaba que su señoría propusiera dos años para la física y dos para la química. Pues bien, con gran sorpresa encuentro que él propone en el tercer año de su programa la mitad de la física y la mitad de la química, y en el año siguiente la segunda mitad de estas materias.

Se ve, pues, que se necesita dos años para dos materias y entonces ¿para qué mezclarlas, por qué no dejar cada año con su materia, por qué no dejar para todo el tercer año la física, y para el cuarto la química? ¿Qué empeño en recortar, qué empeño en mezclar una cosa con otra!

Francamente es mucha afición al sistema simultáneo.

En el quinto año noto una singularidad; dice el programa á que me refiero:

«Curso de astronomía descriptiva (incluyendo nociones de la matemática.)»

Esto sí es fuerte, señores representantes. ¡Astronomía matemática, cuando los alumnos no han estudiado analítica, ni cálculo diferencial, ni cálculo integral! ¡Esto es verdaderamente incomprensible!

En este mismo año encuentro una nueva anomalía; se propone que la zoología se estudie en el quinto año, y la botánica en el sexto.

En mi humilde concepto, además de lo que indiqué ya sobre que estas ciencias, consideradas como las considera el Sr. Cisneros Cámara, son concretas, prescindiendo de esto, noto una inversión com-



pleta del orden lógico: aquí, en este programa se quiere que se estudien primero la ciencia más difícil y luego la más sencilla; porque es inconcuso que la botánica es mucho más sencilla que la zoología; las plantas son seres vivientes mucho menos complicados que los animales.

Por último, señores representantes, en este programa brillan por su ausencia dos conocimientos capitales: la geografía y la gramática.

Respecto de la primera, su señoría supone, sin duda, que basta con la que se ha aprendido en la escuela primaria, incurriendo así en el mismo error en que incurrió respecto de la aritmética.

Se dice, sin embargo, en el programa: *«con las lecciones geográficas correspondientes.»*

Este sería un curso de geografía muy original. Supongo yo, señores, que el catedrático de historia patria, al hablar de Hidalgo, enseñara á los alumnos el itinerario de sus jornadas; que al hablar de Morelos, les indicara el camino que siguió en su marcha victoriosa, y que al hablar de Napoleón hiciese también la explicación del itinerario de sus campañas. Esto no es ni puede ser la geografía.

La otra omisión es la relativa al curso de gramática. Supongo que su señoría juzga que es bastante la que se enseña en la escuela primaria, y sin embargo, alumnos que no han estudiado gramática, lo suficiente, van á estudiar literatura general y preceptiva.

Esto es fundar en el aire, pues no se sabe sobre qué lengua van á aplicarse los preceptos de esa literatura; no será sobre la lengua castellana supuesto que no se ha hecho su estudio gramatical.

Señores representantes, he fatigado demasiado vuestra atención, he contestado en mi concepto, una á una las observaciones que el Sr. Cisneros Cámara hizo al programa que hemos tenido la honra de someter á vuestro estudio.

Ruego á su señoría que me dispense si en el ardor del debate he usado frases duras; éstas han sido dirigidas á sus ideas, pues sabe el señor representante el respeto y la estimación que me merece su persona.

Una vez conocidas las razones que hemos tenido para apoyar nuestro programa, y conocido el del Sr. Cisneros Cámara, la sabiduría del Congreso resolverá cuál de ellos se adopta mejor á las ideas ya aprobadas aquí en lo general.

(Nutridísimos aplausos).

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Señores representantes:

Uno de nuestros más distinguidos oradores—y de los más eminentes de la República entera—nos ha dicho en la penúltima sesión que los hombres progresistas deben ser audaces y que la Nación necesita ciudadanos atrevidos para las grandes luchas, porque los tímidos nunca serán los hombres libres de una democracia.

Tales son las palabras que justifican mi presencia en esta tribuna. Audacia y no poca necesito para presentarme á impugnar proposiciones formuladas con la más profunda convicción por los individuos de las comisiones unidas de estudios preparatorios, tan doctos filósofos como elocuentes oradores; tan ilustrados pedagogos como patriotas y liberales ciudadanos.

Mas si el gobierno de Jalisco, á pesar de mi insuficiencia, se ha dignado honrarme con su representación en esta Asamblea, debo yo en todo caso corresponder con mis esfuerzos para lograr todo lo que crea bueno y conveniente, siquiera ellos se estrellen ante el justo prestigio de una comisión, aun cuando ellos patenticen mi propia debilidad.

El programa de estudios que se propone para las escuelas preparatorias, es en

mi desautorizado concepto, deficiente y desequilibrado.

Sus autores han querido hacer creer al Congreso que tanto han cuidado de la instrucción literaria como de la científica, y hasta han llegado á presentarse como restauradores de los estudios clásicos, quejándose de que «una cátedra de Literatura Preceptiva y un curso de Lengua Patria fuese todo el bagaje literario de la primitiva organización de la Escuela,» diciéndonos con tal motivo, que «han creído deber enmendar ese error, consagrando una parte de cada uno de los seis años escolares á una enseñanza literaria, teórica y práctica, cuya necesidad se hace sentir, y cuyos beneficios son incuestionables.»

Sí, señores representantes, incuestionables son sin duda los beneficios de los estudios literarios, pero cuando se les mutila en un programa, cuando se les atiende tan sólo por mera concesión, cuando se les coloca en el gran cuadro que se nos pinta únicamente para hacerlos servir de claro-oscuro, que permita destacar mejor la severa y desnuda figura de la ciencia abstracta, objeto principal de los afanes del artista; entonces, señores, no puedo menos que recordar aquella frase del Mantuano con que expresa el íntimo sentimiento de la desconfianza: «Trojanos, desconfiad del caballo; sea lo que fuere, temo á los griegos aun en sus presentes.»

.....equo ne credite, Teucri.

Quidquid id est, timeo Danaos et dona ferentes.

Proscribir la enseñanza de las lenguas clásicas de un plan de estudios, reduciéndola apenas á las de las raíces latinas y griegas; querer sustituirla con el conocimiento de dos lenguas vivas á las que se les conceden tres horas semanarias de estudio por sólo dos años á cada una, y asignar dos cursos alternados ó medios cursos, para el estudio de la lengua materna, no es ciertamente pecar de prodigalidad para con las bellas letras, mayor-

mente cuando se dedican tres años consecutivos á las matemáticas puras.

¿Por qué, pregunto yo, se proscribe la enseñanza del latín, haciéndola bajar á la categoría de curso facultativo, como la del italiano? ¿Acaso se ha pretendido sustituirlo con el francés y el inglés; se le ha relegado al olvido por considerarlo inútil, ó no se le ha estimado de un carácter rigurosamente general?

Yo creo—y en esto no hago más que convertirme en eco de notables filólogos y pensadores—que la lengua latina no puede ser reemplazada por los idiomas modernos, porque las lenguas antiguas presentan mucho más vasto campo para el análisis que las modernas, porque son más perfectas, más lógicas y profundas en la significación de sus palabras.

Además, la circunstancia de no ser ya de un uso vulgar, hace que no esté el latín sujeto á las alteraciones de los hombres ni á las mudanzas de los tiempos, conservándose siempre como un manantial purísimo de belleza literaria, cuyas cristalinas ondas no van á enturbiar los caprichos de las épocas, como el culteranismo y tantos otros.

No pretendo de ninguna manera, ni quiero que así vaya á creerse por un solo instante, que se suprima la enseñanza del francés y del inglés, ó que se sustituya por la antigua lengua del Lacio. Lo que sostengo es que ésta de ningún modo puede substituirse por aquellas, y que dada su trascendental importancia, debe subsistir al lado de las lenguas vivas, por tener unas y otras muy diverso fin en la educación de la juventud.

La enseñanza del lenguaje del Pueblo-rey, es puramente literaria y va siempre encaminada no sólo á proporcionar á los alumnos el origen de nuestro romance, ni á facilitarles el conocimiento de las obras maestras de la antigüedad, sino á suministrarles un modelo perfecto de forma,



de composición, de estilo, sobre el cual se cifa el gusto literario.

En cambio el aprendizaje de las lenguas vivas se hace de un modo meramente práctico y utilitario para hablarlas; y para esto más se atiende á la conservación en la memoria de las palabras más usuales, de la manera de pronunciarlas, que al valor literario de los términos y de sus combinaciones, y por consecuencia de las ideas y sentimientos que expresan.

De este mismo objeto y de este procedimiento, resalta la superioridad de un estudio sobre el otro, una vez que, como ha dicho un escritor contemporáneo, «en el arte y la literatura la expresión es todo; la palabra por sí misma, no es nada.»

Por último, el estudio de los idiomas vivos es, por su naturaleza, esencialmente variable, según el fin que se proponga quien á él se dedique; porque mientras para los sabios prestan mayor utilidad en primer lugar el francés, en segundo el alemán, y en tercero el inglés; para los literatos ocupa el segundo lugar el inglés; el tercero el italiano y el cuarto el alemán; siendo así que para el comercio importa más el inglés que cualquiera otro.

La importancia literaria del latín no ha disminuido por la adopción de las lenguas vulgares, ni por los trabajos gramaticales que en los últimos siglos les han dado tanto lustre.

Allí están proclamando la verdad de esta aserción la profunda Alemania, que en sus gimnasios señala nada menos que ocho años para el estudio de ese idioma muerto; las universidades de Londres, Oxford y Cambridge, señalando año por año temas para los concursos sobre los clásicos; y los Estados Unidos, donde á pesar del espíritu práctico y utilitario que los distingue, se enseña en casi todos los colegios, desde el más antiguo de Massachusetts, el «Harvard College,» hasta el más nuevo de Colorado, el de «Denver.»

Y eso que en ninguno de aquellos gran-

des pueblos, se ha derivado directamente su idioma del que aquí suprimen las comisiones.

Se quiero restablecer, según se dice, en el actual plan de estudios la enseñanza literaria cuya necesidad se hace sentir; se pretende enmendar un error cometido allá cuando sólo se establecía una cátedra de literatura preceptiva, y un curso de lengua patria, y ¿para enmendar ese error y restablecer el equilibrio se suprime el latín?

¿Se podrá, sin su conocimiento, conocer á fondo la hermosa habla que nos cupo en suerte recibir como primicias de la civilización europea, con los dos cursos alternados que se le determinan?

Responda por mí con autoridad innegable el académico Monlau: «Del latín, sólo del latín, nació el castellano. Rebúsquese cuanto se quiera fuera del latín; de seguro no se encontrarán más que unas cuantas palabras allegadizas y caducas, ninguna de ellas de un orden importante, casi ninguna atributiva, pues rarísimos son los verbos tomados fuera del latín; como que el árabe con toda su ponderada influencia no logró aclimatar una veintena de ellos. . . . ¿Comprendeis ahora cuánto yerran los que niegan la utilidad, la necesidad del conocimiento del latín? ¿Comprendeis ahora cuánta es la imprudencia de los que discuten y dudan si el estudio del latín debe ser la base de la instrucción clásica de la juventud? Tanto valdría discutir si nos conviene ó no renegar de nuestra buena madre, hacer trizas nuestra cuna, pegar fuego á la casa paterna, perder nuestro nombre, abdicar nuestras glorias, y renunciar la herencia de filosofía más sana, de la literatura más preciosa.»

En efecto, hay que recordar que esa lengua suprimida hoy, ha producido la más rica literatura, en la cual brillan en ninguna otra, las cualidades de expresión, de sensibilidad, de delicadeza, que

se armonizan tan bien con nuestra raza, y que tanto se prestan para la educación de los jóvenes.

En cambio, como dice Fenillé: «Si se pasan en revista nuestros programas oficiales de lenguas vivas, se verá que la educación por las lenguas extranjeras, es la educación por la novela. He allí con sus innumerables heroínas todas las novelas de Walter Scott, á elección, dice el programa; he allí «David Copperfield,» de Dickens; el «Vicario de Wakefield,» de Goldsmith; la «Femina du professeur de Auerbach,» etc.

«Las leyes de la sugestión son hoy bien conocidas y científicamente establecidas; y así tales relaciones de amor y de seducción, con su largo desfiladero de jóvenes, desde la hermosa judía de *Ivanhoe*, hasta la Margarita de «Fausto,» son una sugestión continua, sobre todo cuando pasan las escenas, no en la lontananza inverosímil de la mitología, sino en nuestro propio tiempo, en la calle donde los estudiantes de «Fausto» persiguen á las hijas del pueblo, en la recámara de Margarita ó en el gabinete de Hetty. Si queremos respetar en la juventud la evolución natural y tranquila de las facultades, sigamos pidiendo á las ideas grandes y extensas de Tácito, de Cicerón, de Virgilio, una base de instrucción sólida y sencilla, en lugar de iniciar á los niños en las literaturas, resultado de civilizaciones refinadas y complicadas; de ponerlos frente á frente de Shakespeare, de Tennyson, de Shelley, que los mismos ingleses comprenden con trabajo.»

Si después de todo se insistiese en sostener la inutilidad de ese estudio, diré entonces con el escritor francés: «Y ¿qué metal por puro que sea, podrá resistir á la piedra de toque utilitaria? Para qué sirve el latín? Para nada, como la Venus de Milo. Pero para qué sirve la Historia; acaso necesito saber, por ejemplo, que

Luis IV de Ultramar, hijo de Carlos el Simple, reinó de 936 á 954 y batalló toda su vida sin provecho? ¿Para qué sirve tanta Geografía, ó por ventura necesito, como dice Tolstoï, conocer los canales y su navegación? El piloto del buque sabrá conducirme á donde quiera. ¿A quién es útil la Geología si nunca se ha de ocupar de industrias extractivas? — Que alumnos perezosos y aun algunos padres de familia, hagan semejantes razonamientos, no tiene nada de extraño; pero el Estado, ¿debe pensar así por ellos?»

No, señores, las comisiones no pueden desconocer tantas verdades; demasiado ilustrados son sus individuos, muchos de ellos ceñidos con las coronas de Apolo, para que opinen por la poca importancia de la lengua que ha dado origen á la que hoy hablamos. No hago ni en el calor de la discusión, ese agravio á tan distinguidos literatos.

Juzgo más bien que impresionados por las doctrinas de Spencer y de Bain, y considerando la cuestión bajo un estrecho criterio positivista, niéganle á aquel estudio la generalidad educacional á que han atendido únicamente en su programa. Aun bajo este aspecto paréceme que no tienen razón.

¿Por qué se pretende introducir el Cálculo Infinitesimal entre las clases preparatorias? Como un método, se dirá, que prepara y fortifica el espíritu. ¿Por qué se da tanta importancia á las ciencias naturales? Porque prestan un gran contingente educacional.

Pues bien, el estudio de las lenguas clásicas presta también esta ventaja.

«Cuando se piensa en el fin que hay que llenar para educar á un joven, manifiesta en el Parlamento Belga el diputado por Lovaina, Mr. Shollaert, ¿cómo no comprender que el mejor medio es la educación literaria que ejercita á la vez de manera tan armoniosa todas las facultades?



«Para convencernos de que el ejercicio literario constituye la mejor gimnástica, observad lo que hace un joven á quien se encarga que descifre cualquier pasaje de un autor. Enriquece su memoria con palabras nuevas. Por el análisis gramatical descubre poco á poco los secretos de la sintaxis; por el análisis lógico, asiste al génesis del pensamiento. ¿Es esto todo? No! El joven juzga, compara, raciocina. Por corto que sea el esmero de un maestro hábil, su gusto se forma y adivina lo que es el estilo; su oído se habitúa á la cadencia y comprende el número. Ante los ejemplos de la más alta virilidad y las más atractivas imágenes que le ofrecen los ingenios antiguos, la imaginación despierta, la voluntad se inclina, se forma el carácter. El corazón se educa á medida que la inteligencia se ilumina. Ni una facultad permanece en el olvido. El espíritu se manifiesta en todas sus formas.»

Prescindiendo de esa facultad educativa tan interesante, y que le infunde como método un sello de generalidad indisputable, lo que constituye en la actualidad el carácter fundamental de toda la actividad del espíritu en la época moderna es la tendencia marcada de remontarse á las fuentes primitivas de toda verdad y de todas las instituciones sociales.

Gracias á ese arranque profundamente filosófico, no se estudia ya la Naturaleza en las obras de Aristóteles, ni se interponen entre el sujeto y el objeto de los conocimientos, los mil obstáculos formalistas que desviaban los rayos de luz y les impedían llegar á encender la inteligencia.

La Historia Romana no es ya la que con tanto lujo de imaginación magistralmente nos pintara Tito Livio. El Derecho Romano no es ya tampoco la expresión del egoísmo razonado, para el gobierno de los pueblos; ni la elocuencia se encuentra encerrada en las obras de San Agustín. Se acude entonces á las fuentes

primitivas, y con el cincel de la crítica, se buscan entre los inmensos escombros de la antigüedad los orígenes de todas nuestras instituciones político-sociales, para después seguir sin interrupción su evolución histórica.

Por eso hoy, que se registran los archivos, que se rehacen los palimpsestos, que se buscan las antigüedades y se forma un nuevo edificio, haciendo á un lado leyendas, prejuicios y tradiciones, el latín es un poderoso instrumento de investigación, útil y provechoso para todo hombre ilustrado, sin distinción de carreras profesionales.

¿Por ventura se querrá que se ocurra á las frecuentes traducciones de los clásicos?

En tal caso no se podrá nunca llegar á la fuente, pareciéndome idéntico semejante procedimiento al de cortar las alas al espíritu para que no pueda remontarse á las superiores regiones de lo bello, dándole en cambio un bordón para que le sea posible siquiera el caminar entre guijarros.

De la deficiencia misma del programa resulta su desequilibrio: se han despreciado las letras humanas, no precisamente porque se las desestime, sino porque hay fanatismo por las ciencias.

Las comisiones unidas, encareciendo muy por encima de su valor intrínseco, la importancia del método experimental, han sacrificado el fondo mismo ó materia del asunto, en aras del procedimiento experimental, han sacrificado el fondo mismo ó materia del asunto, en aras del procedimiento.

El error no es sino la pretensión de hacer valer como verdad completa y absoluta, la que no es más que parcial y relativa; así es que cuando se proclama la universalidad del procedimiento experimental tan adecuado y evidente al tratarse de las ciencias físicas, se expone á incurrir en equivocación.

No pretendo combatir un sistema filosófico, para lo cual ni tengo la competencia necesaria, ni tampoco es de oportunidad en este sitio, sólo he expresado mi opinión para apoyar en ese instinto del proselitismo, la exigencia inconsiderada del cálculo trascendente y de la geometría analítica para todos los estudiantes.

El naturalista que no podrá comprender á fondo la nomenclatura científica, porque está en latín; el literato que no podrá conocer el fundamento de su idioma, el abogado, en fin, que estará impedido de consultar el Código ó el Digesto, y que ni siquiera podrá traducir las glosas de Gregorio López; ellos, sin embargo, consolarán su ignorancia con el recuerdo del estudio del cálculo descubierto por Newton y Leibnitz!!

Quizás se diga que aun hoy no son muchos los abogados y aun teólogos que conocen bien el latín; pero en este caso tén-gase también presente que entre los ingenieros mismos son escasos aquellos que poseen el ramo que se quiere generalizar á médicos y notarios.

Acaba el Sr. Parra con sus vastos conocimientos, de indicar la utilidad que el médico obtiene con la aplicación del cálculo infinitesimal, por medio de ciertas fórmulas. Yo no desconozco tales servicios, que indudablemente prestan también todos los conocimientos humanos; pero con gran temor de equivocarme, porque entro en un terreno desconocido para mí, me aventuro á sostener que no es en la Escuela de Medicina donde su señoría aprendió esas fórmulas de que nos ha hablado, ni es allí donde se utilizan esos conocimientos matemáticos. Y la razón es muy sencilla: el Estado no tiene obligación de formar *eminencias*, proponiéndose sólo instruir profesores útiles, así es que los sabios se hacen por sí mismos, en fuerza del estudio y la constante dedicación; mas nunca se podrán formar en las aulas de una escuela.

En cambio de tanta extensión en las ciencias exactas, en el dibujo, en el canto, no sólo se ha suprimido el latín, sino que á otras de las principales materias se les asigna un período insuficiente. La Historia de América y de México cuenta apenas con tres horas semanarias.

Ya se ve que no se han de enseñar, como ha expresado el Sr. Parra, todos los acontecimientos ocurridos. Se reducirá la enseñanza á aquellos hechos importantes y trascendentales, procurando más bien la filosofía de la historia que el arto histórico de antaño; ¿pero en qué se basará la enseñanza filosófica si se ignoran los hechos de que se deduce? Se pensará que la Historia Continental, con su maravilloso descubrimiento, con su influjo en la civilización moderna, con la transformación de sus costumbres, con sus legendarias conquistas y su heroica independencia, se puede aprender en dos meses?

¿Y qué decir de nuestra propia historia, fuente inagotable de enseñanzas, con esa grandiosa evolución progresista, con sus variadas y notables épocas, con su fe y su heroísmo, con sus innumerables patriotas soñadores y sus apóstoles y mártires?

Bien merece esa historia ser bien conocida por las generaciones que se levantan, que encontrarán en ella mucho que utilizar.

Colocados como estamos, entre el deseo de formar una juventud ilustrada, en un período en que alcanzan tanto brillo las ciencias y las letras, y la necesidad de no recargar los programas de materias fatigando demasiado las inteligencias, debemos ser prudentes, y por eso ya que solicito la inclusión y el ensanche de algunos conocimientos, quiero también que supriman otros de menos importancia ó de un carácter más profesional.

Suprimamos, señores representantes, ese tercer curso de matemáticas; incluyamos el estudio del latín en los dos ó tres



primeros años del programa, ocupando el lugar del dibujo ó del canto que sin inconveniente alguno puede quedar reducido á la mitad del tiempo que tiene asignado; no prejuzguemos las cuestiones filosóficas, aumentemos á seis las horas destinadas en el último año al estudio de la Historia de América y de nuestra querida patria, y habremos procedido con más acierto.

Mucho desconfío, señores, de haber sabido presentar como debiera la noble causa de las bellas letras, aunque espero de vuestra ilustración, que sabreis suplir mis razones.

Concluyo dándoos las gracias por la bondad con que me habeis oído, y resumiendo mis ideas en estas palabras del Conquistador del Siglo, que lo mismo sabía desbaratar las coaliciones de la Europa, que ilustrar con su genio á los grandes jurisconsultos de la Francia:

«Amo á las ciencias matemáticas y físicas: cada una de ellas es una hermosa aplicación parcial del espíritu humano; pero las letras son el espíritu humano mismo; son la educación general que prepara á todo, son la educación del alma.»

(Aplausos.)

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Sierra Justo.

EL C. SIERRA.—Señores representantes:

He tenido el gusto de tomar una participación activa en los trabajos de la comisión proponente, y á esto debeis atribuir —y no á excesiva oficiosidad de mi parte,—el que ocupe esta tribuna en defensa de un dictamen que cuenta con defensores tan preclaros.

Empezaré por declarar solemnemente que me considero solidario de todos y cada uno de los conceptos emitidos por la comisión, de todas y cada una de las con-

clusiones que ha presentado al debate y á vuestra sabia resolución.

Ciertamente el punto de vista desde donde ha considerado la cuestión nuestro distinguidísimo colega el Sr. Pérez Verdía es de los que con mucha razón ha preocupado á la sociedad, á las personas que se han dignado estudiar este dictamen, y que preocupó también, como lo ha dicho en su parte expositiva, á la Comisión.

Hasta ahora, el dictamen, sin embargo, no había sido criticado fundamentalmente, sino en su parte científica, digámoslo así.

Parece que la opinión del Congreso estaba conforme en que se hubiera dado á la enseñanza literaria la extensión asignada en las conclusiones de la comisión; porque sin duda creía que sumados estos conocimientos con los conocimientos científicos, recibían de estos nueva vida, y que con mucha razón la comisión había podido decir que de aquí partiría una especie de renacimiento literario para nuestro país.

El Sr. Pérez Verdía ha abordado el examen de la parte literaria del programa por su raíz, dirigiéndose á la parte relativa á la enseñanza de las lenguas muertas; de la que se conoce en Europa con el nombre de «la cuestión del latín.»

Yo no creo, señores representantes, que podré ser tachado de infiel á los afectos profundos, á los amores á que he dedicado una parte de mi vida literaria, si vengo á proclamar aquí que, dado el espíritu del plan propuesto, dado el espíritu que debe animar á los estudios preparatorios, la enseñanza obligatoria del latín no es necesaria, no es indispensable, debe suprimirse.

Decir que el latín no es indispensable, no es lo mismo que proclamar que es inútil; cuando afirmo que no lo creo, que no lo hemos creído necesario, para la enseñanza literaria, no se quiere decir que no se le considere como un conocimiento que

deba adquirirse, y que no se le tenga por complementario de toda educación literaria; no, seguramente. Precisa, pues, ver la cuestión desde su verdadero punto de vista.

En primer lugar era necesario hacer perder á la enseñanza preparatoria el carácter que hoy tiene, era preciso restituir el primitivo espíritu de esta enseñanza y de este plan, era preciso que dejara de ser un plantel compuesto de escuelas especiales mal adheridas entre sí, y convertirlo en una verdadera escuela de preparación general.

Visto el problema bajo este aspecto, me parece que queda resuelto en contra de la enseñanza de las lenguas muertas, con sólo plantearlo.

El latín, sin embargo, nos ha dicho el Sr. Pérez Verdía pertenece á la preparación general, tiene una parte educativa que es necesario aprovechar, pues además de su calidad de conocimiento preparatorio, contiene otros atributos que le asignan un papel principal en la enseñanza que la escuela preparatoria se propone.

Señores: uno de los más conocidos pensadores franceses de nuestros días ha resumido en larga serie de brillantes estudios, en una de las revistas de más crédito en Europa, todos los argumentos que pueden exponerse en favor de la necesidad de la enseñanza de esta lengua. A él, á M. Alfred Fouillée ha pedido muchos de sus argumentos el Sr. Pérez Verdía.

Efectivamente, este autor dice, y el Sr. Pérez Verdía lo sostiene también, que el análisis gramatical latino, que el conocimiento de las palabras latinas y de su combinación, constituyen una gimnasia intelectual de primera importancia porque ejercita en el arte de observar, de reflexionar, de concluir; que educan, en suma, la inteligencia en sus principales funciones.

Señores: esto en mi sentir es un error. Puede esta gimnasia, especialísimamente

la del estudio gramatical de una lengua muerta, hacer hasta cierto punto más ágil la inteligencia, puede serlo muy bien; pero no es esa la enseñanza educativa que desarrolla las facultades y las robustece; porque es forzosamente una gimnástica en el vacío, un ejercicio puramente formal, porque su materia no son las ideas, porque en el fondo de tal ejercicio no hay hechos, ó esos hechos no tienen substancia.

(Aplausos.)

El simple valor de las palabras y de sus combinaciones no puede ser, señores representantes, nada que atraiga al estudiante, nada que le proporcione placer; y no hay gimnástica eficaz que verdaderamente produzca desarrollo de las facultades, si á este ejercicio no está ligado el placer, demuéstranlo así todos los fisiólogos y todos los pedagogos.

Evidentemente que bajo el aspecto estético y moral, presenta el conocimiento de la literatura latina,—no el de la gramática latina,—una altísima importancia: soy el primero en reconocerlo. Ella enseña á dar una concisión extraordinaria al pensamiento; los clásicos latinos han escrito con un estilo lapidario que fija sus máximas, que fija sus conceptos para siempre en el ánimo. Verdad es esta de donde puede inferirse que toda educación literaria absoluta, que toda educación literaria que quiera llegar á ser realmente superior, deberá contar con estos elementos. Pero se trata de la enseñanza literaria en el segundo grado, en el que es necesario sumarla con el conocimiento científico para considerarla como preparatoria de la vida general, no como estudio superior, en donde sí se puede, en donde sí se debe reputar necesario el estudio de las lenguas muertas.

El entusiasmo de los que han sostenido la necesidad absoluta de la enseñanza del latín en esta materia, raya en lo increíble.



Así se ha podido afirmar que la enseñanza de los clásicos latinos es eminentemente moral y así coadyuva á la educación en su fin más alto.

Es demasiado fácil, señores, y por fácil no me atrevo á abordarlo, el campo en que podría demostrar que la enseñanza de los clásicos latinos no conduce precisamente á una educación moral.

(Aplausos.)

No conduce á una educación moral ni al hombre, ni al ciudadano; ó se mutila y se trunca deplorablemente como cuerpo de disciplina literaria. ó no puede pedírsele tal educación. No la del ciudadano. porque es completamente extraña á nuestros sentimientos civiles y políticos, á nuestros sentimientos sociales, es otra cosa bien distinta. Es algo que precisa conocer por formar parte de la historia del pensamiento humano, y en esa historia marca entre las cimas más altas; pero no es algo que sea enteramente indispensable hacer conocer al adolescente.

Yo no soy, y siento aquí ponerme de su lado, de los que en nombre de los principios católicos, han combatido alguna vez la enseñanza clásica; perfectamente ha sido defendida también por algunos con los mismos principios, sostenidos por los Santos Padres y por una serie de hombres ilustres dentro del catolicismo, desde San Basilio hasta el Papa actual que pide, con tal de suprimirla casi toda, que sea considerada como una enseñanza moral. Sí creo que existe en las letras latinas esa enseñanza; pero indirectamente y no para los adolescentes.

¿Cuál de los clásicos latinos prefiere el Sr. Pérez Verdía para la enseñanza de la moral? ¿Cuál es el que puede servirnos de elemento para esta educación? ¿Pudiera mostrarme uno siquiera? ¿Serían los más altos? ¿Sería Virgilio? No, no podría ser, y aquí no diré por qué; porque se trata si no del más grande, sí del más amable quizá de los poetas que ha producido la

humanidad, y porque me parecería un sacrilegio llevar una mano despiadada hacia esa figura inmortal y pura. ¿Sería Horacio, el gran discípulo de la escuela de Epicuro, el que recomendaba una vida indiferente á todo lo que puede ser grande y noble, á todo ejercicio de la vida civil que pudiera traer el sacrificio, y que se sometía tranquilamente al gobierno de los tiranos?

Esta enumeración podría ser demasiado prolongada. He citado á los dos más grandes que hay entre los clásicos latinos; si en ellos ó en los otros pueden hallarse máximas que encierran una alta enseñanza cívica y moral, están mezcladas con conceptos que no pueden ser en nuestros días dignos de impartirse á la juventud. Entre los latinos, el individuo no era nada, el Estado lo era todo: su libertad era aristocrática, era la de la minoría, hasta ese que ellos defendían y proclamaban—su libertad cívica y política—era una libertad cuyo concepto es casi contrario al concepto moderno. Era la suya una organización basada en la esclavitud, esa plaga terrible que corroía la base de la sociedad antigua, cuando hablaban de libertad de conciencia, hablaban de libertad de conciencia de los patricios; pero ¡el hombre! el hombre era el esclavo y estaba debajo de ellos.

(Aplausos.)

Mas si encuentra el Sr. Pérez Verdía que el latín debe estudiarse sobre todo por sus virtudes educativas, por la riqueza y variedad de estos estudios, por la facilidad con que en él pueden expresarse los conceptos, ¿por qué entonces, no propone la enseñanza del griego? ¿No está reconocido que esta lengua es más rica, más opulenta, más plástica? Las ciencias mismas han necesitado de ella para componer su lenguaje técnico. ¿Por qué no la propone?

Porque no es posible enseñarlo todo, porque se trata de una enseñanza redu-

cida, porque se necesita tener en cuenta que la vida es breve en nuestro país; porque es preciso reducir la instrucción á lo absolutamente necesario; porque un paso más allá es perdernos en crear necesidades secundarias de cosas inútiles, porque entonces haremos de este programa un código inmenso, y no bastaría la vida entera para poder recorrer las materias del plan de estudios.

(Aplausos.)

Que sólo los que aprenden latín pueden tener buen gusto literario, es una proposición que no podría sufrir el análisis, es una proposición que ha lanzado el Sr. Pérez Verdía en la tribuna, porque sirve á su tesis; pero que evidentemente no es una proposición defendible. Ciertamente que la proporción, medida y armonía características de la literatura latina, pueden servir de pauta y de disciplina en la disquisición literaria; pero, señores, en primer lugar, quiere el Sr. Pérez Verdía que se llegue al conocimiento pleno, ó siquiera al conocimiento mediano, y no elemental y fragmentario, como se tiene que dar ahora, la literatura latina en la enseñanza preparatoria. ¿Cuántos años necesita para una enseñanza del latín así considerado en este programa? Dos años, ciertamente, que no bastan; el primero apenas sirve para esa famosa gimnástica intelectual sobre palabras, declinaciones, conjugaciones, á que el Sr. Pérez Verdía aludía, antes de poder penetrar en ese *sancta sanctorum* de los grandes clásicos. ¿Tres, cuatro, cinco años? Los jesuitas necesitan más todavía, y estos son los grandes latinistas modernos.

Entonces ¿cómo podremos hacer saber esta enseñanza aquí? Considerada, pues, bajo un aspecto general, considerada como una preparación general para la vida que es el espíritu, el carácter de nuestro plan, sería imposible admitirla. Ni es indispensable, ni es practicable.

En todas partes—nos decía el Sr. Pérez Verdía—se hace así: ahí están los gimnasios alemanes. Sí, y ahí está la protesta del Emperador alemán contra esos gimnasios. . . . .

(Aplausos.)

El lo ha dicho y probablemente tiene motivos sobrados para decirlo; no porque tenga un genio capaz de comprender rápidamente y abarcar todo, no; yo no tengo ese festichismo imperial; pero probablemente es un hombre mejor informado por el puesto en que está; por eso tiene autoridad y más autoridad tiene, cuando el concurso de pensadores alemanes que lo escuchaban, cuando los jefes de la enseñanza universitaria se apresuraron á reformar sus planes, y evidentemente que estos planes han tendido á dar realización á un *desideratum* que es obra de muchos otros sabios; era preciso dar cabida á las ciencias en mucha mayor cantidad á la enseñanza de las lenguas nuevas en los reales gimnasios. Porque aun cuando es verdad que ellas no podrán proporcionar al conocimiento absoluto del puro estilo literario, en opinión del Sr. Pérez Verdía, sin embargo, sirven para satisfacer un mayor número de necesidades y para promover un mayor número de sentimientos y de ideas. Porque tienen que educarse á la complejidad creciente de nuestra vida. Porque nuestras relaciones sociales se han complicado más, porque entre el latín y las lenguas modernas hay muchos siglos de historia, y estos siglos no han pasado en vano para el alma humana; porque han acumulado una porción de pensamientos nuevos, porque han encontrado una porción de nuevos resortes que es preciso tener en movimiento para despertar constantemente el corazón del niño.

Esta es la ventaja del conocimiento de las lenguas modernas; poder compararlas con la enseñanza de la lengua materna y poderlas hacer así más fructuosas y eficaces.



Pero para conocer el origen de la lengua castellana,—agregaba el Sr. Pérez Verdía—es necesario conocer el latín; y nos citaba al docto Monlau, que efectivamente confirma en elocuentes frases esta tesis. ¿Pero qué, es necesario, es indispensable conocer el origen del castellano en la escuela preparatoria?

¿Esa parte de la enseñanza filológica debe conocerse en forma, en regla?

¿Debe saberse cómo viene el castellano del latín, por qué canales y cómo ha ido cumpliendo su evolución bajo su aspecto histórico?

Pues entonces es necesario recorrer todas sus etapas; entonces que no se proponga sólo el estudio del latín, que se proponga también el estudio de las lenguas neo-latinas en su primera formación; el todos los tipos literarios y gramaticales, que ha ido recorriendo desde el momento en que se desprendió de la matriz latina hasta que llegó al estado que nosotros lo conocemos.

(Aplausos.)

Entonces sí, el estudio de los orígenes sería completo; entonces sí ese estudio tendría la eficacia deseada por el orador. Pero estos estudios filológicos no pueden hacerse en la escuela preparatoria; esto, lo repito, recargará por manera extraordinaria la memoria de los alumnos con una carga abrumadora que haría imposible realizar un plan unitario.

Si esto se pretende, dígame entonces que vuelva sobre su voto aprobatorio en lo general el Sr. Pérez Verdía. Fraccionemos la escuela, no decretemos la uniformidad, digamos que se preparen escuelas especiales donde se estudie el latín para pasar á la escuela de derecho, con un poco de enseñanza científica, algo, lo menos posible, es decir, que se conozca el pasado en latín y se ignore el mundo en que vivimos.

(Aplausos.)

Por lo demás, si el privilegio de poder respirar en la atmósfera en que respira la escuela moderna,—y aquí entra la parte especial de la tesis del Sr. Pérez Verdía,—si esta supresión de la enseñanza del latín en la escuela preparatoria fuese á ocasionar una reforma, una revolución completa en la escuela de Derecho, sólo por llegar á tal resultado aceptaría yo la reforma y en vista de él me encontraría autorizado plenamente por mi conciencia para sostener aquí la tesis de la supresión del latín.

¿Y por qué esta revolución?

Porque como lo indicaba el Sr. Pérez Verdía, los estudios jurídicos la están sufriendo en todas partes en estos momentos, porque se está verificando en ellos una transformación completa, porque es ya imposible que una escuela profesional que está destinada por sus estatutos mismos á conservar hasta donde sea posible su tradición progresista, es necesario que se ponga de acuerdo con los resultados de los modernos estudios jurídicos para aceptarlos y transformarse.

En suma, esta revolución jurídica á que acudo, consiste en convertir el antiguo arte de la Jurisprudencia que data de los tiempos romanos, en una verdadera arte científica que se desprenda de los estudios sociales que deben servirle de base y que se aplique á las necesidades del tiempo presente.

(Aplausos.)

El derecho natural ha perdido completamente su base metafísica, y hoy se funda ó debe de fundarse en principios biológicos y sociológicos; el derecho civil se basa en el conocimiento de la economía política y de la sociología; el derecho criminal es una cuestión de antropología y patología mental; y todas las múltiples manifestaciones de la industria, del arte y del comercio en las sociedades modernas; todo esto trasciende á las relacio-

nes legales entre los individuos y precisa asignarles nuevos ramos de la ciencia del derecho.

Esta será una gran transformación, y así si el antiguo arte empírico de la Jurisprudencia está convirtiéndose en un arte científico inferido de ciencias que no son las ciencias que se estudian en la escuela de derecho, sino que son ciencias cuyo estudio debe precisamente de hacerse en la escuela preparatoria, aunque tuviéramos necesidad de renunciar á preparar el derecho romano, no había que vacilar; del lado de la preparación general de los estudios jurídicos estarían la necesidad, la verdad y la justicia.

¿Cuál podría ser el resultado de esta transformación para el derecho romano? ¿Cuál su papel en esta exuberancia extraordinaria de aplicaciones científicas á los conocimientos jurídicos ya indispensables en nuestro tiempo? Pues uno solo: y ese es el que debe asignársele en la escuela de Jurisprudencia, que su estudio debe ser histórico, puramente histórico.

Evidentemente que debe estudiarse la evolución jurídica; evidentemente que para estudiar la evolución jurídica, es preciso tener en cuenta las reglas y doctrinas que constan en las obras de los juriscultos que aglomeraron los prodigiosos materiales de la obra que Justiniano ordenó; luego esto es preciso, así como es también útil el conocimiento de sus grandes comentadores, desde la Edad Media hasta nuestros días; sí, esto es evidente.

Pero todas estas enseñanzas no deben tener, no pueden tener más que el carácter histórico.

El estudio del derecho romano considerado como ciencia abstracta, como legislación vigente; considerado como razón escrita, que no aplicamos en todas sus partes, como razón escrita que no está, sin embargo, de acuerdo en todo con nuestro código civil, es una anomalía, un anacronismo completo.

Antes de concluir, señores, me veo obligado á hacer una salvedad: respeto profundamente á la Escuela de Jurisprudencia; en ella nací á la vida intelectual, es mi *alma mater*; pero no por eso puedo desconocer la verdad, no por eso puedo desconocer que se muestran en los horizontes de la ciencia verdades y necesidades nuevas con que es preciso que la Escuela de Jurisprudencia cuente, si quiere tener una vida robusta y larga.

(Aplausos.)

Los profesores que ahí enseñan el derecho son eminencias en el conocimiento de este ramo; alguno de ellos, romanista consumado, podría dar la cátedra de la historia del derecho con la misma autoridad que Mommsen la ha dado en Berlín. Tan eminente, tan ilustrado, tan inteligente así lo considero. Lo mismo opino de varios de los actuales profesores de la Escuela de Jurisprudencia.

Pero el apego á las tradiciones, la necesidad de cumplir con la ley, la dificultad de desprenderse de antiguas preocupaciones que hacen que se crea preciso, absolutamente preciso el estudio, como legislación actual, de un derecho cuya savia vital ha pasado ya á las legislaciones modernas, porque todo lo que en el derecho romano era viable,—es preciso tenerlo en cuenta,—está en nuestra legislación, ha pasado á ella y con ella vivimos: de manera que no queda ahí sino la fuente con su valor histórico; y sin embargo, tenemos la preocupación de que es preciso conocer esta fuente, estudiarla como si fuera vigente, como si se hubiese formado de golpe y por el hecho de una voluntad sola y no al través de complicadísimas peripecias históricas, que lo explican y lo justifican y este es el gran obstáculo que se suele presentar para que los programas preparatorios puedan realizar su carácter de estudios generales que es el que les asignaba su fundador, el creador de



estos estudios en su pensamiento primero y es el que les asignan de consuno la necesidad y la ciencia. Pero aun manteniendo las cosas en su estado actual, la dificultad, no es una dificultad inmensa; si no es posible la transformación en los estudios jurídicos; si es necesario seguir contando con esta enseñanza tradicional; pues entonces ahí están los cursos voluntarios del latín en la escuela preparatoria: si es preciso hacerlos, que los hagan los alumnos de derecho, si lo creen necesario; si no, ahí están traducidas las obras del derecho romano, ahí están todas vertidas al francés.

¿Pues qué, es como estudio literario, como recomienda el Sr. Pérez Verdía, el estudio de los grandes comentadores del derecho romano?

Ciertamente que algunos de los jurisconsultos del segundo y tercer siglo conservaron hasta cierto punto la majestad y elegancia incomparables de esta lengua aun en la época que ya decaía la literatura romana; pero la verdad es que fueron unos cuantos, y no es como un estudio literario como se pueden recomendar; ahí están para eso los grandes clásicos. Conocer filológicamente, llegar hasta el último rincón del pensamiento de los autores jurídicos latinos, es obra por tal modo difícil, que intentarlo en la enseñanza de la Jurisprudencia romana, en una escuela, es imposible. Ni en una escuela profesional; esta es una enseñanza para jurisconsultos, para filólogos que quieran penetrar los arcanos más recónditos de la ciencia del derecho. Por último, es necesario tener presente un hecho [que no se aprende el latín]

(Aplausos.)

Y no se aprende el latín, no por carecer de buenos profesores y de buenos métodos; no, ciertamente: personas competentes y que seguramente conocen los mejores métodos, tienen á su cargo esta en-

señanza. ¿Por qué no se aprende? Porque no hay una necesidad apremiante en nuestra época que nos obligue á ello; porque se tiene que volver la cara á la corriente de las ideas nuevas, porque es imposible obligar á volver el rostro al pasado, cuando se tiene la convicción de que aquella enseñanza no puede sernos útil en el porvenir. Esta es la verdad, este es el hecho bueno ó censurable, pero inevitable, esta es la atmósfera que se respira; porque se tiene que perder una parte de la enseñanza científica para adquirir esta parte de la enseñanza literaria; y el hecho es, me veo obligado á repetirlo, que el latín no se aprende ya.

Nosotros convenimos en que los pueblos que se han desprendido inmediatamente de la matriz latina, en que los pueblos que tienen por transmisión directa el espíritu latino, sí deben, hasta cierto punto,—como Francia, España, Italia,—mantener la enseñanza obligatoria del latín; pero para los que somos latinos indirectamente, para los que contamos un número de eslabones mayor que los que á ellos encadenan á la civilización latina, para nosotros, este estudio no tiene el mismo valor que puede tener para los pueblos europeos.

Para nosotros esta es una lengua muerta; tenemos que ocuparnos en consideraciones de más importancia actual, y por esto es necesario cortar ya en la enseñanza secundaria, no en la superior, la cadena literaria que nos ancla en lo pasado: así podremos marchar más libre, más desembarazadamente hacia el porvenir.

(Aplausos.)

Pasando á otros puntos, poco puedo agregar á lo que ha dicho mi eminente colega el Sr. Parra respecto á algunas alusiones que ha reforzado con sus concepciones el Sr. Pérez Verdía.

En parte, yo no tengo inconveniente en concederle la razón; la enseñanza de la

historia general, no universal del grupo humano que se ha civilizado—que es el único que puede ser materia de enseñanza en una escuela destinada como á la preparación de la vida general—esta enseñanza preparada ya en la escuela primaria superior, puede hacerse, en mi humilde juicio, en un año en la escuela preparatoria.

Aquí, señores, me veo obligado á dar rendidas gracias al Sr. Cisneros Cámara por el último concepto que de mí se ha formado y que no proviene más que de la tradición doméstica de respeto y cariño que nos liga. Contestándole diré que considerada la historia bajo nuestro punto de vista general, teniendo cuidado de no presentar esta enseñanza como la filosofía de la historia,—porque esta sería materia de un estudio superior,—sí puede hacerse, sí puede darse en el término que le señala el programa de estudios preparatorios; máxime cuando se ha admitido que haya una serie de conferencias de carácter histórico desde el segundo año de estos estudios. Si dichas conferencias sobre las ciencias, las artes, la civilización y la industria, en sus puntos de vista general, se tienen en cuenta, entonces se verá que no es enteramente reducido el tiempo que la comisión asigna para la enseñanza de la historia general, y que sí conseguiremos por esta reducción de tiempo que los profesores no se pierdan en detalles que recargan de una manera innecesaria la memoria de los alumnos.

Respecto de la enseñanza de la historia patria, tiene razón el Sr. Pérez Verdía; es un poco reducido el tiempo que asigna la comisión. Evidentemente su idea es que debe hacerse un curso completo, y como me parece muy justa esta idea, la admito, proponiendo que lo mismo que para la historia general, la enseñanza de la historia americana y patria tenga seis horas semanarias; porque efectivamente, hay una distinción en el programa que

choca desde luego entre el valor que se asigna á la enseñanza de la historia patria y el que se asigna á la enseñanza de la historia general, si se mide por el tiempo. Por esto yo suplico á la comisión que acepte esta modificación.

Es probable, señores, que algunas de mis palabras pudieran ser interpretadas mañana de una manera torcida que dará lugar á acerbos y terribles críticas. No importa. Tras de estar á esto largo tiempo hace acostumbrado, con tal de haber dicho lo que estaba en el fondo de mi corazón y de mi conciencia, espero tranquilamente todo lo que pudiera sobrevenir. Es cuestión que expone á grandes riesgos y terribles sinsabores; pero precisamente nos han llamado aquí á decir franca y lealmente nuestro saber y entender; pues bien, señores, protesto que lo que he dicho está de acuerdo con este deber y que lo he dicho porque así creí ceñirme á lo que manda mi conciencia y á lo que juzgo la verdad.

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra en contra el C. Carrillo.

EL C. CARRILLO.—Señores delegados: Vengo aquí á cumplir un deber que juzgo imprescindible.

Desde el momento en que se puso á discusión el dictamen tan lógico y tan luminoso de la comisión, yo tuve la pena, obedeciendo á mi conciencia, de aparecer disintiendo del unánime acuerdo de este Congreso, y cuando después de ésto se han ido votando sucesivamente todas las resoluciones que contiene el mismo, y cuando con excepción de una sola he dado mi voto negativo, juzgo para mí un deber imprescindible venir, no á combatir, sino á exponer las razones y los motivos que me han obligado á no conformarme con la opinión de esta respetable comisión, disintiendo también de la opi-



nión respetabilísima de este Congreso.

En el curso del debate he visto sucesivamente subir á esta tribuna á presentar, en mi concepto, argumentos formidables en contra del dictamen á diversos oradores.

He visto al respetable Sr. Manterola que ha venido á decirnos que es preciso incluir la higiene entre las materias del programa, que es preciso incluir la economía política, porque así se educa al ciudadano, así como la pedagogía, porque se educa al padre de familia; y la comisión siempre ha respondido á sus argumentos diciendo que sus adversarios tenían completa y perfectísima razón, que ella no podía negar ni la utilidad de la higiene, ni de la pedagogía, ni la de la economía política; pero que se figuran en el pensamiento capital de su dictamen en que se propone un conjunto de materias que juzga educativas, porque el fin de la enseñanza preparatoria es meramente educativa, y las materias que algunos de sus adversarios quieren incluir en el programa, no afectan ese carácter educativo que era el único de esta enseñanza.

Al Sr. Manterola siguió en esta tribuna el Sr. Garay: vino también á hacer observaciones respecto de la higiene, vino á reforzar los argumentos de su señoría, vino á hacer comprender que era indispensable la higiene para todos los hombres. La comisión desde luego se encastilló en su fortaleza, y aun cuando reconoció todas las verdades dichas por el Sr. Garay nos dijo: no es posible admitir esta materia ni incluirla en el programa y no es posible incluirla porque este programa es esencialmente educativo. Es preciso, pues, llegar á abrir esa fortaleza en que la comisión se ha refugiado, es preciso analizar sus fundamentos, es preciso ver si en efecto, la educación preparatoria tiene el carácter educativo y si suponiendo que esa premisa sea cierta, ver si también es cierto que las materias que nos presenta,

son exclusivamente las que pueden educar al espíritu humano.

Voy á reconocer brevemente algunos de los párrafos de la parte expositiva de dicho dictamen. Desde la página 5ª. ya nos dice la comisión: «la enseñanza preparatoria no debe ser tan sólo instructiva sino también y preferentemente educativa, y de que debe ser preparatoria, no sólo para el ejercicio de determinada profesión, sino también y principalmente para preparar al hombre á la vida social superior.»

Parece, por estas palabras, que la comisión asigna dos fines á la enseñanza preparatoria, el uno instructivo y el otro educativo, aunque visto este segundo lado al volver la página se encuentra un concepto un tanto diferente: «En nuestro concepto»—copiando las palabras de la comisión anterior, decía:—«la enseñanza preparatoria no se ha de ver desde el punto de vista puramente instructivo, sino que también se ha de proponer un fin educativo.»

Aquí aparecen de nuevo los dos fines, pero no se habla una sola palabra de la preferencia que debe tener el uno con respecto al otro. Algunos renglones más abajo, cuando se trata de fijar las materias que la instrucción preparatoria debe comprender, nos dice lo siguiente: «para fijar aquellas materias, no sólo se ha de inquirir si favorecen directa ó indirectamente el ejercicio de tal ó cual profesión, sino que antes que nada debe averiguarse si educan la inteligencia ejercitando sistemáticamente ésta ó la otra facultad.»

Aquí de nuevo, si no me equivoco, parece que varía ligeramente el pensamiento de la comisión; aquí ya para saber, para determinar si una materia debe incluirse ó no en el programa no ha de averiguarse si es ó no instructiva, sino si educa ó no determinadas facultades.

Por fin, en la página diez, nos encontramos estas palabras: «Al trocar la en-

señanza elemental su fin instructivo por un fin esencialmente educativo, no ha hecho otra cosa que reconocer y sancionar el derecho del hombre á la acción."

Como se ve, aquí de nuevo, hay otra variación notable: la comisión aquí ya no nos dice que el fin instructivo se ha trocado enteramente en fin educativo, aquí ya no reconoce dos fines, aquí abandona el fin primero y nos dice que el fin ha de ser esencialmente educativo; pero en la página 12, al señalarnos los diversos fines de la enseñanza preparatoria, parece que vuelve á su pensamiento primitivo y nos señala tres. El primero no tiene importancia para mí y por esta razón no le doy lectura; el segundo dice: "suministrarles asimismo los conocimientos generales preparatorios para la vida social superior.

Desenvolver en ellos las aptitudes ó facultades físicas y principalmente las intelectuales y morales, sin lo que es imposible el acertado desempeño de la profesión elegida ni menos aún el de los diversos cargos, actos y funciones de la vida social.

Creo que importa mucho analizar cuál de estos métodos es el verdadero y me parece que importa mucho porque de esta manera se pueden fijar las materias que conviene incluir en el plan de estudios de la Escuela Preparatoria.

En mi concepto, como la comisión lo reconoce; la instrucción preparatoria debe tener dos fines; dos fines que yo no juzgo subordinados de ninguna manera; debe tener un fin educativo, es verdad; pero debe tener también un fin instructivo, debe suministrar aquellos conocimientos que se necesitan, como la comisión reconoce, para la vida social superior.

Por lo tanto, el criterio para juzgar si una materia debe ó no incluirse en el programa, no es simplemente el de averiguar si una materia educa ó no las facultades, sino también el de examinar si esa mate-

ria proporciona ciertos conocimientos que el alumno necesita para la vida social.

Y cuando el Sr. Manterola viene á decirnos que todos los hombres necesitan la higiene, porque da los conocimientos para mantener la vida, no es valedera la objeción que se hace cuando se le dice; esto no se debe incluir, porque no es educativo.—Y no es valedera, porque son dos fines los de la enseñanza preparatoria, porque además de educar tiene otro fin que es el de suministrar los conocimientos que el hombre necesita; sobre todo, cuando se trata de las clases directivas, de las clases dominantes; por eso no es válida tampoco la contestación á las razones que se les hacen valer para adoptar la economía política, nos responden: la economía política no es una materia que eduque.

Es cierto que la economía política prepara la vida del ciudadano, es cierto que suministra al ciudadano conocimientos útiles y por lo mismo debe incluirse en el programa como lo quiere el Sr. Manterola.

La comisión nos ha demostrado que el plan de la Escuela Preparatoria debe ser educativo y nos ha dicho que el ingeniero, el médico, y todo aquel que se dedica á una profesión que no sea simplemente mecánica, necesita del raciocinio de la inducción y de la deducción. Todo esto está perfectamente dicho; pero si todos estos individuos necesitan de estos conocimientos, necesitan además, incuestionablemente de otros y esto es lo que justifica el fin instructivo de la enseñanza.

Creo haber dicho lo bastante respecto de uno de los fundamentos de la comisión y paso ahora á examinar el otro.

Después que ha establecido que la enseñanza debe ser educativa, y rigurosamente educativa, pone un cuadro de ciencias y nos dice: estas ciencias son las únicas que tienen el carácter de educativas, son las únicas con las cuales se puede conseguir ejercitar y disciplinar el espíritu humano.



Con el profundo respeto, señores, que me inspiran el talento, la ciencia y el prestigio unidos, de los miembros de la comisión, creo que debo negar, porque así está en el fondo de mi espíritu, semejante aserción.

No es verdad, que este cuadro de ciencias sea el único que eduque el espíritu humano.

La comisión intentó una demostración, y esta demostración me parece esencial y absolutamente falsa.

He aquí la demostración que la comisión pretende dar: "Es preciso,—nos decía,—que los adolescentes que asisten á la Escuela Preparatoria, no estudien una sola sino varias ciencias, y es preciso, porque cada ciencia tiene su método distinto y su procedimiento diferente; es preciso, porque cada ciencia ejercita sus facultades diversas del espíritu humano?"

Señores, esto no me parece verdadero, esto no es verdadero de ninguna manera; todas las ciencias no pueden menos de ejercitar una sola facultad del alma, todas las ciencias se componen rigurosamente, y la comisión debe reconocerlo, de observaciones, inducciones, deducciones y generalizaciones. Para esta generalización todas las ciencias siguen los mismos métodos y así debe ser, porque la ciencia es un conjunto de verdades que se apoyan en la experiencia, y si todas las verdades se apoyan en la experiencia no pueden menos de ser todas esas verdades, sino generalizaciones, y si el espíritu humano se levanta á estas generalizaciones, no puede levantarse sino por medio de la inducción, y levantadas estas generalizaciones á hechos, no puede descender á estos hechos sino por medio de la deducción. Por consiguiente, todas las ciencias que han de merecer tal nombre, es preciso que todas tengan el mismo método.

Yo siento mucho no tener ni la autoridad ni el prestigio bastante para conven-

cer de esta verdad al auditorio que me escucha. Me será forzoso poner una autoridad eminente y voy á dar lectura á algunos de los párrafos de la obra de Huxley que es precisamente la que tiene los conceptos que acabo de verter. Se trata de una conferencia dada por este autor acerca del valor de las ciencias naturales bajo el punto de vista de la educación.

En ella nos dice las siguientes palabras:

"Ahora bien, se ha hablado mucho de las particularidades de métodos de la ciencia en general, y de los métodos diferentes seguidos en las diferentes ciencias. Las matemáticas, dicen, tienen un método especial, en física se necesita otro es necesario otro más en biología, y así sucesivamente. Por mi parte, dice este hombre eminente en las ciencias naturales, y honra de Inglaterra, confieso que no comprendo nada en este modo de hablar.

"En cuanto me es posible darme cumplida cuenta, la ciencia no es, como algunos parece que la suponen, una modificación de la hechicería adaptada al gusto del siglo diecinueve, y sus progresos no resultan sobre todo de la decadencia de la inquisición.

"La ciencia no es más que el sentido común elevado y organizado."

Algunos renglones más adelante, en la pág. 109, insiste en este pensamiento que le parece capital, y nos dice: "Sin embargo, si no hay diferencia real entre los métodos científicos y los de la vida habitual, parece muy improbable á primera vista que haya diferencias entre los métodos de las diferentes ciencias."

Volviendo todavía algunas páginas, en la 10, nos encontramos estas palabras: "los métodos son idénticos en todas las ciencias, y lo que es verdad en el método fisiológico, lo es también en el método físico ó matemático."

Algunos renglones más abajo nada más insiste de nuevo en esta verdad el eminente autor y nos dice: "Pero es preciso

desde luego distinguir entre lo que constituye la ciencia de una ciencia, y los accidentes que la rodean; y en su esencia, los métodos y los resultados de la fisiología son tan exactos como los de la física ó los de las matemáticas.»

En la página 116 vuelve á repetir esta verdad diciendo: «He ahí, según yo, el argumento negativo relativo á las diferencias de los métodos biológicos comparados con los otros métodos científicos. Estas diferencias no existen realmente. Lo que hace el objeto del estudio en biología, difiere del que se estudia en las otras ciencias, pero los métodos son siempre los mismos.»

He aquí estos métodos:

1º La observación de los hechos; y bajo esta indicación comprendo ese género de observación artificial á que se ha dado el nombre de *experimentación*.

2º El procedimiento que consiste en reunir los hechos similares en paquete marcados con etiquetas y dispuestos á servirnos, que se llaman *comparación y clasificación*. Llámense *proporciones generales* los resultados de este procedimiento, los paquetes marcados con su etiqueta.

3º La deducción que nos hace volver de las proposiciones generales á los hechos, y nos enseña, por decirlo así, á prever, conforme á la etiqueta, lo que se encuentra dentro del paquete.

En fin:

4º La verificación, el procedimiento por cuyo medio se asegura uno que la previsión es conforme con el hecho previsto.

Una ciencia, cualquiera que sea, no puede tener otro método.»

Según estas citas que yo pudiera multiplicar, porque pensando y meditando sobre el dictamen de la comisión, he tenido que consultar cuantos libros he podido encontrar á la mano, pero no me ha sido posible venir con una biblioteca, resulta esta verdad: que en todas las cien-

cias se siguen métodos idénticos, porque todos los métodos se componen de estos tres elementos que tan bien describe Huxley; y siendo esto así, cae por su base el argumento de la comisión y resulta evidente que no sólo este grupo de ciencias que nos ha presentado es el único que puede educar al espíritu humano.

No quiero abusar de vuestra benevolencia citando párrafos del mismo autor en que nos dice terminantemente que en la escuela superior quería que se introdujera una sola rama de las ciencias naturales, porque es imposible que se estudiaran todas las diversas ramas.

Traigo, señores, el trabajo de Ficht, el gran inspector—no el maestro de escuela que siempre es escuchado con desdén—de Ficht el profesor de la Universidad de Cambridge, de Ficht que surca el Atlántico, para venir á reconocer los métodos de los Estados Unidos, del gran Ficht que nos dice lo mismo de las escuelas superiores de aquella República como la de Inglaterra que no es posible que se estudien todas las ciencias naturales, que basta para estudiar bien el espíritu humano, introducir en el curso de estudios preparatorios una ó dos ramas de estas ciencias.

Huxley sostiene en esta obra sobre tribunales, que basta, por ejemplo, tomar la botánica y la biología y que con esto queda perfectamente educado el individuo.

Como se ve, no dió esa clasificación que en mi concepto, salvo el respeto profundísimo que la comisión me merece, me parece absurdo, porque si se coloca un grupo de ciencias que educan el espíritu humano, en cambio se encuentran cuatro, cinco y aun centenares de ciencias que no sirven para nada.

La comisión también insiste en la parte relativa al método. Esta parte se ha combatido también, en mi concepto con argumentos victoriosos, pero nos dice que las ciencias para educar, es preciso que se enseñen con los métodos que la comi-



sión prescribe y que cualquiera inversión de estos métodos basta para que las ciencias pierdan el carácter educativo.

Es sorprendente esta afirmación y lo mismo que la anterior no está probada.

Es verdad, se ha hecho un intento de demostración diciéndonos lo siguiente: en la escuela elemental se enseñan las materias simultáneamente, pero eso es un procedimiento—y esto se dice con gran desdén—depresivo y anárquico; eso,—responde al Sr. Manterola el Presidente de la comisión,—es una aberración.

Señores, vengo á afirmar que esto no es una aberración, que si en la escuela primaria se ha introducido el estudio simultáneo de las ciencias después de muchos esfuerzos, después de combatir multitud de objeciones análogas á las que aquí se han presentado, no es para entretener á los niños, no es para hacer un kaleidoscopio como se nos dice. Este procedimiento no es anárquico, ni depresivo; está fundado en las leyes del espíritu humano, y estas leyes la comisión, en la cual figuran dos pedagogos, debe conocerlas, como lo supongo, perfectamente bien.

Sabido es que actualmente está reconocido como verdad científica lo que se llama en fisiología, localizaciones cerebrales; sabido es que unos órganos del cerebro son los que trabajan en determinados casos y otros los que trabajan en otras ocasiones. No diré que esta doctrina esté dilucidada, no diré que las localizaciones cerebrales se conozcan bien con excepción de algunas como las de la parte en que está localizada la palabra; pero la doctrina en general es cierta y esta es una de las bases por las cuales es necesaria la simultaneidad de los estudios; cuando se estudia una sola ciencia, cuando se concentra la atención durante cinco horas se aprovechan y dos se pierden porque el órgano cerebral se encuentra cansado. Lo mismo sucede en una mano que está cosiendo por espacio de tres horas,

poco á poco va haciendo las puntadas desiguales é imperfectas hasta que concluye por saltar la aguja; y esta cansancio se verifica en todos los órganos del cuerpo humano cuando se les dedican á un trabajo fuerte y superior á la resistencia de ellos. Por esto, cuando el espíritu está trabajando largo tiempo dedicado á una ciencia, llega un momento en que se cansa, en que no puede proseguir su trabajo, en que tiene el libro abierto delante de los ojos y que no aprovecha nada absolutamente.

Entonces viene el kaleidoscopio de la escuela primaria y entonces viene á reposar esta parte del cerebro causado para hacer que funcione otra.

Esto es el fundamento del método simultáneo en la escuela primaria, de la preparatoria y de la profesional. Y la verdad es que el espíritu humano es rigurosamente uno desde que nace hasta que termina, por más que adquiera cierto desarrollo.

Otro de los fundamentos, decía yo, que hace necesario el sistema simultáneo, es que la atención también se cansa; la atención—y esta es una ley psicológica y fisiológica también, no puede sostenerse durante mucho tiempo.

Una de las causas que contribuyen á la educación, es la variación de objeto y por eso en la escuela primaria, en la superior y en la preparatoria, se hace necesario ese movimiento que la comisión llama depresivo y anárquico, esa aberración del Sr. Manterola. Pero y si lo es, es una aberración de Francia que en todas sus escuelas preparatorias desde el primero hasta el último año incluye el estudio de las matemáticas, de las ciencias físicas y naturales, de los idiomas vivos; en fin, para no cansar vuestra atención, desde el primero hasta el último año incluye simultáneamente y de una manera rigurosa todas las asignaturas que se cursan. Y esto que hace Francia lo repite

Bélgica en sus ateneos; divide en dos clases los alumnos, las dos clases cursan todas las materias. Y esto que hace Bélgica lo repite la docta Alemania en los reales gimnasios y en las escuelas reales en donde también se sigue esa aberración, ese procedimiento depresivo y anárquico. Y eso también lo hace Inglaterra, y lo hacen también, atravesando el Atlántico, los Estados Unidos, lo hacen Argentina y también el Chile, lo hacen en Suecia de la misma manera, y esta aberración es la aberración del mundo civilizado en el último tercio del siglo XIX.

(Aplausos.)

La misma comisión debe reconocer esta verdad; ella funda la diferencia de los métodos seguidos en la escuela elemental y en la preparatoria en estas palabras que pueden leerse en su programa: «La educación secundaria difiere y debe diferir de la primaria por dos razones principales: por la naturaleza del sugeto á quien se educa, y por el fin que al educarle se trata de alcanzar; por lo que al sugeto de la educación se refiere, es incontestable que no hay analogía entre el niño que ingresa en la escuela primaria y el adolescente que pasa á la secundaria.»

Precisamente por las razones que la comisión nos ha citado, no debe, no puede diferir la educación secundaria de la primaria elemental, porque la misma naturaleza del niño es la naturaleza del adulto, porque el alma del niño es la misma que la del adulto, porque las facultades que tiene el niño son las mismas que tiene el adolescente, porque las operaciones que hace el primero son las mismas que ejecuta el segundo; porque el fin que se sigue en la escuela primaria es idéntico, absolutamente, al fin que tiene que seguirse en la escuela superior, y porque el fin de la escuela primaria es el fin instructivo y educativo, así como el de las escuelas

superior y preparatoria, según la comisión nos lo acaba de decir.

Por lo tanto, siendo idénticas la naturaleza y el fin de la enseñanza, resulta precisamente que debe seguirse el mismo método en la enseñanza elemental que en la preparatoria. Esta es la verdad.

Terminado, señores, este análisis, no me resta más que recorrer brevemente las materias de este programa, puesto que está demostrado que no son necesarias y que pueden eliminarse muchas de ellas.

Tenemos en primer lugar la aritmética y el álgebra. Lo mismo que el Sr. Cisneros Cámara yo creo que la aritmética puede cursarse y se cursa perfectamente bien, de una manera completa en la escuela primaria elemental y superior. Por tanto creo que es abrumar al alumno añadir materias innecesarias en la escuela preparatoria.

Respecto á los ejercicios de lectura superior, no digo nada, la verdad es que no he entendido perfectamente lo que por *superior* quiere significar la comisión, y espero que alguno de sus miembros tenga la bondad de explicarme este punto.

Respecto del dibujo y del canto, entiendo que el primero debe enseñarse de una manera obligatoria, porque lo reputo utilísimo para el estudio de las ciencias; el dibujo sirve para estudiar mejor la botánica, la zoología y todas las ciencias.

Respecto del canto, juzgo que no debe formar parte de la enseñanza en la escuela preparatoria.

En cuanto á la geometría analítica y el cálculo infinitesimal me parece que pueden suprimirse, no ofrecen utilidad ninguna en la vida, no son necesarios para la vida superior. Varios de los ingenieros que han hablado conmigo, me han dicho que para sus mismos estudios profesionales, los reputan inútiles, que sólo los ingenieros geógrafos y mecánicos tienen ocasión de emplearlos.

Yo no niego que eduquen, pero incues-



tionablemente vale más substituirlos por otras materias que tengan mayor importancia para la práctica de la vida.

Respecto de la gimnasia y los ejercicios militares, entiendo que deberían suprimirse por completo. Yo no sé qué ventajas pueden resultar al alumno de estar haciendo estos ejercicios militares. Yo espero que la comisión también me explique semejante cosa.

Que en la escuela elemental se enseñen ejercicios militares, lo entiendo; pero que á los futuros ingenieros, abogados, médicos, etc., se les obligue á hacer ejercicios de soldados, es cosa que no tiene apoyo ni puede tenerlo nunca.

En cuanto á la gimnasia en los momentos en que se destierra de todas las escuelas, en los momentos en que Francia hace esfuerzos por alejarla de todos sus liceos, en los momentos en que ya se ha demostrado que esos gimnasios y esos movimientos no sirven para nada; cuando se ha demostrado que en Inglaterra, sin ella, se cría una juventud robusta y vigorosa, gracias á sus paseos, gracias á los ejercicios de equitación; precisamente, repito, cuando se destierra de la Francia, es cuando la comisión la viene á introducir.

Pero, señores, es demasiado tarde, estoy abusando de vuestra atención y no quiero ni repetir los argumentos hechos brillantemente por alguno de los miembros de este Congreso, ni insistir más en lo que he dicho desde un principio y que en pocas palabras voy á reasumir.

La comisión nos ha dicho que la enseñanza debe ser educativa é instructiva, pero en general ha dicho que debe ser principalmente educativa y ha rechazado los argumentos de sus adversarios. Me parece que la enseñanza debe ser al mismo tiempo educativa é instructiva.

En segundo lugar, otra de las premisas de la comisión, es que el cuadro de estudios que nos ha presentado, es el único capaz de educar el espíritu humano. Co-

mo se ve por las razones que del tratado de Huxley he citado, esto es enteramente falso.

En tercer lugar nos ha dicho la comisión que el método sucesivo es el mejor y nunca el método simultáneo. Me parece haber demostrado todo lo contrario.

He concluido, señores, y no causo más vuestra atención.

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.—*Luis E. Ruíz*, Secretario.

#### SESION

**Del día 9 de Febrero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. LIC. JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. Representantes, Bas, Bulnes, Cervantes I., Cisneros, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Lombardo, Manterola, Martínez, Domínguez, Parra, Pérez Verdía, Pineda, Carrillo, Rodríguez y Cos Miguel, Ruiz, Schultz, y Directores, A. de Garay y Zayas.

A las seis se pasó lista de representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. SECRETARIO.—Continúa la discusión en lo particular, del dictamen de enseñanza preparatoria.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Relator de la Comisión.

EL C. FLORES M.—Señores representantes:

En la sesión pasada el Sr. Carrillo hizo al dictamen de estudios preparatorios la honra de un ataque á fondo como no había recibido ninguno en las discusiones anteriores.

Yo no discutiré si su señoría aprovechó la mejor oportunidad para lanzar su ataque ó si debió haber preferido como la comisión al menos lo hubiera hecho, el momento en que se discutía en lo general.

Si estuviéramos en un parlamento político, si de lo que se tratara fuera única y exclusivamente de hacer triunfar las opiniones de la comisión, yo discutiría este punto de la oportunidad, podría demostrar victoriosamente que los argumentos del Sr. Carrillo se dirigen á lo ya aprobado por el Congreso, y podría obtener que pasáramos adelante sobre sus argumentos.

Pero no es este un debate político, no tratamos de imponer la opinión de un partido; tratamos sí de llevar á la adquisición de la verdad un contingente de luces y de saber cualquiera que sea el momento en que venga, y debemos aceptar cualquiera que sea su oportunidad dos argumentos con que nos honran los señores delegados.

Comenzaré, señores, por defender á la comisión del cargo de inconsecuencia que se le ha hecho.

No he podido percibir en la lectura de los diversos párrafos que el Sr. Carrillo nos citó, cómo puede ser inconsecuente la comisión consigo misma, cuando eternamente ha estado diciendo que la enseñanza preparatoria debe ser preferentemente educativa sin perjuicio de ser instructiva.

Una proposición contradice á otra, cuando niega la segunda lo que la primera opina. Este es el único caso de contradicción en lógica y nunca la comisión ha negado,—sino por el contrario, ha afirmado que la enseñanza preparatoria debe

ser preferentemente educativa; ni tampoco ha negado nunca, después de haberlo afirmado, que sin perjuicio de dar educación debe preocuparse en dar instrucción; ni tampoco la comisión se contradice cuando después de haber dicho que esta instrucción debe ser la que al preparar para la vida social superior, prepara también para el ejercicio de las demás profesiones.

Afirma que esa preparación debe hacerse por medio de las ciencias abstractas y no por un mecanismo directo usando de las ciencias concretas.—Nada de esto se ha negado y si la comisión insiste en determinados momentos más en el papel educativo de la enseñanza preparatoria, que en su papel instructivo, es porque hace á sus razonamientos, porque hace á sus convicciones; y si á ratos insiste en el papel instructivo, es porque también, hace al caso y á sus razonamientos.

Es una cuestión que tiene dos fases, es un estudio que tiene dos aspectos: no debe ninguno de los dos campeones fijarse en uno solo de ellos, sino ver también el otro. Y eso es lo que hace la comisión, oscilar entre el papel educativo é instructivo de la enseñanza preparatoria, según la oportunidad viene al caso; combatir á los que afirman que la enseñanza preparatoria debe ser instructiva, demostrándoles que debe también ser educativa y cuando encuentra exageración en los que pretenden que ha de ser más educativa de lo que conviene, insistir sobre las ventajas de la instrucción.

Y no hay contradicción, porque repito en buena lógica,—al menos la que yo conozco,—contradecirse es negar lo que ya se había afirmado, y esto no lo ha hecho la comisión.

Una vez desembarazados de este obstáculo, pasemos al debate y tratemos de poner en claro los diversos puntos que á nuestra consideración se ha servido someter el Sr. representante Carrillo.

El Congreso recordará que en su bri-



llante alocución se destacaron tres principios fundamentales, tres grandes premisas, de las que el Sr. Carrillo, infirió toda la serie de sus consecuencias, de las que dedujo todos los defectos de nuestro modo de pensar y de nuestro modo de llevar á la práctica nuestro pensamiento.

Tuvo su señoría tanto acierto en elegir esos tres grandes principios, como el que hubiera podido tener atacando una fortaleza moderna con una catapulta ó el ariete del tiempo de los romanos.

Si hace medio siglo siquiera,—no exijo más,—el Sr. Carrillo se hubiera presentado á esgrimir esas armas en un congreso de la época, hubiera sido llevado en triunfo, porque su elocuencia lo merecía, y no sólo lo hubieran llevado en triunfo, sino que indudablemente se hubieran puesto en práctica los consejos dados por él, tan firmemente así están fundados,—pero á los ojos y á la luz de un criterio deficiente que es ya un cadáver. Analicemos uno á uno estos tres grandes principios, midámoslos, pesémoslos y tratemos de saber qué podemos de ellos aceptar, y qué es lo que decididamente debemos rechazar.

Debo advertir que el Sr. Carrillo debe conocer muy á fondo, las doctrinas que relativamente á la elocuencia parlamentaria predica el elocuentísimo Hamilton y entre las cuales descuella como principal consejo el tratar de torcer los argumentos del adversario y ya que no se tenga razón, imponer á los demás la idea de que se tiene.

Una buena parte del discurso de su señoría, la primera, la consagró á demostrar que el método de educación que proponemos, no es el único que educa.

Nadie había afirmado antes semejante cosa. Se sabía y se sabe que no son las ciencias las que educan, sino los medios de enseñar y de inculcar esas ciencias, que una misma ciencia puede educar ó

no, según la manera con que se presente al espíritu del alumno.

No ha mucho, y con motivo de la discusión, el Sr. Carrillo se reveló profundo pedagogo, conocedor á fondo de las interioridades todas de la pedagogía y se reveló como uno de los campeones de las ideas modernas en la enseñanza. Pues bien, recordaré á su señoría que la fórmula que sintetiza, que simboliza el progreso de la educación, consiste precisamente en demostrar que en el modo de presentar los conocimientos al alumno, está la influencia que ellos puedan tener en el desenvolvimiento de las facultades; que se pueden desenvolver las facultades con las ciencias más humildes, como con las más elevadas; con las prácticas más insignificantes y ridículas, como con los ejercicios más nobles y más elevados, y en suma, que está en el método que se emplee en la enseñanza el que una materia pueda ó no educar.

Si esto es así, cualquier método puede educar, como cualquier tela puede cubrir: todo está en la aplicación y en el uso que se haga de ellos.

La comisión no podía nunca, como no lo hizo, afirmar que el método que propone era el único que podía educar; la comisión sí dijo—si no lo dijo, debió decirlo, y si faltó á ese deber lo digo por ella,—que el método que propone es el que mejor educa.

El Sr. Carrillo decía—y aquí va su gran principio,—que todas las ciencias educan, porque todas tienen el mismo método.

Yo digo al Sr. Carrillo: todas las ciencias educan, pero no admito que todas las ciencias tengan el mismo método.

Yo no me imaginaba cuando en días pasados en esta tribuna emitía al Congreso mis principios sobre el hombre teórico y el hombre práctico, que el Sr. Carrillo había de suministrarme una oportunidad tan brillante para demostrar que en aque-

lla vez tenía yo razón, y que en efecto, graves, gravísimos son los errores que hombres de capacidad singular, como el Sr. Carrillo, puedan cometer cuando se olvidan al estudiar un fenómeno, de que consta de elementos cualitativos y cuantitativos.

En efecto, señores, y hago en esto una concesión al Sr. Carrillo; cualitativamente hablando, todas las ciencias proceden por el mismo método.

Es un hecho que las ciencias matemáticas están basadas en axiomas, y la teoría más válida y más aceptada de estos axiomas, es que son verdades adquiridas por la experiencia y fijadas por atavismo en el espíritu, es decir, que las matemáticas,—ciencia deductiva por excelencia,—comienzan por inducciones, que son hechos de observación y experiencia, ó sea que parten de la observación y la experiencia; primer paso del método tal como el Sr. Carrillo nos lo define tomándolo de Huxley, y que pudiera haber tomado de sí mismo, de su propia observación.

Una vez recogidos estos hechos de observación y de experiencia, nos decía el Sr. Carrillo, se reúnen en un haz convergente y homogéneo, se forman las grandes generalizaciones, los grandes principios. En efecto, se llegan á reunir en un haz todas las experiencias dispersas que constituyen los grandes axiomas de donde la deducción ha de inferir más tarde todas las verdades de la geometría y del cálculo, y por último, una vez establecidas estas verdades generales, por medio de la deducción se descende á hechos, á casos particulares y se logra que la ciencia tenga una aplicación posible á las necesidades humanas.

Esto,—decía el Sr. Carrillo que pasa en las matemáticas, pasa en la cosmografía, en la mecánica, en la física, en la química, en la biología y en la sociología.

Esto, señores, juzgado cualitativamente es incontestable.

Pero en primer lugar, la teoría es deficiente. Para mí la verdad es que los axiomas matemáticos están grabados como en bronce en mi espíritu, que desde que mi razón se abrió á la luz, los comprendí, que cualquier esfuerzo que haga para prescindir de ella, es imposible que no puedo borrarlos de mi espíritu.

Desde el momento en que esto es así, en que yo no he ido á recoger los hechos originales aislados, para mí el axioma es un punto de partida que no tiene ni antecedente ni precedente; para mí ese axioma existe de antemano y entonces las matemáticas se convierten en ciencia deductiva, pura y simplemente deductiva, y faltan al método matemático los otros eslabones de que nos hablaba el Sr. Carrillo.

Filosóficamente hablando, es incuestionable que los axiomas deben tener algún origen.

En la práctica, cuando se trata de estudiar y aplicar las matemáticas, éstas no tienen antecedente inductivo; gracias al Sr. Barrota, las matemáticas tienen un coronamiento inductivo, pero se puede estudiar aritmética, geometría, trigonometría, etc., menos el cálculo infinitesimal, sin esfuerzo inductivo de ninguna naturaleza, sino por pura deducción.

Si esto es así, ¿con qué derecho el Sr. Carrillo, pedagógicamente me dice que las matemáticas educan al igual y de la misma manera que las otras ciencias?

¿Sabeis por qué lo afirma? Porque para él la cuestión de cantidad y proporción entre los elementos del método es cosa de poco más ó menos; porque para él lo mismo es el alcohol que excita, que el cloroformo que deprime; porque él sería capaz de pretender nutrir á un niño con ácido cianídrico por el hecho de que tiene la misma composición cualitativa que la albumina.

En un orden ideal, en la esfera de los grandes y supremos principios, podemos



proclamar la unidad del método, porque precisamente para poder proclamarla hemos prescindido de las diferencias que caracterizan á los métodos en particular; pero no hemos negado que esas diferencias existen, y quien lo niegue comete y hace una afirmación antipráctica.

Volviendo á mi eterno ejemplo,—porque será ejemplo en todos sentidos y en todos los órdenes en ideas,—á la Revolución Francesa, yo señalaré que los errores cometidos por los legisladores en aquella época y las inconsecuencias prácticas en que incurrieron, tienen por origen el haber declarado la unidad humana, prescindiendo de las diferencias que separan á los hombres unos de otros, según su raza y clima, según la alimentación con que se han nutrido, según la religión que han practicado, según el régimen político bajo el cual han sido gobernados; que derivan todos de haber considerado al hombre como único ideal, como el bípedo implume, algo menos que eso, como el animal racional, como unidad social, y de haber inferido de esto el contrato social y la felicidad humana; felicidad que hizo correr rojo de sangre el Sena muchos días.

El Sr. Carrillo, cuya instrucción es incontestable, ha dado muestras de ella; dijo que podría traernos una biblioteca para demostrar con autoridades, y autoridades de alto peso, que la unidad del método existe, que no existen métodos diferentes para las diversas ciencias, y que todas ellas se acomodan á un solo cartabón.

El Sr. Carrillo podría haber traído, no una biblioteca sino todas las bibliotecas de la tierra con la evidencia de que la mayoría de los autores y autoridades que hubiese traído hubieran defendido este absurdo; porque este absurdo no es más que un engendro metafísico que no puede crecer ni desarrollarse sino bajo la bandera de la teología, y teología y metafísica han sido los criterios del pasado

Señores, la metafísica afirma la existencia real, objetiva, externa y tangible de todas las abstracciones de nuestro espíritu, de todas las creaciones de nuestra fantasía, de todos los caprichos de nuestra imaginación. Esta es la diferencia profunda que la separa de la ciencia real y efectiva. Se llega por la comparación de varios seres á una definición del grupo ó del conjunto de ellos, se atribuye á esta definición una existencia real, como objeto y se dice: el animal es el sér dotado de vida, sensibilidad y movimientos. Las demás semejanzas ó diferencias, los abismos que separan á los animales unos de otros y á los grupos que forman han desaparecido, no existen; hemos puesto en el alambique de la metafísica diversos seres y destilado de ellos una especie de amoníaco, una composición informe, cualquiera que sean los elementos de donde haya provenido, y afirmamos que aquel amoníaco es un animal, animal abstracto, ideal, metafísico.

Este grave error que consiste en hacer afirmaciones de existencia real, objetiva y externa de cosas que no existen más que en nuestro espíritu, que existen en él porque hemos querido clasificarlas y guardarlas en él; este error es el mismo que el Sr. Carrillo ha cometido tratándose de la comparación de los métodos científicos.

Cuando los comparamos unos con otros notamos sus semejanzas, separamos por abstracción y prescindimos de sus diferencias; creamos con esto la definición del método, una vez creada la definición lo presentamos como una cosa real y externa, no como una ficción de nuestro espíritu, no como fórmula de nuestro pensamiento, y después decimos por este método han de pasar las inteligencias de todos los hombres.

A tanto equivale esto, como á comparar los diversos medios terapéuticos ó medicamentos para encontrar la base de semejanza que todos ellos tienen entre sí,

á formular la definición de medicamento, y después querer convertir esta definición en píldoras ó cucharadas para curar todas las enfermedades.

Parece increíble, pero es la verdad; los métodos valen no tanto por lo que tienen de parecido, cuanto por lo que tienen de diferente; el valor que tienen ante la filosofía y la abstracción, no es el mismo que tienen ante la realidad y la práctica.

En consecuencia, señores, si la filosofía tiene todo derecho para dar la definición de método, para extraer la quinta esencia de esa definición; el pedagogo no tiene este derecho; para él esa unidad se rompe y se quebranta; el pedagogo aprovecha las diferencias y la pluralidad de los métodos, y las emplea en el desenvolvimiento de tal ó cual facultad.

El punto de vista filosófico no es el mismo punto de vista pedagógico, por más que en cierto modo pueda inferirse el uno del otro; los procedimientos de la escuela, no derivan de la alta metafísica; porque en realidad nada deriva de ella.

Pues á esta afirmación que he tratado de combatir lo mejor posible, no ya bajo el punto de vista abstracto superior, sino bajo el punto de vista concreto y de aplicación; á esta afirmación del Sr. Carrillo, que me produce la misma impresión que produciría á cualquiera el oír decir que pues todas las armas tienen un punto común de semejanza y hay algo que las define y caracteriza á todas, es indiferente, en consecuencia, usar cualquiera de ellas para atacar ó defenderse; á esta afirmación tan estupenda y tan asombrosa, se agrega otra de la misma índole; la de que no existen diferencias entre las inteligencias de los hombres según su edad.

¿Por qué no agregó su señoría, que tampoco existen, según las razas, según las latitudes; por qué no dijo,—¿qué trabajo le costaba?— que debíamos, como tiranos, pasar sobre ella un mismo rasero,

haciéndola iguales en todos los hombres, iguales por enanos.

(Aplausos.)

Señores, tengo la evidencia completa de que el Sr. Carrillo no consulta nunca con sus hijos ninguno de sus asuntos, ni como hombre ni como ciudadano, ni como padre de familia; tengo la evidencia de que no los llama el día de las elecciones populares y les dice: aconséjenme ustedes cuál es el candidato que debo votar para el municipio de mi pueblo.

Tengo la convicción de que el Sr. Carrillo, por el contrario, les impone sus ideas, ejerce sobre ellos su autoridad, pero nunca los nivela consigo mismo. Sin embargo, el Sr. Carrillo no podría decirme que con sus hijos no haría esto, porque carecen de instrucción; no podría decírmelo, porque él sabe que no depende de esto, sino de la educación que es el desenvolvimiento de las facultades.

El Sr. Carrillo ha afirmado que el espíritu humano es uno, que es el mismo en el niño que en el hombre, para combatir nuestro principio de que la educación del niño debe hacerse por principios diferentes que la educación del hombre. He procurado no calumniar á su señoría. Menos resiste el análisis esta segunda aseveración que la primera, ¿por qué? porque lo contrario es un hecho de toda evidencia, y si no un poco de análisis nos lo va á demostrar desde luego. Yo no sé qué cosa es el espíritu humano. ¡Ojalá lo supiera! Entiendo que el Sr. Carrillo también lo ignora; por mi parte no conozco del espíritu humano más que sus manifestaciones; conozco solamente lo que se manifiesta en mí mismo, por los fenómenos de la conciencia propia y por lo que se manifiesta por los fenómenos exteriores á que dan lugar las funciones internas en los demás hombres que me rodean, y yo encuentro desde luego esta profunda y radical diferencia: el espíritu del niño es.



tá, comparado con el del hombre, en estado de mutilación, le falta la facultad de abstracción.

El Sr. Carrillo parece creer que si á un compuesto se le quita alguno de sus componentes el resultado sigue siendo el mismo.

Yo afirmo que en cualidad y en cantidad falta al niño la facultad de abstracción; así es que en cualidad y en cantidad se distingue el niño del hombre, hay una facultad menos y ¡qué facultad, señor! la facultad que esencialmente nos distingue de los animales; la facultad que distingue al hombre superior de los inferiores, al sabio del ignorante; la facultad, en suma, que da al hombre su grande superioridad, la que ha creado las artes y las ciencias. Y cuando á un sér le falta esta facultad eminente, ¿se puede afirmar que esta inteligencia mutilada sea igual á las otras?

El Sr. Carrillo tal vez no quiso decir eso, pero en este supuesto, las conclusiones que dedujo no están justificadas.

Si la inteligencia del hombre no es la misma en todos los estados de la vida, ni es la misma en todas las razas y latitudes, se infiere rectamente que la educación del hombre no debe ser idéntica ni para todas las edades, ni para todas las latitudes, ni para todas las razas; se infiere rectamente que debemos adecuar á cada edad, á cada raza y á cada latitud el género de educación que la experiencia y el estudio nos indiquen que conviene á aquella edad, á aquella raza, y á aquella latitud.

El Sr. Carrillo sabe muy bien,—para salir de este orden abstracto de examen de facultades, y no juzgar al espíritu sino por sus manifestaciones externas,—que entre el niño y el anciano media una sucesión de estados intelectuales y morales; que con la ligereza, volubilidad é insubstancialidad del primero, contrastan la atención, el seso y la perseverancia del

último; que al niño no le guste perseverar en nada, que un cauasto de juguetes es poco para él

El Sr. Carrillo sabe muy bien que en la edad madura somos capaces de permanecer impávidos horas y horas entregados al mismo trabajo,—y no digamos horas, sino días, años de la vida; que para un hombre educado convenientemente, años de atención no lo fatigan, y para un niño, horas de trabajo lo aniquilan.

El Sr. Carrillo, en una tirada de oratoria maravillosa, quiso poner en ridículo á la comisión diciendo que iba contra el espíritu de la época al querer implantar un sistema de educación que no existía en parte alguna, añadía que el sistema simultáneo en la educación primaria y secundaria se practicaba en Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, etc, que si esta era una aberración, era la aberración del siglo XIX.

Señores, lo que es verdaderamente una aberración es discurrir de esa manera. En la Inglaterra, la Bélgica y la Alemania un poco más que en la Inglaterra, beben y han bebido los hombres desde el primero que existió, á juzgar por la tradición y según toda probabilidad, beberán hasta el último de ellos. Esta no es una razón, señores, para llamar á las sociedades de temperancia sociedades de aberración; están en su derecho y pueden y deben exigir al hombre que se modere, que practique la temperancia.

En trescientos años el tabaco ha invadido todo el mundo civilizado; hoy todos traemos en la bolsa, una petaca de cigarrillos, se fuman puros, se masca tabaco y creo que hasta en inyecciones hipodérmicas se aplica la nicotina. Y cuando viene un médico y dice en virtud de su estudio y su experiencia; te estás envenenando, estás endureciendo tus arterias, te provocas una excitación artificial, agradable momentáneamente y que te permite un poco más de trabajo, pero que en su-

ma le está abreviando la vida.—Entonces el Sr. Carrillo se pararía á contestarle:— Señor mío, todo el mundo fuma; si esta es una aberración es la aberración del siglo XIX.

Y es que el Sr. Carrillo, consecuente con sus propios principios, quiere aplicar á las ciencias biológica y sociológica ese método único de que nos hablaba en la sesión pasada; quiere aplicar el método de concordancia puro—que así se le designa en lógica,—á las altas cuestiones sociales.

El Sr. Carrillo tiene la seguridad de equivocarse novecientas noventa y nueve veces sobre mil, cuando raciocina de esa manera.

La comisión, aun cuando esto no fuera más que un juego de lotería, tendría para su dictamen novecientas noventa y nueve probabilidades de haber acertado.

Señores, todas las investigaciones científicas, y todas las aplicaciones prácticas convergen á la modificación de lo que existe: el progreso no es más que una constante modificación de todo lo que nos rodea en el sentido del bien.

Vemos, pues, que partiendo de dos premisas radicalmente falsas, el Sr. Carrillo llega á una conclusión radicalmente falsa.

Ni existe la unidad del método como él supone, ni aun cuando existiese en el orden puramente ideal, se debe proceder á implantarla en el orden real; ni tampoco existe la unidad del espíritu humano, y en consecuencia no debemos aplicar un método uniforme á la enseñanza y á la educación en los primeros y últimos años de la vida.

Señores: He fatigado bastante la atención de la Asamblea.

Créalo el Sr. Carrillo, la comisión le contesta por mi desautorizada voz, porque su discurso merecía ser contestado. Sólo con su gran talento, sólo con su insinuante y erudita elocuencia, pudo el Sr. Carrillo decir esas cosas, sin que se hun-

diera este edificio sobre nuestras cabezas.

Pero ya que se ha hablado señores, de proselitismo, la comisión protesta sinceramente que no ha hecho proselitismo en su dictamen, ni podía hacerlo. Somos diez miembros de la comisión, la mayoría de ella es hostil al proselitismo, la mayoría de ella no profesa las doctrinas que se le atribuyen.

Si ha habido la coincidencia—como no puede menos de haberla en multitud de casos—de que doctrinas contradictorias encuentren un lazo de unión, predicar la doctrina común, no es hacer proselitismo ni del lado de la mayoría, ni del lado de la minoría; hemos apoyado nuestros principios en las ciencias, no en la autoridad de un apóstol, ni en la predicación de un sectario. Pero en todo caso, señores miembros del Congreso, si la comisión ha hecho proselitismo, lo ha hecho en el sentido del progreso, secundadla, señores, porque ella nunca ha pensado ni ha hecho proselitismo, nunca ha querido llenaros de vergüenza y de oprobio pidiéndoos la aprobación de un dictamen de esta naturaleza, ni mucho menos ha querido hacer retrogradar un solo paso á la instrucción pública nacional.

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Señores representantes:

Debo comenzar por manifestar que no estoy de acuerdo con alguna de las doctrinas expuestas aquí por el respetable Sr. Carrillo y por este motivo me permití circular entre los señores representantes una pequeña hoja que contiene el programa de estudios preparatorios, como yo lo concibo, suplicando á los señores representantes tengan la bondad de atender á mis palabras, siguiendo el hilo de mi discurso, sin extraviarse ni confundir-



se tal vez por la falta de elocución y por la dificultad en expresar mis ideas.

El programa llena, además, un objeto que no había podido presentar en tiempo oportuno, porque no lo había creído necesario en el voto particular del que habla; porque en realidad en todos los puntos que comprende el dictamen de la comisión ha estado de acuerdo el subscrito, con excepción del programa que se discute en estos momentos.

Por otra parte, verán los señores representantes que figen su atención en el programa, que forma un todo homogéneo, que conserva la unidad indispensable de todo programa, y en consecuencia realiza las ideas el desideratum del que habla y que tuve el honor de exponer al discutirse el dictamen en lo general.

El Sr. Dr. Flores, con la lealtad que le distingue y que entre otras muchas de sus excelentes cualidades, lo hace tan simpático entre nosotros, ha dicho más de una vez en lo particular y en el seno de este Congreso, que él siempre toma los argumentos de sus contrarios desde el punto de vista en que ellos se colocan. Yo que me precio de tener lealtad quiero seguirlo en este camino, y precisamente fijándome en el modo de ver de la comisión y en todas sus ideas fundamentales, es como me he permitido combatir el dictamen en lo general.

Precisamente las palabras que el Sr. Flores ha pronunciado hace un momento en la tribuna, serán la defensa de mis ideas.

La diversidad de métodos que reconozco con él exigen en muchos puntos de vista la conveniencia de fijarlos en distinta forma, según las circunstancias en que se encuentre el alumno. Este es también mi punto de vista, y, en suma, me coloco exactamente en el punto donde la mayoría de la comisión se ha colocado en su dictamen.

Al comenzar á insistir sobre un punto

que aparentemente está ya resuelto no atañe, no toca, en realidad, de una manera definitiva la cuestión de programa de que me voy á ocupar, porque se refiere á una de las resoluciones que dice:

«La enseñanza preparatoria debe comenzar por las matemáticas.»

Este es un punto ya resuelto; no lo voté, es verdad, pero ahora reflexiono que pude haberlo votado sin inconveniente ninguno, y pude votarlo con conciencia y venir á sostenerlo, como tuve la honra de hacerlo en alguna otra ocasión, porque nada más en apariencia se halla esta parte en desacuerdo con mi modo de ver.

La comisión nos ha dicho que la enseñanza preparatoria debe comenzar por las matemáticas, y en efecto, en su programa la primera materia que aparece en el primer año de estudio es el de las matemáticas; y cuando dice que dichos estudios deben concluir por el de la lógica, también está claro que este estudio debe hacerse al fin de todas las matemáticas que debe aprender el alumno.

Así debe entenderse; pero la comisión, sin embargo, no lo entiende así; porque el estudio de las matemáticas lo mezcla con otros conocimientos que cree necesarios dar y el de la lógica también lo mezcla con el de la biología y con el de la psicología sin aceptar lo que ordena la jerarquización de las ciencias.

Augusto Comte y otros respetables autores han admitido la psicología y han admitido la lógica que viene como síntesis, como una especie de resumen concreto de lo que las ciencias en el orden abstracto han venido enseñando con el curso sucesivo de los estudios preparatorios.

Así, pues, tanto la lógica como la biología y la sociología son ciencias superiores fundamentales y las tres las encierra en el último año la comisión, demostrándonos con esto que su espíritu ha sido tan sólo el de que no se coloque la lógica en

el intermedio ó que no se coloquen las matemáticas al fin de los estudios.

En consecuencia creo tener derecho, y pleno derecho, para venir á insistir ligeramente sobre esto, porque no quiero cansar la atención del Congreso.

La cuestión es la siguiente: si se debe educar pura y sencillamente en la forma deductiva el espíritu del alumno durante tres años, para venir después á educar sus facultades inductivas.

Si pues la comisión tiene por objeto educar al futuro investigador de tal manera que al ampliar la esfera de sus conocimientos pueda hacer de ellos las aplicaciones convenientes, yo creo que debía haber procurado el educar armónicamente las dos órdenes de facultades que pueden llamarse fundamentales en la educación científica: deducción é inducción.

Pero ¿lo ha hecho así?

Evidentemente no, supuesto que durante tres años, quiere que sencillamente se cultiven las facultades deductivas, para continuar después educando las inductivas.

Al discutirse en lo general el dictamen que hoy se debate, el Sr. Flores habló por última vez y el que habla, no pudiendo replicar sino rectificando ligeramente un hecho, no pudo tener el honor de rectificar uno de los argumentos que parecían más formidables: se decía que el que en estos momentos tiene la honra de dirigirse al Congreso, pretendía descuidar el elemento cantidad, y nada más atendía al elemento cualidad en la enseñanza preparatoria.

Está tan lejos de ser esto cierto que precisamente por el contrario, ha querido el que habla que marchen de consuno los dos órdenes de tendencias por los resultados que deben venir á constituir el elemento cantidad y el elemento cualidad.

Los señores de la comisión son tal vez los que primero quieren que haya exclusivamente cantidad para después darle

cualidad. En consecuencia, hacen todavía más abstractas las matemáticas de lo que lo son por su propia naturaleza, y de todo esto tiene que resultar un desequilibrio en la armonía de la enseñanza científica, y un perjuicio á los mismos intereses que deberían dominar en este dictamen. Colóquense los señores de la comisión bajo el punto de vista de la escuela de Spencer ó de las diversas escuelas filosóficas á que pertenecen, y estoy seguro que todos convendrán, y con justicia, en que se debe acostumbrar al niño á observar los fenómenos y á no sacar consecuencias *a priori* ó de principios que se forgen más ó menos quiméricamente, porque esto es desviarlos del verdadero camino científico que la misma comisión ha querido seguir.

Es, pues, en el terreno plenamente bien sentado de la mayoría de la comisión en donde yo me permito fundarlo.

El elemento cantidad y el elemento cualidad intervienen en todo fenómeno, y aquí podría venir una objeción bastante grave para mi programa,—¿cómo se pretende que desde el primer año empiecen los estudios físicos, cuando en éstos inmediatamente se tropieza con el elemento cantidad?

No es difícil la respuesta—si de la parte que se refiere á la física se toman las cuestiones experimentales, se separa el elemento del cálculo más ó menos superior, para dejarlo como aplicación de las matemáticas, y quedarán sin embargo como elementos muy suficientes para el alumno aquellos en que interviene el elemento cantidad.

Determinadas todas las leyes de este orden podrán ser más comprensibles para los alumnos, porque durante seis años han cursado aritmética y hasta en la escuela primaria superior la han cursado con cierta amplitud y se han acostumbrado á considerar las cuestiones de forma y de número. En consecuencia, son com-



preñibles para ellos cualquiera de las leyes que no toquen muy directamente la cuestión del cálculo superior.

Yo no he descuidado ni he podido descuidar el elemento cantidad en cuestiones tan importantes; lo que he querido son dos cosas: primero, educar las facultades del alumno para que en el curso de sus estudios esté siempre apto para la inducción y deducción; segundo, no abrumarlo con la aridez de una ciencia como las matemáticas, y tercero buscar algo más útil para la vida, proporcionando conocimientos realmente prácticos que sirvan para cualquier evento que siempre debe tenerse en consideración, y que puede no sólo ser motivado, no por un exceso de pereza, sino por cuestión de desgracia, ó quizá quizá también por falta de vocación para que en los estudios superiores no se pueda abarcar conocimientos de cierta extensión; y es muy conveniente tener en cuenta esto y la posibilidad de que se suspenda el curso de los estudios, para dejarles como elemento de vida, ciertos conocimientos realmente prácticos.

El Sr. Parra contestando este argumento, decía que el francés y el español y algunas otras de las materias que están en los dos ó tres primeros años, aun aprendidos perfectamente no podría, como está probado, ser suficientes para dedicarse al profesorado, y la idea que yo persigo es la de formar hombres no tanto teóricos cuanto prácticos.

Pasando á otro punto diré que si no existen las ciencias concretas, pregunto, ¿cómo se van á estudiar las abstracciones de la biología? ¿Será posible comprender los fenómenos biológicos sin estudiar seres concretos? ¿Vamos á estudiar las leyes de la biología si no sabemos casos particulares?

Yo creo que no; entiendo, pues, que es indispensable un curso, por elemental que sea, de geología y de botánica para que pueda comprenderse la biología, y entien-

do que es más útil bajo otro punto de vista más importante, bajo el punto de vista educativo y científico.

Precisamente para esas ciencias que el Sr. Parra nos citaba como tipos, precisamente porque en ellas es donde podrá el alumno adquirir el desarrollo de estas facultades, son para las que yo quisiera que se fijara la comisión, que se hubiera fijado al formar su programa, porque por una parte se nos dice, y con mucha razón, que es necesario ser prácticos y por otra se sostiene que la enseñanza de la escuela preparatoria debe ser hasta cierto punto teórica, en lo que yo no estoy conforme. En cuanto á los idiomas yo creo que sí es muy importante tener conocimientos de las raíces latinas para que puedan darse cuenta del idioma propio, y en este sentido no sólo aplaudo á la comisión que las colocó juntamente con las griegas sino que me he permitido aumentar el número de horas en mi programa, para la enseñanza de estas materias; pero yo creo que después de llenado este objeto para el caso de determinada carrera puramente literaria, el latín no puede ya tener lugar entre nosotros, como un idioma, para que se le consagre una atención sostenida.

Por esto me he permitido, como ya expresé, en el programa que he sometido á vuestra consideración, modificar el orden de los idiomas. Y, sin embargo, para no chocar con algunas observaciones que se nos pudieran hacer, por otra parte, por convicción íntima, he reunido en el primero y segundo años los dos cursos, de francés y español; porque si hay alguna manera real y positiva de aprender algún idioma, es comparándolo con otro y esta convicción la he adquirido en experiencia propia como alumno y como profesor.

Voy á permitirme dar lectura al proyecto de programa, explicando algunos de sus puntos:

## PRIMER AÑO.

Aritmética .....	4	horas.
Ejercicios prácticos .....	2	"
Física experimental y Meteorología .....	4	"
Ejercicios prácticos .....	2	"
Canto .....	1½	"
Primer curso de español ....	3	"
Ejercicios de lectura superior .....	1½	"
Primer curso de francés ....	3	"
Dibujo .....	3	"
Ejercicios gimnásticos .....	3	"
Conferencias sobre Moral é Instrucción cívica .....	3	"
	30	horas.

Comenzaré por hablar sobre el aumento de tiempo.

La comisión señala para los tres primeros años, me parece que 24 horas, es decir, cuatro horas diarias y yo señalo cinco.

Este aumento que parece considerable, no lo es si se tiene en cuenta que en la mayor parte de los establecimientos superiores se estudia hasta seis horas sin que se haya considerado este tiempo como un recargo intelectual.

En el reparto de las matemáticas colo en primer término la aritmética.

La aritmética que se va á enseñar en la forma matemática, es de una índole muy diversa á la que se ha enseñado en la escuela superior; en consecuencia, pongo á la aritmética y la física experimental reunidas con la meteorología.

Pongo ejercicios prácticos para todos los cursos, porque el gran objeto de la enseñanza es no hacer hombres puramente teóricos, sino poner constantemente en vigor sus facultades para aplicar aquellos conocimientos que vayan adquiriendo.

El primer curso de español lo reuno

con los ejercicios de lectura superior, dándose las clases á razón de hora y media cada tercer día.

Si se trata de enseñar el canto me parece de necesidad tres horas por semana, y creo que debe reducirse á menos tiempo esta clase, atendiendo que no se desea sino de nada más de continuar los ejercicios físicos.

Me he permitido cambiar los ejercicios gimnásticos en substitución de los militares que constan en el programa, porque me parecen más apropiados á la primera edad que los militares, porque en los primeros años serían más complicados los ejercicios militares que los gimnásticos, y por lo mismo quedarían mejor los primeros para el tercero y cuarto años.

He suprimido las conferencias sobre higiene, porque hago de esta materia objeto de una asignatura especial en el quinto año.

En el segundo año sigo un orden análogo al anterior y por esto he puesto así:

## SEGUNDO AÑO.

Algebra .....	4	horas.
Ejercicios prácticos .....	2	"
Química experimental .....	4	"
Ejercicios prácticos .....	2	"
Canto .....	1½	"
2º curso español .....	3	"
Ejercicios de declamación .....	1½	"
Segundo curso de francés .....	3	"
Dibujo .....	3	"
Ejercicios gimnásticos .....	3	"
Conferencias iconográficas sobre viajes, inventos y descubrimientos útiles .....	3	"
	30	horas.

En el tercer año, cuando ya el alumno está más desarrollado, más apto para nuevas abstracciones, creo que debe entrar la geometría plana y en el espacio, la tri-



gonometría rectilínea y los elementos de biología general, porque he querido seguir el orden lógico en la gerarquización de estas ciencias; de modo que venga la química después de la física y la biología después de esas ciencias. Así es que el programa para este año es como sigue:

## TERCER AÑO.

Geometría plana y en el espacio y Trigonometría rectilínea.....	4	horas.
Ejercicios prácticos.....	2	"
Elementos de Biología general.....	4	"
Ejercicios prácticos.....	2	"
Canto.....	1½	"
Raíces griegas y latinas.....	4½	"
Tercer curso de francés.....	3	"
Dibujo.....	3	"
Ejercicios militares.....	3	"
Conferencias sobre historia de la civilización.....	3	"
	30	horas.

## CUARTO AÑO

Geometría analítica de dos dimensiones y nociones de cálculo infinitesimal.....	4	horas.
Ejercicios.....	2	"
Elementos de Mineralogía, Zoología, Botánica y Geología.....	4	"
Ejercicios de clasificación.....	2	"
Canto.....	1½	"
Tercer curso español.....	3	"
Ejercicios de composición escrita y oral.....	4½	"
Primer curso de inglés.....	3	"
Dibujo.....	3	"
Ejercicios militares.....	3	"
Conferencias sobre la historia de ciencias y artes.....	3	"
	33	horas.

La comisión coloca al lado de la geometría general las nociones de biología, y en este particular no estoy de acuerdo con la comisión porque es perturbar el orden general de las materias.

En cuanto al tercer curso de español, me parece que después de recorridos dos cursos está el alumno en disposición de formar pequeñas composiciones. No se trata de composiciones literarias, porque entonces éstas estarían en su lugar cuando se enseñe literatura; se trata de la aplicación del lenguaje en una forma más elevada; se trata de que el alumno sea capaz de escribir y hablar; cosa que nos interesa á todos y que es uno de los objetos de la preparación completa del hombre en este programa. Al fin pongo *conferencia sobre la historia de las ciencias y de las artes* reuniendo lo que la comisión ha puesto con el nombre de *conferencias sobre sociología*; porque es mi ideal que esta ciencia llegue á constituirse.

El quinto año dico:

## QUINTO AÑO.

Primer curso de aplicaciones de la matemática á las ciencias físicas.....	6	horas.
Elementos de mecánica y cosmografía.....	3	"
Idem de higiene pública y privada.....	3	"
2º curso de inglés.....	3	"
Geografía general y patria... ..	3	"
Literatura general y preceptiva.....	3	"
Historia general.....	6	"
Manejo de armas.....	3	"
Conferencias sobre sociología	3	"
	33	horas

Aquí viene á salvarse el inconveniente que se me oponía, sobre que descuidaba el elemento matemático en las ciencias fí-

sicas; porque propongo un primer curso de aplicaciones de la matemática á las ciencias físicas.

Aquí entran también algunas otras materias que tanto he defendido en la tribuna, como por ejemplo, la higiene que con tan buenas razones defendió el Sr. Garay.

La higiene no debe ser ciencia propia del médico, sino que de materia tan importante debe tener conocimiento todo el mundo.

En consecuencia, si fuera posible establecer alguna diferencia diría yo que el médico, como médico, no tendría tanta necesidad de saber la higiene como el individuo.

Pero, en fin, para que no se diga que sostengo paradojas, la cuestión es ésta: si el arte de la higiene debe estudiarse con mayor extensión en la Escuela de Medicina, éste no es un motivo para que no se estudie en la Preparatoria.

Perdóneseme que insista sobre este particular, adhiriéndome á la opinión de Spencer sobre el orden en que deben darse estos conocimientos que son en primer lugar, los que concurren á la conservación de nuestra vida (y señala la higiene como el primero de estos conocimientos); en segundo lugar, los que indirectamente favorecen á la conservación de la vida; en tercero, los que se refieren á la educación de los hijos; cuarto, lo que se refiere al hombre como ciudadano y quinto, lo que se considera como adorno.

Otro de los estudios muy importantes para la vida del hombre, lo ha descuidado la comisión y es el relativo á la economía política. Este ramo que la comisión pudiera considerarlo útil, no es sino indispensable, porque sin dicho estudio, jamás podrán conocerse los grandes factores que intervienen en la riqueza pública.

Precisamente por el desconocimiento de todas las leyes económicas, es por lo que marchan tan mal algunas sociedades.

Si, pues, debemos favorecer el segundo

de los objetos que señala Spencer, debe entrar la economía política, porque ella favorece indirectamente en alto grado el desarrollo de los medios de subsistencia. Y aquí hago notar que la economía política se liga también con el cuarto punto de los que señala Spencer, porque ella forma al ciudadano y lo emancipa. En consecuencia, esta ciencia debería considerarse como estrictamente necesaria, como indispensable, lo mismo que la higiene, lo mismo que la pedagogía.

El sexto año comprende:

#### SEXTO AÑO.

2º curso de aplicaciones de la matemática á las ciencias físicas.....	6	horas.
Psicología, lógica y moral....	3	„
Tercer curso de inglés.....	3	„
Elementos de economía política .....	3	„
Elementos de educación....	3	„
Historia de América y patria..	3	„
Literatura española, americana y patria .....	3	„
Gramática comparada.....	3	„
Manejo de armas.....	3	„
Conferencias sobre Sociología.....	3	„
	36	horas.

Este es el máximun de tiempo que se asigna á los cursos.

La observación que debería hacer aquí, no se refiere ya á la economía política, sino á la literatura española.

La comisión pasa de la literatura española á la patria; pero hay una literatura más importante que día á día va tomando incremento que empieza á ser conocida entre nosotros y que tiene mucha importancia: la literatura hispano-americana.

En consecuencia, al lado de la literatu



ra española debe venir un curso de literatura hispano-americana.

El estudio de la gramática comparada también lo juzgo importante.

Los filólogos entre nosotros se limitan á personas determinadas que por completo cultivan estos conocimientos.

No creo que sea un adorno; es el complemento del estudio de los idiomas, como la lógica lo es de los estudios científicos.

Así, pues, siendo el coronamiento de la materia lingüística, la coloco en el sexto año, que me parece ser su lugar natural, después de haberse estudiado tres años el español, el francés y el inglés.

La importancia que esta última lengua va teniendo entre nosotros, me hace señalar á esta materia el mismo tiempo que señalo para el francés.

Respecto de que el francés comience en el primer año, á la vez que se estudia la física, podría tener una observación relativa á los textos; pero me parece que esto tiene poca importancia, y por lo mismo no la haré presente, tanto porque sería ofender la ilustración de esta respetable asamblea, como abusar de su atención que ya le he fatigado demasiado.

Estas son las razones en que fundo mi programa que por hoy se cree impracticable, que parece absurdo, así como pareció excesivamente absurdo el positivismo cuando venía á destronar á la metafísica.

En consecuencia, no es probable que hoy se abra paso estas doctrinas entre nosotros; pero abrigo la íntima convicción de ello, y de que mi buena fe me sirva de medio para alcanzar la indulgencia de mi auditorio.

(Aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cisneros Cámara.

EL C. CISNEROS CÁMARA.—Señores delegados:

Cuando en la antepenúltima sesión me permití ocupar esta tribuna, no tanto para impugnar el programa que se discute, cuanto para fundar mi voto en contra, no tenía la intención ni ahora la tengo, de entablar polémica con los distinguidos miembros de las comisiones unidas, y mucho menos con su dignísimo Presidente. Esta polémica es imposible, la lucha sería enteramente desigual: del lado del Sr. Parra están el talento, la ilustración y la merecida simpatía y aprecio que á todos inspira. Es el maestro, yo soy el discípulo. Desu lado debe hallarse también la verdad, que á él se presenta clara y radiante como la luz meridiana, mientras que apenas alcanzo á entreverla á través de las densas nubes del error.

Mas como el Sr. Parra al contestarme —lo declaro sinceramente— me convenció en un punto, debo decir con toda lealtad cuál es; cómo se ocupó más en impugnar el programa que formulé que en defender el que se discute; cómo incurriera en algunas equivocaciones, y cómo, por último, pasaron para él inadvertidos algunos de mis principales argumentos, heme aquí, señores delegados, dispuesto, no á medir mis débiles fuerzas con las poderosas de las comisiones unidas, sino á insistir en la inquisición de la verdad y dispuesto también á rendir pleito homenaje á la ilustración—que nadie puede desconocer—de los autores del dictamen.

Comienzo confesando que el Sr Dr. Parra ha logrado convencerme en la cuestión de los elementos de Astronomía matemática que incluyo en mi programa. En efecto, estos elementos serían tan reducidos en la Escuela Preparatoria, es tan corto el número de alumnos que puede aprovecharlos, que no tengo inconveniente en suprimirlos. Dejo, por consiguiente, la asignatura con el nombre de *Astronomía descriptiva*, ó si lo prefieren las comisiones, *Cosmografía*.

Pasó ahora á las rectificaciones que me veo obligado á hacer.

Reza un dicho vulgarísimo que *de sabios es el errar*, y me parece que ha tenido aquí plena confirmación.—Afirma el Sr. Parra que hice formal proposición de mi programa, siendo así que expresé con la mayor claridad que no tenía la idea de que el Congreso lo tomase en consideración, que no abrigaba la más débil esperanza de que fuese aprobado y que si me atrevía á formularlo, era única y exclusivamente para que no se me confundiese con los demoleedores que todo lo derriban y nada se atreven á construir, por no exponerse á los dardos de la crítica.—Y en verdad que no tengo por qué arrepentirme: mi programa ha sido objeto del examen y la censura del Sr. Parra, y por apasionados que éstos sean, me honran muchísimo, pues indican que mi trabajo ha merecido la atención de su señoría.

Sea la segunda rectificación, que el mismo Presidente de las comisiones unidas dió á entender que el programa de que trato, descansa en una base completamente distinta de la en que se funda el de las referidas comisiones, y añadió que yo había destejido los hilos que forman su programa para tejerlos á mi manera y hacer uno nuevo. Ciertamente destejí esos hilos para formar otra combinación; pero son exactamente los mismos; lo único que ha cambiado es el dibujo. Estoy conforme con la base fundamental del programa de las comisiones, que es la que sirve de apoyo al mío, y por eso voté que la instrucción preparatoria debe ser uniforme en toda la República y para todas las carreras, que debe cursarse en seis años y que debe comenzar por las matemáticas y concluir por la lógica. Resulta, pues, que mi plan de estudios tiene exactamente la misma base científica y filosófica que el que nos hallamos discutiendo.

La tercera de las rectificaciones es la que toca á la aseveración hecha por el Sr.

Parra, de que en el programa que presenté no haya un curso de gramática española.—Siento mucho que el ilustradísimo Doctor, teniendo en esos momentos á la vista el programa impreso, no se hubiese fijado en que esa asignatura consta precisamente en el año anterior al en que debe estudiarse la literatura preceptiva. De manera que la gratuita aseveración de su señoría se viene abajo por su propio peso.

Luego, afirmó que he censurado el término *Biología*. No me he atrevido á semejante cosa. Sencillamente expuse que juzgaba más adecuado el de *Historia natural*, porque comprende no sólo la Botánica y la Zoología, sino también la Mineralogía y la Geología, asignaturas que conceptúo indispensables para que los alumnos puedan penetrarse mejor, de las diferencias que existen entre el mundo orgánico y el anorgánico y aun para darse cuenta de la historia de los seres.—Las comisiones tampoco emplean el término *Biología*; usan el de *ciencias biológicas*, y al hacerlo, creo que se refieren, no exclusivamente á la biología abstracta, como asegura el Sr. Parra, sino precisamente á las ciencias concretas biológicas, es decir, á la Botánica y á la Zoología. Si otro hubiera sido el ánimo de las comisiones, hubieran puesto *Biología*, que es el nombre de la ciencia abstracta ó fundamental. El término *Historia natural* ha sido aceptado por muchas autoridades. El sabio Dr. Barreda lo emplea en su carta dirigida á D. Mariano Riva Palacio, relativa al plan de estudios entonces vigente, para designar el estudio concreto de la Botánica y la Zoología, que, como manifestaba poco ha el ilustrado Sr. Manteola, son conocimientos indispensables, sobre todo para el desarrollo de la facultad de clasificación. Por otra parte, no admito que los estudios biológicos puedan reducirse á estudios abstractos: deben estudiarse, además de las leyes generales de



la vida, los principios peculiares á cada especie y las clasificaciones conocidas respecto de animales y vegetales.

Insiste el Sr. Parra en que el estudio de la física y el de la química no pueden hacerse simultáneamente. No repito las razones que antes aduje porque no han sido combatidas por el señor Dr., quien sí se fijó en que hice observar que las comisiones, al proponer en un mismo año la biología y las conferencias sociológicas, infringen el orden fundamental de las ciencias, que, según expresan terminantemente en la parte positiva de su dictamen, no debe alterarse por ningún motivo, sino que es preciso seguirlo de una manera rigurosa. Como me lo sospechaba, la explicación que dió el Sr. Parra, fué que la sociología no es aún ciencia completamente constituida. Entonces, ¿por qué las resoluciones del dictamen enumeran la sociología entre las ciencias fundamentales? ¿por qué no se hace ninguna aclaración ó distinción en la parte expositiva? . . . Como en noches pasadas manifesté, opino que es necesario un curso formal de sociología.

Llama la atención al señor Doctor que en mi programa la zoología y la antropología preceden á la botánica. La razón es muy sencilla: pongo en el quinto año las dos primeras asignaturas para preparar el estudio de la sociología que viene en el sexto. De las ramas de la Historia Natural, ¿cuáles son en realidad las que se requieren para emprender con éxito el curso de sociología? Pues, á no dudarlo, las que tratan de los animales y en especial del hombre. Por esta consideración coloqué primero la sociología y la antropología.

Según chispeante expresión del Sr. Parra, las matemáticas que propongo son unas matemáticas sin pies ni cabeza. No, señores delegados. Se equivoca lastimosamente: tiene los pies en las escuelas de instrucción primaria y la cabeza en la

Escuela de Ingenieros. ¿Me replicará que en la *Preparatoria* faltan á las matemáticas aquellos miembros? . . . Yo quisiera que se fijase su señoría en la gran diferencia que hay en el estudio de las matemáticas y el de las otras ciencias fundamentales. Así, aunque es opinión generalmente aceptada por los tratadistas que en las escuelas primarias se enseñen los elementos de las ciencias vemos que en aquellas se estudian *todos* los elementos de las ciencias físicas y naturales; pero *no todos* los de la Matemática. ¿Por qué? Porque la ciencia Matemática, es la base de todas; porque abarca mayor número de principios generales, puesto que examina los fenómenos que son comunes á todos los seres sin excepción, y por lo mismo, hay necesidad de distribuir su estudio, por razón de tiempo, de extensión y de categoría, entre las tres clases de escuelas: primaria, preparatoria y profesional de Ingenieros: es imposible que en la primaria se estudien elementos de Geometría analítica ó de Cálculo Infinitesimal.—Sujetándome al criterio de mi contradictor, podría afirmar que en la escuela de Minería las matemáticas carecen de pies; pero, no: no pienso que allí sea indispensable el estudio de la Aritmética, porque ya se ha hecho con detención en la primaria superior.—A riesgo de parecer redundante, ruego á las comisiones se fijen en esa diferencia que existe entre el estudio de las Matemáticas y el de las otras ciencias, y comprenderán por qué no incluyo en mi programa la Aritmética; porque, bueno es repetirlo, porque ya se ha aprendido en toda su extensión en la escuela primaria.—A esto replicaba el Sr. Parra y en ello insistió el Sr. Manterola, que la Aritmética que se cursa en la escuela elemental y en la superior no es la que tiene que estudiarse en la Preparatoria, agregando que ésta debe ser una Aritmética demostrada. Señores: los pedagogos modernos prescriben imperiosamente

que no es permitido enseñar nunca, ni en el primer año de la Escuela Elemental, la Aritmética empírica, sino que todas las operaciones aritméticas que ejecute el niño las debe comprender perfectamente. De manera que después de haber estudiado cuatro años de Aritmética en la escuela elemental y dos en la primaria superior, ya el alumno está dispuesto para continuar en la Preparatoria con las otras ramas de las Matemáticas, esto es, con el Algebra, la Geometría plana, etc.

En cuanto á la Geometría analítica ya sobre todo al cálculo, para probar la importancia de esta asignatura (importancia que nunca he negado, pues no es lo mismo la importancia de un conocimiento que la necesidad de adquirirlo en la preparatoria), decía el Sr. Parra que tenemos el ejemplo en el eminente Dr. Ramos, quien no se hubiera distinguido tanto en Oftalmología si no hubiera estudiado el Cálculo. Yo pregunto á su señoría: ¿el Dr. Ramos aprendió cálculo en la preparatoria? Incuestionablemente que no, porque tal materia no estaba incluida en el programa de aquella Escuela.

Al rechazar la cronología emitió como razón capital que su estudio es muy árido y agregó que prefiere cualquier otro. Semejante argumento, que también puede esgrimirse contra las Matemáticas superiores, no es digno de influir en nosotros. Soy de parecer que algunas nociones de la asignatura mencionada deben darse en forma y no sólo como auxiliares de las lecciones de Historia.

En lo relativo á la Geografía, el H. representante de Chihuahua intentó ridiculizar el modo con que pretendo se enseñe en la preparatoria. No adivino por qué. Supuesto que la Geografía, incluyendo la física, se ha cursado extensa y detalladamente durante seis años en las escuelas primaria elemental superior, el alumno de la preparatoria lo único que necesita es que al recibir las lecciones de Historia se

le recuerden los datos geográficos correspondientes.—Agregaba su señoría que para hablar del viaje de Colón, por ejemplo, habría necesidad de conocer todos los puntos por donde pasó. No, señores; no todos precisamente; pero sí los principales, y un buen profesor de Historia no debe excusarse de darlos á conocer. Censuré también que se comience el estudio de Historia por la de América, y su argumentación fué en resumen la siguiente: no es posible que se estudien los hechos verificados en México, cuando en ellos han influido, durante la época de la conquista, pueblos europeos, cuya historia todavía no se conoce; es imposible estudiar la historia del Nuevo Continente sin conocer la del Antiguo. Este argumento, señores, podría yo retorcerlo, como vulgarmente se dice. Si colocamos primero la historia de los pueblos europeos y después la de América, nos encontraremos con las mismas dificultades. Efectivamente, uno de los fenómenos más importantes y trascendentales en los tiempos modernos es el portentoso descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, como lo prueba el hecho de que todos los textos de Historia le consagran especial atención. Esto sentado, me permito interrogar á mi vez al Sr. Parra: ¿es posible estudiar la historia de esa conquista si no se conoce previamente la historia de los aztecas, la de los peruanos, la de las viriles é inteligentes razas que poblaban este suelo privilegiado?—Aquí, repito, hay muchas cosas, muchos detalles que encomendados quedan al talento del profesor. Si el texto no trae los antecedentes necesarios, si carece de las explicaciones indispensables, al maestro y sólo al maestro corresponde suplir tales deficiencias.—Me parece conveniente que se empiece por el estudio de la Historia de América, porque nos interesa mucho, nos concierne más de cerca que la del Viejo Mundo; y si juzgo en extremo útil dejar para después el estudio espe-



cial de la Historia patria, es porque deseo que los alumnos, ya con alguna edad, puedan inflamarse mejor en el fuego sagrado del patriotismo ante las colosales figuras de Hidalgo, Morelos y Juárez, héroes de nuestras dos sublimes epopeyas: la Independencia y la Reforma!

Tanto el Sr. Parra cuanto el Sr. Sierra sostuvieron que se puede enseñar la Historia universal en un año, relación insípida de nombres, fechas y sucesos. Opino de idéntico modo en este último particular, pero no logro convencerme de que los fenómenos y acontecimientos principales en la vida de las sociedades puedan ser bien comprendidos en tan breve plazo y he citado en mi apoyo la experiencia. He dicho que la prensa se ha quejado algunas veces de que en la Escuela Preparatoria no se concluye el curso de que hablo y que, por lo común, los hechos modernos, y los que más nos interesa conocer, dejan de estudiarse por falta de tiempo.

Al tratar del Francés ó Inglés, cuyo aprendizaje proponen las Comisiones que se haga en dos años, con clase alternada, mientras que yo pretendo que dure el mismo período de tiempo, pero con clase diaria,—manifestó el Sr. Parra que tal parece que deseo formar políglotas. ¿Piensa su señoría que llegaríamos á lograrlo dedicando dos años al francés y al inglés? Entonces bien podría decir á las comisiones: vdes. señalan tres ó cuatro años á las Matemáticas: luego anhelan formar matemáticos. Y de seguro que no han soñado tal cosa.

En lo que respecta al canto, el Sr. presidente de las comisiones unidas decía que no lo proponen como medio de cultura estética, sino como un ejercicio físico. Opino, señores, que para saber cuál es la intención de las comisiones debemos atenernos á la parte expositiva de su Dictamen, en la cual expresan lo siguiente: «No ha descuidado tampoco la comisión proveer á las necesidades de la educación

física y ha procurado hacerlo en forma práctica, es decir, tratando de que los ejercicios gimnásticos que instituye sean, como los ejercicios militares y el manejo de las armas, de incuestionable utilidad práctica.—*Tampoco ha descuidado legislar en previsión de las necesidades de la cultura estética.* La enseñanza literaria consagra una buena parte de sus tareas al estudio de los grandes modelos, y cultiva por ese medio el sentimiento estético de los alumnos. *El dibujo y el canto que la comisión propone como de carácter obligatorio, llenarán á la vez en parte una indicación estética* . . . —Está patente que, en oposición á lo aseverado por el Dr. Parra, las comisiones han considerado el canto entre los elementos ó medios de la educación estética. Repito, señores, lo que expuse en mi anterior discurso: las propiedades estéticas del canto y del Dibujo han sido aprovechadas en toda su amplitud en los seis años de la instrucción primaria, y por consiguiente, no hay necesidad de hacer nuevamente su estudio en la preparatoria.

Tampoco nos dió su señoría la razón de por qué las comisiones creen posible y conveniente que la física, la química y las ciencias biológicas se estudien en un solo año. Descaba y todavía deseo, que á cada una de estas materias se consagren dos años para aprenderlas siquiera regularmente, lo que puede hacerse, como habeis visto en mi programa, sin recargar el trabajo de los alumnos.

Ni una palabra pronunció mi apreciable replicante acerca de las objeciones que hice al corto tiempo prescripto para el estudio de las raíces griegas y latinas, de la Historia patria y de la Historia de América, estudio que sólo durará dos meses para cada ramo, según consulta el dictamen. Ya el Sr. Sierra, presidente de esta H. Asamblea, quien, por confesión propia, tuvo parte activa en el arreglo del programa que discutimos, ha suplicado á

la comisión que, en lo relativo á Historia patria y de América, amplíe ese término de dos meses y ha propuesto un curso de un año con clase diaria. Yo preferiría que cada una de estas materias formase un curso separado y siempre con clase diaria.

Respecto á la extensión que puede y debe darse á los estudios históricos, voy á permitirme leer un pequeño párrafo de un artículo que el ilustre Guillermo Prieto publicó últimamente en las columnas de «El Universal». La opinión del Sr. Prieto, profesor y autor de Historia, tiene que ser de mucho peso para nosotros. Dice así: «Pero hasta hoy la indiferencia por este estudio es tal, nacida en gran parte de la ignorancia lamentable de Gobernadores y Ayuntamientos, que el compendio de Payno resume toda la educación de Historia patria de nuestra juventud,—En el Colegio de Agricultura acaba de establecerse una cátedra para que la Historia Universal y la Historia patria se estudien en un año. ¿Qué ideas tendrán sobre estas materias los que tal promovieron? ¿Será posible en cuatro meses aleccionar á los jóvenes de enseñanza superior en esas materias? ¿Y será posible cuando alternan con otros estudios y ocupaciones?—¿Se harán mutilaciones bárbaras de la Historia, como hemos visto en otras épocas, para salir del paso y para que gane el sueldo el profesor? No lo sabemos, pero todo esto exige la seria atención de un Gobierno ilustrado.»

\* \* \*

Al terminar el Sr. Parra su brillante peroración, tuvo la galantería de tenderme con efusión la mano. Yo, señores, no es de ahora que tiendo la mía á tan alta eminencia científica. Desde antes de conocerle en lo personal ya me sentía atraído hacia él por esa simpatía irresistible que inspira el talento cuando á él se adu-

nan el saber y la modestia. Desde entonces le tiendo la mano, sí, se la tiendo con el cariño sincero y el respeto profundo que se merecen el amigo y el maestro.

(Nutridos aplausos.)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Flores.

EL GÓMEZ FLORES.—Señores representantes:

Voy á ser lo más breve que me sea posible en atención á la hora avanzada en que ocupo la tribuna y á estar tocando á su término el debate.

Me han antecedido dos oradores del contra, el Sr. Manterola y el Sr. Cisneros Cámara: el primero ha sido ya rebatido ampliamente en sus ideas fundamentales por el Sr. Dr. Parra, y no creo indispensable una nueva impugnación de su sistema; el Sr. Cisneros no ha hecho sino aclarar opiniones también contestadas, y tampoco juzgo necesario replicarle de nuevo.

Así es que entro de lleno á cumplir el encargo con que me han honrado las comisiones unidas, de defender la parte literaria del programa de estudios preparatorios, de los ataques de que haya sido objeto.

Dos son verdaderamente las reformas introducidas por las comisiones en la parte literaria de su programa: la supresión del latín y la ampliación de los estudios de la gramática española y las principales secciones de la literatura.

Para la supresión del latín se tuvieron dos consideraciones fundamentales: el tiempo y la uniformidad. Si se incluía el estudio de la lengua latina como hasta la fecha se hace, era imposible la ampliación del programa literario, y aun resultaba también perjudicado el científico; en cuanto á la uniformidad, no nos pareció justo ni equitativo exigir la misma dosis de latín para las diferentes carreras cuya preparación debe ser uniforme. El



ingeniero, el abogado y el médico necesitan en diverso grado la lengua latina; pero todos deben partir de una base común para sus estudios ulteriores. Esta fué la idea capital de las comisiones en la materia.

Se dice que sin el latín no puede estudiarse con fruto el derecho romano ni la gran literatura del mismo inmortal pueblo. La primera aseveración es inexacta, supuesto que todas las obras del derecho romano están traducidas en lenguas vivas. La segunda aseveración es verdadera, pero ciertamente hace del latín una lengua especial, impropia de un plan de estudios preparatorios uniforme para todas las profesiones. ¿Qué necesidad tienen un topógrafo ni un farmacéutico de estar en aptitud de traducir las Institutas de Justiniano ni las Metamorfosis de Ovidio? El simple estudio de las raíces griegas y latinas que la comisión propone, satisface las necesidades de la nomenclatura científica y de la etimología de la lengua vulgar. Los que quieran traducir los autores latinos de cualquiera especie, pueden estudiar el idioma á fondo en la clase facultativa que la comisión señala, y si se cree, con lo cual personalmente no estoy de acuerdo, que sin latín no es dable aprender jurisprudencia, es materia propia entonces de la escuela especial correspondiente.

Por otra parte, es un error crasísimo suponer que sabiendo latín se sabe mejor español, cuando este idioma no se ha estudiado á fondo en sí mismo. Muchos latinistas consumados que tienen en la punta de los dedos las etimologías de todas las palabras, escriben una culta-latini-parla como la que desde su tiempo satirizó Quevedo, y la propia Academia de la Lengua tradicionalista y conservadora por la naturaleza misma de su instinto, conceptúa los latinismos de voces bárbaras y pedantescas. ¿Qué más? Un insigne gramático, perteneciente no sólo á la

escuela teológica en filosofía, sino teólogo de profesión, sacerdote, el Sr. Díaz Rubio y Camarena se rebela en su obra fundamental y razonada, contra la escuela etimológica, é insinúa que la lengua española está ya bastante adulta para que necesite de las eternas andaderas de la lengua matriz. Y si así opina uno de los que emplean el latín como la lengua oficial de la iglesia y de la religión, estimándola intermediaria entre el Espíritu Santo y los creyentes, ¿qué nos queda á nosotros que hemos desterrado la noción de lo divino de toda investigación científica y queremos hablar una lengua que todo el mundo entienda? La sabiduría antigua cabía en el latín, pero ahora el latín apenas cabe en la sabiduría, que debe preocuparse primero de cosas más útiles, como irrefutablemente lo han demostrado Spencer y Bain.

Señores, hace muchísimos años había en Egipto una muy reverenciada estatua de Osiris, que en virtud de pavorosos y extraños ruidos que producía, era objeto de un culto supersticioso y de un miedo popular estupendos. Infundía terror y nadie se atrevía á tocarla; pero de puro viejo se desmoronó el ídolo, saliendo de entre sus ruinas, la causa de los temores y espantables ruidos: ¡un ratón! Como estudio indispensable el latín ha perdido terreno en todo el mundo, aun en las naciones en que había logrado mayor auge: es un Osiris apolillado que debemos demoler antes de que se caiga solo y tenga el parto de los montes. Seamos valientes en el sacrilegio como Guillermo de Alemania, con tanta oportunidad citado en la última sesión por nuestro ilustre presidente el Sr. Sierra, y dejemos á los especialistas el estudio del latín, el griego, el hebreo, el árabe, el sanscrito, el nahua y el tarasco. Todos estos idiomas contribuyen con más ó menos elementos originarios á nuestra diaria conversación; pero el sagrado recinto de su aprendizaje

arcano é íntimo, debe reservarse para los ermitaños de la filología, para los anticuarios de las letras.

(Aplausos.)

Como ha dicho muy bien el Sr. Sierra: aprendan latín los italianos, los franceses y los españoles, que son latinos directamente. Nosotros no; nosotros somos latinos indirectamente; lo somos al través del Atlántico. En esas dos mil leguas de agua constantemente rojada, han naufragado para nosotros las lenguas muertas. Sólo nos llegan de ellas astillas y fragmentos, con que no es posible reconstruir el gallardo eskuife de vela triangular que surcó airoso las ondas del Mediterráneo, pero que no pudo pasar las columnas de Hércules.

Nos aseguraba la otra tarde el Sr. Pérez Verdía, que las lenguas muertas son superiores á las vivas: tal afirmación carece de fundamento, pues si bien es cierto que aquellas tienen ventajas, también tienen desventajas respecto de las segundas. Las lenguas antiguas de la familia indo-europea son sintéticas, y las modernas analíticas; es decir, las modernas propenden á la descomposición de las formas gramaticales substituyendo los casos de la declinación con las proposiciones y algunas voces de la conjugación con verbos auxiliares. Por eso el griego y el latín lograron fijar una sintaxis inmutable, mientras que las lenguas modernas, favoreciendo la independencia de algunas raíces y volviendo en ocasiones á los procedimientos del monosilabismo y la aglutinación, tienen una sintaxis más amplia y liberal, una sintaxis capaz de progreso indefinido. La fonética y la lexicología también resultan beneficiadas, y son así las lenguas modernas más fecundas, flexibles y adaptables á todos los estilos, á todos los matices de la civilización, á todas las exigencias del progreso, que las lenguas antiguas.

Puesto que ya el Sr. Sierra respondió con abundancia de argumentos á mi distinguidísimo amigo el señor representante de Jalisco, sólo haré mérito de otras tres de sus apreciaciones. Hizo una jerarquización de las lenguas conforme á la importancia literaria que les otorga. Esta es cuestión de punto de vista y es más probable que los rusos podrían alegar razones á la supremacía de su literatura sobre la alemana. También dijo el Sr. Pérez Verdía que nos proponemos formar sabios en la Preparatoria. Es completamente infundado el cargo, pues tanto en el dictamen, como en la tribuna, ha declarado repetidas veces la comisión, que lo que pretende es inculcar en los alumnos el método científico y prepararlos convenientemente para los estudios profesionales y para la vida social. Añadió, por último, que íbamos á fatigar á los preparatorianos con tanto bagaje científico y literario. Yo me permito preguntar á su señoría: ¿se fatiga un arbusto cuando se le riega, se le da buen aire, sol y luz?

La segunda reforma substancial, señores, de la parte literaria de nuestro programa, consiste como dije al principio, en la ampliación del estudio de la gramática española y de las principales secciones de la literatura. Dividimos la Gramática en dos cursos por la gran importancia que le concedemos al conocimiento de la lengua nacional. El primer curso podrá constar de una breve noticia de la evolución de las lenguas romances, y de fonética, lexicología, etimología y analogía, con ejercicios de dictado y diccionario. El segundo curso de sintaxis, prosodia y ortografía en todos sus pormenores, también con ejercicios analíticos y sintéticos de trozos escogidos de literatura. Estos dos cursos de gramática van anteceditos de ejercicios prácticos de Lectura Superior y Declamación que preparen convenientemente al discípulo, y seguidos de dos cursos de Literatura, comprendiendo el



primero la Preceptiva y la General y el segundo, la Española y la Mexicana. Queda así completo el ciclo literario, desde el conocimiento de la lengua nacional, hasta el de los fundamentos filosóficos del arte literario, sus preceptos técnicos, y la historia de su desenvolvimiento, principalmente en las naciones que hablan nuestro idioma.

Destruídas las humanidades al alborar en nuestra patria la luz de los principios educativos modernos, todo el ahinco de los reformadores de la enseñanza se consagró al método científico. La parte literaria del programa quedó aplazada y sólo en virtud de la suprema necesidad conserváronse un curso de gramática y un epítome de retórica y poética, enseñadas de una manera empírica y fragmentaria. La comisión creyó llegada la hora de corregir el mal y por eso propone la ampliación de tan interesantes estudios, pareciéndole incontrovertible la conveniencia de la reforma.

El saber expresarse, no sólo interesa á la elegancia y brillo de la frase, sino á la exactitud y precisión del lenguaje, para evitar términos equívocos y giros anfibológicos. Tan inconveniente es en un abogado la ignorancia de las nociones más elementales de las ciencias exactas y físicas, como en un hombre instruido en ellas, la ignorancia de las reglas más rudimentarias del buen decir. Y si hubo un ministro togado que al oír que los americanos, después de su injusta invasión, nos exigían territorio hasta el grado 33, exclamó enfurecido que cuando mucho les cederíamos hasta el 15 ó el 10, con lo cual les habiérámos cedido toda la República, también hay sabios astrónomos y eruditísimos naturalistas que por su poco dominio del idioma incurren en monstruosas incorrecciones de forma. Al ¿para qué me sirven las matemáticas? de los letrados intransigentes, responden los científicos exclusivistas con el ¿para qué

me sirven las letras? Unos y otros están en lamentabilísimo error; al letrado le sirven las matemáticas para raciocinar; y al científico las letras, para hablar y escribir.

En México se han descuidado mucho los estudios literarios. Basta arrojar una mirada á nuestros poetas y prosistas, con raras, contadas y honrosísimas excepciones, para encontrarles defectos prosódicos, construcciones mal hechas, vicios de estilo imperdonables y muestras de pésimo gusto, provenientes de la falta de competencia técnica. Este es un mal de por sí gravísimo que debemos remediar; pero si no bastasen las consideraciones hechas, téngase nada más presente que para el completo desarrollo de un programa preparatorio, educativo ó instructivo, uniforme para todas las carreras y preparador de la vida social, debe buscarse el equilibrio entre el fondo del conocimiento y la forma de la expresión, entre la parte científica y la parte literaria.

El Sr. Carrillo preguntó á la comisión lo que entiende por Lectura Superior. La comisión entiende por Lectura Superior, emocional, expresiva ó estética, el arte de leer correctamente, interpretando no sólo la letra de lo escrito, sino los sentimientos expresados, las imágenes, el relieve del estilo, los primores de forma, etc. Se le ha dado el nombre de Lectura Superior ó alta lectura para distinguirla de la simple inteligencia de lo escrito ó de la simple acción de leer. Cuando la lectura adquiere ciertas condiciones escénicas ó tribúnicas, ó cuando se convierte en un recitado ó una improvisación de las mismas circunstancias, entonces ya es otra rama de las artes de la interpretación y se llama Declamación. Las comisiones quieren ejercicios prácticos de estas dos difíciles artes interpretadoras, como preliminar educativo de los estudios teóricos de la palabra.

Incidió el Sr. Carrillo durante su dis-

curso en el común error de creer que porque se olvidan sin el ejercicio continuo las matemáticas, su aprendizaje es inútil. Es tanto como decir que son inútiles los andamios, porque se suprimen después de levantado el edificio. Lo que queda de las matemáticas á los que no hacen profesión de ellas es el método; justamente la construcción intelectual para que sirvieron de andamios. Y aquí tengo oportunidad de repetir que tan indispensables son las ciencias exactas á los letrados, como las letras á los científicos.

Voy á permitirme ahora un ligerísimo examen de la parte literaria del programa del Sr. Manterola, porque pugna abiertamente con la del nuestro. Desde luego, y prescindiendo de la enorme ampliación que da á todas las materias, los idiomas inclusive, se palpa el error de haber puesto juntas la Gramática Española y la Lectura Superior. Si se tratase de la gramática de la escuela primaria que se suministra de una manera empírica, que consta de nociones superficiales, no sería de tanto bulto el error; pero se trata de un curso razonado de gramática, de dar la explicación filosófica de las leyes del idioma y para esto es imposible que los alumnos estén suficientemente preparados en el primer año. La gramática así entendida, es un estudio abstracto y analítico, que requiere un desarrollo considerable de las facultades mentales, y por eso D. Gabino Barreda en su famosa carta á D. Mariano Riva Palacio, la colocaba como lo hacen ahora las comisiones, en el tercer año de la Preparatoria.

La inconveniencia de unir á la Gramática la Lectura Superior, es también de sencilla demostración. Precisamente son las materias de que tengo la honra de ser catedrático en la Escuela Normal, y con mi poca experiencia, puedo asegurar que no sólo la inversión de ellas, como algunos pretenden que se haga, sino su simultaneidad, es altamente perjudicial para los

educandos. Otra reforma del Sr. Manterola es el aumento de un curso de Gramática comparada en el sexto año. Así lo habían propuesto el año pasado las primeras comisiones unidas de estudios preparatorios, pero las actuales, donde hemos tenido nuevos compañeros, consideraron que debían sacrificarse algunos conocimientos más ó menos útiles, á la necesidad de desarrollar en toda forma el método científico y literario que miran como fundamental. Además, no es incongruente que en la sección de Filología de la Literatura General, se incluyan algunos elementos muy someros de Gramática Comparada, y serán allí quizás más fructuosos.

Señores representantes: si no queréis que el programa de estudios preparatorios resulte como el monstruo de Horacio, deforme y heterogéneo, votadlo como las Comisiones tienen el honor y la satisfacción de proponéroslo uno en su conjunto, armónico en sus detalles.

(Nutridos aplausos.)

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien pida la palabra se va á recoger la votación de toda la proposición, pudiendo el señor representante que lo desee, hacer la moción para que se vote algún inciso por separado. La proposición dice:

IX.—El programa de estudios y ejercicios deberá ser el siguiente:

Primer Año.—Aritmética y Algebra, seis horas por semana; primer curso de Francés, tres horas; Dibujo, tres horas; Canto, tres horas; Ejercicios militares, tres horas; Conferencias sobre Moral é Instrucción cívica, tres horas.

Segundo Año.—Geometría plana y en el espacio, trigonometría rectilínea, seis horas; segundo curso de Francés, tres horas; Ejercicios prácticos de declamación y reminiscencia, tres horas; Dibujo, tres horas; Canto, tres horas; Ejercicios militares, tres horas; Conferencias iconográficas sobre ciencias y viajes, tres horas.



Tercer Año.—Geometría analítica de dos dimensiones y nociones fundamentales de Cálculo Infinitesimal, tres horas; Cosmografía, tres horas; primer curso de Inglés, tres horas; primer curso de Gramática Española, tres horas; Raíces Griegas y Latinas, tres horas; Ejercicios gimnásticos, tres horas; Conferencias iconográficas sobre Historia de la Industria tres horas.

Cuarto Año.—Física, seis horas; (precedida por nociones de mecánica). Académias prácticas de Física y de Meteorología, tres horas; Física del Globo, tres horas; segundo curso de Inglés, tres horas; segundo curso de Gramática Española, tres horas; Dibujo, tres horas; Ejercicios gimnásticos, tres horas; Conferencias iconográficas sobre historia del arte y de la civilización, tres horas.

Quinto Año.—Química y nociones de Mineralogía, seis horas; Geografía patria, tres horas; Historia General, seis horas; Literatura general y preceptiva, tres horas; Dibujo, tres horas; Manejo de armas, tres horas.

Sexto Año.—Ciencias biológicas, seis horas; Psicología, Lógica y Moral, seis horas; Historia americana y patria, seis horas; Literatura Española y patria, tres horas; Manejo de armas, tres horas; Conferencias sobre sociología, tres horas; Conferencias sobre Higiene y Moral, tres horas.

*Cursos facultativos.*—Griego, Latín, Alemán é Italiano, dos años cada uno.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Se va á recoger la votación. Resultó aprobado por 16 contra 4.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz, Secretario.*

# SESION

**Del día 12 de Febrero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. LIC. JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. Representantes, Díaz Milián, Cervantes E., Cervantes I., Cisneros, Correa, Ferrari, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Parra, Pérez Verdía, Mateos, Rodríguez y Cos Miguel, Ruiz, Schultz, y Serrano; y Directores, Alvarez G., A. de Garay, Gutiérrez N., y Zayas.

A las seis se pasó lista de representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—Habiendo manifestado el Sr. Bulnes que no podía concurrir á las sesiones del Congreso, se pregunta á esta H. Asamblea si se llama á su suplente.

Sí se llama.

Estando presente el Sr. Díaz Milián, forma parte desde luego de este Congreso.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cisneros para la lectura de un dictamen.

EL C. CISNEROS.—Señores Delegados

La 1ª pregunta sometida al estudio de la comisión á quien hoy cabe la honra de presentaros su humilde trabajo, dice textualmente: «¿Es conveniente conservar escuelas especiales?»

Con este nombre pueden designarse aquellos establecimientos destinados á la educación de cierta clase de alumnos, co-

mo las escuelas de ciegos, de sordo-mudos, de idiotas, las correccionales y hasta las penitenciarias; ó bien, y es lo más admitido, los institutos que tienen por objeto la enseñanza de determinada carrera profesional ú oficio, y en este número se encuentran las siguientes escuelas: de Jurisprudencia y Notariado, de Medicina, Cirujía y Farmacia, de Ingenieros, de Agricultura y Veterinaria, de Comercio, de Artes y Oficios, de Bellas Artes, las Normales, las Industriales, las de Náutica, el Colegio Militar, los Conservatorios de Música, etc., etc.

La comisión dictaminadora cree firmemente que ninguno de los señores delegados al 2º Congreso Nacional de Instrucción pública se atreverá á poner en duda no sólo la conveniencia sino la necesidad de conservar y aun de multiplicar las escuelas mencionadas. Si los gobiernos se ven impelidos por deber y por conciencia á impartir la instrucción primaria á todos los niños de ambos sexos y aun á los adultos que de ella carecen, también se hallan obligados por humanidad y por su propia conveniencia (sobre todo, en aquellos países en que, como en el nuestro, la iniciativa individual es casi nula) á tender una mano protectora á los infelices que se encuentran privados de alguno ó algunos de los sentidos y facultades con que pródiga la Naturaleza enriqueció al hombre, y mucho más aún de cuidar con esmero de esos centros sagrados de ilustración en donde se rinde el culto debido á las Ciencias, las Letras y las Artes, la Agricultura, la Industria y el Comercio, fuentes inextinguibles de bienestar social y factores indispensables para la conservación y progreso de las Naciones.

Aunque otra comisión es la encargada de consultar si la instrucción que se imparte en estas escuelas debe ser ó no gratuita, séale permitido á la que habla pronunciarse desde luego por la afirmativa.

La equidad y la justicia exigen que la enseñanza profesional sea asequible á todos cuantos recibirla deseen. No hay razón alguna para que un pobre, por el solo hecho de serlo y á pesar de haber demostrado sus aptitudes en la escuela primaria y acaso en la preparatoria, no pueda ocupar en sociedad el puesto que merece ni obtener el honroso título de Abogado, Médico, Ingeniero ó artista. ¡Qué saludable competencia, qué noble emulación no llegaría á establecerse entre muchas notabilidades salidas de la clase proletaria y algunas medianías de las clases acomodadas! Y esto, sin parar mientes en que, de continuar como hasta aquí, la patria seguirá perdiendo numerosas inteligencias y no pocos caracteres que podrían llegar á ser útiles en grado eminente.

Por no herir la ilustración y el patriotismo de los señores delegados, no insistimos en la importancia de las escuelas profesionales. Ellas comenzaron á multiplicarse en la República á los primeros albores de la Libertad; cuando desaparecieron las clases privilegiadas y se extinguieron los monopolios; cuando se reconoció que todo hombre es libre para abrazar la profesión, industria ú oficio que le acomode. Han contribuido poderosamente al progreso del país y de su seno han salido verdaderas eminencias, honra de México en el extranjero. Pero la verdad es, que con excepción de las Escuelas de Jurisprudencia y de Medicina, establecidas en muchos Estados, es muy reducido el número de nuestros establecimientos profesionales. El *desideratum* sería que en cada entidad federativa hubiese una Escuela Normal; una de Jurisprudencia, una de Medicina y otra de Ingenieros en los Estados de medianos recursos, cuando menos, y que en las ciudades más populosas existiesen las demás escuelas profesionales que hemos mencionado.

En lo relativo á establecimientos des-



tinados á la educación de quienes pudieran llamarse *desheredados de la Naturaleza*, apenas si contamos en toda la República con una escuela de ciegos, otra de sordo-mudos y muy pocas correccionales para los jóvenes delincuentes; pero ninguna hay para los infelices idiotas. Es preciso, señores, que el Congreso de Instrucción, por humanidad y patriotismo, diga siquiera una palabra sobre tan importante asunto, encareciendo la necesidad de tales escuelas. Es indispensable dirigir una mirada cariñosa á esos párias, cuyo número no es muy pequeño en verdad, y en vez de abandonarlos á su mísera suerte, devolverlos á la vida social, regenerarlos, hacerlos útiles en lo posible, ó por lo menos, aliviar sus horribles penalidades. En todos los pueblos cultos, una de las formas más bellas de la enseñanza es la que funde como en un mismo molde la educación y la caridad. Según las últimas estadísticas que hemos podido consultar, Francia cuenta con varios establecimientos en que reciben instrucción 4,000 sordo-mudos; y respecto de Alemania, solamente en Berlín se educan cerca de 800. En el reino de Prusia hay 13 escuelas de ciegos, 7 en Austria, 4 en Suiza, 2 en España, 1 en Bélgica, 39 en Inglaterra, 4 en Escocia, 4 en Irlanda y más de 30 en los Estados Unidos de Norte América. Para los idiotas tiene Francia algunos establecimientos, Inglaterra 10, y Alemania 27.—México ha hecho algo en este sentido; pero debe redoblar sus esfuerzos. En concepto de la comisión, urge fundar cuanto antes, no sólo en la Capital de la República sino en nuestros mayores centros de población, las escuelas de que se trata.

\* \*

Pasemos á la 2ª pregunta del cuestionario, que evidentemente se refiere sólo á las escuelas profesionales: «¿Caso de sub-

sistir estas escuelas, los estudios preparatorios que á cada una corresponden, deben hacerse en ellas mismas ó en las escuelas expresamente destinadas á los estudios preparatorios?»

La Comisión que en el 1º Congreso quedó encargada de contestar á la anterior pregunta, se abstuvo de dar cuenta con el resultado de sus trabajos, porque esperaba que se resolviera sobre la proposición presentada por las comisiones unidas A y B de instrucción preparatoria, relativa á que ésta sea uniforme para todas las carreras. Resuelta ya esta cuestión en sentido afirmativo, nos hemos apresurado á formular el presente dictamen, de acuerdo con el principio adoptado por el Congreso.

Se da el nombre técnico de estudios preparatorios á los que deben hacer previamente cuantos intentan cursar con provecho alguna de las carreras profesionales. Desde luego se comprende que la instrucción primaria no entra en la categoría de los estudios preparatorios porque no es necesaria solamente para los que van á seguir aquellas, sino para todos, sin excepción alguna. En otros términos: prepara, es cierto; pero prepara para la vida en los pueblos cultos.

Teniendo en cuenta el sistema escolar de las naciones civilizadas, si bien todas las carreras profesionales necesitan de la instrucción primaria por el motivo indicado, en cambio hay algunas que no requieren la preparatoria, en el sentido técnico de la expresión. Así, por ejemplo, entre nosotros no se exigen los estudios preparatorios para ingresar á la Escuela Normal, á la de Náutica, ó al Conservatorio de Música, mientras que son requisito indispensable para ser aceptado como alumno en la Escuela de Jurisprudencia, en la de Medicina ó en la de Ingenieros.

Para probar que todas las carreras necesitan de estudios preparatorios, pudie-

ra argüirse, sin embargo, que hasta los establecimientos que admiten alumnos que no los hubiesen hecho, contienen en sus programas respectivos, en su mayoría ó en su totalidad, las asignaturas de la Escuela preparatoria, y que así, por ejemplo, en las Escuelas Normales y en las de Bellas Artes y Agricultura existen cátedras de Matemáticas, Física, Química, Idiomas, Historia, etc. Pero bueno es fijarse en que estos estudios, en las escuelas referidas, ni conforme á las leyes del lenguaje, ni de la lógica, ni al tecnicismo pedagógico pueden llamarse preparatorios, porque ya hemos visto que estos, por su propia naturaleza deben ser *previos* al estudio profesional, mientras que en dichas escuelas las asignaturas mencionadas se cursan como parte integrante ó si se quiere complementaria de los estudios profesionales; y este es el motivo por el cual observamos que en ellas se les asignan diversa extensión y que los alumnos de una Escuela Normal, verbigracia, estudian las Ciencias Naturales, la Historia y los idiomas al mismo tiempo que los ramos de instrucción primaria y la Pedagogía; los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, al mismo tiempo que el Dibujo de órdenes clásicos, el ornato modelado y la Estereotomía; los de Agricultura, simultáneamente con el dibujo de máquinas y el topográfico, y así sucesivamente.

Las carreras que en el concepto de la comisión dictaminadora y conforme á nuestras tradiciones educacionales, requieren estudios preparatorios, es decir, previos, son las que se cursan en las Escuelas de Jurisprudencia y Notariado, de Medicina, Cirujía y Farmacia y de Ingenieros; porque para emprender su estudio se necesita cierta preparación intelectual y una regular suma de conocimientos científicos y literarios.

No creemos inútil recordar que, conforme á una de las resoluciones adopta-

das por el primer Congreso, la instrucción primaria superior, en donde se estudian con alguna extensión las ciencias físicas y naturales, es obligatoria para los que deseen ingresar á las escuelas profesionales que no requieren estudios preparatorios.

Existen otras graves consideraciones para no exigir á los alumnos de estas escuelas que ingresen previamente á la preparatoria. Además de que no es indispensable y de que por lo tanto es justo y conveniente evitar á aquellos semejante recargo en sus labores, la naturaleza misma de dichas escuelas reclama lo contrario. Los alumnos de las Normales necesitan estudios prácticos del arte pedagógico desde que empiezan el curso profesional; los de Artes y Oficios, de Bellas Artes, del Conservatorio y de Agricultura, deben también comenzar la práctica casi al mismo tiempo que los estudios teóricos; y sería absurdo que los del Colegio Militar y los de las Escuelas de Náutica no se acostumbrasen desde muy jóvenes á las reglas de la disciplina, de la Ordenanza,

La comisión que subscribe opina que la instrucción preparatoria debe ser uniforme para todas las carreras, porque naturalmente cree que se trata de aquellas que imperiosamente reclaman la instrucción mencionada, y en consecuencia opina también que por tal uniformidad, por economía, y en beneficio de las escuelas especiales que así podrán dedicarse exclusivamente á llenar su objeto, los conocimientos preparatorios deben adquirirse en las escuelas cuya expresa misión es impartirlos.

Y si las razones anteriores no os pareciesen convincentes, señores delegados, una sola bastaría para impulsaros á resolver que los estudios preparatorios deban hacerse en las escuelas destinadas al efecto: *la necesidad de conservarlas*. Estos planteles—que bajo las diversas denominaciones de Escuelas preparatorias,



Liceos, Colegios Preparatorios, Institutos literarios, Institutos científicos y literarios y Colegios civiles, existen en todos los Estados de la Federación—han sido y son los centinelas avanzados de las instituciones que nos rigen; ellos han mantenido y sin cesar avivan el fuego sagrado del patriotismo, y de su fecundo seno ha brotado esa juventud entusiasta, liberal y reformista que sabrá colocar á la República en el pináculo de gloria soñado por Cuauhtemoc en su lecho de rosas, por Hidalgo en el patíbulo de Chihuahua, y por Juárez en el Sinaí de Veracruz y en su heroica peregrinación á paso del Norte.—Inmenso júbilo experimentaría el eterno enemigo de México, el partido ultramontano, con la desaparición de tan benemeritos establecimientos, de entre los cuales se destaca en primera línea la Escuela Nacional Preparatoria, cobijada por los manes siempre augustos del Padre de nuestra segunda Independencia, del immaculado Martínez de Castro y del sabio entre los sabios Gabino Barreda.

La comisión se toma la libertad de expresar en la parte resolutive del presente trabajo, su humilde modo de pensar acerca de un punto que si bien no se ha encomendado á su estudio ni al de ninguna otra Comisión, sería, en cambio, una verdadera lástima que pasara inadvertido y que no fuera resuelto: nos referimos al precepto de *instrucción preparatoria gratuita*. Ciertamente es que, sin duda por olvido, este tema no se incluyó en el cuestionario; pero se refiere á él de una manera terminante la circular de 1° de Junio de 1889, que dió vida al primer Congreso Nacional de Instrucción pública, cuyas tareas trata de completar esta R. Asamblea.—La misma bondad del precepto que consultamos nos excusa de apoyarlo desde luego con sólidas razones,

reservándonos hacerlo en el curso del debate, si necesario fuere.

Resuelta, pues, la cuestión en el sentido de que los estudios preparatorios para las carreras que los requieren, deben ser hechos no en las escuelas especiales, sino en la Preparatoria, no hay necesidad de responder á la tercera pregunta, que descansa en el supuesto contrario y á la letra dice: «Si en las escuelas especiales deben hacerse los estudios preparatorios que respectivamente les corresponden, ¿estos estudios deben admitirse como válidos para cualquiera otra carrera diversa de la que se sigue en la escuela especial?»

Pero como pudiera suceder y sucede con no poca frecuencia, que algunos alumnos después de comenzar sus estudios preparatorios ó profesionales en una escuela, determinan emprender otra carrera é ingresan á la escuela respectiva habiendo ya hecho el estudio de algunas de las asignaturas que en esta última se exigen, la comisión ha creído pertinente prever este caso y resolverlo de la manera que le ha parecido más justa y equitativa en la cuarta de las siguientes conclusiones que tiene el honor de someter á la deliberación de V. H.:

- 1.ª—Es conveniente y necesario conservar y aun aumentar el número de escuelas especiales, tanto de las que se dedican á la enseñanza de alguna profesión ú oficio, cuanto de las que tienen por objeto la educación de los ciegos, sordo-mudos, idiotas y delincuentes jóvenes.
- 2.ª—Las carreras que exigen estudios preparatorios formales, son las que se cursan en las Escuelas especiales de Jurisprudencia y Notariado, de Medicina y Farmacia y de Ingenieros; y dichos estudios no de-

ben hacerse en estas escuelas, sino en las Preparatorias.

3.ª—Las escuelas especiales en donde se cursan las carreras que no exigen estudios preparatorios, deben incluir en sus programas de enseñanza aquellas asignaturas de las escuelas preparatorias que consideren como auxiliares ó complementarios de sus estudios profesionales ó como parte integrante de los mismos.

4.ª—Para que los estudios de determinada asignatura hechos en la Escuela Preparatoria se consideren válidos en una Profesional, ó viceversa, ó bien los que se hagan en una Profesional sean aceptados en otra, se requiere que tengan cuando menos la misma extensión fijada por el programa de la escuela á que pretenda ingresar el alumno; resolviendo sobre dicha validez el Consejo de Instrucción pública ó Junta Directiva de estudios de la Entidad federativa correspondiente.

5.ª—La enseñanza preparatoria debe ser gratuita.

México, Febrero 12 de 1891.—*P. Díez Gutiérrez*, Presidente.—*Luis Pérez Verdad*, Vicepresidente.—*Adolfo Cisneros*, Relator.—*Manuel Cervantes Imaz*, Secretario.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Sr. Díaz Milián para fundar una proposición.

EL C. DÍAZ MILIÁN.—Señores representantes:

Mucho deploro que las primeras palabras que vengo á pronunciar en este Congreso, en donde están reunidas varias de las eminencias científicas del país, sean para oponerme á alguna de las resoluciones de tan honorable corporación; pero en

el curso de la breve exposición que voy á presentar, encontrareis, si no la razón, al menos la excusa de mi atrevimiento.

No poseo desgraciadamente el don de la palabra, y aquí hay oradores eminentísimos que la dominan por completo, y que juegan con ella, cuando les place, como el prestidigitador que deja estupefacto á su concurso. No podía yo de ningún modo competir con esos oradores consumados, y por eso he escrito lo que difícilmente podría expresar de otra manera.

En la sesión del día 3 del presente, las Comisiones Unidas de Estudios Preparatorios, ó por lo menos su mayoría, al estar discutiendo las resoluciones de su dictamen, hicieron á la 8ª de aquellas proposiciones una adición importantísima, de que el Congreso, en mi humilde concepto, apenas pudo darse cuenta. Y digo esto, porque sólo en un momento de sorpresa pudieron aprobar tal adición, personas que no profesan las ideas filosóficas que las comisiones unidas, entusiastas propagandistas de sus doctrinas, lograron hacer triunfar sin gloria, porque su proposición adicional fué aprobada sin discusión, y no hay victoria honrosa donde no hay combate.

Se me dirá, y con justicia, que este punto no está ya á discusión; pero yo no desconozco hasta tal grado las prácticas parlamentarias, que venga á pedir que se discuta de nuevo lo que ya está aprobado conforme á nuestro reglamento. Vengo á hacer simplemente una proposición en el mismo sentido y con el mismo derecho con que se han hecho otras análogas y en casos semejantes, en el mismo Congreso de la Unión. Ni el reglamento de esta corporación, ni las comunes prácticas parlamentarias prohíben hacer lo que yo vengo á solicitar. Por lo tanto, os suplico, señores representantes, me presteis por breves instantes vuestra atención, pues creo



firmemente que el asunto es de incontestable trascendencia.

Como vosotros sabeis, la proposición primitiva decía así:

«8ª Debe concluir por la lógica. (Se hablaba de la enseñanza preparatoria.)

Las comisiones á última hora, y sin presentar los fundamentos de su adición, la reformaron y dejaron concebida en estos términos:

«8ª Debe concluir por la lógica, considerando ésta en la sistematización de los métodos científicos, con entera exclusión de todo concepto teológico ó metafísico.»

En esta proposición, señores representantes, que en apariencia es tan sencilla, se esconden problemas de la más alta importancia, que las comisiones han resuelto con una facilidad asombrosa, destruyendo de una plumada el trabajo intelectual de muchos siglos, de muchas generaciones, de los filósofos más eminentes que han pisado el planeta y que han honrado la humanidad.

En primer lugar, señores, es impropio que en un Congreso de Instrucción, al fijarse el estudio de una ciencia, se pretenda enseñar á los profesores que han de enseñarla, en qué consiste esa ciencia. No recuerdo que tal cosa se haya practicado con ninguna de las asignaturas que aquí se ha aprobado para los diversos planes de estudios. Es tener muy triste concepto de los profesores que van á enseñar una ciencia, tener que decirles en qué consiste esta misma ciencia. Esto sería sencillamente ridículo, si bajo otro aspecto no tuviera un carácter odioso.

Bien sabemos que no se trata de definir la lógica en general, sino de designar la lógica de determinada escuela filosófica, y esto jamás debe hacerlo el Estado, aunque pueda hacerlo, porque tiene en sus manos el poder; pero también en su frente debe tener la justicia.

Mas para que no quede duda sobre el carácter exclusivista de la proposición, se

agregan las palabras terminantes. «con entera exclusión de todo concepto teológico ó metafísico.»

Supongo que nadie que me conozca, me hará el agravio de creer que vengo á este Congreso á defender la teología; soy redactor de *El Siglo XIX*; he negado en ese periódico, decano de la prensa mexicana, con escándalo de todos los diarios clericales, la divinidad de Jesucristo, y he atacado la mayor parte de los dogmas católicos, manteniendo sobre estos asuntos ardorosas polémicas; no puedo ser sospechoso para una corporación liberal. Diré más; me creería más liberal que esta misma corporación, si ella persistiese en sostener una restricción de tanta trascendencia como la que ha aprobado.

Pero, señores, si por teológico entendemos todo lo que de algún modo se relaciona con las religiones en general ó con cualquiera de ellas, la teología está excluida de antemano de nuestras escuelas, desde que el Estado se divorció de la Iglesia, desde que se expidieron las inmortales leyes de reforma. Bajo ese punto de vista, sería inútil excluir los conceptos teológicos á que se refieren las comisiones, como sería inútil excluir el catecismo de Ripalda de nuestras escuelas primarias, donde la enseñanza religiosa está desechada por completo.

Pero ¿recordáis por qué el Estado ha hecho esta exclusión, que á primera vista sería análoga á la que propusieron las comisiones? Pues precisamente porque el Estado no quiso ser *exclusivista*; porque de enseñar una religión, aunque fuera la dominante en el país, tendría que ser equitativo con las creencias de todos los ciudadanos, tendría que enseñar todas las religiones, cuando menos aquellas cuyo culto se practicase.

Del mismo modo, si el Estado debe ordenar la enseñanza de la lógica en general, en las escuelas oficiales, no puede, no debe aunque pueda, enseñar la lógica de

determinado filósofo, de determinada escuela filosófica, aunque sea la que esté de moda, con exclusión de la escuela opuesta, porque ese exclusivismo es antiliberal, irracional é injusto.

Si por conceptos teológicos entienden las comisiones los que se relacionan con la hipótesis de Dios, no hallamos la razón para que se excluya de la lógica del principio de causalidad, discutir cuando menos si se puede ó no investigar algo acerca de la divinidad, si esta creencia de toda la humanidad civilizada, de tantos ilustres pensadores, merece ó no un ligero examen en pro ó en contra de la cuestión. Seamos, si se quiere, ateos por convicción, pero no ateos por sistema; á mí no me escandaliza el ateísmo, pero tampoco me asusta el deísmo; lo que sí me espanta es que se corten las alas del libre pensamiento.

Si la lógica positivista es la lógica de las ciencias, si es la que encierra la verdad, y toda la verdad, entonces no necesita imponerse por decreto, no necesita triunfar pisoteando la libertad; que se imponga por el debate, por la razón, por la experiencia, por la fuerza incontrastable de la verdad.

Con las vagas palabras «concepto metafísico» que emplean las comisiones, se excluye, señores representantes, no esos extravagantes fantasmas de que elocuentemente nos ha hablado el Sr. Parra, sino todos los sistemas, todas las doctrinas filosóficas que no son el positivismo. Este es el punto capital de esa adición, que, repito, sólo por sorpresa pudo aprobar una corporación, en donde indudablemente están representadas opiniones filosóficas muy diversas.

La palabra *metafísica* es sin duda la más vaga que existe en el diccionario de la lengua, y tiene que ser así, porque se relaciona con lo más general que se anida en el pensamiento humano se la ha llamado la *ciencia de las abstracciones*, y abstracción es,

en mi concepto, toda idea general. La metafísica no está lejos de nosotros; nos sigue como la sombra á la luz. Cuando digo *el hombre*, expreso un concepto metafísico, porque el hombre no existe; en el mundo sólo hay individuos, pero las especies son abstracciones, abstracciones indispensables para la inteligencia, indispensables para el positivista, lo mismo que para todo sér humano. Y sin embargo, en una entidad metafísica, como el hombre, se funda toda la grandeza de la primera revolución de Francia; y recordad, señores, las primeras palabras de nuestra Constitución, «el pueblo mexicano reconoce que los derechos del *hombre*, son la base y el objeto de las instituciones sociales.» Desechando todo concepto metafísico, os suicidáis, señores positivistas; derribáis de un golpe toda nuestra legislación, todo nuestro derecho; os incapacitáis vosotros mismos para pensar, porque el mismo Stuart Mill lo ha dicho, «es incontestable que la inducción sería imposible sin estos conceptos generales.» Y tened presente que no se desecha la metafísica en general, sus innegables errores del pasado, sino todo concepto metafísico, y en consecuencia, toda idea abstracta. Ahora bien, el estudio de esas abstracciones, de esas ideas generales del entendimiento que, como la de *igualdad*, como la de *relación*, constituyen lo más abstracto que puede concebirse, forman, han formado y formarán quizá en la sucesiva evolución filosófica, importantes y profundos estudios sobre los fenómenos más íntimos, más impalpables del pensamiento. Ese método introspectivo de que Augusto Comte se burlaba, diciendo que era el ojo mirándose á sí mismo, como si no pudiera observarse en los demás, en los hechos mismos del pensamiento; esa filosofía alemana que ha producido gigantes de la inteligencia, como Kant, como Fichte, como Schelling, como Hegel, y tantos otros profundísimos pensadores, y de la que no



tales ó cuales positivistas sino el más ilustre de todos ellos, Herbert Spencer, ha dicho textualmente en su libro: «El individuo contra el Estado,» que «sea cualquiera la opinión que se tenga de la filosofía alemana, nadie la tachará de superficial,» esa filosofía, lo mismo que todos los otros sistemas filosóficos salidos de la fecunda matriz del entendimiento humano; todo eso, señores, todo eso cae por tierra á una sola plumada de las comisiones.

No, no es un grupo de sectarios inteligentes, sinceros y entusiastas, por mucha que sea su inteligencia, su sinceridad y su entusiasmo, los que pueden derribar el edificio intelectual de la humanidad. No es un Congreso, por ilustrado que sea, el que puede ni el que debe resolver esa lucha gigantesca entre el materialismo y el espiritualismo, entre el idealismo y el sensualismo, entre el racionalismo y el positivismo, que bajo tantas formas han luchado, como Ormuzd y Ahimanes en la mitología de los antiguos persas.

No es un Congreso de libres pensadores, si es que son libres los prosélitos de un sistema, los que deben restringir á la vez que la libertad de enseñanza, la libertad del pensamiento.

Hoy el positivismo sube los escaños del poder, como el cristianismo en la época de Constantino, y mañana, como el catolicismo, puede ser el tirano de las conciencias. Este no es un poder infundado; lo confirma la historia, y aun la historia misma del positivismo. Esta escuela no sólo ha organizado el método experimental en la investigación científica, con lo que ha prestado servicios eminentes á la humanidad, sino que también como toda obra humana, se ha extralimitado, ha llegado con su ilustre fundador, con Augusto Comte, á establecer una religión. ¿Quién nos asegura que mañana no tengamos, al adoptar oficialmente una escuela filosófica exclusivista, una especie de religión

oficial disimulada? Los positivistas del Brasil, al ascender al poder ¿no han tratado de implantar allí desde luego el calendario semi-religioso de Augusto Comte?

¡Triste porvenir el de las naciones, si después de haber sacudido el Estado el yugo de la religión, cayese bajo la férula de los sistemas filosóficos! Así comienzan todas las tiranías.

Yo no temo que todos los Estados de la República cayesen en las redes que en su proposición 8ª les han tendido las comisiones, para hacer imperar determinada escuela filosófica en toda la nación; yo creo que la verdad y el derecho se abren paso por sí solos, y que el país sabrá discernir cuáles son los errores que ha cometido este Congreso, como los pueden cometer los hombres, las sociedades, la misma humanidad.

Pero tengo la convicción de que esta ilustre corporación ha cometido muy pocos errores, y deploraría que persistiese en uno tan trascendental; por honor suyo, desearía que lo reparase como fuera posible, y al terminar esta exposición que tengo el honor de hacer, presento un medio de salvar las opiniones ampliamente liberales del Congreso, que debe ser consecuente con sus libérrimas decisiones anteriores.

Porque no es liberal, señores representantes, que cuando el Estado ordene que se enseñe, por ejemplo, Economía política, diga que ésta consiste en la sistematización del libre cambio, con entera exclusión de todo concepto proteccionista. En mi humilde juicio, el profesor debe enseñar ambas doctrinas, la libre-cambista y la proteccionista; debe presentar las razones que hay en pro ó en contra de cada una; debe en todo caso manifestar su opinión propia, la preferencia de sus convicciones; pero debe, sobre todo, dejar al alumno que ya tiene ó tendrá más tarde criterio bastante para discernir, es-

coger la que le parezca más acertada, la que en su concepto considere verdadera.

De otro modo, habremos vuelto al *Magister dixit*, habremos vuelto á la enseñanza dogmática, habremos excluido la enseñanza racional.

Decir, como las comisiones indican, que la lógica que piden es sólo la sistematización de los conocimientos científicos ya impartidos, es afirmar que la lógica existe sólo como sus individuos la conciben, que no se han equivocado en el concepto que de ella tienen. que son, en suma, infalibles como el Papa.

Yo no vengo á combatir la adición que presentaron, en nombre de determinada escuela filosófica; yo me declaro libre pensador; si algunos miembros de las comisiones son eclécticos dentro del positivismo, si aceptan á Spencer con preferencia á Comte, ó á Bain con preferencia á Stuart Mill, fuera del positivismo también puede haber eclécticos, también puede haber quien reconozca la bondad y utilidad del método experimental, los méritos incontestables del positivismo, sin ser, sin embargo, partidario de la religión de Comte, ó del evolucionismo de Spencer. Yo no vengo, repito, á pretender que aquí se discuta y aquí se resuelva, aquí donde la elocuencia puede vencer á la razón, y el talento á la verdad, cuál de las dos mitades de la humanidad tiene de su parte la razón; eso no puede resolverlo este Congreso; creo que ni él como corporación ni cada uno de sus miembros como individuo, se consideran jueces competentes para fallar, ni tribunales constituidos para resolver, en última instancia, en ese inmenso proceso, en que figuran como reos los colosos del pensamiento. No; para eso se necesita un gran jurado, el gran jurado de la posteridad.

El mismo materialismo, señores, vosotros lo sabéis mejor que yo, á pesar de que va en sus conclusiones mucho más lejos que el positivismo, ha sido acusado

por éste de ser un sistema metafísico, á la vez que se ha tachado al positivismo de ser un materialismo vergonzante. Yo no profeso ninguna religión, señores; yo no pertenezco á determinada escuela filosófica; no soy ni siquiera espiritualista; acepto mucho del positivismo, del materialismo, del transformismo, y aun algo del racionalismo y del criticismo; creo que todos esos sistemas filosóficos tienen su parte de verdad; soy, pues, imparcial para con todos, sistemático para con ninguno. Creo, por lo tanto, que no me guía en contra de la adición de las comisiones, ninguna prevención sistemática, ningún proselitismo de escuela.

Sé que me objetarán que aquí no se ha tratado de hacer imperar una doctrina filosófica sino un método, como los que se han prescripto para que, conforme á ellos, enseñen los profesores. Yo nunca he opinado en favor del exclusivismo en los métodos, y en la prensa estuve de parte del Sr. Flores, cuando abogaba, como él decía, por el *peor es nada* del modo lancasteriano. Pero, señores, aquí no se trata ya de niños, á quienes es preciso imponer dogmáticamente los conocimientos que no están en aptitud de discutir; aquí se trata de jóvenes que ya pueden raciocinar, y de jóvenes que deben habituarse á discernir. Aquí no se trata ya de profesores oficiales, de empleados del gobierno, á quienes éste puede imponer, con más ó menos razón ó derecho, determinada manera de enseñar; se trata de los alumnos, de ciudadanos libres á quienes deben enseñárseles todas las doctrinas que presenta la ciencia, para que elijan, según su criterio ya desarrollado, las que juzguen verdaderas. Aquí no se trata ya de métodos para enseñar, que es en lo que se ocupa la pedagogía, sino de métodos para inquirir y demostrar la verdad, que es en parte, en lo que se ocupa la lógica, y si se suprime alguno de ellos, se hará infinitamente más daño que si se de-



jara de enseñar por determinado método, porque las verdades ya conocidas, se pueden adquirir de muy diversos modos, pero no siempre sucede lo mismo con las que están por descubrir.

Pero es en vano que yo me esfuerce en probar lo que ya las mismas comisiones han demostrado en la página 17 de su dictamen, cuando afirman textualmente que "dos escuelas rivales, dos doctrinas opuestas se disputan el derecho de legislar en materia de lógica."

Pues bien, si hay dos escuelas en lógica, como las hay en economía política, como las hay en literatura, como las hay en bellas artes, como las hay en tantas otras materias, háganse conocer al alumno esas dos escuelas, que la verdad, lejos de perder, ganará en ello; presenten los profesores el pro y el contra de esas doctrinas, que de su discusión irá naciendo la luz; no se excluya por decreto toda una corriente del espíritu humano.

No sólo hay dos doctrinas en lógica, aunque esas sean las principales, como no sólo hay dos sistemas filosóficos; cada gran filósofo, cada nueva filosofía ha presentado distinta lógica, distintos métodos, desde el *Niaya* de Gutama en el Indostán, y el *Organon* de Aristóteles en Grecia, hasta Bacon en Inglaterra y Descartes en Francia, hasta los filósofos alemanes y los positivistas contemporáneos. No debemos cerrar el porvenir; no debemos inscribir en el pórtico de este Congreso el *Non Plus Ultra* de la filosofía.

Además, la verdad no se encuentra siempre en uno de los dos extremos, mucho menos en materias filosóficas; quizá más bien en el término medio, en la conciliación, en la combinación, en la selección de lo mejor, es con frecuencia donde se halla la verdad. Sería preferible que no se enseñara la lógica, como no se enseña la religión, si se habían de enseñar una lógica ó una religión determinadas. Cuando hay dos escuelas, dos doctrinas anta-

gónicas, el Estado, que es á quien aconsejamos, debe ser imparcial para entrambas, debe ordenar que se enseñen las dos, ó que no se enseñe ninguna. Así como se respetan las creencias religiosas de los ciudadanos, se deben respetar sus creencias filosóficas. Cuando hay dos escuelas, dos doctrinas opuestas y en ellas figuran de una y otra parte las lumbreras de la ciencia, los genios de la humanidad, hay motivo cuando menos para dudar. En la duda abstente, decían los estoicos; en la duda, nos decía el Sr. Sierra, en otra ocasión, óptese siempre por la libertad. Dénse, pues, las dos doctrinas, la lógica completa, ó no se dé ninguna. Si no hay profesores imparciales,—que indudablemente sí los hay—establézcanse dos cátedras. ó por lo menos una de historia de las doctrinas lógicas. Si no hay los textos más adecuados, escríbanse, ábranse concursos al efecto, elijan los menos malos, ó enséñese oralmente. Sobran medios de ser equitativo.

Nosotros aconsejamos á un Estado, á una República de liberales, no á una nación absolutista; por lo mismo debemos, como liberales que también somos, reconocer que si el Estado está divorciado de las creencias religiosas, lo mismo debo estarlo de las creencias filosóficas. El Estado, la Iglesia, la Filosofía, la Ciencia, son entidades independientes, que no deben estar subordinadas entre sí. De lo contrario, caminaríamos en línea recta hacia la tiranía.

Yo no tengo á hablar aquí de libertad como de un concepto metafísico; no la amo platónicamente; la estimo como un bien real de la sociedad, como un bien demostrado por la historia. Si la verdad fuera patrimonio del hombre, los liberales aceptaríamos la tiranía de la verdad; pero el hombre no es infalible, y por eso preferimos la libertad, porque la historia nos ha desengañado. Somos los desengañados de todos los despotismos, hasta del

que se ejerce en nombre de la ciencia, porque así lo han ejercido las teocracias. Las tiranías no se combaten con las tiranías, sino con la libertad.

«El Estado, dice Ahrens en su *Derecho Natural*, debe garantizar libertad plena al desarrollo de las ciencias y de las artes, y no intervenir por sí en el movimiento interior de las doctrinas, de los métodos, del estilo, etc., ni con prescripciones, ni con prohibiciones. Toda acción ejercida por el Estado, contra los que profesan una doctrina considerada como falsa, por ejemplo, el materialismo, no contribuirá más que á excitar el ardor de sus partidarios, á debilitar y á hacer aparecer alguna vez, bajo una falsa luz, la refutación, y hasta excitar simpatías entre los que ven con razón en semejante persecución, la violación del principio de libertad, sin la cual la verdad no puede echar fuertes raíces en el espíritu y transformarse en convicción y certidumbre.»

Yo bien sé que todos los principios se exageran; que se me dirá que no alcanzaría toda la vida para el estudio de todas las doctrinas que en diversas épocas han prevalecido en la ciencia; pero yo no me refiero á los errores pasados, cuyo estudio corresponde en todo caso á la historia de las ciencias, sino á las doctrinas presentes, á aquellas que luchan todavía, que no se pueden considerar como muertas. Y cuando vemos que los conceptos metafísicos son todavía sostenidos por eminentes pensadores de nuestro siglo; que la *Lógica* de Hegel es esencialmente metafísica; que la bibliografía de esta última se enriquece constantemente, que en 1863, publica Vacherot sus *Principios de metafísica positiva*; que en 1879, Alax da á luz su *Metafísica considerada como ciencia*; que en 1889, Alfredo Fouillet crea su libro, el *Porvenir de la Metafísica fundada sobre la experiencia*; y sobre todo, que las mismas comisiones se ven obligadas á reconocer que todavía en la actualidad, «dos

doctrinas, dos escuelas, se disputan el derecho de legislar en lógica, es imposible que podamos hacer exclusiones, que equivaldrían á extirpar de cada alumno, de cada hombre, todo un hemisferio cerebral.

Yo preferiría que las comisiones, convencidas, no de que sus doctrinas filosóficas sean falsas, sino de que han propuesto un atentado, aprovechando la circunstancia de que no están en un Congreso de filósofos, y de que no han dejado tiempo para reflexionar á los ilustrados miembros de esta honorable corporación, pidieran autorización al Congreso para retirar simplemente la parte adicional de su proposición; pero si esto, que no creemos que lo impida ningún reglamento, no pudiese obtenerse, yo me permitiré hacer un recuerdo á esta ilustrada corporación.

Cuando en 1880, en el Congreso de la Unión, se discutía la cuestión de títulos profesionales, logró aprobarse, en un momento de sorpresa, el artículo que restringía por medio del título la libertad profesional. En otra sesión, uno de los más distinguidos liberales de nuestro país, el Sr. General Vicente Riva Palacio, logró inutilizar aquel triunfo del espíritu restrictivo, haciendo aprobar al mismo Congreso, mediante la elocuencia de su palabra y los sólidos fundamentos de su argumentación, una proposición suspensiva, para que no tuviera efecto lo aprobado, mientras no se discutiera primero si debía ó no suprimirse de la Constitución, el inciso del artículo 3º, que permite que la ley orgánica exija títulos á determinadas profesiones.

Se trataba entonces, señores representantes, no de consejos, como los que nosotros damos, sino de una ley ya expedida, si bien no promulgada. Si aquel Congreso supo volver sobre sus pasos, ¿por qué no habría de hacer lo mismo el de Instrucción?



Yo estoy cierto de que si la adición presentada por las comisiones á última hora, y sin apoyarla con fundamentos, la hubieran presentado en su oportunidad, y la hubieran dejado á la meditación del Congreso, esa proposición no hubiera sido aprobada, mucho menos sin discusión. Sólo por una sorpresa, repito, pudieron darle su voto afirmativo, personas que indudablemente no opinan como los miembros de la mayoría de las Comisiones.

Voy, por mi parte, y con todo el respeto que me merece una corporación tan ilustrada, á hacerlos una proposición análoga á la que en caso semejante hizo el Sr. Riva Palacio.

Yo deploro no poseer su elocuencia para arrebatár vuestros corazones y vuestros votos; pero he procurado simplemente persuadir vuestras elevadas inteligencias. Me felicitaría de poder contribuir con un grano de arena á que prestáse ese servicio eminente á la causa de la enseñanza y de la filosofía; yo no propongo que se discuta la cuestión filosófica, que sería interminable, sino únicamente la jurídica, que casi es de sentido común; pero si las razones que he expuesto no inclinan vuestro ánimo en favor de mi proposición, que al menos lo que yo considero como un atentado contra el derecho, contra la libertad de enseñanza, que no quede en este Congreso sin protesta; y si como es presumible, saliese yo derrotado en un combate tan desigual, por la superioridad de las inteligencias, más que por la verdad de las opiniones, yo me creería siempre honrado, cayendo al pie de esta tribuna en defensa de la libertad.

He aquí mi proposición, la que suplico al Congreso tome desde luego en consideración, con dispensa de trámites:

"Suspéndase aconsejar al Ejecutivo, la parte adicional de la resolución 8ª del dictamen sobre estudios preparatorios, mientras no se discuta si está ó no en las

facultades del Estado, excluir de la enseñanza de las ciencias, una ó varias de las escuelas ó doctrinas que en aquellas existan."

\* \* \*

Ramón Manterola, Luis Pérez Verdía, Luis G. Alvarez y Guerrero, Ricardo Gómez y Carlos A. Carrillo.

EL C. PRESIDENTE J. SIERRA.

La Mesa, con profundo sentimiento se ve en el caso de anunciar este trámite: "No se dará entrada á la proposición suspensiva," porque una proposición semejante sólo puede presentarse en el curso del debate, y la que se presenta, se refiere á una discusión clausurada ya.

Por consiguiente, este trámite es el que la Mesa pone á discusión.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra en contra.

¿Se aprueba el trámite dado por la Mesa?

Aprobado.

Se ha presentado la siguiente proposición:

"Nómbrese por la Mesa, una comisión que se encargue de estudiar esta cuestión: ¿Qué condiciones deben tener los libros de texto en las escuelas preparatorias, y cómo debe procederse á su elección?"

No hay quien pida la palabra.

¿Se aprueba?

Aprobado.

Está á discusión el dictamen sobre instrucción primaria superior.

La comisión indica que por falta del copista no consta en el dictamen que se discute la proposición 22ª que á la letra dice:

22ª La distribución de tiempo se sujetará á las prescripciones siguientes:

1ª. Los trabajos intelectuales alternarán con el recreo y los ejercicios físicos.

2ª. Los estudios que exijan mayor es-

fuerzo intelectual se colocarán en las primeras horas de la mañana.

3ª En la sucesión de materias se evitará el que continúen en ejercicios no interrumpidos unas mismas facultades.

4ª La distribución de tiempo, una vez aprobada no deberá cambiarse sino por causas justas, á juicio de la autoridad competente.

No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba el dictamen en lo general.

Aprobado por unanimidad de votos.

Se puso á discusión en lo particular aprobándose también por unanimidad de votos, desde la proposición 1ª. á la 19ª inclusive.

Se puso á discusión la 20ª que dice:

20ª Las nociones teóricas que se den á los alumnos, serán concisas, claras y no contendrán términos que no les sean previamente explicados.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Suplicamos á la comisión se fije en que seguramente falta aquí la palabra *técnicos*, porque sería imposible que antes de dar una definición, se explicaran los términos que ella contiene; y por otra parte, creo que no sería conveniente que antes de referirse á los términos técnicos los explicara el profesor, porque en este caso se convertiría en una especie de diccionario para explicar todos los términos de que va á usar para después dar la definición.

Seguramente, repito, falta aquí la palabra técnico, y suplico á la comisión se sirva rectificar este punto.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—La idea de la comisión es que no sólo los términos técnicos sean explicados, sino algunos otros que pudieran entrar en la exposición de

las nociones que necesitan alguna aclaración ó explicación previa para el alumno.

Sin embargo, la comisión acepta lo indicado por el Sr. Correa respecto al adverbio previamente, y en consecuencia, lo suprime.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida la votación resultó aprobada por 11 votos contra 8.

Sin discusión se aprobaron las fracciones 21ª. y 22ª por unanimidad la primera y por 18 votos contra 1 la segunda.

EL MISMO C. SECRETARIO.—En virtud de la proposición aprobada anteriormente, la Mesa nombra en comisión para dictaminar sobre la cuestión de textos de la Escuela Preparatoria, á los Sres. Parra, Flores, Schultz, Pérez Verdía y Díaz Milán.

El próximo sábado se dará lectura al dictamen de escuelas normales.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.—*Luis E. Ruiz*, Secretario.

## SESION

**Del día 17 de Febrero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL SR. DR. MANUEL FLORES

Asistencia de los Sres. Baz; Díaz Milán, Cervantes E., Cervantes I., Cisneros, Correa, Cosmes Diez Gutiérrez, Ferrari Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Domínguez, Osoy, Parra, Pérez Verdía;



Pineda, Mateos, Rodríguez y Cos, Ruiz, Rébsamen, Carrillo, Schultz, Serrano y Sierra; y Directores, Gutiérrez N., Losa y Zayas.

A las seis y veinte se pasó lista de representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

El C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. representante de Nuevo León, para dar lectura al dictamen de Escuelas Normales.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores representantes:

En la parte relativa á las Escuelas Normales, el Cuestionario formula las siguientes preguntas:

«1.º ¿Deben todos los Estados abrir Escuelas Normales? Estas deben ser uniformes con las del Distrito.

«2.º ¿Para el efecto de uniformarlas es aceptable en la de varones, el plan de estudios de la Escuela Normal de profesores del Distrito que á continuación se expresa?

#### PRIMER AÑO.

Lectura superior, ejercicios de recitación y reminiscencia.

Aritmética y Álgebra.

Geometría.

Elementos de Mecánica y de Cosmografía.

Geografía general y de México.

Historia de México.

Primer curso de idioma Francés.

Ejercicios de Caligrafía, Dibujo aplicado á la enseñanza.

Gimnástica.

Canto Coral.

Ejercicios militares.

Observación de los métodos de enseñanza en las escuelas anexas:

#### SEGUNDO AÑO.

Elementos de Física y de Meteorología.

Elementos de Química general, agrícola é industrial.

Segundo curso de idioma Francés.

Historia general.

Primer curso de idioma Inglés.

Ejercicios de Caligrafía, Dibujo aplicado á la enseñanza.

Gimnástica.

Canto coral.

Ejercicios militares.

Práctica empírica de los métodos de enseñanza en las escuelas anexas.

#### TERCER AÑO.

Elementos de Historia Natural.

Lecciones de cosas.

Nociones de Fisiología.

Segundo curso de idioma Inglés.

Primer curso de Pedagogía comprendiendo:

Elementos de Psicología.

Lógica.

Moral y Metodología, con especialidad el sistema Fröbel.

Gramática española y ejercicios de composición.

Ejercicios de Caligrafía y Dibujo aplicado á la enseñanza.

Canto coral.

Ejercicios militares.

Práctica de la enseñanza en las escuelas anexas.

#### CUARTO AÑO.

Nociones de Medicina doméstica y de Higiene doméstica y escolar, comprendiendo la práctica de la vacuna.

Elementos de Derecho constitucional.

Elementos de Economía política.

Segundo curso de Pedagogía, comprendiendo:

Metodología (continuación de la anterior.)

Organización y disciplina escolar.

Historia de la Pedagogía.

Ejercicios de Caligrafía y Dibujo aplicado á la enseñanza.

Gimnástica.

Canto coral.

Ejercicios militares.

Práctica de la enseñanza en la escuela anexa y ejercicios de Crítica pedagógica.

«3.ª Revisión del programa aprobado en 24 de Enero de 1888, para poner en práctica el preinserto plan de estudios.

«4.ª ¿Cuántos años deben durar los cursos de las Escuelas Normales de varones?

«5.ª Cuál debe ser la organización en las Escuelas Normales de señoritas?»

Tales son, señores representantes, las difíciles cuestiones que se han sometido al estudio de la comisión que suscribe, y acerca de las cuales tiene el honor de presentar el siguiente trabajo, que somete respetuosamente á la ilustración y recto juicio de esta respetable Asamblea.

La comisión, ante todo, considera de estricta justicia, el manifestar que poco ofrece de original en sus resoluciones, porque muchas de las ideas que en ellas se contienen, son las mismas que presentó la comisión de Escuelas Normales del 1.º Congreso Nacional de Instrucción Pública, en trabajo importantísimo que no llegó á ser discutido por aquella ilustrada corporación.

El estudio que hicieron de las cuestiones expuestas los Sres. Rébsamen, Vigil y Garza, no sólo nos ha servido en su parte resolutive, sino que aun de su misma parte expositiva hemos tomado textualmente las razones que presentamos como fundamento de alguna de nuestras resoluciones.

Pero, si bien en lo general hemos seguido la opinión de tan respetables personas, á riesgo de desvirtuar su interesantísimo estudio, nos hemos permitido mo-

dificar, quizá en lo esencial, varias de sus principales proposiciones omitir otras, y agregar algunas; todo con el objeto de que nuestro trabajo, á la vez que ofrezca una completa resolución del asunto, esté también de acuerdo con el criterio que norma los trabajos de este Congreso, criterio que se ha revelado en el novilísimo empeño de dejar en amplia libertad á la enseñanza, y de facilitar y difundir los medios de instrucción en el país, quizá hasta con riesgo de que esa libertad nos perjudique, y con peligro también de que se sacrifique la calidad de nuestros establecimientos de enseñanza por atender demasiado á su cantidad.

La comisión no se ha dejado llevar solamente de sus particulares opiniones en el trabajo que presenta: cualesquiera que ellas sean entre sus diversos miembros, aun las más contrarias al espíritu que domina en el Congreso, si no se han sacrificado por completo, sí se han restringido, se han modificado con gusto, teniendo presente que la comisión forma parte de una colectividad, á cuya opinión tiene que someterse, máxime cuando comprende que esa opinión general está fundada en el firme convencimiento de que su *desideratum* es lo que en el actual momento histórico conviene á nuestra patria.

No, queremos los *soñadores* con el verdadero progreso de la instrucción pública, insistir más en nuestros ideales de perfeccionamiento y prudentes restricciones. Y ya que de perfeccionamiento hablamos, señores representantes, conste que, no sólo de él nos hemos preocupado, sino que siempre hemos proclamado al benéfico consorcio entre la difusión y el mejoramiento de nuestra educación popular. Quizás nuestro exagerado amor á la causa sagrada en que militamos, nos ciegue hasta el punto de desconocer que hay un verdadero desacuerdo entre nuestros ideales y lo que conviene á los inte-



reses del país. Es muy posible que estemos en el error, cuando una ilustrada y sensata mayoría se inclina en favor de ideas que nos son contrarias. Pero tenemos fe en que del esfuerzo de las opiniones antagónicas que han aparecido en el Congreso, ha surgido ya la resultante que determine el equilibrio debido.

Bajo la influencia de tan consoladora idea, y sometidos á esa prudente opinión general, que nos honramos en respetar, es como hemos dado forma al presente dictamen. ¡Ojalá que hayamos sabido colocarnos en un punto desde donde podamos dar á esta honorable Asamblea la conveniente resolución del asunto que nos ocupa!

\* \* \*

Respecto de la primera parte de la cuestión, en que se pregunta si todos los Estados deben abrir Escuelas Normales, la comisión no vacila en contestar afirmativamente.

Si de la ilustración de las masas, como tantas veces se ha dicho, depende el progreso de los pueblos, y si la práctica de las instituciones democráticas es imposible sin ciudadanos que tengan el conocimiento de sus deberes y sus derechos; es del todo indispensable para promover el progreso de nuestra patria y para llegar á la verdadera vida democrática, que nuestras masas populares encuentren en la escuela primaria los elementos necesarios para convertirse en factores de la prosperidad nacional y en ciudadanos celosos de sus derechos y cumplidos en sus deberes.

Esto no se conseguirá del todo, con sólo enviar al hijo del pueblo al jacal ó á las ruinas, con pretensiones de escuela, donde un desheredado de la fortuna y de la ciencia se constituye en *maestro* sin tener ni los conocimientos, ni la práctica, ni la vocación necesarias para hacer de un niño ignorante y débil en todos sentidos, un hombre completo, un ciudada-

no ilustrado y fuerte con todas las energías físicas, intelectuales, morales y políticas.

No, señores: tal metamorfosis no se consigue en el frío recinto donde falte el calor de la ciencia; no se realiza tal formación del hombre y del ciudadano, donde el corazón del niño no encuentre el corazón del maestro inflamado de amor por todo lo grande, por todo lo bueno y por todo lo bello; donde no se le muestren los vínculos sagrados que lo ligan con la humanidad entera; donde no oiga la voz balbuciente de emoción, que le hable de sacrificar su bienestar, su vida misma, por los grandes intereses de la patria; donde sólo se encuentre con un corazón helado, inerte, que late solamente al recibir la mezquina retribución con que satisface sus modestas necesidades, único móvil de sus pobres y penosísimos trabajos.

Sólo la verdadera escuela, animada por el espíritu apostólico del *verdadero maestro*, es la que realiza transformación tan importante. Pero el *verdadero maestro*, sólo por excepción se forma solo.

La Escuela Normal: donde se nutre la inteligencia del futuro dispensador del alimento intelectual; donde se robustece el cuerpo para soportar las fatigas de los mortíferos trabajos escolares; donde se ennoblece y fortifica el carácter para formar el modelo de conducta que el *maestro* debe ofrecer á la niñez; donde se embellece con la preparación artística el alma que ha de despertar en el niño el sentido estético, fuente de purísimos goces; donde se exalta el sentimiento patriótico para que, como misteriosa corriente, se transmita á los corazones infantiles; donde, sobre todo, se hace comprender al futuro *maestro* la conciencia de su elevada misión, toda de abnegación y de paz, encendiendo en su espíritu el calor vivificante con que ha de hacer fructificar los gérmenes de inteligencia y de bondad que encuentre á su paso, para convertirlos en

elementos de prosperidad y de bien para la patria; sólo allí, en la Escuela Normal, es donde se forma debidamente á los maestros. Sin esos semilleros de educadores tendremos quizás profesores ilustrados ó de admirable práctica, ó de ardiente afecto á la niñez, etc.; pero no maestros completos que reúnan todas esas y otras muchas grandes cualidades que sólo una preparación armónica, completa y apropiada puede producir.

Es, pues, de todo punto indispensable, que las entidades federativas todas del país, se apresuren á establecer planteles destinados á formar *verdaderos maestros*, que cuanto antes difundan por todos los ámbitos de la República, entre todas las clases sociales y del modo debido, la *enseñanza primaria*, fuente de nuestro progreso y sostén de nuestras instituciones.

En cuanto á la segunda parte de la primera cuestión en que se pregunta si las Escuelas Normales de los Estados deben ser uniformes con las del Distrito, la comisión que suscribe, opinando como la del primer Congreso, manifiesta que no sólo considera imposible para la mayoría de los Estados que sus Escuelas Normales sean uniformes con la de la capital, sino que aun cuando esto fuera posible, cree que sería del todo inconveniente el establecer una precisa y absoluta uniformidad entre los expresados planteles. Mas no por esto opina la comisión que deba dejarse en libertad absoluta la organización de dichas escuelas; sino antes bien, que han de establecerse algunas condiciones generales á las que deban sujetarse, para que llenen debidamente su importante objeto. En tales respectos, hacemos nuestras las razones que fueron presentadas en el dictamen suscrito por los Sres. Rébsamen, Vigil y Garza, y son las siguientes:

«Sobre el objeto especial y determinado que tienen las Escuelas Normales, existe un fin más alto que cifra su trascen-

dencia progresiva. Esos planteles deben ser accesibles á las ideas nuevas que diariamente aparecen en materia de educación y de enseñanza, adoptando aquellas cuya bondad se compruebe por la experiencia; y tal resultado no podría obtenerse si todas estas escuelas quedaran sometidas á reglas uniformes, que no dieran cabida á benéficas innovaciones. Si pues no es conveniente que la instrucción permanezca estacionaria en medio del movimiento científico de nuestra época, no puede admitirse nada que ponga obstáculo á ese movimiento, como lo pondría seguramente la uniformidad absoluta.»

«Compréndese, por lo demás, que no basta que una escuela lleve el nombre de Normal para que posea la facultad de examinar y aprobar á las personas que quieran dedicarse al honroso ejercicio del profesorado; sino que es de todo punto necesario que la organización y demás condiciones de esos establecimientos, correspondan á los fines con que se han instituido; los resultados, en caso contrario, serían desastrosos para la institución misma, sobre la cual arrojarían un gran desprestigio los maestros superficiales y charlatanes que allí se formaran, y cuya ineptitud sería de funestas consecuencias para la instrucción popular.»

Fundada en las razones anteriores, la comisión considera indispensable establecer ciertas condiciones generales, en las que deben ser uniformes todas las Escuelas Normales de la República, y que puedan referirse á los puntos que se expondrán detalladamente en nuestras resoluciones, y son los siguientes: diferentes clases de maestros que en dichas escuelas deben formarse; materias que forzosamente han de enseñarse, sin que por esto se excluyan otras que se quieran agregar á los programas; establecimiento de una escuela práctica anexa; puntos principales que comprende la práctica profesional de los alumnos normalistas; límite máximo de



las horas de trabajo en la semana; *mínimum* del tiempo destinado á las materias del curso pedagógico y práctica profesional; preparación científica de los jóvenes que aspiren á ingresar á las Escuelas Normales; y práctica operatoria para el examen profesional.

La comisión cree conveniente llamar la atención del Congreso acerca del primero de los puntos expresados. En él propone, como se verá en la parte resolutive, que se establezcan dos clases de maestros: de instrucción primaria elemental, y de instrucción primaria superior. Esto, á la vez que facilitará la pronta formación de maestros para las escuelas elementales, cuyo número es mayor que el de las superiores, evitará que se exijan aptitudes iguales á todos los maestros, y sin embargo, se les asignen retribuciones diferentes, como tienen que serlo las que se den á los directores de escuelas elementales, respecto de las que se asignen á los directores de las escuelas superiores. Así, cada maestro, según su grado, tendrá derecho á la dirección de determinada clase de escuela, y gozará de una retribución proporcional con sus aptitudes.

Expuesto ya el sentir de la comisión respecto á la uniformidad de las Escuelas Normales, se comprenderá que no puede presentar resolución alguna, respecto á las cuestiones 2ª y 3ª de las que se le han propuesto, y que se contraen al examen del plan de estudios y programa de la Escuela Normal del Distrito.

Pasando á la cuestión 4ª, los que subscribimos, manifestamos que el punto á que ésta se contrae, lo consideramos como uno de aquellos á que debe hacerse extensiva la uniformidad; pues establecido el *mínimum* de materias que deben formar el programa de las Escuelas Normales, es indispensable determinar también el *mínimum* de tiempo necesario para su aprendizaje. Este *mínimum* puede ser, á juicio de la comisión, de tres años

para los cursos en que se formen profesores de instrucción primaria elemental, y de cinco para aquellos en que se formen profesores de instrucción primaria superior.

Réstanos tan sólo manifestar nuestra opinión acerca de la cuestión 5ª, que se contrae á la organización de las Escuelas Normales de profesores.

No cree la comisión que deban discrepar en lo fundamental estas escuelas, de las destinadas á la formación de profesores; pero sí juzgan indispensable que haya en sus planes de estudios, y en el tiempo señalado á sus cursos, las modificaciones que reclaman sus particulares tendencias y la naturaleza de sus educandas.

La educación de la mujer debe ser igual á la del hombre, si se quiere que haya verdadera intimidad y solidez en las relaciones domésticas; pero si bien es necesario que los dos sexos tengan una instrucción común, es, por otra parte, indispensable que á cada uno se le prepare debidamente para sus funciones especiales.

Del mismo modo que al niño se le inicia en la escuela primaria en los conocimientos que deben servirle para la vida pública, á la que más tarde debe lanzarse; de igual manera deben suministrarse á la niña todos aquellos conocimientos que la dispongan al cumplimiento de sus obligaciones en el hogar.

Pero, como generalmente se cree que la preparación especial de la mujer sólo consiste en proveerla de aptitudes artísticas para que brille en el salón ó para que adorne su casa y su persona; sin desconocer el valor social y estético de tales aptitudes, cree la comisión que, no siendo éstas, ni todas, ni las principales que han de completar la educación de la mujer, cree, repito, que debe fijar de un modo preciso (por más que entre en pormenores que parezcan prosaicos) lo que en realidad constituye la preparación especial de la futura ama de casa y madre de

familia. Esta preparación consiste esencialmente en el conocimiento de los principios relativos al gobierno de la casa, y á la crianza y educación de los hijos; en la habilidad para las labores de verdadera utilidad en el hogar, como la costura en blanco, el zurcido, el corte y confección de ropa; y en la práctica de los trabajos domésticos propiamente dichos, como son la preparación y condimentación de los alimentos, el arreglo interior de los diversos departamentos de la casa, etc.

De conformidad con tales ideas, la comisión, en la parte resolutive de este dictamen, propone cuáles deben ser las modificaciones que se hagan al programa de las escuelas de maestros, para adecuarlo al plan de estudios de las escuelas de profesoras, de tal manera, que éstas puedan suministrar á las niñas la particular enseñanza teórico-práctica que reclaman sus futuras necesidades.

Proponemos también, respecto de las escuelas á que nos referimos, que el tiempo destinado á sus cursos sea mayor, con objeto de que se disminuyan á las alumnas normalistas las horas de trabajo; pues consideramos que sus condiciones fisiológicas, principalmente en la edad en que empiezan sus estudios, no les permiten sino un trabajo moderado. Por tanto, creemos que los cursos correspondientes á las profesoras de instrucción primaria elemental, deben durar cuatro años, y seis los de las profesoras de instrucción primaria Superior. Terminamos lo relativo á este punto manifestando, que como en las Normales de maestras deben prepararse las profesoras para las escuelas de párvulos, la comisión considera indispensable que dichas Escuelas Normales tengan una escuela de párvulos anexa para la práctica del sistema de Fröbel.

Preocupada la comisión con la suerte de las escuelas rurales que por mucho tiempo todavía carecerán de profesores normalistas, y con objeto de que llegue

hasta aquellas escuelas la benéfica influencia de los buenos métodos, propone como complemento del dictamen que presenta, el establecimiento de cursos prácticos de metodología, para los maestros rurales, en las escuelas de las cabeceras de Municipalidades, Distritos ó Cantones, donde haya profesores iniciados en la moderna enseñanza.

No terminaremos sin manifestar, siquiera sea para que en el porvenir se tome en consideración, el vehemente deseo de que nuestro sistema de instrucción pública se corone con el establecimiento de una Escuela Normal Superior, en la capital, donde se formen los profesores que deban encargarse de la dirección y enseñanza de las Escuelas Normales de maestros primarios; y donde se formen también profesores de enseñanza secundaria, y profesional de las diversas facultades. Sólo de ese modo se hará una verdadera carrera del profesorado superior.

Como medio para llegar á la realización de este ideal, convendría que el Supremo Gobierno, del mismo modo que envía á los grandes institutos europeos, alumnos distinguidos de varias escuelas de la Nación para que perfeccionen sus estudios especiales, pensionara también, en diversas Escuelas Normales Superiores extranjeras, á los alumnos normalistas que por su capacidad y aprovechamiento se hicieran acreedores á ello, para que, perfeccionados en los altos estudios pedagógicos, pudieran luego servirnos para fundar la Escuela Normal Superior de la República.

Formulado este voto por el perfeccionamiento de nuestra instrucción superior, sometemos respetuosamente á la deliberación del Congreso nuestras proposiciones resolutivas, que son las siguientes:

I.—Todas las entidades federativas de la República deben establecer Escuelas Normales para profesores y profesoras de instrucción primaria.



II.—Las Escuelas Normales de la República deben tener la más amplia libertad de experimentación, en cuestiones de programas detallados, métodos, procedimientos y textos; pero serán uniformes, en cuanto á los puntos siguientes:

A.—Las Escuelas Normales deben formar dos clases de profesores: de *Instrucción primaria elemental* y de *Instrucción primaria superior*.

B.—El plan de estudios de las Escuelas Normales de varones debe comprender, cuando menos, las materias siguientes:

PARA PROFESORES DE  
INSTRUCCION PRIMARIA ELEMENTAL.

Teoría general de la educación, prece-  
dida de las nociones indispensables de Fi-  
siología y Psicología.

Metodología general y aplicada, prece-  
dida de nociones de Lógica.

Organización, régimen é higiene esco-  
lares.

Gramática castellana y elementos de  
Literatura preceptiva.

Aritmética, Algebra y Geometría.

Nociones de Física, Química é Histo-  
ria Natural.

Geografía y Cosmografía.

Historia general y del país.

Instrucción cívica, Moral y Urbanidad.

Nociones de Economía política y de  
Agricultura.

Caligrafía y Dibujo.

Música vocal, y práctica de piano ó me-  
lodio.

Trabajos manuales.

Gimnasia y ejercicios militares.

PARA LOS PROFESORES  
DE INSTRUCCION PRIMARIA SUPERIOR.

Además de las materias que cursen los  
profesores de instrucción primaria ele-  
mental, las asignaturas siguientes:

Curso superior de Fisiología y Psicolo-  
gía aplicada á la educación.

Historia de la Pedagogía.

Literatura patria.

Lógica.

Nociones de Estética.

Historia de la Ciencia, la Industria y  
el Arte.

Francés é Inglés.

Trigonometría rectilínea.

Teneduría de libros.

Perfeccionamiento en la Caligrafía, Di-  
bujo Música y trabajos manuales.

Práctica de ejercicios gimnásticos y mi-  
litares.

C.—Cada Escuela Normal tendrá una es-  
cuela anexa, de instrucción prima-  
ria elemental y superior, para la  
práctica profesional de sus alum-  
nos.

D.—La práctica profesional comprende-  
rá:

1º Ejercicios de observación y aplica-  
ción en la escuela anexa, para todos  
los cursos normales.

2º Conferencias pedagógicas, lecciones  
de prueba, y ejercicios de crítica  
pedagógica para los alumnos de 3º,  
4º y 5º años.

3º—Visitas á buenas escuelas primarias  
de la localidad, para los alumnos del  
3º y 5º años; y si fuere posible, vi-  
sitas á escuelas de igual clase en di-  
versas poblaciones.

E.—Las horas semanarias de trabajo, in-  
cluyendo la práctica, no deberán pa-  
sar de treinta y seis.

F.—El *minimum* de tiempo que se debe  
consagrar en la semana, á las mate-  
rias del curso pedagógico y prácti-  
ca profesional, será de doce horas.

G.—Para ingresar á las Escuelas Norma-  
les debe comprobarse, por medio de  
un examen practicado en las mis-  
mas escuelas, que se posee la ins-  
trucción primaria elemental y su-  
perior.

H.—Terminados sus estudios, los alumnos deberán practicar durante seis meses en alguna escuela primaria bien organizada, para preparar su examen profesional, el que sólo versará sobre teoría y práctica de las materias del curso pedagógico.

IV.—Los cursos de las Escuelas Normales de varones deberán durar *tres años* para los profesores de instrucción primaria elemental, y *cinco* para los de instrucción primaria superior; más los seis meses de práctica final.

V.—La organización de las Escuelas Normales de profesores será, en lo fundamental, la misma que de las respectivas de profesores, con las modificaciones siguientes:

A.—Se omitirán en sus planes de estudios: las nociones de Economía política y Agricultura, de Trigonometría rectilínea, los trabajos manuales y los ejercicios militares.

B.—Figurarán en sus programas las siguientes materias:

Conocimiento teórico-práctico del sistema de Fœbel.

Economía, Higiene y Medicina domésticas.

Nociones teórico-prácticas de Horticultura y Floricultura.

Labores propias del sexo, en las que figurarán, en primer lugar, aquellas que sean de verdadera utilidad para la familia: como la costura en blanco, el zurcido, el corte y confección de ropa, etc.

Práctica de *trabajos domésticos propiamente dichos*, como son la reparación y condimentación de los alimentos, el arreglo interior de los diversos departamentos de la casa, etc.

C.—Anexa á las Escuelas Normales de señoritas, debe haber, además de la escuela primaria respectiva, una escuela de párvulos ó *jardín de niños*, para el estudio teórico-práctico del sistema de Fœbel.

D.—Con objeto de disminuir á veinticuatro las horas semanarias de trabajo en las escuelas de profesoras, durarán los cursos de estas escuelas: *cuatro años* para las profesoras de instrucción primaria elemental, y *seis* para la de instrucción primaria superior.

VI.—A fin de generalizar la práctica de los métodos modernos en las escuelas del campo, se establecerán en las escuelas de la cabecera de Municipio, Cantón ó Distrito, en que haya maestros competentes, *Cursos prácticos de metodología*, á los que concurrirán los maestros de las escuelas inmediatas. Estos cursos se podrán dar completos, en la época de las vacaciones, ó hacerse parcialmente, destinando algunas horas en día determinado de la semana que no se perjudiquen los trabajos ordinarios.

EL C. SECRETARIO.—Está á discusión en lo general el dictamen sobre escuelas especiales.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cisneros Cámara.

EL C. CISNEROS CÁMARA.—Señores Delegados:

A moción de algunos Sres. Delegados que bondadosamente han hecho algunas observaciones en lo particular á la comisión dictaminadora, ésta ha aceptado las indicaciones que se le hicieron y á las cuales me voy á referir en muy breves palabras.

El Sr. Dr. Ruiz suplicó á la comisión que no se diera el título de escuelas á los establecimientos de idiotas, y esto funda el que hayamos suprimido esta palabra, indicando que es de todo punto indispensable la fundación de establecimientos destinados á los idiotas.

En cuanto á la segunda reforma, se



refiere á la conclusión y también y el Sr. Ruiz hizo notar que esa preciso; en las escuelas especiales, era preciso exceptuar algunos ramos de la instrucción primaria, porque en algunos establecimientos, por ejemplo, en el Conservatorio, habría necesidad de incluir estos ramos, tanto más, cuanto que para ingresar á cualquiera de estos establecimientos es preciso haber hecho previamente los estudios de instrucción primaria superior.

La otra reforma es de redacción y se refiere á la conclusión cuarta, que ahora pasa á ser quinta, en donde se dice que los estudios hechos en la escuela preparatoria son válidos para las profesionales. Tal como está redactada la proposición, parece que se refiere á todos los estudios que se hagan en dicha escuela, y lo que la comisión quiere es que para ingresar á una escuela profesional, no es precisamente indispensable haber hecho todos los estudios preparatorios.

Por lo que toca á los ingenieros, el Sr. Schultz tuvo la bondad de indicar á la comisión que se mencione cuáles son esos ingenieros, porque siendo varias las categorías y estando sus estudios distribuidos en varias escuelas, es preciso mencionar que para los ingenieros de minas, civiles, arquitectos, electricistas, geógrafos y topógrafos.

Con estas modificaciones la comisión suplica á los señores representantes, si lo tienen á bien, se sirvan dar un voto de aprobación á la parte resolutive del dictamen.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba en lo general.

Recogida la votación resultó aprobado el dictamen por unanimidad de votos.

Está á discusión en lo particular la proposición que dice:

Es conveniente y necesario conservar

y aun aumentar el número de escuelas especiales, tanto de las que se dedican á la enseñanza de alguna profesión ú oficio, cuanto de las que tienen por objeto la educación de ciegos, sordos-mudos y delinquentes jóvenes.

Sin discusión se aprobó por unanimidad, poniéndose al debate la segunda que dice:

Es de todo punto indispensable fundar establecimientos destinados especialmente á los idiotas con el fin de procurar, hasta donde sea posible la educación de éstos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Ruego á la comisión se sirva aclarar la redacción de esta segunda fracción, porque tal como está, resulta poco comprensible. «Es absolutamente indispensable fundar establecimientos destinados á los idiotas.» Yo pregunto: ¿Para qué?

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—El objeto de la comisión al querer que se funden estos planteles, es el mismo que se ha tenido en algunos otros puntos en que se han creado, y es el de trabajar de alguna manera por la educación de estos infelices, procurar de algún modo el desarrollo de sus facultades y el perfeccionamiento de su elaboración mental hasta donde fuese posible.

En el dictamen habíamos dicho que se fundaran escuelas para los idiotas; pero algunas observaciones que nos hicieron varios señores delegados respecto de este punto, nos hicieron vacilar y presentamos la proposición en el sentido de que se fundaran establecimientos destinados á los idiotas.

El objeto, desde luego se comprende.

es procurar hasta donde sea posible, la educación de estos seres desgraciados.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schulz.

EL C. SCHULZ.—Con temor de ser insistente, me permito usar nuevamente de la palabra para suplicar á la comisión se sirva aclarar el objeto de la creación de estos establecimientos, á fin de que se sepa si deben ser considerados como establecimientos de instrucción, de educación, ó simplemente como establecimientos de filantropía.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Sosa.

EL C. SOSA.—He oído con extrañeza la proposición que se discute, porque si no estoy equivocado, creo que los idiotas no son susceptibles de educación y paréceme que el Congreso Pedagógico debe ocuparse de cuestiones de educación y nada más que de educación.

Ahora bien; el lugar en donde el idiota debe ser recibido, me parece que propiamente debe llamarse *asilo* y éste debe estar en los manicomios.

No se yo si en otras naciones y á este respecto, se hayan establecido algunos asilos ó escuelas en donde se haya dado educación á los idiotas; pero por mi parte, creo que generalmente no son seres educables y si no son educables, los establecimientos donde estén, no deben llamarse propiamente escuelas.

Creo por lo mismo, que esta cuestión, está fuera de las atribuciones del Congreso, y sujetándome enteramente á lo que quiera resolver esta ilustrada corporación, me atrevo á proponer que se suprima la proposición que se debate.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—La comisión

en su dictamen hizo notar que en varias partes de Europa existen escuelas para idiotas y me permitiré leer esta parte.

«En lo relativo á establecimientos destinados á la educación de quienes pudieran llamarse *desheredados de la Naturaleza*, apenas si contamos en toda la República con una Escuela de ciegos, otra de sordo-mudos y muy pocas correccionales para los jóvenes delincuentes; pero ninguna hay para los infelices idiotas. Es preciso, señores, que el Congreso de instrucción, por humanidad y patriotismo, diga siquiera una palabra sobre tan importante asunto, encareciendo la necesidad de tales escuelas. Es indispensable dirigir una mirada cariñosa á esos párias cuyo número no es muy pequeño en verdad, y en vez de abandonarlos á su mísera suerte, devolverlos á la vida social, regenerarlos, hacerlos útiles en lo posible, ó por lo menos, aliviar sus horribles penurias. En todos los pueblos cultos, una de las formas más bellas de la enseñanza es la que funde como en un mismo molde la educación y la Caridad. Según las últimas estadísticas que hemos podido consultar, Francia cuenta con varios establecimientos en que reciben instrucción 4,000 sordo-mudos; y respecto de Alemania, solamente en Berlín se educan cerca de 800. En el reino de Prusia hay 13 escuelas de ciegos, 7 en Austria, 4 en Suiza, 2 en España, 2 en Bélgica, 39 en Inglaterra, 4 en Escocia, 4 en Irlanda y más de 30 en los Estados Unidos de Norte América. Para los idiotas tiene Francia algunos establecimientos, Inglaterra 10 y Alemania 27.—México ha hecho algo en este sentido; pero debe redoblar sus esfuerzos. En concepto de la comisión, urge fundar cuanto antes, no sólo en la Capital de la República sino en nuestros mayores centros de población, las escuelas de que se trata.»

En el precioso diccionario de Busson están los datos estadísticos relativos á es-



tas escuelas. Allí se puede ver cómo han avanzado los trabajos de la educación hasta proporcionar á estos infelices algunos medios de instrucción aun cuando se hallen en la última esfera intelectual.

Siento no poder tocar la cuestión con el tino y estudio que ella merece, porque preocupado en estos días con otros trabajos relativos á las escuelas, no he podido dedicarme á esta especialidad; pero creo que es preciso hacer algo en favor de los idiotas como se ha hecho en otras partes.

En nombre de esos desgraciados vengo á pedir que no se borre, que no se deseche la proposición. Que no se diga en ella que se va á educar, que se va á instruir; pero por lo menos que se procura ayudar en algo la inteligencia de esos seres que hemos abandonado completamente.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Sosa.

EL C. SOSA.—Será porque el señor miembro de la comisión no ha querido tocar á fondo la cuestión, pero no me doy por convencido; una cosa es, según entiendo, la cuestión de instrucción pública, y otra cosa son las cuestiones de beneficencia pública. El idiota está perfectamente en la beneficencia pública y de ninguna manera lo puede estar en ramo alguno de instrucción pública. El idiota no es como se cree, el individuo que ha perdido el uso de la razón y por consecuencia no es susceptible ni de instrucción ni de educación.

Por consiguiente, insisto en que debe borrarse la proposición. Si se quiere hacer una obra filantrópica, muy bien; pero que se haga cómo y en donde debe hacerse, esto es, en la beneficencia pública, no en la escuela.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien tenga palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba la proposición.

Recogida ésta, resultaron 11 votos por la negativa y 8 por la afirmativa, quedando desechada.

Se puso al debate la proposición 3ª.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schulz.

EL C. SCHULZ.—Ruego á la comisión tenga la amabilidad de cambiar la redacción de esta parte del dictamen que se discute.

Dice la fracción que las carreras que exigen estudios preparatorios formales, etc . . . y desearía que se cambiara esta palabra *formales* por la palabra *completos*, supuesto que no comprendo que haya estudios preparatorios no formales.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES.—La comisión acepta la indicación del Sr. Schultz, y queda la proposición redactada en estos términos:

Las carreras que exigen estudios preparatorios, completos y uniformes, son las que se cursan en las escuelas especiales de Jurisprudencia y Notariado, de Medicina y Farmacia de agricultura y Veterinaria y de Ingenieros de minas, civiles y arquitectos, electricistas, geógrafos y topógrafos; dichos estudios no deben hacerse en estas escuelas, sino en las preparatorias.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra.

En votación nominal se pregunta si se aprueba.

Recogida la votación resultó aprobada por unanimidad de votos, poniéndose al debate la proposición siguiente:

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES I.—A petición del Sr. Correa, la comisión reforma su proposición en los términos siguientes:

Las escuelas especiales en donde se cursan las carreras que no exigen estudios preparatorios deben incluir en sus programas de enseñanza aquellas asignaturas de las escuelas preparatorias que sean auxiliares ó complementarias de sus estudios profesionales ó parte integrante de los mismos, con excepción de los ramos de instrucción primaria.

Sin debate se aprobó por unanimidad de votos.

Puestas á discusión las siguientes proposiciones, sin ella se aprobaron por unanimidad de votos en la siguiente forma:

4.<sup>a</sup> Para que los estudios de determinada asignatura hechos en la Escuela Preparatoria se consideren válidos en una de las escuelas profesionales que no sea de las citadas en la fracción 3.<sup>a</sup>, se requiere que aquellos tengan la misma extensión fijada para el programa de la escuela á que pretenda ingresar el alumno. El mismo requisito se exigirá para hacer válidos los cursos de las escuelas especiales cuando se trate de hacerlos aceptar en la preparatoria ó en otra de las profesionales. La Junta Directiva de estudios ó el Consejo de Instrucción Pública será la autoridad que resuelva sobre la mencionada validez de los cursos.

5.<sup>a</sup>—La enseñanza preparatoria debe ser gratuita.

EL C. SECRETARIO.—En la próxima sesión se discutirá el dictamen sobre escuelas normales.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz, Secretario.*

# SESION

**Del día 19 de Febrero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. LIC. JUTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. representantes Díaz Milián, Cervantes I., Cisneros, Correa, Cosmes, Diez Gutiérrez, Ferrari, Flores, García Cubas, Gómez R., Gómez Flores, Lombardo, Manterola, Martínez, Parra, Pérez Verdía, Rébsamen, Ruiz, Reyes Spíndola Carrillo, Rodríguez y Cos, Schultz, y Serrano, Directores, A. de Garay, Carpio y Zayas.

A las seis y veinte se pasó lista de representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

El C. Secretario dió lectura á las conclusiones del dictamen sobre Escuelas Normales. Se puso á discusión en lo general, y recogida la votación, resultaron aprobadas por unanimidad.

Se puso á discusión en lo particular la proposición primera, que dice:

1.<sup>a</sup> Todas las Entidades Federativas deben establecer Escuelas Normales para profesores y profesoras de instrucción primaria.

Sin discusión fué aprobada por unanimidad.

Se puso al debate la segunda proposición que dice:

2.<sup>a</sup> Las Escuelas Normales de la República deben tener la más amplia libertad de experimentación en cuestiones de programa detallado, métodos, procedimientos y textos, pero serán uniformes en cuanto á los puntos siguientes:

A.—Las Escuelas Normales deben formar dos clases de profesores de ins-



trucción primaria elemental y de instrucción primaria superior.

B.—El plan de estudios de las Escuelas Normales de varones debe comprender cuando menos las materias siguientes:

PARA PROFESORES  
DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA ELEMENTAL

Teoría general de la educación precedida de las nociones indispensables de Fisiología y Psicología.

Metodología general y aplicada, precedida de nociones de Lógica.

Organización, Régimen é Higiene escolares.

Gramática castellana y elementos de Literatura preceptiva.

Aritmética, Álgebra y Geometría.

Nociones de Física, Química é Historia Natural.

Geografía y Cosmografía.

Historia general y del país.

Instrucción cívica, Moral y Urbanidad.

Nociones de Economía política y de Agricultura.

Caligrafía y Dibujo.

Música vocal y práctica de piano ó melodio.

Trabajos manuales.

Gimnasia y ejercicios militares.

PARA LOS PROFESORES  
DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA SUPERIOR.

Además de las materias que cursen los profesores de instrucción primaria elemental las asignaturas siguientes:

Curso superior de Fisiología y Psicología, aplicadas á la educación.

Historia de la Pedagogía.

Literatura patria.

Lógica.

Nociones de Estética.

Historia de las ciencias, la Industria y el Arte.

Francés é Inglés.

Trigonometría rectilínea.

Teneduría de libros.

Perfeccionamiento en la Caligrafía, Dibujo, Música y trabajos manuales.

Práctica de ejercicios gimnásticos y militares.

C.—Cada Escuela Normal tendrá una escuela anexa de instrucción primaria elemental y superior para la práctica profesional de sus alumnos.

D.—La práctica profesional comprenderá:

1º Ejercicios de observación y aplicación en la escuela anexa para todos los cursos normales.

2º Conferencias pedagógicas, lecciones de prueba y ejercicios de crítica pedagógica para los alumnos de 3º, 4º y 5º años.

3º Visitas á buenas escuelas primarias de la localidad para los alumnos del 3º y 5º años, y si fuere posible, visitas á las escuelas de igual clase en diversas poblaciones.

E.—Las horas semanales de trabajo, incluyendo la práctica no deberán pasar de 36.

F.—El mínimum de tiempo que se debe consagrar en la semana á las materias del curso pedagógico y práctica profesional, será de 12 horas.

G.—Para ingresar á las Escuelas Normales, debe comprobarse por medio de un examen practicado en las mismas escuelas, que se posee la instrucción primaria elemental y superior.

H.—Terminados sus estudios los alumnos, deberán practicar durante seis meses en alguna escuela primaria bien organizada, para preparar su examen profesional, el que sólo versará sobre teoría y práctica de las materias del curso pedagógico.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES M.—Tan sólo para su-  
plicar á la Mesa se sirva poner á discu-  
sión uno á uno los diversos incisos de este  
artículo; porque de otro modo no creo  
que podamos ponernos de acuerdo en es-  
ta cuestión.

EL C. PRESIDENTE.—Estando de acuer-  
do la comisión, la Mesa hará que se dis-  
cuta inciso por inciso la proposición se-  
gunda. Pero antes interpela á la comisión  
para que se sirva decir cuál es su propo-  
sición tercera, porque no aparece en el  
dictamen.

EL C. MARTINEZ.—Manifestaré al Con-  
greso que por una distracción se puso el  
número cuatro á la proposición que de-  
be ser tercera.

Debo advertir también, que por una  
distracción de la persona que sacó en  
limpio el dictamen, no se puso en el pro-  
grama para profesores de instrucción pri-  
maria elemental la lectura superior que  
debe estar antes de la gramática caste-  
llana.

EL C. SECRETARIO.—Está á discusión  
el primer inciso de la proposición segunda.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra  
el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Desearía sola-  
mente saber si esta libertad que quiere  
la comisión para programas, métodos, etc.,  
se refiere únicamente á las escuelas anexas  
ó también á los programas de la Escuela  
Normal, es decir, á los cursos normalistas.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra  
el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—El sentido en que  
ha redactado la comisión el párrafo á que  
se contrae el Sr. Cervantes, es que esa li-  
bertad de experimentación la haya, no  
sólo en las escuelas anexas, sino en las  
mismas escuelas normales.

Así es que desea la comisión que dé el

Congreso su voto aprobatorio en el sen-  
tido de que esa libertad debe hacerse ex-  
tensiva á todas las escuelas.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el  
C. Cervantes.

EL C. CERVANTES I.—Yo no me opon-  
go á que las escuelas normales disfruten  
de alguna libertad para ensayar métodos,  
procedimientos, etc., porque realmente  
son las que están llamadas á probar to-  
dos los métodos de enseñanza para justi-  
ficar sus ventajas.

Pero en mi concepto, resultarían in-  
convenientes en dejar á estas escuelas en  
absoluta libertad, porque se alteraría de  
alguna manera el trabajo de los alumnos  
y los maestros.

Yo aceptaría la libertad en la escuela  
de práctica; aquí sí cabe, porque es como  
la sala de clínica destinada á los médicos  
que van á curar las enfermedades.

Desearía, pues, ver una unidad abso-  
luta, una fijeza completa en el programa  
de la Escuela Normal, y la libertad com-  
pleta en la escuela anexa.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra  
el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Yo veo que puede  
haber un grave inconveniente en esa li-  
bertad absoluta que se pretende, porque  
los alumnos que pasen de un Estado á  
otro, no podrán hacérseles valederos sus  
cursos por seguir distintos tipos. Y este  
punto respecto de la uniformidad de los  
cursos, es uno de los que tenía la circu-  
lar del Ministerio de Justicia.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra  
el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—La comisión no cree  
encontrar inconveniente en lo expuesto  
por el Sr. Manterola, porque cada uno de  
los Estados tiene un carácter especial que  
se reflejará en sus escuelas normales, ha-  
ciendo que de preferencia se estudien de  
terminadas materias, y el perjuicio leve



que resulte al alumno que pase de un Estado á otro, es insignificante comparado con el beneficio que al Estado resulta, atendiendo á los intereses particulares de la localidad.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES M.—Yo encuentro, señores representantes, que esta libertad ilimitada que se concede á las escuelas normales pugna con el principio establecido respecto de que la enseñanza primaria elemental y superior haya de sujetarse á determinado programa, método y procedimiento. Esta es una de las poderosas razones que me obligan á combatir la libertad en la Escuela Normal.

Si el alumno que cursa en la Escuela Normal ha practicado determinados métodos y procedimientos, y se va á ver obligado á plantear otras cuando sea maestro de escuela, la Normal no le ha servido gran cosa.

Esta razón es de muchísima fuerza.

Se me dirá que la Escuela Normal está llamada á experimentar y ensayar métodos y procedimientos; hay en efecto una parte de verdad de esto; pero, señores, las mejores escuelas para ensayar son las escuelas primarias, porque las grandes reformas en la enseñanza, no han salido de la Escuela Normal, sino de la primaria. De manera que en este caso, si de ensayo se trata, yo opto porque se deje en libertad para ello, la escuela elemental y superior.

Ahora bien, yo veo que en la medida que la comisión nos propone un peligro, el de que en la mayoría de las Escuelas Normales de la República prevalezcan métodos inadecuados, porque no podemos esperar que los métodos y sistemas nuevos estén generalizados y arraigados en el espíritu del profesorado; puesto que —no digo en las escuelas municipales, en muchas particulares, hay una dificultad

inmensa para que los directores y profesores se adapten á las condiciones de los métodos nuevos, y esto mismo pasa en muchos Estados de la República.

Por otra parte, como se ha establecido ya que debe haber Congresos pedagógicos periódicos, entonces se tendrán en cuenta los progresos realizados, el movimiento, el cambio que haya podido haber en los métodos.

Luego entonces, ya se ve que el mal que pudiera causarse limitando la libertad, sobre ser remoto y de carácter secundario, tiene su remedio.

En virtud de todas estas razones, pide á la comisión se sirva reformar el artículo en el sentido que ya indiqué.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Señores: Varias razones tiene la comisión para no aceptar lo indicado por el Sr. Flores.

En primer lugar, las escuelas anexas tienen un programa perfectamente estudiado y aceptado ya por este Congreso. Por lo mismo no hay peligro que esta libertad en que se deja á la Escuela Normal, pueda perjudicar los intereses de la enseñanza, cuando estos han sido celosamente atendidos en el programa ya aprobado.

Por otra parte, como se sabe, somos inovadores y como tratamos de extender las reformas que ya se han iniciado en las escuelas de la capital y en alguno de los Estados, si aceptáramos desde luego determinados métodos y procedimientos, nos veríamos en dos peligros: el primero, el de que se nos podría decir que obligábamos á todos los Estados á seguir una uniformidad absoluta; el segundo, el de malograr el resultado de los buenos métodos, porque las circunstancias especiales de cada Estado imposibilitarían llevarlos á cabo con éxito.

Por otra, ¿por qué no hemos de dejar

que los directores de las Escuelas Normales, al organizarlos acepten los procedimientos de uno ú otro país cuando ambos sean enteramente respetables, y cuando al aclimatarlos en nuestro país pueden tener ambos los mismos resultados, para venir poco á poco uniformando esos procedimientos y métodos?

Pero hay otra razón más, y es que las escuelas normales tienen amplia libertad para alterar sus programas en el sentido de aumentar, nunca de disminuir; puesto que en una de las fracciones se indica que el *mínimum* de las materias, es el que allí se expresa. ¿Por qué razón hemos de limitar á esas escuelas poniéndolas en condiciones menos favorables?

Así es, que la comisión está dispuesta á sostener esta libertad por estimarla en todos casos conveniente, y así, la somete á la aprobación del Congreso.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES I.—Con gran pena insisto en contra de la comisión, porque no estoy de acuerdo con las razones que expone el Sr. Gómez, y voy á ver si puedo objetarlas.

Dice su señoría que las Escuelas Normales tienen ya un programa.

Es verdad: tienen programa las Escuelas Normales de México; pero las Escuelas que van á crearse en los Estados carecen de él y hay varias dificultades para dejarlas en libertad como lo voy á indicar. Existe una multitud de pueblos donde los trabajos pedagógicos no han avanzado como entre nosotros, y en consecuencia, en esas escuelas podrían dominar elementos nocivos.

Estos institutos abandonados en medio de la libertad que se propone tendrían en muchos casos elementos que los dominarían como la ignorancia y la preocupación, y no llegarían nunca á alcanzar el

criterio que nosotros queremos que tengan.

No es cierto que en todas las escuelas haya programa, porque aun entre nosotros mismos están reclamando constantemente modificaciones, y éstas deben estar sujetas al criterio que aquí se podría dar sobre la materia.

Dice su señoría que el programa depende de las condiciones especiales de cada Estado.

Nosotros hemos acordado la uniformidad, y esta uniformidad se rompe desde luego con la amplitud que se quiere dar á la Escuela Normal, y si hemos declarado la uniformidad para la escuela primaria elemental y para la superior ¿cómo vamos á dejar en libertad plena á los planteles que han de ser el tipo de la enseñanza, á los que han de marcar la marcha de los métodos pedagógicos?

Decía el Sr. Gómez que en los programas hay libertad para aumentar, pero no para disminuir.

Quizá respecto del número de materias tiene razón su señoría; pero la dificultad consiste, no sólo en esto, sino en la manera como se presentan en un programa detallado, en la división, en la repartición del programa, en los cursos, en la elección de los principios, etc., etc., y todo esto constituye una multitud de obstáculos que deben llamar seriamente la atención.

Por estas razones me veo obligado á contrariar la proposición respecto de los cursos normalistas, aunque respecto de los trabajos en la escuela de práctica podrá quizá aceptarse el principio.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores representantes:

La comisión, con pena no acepta las indicaciones de las personas que la han combatido, porque considera que la cues-



ción de libertad en las escuelas normales es de mucha trascendencia.

No porque se diga que tienen libertad de experimentación, se dice que debe haber anarquía en cada escuela, porque desde el momento en que se acepten en todo el país las resoluciones de este Congreso, las Escuelas Normales tienen que instruir á los profesores en los métodos y procedimientos que prescriben estas mismas resoluciones.

El Sr. Flores nos decía que esos ensayos se pueden hacer en la escuela primaria. Pues sería perjudicial facultar á cada escuela para hacer uso de esa libertad. —En concepto de la comisión, en las escuelas anexas á las Normales, que son verdaderamente de práctica, es donde conviene esta libertad; quizá se perjudique á un reducido número de niños; pero es indispensable.

Estas son las razones que tiene la comisión para no aceptar las indicaciones que se le han hecho.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Lombardo.

EL C. LOMBARDO.—Señores representantes:

He llegado á la sesión cuando ya había comenzado el debate y por lo mismo, no sé si he comprendido las ideas de la comisión.

Dice la fracción: «Las Escuelas Normales de la República deben tener la más amplia libertad de experimentación, etc.»

Desde luego estas palabras me suenan mal, tratándose de la niñez. Se van á hacer experimentos en la escuela con los niños, como se hacen experimentos en un hospital con los enfermos.

Quién sabe los males que esto pudiera traer consigo.

Desde luego esto sería el mejor medio para desterrar de las escuelas á todos los que fuesen á ellas, porque nuestra gente

del pueblo huye y con muchísima razón de los hospitales, porque allí se hacen experimentos con la vida humana. Y ahora si la comisión dice que se van á hacer experimentos en la escuela, es muy probable que esto fuera un verdadero obstáculo para el precepto de la enseñanza obligatoria.

Por otra parte, la comisión deja á los Estados de la República en una amplia libertad de experimentación. Desde luego no se encuentra la instrucción pública, en todos los Estados, en las mejores condiciones; en muchos hay cierta tendencia al atraso, cierto apego á todos los métodos malos y antiguos y es muy probable que los que se sigan experimentando sean los mismos métodos malos, y no podríamos, en consecuencia, dar un solo paso hacia adelante.

Yo creo que lo más conveniente en este sentido, sería fijar métodos buenos que se adoptasen en todos los Estados de la República y que hubiese cierta uniformidad.

Por otra parte, yo desearía que la comisión se fijara en que no estamos legislando para una eternidad, sino en que va á haber Congresos periódicos en los que todos los adelantos y mejoras que se obtengan en este sentido, se aceptarían por estas asambleas.

Por lo mismo creo que la comisión haría mejor en marcar los métodos y programas que sean más convenientes, y no dejar esa completa libertad de experimentación que nos puede conducir al atraso.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores representantes:

Con mucha pena me presento á manifestar que no por una obsecación de la mayoría de la comisión, sino porque consideramos esta cuestión de mucha trascen-

dencia, es por lo que insistimos en este punto; esperando, sin embargo, la opinión del Congreso para hacer la modificación en el sentido que lo indiqué.

Pero, queremos hacer notar al Sr. Lombardo, que el peligro que ve en la Escuela Normal no es tan grave; puesto que en las escuelas anexas se seguirá un método y procedimiento ya acordados y como hay además lecciones de prueba en que un pequeño grupo de alumnos va á la clase de pedagogía donde se ensayan esos métodos, ahí es donde debe haber esa libertad de experimentación.

Así es que la comisión espera nada más el fallo del Congreso para modificar ó no la resolución que se discute.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Carrillo.

EL C. CARRILLO.—Yo aquí, como en otras cuestiones que se han discutido, me inclino del lado de la libertad, porque puesto que es más favorable para la escuela primaria, para la secundaria y para la Normal.

Los señores representantes que han hablado en contra de esta libertad han pintado el peligro que resultaría de que un alumno que curse en la Escuela Normal al recibirse de maestro tenga que salir de un Estado para trasladarse á otro.

Yo puedo decir que de hecho esto no presenta inconveniente alguno. Si tomamos los Estados Unidos, veremos que cada Estado tiene sus Escuelas Normales, que siguen el método que les parece conveniente. Recuerdo en estos momentos á Pensilvania y otros muchos Estados de la Unión Norte-Americana en que se prepara de distinta manera á los maestros que han de educar á la niñez.

Si nos trasladamos á Suiza, Alemania, y otros puntos de Europa, veremos que en cada uno de ellos hay Escuelas Normales con métodos distintos.

Por lo mismo, yo no veo nada de raro,

y sí me parece ventajosísima esta libertad concedida á cada Escuela Normal.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Lombardo.

EL C. LOMBARDO.—Sres. representantes:

Me parece que los ejemplos que se acababan de exponer relativos á los Estados Unidos, Suiza y otros países de Europa, no son enteramente aplicables entre nosotros.

Los Estados Unidos tienen ya su unidad nacional definitivamente formada y nosotros, por el contrario, tratamos apenas de formarla; los Estados Unidos han cazado á los indios, y nosotros no tratamos de cazarlos, sino de civilizarlos; los Estados Unidos únicamente se ocupan de la población europea que tienen dentro de su territorio; mientras que nosotros tenemos una población que por muchos siglos se ha hallado en un Estado de decadencia intelectual y á la que es necesario sacar de la postración en que se encuentra.

De suerte que no podemos adoptar absolutamente los mismos métodos y procedimientos de los Estados Unidos.

Por otra parte, á pesar de que soy partidario de la libertad, creo que si las escuelas de la República quedan en completa libertad para experimentar los métodos y procedimientos que se quieran, seguirían practicando los atrasados, á que están acostumbrados hace tanto tiempo, y de este modo no podríamos dar un solo paso en el camino del mejoramiento de la instrucción.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra y se procede á recoger la votación sobre la primera parte que dice:

"II. Las Escuelas Normales de la República deben tener la más amplia libertad de experimentación en cuestiones de



programa detallado, método, procedimientos y textos, pero serán uniformes en cuanto á los puntos siguientes:»

Recogida la votación resultó reprobada por diez votos contra nueve, volviendo á la comisión.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz.*—Secretario.

#### SESION

**Del día 21 de Febrero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. LIC. JUTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. representantes Díaz Milián, Cervantes I., Cisneros A., Correa, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R. Lombardo, Martínez, Parra, Pérez Verdía, Rébsamen, Carrillo, Rodríguez y Cos, Ruiz, Schultz, y Serrano; y Directores, ninguno.

A las seis y veinte se pasó lista de representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. SECRETARIO.—Continúa la discusión del dictamen de Escuelas Normales.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Relator de la comisión.

EL C. MARTINEZ.—Señores representantes:

La comisión tiene la honra de presentar reformada, en el sentido de la discusión, su resolución segunda, en la inteli-

gencia de que esta resolución se ha dividido en dos y dicen:

«II. Las Escuelas Normales de las diversas Entidades Federativas serán uniformes.»

«III. El plan de estudios de las Escuelas Normales de profesores, comprenderá, tanto las materias preparatorias, como los estudios profesionales indispensables, para que los maestros normalistas pongan en práctica las resoluciones concernientes á la uniformidad de la enseñanza primaria.»

«En tal virtud, la organización de las Escuelas Normales de varones, deberá sujetarse á las prescripciones siguientes:

A.—Deben formarse en dichas Escuelas profesores de enseñanza primaria elemental; y si fuere posible, también de instrucción primaria superior.

La comisión no ha creído conveniente presentar todavía la distribución de estas materias en los diversos años que forman los cursos escolares, porque queda en espera de la opinión del Congreso respecto del programa general que presentó.

Así es que una vez aprobado el programa general, en la sesión siguiente presentará la distribución de los cursos respectivos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—Señores representantes:

Unas pocas palabras solamente quiero dirigir sobre la cuestión de la uniformidad de las Escuelas Normales, puesto que ya ha sido discutida en la última sesión, quedando reprobada la amplia libertad de experimentación que se le quería dar. Creo, sin embargo, que la consecuencia de aquella reprobación no es la uniformidad de las Escuelas Normales; creo que esta uniformidad en primer lugar es imposible. Hemos aprobado ya

que todos los Estados deben tener sus Escuelas Normales, y estas escuelas han de ser uniformes; no queda más remedio que poner un tipo, permítaseme la palabra, muy raquíptico de Escuelas Normales, para que sea posible realizarlo.

Por otra parte, tenemos que en otros Estados, en la misma capital de la República, para que sean uniformes las Escuelas, hay que ajustarse á este tipo raquíptico.

No sería posible, como decía la comisión, poner ciertas materias como *mínimum* ni se permitiría ya á ninguna de las Escuelas Normales en Estados que tengan los recursos necesarios agregar nuevas materias y dar más ensanche á los estudios de los maestros, sino que todos tendrán que circunscribirse á un programa enteramente raquíptico.

Creo que esto sería un grave mal para el progreso de la instrucción.

Hay en favor de la no uniformidad de las Escuelas Normales la experiencia que se ha hecho en otros países.

Puesto que no hemos tenido ocasión de hacer experiencias en este país, debemos tomar en consideración esto. El Sr. Carrillo dijo que en Suiza no hay tal uniformidad, y yo puedo informar al Congreso que no solamente son distintos los años ó cursos profesionales que tienen que estudiar los normalistas, sino que son distintas las materias en los diversos cantones. En el de Turquía se exige la instrucción primaria completa, tres años de instrucción secundaria, y por fin, la Escuela Normal comprende tres cursos. En el Cantón de Zurich, que es vecino del anterior, se exigen además de la instrucción primaria, cuatro años de instrucción secundaria, y son cuatro los cursos profesionales. La preparación científica que reciben los maestros es distinta; pero esto no impide que un buen profesor de Turquía se prefiera á un malo de Zurich.

Creo que hay Estados que cuentan con

los recursos suficientes para poner sus Escuelas Normales, no digo á la altura de cualquiera europea, sino hasta mejores; porque no tenemos que contar aquí con cierta tradición, que llamaré metafísica, que hay, por ejemplo, en Alemania, y podemos, por lo mismo, dedicar á la enseñanza de las ciencias más tiempo del que se dedica en Alemania; porque desde luego no tenemos que quitar seis y hasta ocho semanas para la clase de religión, ni se tienen que quitar cuatro y seis horas para música instrumental.

Declarar la uniformidad de las Escuelas Normales, equivale á aceptar un tipo muy bajo, muy raquíptico, repito la palabra; y creo que esto no sería en provecho de nuestra instrucción popular y no sería muy digno del Congreso mismo que debe dar luz al país, sobre todo, el movimiento intelectual se roza muy directamente con la cuestión de Escuelas Normales.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores representantes:

Como la comisión sólo ha formulado la resolución que se discute, obligada por la opinión de la mayoría del Congreso, y como en lo particular profesa las mismas ideas que el Sr. Rébsamen, no puede contestar las razones que ha manifestado su señoría y sí invita á cualquiera de los Sres. representantes para que conteste las razones expuestas por el ilustrado Sr. Rébsamen.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Presidente de la comisión.

EL C. SERRANO.—Sres. representantes:

Desde que se inició en el Congreso pasado la idea de la uniformidad en la instrucción pública primaria, fui de la misma opinión, y al ser nombrado Presi-



dente de la comisión que debía dictaminar acerca de las Escuelas Normales, expuse en el seno de ellas las razones por las cuales creo que dichas Escuelas deben estar organizadas uniformemente.

Voy á manifestar cuáles son esas razones, para que el Congreso aprecie si deben considerarse como suficientes para apoyar el dictamen en la parte que acaba de leer la Secretaría.

He creído, señores, que la Escuela Normal es el foco de donde mana la instrucción pública primaria que debe darse precisamente á todos los ciudadanos, y de nada sirve haber declarado la uniformidad en la instrucción primaria, si los maestros de esta instrucción no están dotados de los mismos conocimientos que uniformemente deben darse en la Escuela Normal.

El Congreso no sólo ha declarado la uniformidad respecto de la instrucción elemental y superior, sino también respecto de la preparatoria. Y si la instrucción que debe darse en la escuela elemental y superior debe ser uniforme, es claro que los maestros de estas escuelas deben estar dotados indudablemente de los mismos conocimientos.

La razón que expone el Sr. Rebsamen para no adoptar la uniformidad, consiste precisamente en que la comisión tendría que presentar un tipo raquítrico.

La comisión en lo general, aun cuando no estaba conforme con la uniformidad, sí lo estaba en presentar determinadas condiciones indispensables para todas las Escuelas Normales.

De manera que lo único que ha hecho la mayoría de la comisión es decir que las Escuelas Normales deben ser uniformes, y esta uniformidad consiste en establecer las materias mismas, siguiendo las indicaciones del dictamen que se presentó en el Congreso pasado por la comisión á que pertenecía el Sr. Rébsamen.

Entonces se establecía el principio general de que debían ser uniformes; no se

consideraron las Escuelas Normales de algunos Estados pobres, sino que se consideraron también los Estados que tenían recursos, y se estableció un término medio para fijar el tipo que debiera seguirse.

Esto es lo que hace ahora la comisión estableciendo la uniformidad respecto de su organización y su plan de estudios.

Esto mismo es lo que han emitido los oradores que han hablado en la sesión pasada contra la libertad que pretendía la mayoría de la comisión.

El tipo que ha presentado la comisión no es una restricción; aquellos Estados que cuenten con recursos, que tengan elementos pecuniarios, y de localidad, podrán establecer escuelas superiores con más materias que las que se señalan aquí; pero aquellos Estados en que haya Escuelas Normales, deben tener por lo menos las materias, la organización y el método que deben tener todas las Escuelas Normales.

El Sr. Ministro de Justicia en su convocatoria, ha pedido que la instrucción primaria fuese laica, uniforme y gratuita, que la secundaria, preparatoria y profesional, fuese también uniforme. Y siendo la Normal, profesional, no hay duda que debe ser uniforme.

Alguno de los oradores ha manifestado el gravísimo inconveniente que se tendría en el caso de que se establecieran diferentes escuelas con distinta organización, porque los alumnos que pasaran de una á otra escuela, tropezarían con dificultades. Y por consiguiente sí debe darse la instrucción así, los portaluces de esta instrucción deben estar dotados de los mismos conocimientos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen, para un hecho.

EL C. RÉBSAMEN.—Señores representantes.

Creo que el Sr. Serrano está confundiendo cuando afirma que la proposición

de que las Escuelas Normales deben ser uniformes, es la misma que presentó la comisión del año pasado.

Entiendo,—porque no tengo á la mano el dictamen,—que la comisión no usó la palabra uniforme, sino que creyó conveniente establecer un máximo y un mínimo, esto no es lo mismo que uniformidad.

Si estamos de acuerdo con el Sr. Serrano en que las escuelas que cuenten con mayores recursos puedan aumentar como gusten las materias, desde el momento en que hay unas materias en un Estado y otras en otro ya no hay uniformidad.

Indudablemente debe establecerse algún mínimo para impedir que algún Estado diera el nombre de Escuela Normal á un establecimiento de instrucción primaria, como sucede en cierto Estado, que nunca puede dar estudios profesionales, para que de estos establecimientos salieran profesores titulados con grave perjuicio de la juventud.

De manera que estoy de acuerdo con el Sr. Serrano en que debe exigirse un mínimo; pero exigir un mínimo y exigir uniformidad no es lo mismo.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Serrano.

EL C. SERRANO.—Señores representantes:

Debo manifestar que yo no he dicho que la comisión del año pasado usó el término *uniformidad*, sino que habiendo presentado un tipo por todas las escuelas, esto indicaba que deberían sujetarse á este tipo, y por consiguiente resultaba la uniformidad aun cuando fuese en el mínimo.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—Señores representantes:

La comisión del año pasado dijo expresamente en una de sus resoluciones—«No puede la comisión establecer un programa, porque no opina por la uniformidad; pero sí juzga conveniente presentar una especie de modelo de la distribución del tiempo, solamente para dar una idea de cómo se podrán arreglar las cosas: puesto que las Escuelas Normales son un asunto algo desconocido en muchos Estados de la República.»

Pero no ha opinado por la uniformidad, ni ha establecido un tipo con la mente de que se debían sujetar todas las escuelas á él.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—Señores representantes: Simplemente hago uso de la palabra para dirigir una pregunta á la comisión. Como la proposición que se desechó la vez pasada hablaba de métodos, procedimientos y aun textos, ¿por qué no se hace entrar la cuestión de métodos en esta segunda proposición?

Porque tal como está formulada, no se ve cuál es el objeto ó la base de la uniformidad; está vaga y no se expresa terminantemente en qué debe consistir esta uniformidad.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Contestando á la pregunta del Sr. Dr. Ruiz, la comisión manifiesta que después de la proposición general que asentamos en la tercera resolución, es donde están todos aquellos puntos en los cuales creemos que debe existir la uniformidad, y son las secciones desde la A hasta la II.

No dice nada la comisión respecto á métodos y procedimientos, en primer lugar, porque en el cuestionario no se pregunta nada relativo á esto, y en segundo,



porque sería del todo inconveniente y quizás hasta imposible dado el corto tiempo que nos queda para prescribir la metodología especial de cada una de estas materias de los cursos normalistas.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Como en la sesión pasada se desechó la proposición debiendo presentarse reformada en el sentido de la discusión habida, y ésta versó muy principalmente sobre la uniformidad de métodos, dado que se trataba de evitar esa libertad incondicional de experimentación, de aquí resulta la idea de que la comisión debe ceñirse á las condiciones que entraría la discusión habida.

Fundándome en esta razón, suplico á la comisión admita esta indicación.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTINEZ.—La comisión creyó que la opinión general del Congreso se pronunciaba solamente en contra de la libertad de aplicación de métodos; no precisamente en los que usaran los profesores normalistas, sino en los que se practicaran en las escuelas anexas; porque consideraba que era inconveniente establecer en ellas métodos diversos de los que estaban ya prescritos.

De manera que en este sentido ha presentado su tercera proposición con el plan en ella prescripto.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES M.—Para hacer observar á la comisión que está en un error completo respecto de que la libertad que tanto discutimos en la sesión pasada se refería simplemente al método en su aplicación á las escuelas anexas.

Yo lo que combatía fué la ilimitada li-

bertad en que la comisión dejaba á las Escuelas Normales para aplicar los métodos.

De manera que suplico á la comisión rectifique su dicho, porque la discusión versó sobre el principio que he indicado.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTINEZ.—Señores representantes:

Como no sólo el Sr. Dr. Flores fué el único que nos hizo el honor de combatir la proposición, sino también otros muchos, entre ellos el Sr. Lombardo, que se contrajo á los malos que se podrían causar al niño en la escuela anexa y como creímos que la mayoría del Congreso se adheriría á las ideas de su señoría, la comisión ha creído que debía abstenerse de una manera completa de establecer el principio de libertad, ya sea en las clases normalistas propiamente dichas ó en las escuelas anexas.

Creo que con esta explicación quedarán completamente desvanecidos los peligros que se nos presentaban.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra.

Se procede á recoger la votación.

Resultó aprobada por 9 votos contra 7.

Igualmente resultó aprobada por unanimidad y sin debate la proposición tercera que dice:

III.—El plan de Estudios de las Escuelas Normales de Profesores comprenderá, tanto las materias preparatorias, como los estudios profesionales indispensables, para que los maestros normalistas pongan en práctica las resoluciones concernientes á la uniformidad de la enseñanza primaria.

En tal virtud, la organización de las Escuelas Normales de varones, deberá sujetarse á las prescripciones siguientes.

EL C. SECRETARIO.—Está á discusión la fracción A.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—Desearía que la comisión dijera si los Estados todos están en obligación de tener dos tipos de Escuelas Normales, ó si bien los Estados muy pobres pueden tener nada más Escuelas Normales para formar profesores de instrucción primaria elemental; en cuyo caso creo que ella no tendría inconveniente en reformar esta proposición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTINEZ.—La comisión está conforme en que se entienda la proposición tal como lo ha manifestado el Sr. Rébsamen, porque al fin de lo que se trata es de formar profesores para la enseñanza obligatoria, y ésta es la elemental.

En consecuencia, presenta su proposición en estos términos:

A.—Deben formarse en dichas escuelas profesores de enseñanza primaria elemental; y si fuere posible, también de instrucción primaria superior.»

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra.

Se va á recoger la votación.

Recogida que fué resultó aprobada por unanimidad.

Se puso á discusión la fracción B.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Señores representantes:

Una de las materias que de ninguna manera puede faltar en un curso normalista, es la historia de la pedagogía.—Cierto es que la comisión prescribió este ramo para los estudios de los profesores

de instrucción primaria superior, pero ya sea en la forma de simples nociones, de rudimentos si se quiere, es necesario dar á todo el que se dedica á la enseñanza, el conocimiento de la historia de la pedagogía.

No es una puerilidad, no es un lujo de erudición; es uno de los conocimientos más importantes para la carrera del profesor.

No puede tener criterio sobre los métodos, sobre los sistemas, sobre los principios generales de educación, el que no ha podido estudiar la evolución de estos principios, su origen por decirlo así y los fundamentos filosóficos en que están apoyados, el que no ha examinado cómo la escuela se transforma á medida que se transforman las sociedades: cómo depende su modo de ser de la teoría política, religiosa ó filosófica en que la escuela nace.

¿Qué criterio tendrá el maestro si no ha podido estudiar entre los contrastes que presenta la historia de la pedagogía, los diferentes principios científicos que han marcado la marcha de esta materia?

Es preciso que el maestro tenga la idea, pero no una idea mezquina y pequeña del método que va á emplear, sino que conozca de cierta manera su desarrollo en la elaboración mental del individuo.

Así conocerá cómo es la escuela idealista con Malebranche, sensualista con Kant y positivista con Spencer.

Sólo estudiando los pensamientos, las ideas, las teorías y toda clase de principios relativos á la enseñanza, es como el maestro tendrá un verdadero criterio para juzgar de ella.

Pero hay otro punto de alta trascendencia respecto de la historia de la pedagogía. Con ella el maestro adquiere ciertas convicciones, ciertos sentimientos, un modo de ser, que no puede conseguir de ninguna otra manera. En la historia de las virtudes, de los grandes sacrificios hechos por los grandes pedagogos es donde el



maestro se inspira en lo sublime de su misión, en los trabajos que tiene que dominar y vencer; allí se adquiere el sentimiento y la convicción. En fin, yo creo que el estudio de la historia de la pedagogía, así sea en simples nociones, en sencillos rudimentos, es uno de los puntos enteramente indispensables para el normalista.

Estudiar la evolución pedagógica en los grandes hombres, estudiar sus virtudes, impresionarse de alguna manera con ese apostolado que han hecho eminencias como Pezualoz, como La Salle, y de tantos otros que se han consagrado á la enseñanza de todo corazón, que han escrito páginas tan hermosas, es lo que se necesita para tomar fuego y calor, para que los profesores se entreguen al trabajo, no sólo para satisfacer las necesidades de la vida, sino con afición, con amor á la humanidad.

Por lo mismo creo que la comisión, aun cuando sea en simples rudimentos, debe colocar en esta parte también el estudio de la historia de la pedagogía.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

La comisión estima altamente las palabras del Sr. Cervantes, que obedecen á su constante afán de elevar el magisterio; pero no puede aceptar sus importantes indicaciones; porque siendo tan limitado el tiempo de que se dispone—tres años solamente para formar maestros de instrucción elemental—cree que sólo debe dárseles aquellos conocimientos que sean absolutamente indispensables para el desempeño de su profesión, y no juzga absolutamente indispensable el conocimiento de la historia de la pedagogía.

Por otra parte, para inculcar al alumno algunos conocimientos respecto de los

grandes pedagogos, en las nociones de la historia de la ciencia, del arte y de la industria, que se les dé así como en las lecciones que sobre pedagogía reciba, puede muy bien adquirir algunos conocimientos relativos á este punto; porque todas las asignaturas de la escuela deben obedecer á un fin principal, y si este fin es formar educadores, nada más natural que al hacer sus estudios se contraigan muy especialmente á la ciencia pedagógica.

Estas son las razones porque la comisión no puede admitir lo que el Sr. Cervantes propone.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Siento mucho no manifestarme satisfecho con las razones aducidas por el Sr. Martínez. Ciertamente que el programa indica que debe haber conversaciones sobre la historia de las ciencias, del arte y de la industria; y dice el Sr. Martínez que en esta asignatura se puede hacer caber en gran parte, el estudio de la historia de la pedagogía. En mi concepto, no es lo mismo estudiar la historia de las ciencias, del arte ó de la industria y así en general, que estudiarlas bajo el punto de vista pedagógicos, de una manera especial, atendiendo al desarrollo de la educación, al estudio de las teorías que han dominado en ella y de los hombres notables que las han tenido.

Este es el estudio característico de las Escuelas Normales y es indispensable darlo á conocer.

No creo que ocupe mucho tiempo esta asignatura, y no sólo no se perderá nada con añadirla, sino que se ganará una de las materias más importantes.

Puede decirse con toda verdad que mientras se estudien los métodos y sistemas, aislados en comparación entre sí, sin fuero filosófico, no se podrá sentir todo el interés, todo el amor que inspira la

enseñanza. Esto sólo se logra cuando se conocen los trabajos, los sacrificios de los grandes pensadores en materia pedagógica.

Es un hecho, señores, que la biografía de estos hombres notables, lleva á los alumnos á un progreso seguro, porque entusiasmo, incita á conseguir los laureles que aquellos filósofos han alcanzado, estimula para llegar á las verdades que han podido descubrir.

Creo por lo mismo que no podemos, que no debemos contentarnos con los conocimientos que señala el programa con un aspecto tan vago, tan general, que muy bien podríamos renunciar á esas conferencias de que habla el Sr. Martínez, cambiándolas por la historia de la pedagogía.

Yo insisto en que se agregue esta materia, suplicando á la comisión acepte mis indicaciones. En caso contrario, sería preciso hacer al Congreso una proposición especial, dejándola correr su suerte.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Sres. Representantes:

Con bastante pena tengo que repetir á sus señorías lo que acabo de manifestar, y es que la comisión no puede aceptar de ninguna manera sus indicaciones, porque aquí se trata de profesores de instrucción elemental, no de maestros completos ni mucho menos de Directores de grandes establecimientos, para los cuales sí es necesario este conocimiento.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Flores.

EL C. GÓMEZ FLORES.—Con mucho sentimiento molesto á la Asamblea, pero desearía que se volviera á poner en el inciso B que estamos discutiendo las palabras *cuando menos*, que la comisión ha suprimido.

Los que votamos contra la uniformidad, tal como lo quería la comisión, lo hicimos porque queremos esta uniformidad nada más en lo fundamental, y así creo que lo entendió la comisión, supuesto que nos dice que el programa que presenta es el *mínimum*, y siendo así, permite en la escuela cierta libertad para ensancharlo.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Sres. Representantes:

La comisión ha suprimido las palabras *cuando menos*, puesto que la Asamblea se ha decidido por la uniformidad, y desde el momento que hay uniformidad, no pueden existir esas palabras. Si hubiéramos dicho que las escuelas preparatorias van á ser uniformes y que *cuando menos* se darían tales y cuales materias, resultaría que en cada Estado se darían más materias y dejaría de existir por lo mismo la uniformidad.

Por consiguiente, la comisión cree haber estado bien al suprimir estas palabras.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—He escuchado la razón fundamental que se da contra la proposición del Sr. Cervantes, que es la de que los estudios para profesores en la Escuela Normal durarán solamente tres años.

Es cierto que esto está en la mente de la comisión, y así lo indica en su dictamen; pero esta no es todavía una proposición admitida y por lo mismo, creo que esa razón del tiempo, no es de su lugar aducirla, al menos desde ahora.

Noto también la ausencia completa de los idiomas extranjeros.

Desde luego el francés, como todos sabemos, es el vehículo de la instrucción moderna, es la lengua vulgarizadora de



las ciencias por excelencia, y mientras no se produzcan textos escritos en la lengua nacional, los educandos tropezarán con dificultades, y cuando el educando, más tarde, sea maestro, es evidente que para su posterior instrucción, para enriquecer su inteligencia, necesita forzosamente, cuando menos, el conocimiento de este idioma.

Quizá á la par con el francés, el inglés vendría á ser necesario para los educandos; pero cuando menos, creo que es necesario incluir en el programa la enseñanza de la primera lengua.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Sres. Representantes:

El Sr. Schultz hace observar á la comisión, que no debe tomarse como fundamento lo que la comisión haya propuesto, respecto de que durarán tres años los estudios, porque todavía no se sabe si el Congreso aceptará.

En este caso resultará que si la comisión admite las materias que proponen algunos señores Delegados, habríase formado una serie de materias tan extensas que no podría hacerse la distribución en esos tres años, y esta es la causa por la cual la comisión rechaza algunas de las materias que se proponen.

Respecto de lo que propone el Sr. Cervantes, no es tan sólo éste el fundamento: la historia de la pedagogía no puede considerarse como ramo indispensable para la profesión de maestros.

Si hemos querido reducir al menor número posible las materias de enseñanza en la Escuela Normal, es porque creemos que de esta manera se reduce el tiempo en que se hagan estos cursos, y creemos necesario reducir este tiempo porque únicamente de este modo habra algún aliciente, algún estímulo para que la juventud se dedique á la carrera del profesorado;

porque si fuera casi el mismo tiempo que se necesita para hacer esta carrera el que se necesita para hacer la de medicina ó la del derecho, resultaría que todos optarían por una de estas profesiones más productivas y más honrosas. No porque no sea honrosa la carrera del profesorado, sino porque, como he dicho, en nuestro país y en nuestro tiempo, se considera más honroso el título de médico ó el de abogado que el de profesor.

Respecto de las asignaturas que el Sr. Schultz propone, la comisión se decidirá, si el Congreso se pronuncia en este sentido, á admitir la enseñanza de un idioma, ya sea el francés ó el inglés, según las necesidades de la localidad, aunque sería preferible pronunciarse por el francés, porque en este idioma nos vienen escritos buenos libros de educación, y porque al francés se traducen muchas de las obras alemanas que tratan de esta materia.

Sin embargo, hay que hacer observar que los alumnos normalistas han pasado por la escuela primaria superior y en ella habrán tenido un curso de dos años de francés.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Flores.

EL C. GÓMEZ FLORES.—Puesto que el inconveniente que tiene la comisión para aceptar las materias que algunos señores representantes han propuesto, es el de que no se sabe si el Congreso aprobaría el tiempo que la comisión propone; creo que, como se ha hecho en casos análogos, podríamos discutir y aprobar primero este punto, y después las materias.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Sres. Representantes:

Contestando á las observaciones de los

Sres. Flores y Schultz, manifestaré que la comisión no tiene inconveniente alguno en alterar el orden de la discusión de su dictamen, si el Congreso lo juzga conveniente.

En cuanto al Sr. Schultz, la comisión se resuelve por el idioma francés.

EL C. PRESIDENTE.—Si el Sr. Gómez Flores insiste en su moción, la Mesa desea que la formule como proposición suspensiva.

EL C. SECRETARIO.—La proposición dice así:

«Discútase primero cuál debe ser el número de años y después las materias de enseñanza que deben exigirse.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—El punto más interesante por convenir á nuestro estudio, es el programa que debe llenar una Escuela Normal, y como en este programa está comprendido el plan de estudios y en él se abarca determinado número de materias, lo lógico sería, en mi concepto, determinar que tal número de materias cabe ó no en determinado número de años.

De otro modo, si aceptamos á priori un número determinado de años, nos veríamos obligados, ó á extender las materias, ó á comprimirlas, por decirlo así, para que quepan afuerza en el tiempo marcado.

Así es que me parece de todo punto importante el estudio previo del plan de las materias.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Flores.

EL C. GÓMEZ FLORES.—Sres. Representantes:

La comisión, por medio de dos de sus miembros ha dicho cosas contradictorias.

El Sr. Martínez dice que está porque se acepte mi proposición, y el Sr. Gómez dice que no la acepta.

Yo debo recordar dos hechos que deben formar tradición en la historia de esta Asamblea.

Al discutirse la cuestión de enseñanza elemental, hubo un incidente edéntico al actual, y el Congreso optó porque primero se discutiera y aprobara el número de años, y después las materias.

El segundo caso fué al discutirse el dictamen de estudios preparatorios, es que pasó un caso igual.

Creo, pues, que es muy lógico y está dentro de la costumbre establecida por este Congreso que así se haga.

Por lo demás no sé á qué atenerme si á la opinión particular de uno de los individuos de la comisión, ó á la opinión de otro de sus miembros.

(Aplausos)

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Suplico al Sr. Gómez Flores se fije en que la comisión solamente aceptó su proposición para discutirla; la estamos discutiendo y por tanto no estamos en contradicción.

Por otra parte, el precedente que se ha establecido ya en la cuestión de estudios preparatorios, es porque se tenía un punto de partida y por esto el Congreso pudo decir que se agregara un año más al período de estudios ó no.

Este caso, pues, no es aplicable á mi entender, al actual.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Carrillo.

EL C. CARRILLO.—Me adhiero á la opinión del Sr. Flores y me fundo no tan sólo en los precedentes citados por su señoría, sino en esta consideración lógica. Lo primero que debemos organizar, es si



los estudios que se imponen al maestro exigirán un tiempo proporcional á la remuneración que debe disfrutar; porque sabido es que en todas las profesiones, indudablemente la cantidad que tiene que recibir el profesor debe compensar todos los gastos hechos durante sus estudios.

Esto mismo sucede con la profesión del magisterio.

Por lo tanto creo que es necesario primero, discutir el número de años.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

Como manifesté hace algunos momentos, la mayoría de la comisión está conforme en que se altere el orden de la discusión de su dictamen. Si la opinión del Sr. Gómez es otra, ella es muy particular, pero estando, como repito, conforme la mayoría, creo que no hay inconveniente en alterar este orden.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra.

Se va á recoger la votación.

Recogida que fué resultó aprobada.

Se puso al debate la proposición 4ª.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Desde luego hemos visto por el programa que presenta la comisión, que tres años es un tiempo verdaderamente indeficiente para llenar los cursos de una carrera profesional.

Si tomamos como punto de partida la práctica de nuestros estudios en la escuela preparatoria, se verá que para cualquiera de las materias se exigen cuando menos dos años.

¿Y sería posible que en dos años se puedan aglomerar todas las materias, te-

niendo después como término para perfeccionar los estudios un sólo año? ¿Será posible que toda esta lista, que por más que sea reducida comprende ramos de importancia, puedan desarrollarse en tres años?

Desde luego parece imposible.

Por lo mismo yo creo que es de todo punto indispensable prolongar el tiempo; y propondría cuatro años para la enseñanza primaria elemental, y seis para la primaria superior.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Señores: Ciertamente es deplorable que un talento tan claro como el del Sr. Cervantes Imaz, que un profesor tan práctico, manifieste que se necesiten dos años para aprender una materia, pues siendo dieciocho ó veinte materias las que se proponen en el programa se necesitarían cuarenta años.

No concibo cómo el Sr. Cervantes, á la edad que tiene, no haya empleado ese tiempo para sus estudios.

Por otra parte, se acaba de votar que es necesario tener en cuenta el número de años y horas, y para contrariar lo propuesto por la comisión, se apoya su señoría en los textos y materias que no quiso discutir, lo cual me parece una contradicción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Simplemente para hacer una rectificación. Yo no he dicho que para cada una de las materias del programa fuésemos á emplear dos años. Mi argumento es éste: el curso de una materia, como idiomas, ciencias en general, historia, etc., se desarrolla en todos los cursos, en dos años; de manera que si tenemos que repartir en el período de dos años la evolución de todas es-

tas materias, evidentemente tendríamos que recargar el curso de esas materias y se vería el alumno con una plétora de trabajo espantosa.

De manera que no hay contradicción, como decía el Sr. Gómez.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Carrillo.

EL C. CARRILLO.—Yo creo que el término de tres años es extraordinariamente corto. Los alumnos ingresan á la Escuela Normal á los doce años; dilatan tres en la carrera y salen á los quince. ¿Quién va á confiar á un joven inexperto de quince años la dirección de una escuela?

En segundo lugar, haré observar al Sr. Gómez, que indudablemente los alumnos de la Escuela Normal no irán á un pueblo donde ganen diez pesos.

Debemos, pues, preparar maestros selectos, maestros escogidos, para que vayan á ocupar la dirección de escuelas en las poblaciones principales. Entonces estarán remunerados suficientemente, y por esta razón creo que se podría aumentar el número de años.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Creo, señores, que la comisión ha procedido con acierto al dividir en dos las clases de profesores normalistas. Hay dos exigencias en el país marcadas de una manera clara. Se observa la exigencia de buenos maestros que reúnan las cualidades necesarias; y se observa también la necesidad imperiosa de que á la mayor brevedad salgan profesores formados en la Escuela Normal para prestar sus servicios en gran número de poblaciones.

Por otra parte, hay que ver la necesidad misma de los que se dedican á tan noble magisterio: no todos pueden dedicar cinco ó seis años al estudio de la pe-

dagogía, porque como el Sr. Carrillo ha dicho, los sueldos que están llamados á disfrutar, no tienen grande atractivo para dedicarse al estudio en los mejores años de la vida.

Yo he estado al frente de la instrucción pública en el Estado de Jalisco, durante algunos años, y puedo decir que vería con el mayor gusto en la Entidad federativa que tengo la honra de representar, algunos establecimientos de donde pudieran salir inmediatamente cien ó doscientos preceptores con todos los requisitos indispensables.

Yo creo, por lo mismo, que la comisión ha estado en lo justo y que observa perfectamente bien la divisa que Napoleón III daba al Mariscal Forey cuando sitiaba á Puebla, cuando se estrellaban sus esfuerzos ante el valor mexicano.—Pronto y bien.

Pronto, porque tenemos necesidad de empezar cuanto antes la tarea regeneradora; bien, porque tenemos necesidad de maestros sabios y distinguidos pedagógicos.

Una y otra exigencia las llena, en mi concepto la comisión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—Abogo como el Sr. Pérez Verdía por el pronto y bien; pero creo que es imposible hacerlo bien en tres años y me fundo en la misma experiencia.

La Escuela Normal de Jalapa está organizada desde el principio, tal como lo propone la comisión; pero la experiencia ha demostrado que son pocos tres años, tanto para dar las materias que podríamos llamar preparatorias, como, sobre todo, la instrucción propiamente llamada profesional.

Así es que desde el 4 de Diciembre del año pasado se reformó el programa de estudios aumentando á cuatro el nú-



mero de años, para la instrucción elemental como para la superior.

De manera que estoy con el Sr. Cervantes en cuanto á la instrucción primaria elemental, y con la comisión respecto de la primaria superior.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Flores.

EL C. GÓMEZ FLORES.—Como en esta proposición se trata de dos cosas distintas, aunque ligadas, puesto que se trata del período escolar, tanto para la instrucción primaria elemental, como para la superior, y como algunos de los señores representantes pueden estar de acuerdo con una, y con la otra parte no, suplicaría que se votasen por separado.

EL C. SECRETARIO.—Para obsequiar la indicación del Sr. Gómez Flores, se procede á votar la primera parte que dice:

«IV. Los cursos de las Escuelas Normales de varones deberán durar tres años para los profesores de instrucción primaria elemental, más los seis meses de práctica final.»

Recogida la votación resultó aprobada por doce votos contra siete.

Sin discusión se aprobó la segunda parte por catorce votos contra cuatro y que dice:

«Esos mismos cursos deberán durar cinco años para los profesores de instrucción primaria superior; más los seis meses de práctica.»

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz.*—Secretario.

## SESION

**Del día 24 de Febrero de 1891.**

PRESIDENCIA DEL C. LIC. JUSTO SIERRA.

Asistencia de los Sres. representantes Baz, Cervantes I., Cisneros Cosmes, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Domínguez, Parra, Pérez Verdía, Mateos, Rodríguez y Cos, Ruiz, Schultz, y Serrano; y Directores, A. de Garay, Macedo y Zayas.

A las seis y veinte se pasó lista de representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. SECRETARIO.—Continúa la discusión del dictamen sobre Escuelas Normales.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Relator de la comisión.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

Habiéndose acercado á la comisión algunos señores Delegados, muy particularmente el Sr. Rébsamen y el Sr. Carrillo, presentando algunas modificaciones al programa que se ha puesto á discusión, y también, de acuerdo la comisión con las ideas emitidas en la sesión anterior, presenta su programa reformado,

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Suplico á la comisión se sirva decirnos por qué ha suprimido el álgebra de su programa; porque

me parece muy importante. Es cierto que no tendrá que aprenderse esta materia en la escuela primaria; pero para el profesor es muy importante que tenga los conocimientos necesarios sobre esta ciencia, para poder hacer las explicaciones.

Me permito suplicar también á la comisión que medite si sería ó no conveniente introducir, según la localidad respectiva, la enseñanza de uno ó dos idiomas indígenas, no para que los aprendieran los dos los profesores, sino para que así tuvieran el derecho de elegir aquel que fuera más apropiado según la razón adonde fueran á dar la enseñanza.

Esto es muy importante, supuesto que hay muchos pueblos en la República en donde no se conoce el idioma español, y hablándose el idioma de la localidad solamente, no hay medio de comunicación; mientras que conociendo el idioma puede establecerse esta comunicación indispensable, y poco á poco ir substituyendo en la enseñanza el idioma indígena con el español que debe ser el dominante.

Creo que este es un asunto verdaderamente patriótico, porque si no nos ponemos en comunicación con todos los pueblos de la República, yo creo que nunca se llegará á generalizar la instrucción en todo el país.

Algunas de las personas á quienes he hablado en este sentido, temen que esto llegue á dar un resultado contrario, que el idioma indígena seguiría dominando.

No lo creo así por dos motivos: en primer lugar, el profesor encargado de la enseñanza en algún pueblo, teniendo como idioma nativo el español, no era probable que hiciera que dominase en ese pueblo el idioma indígena; y en segundo lugar, era poco probable que aprendiese perfectamente bien el idioma indígena y que diera todos los elementos de las ciencias en este idioma.

En este sentido me parece de mucha importancia indicar en el programa el

aprendizaje de uno ó dos idiomas indígenas de los que dominan en el Estado que elijan los normalistas.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Contestando la interpelación que el señor representante Manterola se ha servido hacer á la comisión, vengo, en nombre de ella, á manifestar que se ha suprimido el álgebra porque aun cuando parece indispensable para la enseñanza de la geometría como en la comisión domina la idea de que la geometría que ha de enseñar el profesor de instrucción primaria elemental sea la empírica, ha querido suprimirla con el fin que ya antes ha expresado; pero en cambio acepta la introducción de otras materias, que antes no había pensado introducir.

Respecto de la idea del Sr. Manterola sobre que se enseñe algún idioma indígena en los cursos que se den á los normalistas para la instrucción primaria elemental, cree la comisión que la idea es muy buena, pero que sería hasta cierto punto irrealizable.

Tenemos ciento y pico de idiomas indígenas en la República, y á este número de idiomas hay que agregar todavía un sinnúmero mayor de dialectos. Por consecuencia, sería necesario que en las Escuelas Normales se enseñaran no sólo idiomas, sino dialectos, cuya enseñanza es difícilísima, porque no tienen gramática. Exceptuando el idioma azteca, el mayo y algunos otros, los demás no podrían absolutamente enseñarse: de manera que prescribiríamos la enseñanza de un idioma sin obtener ningún resultado.

Por otra parte, casi vendría á ser inútil. Tenemos, por ejemplo, el Estado que yo represento, en el Estado de Tabasco se hablan cinco idiomas, si las escuelas de esa Entidad federativa han de servirse por normalistas tendrían los profesores que aprender estos idiomas y es abso-



lutamente imposible que puedan aprenderse en el tiempo que se da á los normalistas.

Por esto la comisión cree que aun cuando la idea es buena, acertada, aun cuando vendría, como el Sr. Manterola ha dicho, á formar un verdadero lazo de unión entre los alumnos indígenas y los profesores, no puede aceptarse por los inconvenientes que la comisión expone á la Cámara, los cuales cree que son dignos de tomarse en cuenta.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Baz.

EL C. BAZ EMILIO.—Señores representantes:

Yo opino como el Sr. Manterola; creo que es conveniente el aprendizaje del álgebra; no creo que sea como ha opinado la comisión que sirva de base para explicar bien la geometría; el objeto principal del álgebra no es éste; es estudiar la aritmética en su forma general, es generalizar todos los principios que se han estudiado en la aritmética, y es evidente que el profesor que ha hecho el estudio de esta materia está en mejores condiciones que el que lleva simplemente los estudios aritméticos.

Cree sí, de acuerdo con la comisión, que el idioma mexicano en cualquier forma que se tome, no es conveniente planearlo. Hemos visto en la escuela preparatoria, que después de varios años que ha estado establecida esa clase, últimamente, no hace quince días, que ha habido, porque así ha parecido necesario, que consultar la supresión de esta enseñanza por falta absoluta de alumnos; pues en cuatro ó cinco años que estuvo establecida esa clase, sólo concurrieron tres alumnos.

Por consiguiente, propongo que se conserve en el programa el estudio del álgebra, y que no se admita el estudio del idioma mexicano.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

Tengo que manifestar, á nombre de la comisión por lo que respecta á lo que ha indicado el Sr. Baz, relativo al álgebra, que no se ha suprimido esta materia, sino en el programa de escuelas elementales, la reservamos para la Escuela Normal de instrucción primaria superior.

Si bien se dijo que el álgebra podía considerarse como indispensable para el estudio de la geometría, fué precisamente porque ha sido una de las objeciones que se nos han hecho; pero como hemos dicho, el estudio de la geometría que debe hacerse en la escuela primaria elemental, debe ser un curso demasiado elemental; mientras que el que se haga en la enseñanza de los profesores de instrucción primaria superior, será un curso de geometría demostrada con todos los elementos indispensables, y repetimos, que hemos suprimido el álgebra para la enseñanza elemental, á fin de que las materias que consideramos esenciales puedan desarrollarse mejor.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Me voy á permitir insistir sobre los dos puntos que he tocado, porque creo que el álgebra no solamente es importante para la escuela primaria superior, sino también para la elemental.

Se trata de formar maestros que se den cuenta de lo que enseñan, y para enseñar bien la aritmética, es necesario que se den cuenta de los principios fundamentales que constituyen ésta, y estos principios se encuentran en el álgebra.

Respecto de los idiomas, tengo la pena de no estar de acuerdo con el Sr. Baz, ni mucho menos con el ejemplo que nos ha

citado. Que se haya suprimido la clase de mexicano en la escuela preparatoria, es realmente muy natural; era una clase voluntaria, no tenían obligación los alumnos de asistir á ella, y no concurrían porque para ellos esta materia no presenta un objeto de alta importancia para cultivarse. Pero en la Escuela Normal sí tendrían otro objeto, serían obligatorias, para establecer una comunicación entre el maestro y el discípulo indígena que no habla el español.

El Sr. Correa nos pone la objeción de que en algunos Estados, como en Tabasco, se hablan varios idiomas indígenas, es mucha verdad; pero sabemos muy bien que en la mayor parte del país dominan determinados idiomas, y éstos serían los que se aprendieran.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Antes de que se proceda á la votación, me permito con toda insistencia suplicar á la comisión se sirva acceder á la solicitud que algunos de los miembros de la Cámara hemos hecho ya relativa al asunto del álgebra. La considero de absoluta necesidad en el programa de la Escuela Normal elemental. Desde luego el estudio matemático que se hiciera de la manera que la Comisión propone, indica una desordenada colocación. En mi concepto, no hay que hacer este truncamiento. Es absolutamente indispensable generalizar á fin de que, como decía el Sr. Manterola, pueda el futuro profesor darse cuenta de lo que va á enseñar.

Fundándome en estas razones é insistiendo muy particulamente en lo que el Sr. Baz decía, ruego á la comisión que perdone esta insistencia y que se sirva acceder á lo solicitado.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTINEZ.—Señores Representantes:

Si la comisión se ha resuelto á suprimir el álgebra, ha sido porque varios de los señores representantes le han sugerido esta idea; pero la comisión, ante todo, desea obrar de acuerdo con la mayoría del Congreso; se encuentra perpleja en estos instantes, porque no sabe cuál será la opinión de la mayoría. Así es que para concluir todo, nos parece que sería conveniente que se votara el programa primero tal como se ha propuesto, y luego como lo solicitan los señores que desean la adición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Baz.

EL C. BAZ.—Únicamente para proponer que se vote por materias y no en conjunto la proposición.

EL C. SECRETARIO.—Se procede á votar por materias.

Recogida la votación resultó aprobada la primera por unanimidad de votos. Igualmente la segunda y la tercera. La *lectura superior, y ejercicios de recitación y reminiscencia, gramática castellana y ejercicios de composición*, fué aprobada por diecisiete votos, contra el del Sr. Rébsamen que dijo que no la aprobaba por la forma en que estaba redactada. La *aritmética y gramática* fueron aprobadas por unanimidad. Las *nociones de física, química é historia natural con aplicaciones á la industria y á la agricultura*, se aprobaron por unanimidad. De igual modo la *geografía y cosmografía*. La *historia general y del país*, aprobadas por unanimidad de votos; igualmente la *instrucción cívica y la moral*. La *urbanidad* fué aprobada por diecisiete votos contra uno; por igual número de votos se aprobaron la *caligrafía y el dibujo*. Fué aprobada por diecisiete votos contra uno la



*música vocal. Los trabajos manuales* resultaron aprobados por quince votos contra tres, y *la gimnasia y ejercicios militares*, por diecisiete contra uno.

*El idioma francés*, se aprobó por diecisiete votos contra uno.

EL C. SECRETARIO.—Se ha presentado la siguiente adición:

«Pedimos al Congreso se sirva aprobar la siguiente adición al programa de enseñanza elemental: *Algebra elemental*»—*Ramón Manterola*.—*Miguel Schultz*.—*Antonio García Cubas*.—*Emilio G. Baz*.—*Francisco Gómez Flores y Adolfo Cisneros*.

Se procede á recoger la votación.

Recogida que fué, resultó aprobada por quince votos contra tres.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cisneros Cámara, para proponer una adición.

EL C. CISNEROS CÁMARA.—Yo me atrevo á proponer que se agreguen algunas nociones de lógica como complemento de la metodología.

En esto no hago más que seguir la primitiva idea de la comisión y las indicaciones de algunos señores representantes.

Así es que me atrevo á insistir en que se estudien estas nociones de lógica, y no diré las razones, porque creo que ellas están en la conciencia de la mayoría de los señores representantes.

EL C. SECRETARIO.—Se ha presentado la siguiente adición:

«Se adiciona el programa anterior con la siguiente asignatura: *Nociones de Lógica*».—*Adolfo Cisneros*.—*Miguel Schultz*.

¿Se toma en consideración?

Sí se toma.

Está á discusión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Para suplicar á los honorables individuos de este Congreso que se han servido presentar esta proposición á que se acaba de dar lectura, se sirvan manifestar en qué período de los tres años puede colocarse la materia que proponen sin crear dificultades.

Me permito hacer esta interpelación, porque he tenido ya el sentimiento de votar en contra de algunas de las materias que fueron aprobadas por el Congreso, no porque creyera yo precisamente que no fueran de gran importancia, sino porque habiendo con anterioridad votado el número de años durante el cual debe hacerse esta enseñanza, mientras no se pruebe que pueden aumentarse materias, creo que no está realmente en nuestras facultades el aumentarlas ilimitadamente.

¡Ojalá que con hacer estos aumentos, pudiéramos aumentar la capacidad de los alumnos y en el tiempo las horas del día, durante el cual puedan dedicarse á estos estudios, y todo lo necesario para que pudieran caber en el reducido círculo que ya hemos trazado.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—En virtud de ser uno de los signatarios de la proposición anterior, tengo la honra de contestar la interpelación del Sr. Lic. Pérez Verdía, manifestándole que ha sido nuestro ánimo el proponer á la comisión y al Congreso, que se sirvan admitir en el programa las nociones de lógica, volver al espíritu primitivo que dominó en la comisión.

El lugar de la lógica debe estar inmediatamente antes de las nociones de metodología, puesto que las nociones de lógica deben normar el espíritu de los alumnos para hacerles comprender la bondad

mayor ó menor que tal ó cual método encierra.

Tengo entendido—y en este respecto contesto las principales objeciones que el Sr. Pérez Verdía hace—que alguno de los laboriosos miembros de la Comisión tenía formulado algún proyecto de distribución de tiempo que sin duda no tomó forma oficial dicho proyecto por no creerlo conveniente los miembros de dicha comisión; pero de la capacidad y tino muy especial de los señores que la forman, puedo inferir de antemano que la distribución del tiempo debe ser acertada.

Como de hecho no ha habido ningún aumento, supuesto que como habrá podido observar el Sr. Pérez Verdía, la única adición ha consistido en la del idioma francés, y esta adición ha sido reemplazada con la supresión de las nociones de economía política y de agricultura que pasan á los cursos de la normal superior, el Sr. Lic. Pérez Verdía podrá fácilmente convencerse de que no hay ese recargo excesivo ni esa extralimitación de materias superabundantes.

Entiendo, pues, que con relación á la distribución del tiempo como algunos de los honorables miembros de la comisión demostró, cabe perfectamente un curso reducido de nociones de lógica como estudio antecedente preparatorio á la metodología.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—Señores representantes:

La comisión, en una de las proposiciones, dice que *el minimum de tiempo que se debe consagrar en la semana á las materias del curso pedagógico y práctica profesional, será de doce horas*, la comisión dice que *el minimum*; creo que no sería posible aumentar las doce horas; pero aun suponiendo que pudieran conseguirse do-

ce horas para las materias del curso pedagógico y para la práctica profesional, resultaría que todo lo que acabamos de votar en materia pedagógica, como es teoría general de la educación, nociones correspondientes á la fisiología y psicología, metodología general aplicada á las materias, organización escolar, régimen é higiene, etc., es del todo imposible si agregamos las nociones de lógica.

Estoy convencido que no hay tiempo, puesto que se han votado tres años con gran sentimiento mío; porque tengo la convicción de que hubiera sido más conveniente fijar cuatro. Así es que creo que no deben aumentarse más materias, y con gran sentimiento votaré en contra de la adición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cisneros Cámara.

EL C. CISNEROS CÁMARA.—Señores Representante:

Me tomo la libertad de hacer observar que la interpelación del Sr. Pérez Verdía y la contestación que ha dado mi digno compañero el Sr. Schultz, así como la réplica del Sr. Rébsamen, se refieren á un punto que no debe preocuparlos tanto como parece; porque realmente el lugar que las nociones de lógica ocupen en la Escuela Normal, será cuestión del programa detallado, así como el destinarles dos ó más horas.

Debemos fijarnos en la importancia de las materias y yo creo que ninguna tan importante como las nociones de lógica.

Sabido es que la enseñanza oral es de las mejores, y yo no concibo cómo un profesor, sin tener nociones de lógica, pueda dar esta enseñanza oral.

Por esto insistimos en nuestra súplica al Congreso de que se sirva aprobar la proposición.

EL C. SECRETARIO.—Como no hay quien



tenga la palabra, se procede á recoger la votación.

Recogida que fué resultó reprobada la proposición por diez votos contra ocho.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Se ha presentado esta otra proposición que dice:

Pedimos al Congreso se sirva aprobar la siguiente adición al programa elemental: Algún idioma indígena dominante en el Estado respectivo.—*Manuel Flores*—*Adrián de Garay*.—*Francisco Gómez Flores*.—*Justo Sierra*.—*Miguel Schultz*.—*Ramón Manterola*.—*Rafael Aguilar*.

El C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Para llamar la atención del Congreso sobre que si se agrega alguna otra materia, ya es imposible distribuir este programa en los tres años que hemos propuesto; pues que hasta ahora no ha habido más que compensación: si bien se han agregado algunas materias, también se han quitado otras. Pero si se agrega alguna otra más ya se hace muy difícil distribuirla en el tiempo que ya está aprobado.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra.

Se va á recoger la votación.

Resultó aprobada la adición por diez votos contra ocho.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—El programa para profesores de instrucción primaria es el siguiente:

Además de las materias que cursen los profesores de instrucción primaria elemental, las asignaturas siguientes:

Curso superior de Fisiología y Psicología aplicadas á la educación.

Metodología aplicada á las materias de la enseñanza primaria superior.

Historia de la Pedagogía.

Literatura patria.

Lógica.

Nociones de Estética.

Inglés

Nociones de Economía Política.

Práctica de ejercicios gimnásticos y militares.

Historia de la ciencia, la industria y el arte.

EL C. SECRETARIO.—Está á discusión el programa á que se acaba de dar lectura.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Señores: Hay que observar una cosa importante: ó este programa debe venir después del anterior, es decir, debemos obligar á los maestros á aprender primero el programa de instrucción primaria elemental y luego la instrucción primaria superior; ó ambas son enteramente independientes.

Si lo primero, es necesario que la comisión nos lo indique, porque no se encuentra en ninguna de las proposiciones que un programa deba seguir del otro. Si esto es así, habrá lugar á la observación del caso; si no es así, si este programa es independiente del anterior, es decir, si el alumno no debe cursar el primero para llegar á éste, entonces, cabe el introducir algunos ramos que la Comisión desde luego no incluyó.

Suplico á la comisión, si soy más afortunado que otras veces, que tenga la bondad de indicarme si son ligados los programas ó son independientes.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

La comisión cree que está claro el pen-

samiento, puesto que dice que el programa para los profesores de instrucción primaria superior será además de las materias que cursen los de instrucción primaria elemental.

Ahora como se han acordado tres años para el profesor de instrucción primaria elemental y cinco para la enseñanza de la primaria superior, claro es que en los tres primeros se estudiarán todas las materias del programa elemental y solamente en los dos años siguientes, estudiarán estas materias los que van á ser profesores de instrucción primaria superior.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra.

Se procede á votar por materias.

Recogida la votación resultó:

*Historia de la Pedagogía*, aprobada por unanimidad.

*Literatura patria*, aprobada por unanimidad.

*Lógica*, aprobada por unanimidad.

*Nociones de estética*, aprobada por doce votos contra seis.

*Historia de la ciencia, la industria y el arte*, reprobada por doce votos contra seis.

*Inglés*, aprobado por unanimidad.

*Trigonometría rectilínea*, reprobada por quince votos contra tres.

*Economía Política*, aprobada por unanimidad.

*Enseñanza de piano ó armonía*, empatada la votación.

*Teneduría de libros*, empatada la votación.

*Perfeccionamiento en la caligrafía, dibujo, música y trabajos manuales*.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Estando comprendido uno de los ramos ya desechado ó al menos pendiente de votación, como es la música, y por otra parte estando unidos

diversos ramos en este mismo inciso, suplico á la Mesa que se digue mandar se vote cada uno de los ramos por separado.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Puesto que como lo hace observar el Sr. Gómez y es lo cierto, que en los ramos comprendidos en este inciso solamente la música es la materia cuya decisión está empatada, suplico á la comisión se sirva, en obvio de tiempo y para mayor facilidad, mandar que la votación recayera sobre el perfeccionamiento en la caligrafía, dibujo y trabajos manuales.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Suplico al Sr. Schultz se sirva fijarse, lo mismo que los demás señores representantes, que los trabajos manuales en la instrucción primaria superior tienen un carácter enteramente distinto del que deben tener en la instrucción primaria elemental. Si se comparan ambos programas se advertirá esta distinción.

Como el objeto de los profesores de instrucción primaria elemental es la enseñanza de los ramos que forman el programa de la elemental y lo mismo respecto de los profesores de instrucción primaria superior, ambos trabajos tienen carácter distinto.

De modo que los trabajos manuales que tengan que adquirir en la Escuela Normal, es decir, para adquirir un título de profesor de instrucción primaria superior, deben ser enteramente distintos de la adquisición de los conocimientos que tengan los de la primaria elemental.

Por lo mismo teniendo tanta importancia como tiene esta asignatura, suplico al Congreso se digne aceptar que se vote separadamente, porque podría suceder



que este asunto tan importante se equiparase con el de la caligrafía que no tiene ya tanta importancia, y sí por cierto, merece y mucho la consideración de que los trabajos manuales sean en este caso definitivamente aceptados por el interés de la educación del pueblo.

EL C. SECRETARIO.—Se procede á recoger la votación por materias.

Recogida que fué resultó el *perfeccionamiento en la caligrafía* reprobado por 12 votos contra 6; *perfeccionamiento en el dibujo*, aprobado por 15 votos contra 3; *perfeccionamiento en los trabajos manuales*, aprobados por 15 votos contra 3; *práctica de ejercicios gimnásticos y militares* aprobada por 16 votos contra 2.

EL C. SECRETARIO.—Está á discusión la fracción C que dice así:]

«C.—Cada Escuela Normal tendrá anexa una escuela de instrucción primaria elemental y superior para la práctica de sus alumnos.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. REBSAMEN.—Señores Representantes:

Puesto que se ha acordado ya que los Estados queden en libertad de tener Escuelas Normales para formar únicamente profesores de instrucción primaria elemental, no veo la ventaja que tendría la escuela primaria superior anexa á una escuela primaria elemental.

Desearía, por consiguiente, que la comisión reformara esta proposición de acuerdo con una que ya está aprobada.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Relator de la comisión.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

Efectivamente, el Sr. Rébsamen tiene

razón, y la comisión, de acuerdo con lo ya aprobado, modifica su fracción C en este sentido:

«Cada Escuela Normal tendrá anexa la escuela ó escuelas de instrucción primaria correspondientes para la práctica normal de sus alumnos.»

De manera que si la Escuela Normal solamente forma profesores elementales sería de instrucción primaria elemental.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Simplemente para manifestar que puede haber escuelas que tengan las dos anexas. De esta manera se tendría completamente la evolución de la enseñanza primaria.

Yo desearía que la comisión redactase un poco más distintamente su proposición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Cada Escuela Normal tendrá la escuela ó escuelas primarias correspondientes para la práctica profesional de sus alumnos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Para rogar á la comisión que se sirva añadir á la reforma de su proposición algo que la exprese con mayor claridad; por ejemplo: «La escuela ó escuelas anexas á su respectivo carácter.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.]

EL C. MARTÍNEZ.—Sres. Representantes:

Como la indicación del Sr. Schultz versa solamente sobre que se haga constar

que es anexa la escuela, bastaría poner esta palabra, *anexa*, quedando la proposición en estos términos:

«Cada Escuela Normal tendrá anexa la escuela ó escuelas correspondientes para la práctica profesional de sus alumnos.»

EL C. SECRETARIO.—Se procede á recoger la votación.

Resultó aprobada la fracción C por unanimidad de votos.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Se pone á discusión la fracción D que dice:

D.—La práctica profesional comprenderá:

1º Ejercicios de aplicación en la escuela anexa para los cursos normales respectivos.

2º Conferencias pedagógicas, lecciones de prueba y ejercicios de crítica pedagógica en el tercero, cuarto y quinto años.

3º Visitas á buenas escuelas primarias de la localidad para los alumnos de 3º y 5º años; y si fuere posible, visitas á escuelas de igual clase en diversas poblaciones.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—Sólo para hacer observar á la comisión que en el primer curso normal es del todo imposible que haya ejercicios de aplicación, puesto que los alumnos no han estudiado absolutamente nada de metodología, ni general, ni aplicada.

Podrá haber ejercicios de observación; pero de aplicación no.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión cree que con agregar una palabra quedará claro el pensamiento que ha tenido al re-

dactar esta fracción y la propone en estos términos:

«Ejercicios de observación y aplicación en la escuela anexa de los cursos normales respectivos.»

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores M.

EL C. FLORES M.—Simplemente para suplicar á la comisión se sirva aclarar su segundo inciso que está redactado así:

«Conferencias pedagógicas, lecciones de prueba, y ejercicios de crítica pedagógica para los alumnos de tercero, cuarto y quinto años.»

Yo desearía saber si es para los alumnos ó por los alumnos; porque yo entiendo que las conferencias pedagógicas, si han de ser como ejercicios prácticos y lecciones de prueba, han de ser hechas por el alumno.

De manera que yo suplico á la comisión que con esa facilidad de redacción y claridad que la caracteriza, se sirviera explicar esta fracción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Ciertamente la comisión se honra en contestar al apreciable Dr. Flores, para lo cual realmente se encuentra con mucha facilidad, como fácilmente lo juzga.

Hasta aquí realmente la comisión ha sido altamente considerada y ha tenido en cuenta cuantas observaciones se le han hecho, pero sin duda que el Sr. Flores, como profesor de pedagogía, puede perfectamente tener presente que no son precisamente los alumnos los que han de hacer la crítica; de modo que no cabe el *por* sino precisamente él, como profesor de pedagogía habrá hecho más de una vez la crítica *para* los alumnos que sigan su curso.

En este supuesto está perfectamente



redactado el inciso, y tratándose aquí de prescripciones se debe comprender que se dice:

«Se prescribe para los alumnos de tercero, cuarto y quinto años, conferencias pedagógicas, lecciones de prueba y ejercicios de crítica pedagógica.»

Es verdad que también en esos ejercicios pueden tomar la palabra los mismos alumnos, pero de cualquiera manera que sea, es al profesor á quien le corresponde hacer la crítica pedagógica y no á los alumnos.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES M.—Si los ejercicios de crítica pedagógica los hace el maestro, no es práctica pedagógica para los alumnos; en consecuencia, debiera colocarse en la parte teórica de la enseñanza de la pedagogía, y sobre todo, esto contesta á una parte del inciso, pero no á las otras dos.

Las conferencias pedagógicas, ó es el alumno el que las da, ó es el alumno el que las recibe; si las recibe del maestro, no es práctica sino teoría pedagógica, y lo mismo que las conferencias, lo que se refiere á las lecciones de prueba; sólo que serán práctica pedagógica cuando las haga el alumno y no el maestro.

Por consiguiente, insisto en que se aclare esto; de otro modo yo no votaré este segundo inciso, porque no puedo considerar como ejercicios prácticos los ejercicios en que una persona hace una cosa y otra los mira hacer.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Vuelvo á extrañar del talento tan claro del estimable y reputado Sr. Flores, que constándole por experiencia que esa parte es del maestro y nunca del alumno, insista sobre este punto.

Seguramente que es indispensable el que después también el alumno debe seguir el modelo del maestro para poder adquirir esa aptitud.

Así es que, como en la redacción del inciso no se comprende sino se prescribe para los alumnos, en vez de decir, en favor de la crítica, las conferencias pedagógicas que dará el profesor y que en algunos casos las dará también el alumno; pero indudablemente debe tomar como tipo las que dé el maestro para el alumno.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—La mayoría de la comisión estima hasta cierto punto la observación del Sr. Flores, con alguna justicia.

En consecuencia, la comisión, para mayor claridad, propone reformar este inciso de la siguiente manera:

«Conferencias, lecciones de prueba y ejercicios de crítica pedagógica en el tercero, cuarto y quinto años.» No precisa determinar que sea *para* ó *por* los alumnos.

Ahora, la comisión siente mucho haber tenido, puede decirse, contratiempos en la corrección de su dictamen y haber tenido que variar muchas veces las frases, sintiendo que no brille por su facilidad y corrección de estilo; pero la especie de bromita que se ha venido dando á este dictamen por alguno de los representantes del Congreso, ha obligado á la comisión á ponerse á la misma altura.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra.

Se procede á recoger la votación.

Recogida que fué, resultó aprobada la fracción D, por unanimidad de votos.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Se pone á discusión la fracción E.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Para suplicar á la comisión que se sirva explicar el inciso que se discute. En los términos en que está concebido, me parece muy general y poco adecuado. Dice que las horas semanales de trabajo no podrán exceder de treinta y seis, y me parece que es impropio; porque podrá haber alumnos que necesiten mayor número en el trabajo, y por otra parte, creo que tampoco se les puede prohibir á ningún alumno el trabajo individual fuera de la clase. Yo entiendo que la comisión se refiere más bien á las horas de clase que á las horas de trabajo.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY A.—Yo me permitiría suplicar á los señores de la comisión que retirasen esta proposición. Va á presentarse en la próxima vez su programa detallado y en él se podrá ver lo relativo al tiempo, y así podremos formarnos mejor juicio.

En consecuencia, creo que está fuera de lugar calcular el tiempo, y debemos reservarnos para la próxima vez este punto, cuando ya esté concreto el asunto.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—De conformidad con lo expuesto por el Sr. Garay, la comisión no tiene inconveniente en retirar este inciso, puesto que precisamente en el programa de escuela elemental se ha agregado una materia más, como es el idioma indígena. Quizá por este motivo sea necesario aumentar el tiempo, lo mismo que en los cursos superiores.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—Señores Representantes:

Siento positivamente que la comisión haya cedido en este punto, porque me parece del todo importante que una vez que se han aprobado las materias, se fije un máximo para las horas de trabajo escolar.

Creo que treinta y seis horas semanales de trabajo escolar es enteramente suficiente, quizá es mucho, y de ningún modo se puede ir más allá. Aun cuando se hayan aprobado idiomas indígenas, no debe aumentarse el trabajo. Creo que la resolución que tomase el Congreso sobre este punto podrá servir de norma á la misma comisión para formar su programa detallado.

El programa detallado, la distribución del tiempo en que el conocimiento de las materias que se han de enseñar, éstas ya están aprobadas; requiere el conocimiento del límite hasta donde puede irse en cuanto á las horas que pueden emplear los alumnos normalistas. Por tanto, yo creo que sería muy conveniente que la comisión volviera sobre sus pasos y que se sometiera este inciso á la votación del Congreso.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—La comisión no podrá todavía en la sesión próxima votar el programa detallado aun cuando se aprobara esta proposición, puesto que nos queda una materia pendiente que es la enseñanza de la música instrumental. De manera, que cree la comisión que no hay ningún inconveniente en diferir esto, pues que de todos modos no puede presentar su programa.

EL C. SECRETARIO.—Se pregunta á los señores representantes si se permite á la



comisión retirar las fracciones *E* y *F* de su dictamen.

Se permitió por trece votos contra cinco.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Está á discusión la fracción *G* que dice:

*G*.—Para ingresar á las Escuelas Normales debe comprobarse, por medio de un examen practicado en las mismas Escuelas, que se posee la instrucción primaria elemental y superior.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cisneros Cámara.

EL C. CISNEROS CÁMARA.—Por el mismo motivo ya expresado por el Sr. Rebsamen, me atrevo á suplicar á la comisión que reforme el inciso que se discute, porque efectivamente, si no todas las Escuelas Normales tienen el objeto de formar profesores de instrucción primaria superior, pues deben tener tan sólo las nociones de instrucción elemental superior, y confieso francamente que no he entendido el punto.

Me permito preguntar á la Comisión si exige que deben poseer la instrucción primaria inferior y superior, en cuyo caso estoy conforme con la redacción.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Tengo la pena de no estar de acuerdo con esta proposición, porque si hay escuelas oficiales primarias y éstas someten á los alumnos á un examen, ¿por qué someterlos á un segundo examen en la Escuela Normal para su admisión?

Esto no se acostumbra en ninguna otra especie de escuelas. Yo creo que si llevan un certificado de la escuela primaria superior de que han concluido sus estudios, es innecesario que se les someta á

un nuevo examen en la Escuela Normal respectiva.

Quisiera oír la razón en que se funda la exigencia de este otro examen.

En la escuela preparatoria basta el certificado de una escuela oficial superior.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

Como en la Escuela Normal sólo se va á perfeccionar las materias de la instrucción primaria, es absolutamente indispensable que los alumnos que entren á ella, la tengan completa, y esto se comprueba por medio de un examen; porque los certificados dan lugar ordinariamente á abusos. Es muy general en la práctica dar certificados á alumnos que no tienen su instrucción primaria completa. Esto lo sabe el Congreso perfectamente.

Creemos que es indispensable, tratándose de una enseñanza de puro perfeccionamiento, como es la Escuela Normal, que haya absoluta certeza, de que los alumnos tienen la instrucción primaria completa.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Tengo la pena de no estar de acuerdo tampoco, con la prescripción que esta proposición implica.

Concibo perfectamente las razones de la comisión, sé perfectamente que en la práctica las dificultades, los inconvenientes que para organizar y uniformar la marcha de los cursos, se presentan circunstancias nocivísimas de que á veces ingresen alumnos que están distante de los conocimientos que otro presenta, y esta disparidad naturalmente dificulta y entorpece la marcha de la instrucción; pero

en cambio de estas desventajas yo ruego á la comisión que se sirva palpar los inmensos inconvenientes que tienen todos los exámenes de admisión.

Debemos ser francos y convenir en que la profesión de maestros de instrucción primaria, no ofrece grande halago en nuestro país; el poco porvenir que generalmente tienen los maestros de escuela, ó han tenido hasta ahora, la poca respetabilidad social de que generalmente se les ha rodeado, el poco lucro, además, que ordinariamente se espera del ejercicio de esta profesión, todas estas son condiciones para que el ingreso á los cursos de la Escuela Normal no sea codiciado, probablemente durante mucho tiempo.

Si además de esta dificultad de hecho vamos á agregar la dificultad también de hechos del examen de admisión, es casi seguro que los alumnos se resistirán á inscribirse para ingresar á esta escuela por no sufrir esta prueba; dando por resultado que las salas de la Escuela Normal estarán punto menos que desiertas si agregamos esta dificultad.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY A.—Yo considero, señores, que el aprobar esta proposición es hasta cierto punto ofensivo para las escuelas primarias en las cuales ya se ha aprobado el programa que les ha dado carácter. Si nosotros acordamos aquí de una manera oficial que no merece crédito el certificado expedido por una escuela primaria, entonces nosotros mismos venimos á hacerles la guerra. No debemos hacer que los certificados que expidan las escuelas primarias sean desconocidos, pues estas escuelas tienen ó tendrán los requisitos debidos con todas las condiciones que el Congreso ó el Gobierno más adelante apruebe.

En la actualidad tenemos un ejemplo

en la escuela preparatoria. En muchos Estados no tienen elementos suficientes para poder cursar los estudios preparatorios, y sin embargo, son escuelas oficiales y se reciben los certificados.

En consecuencia, yo creo que sería hasta ofensivo poner esta prescripción.

Además, como ha dicho el Sr. Schultz, en las vías de hecho, es enteramente contraproducente.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Flores.

EL C. FLORES.—Señores:

No debemos tratar esta cuestión bajo el punto de vista sentimental, sino bajo el punto de vista utilitario, y no nos debemos preocupar si el director de un establecimiento mal arreglado y cuyos alumnos no aprenden, se vaya á dar por ofendido. El examen en una escuela superior es la cuestión que nos debe preocupar; lo que es necesario saber es si tienen los alumnos esa preparación que todos deben llevar á la Escuela Normal.

¿Qué resulta si la preparación no es bastante? Que se pierde el tiempo, el trabajo y el dinero.

Reflexiónese que los normalistas necesitan una suma de conocimientos y una dosis de talento y de capacidad muy superior en lo posible á la de los alumnos que va á enseñar.

Si un alumno que no va á dedicarse á la enseñanza, sabe sumar con dificultad y restar con tropiezos, peor para él sólo; mientras que si un alumno normalista no sabe sumar ni restar, á quien va á perjudicar es á todos los alumnos de la escuela.

En consecuencia, no nos fijemos simplemente en que los directores de establecimientos se van á mortificar porque se exige este requisito; véamoslo como un estímulo que habrá para los directores de establecimientos con el fin de que pongan



más empeño para que sus alumnos recibieran una educación conveniente.

Suplico al Congreso se sirva aprobar esta cláusula que evita todo género de dificultades porque los alumnos normalistas puedan llenar su misión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY.—Me extraña que el Sr. Flores no exigiese lo mismo cuando se trató la cuestión de la escuela preparatoria. ¿Por qué razón á los alumnos de esta escuela no se les exige el examen en que acrediten que han cursado los estudios de la primaria superior?

Yo no me refiero á la cuestión de las escuelas malas. Pero entonces, que en la Escuela Normal se especifique qué condiciones deben tener esos certificados, cuáles son las escuelas autorizadas, cuáles son las que tienen un programa conveniente.

Vdes. comprenden que si en la Escuela Normal se hace repetir un examen de todas las materias que se cursan en la primaria superior, es crear una dificultad; y además, si no merecen fe las escuelas primarias, que hagan un programa apropiado, son enteramente inútiles, y si no lo tienen, que se fijen las reglas de cuáles son las escuelas primarias dignas de fe para que así se pueda hacer esta admisión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Iba á decir algo de lo que acaba de expresar el Sr. Garay; pero me permitiré añadir todavía algo para comprobar que en este caso se trata de un efecto contraproducente. Desde el momento en que se suprimiera el certificado, entonces los alumnos que se presentaran á una Escuela Normal, no nece-

sitarían estudiar seis años sujetándose á una serie de exámenes sobre las diversas materias que se cursan en cada año, sino á un sólo examen en la Escuela Normal; porque yo no creo que sea la intención de la comisión que se vayan sometiendo los alumnos á un examen sucesivo de una hora poco más ó menos de los veinte ramos que constituyen la enseñanza primaria superior. Pero suponiendo que lo fuera, era un solo examen el que tenía el alumno, mientras que admitiendo, como se debe admitir, el certificado de la escuela primaria superior oficial, este certificado representa una serie de exámenes anuales sobre todas estas materias, una serie de cursos formales de preparación más conveniente á los alumnos que la preparación que pudiera adquirirse en uno ó dos años para someterse á un examen en que sí podría haber favoritismo.

¿Por qué suponer que en el examen que se va á verificar en la Escuela Normal no habrá compadrazgo y sí suponer que existirá este favoritismo tratándose de las escuelas oficiales primarias superiores?

Yo creo, pues, que la manera de salvar las dificultades, sería señalar como admisible este certificado de las escuelas primarias oficiales, y sólo á falta de éste, prescribir el examen como un medio subsidiario. Pero suprimir esos certificados ó discutir su valor, sometiendo al alumno á un nuevo examen, es quizá nulificar la escuela primaria superior oficial, y nosotros debemos respetarla por lo mismo que aquí hemos formado su programa.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

La comisión no duda que se enseñen en las escuelas oficiales todas las materias que el Congreso ha aprobado; no lo pone en duda. Tampoco puede poner en

duda que se enseñen en las escuelas particulares, porque tampoco hay razón para creer que en éstas no se enseñen como en las oficiales.

De manera que esta distinción sería injusta y no hay razón para dar fe á unas y otras no.

Ahora, los exámenes de admisión no se necesita que sean muy largos; una media hora basta para un profesor competente; con tres ó cuatro preguntas que haga sobre cada materia, es suficiente para ver si el alumno es apto ó no.

De manera que no es necesario destinar tanto tiempo.

La comisión no cree que haya dificultad alguna en la práctica del examen de admisión; y sí cree indispensable evitar abusos y trastornos en la escuela exigiendo á todos los alumnos el examen de que se trata.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes Imaz.

EL C. CERVANTES IMAZ.—Señores:

Yo siento mucho disentir en esta vez de la opinión que manifiesta el Sr. Martínez. Yo aceptaré que para entrar á una Escuela Normal se hayan hecho los estudios de la instrucción primaria elemental y superior, y que se compruebe el examen de estos cursos; pero aceptar como principio que en cada escuela superior, en cada ocasión en que el alumno va á hacer carrera ó á seguir un estudio de mayor importancia, se le exija un nuevo examen; mantener al niño, al alumno, cualquiera que sea, constantemente en la necesidad de estar sometándose á exámenes sucesivos á cada paso, por nulificar el certificado de instrucción primaria que da un director, un cuerpo de profesores, un establecimiento oficial y competente, esto, señores, es verdaderamente injusto.

Yo creo, que así como en la legislación penal no se puede aplicar dos veces la misma pena, ni se puede juzgar á un in-

dividuo dos veces por el mismo delito, así en la enseñanza, es necesario tener piedad con los alumnos, pues no es equitativo que después de conseguir con mil sacrificios y mil esfuerzos un certificado firmado por personas respetables y dado con el timbre de un establecimiento, se les someta de nuevo á otro examen desconfiando de los cursos hechos.

Es muy laudable el empeño que manifiesta la comisión, porque ella desea que la materia prima,—digamos así,—sea buena, que el alumno venga á trabajar, trayendo todos los elementos necesarios para hacer con provecho los cursos superiores. Pero realmente eso es estar sosteniendo una práctica inconveniente. El alumno se cansa, se lastima, se esfuerza extraordinariamente.

Esto es imponerle un trabajo espantoso, es mantenerlo siempre sobre los libros de una manera imposible, y evidentemente que es de todo punto nociva esta práctica.

Yo aceptaré que se exija un certificado, pero que se tenga fe en la escuela primaria. ¿Por qué sólo á ella le hemos de hacer esta ofensa? ¿Por qué no examinamos después al abogado, que sale de la escuela de abogados, para nombrarlo juez, ó al médico para practicar una operación; y sí hemos de llamar al niño de la escuela primaria que hace esfuerzos inauditos para alcanzar un certificado?

Yo celebro el fin que se propone la comisión, pero creo que es de todo punto injusto mantener la práctica de este nuevo examen, para el cual apenas basta el cerebro humano.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. RÉBSAMEN.—Señores Representantes:

Soy ciertamente el último que sería capaz de dar una bofetada á la escuela pri-



maria, yo que me honro con ser maestro de instrucción primaria y con tener este título; pero creo que en este caso está equivocado el Sr. Cervantes.—Yo opino enteramente como el Sr. Dr. Flores. Para ser maestro, para hacer con provecho los estudios en la Escuela Normal y ejercer el magisterio, se necesitan además de otras cualidades muy especiales, y no siempre el certificado, aun cuando esté bien adquirido, no siempre el conocimiento de instrucción primaria elemental y superior, será suficiente para poder ser buen maestro.

Yo creo que en este examen, pueden revelarse ciertas cualidades ó bien defectos que tengan los alumnos capaces en algunos casos para incapacitarlos al magisterio.

Creo que está á la vista el punto; no tengo necesidad de aducir ejemplos, pero suponiendo á un individuo con todos los conocimientos en las materias de la instrucción primaria elemental y superior, si va acompañado del defecto de tartamudear, indudablemente que está incapacitado por completo para ejercer el magisterio.

Por consiguiente, yo estoy con la comisión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY.—Señores: El mejor argumento en contra de esta proposición lo ha dado el Sr. Martínez. Quiere su señoría que para que se pruebe toda esa serie de conocimientos y de aptitudes que debe tener el alumno que va á ingresar á la Escuela Normal,—esa serie de conocimientos y de aptitudes que tanto precupan, y con justicia, al Sr. Rébsamen,—se le haga un examen de media hora. Yo pregunto, señores, si en media hora puede examinarse á un alumno de esa ensalada de materias, de ese conjunto de

materias heterogéneas, de historia, de literatura, de nociones de ciencias físicas y naturales, etc., ¿puede ser ésto un examen racional?

Yo comprendo que se haga un examen general en ciencias que se prestan mutuo apoyo, en ciencias anexas, como las del abogado, ingeniero, etc.; pero un examen general de materias tan heterogéneas, como las de la instrucción primaria, no nos probaría absolutamente nada.

En consecuencia, no es un medio para reconocer la aptitud, y lo prueba mucho más el certificado de instrucción primaria como debe ser; no de la instrucción ambulante que no tiene los requisitos debidos y que se va á probar en media hora.

De esta manera los alumnos aprenderán de cualquier modo, pues saben que en media hora es fácil que encuentren unos sinodales cansados ó tienen suerte para que les toquen preguntas fáciles y en media hora acreditan esa instrucción y tienen pase á la Escuela Normal, atropellando á la escuela primaria.

Señores, en todas las escuelas se va por escalones y ¿cómo vamos á establecer esta serie de exámenes?

Entonces al alumno que va á la Escuela de Medicina, que se le exija el examen general de todas las materias de la Escuela preparatoria.

Que, ¿no da suficiente crédito el certificado de la escuela primaria?

Pues lo mismo es el de la Escuela de Medicina, de Ingenieros, etc.

Además, ¿queremos nosotros convencernos de que el individuo ha cursado estas materias, que las ha aprendido no sólo bajo el punto de vista instructivo, sino también educativo, y que ha tenido en la escuela primaria los años y la práctica suficiente? Pues ¿qué clase de exámenes serían estos en la Escuela Normal, de todas las materias, hechos en un momento?

De manera que prácticamente hablando, sería imposible, y sobre todo, se fal-

taría al respeto que debe tener la escuela primaria.

En consecuencia, es imposible y yo creo que sería muy mal visto ante los ojos de la sociedad, que el Congreso apruebe esta proposición.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Como el Sr. Garay cree que lo que yo manifesté es la mejor prueba de que no debe aceptarse el examen porque considera irrealizable el comprobar las aptitudes de los alumnos en media hora, diré á su señoría que yo no recuerdo haber dicho que en media hora. Dije sí que con algunas preguntas sobre varias materias bastaría para cerciorarse de la aptitud del alumno; porque la experiencia me ha demostrado, como director de una Escuela Normal, que es posible examinar en una hora á dos ó tres alumnos que se presenten como aspirantes.

No es necesario hacer un examen extenso de cada asignatura. Por ejemplo, tratándose de aritmética sería una necesidad hacer un examen minucioso sobre la suma, la resta, etc.; con dos ó tres preguntas bastaría.

De la misma manera se puede hacer con las otras materias, y estoy dispuesto á probarle al Sr. Garay que se puede perfectamente bien, calificar la aptitud de un alumno en media hora en materia de instrucción primaria superior.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Pues, señores, yo todavía me permito insistir en que la comisión retire ó modifique por lo menos su proposición.

Quiero suponer el peor de los casos, que con un certificado falso se presentase

alguno ó algunos alumnos á la Escuela Normal, ¿qué sucedería en este caso?

Pues que aquel ó aquellos alumnos no podrían avanzar, que estorbarán, pero no imposibilitarán los cursos, y si estos alumnos pierden su tiempo, con su pan se lo coman. Mientras que volviendo á insistir sobre el peligro que he indicado, de que siendo tan precaria la profesión de maestro y no teniendo aliciente de ninguna naturaleza el hacer los cursos en la Escuela Normal, nos exponemos con esta dificultad del examen á que no haya concurrencia en dichas escuelas, y entonces sucederá que los gastos impendidos por los Gobiernos de las respectivas Entidades federativas, para organizar estos establecimientos, quedarán esterilizados.

Propondría, pues, á la comisión, que aceptara que los certificados expedidos por las escuelas primarias superiores bastasen en lo general y que sólo, á defecto de los certificados expedidos por estas escuelas, entonces los aspirantes se sujetarán al examen de admisión.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Recordarán los señores representantes que el Sr. que preside a comisión es el Director de la Escuela Normal del Distrito Federal. Su práctica es la que ha servido á la comisión de base para formular la resolución que se discute.

Nos aseguraba el Sr. Director de la Escuela citada, que de los alumnos que han ingresado á este establecimiento casi un noventa por ciento no tienen la preparación necesaria para hacer los cursos de la Escuela Normal. Quizá á consecuencia de esto ha resultado que la mayor parte de los alumnos que se han inscrito en esta Escuela han dejado de concurrir á ella; porque han encontrado ellos mismos inconvenientes para continuar sus cursos.

Por más que nos diga el Sr. Schultz que



con esto el perjudicado nada más será el alumno, nosotros creemos que el perjudicado no es el alumno solamente, sino que perjudica á toda la Escuela y á la sociedad, sembrando el desaliento en los demás alumnos.

Eso que sucede en la Escuela Normal del Distrito Federal, estoy seguro que pasa en las demás Escuelas Normales, y tengo conocimiento que así sucede en la Escuela Normal del Estado de Veracruz donde se han pulsado los mismos inconvenientes con los alumnos que sólo vienen á probar sus estudios con un certificado. Los mismos inconvenientes ocurren en el Estado de Nuevo León, y estos mismos inconvenientes ocurren en algunas otras Escuelas Normales, según se me ha informado.

Por estas circunstancias la comisión ha prescripto el examen respectivo y no el certificado.

¡Cuántas veces no se ha presentado en la Escuela Normal el caso siguiente de que yo he sido testigo! Viene un alumno que hace diez años cursó en el Estado de Colima ó en el de Michoacán, con su certificado; después de haber salido de la escuela primaria ha sido comerciante, viajero y todo lo que ha podido para subsistir; viene después á ingresar como alumno normalista, sin tener así la preparación necesaria. De manera que muchas veces el mismo certificado por más que se haya obtenido con toda justicia y se haya expedido con toda imparcialidad, viene á ser inútil por el tiempo transcurrido que viene á nulificarlo.

Esto que prescribe aquí la comisión para la República, se halla establecido hace mucho tiempo en Europa. En Francia, para ingresar á la Escuela Normal, se convoca á un concurso para la admisión de los alumnos normalistas.

Por consiguiente, la comisión siente no retirar este punto, porque lo cree de vital importancia para que las Escuelas

Normales tengan una marcha libre sin ninguna clase de entorpecimientos,

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—El objeto de la Escuela Normal es formar profesores; para formarlos, es indispensable que estén educados, y para educarlos, es indispensable que hayan pasado por la serie de estudios y en la forma que el Congreso ha creído que es necesario, y esa forma ha prescripto seis años consecutivos en que cada alumno se va sometiendo á un examen para demostrar sus aptitudes fuera del tiempo que ha empleado en la educación.

Esto lo substituye la Comisión con un examen que podrá durar una media hora ó una hora.

¿Qué demostrará el examen?

Demuestra cuando más, en la generalidad, la instrucción en algunos casos, algo la educación; pero en la mayor parte de los casos demuestra sólo la instrucción. Y precisamente cuando se trata de formar profesores es indispensable que se siga el régimen que ha prescripto el Congreso; pues no es el examen que la comisión quiere el mejor medio para convencerse de la aptitud del alumno para el magisterio, y sí, al contrario, acredita el certificado mucho más la preparación, pues comprueba que se han seguido seis años de estudios, que en este tiempo se han sometido al programa detallado, que se han sometido á una serie de exámenes que demuestran una serie de conocimientos y que, por consiguiente, están ampliamente preparados para ser buenos profesores,

Si hay defectos todavía en algunas escuelas primarias, si en virtud de estos defectos no pueden ser satisfactorios los estudios que en ellas se hagan, eso es culpa del estado actual, el que precisamente

trata de remediar el Congreso con sus indicaciones y autoridad. Pero no porque sean defectuosas algunas escuelas primarias,—que no lo son todas,—que no preparan convenientemente, que expiden certificados á quienes no lo merecen, quiere decir, que se hallan aún en vía de mejoramiento, y que de todo se puede abusar; pero una vez que las escuelas marchen de una manera regular, tantos motivos habrá para creer que se puede abusar del certificado expedido á un alumno por una escuela primaria oficial, como para creer que se pueda admitir indebidamente á un alumno que haya quedado mal en un examen de la Escuela Normal.

No veo la razón de la diferencia que en esta parte haya entre los que dirigen una Escuela Normal, y los que dirigen una escuela primaria superior.

Sería hacer una injuria á los directores de escuelas primarias, pues equivaldría á decirles: Vdes. pueden equivocarse, vdes. no pueden dar certificados; y en cambio decir á los de la Escuela Normal: sólo vdes. pueden expedir certificados y títulos de aptitud para la admisión en este plantel, porque sólo vdes. son infalibles.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Deseo llamar la atención del respetable Sr. Manterola acerca de esta circunstancia: si el certificado es el que viene á comprobar que aquel alumno que va á examinarse en la Escuela Normal para admitirse á los cursos y á las clases de este establecimiento, si el certificado es el que va á hacer fe en cuanto á la educación recibida, quiere decir que, puesto que ya hemos acordado que la instrucción puede adquirirse en la escuela oficial, en la escuela privada, ó en el hogar, vamos á privar de la entrada á la Escuela Normal á los que hayan hecho sus estudios en una escuela privada ó en

el hogar; porque no llevan el certificado respectivo.

Por consiguiente, la comisión insiste en que sea el examen únicamente, ó en todo caso que sean las dos cosas, como indicaba el Sr. Schultz; pero no alternativamente. El certificado, para comprobar que se han seguido determinados cursos,—y en este caso siempre se va á dejar á un lado al que ha hecho sus estudios en el hogar,—y el examen.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Baz.

EL C. BAZ E.—Simplemente para preguntar á la comisión, qué le ofrece más garantía, si el certificado en que consta el resultado adquirido por el alumno ante un jurado suficientemente competente, el certificado dado por el Director y Secretario de la escuela, ó el examen de reconocimiento que hacen en la mayor parte de los casos, no el Director de la Escuela Normal, sino tantos profesores auxiliares que tiene, pues sería imposible que el Director pudiera atender á todo el número crecido de alumnos que solicitaran entrar á esta escuela.

EL C. PRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Entiendo que estos exámenes de admisión se hacen siempre bajo la presidencia del Director de la Escuela Normal y no de un solo profesor; habrá varios profesores que hagan estos exámenes.

De manera que no hay peligro ninguno en que se conceda la instrucción necesaria á un alumno que no la tiene.

Precisamente por el interés mismo de la Escuela Normal, se exige el examen, para averiguar si el alumno tiene estos conocimientos, y sería imposible que hubiera tolerancia con un alumno que va á



entrar, puesto que se trata de los intereses de la Escuela.

No sucede lo mismo con el certificado que puede darse por contemporización, pues nada interesa que los alumnos tengan ó no los conocimientos que ellos expresan.

La comisión tiene la pena de insistir en sostener la proposición; pero por experiencia en la Escuela Normal, se ha visto en la necesidad de que se exija tal examen, y así suplica al Congreso que la dispense de lo que podría llamarse obstinación de su parte, y se digne darle un voto de aprobación, porque lo considera de mucha importancia.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien tenga la palabra.

Se procede á recoger la votación.

Recogida que fué, resultó reprobada la proposición por diez votos contra ocho.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Está á discusión la fracción *H* del art. II que dice así:

«*H*—Terminados sus estudios, los alumnos deberán practicar, durante seis meses en alguna escuela primaria bien organizada, para preparar su examen profesional, el que sólo versará sobre teoría y práctica de las materias del curso pedagógico.»

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra.

Se va á recoger la votación.

Resultó aprobada la fracción *H* por dieciseis votos contra dos.

EL MISMO C. SECRETARIO.—La Mesa ha nombrado las siguientes comisiones:

Para anunciar la clausura del Congreso, al Sr. Presidente de la República, á los CC. Flores Manuel, Aguilar Rafael, Cisneros Cámara Adolfo, García Cubas Antonio y Secretario Lombardo.

Para anunciar la clausura al Sr. Secretario de Justicia, á los CC. Rébsamen, Baz, Cervantes Imaz, Correa, y Secretario Gómez Flores.

EL MISMO C. SECRETARIO.—En la sesión próxima se concluirá la discusión del dictamen de Escuelas Normales, y se recomienda á los Sres. Representantes la puntualidad.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz.*—Secretario.

## SESION

**Del día 26 de Febrero de 1891.**

## PRESIDENCIA

DEL C. DR. MANUEL FLORES.

Asistencia de los Sres. representantes Aguilar, Baz, Díaz Milián, Cervantes E., Cervantes I., Cisneros, Correa, García Cubas, Gómez Flores, Gómez R., Lombardo, Manterola, Martínez, Pérez Verdía, Rébsamen, Reyes Spíndola, Rodríguez y Cos, Ruiz, Schultz, Serrano y Sierra; y Directores, A. de Garay, Salazar, Salazar y Salinas, y Zayas.

A las seis y veinte se pasó lista de representantes y resultando haber el número suficiente, se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Aguilar para informar.

EL C. AGUILAR.—Con muestras de entusiasmo y de marcadísima simpatía, recibió el C. Presidente de la República á la comisión nombrada por este Congreso para participarle su clausura, la cual habrá de verificarse el día 28 del mes que corremos.

Nos manifestó este digno funcionario que todos sus empeños y todas sus aspiraciones tendían por hoy, en cuanto le es dado, á fomentar el ramo de instrucción pública; que procuraría concurrir á la clausura y que felicitaba al Congreso por los trabajos importantísimos que ha llevado á cabo.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Flores para informar.

EL C. GÓMEZ FLORES.—Señores Representantes:

Los que fuimos comisionados para participar al C. Ministro de Justicia la clausura de este Congreso y para invitarlo á asistir, tenemos la honra de hacer presente á la Asamblea que cumplimos con nuestro cometido, y nos ofreció este digno funcionario estar presente en nuestra sesión, á las seis y media de la tarde.

EL C. SECRETARIO RUIZ.—Conforme lo acordado la vez pasada, voy á recoger la votación respecto de la enseñanza de piano ó armonio.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

Antes de que se decida la votación respecto de esta materia, la Comisión desea llamar la atención del Congreso sobre que si hemos puesto la enseñanza de piano ó armonio en este curso, ha sido porque en la escuela primaria superior figura en el programa el canto coral á dos voces, y creemos que para que se pueda eje-

cutar este canto á dos voces, ya es indispensable alguna armonía que lo sostenga.

De manera que por esta razón la Comisión suplica que se dé un voto afirmativo á esta asignatura.

EL C. SECRETARIO.—Se procede á tomar la votación.

Recogida ésta, resultó aprobada por catorce votos contra tres.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Se va á recoger la votación respecto de la teneduría de libros.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

También quiere la comisión llamar la atención del Congreso sobre que considera indispensable la enseñanza de la teneduría de libros, porque en el programa de instrucción primaria superior se exigen nociones de contabilidad y para que se pueda realizar este programa, es necesario que los profesores tengan algunos conocimientos de teneduría de libros.

EL C. SECRETARIO.—Se va á tomar la votación.

Recogida, resultó aprobada por catorce votos contra tres.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Conforme á la moción del Sr Schultz, se va á recoger la votación respecto del perfeccionamiento de música.

EL C. PRESIDENTE.—Ha causado sorpresa al Congreso, según parece, que se ponga á votación esta proposición. Sírvase recordar al Congreso que á causa de empate se suspendió esta votación, que lo que se ha votado se refiere á la enseñanza del piano ó armonio, y ésta se refiere al perfeccionamiento de la música.



Recogida la votación, resultó desechada la proposición.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Baz para una adición al programa.

EL C. BAZ E.—Señores Representantes:

Entiendo que se ha preceptuado para el profesorado de enseñanza primaria elemental, el estudio de las nociones de física, química é historia natural. La Asamblea las aprobó con beneplácito, porque teniendo que darse las nociones de cosas, sin estos conocimientos no hubiera sido posible verificarlo. Pero con sorpresa vemos que al tratarse de la instrucción relativa al profesorado de la enseñanza primaria superior, no se trata de perfeccionamiento alguno. En los ramos de química é historia natural, hay que tener el conocimiento relativo á las ciencias físicas y naturales y si para las nociones de cosas se necesitaban las nociones de física, química é historia natural, para esta asignatura de ciencias físicas y naturales, se necesitan no sólo nociones, sino elementos.

Pido, pues, á la comisión, que se sirva adicionar su programa con el estudio, para el profesorado de instrucción superior con elementos de física, química é historia natural.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTINEZ.—Señores Representantes:

En virtud de que se quitaron muchas materias de las que habíamos propuesto en el programa para profesores de instrucción primaria superior, no tiene inconveniente ninguno la comisión en aceptar la adición que el Sr. Baz ha propuesto; de manera que ella suplica al Congreso se sirva darle su voto de aprobación.

EL C. SECRETARIO.—La proposición dice así:

«Adiciónese el programa de instrucción primaria superior para profesores, con los elementos de física, química é historia natural.»

Se procede á recoger la votación.

Recogida que fué resultó reprobada por quince votos contra dos.

EL MISMO C. SECRETARIO.—La comisión presenta la proposición G en esta forma:

«G.—Es requisito indispensable para ingresar á las Escuelas Normales, poseer la instrucción primaria elemental y superior, lo que se comprobará por medio del certificado respectivo, ó sujetándose en las mismas Escuelas Normales al examen correspondiente

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Zayas.

EL C. ZAYAS.—Señores Representantes:

En la sesión anterior el Congreso se pronunció á favor de los certificados expedidos por las escuelas de instrucción primaria superior. Creo que conforme al espíritu que animó al Congreso en esa sesión, debe agregarse á esta proposición que á falta de certificado de esas escuelas podrá admitirse el examen que se pide

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Señores Representantes:

Suplico á ustedes se dignen tener presente para poder aceptar la modificación que propone el apreciable Sr. Zayas, que él se ha puesto únicamente en la consideración de los certificados que se puedan expedir en la capital, pero no en los que se puedan expedir en cada capital de los

otros Estados, donde no hay esas escuelas á que él se refiere.

Por lo mismo como en cada uno de los Estados pueden aceptar uno ú otro de los recursos que propone la comisión, queremos dejarlos en completa libertad para que escojan cualquiera de los dos medios.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Ruego al H. Congreso que se sirva aprobar la proposición tal como la presenta la comisión, pues en mi humilde concepto, con modificación ó sin ella es absolutamente la misma cosa.

Como lo recordará la Corporación, en la anterior vez no me atreví á presentar precisamente en los mismos términos una proposición tal como ahora está concebida por la comisión. Así es que como soy consecuente con mis opiniones anteriores, suplico al Congreso que se sirva tomarla en consideración y la apruebe desde luego.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Zayas.

EL C. ZAYAS.—Siento insistir en este asunto, pero creo que está en mi deber, pues represento una escuela de enseñanza primaria.

Hay dos clases de Escuelas Normales: la Escuela Normal para profesores de enseñanza primaria elemental, y la Escuela Normal para profesores de enseñanza superior. Estas dos clases de escuelas pueden existir independientemente como una diferente Entidad federativa. Para una escuela elemental bastaría, en mi concepto, un certificado de enseñanza elemental, que si hay en los Estados tales escuelas, para ingresar á la Escuela Normal de profesores de instrucción primaria superior sería otro de esta categoría.

Desde luego no es el Distrito Federal

la única Entidad que tiene escuelas primarias superiores; entiendo que las escuelas cantonales del Estado de Veracruz hacen las veces de escuelas de instrucción primaria superior.

Por tal motivo suplico á la comisión se sirva adicionar la proposición con estas únicas palabras: á defecto de esos certificados, que se sujete al alumno al examen en la Escuela Normal. Porque este es el espíritu de la discusión anterior.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Sres. Representantes:

La comisión tiene la pena de no poder aceptar la indicación del Sr. Zayas respecto de lo primero que ha dicho, que cree que sería conveniente que á los alumnos que entren á la Escuela Normal para profesores de instrucción primaria elemental, les baste sólo la instrucción elemental. Me parece que en esto sí está un poco equivocado su señoría; porque si para cursar la enseñanza preparatoria se considera indispensable la instrucción primaria superior, con más razón para una escuela profesional, como es ésta de que se trata.

De manera que la comisión cree que en la mente del Congreso está que los aspirantes á la Escuela Normal deben tener los conocimientos de toda la instrucción primaria superior.

En cuanto á lo segundo, sobre que se haga constar que solamente á defecto del certificado respectivo se haga el examen de que se habla, la comisión se permite insistir en que se formule tal como está la proposición, á fin de que los Estados queden en libertad para escoger el medio que les parezca más conveniente.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra.

Se procede á recoger la votación.



Recogida ésta resultó aprobada por once votos contra siete.

EL MISMO C. SECRETARIO.—Está á discusión la fracción *E* que dice:

«*E*.—Las horas semanarias de trabajo, incluyendo la práctica, no deberán pasar de 36.»

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay para una moción de orden

EL C. GARAY A.—En la vez pasada el acuerdo del Congreso —y así lo aceptó la comisión—fué que se retirase esta proposición hasta que en vista del programa detallado que presentare la comisión, se supiesen á punto fijo las horas destinadas á las materias, y ahora nos presenta la proposición en igualdad de circunstancias que la vez pasada. Además, queremos nosotros saber á punto fijo cuál es la distribución de estas materias; porque á muchos de nosotros nos parece muy exagerado el número de 36 horas, y por esta razón queremos ver la explicación detallada, como lo determinó el Congreso en la sesión pasada.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

La Comisión entendió que se retiraba este inciso, no precisamente para después de que se presentara el programa detallado, sino que consideró la resolución de este inciso precisamente indispensable para poder hacer la distribución, pues necesita saber en cuántas horas se ha de dividir.

La razón que tuvo la comisión para que se retirara este inciso, fué la de que no se sabía cuáles eran las materias del programa. Una vez admitidas las materias del

programa general, no tiene ningún inconveniente la comisión en sostener que pueden desarrollarse en las 36 horas; pero juzga necesario conocer el tiempo de que se puede disponer para subordinar á él la distribución de las materias.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien haga uso de la palabra y se procede á tomar la votación.

Recogida ésta resultó aprobada la fracción por diez votos contra ocho.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Como el inciso que está marcado con la letra *F* está redactado bajo la inteligencia de que debían formar parte del programa de Escuelas Normales solamente las materias que la comisión había propuesto; ahora, en virtud de la alteración que ha sufrido, se ha visto en la necesidad de reformar este inciso del modo siguiente:

«*F*.—El mínimo que se debe consagrar en la semana á las materias del curso pedagógico, será de seis horas, y á la práctica profesional, será de tres horas en los dos primeros años, cinco en el tercero y seis en los restantes.»

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Para suplicar á la comisión se sirva aclarar si estas seis horas que consultan para la práctica de un año y tres en otro, etc., quedan incluidas dentro de la proposición anterior.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Sres. Representantes:

Contestando á la interpelación del Sr. Schultz, tengo la satisfacción de manifes-

tarle que efectivamente están incluídas las horas de práctica dentro de las horas generales de trabajo. Y ya que se presenta la oportunidad haré una ligera explicación de por qué se pone este tiempo en uno y otro año.

Se recordará que en el programa para profesores de instrucción primaria elemental, se les agregó el francés y los idiomas indígenas; en la necesidad de consagrar algunas horas á estas materias, nos vimos en la disyuntiva, ó de quitarle algo á la práctica, ó quitarle algunas horas á las materias del programa. Nos hemos decidido por quitarle algo á la práctica, porque no creemos que sea necesaria mucha práctica en el primer año, que es simplemente de observación. Ahora, respecto del tercer año hemos dejado cinco para poder ampliar una de las materias que oportunamente explicaremos y que consideramos indispensable.

Ponemos tres horas en el programa de los profesores de instrucción primaria superior, y como el número de materias que tienen es relativamente menor que el que tienen los de las escuelas elementales, hemos podido encontrar facilidad de que se haga la práctica una hora diaria.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Contando siempre con la benevolencia de la comisión, me atrevo,—por creer que esta es la mejor oportunidad,—á insistir que sea presentado al Congreso el proyecto de distribución de tiempo, si por casualidad los HH. miembros que la forman lo tienen ya preparado, pues repito que varios representantes abrigamos la duda de que siendo tan considerable el número de materias, alcance el tiempo que se fija. Al hacer esta petición, cuento, por su puesto, con la benevolencia y laboriosidad de la comisión, pues tengo entendido que algunos

de los HH. miembros de ella tienen ya formulado dicho proyecto.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Sres. representantes:

La comisión ha preparado precisamente la distribución, y en estos momentos se permite presentarla, simplemente para demostrar al Congreso que, en su juicio, es realizable el desarrollo del programa en las treinta y seis horas de que ha hablado:

«Distribución de las materias que corresponden á los cursos de las Escuelas Normales de varones.

#### PARA PROFESORES DE INSTRUCCION PRIMARIA ELEMENTAL.

##### PRIMER AÑO.

(Horas semanarias.) Teoría general de la educación, precedida de las nociones indispensables de Fisiología y Psicología 6

Lectura superior y ejercicios de recitación y remiscencias, 2.

Primer curso de Gramática Castellana, 3.

Primer curso de francés, 3.

Aritmética, 3.

Nociones de física, 2.

Geografía del país, 2.

Urbanidad, 1.

Caligrafía, 2.

Dibujo, 2.

Música vocal, 2.

Trabajos manuales, 2.

Gimnasia, 2.

Ejercicios militares, 1.

Práctica profesional, 3.

Total 36 horas.

##### SEGUNDO AÑO.

(Horas semanarias.) Metodología ge-



neral y aplicada á las materias de la instrucción primaria elemental, 6.

Segundo curso de Gramática Castellana 3.

Segundo curso de francés, 3.

Algebra 3.

Nociones de Química, 2.

Geografía general, 3.

Historia patria, 3.

Caligrafía, 1.

Dibujo, 2.

Música vocal, 2.

Trabajos manuales, 2.

Gimnasia, 2.

Ejercicios militares, 1.

Práctica profesional, 3.

Total 36 horas.

#### TERCER AÑO.

(Horas semanarias.) Organización, régimen é higiene escolares, 6.

Ejercicios de composición, 2.

Geometría, 2.

Nociones de Historia general, 3.

Instrucción cívica y moral, 2.

Nociones de Historia natural, 3.

Geografía física y nociones de Cosmografía, 2.

Dibujo, 2.

Música vocal, 2.

Trabajos manuales, 2.

Gimnasia, 2.

Ejercicios militares, 1.

Idioma indígena, 2.

Práctica profesional, 5.

Total 36 horas.

#### PARA PROFESORES DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA SUPERIOR.

#### CUARTO AÑO.

Curso superior de Fisiología y Psicología aplicadas á la educación, 3.

Metodología aplicada á las materias de la enseñanza primaria superior, 3.

Literatura patria, 3.

Primer curso de Inglés, 3.

Teneduría de libros, 3.

Dibujo, 2.

Trabajos manuales, 2.

Gimnasia, 2.

Ejercicios militares, 1.

Música instrumental, 2.

Economía Política, 3.

Física, 3.

Práctica profesional, 6.

Total 36 horas.

#### QUINTO AÑO.

Historia de la Pedagogía, 6.

Lógica, 3.

Estética, 3.

Segundo curso de Inglés, 3.

Química, 3.

Historia Natural, 3.

Dibujo, 2.

Trabajos manuales, 2.

Gimnasia, 2.

Ejercicios militares, 1.

Música instrumental, 2.

Práctica profesional, 6.

Total 36 horas.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Schultz.

EL C. SCHULTZ.—Doy las gracias al H. miembro Sr. Martínez que ha tenido la bondad, á nombre de la comisión, de acceder á la petición que le hice. Pero por la lectura de la distribución del tiempo, los que abrigábamos dudas respecto de que alcanzase para el número de materias que el programa prescribe, nos hemos convencido que estábamos en lo cierto. Evidentemente que no voy á tratar esta cuestión, puesto que no está á discusión, pero á reserva de hacerlo cuando llegue su oportunidad, desde luego debo hacer la explicación de mi voto: en la imposibilidad de darle más tiempo á la enseñanza de las materias escolares, si no

es á expensar de la práctica, tendré la pena de votar en contra de la proposición de las horas de práctica que se señala.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

La comisión cree de su deber llamar la atención del Congreso sobre que si bien en los primeros cursos se reduce un poco la práctica, tenemos ya acordado y terminado para los estudios de los normalistas que deben hacer una práctica de seis meses. Nos parece que con esta práctica parcial que tengan en el primer año, podrán perfectamente practicar en seis los meses á que me he referido.

EL C. SECRETARIO.—No hay quien pida la palabra.

Se procede á recoger la votación.

Recogida que fué, resultó la fracción aprobada por trece votos contra cinco.

Se puso al debate la fracción 5ª

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Sres. Representantes:

En virtud de las modificaciones que ha sufrido el programa de Escuelas Normales para varones, la comisión reforma el inciso A de la resolución 5ª con estas palabras:

V.—La organización de las Escuelas Normales de profesoras será, en lo fundamental, la misma que la de las respectivas de profesores, con las modificaciones siguientes:

A.—Se omitirán en sus planes de estudios las nociones de Economía Política, los Trabajos manuales y los Ejercicios militares.

B.—Figurarán en sus programas las siguientes materias:

Conocimiento teórico-práctico del sistema de Fröbel.

Economía, Higiene y Medicina doméstica.

Nociones teórico-prácticas de Horticultura y Floricultura.

Laborés propias del sexo, en las que figurarán, en primer lugar, aquellas que sean de verdadera utilidad para la familia: como la costura en blanco, el zurcido, el corte y confección de ropa, etc.

Práctica de trabajos domésticos propiamente dichos, como son la preparación y condimentación de los alimentos, el arreglo interior de los diversos departamentos de la casa, etc.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez Flores.

EL C. GÓMEZ FLORES.—Para explicar mi voto negativo al inciso A. Estoy de acuerdo con que se supriman los trabajos manuales y los ejercicios militares; pero no con la supresión de la Economía política; porque en el estado actual la juzgo indispensable. Esta la razón porque daré mi voto negativo al inciso.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Sres. Representantes:

La comisión ha creído que es más conveniente el estudio de la economía doméstica en las escuelas de niñas que el de la economía política. Esta es la razón que ha tenido para quitarla y sustituirla con la economía doméstica.

EL C. SECRETARIO.—No habiendo quien haga uso de la palabra, se va á recagar la votación.

Resultó aprobada la fracción A por dieciseis votos contra dos.



Se puso á discusión el inciso *B* y sin ella fué aprobado por unanimidad de votos.

Puesto al debate el inciso *C*, sin discusión se aprobó por unanimidad en los siguientes términos:

«*C*.—Anexa á las Escuelas Normales de señoritas, debe haber, además de la escuela primaria respectiva una escuela de párvulos ó *jardín de niños*, para el estudio teórico-práctico del sistema de Froebel.»

Se puso á discusión el inciso *D* que dice:

«*D*.—Con objeto de disminuir á 24 las horas semanales de trabajo en la escuela de profesoras, durarán los cursos de estas escuelas, *cuatro años* para las profesoras de instrucción primaria elemental, y seis para la instrucción primaria superior.»

Sin debate se aprobó por diez y siete votos contra uno.

El C. Secretario leyó la proposición 6ª que dice:

«*VI*.—A fin de generalizar la práctica de los métodos modernos en las escuelas del campo, se establecerán en las escuelas de las cabeceras de Municipio, Cantón ó Distrito, en que haya maestros competentes, *Cursos prácticos de Metodología*, á los que concurrirán los maestros de las escuelas inmediatas. Estos cursos se podrán dar completos en la época de las vacaciones, ó hacerse parcialmente destinando algunas horas en día determinado de la semana, en que no se perjudiquen los trabajos ordinarios.»

La cual fué puesta á discusión.

Sin ella se votó y fué aprobada por dieciseis votos contra dos.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez para una proposición adicional.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

La comisión no considera del todo conveniente que se prescriba, que se determine como obligatoria la distribución de las materias. De manera que se permite presentar la proposición siguiente relativa á la distribución del tiempo:

«Distribución de las materias que corresponden á los cursos de las Escuelas Normales de varones.

### PARA PROFESORES DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA ELEMENTAL.

#### PRIMER AÑO.

(Horas semanales.) Teoría general de la educación, precedida de las nociones indispensables de Fisiología y Psicología 6.

Lectura superior y ejercicios de recitación y reminiscencias, 2.

Primer curso de Gramática Castellana, 3.

Primer curso de francés, 3.

Aritmética, 3.

Nociones de física, 2.

Geografía del país, 2.

Urbanidad, 1.

Caligrafía, 2.

Dibujo, 2.

Música vocal, 2.

Trabajos manuales, 2.

Gimnasia, 2.

Ejercicios militares, 1.

Práctica profesional, 3.

Total 36 horas.

#### SEGUNDO AÑO.

(Horas semanales.) Metodología general y aplicada á las materias de la instrucción primaria elemental, 6.

Segundo curso de Gramática Castellana 3.

Segundo curso de francés, 3.

Álgebra 3.

Nociones de Química, 2.

Geografía general, 3.

Historia patria, 3.  
Caligrafía, 1.  
Dibujo, 2.  
Música vocal, 2.  
Trabajos manuales, 2.  
Gimnasia, 2.  
Ejercicios militares, 1.  
Práctica profesional, 3.  
Total 36 horas.

## TERCER AÑO.

(Horas semanarias.) Organización, régimen é higiene escolares, 6.  
Ejercicios de composición, 2.  
Geometría, 2.  
Nociones de Historia general, 3.  
Instrucción cívica y moral, 2.  
Nociones de Historia natural, 3.  
Geografía física y nociones de Cosmografía, 2.  
Dibujo, 2.  
Música vocal, 2.  
Trabajos manuales, 2.  
Gimnasia, 2.  
Ejercicios militares, 1.  
Idioma indígena, 2.  
Práctica profesional, 5.  
Total 36 horas.

PARA PROFESORES  
DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA  
SUPERIOR.

## CUARTO AÑO.

Curso superior de Fisiología y Psicología aplicadas á la educación, 3.  
Metodología aplicada á las materias de la enseñanza primaria superior, 3.  
Literatura patria, 3.  
Primer curso de Inglés, 3.  
Teneduría de libros, 3.  
Dibujo, 2.  
Trabajos manuales, 2.  
Gimnasia, 2.  
Ejercicios militares, 1.  
Música instrumental, 2.

Economía Política, 3.  
Física, 3.  
Práctica profesional, 6.  
Total 36 horas.

## QUINTO AÑO.

Historia de la Pedagogía, 6.  
Lógica, 3.  
Estética, 3.  
Segundo curso de Inglés, 3.  
Química, 3.  
Historia Natural, 3.  
Dibujo, 2.  
Trabajos manuales, 2.  
Gimnasia, 2.  
Ejercicios militares, 1.  
Música instrumental, 2.  
Práctica profesional, 6.  
Total 36 horas.  
Se admitió y se puso al debate.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ LUIS.—Simplemente para decir á la comisión que no es posible que uno pueda votar en conciencia esta distribución; no es posible que en un momento dado se pueda uno formar idea de una cuestión tan compleja, tan importante. Yo suplicaría al Congreso, en consecuencia, que votara en contra de esta proposición, no porque sea buena ó mala, sino por ser inadecuada en estos momentos.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Martínez.

EL C. MARTÍNEZ.—Señores Representantes:

La comisión suplica á esta H. Asamblea se digne fijarse en que esta distribución de materias se propone, no como una cosa abligatoria, sino simplemente como un modelo, como un proyecto para que se puedan formar idea en algunos Esta-



dos de cómo es posible desarrollar en las horas prescriptas las materias que se han aprobado.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Rébsamen.

EL C. REBSAMEN.—Para apoyar lo que acaba de decir el Sr. Dr. Ruiz. La comisión propone la distribución de estas materias como un modelo, pero el Congreso no puede votar un modelo que no conoce, que no tiene á su vista; esto es del todo imposible. Por consiguiente, yo votaré en contra.

EL C. SECRETARIO.—La Comisión pide permiso al Congreso para retirar su proposición.

¿Se le concede?

Sí se concede.

Se ha presentado la siguiente proposición:

«Los alumnos que justifiquen haber sido examinados y aprobados en las materias de enseñanza obligatoria de las escuelas preparatorias, recibirán un diploma que llevará el nombre que acuerde la autoridad respectiva.»

¿Se toma en consideración?

Sí se toma.

Está á discusión.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay para fundar la proposición.

EL C. GARAY ADRIAN.—Señores Representantes:

En el brillante dictamen que la comisión de estudios en la escuela preparatoria presentó á este Congreso, se hizo notar y se demostró de una manera palmaria el que la instrucción que se iba á impartir en esa escuela, era eminentemente educativa é instructiva, y que no sólo serviría para el individuo que iba á seguir una carrera profesional determina-

da. De manera que no se pensaba únicamente en dar los conocimientos necesarios al ingeniero, al abogado, al agricultor, etc., sino que se le daba la educación y la instrucción necesaria para constituir un ciudadano útil en toda la extensión de la palabra.

Estas son las palabras de la Comisión.

Pues bien, señores, puesto que se trata de dar una instrucción y una educación eminentemente útiles, nos es de todo punto necesario el atraer para la escuela preparatoria el mayor contingente de alumnos posible; es necesario presentarles atractivos y tenerles en perspectiva algunas cosas útiles y convenientes.

Por otro lado, señores, el título que se propone es un título que no trae absolutamente ningún perjuicio á la sociedad; no se va á autorizar á un individuo para ejercer una profesión determinada en la cual haya peligro para la sociedad; no es un médico, un ingeniero, un abogado, etc.; únicamente se le va á dar una constancia de que es una persona educada, una persona instruída.

Esto serviría, señores, para que muchas personas entren á la escuela preparatoria, no para cursar una profesión determinada, sino por tener ante la sociedad un título honroso que les abra las puertas de esa sociedad, que los coloque en una situación distinguida.

¿Qué situación guardan ahora los alumnos de la escuela preparatoria que por una desgracia, por cualquier suceso ó por falta de elementos pecuniarios, etc., no pueden acabar sus estudios profesionales y sólo concluyen los preparatorios?

Pues, señores, á esos alumnos que han trabajado cinco años, lejos de que se les tenga consideración por la sociedad, se les ve en lo general como alumnos que han abandonado las aulas, que llevan consigo el estigma de la peroba.

Pues bien: por el medio que nosotros proponemos, el alumno que salga de la

escuela preparatoria ya ha conquistado un título ante la sociedad, título que no perjudica á nadie y que puede serle muy útil. De esta manera tiene abierta la puerta, no para una profesión que no puede seguir, sino para colocarse en la sociedad en algún empleo, en algún puesto público ó en alguna cátedra al frente de un establecimiento en donde pueda aplicar sus conocimientos de física, química, etc.

En consecuencia, señores, no sufre ningún perjuicio ni la sociedad ni nadie, y si se consigue una gran ventaja atrayendo mayor número de alumnos en la escuela preparatoria con un porvenir más halagador.

Se presenta desde luego esta cuestión que bien pudiera objetarse: ¿á estos alumnos se les tiene que sujetar á un examen general?

Nosotros hemos creído que no, por las razones siguientes: el examen general de los estudios de la escuela preparatoria sería extraordinariamente difícil, por no decir imposible: son materias heterogéneas, comprenden una diversidad de asuntos tan vastos, que el examen general no se concibe. ¿Cómo podría verificarse convenientemente este examen general de física, química, geografía, historia, de cuantas materias se cursan en la escuela preparatoria? Es enteramente imposible que se lleve á cabo, ó tendría uno que caer en repetir el examen parcial.

Por otro lado, ¿porque se exige este título, la sociedad corre peligro alguno? No, porque no va á ejercer ninguna profesión, no es como un médico, como un abogado, que si necesitaría acreditar que tienen todas las aptitudes necesarias para ejercer su profesión.

En consecuencia, es una rémora que se pone á los alumnos con este examen general que sobre no traer ninguna ventaja, crea un escollo, una gran dificultad para los cursos en las labores de la escuela preparatoria.

Por esta razón, no hemos creído conveniente exigir un examen general para que se dé este título; tampoco hemos creído conveniente en estos momentos marcarle el nombre que deba llevar. Se nos ocurrió desde luego el título de bachiller; pero este tenía cierto olor á universidad que seguramente desagradaría á ciertas personas. En consecuencia de la dificultad de encontrar un nombre adecuado, como sería, por ejemplo, oficial de academia ó cualquiera otro tomado de raíces griegas y latinas, que probablemente dará lugar á grandes discusiones, hemos querido dar nada más la idea sobre el título, pues el nombre lo dará la autoridad respectiva después de un estudio meditado.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez, en contra.

EL C. GÓMEZ R.—Acabamos de presenciar, señores, cómo la comisión ha retirado su proposición desde el momento en que se ha manifestado un justo modo por el cual se podía evitar que sobre el Congreso recayera una responsiva que no quiso aceptar. Si ésta fué razón bastante para retirar su proposición, creo que también hay motivo más justificado para retirar la presente; porque desde el momento en que los señores que la han concebido se han encontrado con grandes dificultades para denominar este título, indudablemente esto mismo demuestra la imposibilidad que tienen para llevarla á cabo. De otra manera, en ninguna parte mejor que en el seno mismo del Congreso podría darse un nombre apropiado.

Cuando esto no es así, es porque se fantasea, presentando algo sin fama, sin aplicación.

El mismo Sr. Garay ha preguntado que con qué objeto queremos sujetar al alumno á un examen, y él ciertamente se ha encontrado con dificultades para expresarlo; porque efectivamente, no tiene aplicación alguna.



¿Quiere presentar esto como un atractivo para la escuela preparatoria? Yo creo que está en su derecho por ser representante de aquella escuela que tanto honra al país, pues bastante amenazadora se presenta para el futuro, cuando cuenta con un programa difícil de llenar, con un número de años que asusta á cualquiera, especialmente á los que tenemos á quienes conducir á la carrera del saber con ánimo de prepararlo para la vida por medio de un título honroso. Y después de tantos privilegios como se le han concedido á esa escuela, todavía quiere concederse éste más con el título que trata de darse á los alumnos que á ella concurren. No lo creo conveniente, y en vista, pues, de que no tiene aplicación, de que no tiene ni siquiera nombre que dársele, como lo ha manifestado la persona que lo expuso, suplico al Congreso que para que no recaiga sobre él esta especie de ridículo, se sirva reprobear esta proposición.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY.—Señores Representantes:

La contestación que nuestro apreciable compañero el Sr. Gómez ha dado, se reduce pura y sencillamente á una cuestión de palabras. Es decir, que porque nosotros no queremos dar el título, la idea es mala. Pues, señores, si nosotros no queremos dar el título es porque no tenemos ya ni tiempo para darlo; pero aprobada ya la idea, entonces la autoridad respectiva, el Ministerio, el Congreso, etc., sabrán darle el nombre apropiado á este título.

Lo que nosotros queremos es que subsista la idea, que la idea nazca del Congreso: no la damos enteramente concluída y acabada; pero eso del nombre es secundario. Lo que nosotros queremos es que conste este título.

El Sr. Gómez nos ha dicho que la escuela preparatoria es privilegiada. ¿Por qué es privilegiada? Yo no sé qué privilegio tenga. Tiene privilegio todo aquel que estudia, que pasa sus años, y ¿qué mejor privilegio que aquel conquistado por el trabajo de seis años de estudios preparatorios? Sobre todo, señores, esto no trae perjuicio á nadie, ni á la sociedad ni al alumno; es una cosa verdaderamente útil bajo el punto de vista de que al alumno se le estimula para seguir su carrera; muchas veces llevará el alumno el afán de conseguir este título, y una vez que lo ha conseguido, entonces puede proseguir sus estudios profesionales.

Ahora bien, señores, un alumno que ha salido de la escuela preparatoria, que ha concluído sus estudios, es un individuo que está bien educado, que está bien instruido, que lo ocupa la sociedad, porque tiene una constancia, un título honroso; es un hombre que puede ser ocupado en tal ó cual asunto, tanto público como privado, y, en consecuencia, no veo por qué el Congreso caería en ridículo con aprobar esto. Al contrario, creo, como he manifestado anteriormente, que esto será un estímulo que traerá gran utilidad para la juventud estudiosa.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Hay una razón, por cierto bastante importante, que creo debe tenerse en cuenta, para no aceptar lo propuesto por el Sr. Garay; porque su proposición en la práctica vendría á ser ofensiva para la mayor parte de los ciudadanos. Indudablemente que todo aquel que ha cursado en la escuela preparatoria, sale un hombre perfectamente instruído y educado; pero esto no quiere decir que todos los demás ciudadanos que no han concurrido á la escuela preparatoria no lo sean.

Esto de dar patente de hombre educado y de ciudadanos útiles, pues ciertamente que no se ha ocurrido á nadie; porque á eso conduce la proposición que se debate.

Por otra parte, esto es perjudicial hasta á los mismos alumnos. No sé cómo pudo fundar una defensa el Sr. Garay respecto de los alumnos que por falta de recursos, por circunstancias especiales de familia no pueden continuar su carrera. ¿Qué sucede con estos muchachos? ¿Estos no son ciudadanos, ni bien educados, porque no han logrado obtener esa profesión? Es decir, que en este supuesto, es contrario para los mismos alumnos que no concluyen su carrera. Esto es enteramente contrario aun para los mismos intereses que trata de defender el Sr. Garay.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ LUIS.—No vengo á impugnar la proposición, sino que deseo una explicación; desearía ver con toda claridad el objeto que tiene esta proposición.

Es práctica en la escuela preparatoria actual que al que concluye todas sus materias ó sólo algunas de ellas, se le extiende un certificado como lo pide. En consecuencia, allí está la comprobación de que se han hecho.

No sé yo qué objeto tenga ese título realmente, y tan no es enteramente claro que el Sr. Garay todavía no encuentra una palabra adecuada para designar este título.

En consecuencia, yo quisiera mayor explicación para poderme formar mejor idea del objeto de esta proposición.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Baz.

EL C. BAZ EMILIO.—De continuo se ve, señores representantes, que en la escuela preparatoria, por el crecido número de

materias que hay que vencer, existen muchos alumnos que no pueden concluir esos estudios; algunos los concluyen, sin poder continuar su carrera profesional. Estos, en mil casos, han terminado sus estudios preparatorios con éxito, pero circunstancias particulares, de familia, por ejemplo, les han impedido llegar á una carrera profesional, y teniendo la mitad de la carrera, por decirlo así, perfectamente vencida, no cuentan con ningunos recursos que la escuela les ofrezca para emplearlos en la vida práctica. Sucede que estos alumnos tienen que optar por el profesorado parcial, no por el profesorado público, y entonces se hace necesario que la sociedad tenga una garantía. Esta garantía la da un cuerpo docente con un título ó un certificado que dé un carácter especial que ofrezca la escuela preparatoria.

En obsequio de esta juventud aprovechada que no teniendo elementos para terminar su carrera profesional se encuentra en la mitad de ella sin recurso alguno, y sin poder optar por un empleo ó por una cátedra auxiliar, es por lo que se ha solicitado este título.

En la escuela preparatoria se cuenta con un crecido número de alumnos y se hace necesario tener profesores auxiliares, y estos profesores serían aquellos que hubieran terminado sus estudios, aquellos que por su contancia en el trabajo han merecido esta distinción.

Así es que, creo muy conveniente expedirles este título que les ofrecería un medio de sostenerse en sociedad.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Correa.

EL C. CORREA.—Señores Representantes:

No trato más que de fundar mi voto. Estoy perfectamente de acuerdo con la proposición presentada; quiero decir, de



acuerdo en cuanto á la idea general, pero el inconveniente que el Sr. Garay nos ha hecho notar aquí, es el motivo porque me propongo votar en contra de la proposición.

Se trata de llevar á bautizar á un niño dejando á la elección del cura el nombre. Puede el cura ponerle un nombre que no me agrada, y por consiguiente no lo llevarán á bautizar.

Puede suceder otra cosa; el objeto de este título es indudablemente que bajo la misma denominación sea reconocido en toda la República el individuo que haga sus estudios preparatorios. Desde el momento en que dice la proposición que se dejará al arbitrio de la autoridad respectiva dar este título, resultaría que en cada Estado se daría un título diferente y no llenaba el propósito á que se destinaba.

Por estos motivos voto en contra de la proposición á pesar de conceder que el pensamiento en sí es bueno.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Garay.

EL C. GARAY.—Señores:

Creando nosotros estar moderados al no proponer un nombre, resulta ahora que esa es la cuestión que se nos impugna: el nombre, no la idea; en el fondo no se discute la idea.

Dice el Sr. Ruiz que le extraña que no tengamos una palabra para denominar este título. ¿Pero qué tiene de extraño si se trata de una cosa nueva? ¿Pues qué no se han creado palabras nuevas cuando se crea un asunto enteramente nuevo? Por ejemplo ingeniero *agronomo* y otra multitud, formadas de raíces griegas ó latinas: cuando se funda una cosa nueva, se busca una palabra.

Pues, señores, nosotros no hemos tenido tiempo para formar esta palabra; nos-

otros podemos presentar á vdes. un título cualquiera como *oficial de Academia*, etc.

Pero esto es asunto enteramente de nombre no de la idea.

Ustedes saben muy bien la triste impresión que causa para un estudiante que ha cursado sus estudios preparatorios y parte de los profesionales y que es un estudiante que ha desertado de las aulas sin tener nada que lo acredite, que lo honre.

En consecuencia, se le da un estímulo un título que en nada perjudica, lo repito, á la sociedad.

Nosotros no queremos presentar ésto asunto totalmente reglamentado y concluido; queremos que del Congreso nazca la idea; después esta idea se reglamentará conforme mejor se pueda.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Pérez Verdía.

EL C. PÉREZ VERDÍA.—Creo, señores, que precisamente es cuestión de palabras lo que propone el Sr. Garay y temo mucho que este asunto llegue á tomar un carácter bufo por su poca consistencia.

Si se pudiera lograr el noble propósito del Sr. Garay, yo sería el primero en votar en favor de su proposición; porque realmente nada más digno que estimular á los jóvenes para que prosigan sus estudios y dotarlos de algún título que pueda facilitarles la vida práctica. Pero no veo que su proposición, realice semejante propósito.—Desde el momento en que un alumno ha concluido sus estudios preparatorios, puede plenamente justificar á la faz de todo el mundo que ha terminado estos estudios, sin necesidad de este título ó diploma, ó despacho.

El Sr. Garay dice que se trata de una cosa nueva y que podrá echarse mano del griego para dominarla. Yo creo que al contrario, se trata de una cosa muy

vieja, que precisamente por vieja y por inútil ha caído en desuso, se trata de resucitar á los antiguos bachilleros; no es otra cosa absolutamente, y esto en verdad se ha caído en desuso es porque no servía de nada, sino para crear bachilleres.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Gómez.

EL C. GÓMEZ R.—Hay algo alarmante en esta cuestión que pudiera traer consecuencias con la aceptación del título.

Lo ha dicho el Sr. Baz al manifestar que esto puede ser motivo para que los que salgan de la escuela preparatoria se dediquen al magisterio, al profesorado, y sería de extrañar, señores, que un Congreso que ha cerrado tan brillantemente su período creando y constituyendo la Escuela Normal á raíz y nacimiento de esta misma escuela, se pusiese en estos momentos una manera de contrariar sus buenos resultados.

Lo que puede producir esto, sería inutilizar el título de la Escuela Normal, que es el que realmente da garantía á la sociedad de que puede el maestro desempeñar sus funciones.

Esto sería completamente desnaturalizar lo hecho hasta aquí. Así, pues, precisamente porque no suceda esto, suplico al Congreso se sirva desechar la proposición.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Zayas.

EL C. ZAYAS.—Señores: Detrás de la dificultad de redacción y de nombre, que encuentra el señor representante de la escuela preparatoria creo que existe una idea noble y levantada. Yo creo que se trata de utilizar los conocimientos que tengan los alumnos de la escuela preparatoria, que se ven imposibilitados de seguir su carrera profesional; yo creo que

de aquí surge una idea que pudiera aprovechar la comisión de Escuelas Normales.

No existen Escuelas Normales para profesores especiales; lo que pasa en la vida real con los alumnos aprovechados de la escuela preparatoria es, como lo ha dicho el Sr. Baz, que se transforman en profesores especiales; pues bien, como no existen en la Escuela Normal profesores especiales, yo creo que se podría adicionar el dictamen de la comisión de Escuelas Normales de esta manera, poco más ó menos: Los alumnos que hayan cursado sus materias científicas en la escuela preparatoria, podrán presentar un certificado de estas materias en la Escuela Normal, y haciendo además los cursos pedagógicos necesarios para ser profesores, aunque sean especiales, se les extenderá un título de profesor especial.

Tal vez así sí pudiera aceptarse la idea. No he tenido tiempo suficiente para redactar bien la proposición; pero la ilustración de los miembros de la comisión de Escuelas Normales pudiera aprovechar esta idea.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Ruiz.

EL C. RUIZ.—No me han dejado satisfechas las razones expuestas por el Sr. Garay.

El punto capital que yo ponía era éste: ¿qué objeto se consigue con el título?

Porque para comprobar que se han estudiado las materias del programa preparatorio, basta con el certificado que la escuela expide.

El Sr. Pérez Verdía dijo con exactitud, que ha pasado con lo que propone el Sr. Garay, lo que á los abogados que aun flotan en la superficie.

Así sucede con la idea del Sr. Garay.

En consecuencia, la palabra no es tan sencilla, supuesto que su señoría no ha podido encontrarla durante un mes, y la



verdad es, como el Sr. Pérez Verdía apuntaba, que esto es resucitar el bachillerato-

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Baz.

EL C. BAZ E.—Señores Representantes.

Para contestar al Sr. Gómez que yo no he solicitado que los alumnos que salieran de la escuela preparatoria viniesen á suplir á los profesores de instrucción primaria elemental ó superior.

Creo, y estoy seguro, que la mayoría de los alumnos que se dediquen á los estudios preparatorios y que acaban con éxito las materias, no han de optar por el sacrificio de dedicarse á profesores de instrucción primaria.

Evidentemente que esta profesión es muy noble, pero muy llena de espinas.

Se trataba única y exclusivamente de facilitar á la sociedad profesores auxiliares, indispensables en una escuela populosa, como es la preparatoria, donde concurren mil quinientos alumnos que se reparten entre dos ó tres profesores.

Es imposible el aprovechamiento general y se hace indispensable la cooperación de profesores auxiliares.

A éstos los busca la sociedad particularmente á domicilio ó en la escuela.

A esto me refiero, es necesario garantizar á la sociedad de modo que el individuo que ha aceptado como profesor auxiliar llene los requisitos indispensables, y ninguna garantía mejor puede presentarse que un documento expedido por un cuerpo docente como es la escuela nacional preparatoria.

Es cierto que hay certificados, pero éstos se refieren en muchos casos á materias especiales. A un alumno que ha cursado el primero y segundo año preparatorio y quiere retirarse, la escuela está en la obligación de extenderle su certificado, mientras que el de que se trata, es otro

que tenga un carácter especial de los seis años preparatorios, y es el que venimos proponiendo en obsequio de esos alumnos.

Con respecto á que pudiera revivirse un cadáver, no hemos pensado, ni el Sr. Garay ni ninguno de los que hemos firmado la proposición, en que se volviera al bachillerato; yo por mi parte, desprecio completamente esta idea.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Cervantes.

EL C. CERVANTES IMAZ.—En cierto modo me veo obligado á defender la proposición una vez que he tenido la honra de firmarla y debo explicar el por qué está mi firma en esta solicitud.

No es mi ánimo de ninguna manera hacer una competencia á la Escuela Normal con los alumnos aprovechados de la escuela preparatoria. Sí, que esto tiene dificultades gravísimas, porque de ningún modo podría bastar la enseñanza de la escuela preparatoria para llenar el fin pedagógico que se propone la Escuela Normal; pero me he sentido arrastrado á esta solicitud por un principio de equidad.

Yo sé, y sé bien, que en la preparatoria se exigen cursos de importancia en todas las materias; sé, por ejemplo, que se hace un curso completo de matemáticas desde la aritmética, porque en nuestro país hay un principio que se lleva á puro y debido efecto, el de volver á empezar lo que ya se sabe.

No es esto el lugar de contrariar esta práctica; pero sí de hacer notar el trabajo penosísimo que tiene el alumno por la extensión del curso que se le obliga á hacer; de manera que empieza siempre por la aritmética y termina con las matemáticas superiores.

En idiomas estudia dos años; de la física hace un curso completo, lo mismo sucede con la química é igual cosa con todas las demás materias. Y yo me sentí incli-

nado por un principio de justicia á dar algún carácter á la conclusión de todos esos estudios á la terminación de todos esos trabajos, como una recompensa, como un conocimiento, como un pase de aptitud, después de tantos sacrificios como se obliga á hacer al alumno de la escuela preparatoria. Son cinco años consagrados al trabajo en la época mejor de la vida, consagrados constantemente al estudio y al estudio de cursos que, como he dicho antes, son bastante amplios.

El diploma que se diera al alumno de la escuela preparatoria serviría, no para ejercer el profesorado como director de una escuela; pero sí tal vez para la enseñanza de algunos ramos especiales: los idiomas, el puesto de preparador de física y química, el de auxiliares y profesores en las escuelas superiores, ayudantes en la misma preparatoria y en los institutos de los Estados; el lugar de ayudante aun en las Escuelas Normales, para contribuir á la enseñanza, cuando los grupos se presenten tan numerosos, que el profesor necesite auxilio, como sucede en muchos casos en que no bastando el profesor de matemáticas, por ejemplo, se hace necesario nombrar ayudantes para los cursos.

¿Y no sería un medio á propósito para aprovechar los trabajos de estos alumnos y aprovecharlos con ventaja el darles un diploma que les abriera las puertas para estos trabajos?

No sólo creo que sería ventajoso, sería conveniente, porque podrían encontrar así los alumnos de la preparatoria al fin de sus cursos una recompensa favorable.

Bajo este punto de vista, bajo la presión de estas ideas, he tenido la honra de firmar esa proposición que me creo obligado á votar en pro, sin que de ninguna manera me arredre el pensamiento de que es venir á hacer una competencia á la Escuela Normal; porque en todo caso, para la instrucción primaria elemental, es se-

guro que no se preferiría á los alumnos de la escuela preparatoria, sino á los normalistas que son los únicos que aprendiendo en escuela especial, pueden dar todas las garantías indispensables.

He explicado mi voto; confieso paladinamente que no he podido encontrar el nombre; pero digo á mi vez lo que el Sr. Garay, que el no haber podido hallar el nombre á este título, no es una dificultad para que se apruebe la idea que presentamos al Congreso.

EL C. VICEPRESIDENTE.—Tiene la palabra el C. Manterola.

EL C. MANTEROLA.—Como he tenido la honra de firmar la proposición que se discute, me creo en el deber de expresar que yo sí creo haber encontrado el nombre.

Se ha dicho que el título de bachiller es ridículo; pero sin decir por qué es ridículo. Yo no veo la razón. Se dice que este título de bachiller nos recuerda el período universitario, que nos trae á la memoria una porción de ideas rancias. Sin embargo, en la universidad existían tres clases de títulos; los bachilleres, los licenciados y los doctores, y la sociedad, el uso ha venido á dar el nombre de licenciado, y el de doctor, el de médico, el de bachiller, es un título como otro cualquiera.

La verdad de las cosas, es que la palabra licenciado no significa más al abogado, y la de doctor á médico; sin embargo, el uso ha dado esta significación á estas palabras y lo mismo pasaría con la de bachiller.

En Francia, me parece que todavía en la actualidad existe este título de bachiller en ciencias, bachiller en letras.

En consecuencia, no veo ninguna dificultad en aceptar este título; pero si hubiere alguna, se podía aceptar la idea en esta forma: se expedirá un diploma de



estudios preparatorios al alumno que hubiera terminado estos estudios.

Se me dirá que es lo mismo el certificado que el diploma. No es lo mismo; el diploma viene á ser un título, mientras que el certificado no da más derecho que á continuar la carrera. El título tendrá el objeto esencial de poder llevar al alumno, de poderlo presentar en sociedad.

Pues bien; yo propongo sin dificultad alguna el título de bachiller; porque no me parece que signifique nada que recuerde las antiguas universidades con sus doctores y sus boilas.

EL C. VICEPRE-IDENTE. — Tiene la palabra el C. Sierra.

EL C. SIERRA JUSTO. — Yo también soy, señores representantes, de los que firmaron la proposición que se discute; esto simplemente me trae á la tribuna.

La proposición que está al debate es una consecuencia natural de lo que se ha aprobado cuando se discutió el dictamen de la escuela preparatoria. Todo el Congreso admitió que los estudios de preparación no eran simplemente considerarse como estudios para determinada carrera, sino como estudios de preparación general.

Lo que nosotros queremos es que cuando se hagan estos estudios de preparación general, se puedan hacer ó con el ánimo puro y sencillamente de adquirir una instrucción secundaria, ó para continuar después los estudios en una carrera profesional, y queremos que cuando se hagan estos estudios puedan ellos acreditarse por un título, por un diploma, que no sea simplemente un certificado de estudios preparatorios, sino que sea un título de estos estudios; porque el primero indica en el concepto social que se han interrumpido los estudios por ineptitud ó por alguna otra circunstancia en el modo usual de decir en el mundo escolar, el es-

tudiante que no ha pasado de la escuela preparatoria á una profesional, es un estudiante que ha *destripado*.

Lo que queremos nosotros significar con este documento es que se puede hacer la instrucción secundaria por sí misma, sin necesidad de tener delante una profesión, ni una carrera especial. Esto es lo que nosotros queremos; por consiguiente yo considero que esta proposición fluye perfectamente de las premisas ya aprobadas por el Congreso, y nos hemos detenido en una cuestión de palabras, de denominación.

La denominación de licenciado, de doctor, de bachiller, no ha sido dada á las personas que tienen título, pues éste no indica sino que la persona que lo posee puede ejercer su profesión; esas denominaciones las ha dado el uso.

De manera que si nosotros pedimos este título es porque no se crea que el estudiante que no ha seguido una carrera profesional, carrera de aptitudes y conocimientos en la instrucción secundaria, poniéndolo en ridículo ante la sociedad como estudiante destripado. El uso después dará el nombre que vaya pareciendo más conveniente.

Esta es toda la cuestión, me parece demasiado sencilla y no veo que haya ningún inconveniente en aceptarla.

EL C. SECRETARIO. — No habiendo quien pida la palabra, se procede á recoger la votación.

Recogida que fué, resultó aprobada por trece votos contra ocho.

EL MISMO C. SECRETARIO. — Se cita á los CC. Representantes para las seis de la tarde del próximo sábado. La Mesa determina que para recibir al C. Ministro, se unan los miembros que la forman, á los Sres. Aguilar, Pérez Verdía, Serrano, y Rébsamen.

EL C. PRESIDENTE.—Se levanta la sesión.

*Luis E. Ruiz*, Secretario.

## SESION DE CLAUSURA.

FEBRERO 28 DE 1891.

PRESIDENCIA DEL C. LIC. JOAQUIN BARANDA,

SECRETARIO

DE JUSTICIA E INSTRUCCION PUBLICA  
Y PRESIDENTE HONORARIO DEL CONGRESO.

Asistencia de los señores Representantes Aguilar, Baz, Díaz Milán, Cervantes I., Cisneros, Correa, Flores, García Cubas, Gómez Flores, Gómez, Manterola, Martínez, Osoy, Pérez Verdía, Mateos, Rébsamen, Carrillo, Rodríguez, Ruiz, Schultz, Serrano y Sierra; y Directores, Alvarez G., Alvarez M., Bublott, A. de Garay, Carpio, Gutiérrez Nájera, Lascu-rain, Salazar y Zayas.

A las 6 y 40 minutos de la tarde, se pasó lista de representantes, y resultando haber el número suficiente se abrió la sesión.

Se leyó el acta de la anterior que sin discusión fué aprobada.

EL C. PRESIDENTE HONORARIO.—Tiene la palabra el C. Secretario para dar lectura á su informe.

EL C. SECRETARIO DR. LUIS E. RUIZ.

Señor Ministro:

Señores:

La Secretaría de Justicia, con fecha 19 de Junio de 1890, convocó el Segundo Congreso de Instrucción, y los Estados,

Territorio y Distrito Federal de la República, nombraron los Representantes á que se refiere aquel documento, los cuales, unidos á los delegados de las Escuelas Nacionales y Municipales, inauguraron sus trabajos el 1º de Diciembre próximo pasado. La misma Secretaría expidió oportunamente el reglamento para las deliberaciones del Congreso, cuyo fin principal ha sido continuar la obra emprendida por el primero, y muy especialmente en lo que á la instrucción primaria y preparatoria se refiere. Conforme á los artículos 13 y 14 del citado reglamento, quedaron constituidas 12 comisiones, que fueron después aumentadas á 14 por adición que el Congreso hizo en su oportunidad de 4 más. En consecuencia, el Segundo Congreso de Instrucción se propuso, por medio de 14 comisiones (esta vez compuestas de 5 y no de 3 miembros como las del anterior), resolver 32 preguntas que formaron el asunto capital de sus labores. Y esto en el lapso de tiempo de 1º de Diciembre de 1890 á 28 de Febrero de 1891. Durante este período se verificaron 26 sesiones, repartidas así: una preparatoria, una inaugural, veintitres ordinarias y ésta que celebramos para clausurar. Debe tenerse presente que, aunque el reglamento señaló dos sesiones por semana como confirió al Congreso la facultad de modificar esta prescripción, según el art. 10, este cuerpo, desde la primera semana de Enero, verificó tres sesiones semanarias. De las 14 comisiones, siete presentaron dictámenes. Estos fueron en número de 9 (contando en ellos un voto particular); y todos fueron discutidos y votadas sus conclusiones.

La 1º comisión presentó 3 dictámenes y fueron aprobadas 40 conclusiones. La 2ª trajo al debate un solo dictamen y obtuvieron la aprobación 22 conclusiones.

La 3ª presentó dos dictámenes, siendo un voto particular del miembro disidente, y no fué aprobada ninguna de sus conclu-



siones. La 4ª presentó un dictamen y obtuvo la aprobación de seis conclusiones. Las 5ª y 6ª se unieron y formularon un solo dictamen, del que quedaron aprobadas 10 conclusiones. La 7ª presentó un dictamen y obtuvo la aprobación de 5 conclusiones. Las 7 comisiones restantes no dictaminaron.

Así, pues, las conclusiones aprobadas son 83, y constan en las siguientes proposiciones.

### INSTRUCCION PRIMARIA.

#### A.—Enseñanza elemental obligatoria (fracs. V, VI, VII y VIII.)

##### CUESTIONARIO.

V.—¿Qué materias de enseñanza elemental obligatoria necesitan texto para su enseñanza, y qué condiciones deben reunir los textos que se adopten?

VI.—¿Qué métodos, procedimientos y sistemas deben emplearse en la enseñanza elemental?

VI.—¿Hay útiles y mobiliario indispensables en las escuelas elementales?

VIII.—¿Qué requisitos de higiene deben satisfacerse por parte de los alumnos para ingresar á las escuelas elementales?

##### RESOLUCIONES.

1ª Los libros de texto para la Escuela Primaria Elemental, deberán estar conformes en cuanto á su asunto, con el programa respectivo vigente en el momento de su adopción.

2ª Los libros de lectura deben comprender dos partes:

I. La dedicada propiamente á su parte técnica, destinada á vencer las dificultades de la lectura, si bien dando siempre una noción útil, ó proporcionando una mera recreación.

II. La parte que pueda referirse á las otras asignaturas; pero siempre de un modo ameno, con elegante elocución y al al-

cance de los niños, ya por sus ideas ó por los sentimientos que expresen.

3ª Los textos meramente instructivos se dispondrán de tal manera, que sirvan para los usos siguientes:

I. Ayudar á retener una noción que ha sido suficientemente explicada por el profesor y comprendida por el alumno.

II. Servir para los repases periódicos ó de preparación de exámenes.

III. Como guía ó limitación de la asignatura, tanto durante el curso como en los actos de prueba ó examen.

4ª En los libros de texto se observarán las siguientes prescripciones:

I. Contendrán en resumen los conocimientos más generales y prácticos de la asignatura á que se dedican.

II. Se procurará que los conocimientos que comprendan, según el año á que están destinados, estén al alcance de la instrucción y grado de desenvolvimiento intelectual de los alumnos.

III. Su estilo debe ser conciso, claro y preciso.

IV. En los textos destinados á la enseñanza científica, deberá usarse el tecnicismo propio de la materia, omitiendo la forma puramente literaria.

V. En los textos de Historia, Moral ó Instrucción cívica, destinados á despertar sentimientos y mover voluntades, se empleará la forma puramente literaria.

VI. El orden de exposición de las materias será el que mejor presente la doctrina ya formada, y que manifieste con claridad las relaciones lógicas de sus partes.

5ª En el 1º y 2º año no habrá más textos que los libros correspondientes de lectura, los que contendrán además de los ejercicios especiales de la materia, según el programa respectivo, lecturas instructivas que tengan relación con las diversas materias de los programas.

6ª En el tercer año los alumnos deberán utilizar los siguientes textos, todos en

correspondencia con los asuntos designados en el programa:

El libro de lectura, mezclando los asuntos morales ó instructivos, con los puramente literarios.

Un cuestionario aritmético, con una sección destinada á problemas taquimétricos.

La Geografía de la Entidad federativa á que pertenezca la escuela.

El libro de historia.

7ª En el 4º año son indispensables:

El libro de lectura dispuesto de tal manera, que comprenda los ejercicios en que se aplique la variedad de entonaciones que los distintos géneros literarios requieren. Además los siguientes tratados:

El de los principales deberes morales del hombre.

El de instrucción cívica.

El apropiado á los ejercicios de lengua nacional.

El de nociones de ciencias físicas y naturales.

El teórico práctico de aritmética, el de geometría y el de geografía.

El de historia.

8ª Son auxiliares indispensables para el maestro:

Guías metodológicas para la enseñanza de las materias del programa, y los tratados prácticos sobre las diversas asignaturas.

9ª A fin de regularizar y hacer verdaderamente popular la enseñanza, acelerando la propagación de los buenos métodos y doctrinas pedagógicos, es conveniente establecer en la capital de la República y en la de cada uno de los Estados, el *Boletín Oficial de Instrucción Pública*, gratuito para todos los maestros en ejercicio, y dispuesto á recibir siempre la colaboración de todos los profesores del país.

10. Es conveniente que haya en el Distrito Federal y en cada una de las capitales de los Estados, Academias formadas de profesores ilustrados y prácticos, nom-

brados por los gobiernos general y de los Estados, para que entre sus diversas atribuciones, tengan la de formar catálogos de obras propias para servir de texto en cada una de las asignaturas, conforme con los programas vigentes.

11. Deben excluirse de las respectivas comisiones dictaminadoras, nombradas en las Academias de que se habla en la resolución anterior, los editores y autores de libros de texto que se examinen.

12. Deben quedar en libertad los Directores de las Escuelas del Municipio, Cantón ó Distrito, para que elijan de entre los textos del catálogo de que se habla en la resolución 10ª, los que se adapten mejor á las condiciones de sus escuelas respectivas.

13. Para facilitar la impresión de los libros de texto, y para ponerlos por su baratura al alcance de las clases menesterosas, el Congreso cree deber recomendar al Ejecutivo la libre introducción del papel.

14. El modo individual de organización llamado también sistema individual, no debe practicarse en las escuelas primarias elementales.

15. El sistema lancasteriano, ó modo mutuo de organización, debe desterrarse de nuestras escuelas públicas.

16. El modo simultáneo es el único que satisface las necesidades de una buena organización escolar, en las escuelas elementales.

17. Para organizar con provecho, según el modo simultáneo, nuestras escuelas elementales deben llenar las siguientes condiciones:

I. Los alumnos de una escuela deben clasificarse en *grupos* que correspondan precisamente á los cursos ó años escolares que establece el programa detallado de estudios, procurando que todos los niños de una misma *sección ó grupo* se encuentren aproximadamente en igual grado de instrucción ó desenvolvimiento intelectual.



II. En casos dudosos, se considerarán como ramos decisivos, la lengua nacional y el cálculo aritmético.

III. El número total de alumnos que estén simultáneamente á cargo de un mismo maestro no pasará de 50 como máximo.

18. Habrá tantos maestros como años escolares; pero en aquellos grupos en que la concurrencia sea mayor de 50 alumnos, se formarán dos ó más secciones del mismo curso; siempre bajo idéntico programa, procurando la mayor homogeneidad en cada una de las secciones.

19. En la escuela de varios maestros, cada uno tendrá su salón apropiado á la enseñanza que tenga que darse en él.

20. Queda proscripta en las capitales y grandes centros de poblaciones, la escuela de un sólo maestro.

21. En las poblaciones donde existan varias escuelas elementales pequeñas con uno ó dos maestros cada una, se procurará refundir algunas de ellas en una sola, según lo preceptuado anteriormente.

22. Los sistemas mixtos pueden ser tolerados en la actualidad, en las poblaciones que, faltas de recursos, no puedan sostener el número suficiente de maestros; pero sólo pueden emplearse tales sistemas en caso de extremada necesidad, y las autoridades escolares considerarán como obligación capital, la de sustituir en tanto antes, los monitores por maestros competentes.

23. Se recomienda como el más racional entre los sistemas mixtos, el que consiste en el desempeño de la parte educativa y la mayor parte instructiva por sólo el maestro, limitándose los monitores á la parte instructiva puramente mecánica.

24. Para hacer posible el modo simultáneo de organización, aun en las escuelas de pocos maestros, pueden encomendarse á uno solo hasta dos secciones, pero nunca en número mayor.

25. Si se quiere establecer el modo simultáneo en las escuelas de un solo maes-

tro, sólo es realizable en virtud del plan aprobado por el Primer Congreso de Instrucción, estableciendo el sistema de *medio tiempo*; esto es, la concurrencia de dos secciones por la mañana y la de dos restantes por la tarde.

26. El *método* que debe emplearse en las escuelas primarias elementales, es el que consiste en ordenar y exponer las materias de enseñanza de tal manera, que no sólo se procure la transmisión de conocimientos, sino que á la vez se promueva el desenvolvimiento integral de las facultades de los alumnos.

27. Para la debida aplicación de este *método*, cuyos factores son el orden en que deban presentarse los conocimientos y la forma en que éstos se deban exponer, hay que atender á las siguientes prescripciones:

I. Por lo que toca al orden ó enlace de los conocimientos, se podrán observar las marchas inductiva, deductiva, analítica, sintética, progresiva y regresiva, según el carácter de la materia que se enseñe, y hasta de conformidad con la índole especial de cada punto aislado, que sea objeto de una lección.

II. El maestro, para la buena elección de la marcha que haya de seguir, tendrá presente el principio fundamental de la educación, como los siguientes principios generales: *ir de lo fácil á lo difícil, de lo conocido á lo desconocido, de lo concreto á lo abstracto, de lo empírico á lo racional.*

III. Por lo que se refiere al segundo factor de este método, se pueden usar las formas *expositiva é interrogativa*, que son las fundamentales; limitándose el uso de la primera á los casos de estricta necesidad; y se recomienda el uso de la interrogativa, principalmente en su especie llamada *socrática*.

28. Se consideran, además, como condiciones indispensables para la aplicación de dicho método, que las clases sean orales; que haya una bien meditada distri-

bución de tiempo, de acuerdo con las prescripciones higiénicas; que se haga una bien graduada subdivisión del programa, y que las lecciones se preparen con anterioridad por el maestro.

29. Los procedimientos que se empleen en la escuela primaria elemental, deben estar en consonancia con el principio fundamental de la educación, y con los preceptos generales de la metodología, disciplina é higiene. Se recomienda especialmente el uso del procedimiento intuitivo en sus cinco formas.

I. Presentación del objeto *in natura*.

II. Uso de un modelo, aparatos científicos y objetos de bulto ó en relieve.

III. Uso de estampas, dibujos é imágenes proyectadas por aparatos ópticos.

IV. Uso del diagrama.

V. La descripción viva y animada.

30. Los útiles indispensables para realizar la enseñanza primaria elemental, son los siguientes:

I. Dos *pizarrones* pintados de color obscuro mate, de los cuales uno estará rayado para la primera enseñanza de la escritura: sus dimensiones serán, cuando menos, de 2 metros por 1.25, y se colocarán fijos en la pared. Donde los recursos lo permitan, será mejor construir un *pizarrón* de dos caras, y provisto de carretillas para trasladarlo fácilmente. Debe prohibirse el uso del caballete.

II. Un *ábaco*, con 100 bolas, de diez varillas horizontales.

III. Una colección económica de *pesos* y *medidas métricas*.

IV. Una pequeña colección de *sólidos geométricos*, de madera. En su defecto, el mismo maestro podrá construirlos de cartón.

V. *Regla plana*, de un metro de largo, con las divisiones métricas correspondientes, *compás* y *escuadra para pizarrón*.

VI. Una colección de materias primas y manufacturadas, plantas y minerales de la comarca. El mismo maestro irá for-

mando esta colección con sus alumnos, en los paseos y excursiones escolares.

VII. Algunos aparatos y substancias para las lecciones de física y química, conforme al programa y según los recursos con que cuente la localidad.

VIII. *Mapa del Estado* y de la *República*. El maestro procurará dibujar el plano de la localidad, y copiar (aumentando la escala) el mapa del Cantón ó Distrito.

IX. *Una esfera terrestre*.

X. Una colección de *muestras* de letra cursiva.

XI. Una pequeña colección metódica de *muestras* de dibujo, de conformidad con lo prescripto en el programa.

31. Siempre que los recursos lo permitan, deberá aumentarse la lista anterior con los siguientes útiles.

I. Colección de cuadros murales, para ejercicios de lenguaje y enseñanza intuitiva.

II. Colección de cuadros murales de Fisiología, Zoología, Botánica y Física.

III. Una caja económica de aparatos de Química y Física.

IV. Una colección sistemática de objetos para las lecciones de cosas.

V. Colecciones de Historia Natural comprendiendo especialmente insectos útiles y nocivos, aves y mamíferos disecados, plantas y minerales.

VI. Una carta de la República, fraccionada por Estados, Territorios y Distrito Federal. Una colección de mapas generales con toda la claridad posible, y sin recargo de detalles. *Mapa de Geografía física*, *Mapa-Mundi* y *un telurio*.

VII. Cuadros murales referentes á sucesos de la historia nacional; retratos de los héroes de la patria.

VIII. Una colección de cartas murales para la enseñanza de la Caligrafía.

IX. Colección más completa de *muestras de dibujo*.

X. El número suficiente de *bastones*,



*palanquetas y mazos*, para los ejercicios gimnásticos.

XI. Un pizarrón de doble cara, cuadrículada la una por decímetros cuadrados, como *mínimum*; y la otra según el sistema estigmográfico, esto es, marcando tan sólo con puntos las intersecciones de la cuadrícula.

32. Los útiles indispensables que debe poseer cada alumno, son los siguientes:

I. Pizarra y pizarrín en todos los años escolares.

II. Los libros correspondientes á los diversos cursos.

III. Un cuaderno de caligrafía, plumas y porta-plumas en el 3º y 4º años.

IV. Un cuaderno de dibujo, lápiz y regla plana.

33. Siempre que sea posible, es conveniente que el alumno esté dotado, además de los útiles siguientes:

I. Una serie graduada de cuadernos de caligrafía.

II. Compás con porta-lápiz, escuadra y transportador, en los últimos años.

III. Un mapita natural del Estado en el 3º y 4º años, suficientemente claro.

IV. En el último año un pequeño Atlas Universal geográfico claro y sin recargo de detalles, que contenga un mapa especial de la República.

34. El precepto de la enseñanza gratuita, exige que las autoridades provean de los útiles necesarios á todos los alumnos de las escuelas primarias oficiales.

35. Para preparar el cumplimiento del precepto anterior, y conseguir el progreso en cuestión de material escolar, es necesario:

I. Fundar en la capital de la República un Museo Pedagógico en toda forma.

II. Anexo al mismo habrá un depósito central de material escolar, á fin de proveer de lo necesario á las escuelas oficiales.

III. Los gobiernos de los Estados pro-

curarán con el mismo fin, establecer depósitos locales en sus capitales respectivas.

IV. Convendrá reformar la tarifa general de los derechos que deben pagar á la Federación las mercancías extranjeras que se importen por las aduanas de la República, en el sentido de que sea declarado libre del impuesto respectivo el material de enseñanza cuyos artículos no puedan tener otro uso fuera de la escuela. Esta misma franquicia convendría que fuese otorgada por los gobiernos locales, exceptuando el material de enseñanza de todo derecho de Estado ó Municipio.

V. También es conveniente eximir de impuestos interiores, así generales como locales, á los industriales que implanten la fabricación de materiales destinados exclusivamente á la enseñanza.

36. Los muebles indispensables para las escuelas elementales, son los que en seguida se enumeran:

I. Plataforma, mesa y silla para el profesor.

II. El número suficiente de mesa-bancos para los alumnos. Deberán reunir todas las condiciones que marca la higiene escolar, y tenerse cuatro tipos ó tamaños, á no ser que se escoja un modelo de carpeta movable;

III. Un estante librero para el archivo y útiles.

IV. Un reloj de pared.

V. Un aguamanil con palangana y toallas.

VI. Un depósito de agua con su llave y tasa de fierro.

VII. Perchas para colgar los sombreros y abrigos de los niños.

37. El Museo pedagógico de que se habla en la resolución 35, contendrá entre sus diversas secciones, la de modelos y dibujos acerca del mobiliario antiguo y moderno de todos los países civilizados; así como lo referente á estampas, aparatos científicos y textos, y una colección de

obras propias para formar una biblioteca especial pedagógica.

38. No se admitirán en la escuela primaria elemental, niños menores de seis años.

39. Para la admisión de los alumnos, es requisito indispensable el que estén vacunados. Los directores cuidarán de la vacunación en los casos necesarios.

40. Siempre que el profesor sospeche la existencia de alguna enfermedad en un niño, exigirá certificado de facultativo en que se pruebe que no le perjudican los trabajos escolares, ó que no hay peligro de contagio en la escuela, según el caso.

E.—*Instrucción primaria superior.*

(*Fracción III.*)

#### QUESTIONARIO.

III.—¿Qué métodos, procedimientos y sistemas deben emplearse en estas escuelas?

#### RESOLUCIONES.

1ª El modo ó sistema de organización que debe aceptarse para la enseñanza primaria superior, será el simultáneo.

2ª Si por necesidad ineludible fuere preciso emplear los sistemas mixtos, se recomienda el que consiste en el desempeño de la parte educativa y la mayor parte instructiva, por solo el maestro, limitándose los auxiliares á la parte instructiva puramente mecánica.

3ª Los grupos que se formen con los alumnos, observando las prescripciones del programa, deberán ser homogéneos en el mayor número posible de condiciones, y el número de educandos no excederá de cuarenta por cada grupo.

4ª Cada uno de los grupos constituidos conforme al programa, estará á cargo de un profesor responsable de los trabajos; pero el director podrá aprovechar para las diversas asignaturas, las aptitudes especiales que se encuentren en el profesorado de la escuela, cuidando de

conservar la unidad y la armonía en las labores.

5ª El método que debe emplearse será el que á la vez que promueva el desenvolvimiento integral de las facultades del alumno, se propone también la transmisión de los conocimientos, dominando este fin en la enseñanza superior.

6ª En las lecciones sobre ciencias físicas ó historia natural, se procurará ejercitar á los niños en la observación, experimentación y clasificación, señalando prácticamente los principios á que deben sujetarse esas operaciones.

7ª La división, definición, hipótesis y demás operaciones lógicas, serán introducidas en la instrucción primaria superior, graduando los ejercicios y sirviéndose para ello de los conocimientos comprendidos en el programa; de manera que puedan utilizarse también como medios de disciplina de las facultades intelectuales.

8ª En la escuela primaria superior, se debe insistir con el mayor empeño en que los alumnos conozcan y apliquen, en la órbita de sus facultades, los procedimientos de que se sirve la inducción: los llamados métodos de concordancia y de diferencia, de residuos, de variaciones, conocimientos, etc. Los ejercicios serán perfectamente graduados, y los asuntos que se elijan para el caso se tomarán del programa de enseñanza.

9ª Los trabajos que se hagan para ejercitar la deducción, se establecerán con raciocinios derivados de principios sencillos y graduados de modo que sean fácilmente comprendidos por los alumnos, evitando en lo posible la forma silogística.

10. En la marcha de la enseñanza se cuidará siempre de que á las reglas precedan las operaciones; á la definición, el conocimiento de las cosas ó fenómenos; á la generalización y la abstracción, el estudio de los casos particulares que conducen á ellas; y las ideas á los signos que hemos de emplear para representarlas.



11. Los procedimientos serán conformes con la naturaleza del método que debe seguirse, y conservarán los caracteres esenciales de éste.

12. Se preferirán en todo caso los procedimientos de enseñanza que colocan al niño en condiciones de llegar por sí mismo á la adquisición de los conocimientos que se trata de inculcarle, dándole el carácter de investigaciones hechas por el educando.

13. En todo procedimiento se atenderá al grado de desenvolvimiento de las facultades del niño, á la naturaleza del asunto que se estudia y al fin que se propone la enseñanza.

14. Se prohíben los procedimientos puramente mecánicos, si no van acompañados de las explicaciones convenientes.

15. Los procedimientos generales preponderarán á los de abreviación; y al aplicar éstos se explicarán y razonarán en lo posible.

16. Los procedimientos de corrección se emplearán de modo que el alumno pueda reconocer sus faltas ó errores, y enmendarlos por sí mismo.

17. Se recomienda el uso del procedimiento intuitivo en sus cinco formas.

18. En todos los ramos que lo admitan, se procurará que dominen los ejercicios prácticos; las formas de estos ejercicios serán las mismas que toman sus aplicaciones al satisfacer las necesidades de la vida.

19. Las formas que deben adoptarse serán: la interrogativa y la expositiva, ya aisladas según el caso, ya unidas para completarse recíprocamente.

20. Las nociones teóricas que se den á los alumnos, serán concisas, claras, y no contendrán términos que no les sean explicados.

21. No se hará uso de los textos sino después de las lecciones orales y de los ejercicios prácticos, de manera que el libro sirva solamente como un auxiliar de

la memoria, ó para consulta en los casos necesarios.

22. La distribución de tiempo se sujetará á las prescripciones siguientes:

I. Los trabajos intelectuales alternarán con el recreo y los ejercicios físicos.

II. Los estudios que exijan mayor esfuerzo intelectual, se colocarán en las primeras horas de la mañana.

III. En la sucesión de materias se evitará el que continúen en ejercicio no interrumpido unas mismas facultades.

IV. La distribución de tiempo, una vez aprobada, no deberá cambiarse, sino por causas justas á juicio de la autoridad competente.

## ESCUELAS NORMALES.

### CUESTIONARIO.

I.—¿Deben todos los Estados abrir Escuelas Normales? ¿Estas Escuelas deben ser uniformes con las del Distrito?

II.—¿Para el efecto de uniformarlas, es aceptable en las de varones el plan de estudios de la Escuela Normal de Profesores del Distrito?

III.—Revisión del programa aprobado el 24 de Enero de 1888, para poner en práctica el preinserto plan de estudios.

IV.—¿Cuántos años deben durar los cursos de las Escuelas Normales de varones?

V.—¿Cuál debe ser la organización de las Escuelas Normales de señoritas?

### RESOLUCIONES.

1ª. Todas las Entidades Federativas de la República deben establecer Escuelas Normales para Profesores y Profesoras de Instrucción Primaria.

2ª. Las Escuelas Normales de las diversas Entidades Federativas de la Nación, serán uniformes.

3ª. El plan de estudios de las Escuelas Normales de Profesores comprenderá, tan-

to las materias preparatorias como los estudios profesionales indispensables, para que los maestros Normalistas pongan en práctica las resoluciones concernientes á la uniformidad de la enseñanza primaria.

En tal virtud la organización de las Escuelas Normales de varones deberá sujetarse á las prescripciones siguientes:

I. Deben formarse en dichas Escuelas, Profesores de Instrucción Primaria Elemental, y si fuere posible, también de Instrucción Primaria Superior.

II. Su plan de estudios debe comprender las materias siguientes:

#### PARA PROFESORES DE INSTRUCCION PRIMARIA ELEMENTAL.

Teoría general de la educación, precedida de las nociones indispensables de Fisiología y Psicología.

Metodología general y aplicada á las materias relativa á la enseñanza elemental.

Organización, régimen ó higiene escolares.

Lectura superior y ejercicios de recitación y reminiscencia.

Gramática Castellana y ejercicios de composición.

Aritmética y Geometría.

Nociones de física, Química ó Historia natural, con aplicación á la industria y á la agricultura.

Geografía y Cosmografía.

Historia general y del país.

Instrucción cívica, moral y urbanidad.

Caligrafía y Dibujo.

Música vocal.

Trabajos manuales.

Gimnasia y ejercicios militares.

Francés, y algún idioma indígena dominante en el Estado respectivo.

Algebra elemental.

#### PARA LOS PROFESORES DE INSTRUCCION PRIMARIA SUPERIOR.

Además de las materias que cursen los Profesores de Instrucción Primaria Elemental, las siguientes asignaturas:

Curso superior de Fisiología y Psicología aplicadas á la educación.

Metodología aplicada á las materias de la enseñanza primaria superior.

Historia de la Pedagogía.

Literatura patria.

Lógica.

Nociones de Estética.

Inglés.

Nociones de Economía Política.

Enseñanza de piano ó armonium.

Teneduría de libros.

Dibujo.

Elementos de Física, Química ó Historia Natural.

III. Cada Escuela Normal tendrá anexa la escuela ó escuelas de instrucción primaria correspondientes, para la práctica normal de sus alumnos.

IV. La práctica profesional comprenderá:

a. Ejercicios de observación y aplicación en la escuela anexa para los cursos normales respectivos.

b. Conferencias pedagógicas, lecciones de prueba y ejercicios de crítica pedagógica en el 3º, 4º. y 5º. años.

c. Visitas á buenas escuelas primarias de la localidad, para los alumnos del 3º. y 5º. años, y si fuere posible, visitas á escuelas de igual clase de diversas poblaciones.

V. Las horas semanarias de trabajo incluyendo la práctica no deberán pasar de treinta y seis.

VI. El mínimum de tiempo que se debe consagrar en la semana á las materias del curso pedagógico, será de seis horas, y á la práctica profesional tres horas en



los años 1º y 2º, cinco en el 3º y seis en los demás.

VII. Es requisito indispensable para ingresar á las Escuelas Normales, poseer la instrucción primaria elemental y superior, lo que se comprobará por medio del certificado respectivo, ó sujetándose en las mismas Escuelas Normales al examen correspondiente.

VIII. Terminados sus estudios, los alumnos deberán practicar durante seis meses, en alguna escuela primaria bien organizada, para preparar su examen profesional, el que sólo versará sobre teoría y práctica de las materias del curso pedagógico.

4º Los cursos de las Escuelas Normales de varones, deberán durar tres años para los Profesores de Instrucción Primaria Elemental, y cinco para los de Instrucción Primaria Superior; más los seis meses de práctica final.

5º. La organización de las Escuelas Normales de profesoras será, en lo fundamental, la misma que la de las respectivas de profesores, con las modificaciones siguientes:

I. Se omitirán en sus planes de estudios las nociones de Economía Política, los Trabajos manuales y los Ejercicios militares.

II. Figurarán en sus programas las siguientes materias:

Conocimiento teórico-práctico del sistema de Fröbel.

Economía, Higiene y Medicina domésticas.

Nociones teórico-prácticas de Horticultura y Floricultura.

Labores propias del sexo, en las que figurarán, en primer lugar, aquellas que sean de verdadera utilidad para la familia: como la costura en blanco, el zurcido, el corte y confección de ropa, etc.

III. Anexa á las Escuelas Normales de señoritas, debe haber además de la escuela primaria respectiva, una Escuela de

Párvulos ó jardín de niños, para el estudio teórico-práctico del sistema de Fröbel.

IV. Con objeto de disminuir á veinticuatro las horas semanarias de trabajo en las Escuelas de Profesoras, durarán los cursos de estas Escuelas: cuatro años para las profesoras de Instrucción Primaria Elemental, y seis para las de Instrucción Primaria Superior.

6º A fin de generalizar la práctica de los métodos modernos en las escuelas del campo, se establecerán en las escuelas de las cabeceras de Municipio, Cantón ó Distrito en que haya maestros competentes, cursos prácticos de metodología, á los que concurrirán los maestros de las escuelas inmediatas. Estos cursos se podrán dar completos en la época de las vacaciones, ó hacerse parcialmente destinando algunas horas en día determinado de la semana que no perjudiquen los trabajos ordinarios.

#### INSTRUCCION PREPARATORIA.

A.—*Naturaleza, duración y orden de la instrucción preparatoria. Edad en que debe comenzarse.*

#### CUESTIONARIO.

I.—¿Debe ser uniforme en toda la República?

II.—¿Cuántos años debe durar la instrucción preparatoria?

III.—¿A qué edad puede emprenderse?

IV.—Es conveniente comenzar la instrucción por las matemáticas tal como hoy se practica en la Escuela N. Preparatoria, ó debe comenzar por los idiomas ú otra diversa clase de conocimientos?

V.—¿La lógica debe coronar los estudios preparatorios, ó debe ser la clave para comenzarlos?

#### B.—*Uniformidad de estudios preparatorios.*

I.—¿La Instrucción Preparatoria debe

ser uniforme para todas las carreras, ó debe haber un programa especial para cada una de ellas?

*II.*—¿Si se hace uniforme, los diversos ramos que la constituyen deberán conservar la misma extensión que hoy tienen en la Escuela N. Preparatoria, ó deben hacerse cursos más elementales?

*III.*—¿Si deben hacerse cursos más elementales, será conveniente para conseguirlo reunir en uno solo los cursos de asignaturas análogas?

*IV.*—¿Caso de no seguirse un programa especial para cada carrera, deberá adoptarse al menos un programa para las carreras literarias y otro para las científicas, tal como se practica en algunas escuelas extranjeras?

*V.*—¿Si se acepta esta última división, cuál debe ser el programa de los estudios preparatorios científicos, y cuál el de los estudios preparatorios literarios?

*VI.*—¿En cualquiera de los casos consultados en las fracciones anteriores, son aceptables los estudios preparatorios en la forma que hoy se hacen en la Escuela N. Preparatoria, y que se insertan á continuación?

## RESOLUCIONES.

1ª La enseñanza preparatoria debe ser uniforme para todas las carreras.

2ª Debe ser uniforme en toda la República.

3ª Debe durar seis años.

4ª Debe comenzar por las matemáticas.

5ª Debe concluir por la lógica, consistiendo ésta en la sistematización de los métodos científicos, con entera exclusión de todo concepto teológico ó metafísico.

6ª Puede comenzar á los doce años de edad.

7ª Los ramos que la constituyen, deberán conservar la misma extensión que hoy tienen en la Escuela N. Preparatoria.

8ª En un solo programa pueden caber la preparación científica y la literaria de los alumnos.

9ª El programa de estudios y ejercicios deberá ser el siguiente:

10. Los alumnos que justifiquen haber sido examinados y aprobados de las materias de enseñanza obligatoria de las Escuelas Preparatorias, recibirán un diploma que llevará el nombre que acuerde la autoridad respectiva.





C.—*Escuelas especiales.*

## CUESTIONARIO.

I.—¿Es conveniente conservar escuelas especiales?

II.—¿Caso de subsistir estas escuelas, los estudios preparatorios que á cada una corresponden, deben hacerse en ellas mismas ó en las escuelas expresamente destinadas á los estudios preparatorios?

III.—Si en las escuelas especiales deben hacerse los estudios preparatorios que respectivamente les corresponden, ¿estos estudios deben admitirse como válidos para cualquiera otra carrera diversa de la que se sigue en la escuela especial?

## RESOLUCIONES.

1ª Es conveniente y necesario conservar y aun aumentar el número de Escuelas Especiales, tanto de las que se dedican á la enseñanza de alguna profesión ú oficio, cuanto de las que tienen por objeto la educación de los ciegos, sordo-mudos y delincuentes jóvenes.

2ª Las carreras que exigen estudios preparatorios completos y uniformes, son las que se cursan en las Escuelas especiales de Jurisprudencia y Notariado, de Medicina y Farmacia, de Agricultura y Veterinaria, y de Ingenieros de Minas, Civiles, Arquitectos, Electricistas, Geógrafos y Topógrafos; y dichos estudios no deben hacerse en estas Escuelas, sino en las Preparatorias.

3ª Las Escuelas especiales en donde se cursan las carreras que no exigen estudios preparatorios, deben incluir en sus programas de enseñanza aquellas asignaturas de las Escuelas Preparatorias que sean auxiliares ó complementarios de sus estudios profesionales ó parte integrante de los mismos, con excepción de los ramos de Instrucción primaria.

4ª Para que los estudios de determinada asignatura, hechos en la Escuela Preparatoria, se consideren válidos en

una de las Profesionales, (que no sea de las citadas en la conclusión 3ª) se requiere que aquellos cursos tengan la misma extensión fijada por el programa de la escuela á que pretende ingresar el alumno. El mismo requisito se exigirá para hacer válidos los cursos de las Escuelas especiales, cuando se trate de hacerlos aceptar en la Preparatoria ó en otra de las Profesionales. La Junta de Estudios ó el Consejo de Instrucción Pública, será la autoridad que resuelva sobre la mencionada validez de los cursos.

5ª La enseñanza preparatoria debe ser gratuita.

Los preceptos que acabo de leer, señores Representantes, forman el resumen de vuestros laboriosos y asiduos esfuerzos, que si á su tiempo la experiencia dice que no son todos verdaderos, buenos ó útiles, desde este momento convienen los hombres de buena voluntad en que sí son el resultado positivo de vuestra honradez, lealtad y patriotismo.

Y al cumplir con el último de mis deberes, en el sitio que me designásteis, es para mí tan honroso como satisfactorio, ser el humilde conducto para entregar á la Nación el sencillo y significativo contingente, con que el Segundo Congreso de Instrucción contribuye para el engrandecimiento y prosperidad de la patria.

EL C. PRESIDENTE HONORARIO.—Tiene la palabra el C. Sierra, Presidente del Congreso.

EL C. JUSTO SIERRA.—Señor Ministro:

Señores:

La obra de los dos primeros Congresos de Instrucción, no sólo es pedagógica, sino en cierto modo política y social, por su trascendencia; está destinada á organizar la resurrección de nuestras latentes energías, á que abre paso el surco fecundo de la locomotora en la heredad mexicana, y á preparar en la escuela, cimen-



tada sobre un programa común, la unificación de los incoherentes elementos de nuestra nacionalidad, obra de imponderable importancia política, y que da su más alto valor á la acción del Estado, en otras condiciones menos benéficas quizás. No por jactancia, sino porque nuestra conciencia nos autoriza á afirmar que pusimos en dar cima á nuestra labor, todo el esfuerzo de nuestra inteligencia y todo el calor de nuestro corazón, creemos que en los anales de la República, el Congreso que hoy se clausura, merecerá honroso puesto. Sí; y en la perspectiva que fijan los años en el telón de fondo de la historia, las conquistas de los dos Congresos de Instrucción aparecerán como un todo solidario y armónico. Preciso era que así fuese; preciso era que á los trabajos fundamentales del primero, sucediera el primer piso de este vasto edificio destinado á abrigar al pueblo escolar; y sólo á la voluntad reflexiva de refundir en un resultado único, entrambas tareas, debo el honor inestimable de haber presidido vuestros debates (si bien ayudado por la más bondadosa y entendida de las colaboraciones) y de ser en estos instantes vuestro órgano ante el Gobierno y el país.

**INSTRUCCIÓN ELEMENTAL.**—La parte directamente complementaria de nuestra obra anterior, fué estudiada en primer término. El otro Congreso había definido el mandato social del Estado para exigir la educación primera, y había fijado substancialmente su constitución. Había hecho más: se había encargado del deber inherente al derecho de que el gobierno iba á usar; había marcado el camino para cumplir con él, y había trazado el tipo de la escuela primaria, relacionando á él, como á un ideal vivo, todas las que con menores elementos surgiesen en el territorio nacional, bajo el arado de la instrucción obligatoria.

Comprendió el Gobierno Federal inmediatamente la utilidad de crear estos patrones de la reforma escolar, y en medio del aplauso unánime de cuantos saben medir el alcance de tales ensayos, ha erigido su primera escuela pedagógica; ejemplo levantado que todos se esforzarán en imitar, y al cual volverá los ojos la democracia mexicana, cuando ya vencida la gran jornada del progreso, abra el centro de las ciudades nuevas, las escuelas del futuro, soberbias catedrales de la verdad humana, en cuyos cimientos dormirán nuestros huesos, y bajo cuya radiante cúpula habrá una ara sola, el ara de la libertad.

Pero vengamos á nuestros modestos trabajos. Merced á una de nuestras más laboriosas, de nuestras más entusiastas, de nuestras más competentes comisiones pudimos en corto tiempo consumir la organización de la escuela elemental, y marcar la división entre *sistemas* ó modos de organización, *métodos* ó vehículos para realizar el desenvolvimiento de las facultades, y *procedimientos* ó condiciones prácticas para hacer eficaces los métodos. El Congreso condenó muy justamente el sistema mutuo, ilustrado antaño con el nombre de Lancaster, y adoptó una escala de modos simultáneos y mixtos, que hacía indispensable la escasez de escuelas y la carencia de maestros. Todas las sólidas conquistas de la ciencia pedagógica quedaron formuladas en claras y terminantes conclusiones por el Congreso. Ni descuidó puntualizar el reducido, pero ya utilísimo papel del libro de texto en la escuela elemental, ni el inventario más completo que le fué dado de los útiles y mobiliario adecuados á las necesidades de la escuela nueva.

**TÍTULOS.**—Los sesudos estudios sobre instrucción primaria elemental, se cerraron con brillante y ruidosa discusión sobre un punto constitucional, relativo á las

facultades con que el Estado podía exigir títulos profesionales á cuantos se encargasen públicamente de impartir la instrucción elemental. La comisión, si no pudo hacer triunfar sus opiniones, favorables á aquella limitación de la libertad de enseñar, demostró los vínculos de cuestión tan profundamente delicada, con la realización de un tipo definitivo de escuela primaria, y la necesidad de acercarse á ese fin en lo referente á maestros. Todos rendimos homenaje á la buena fe y á la elocuencia y talento, por encima de todo encomio, con que los comisionados se defendieron. El Congreso no pudo seguirlos al terreno á que lo llamaban; para llegar á él, precisaba salvar un punto de interpretación jurídica, y para ello, en mi sentir, no se juzgó autorizado técnicamente. Habríase, además, tomado por imperdonable inconsecuencia, que al declarar obligatoria la primera instrucción, fijando sus programas; que al colocar á los gobiernos en el caso de apelar á todos sus recursos para llevarla á cabo; que habiendo, en suma, asignado como objetivo supremo al poder público la indefinida difusión de la enseñanza primaria, hubiésemos inutilizado de golpe las cuatro quintas partes de los maestros de la República, y extremado las dificultades que tendrán que sortear quienes se encarguen de reducir á la práctica nuestras consultas, hasta hacer la empresa rayana en lo imposible. Era de creerse, y si no traduzco mal su pensamiento, el Congreso lo creyó así, que el resultado de todo ello habría sido el aplazamiento indefinido de la instrucción obligatoria. Por eso tampoco pudimos seguir en su opinión particular al comisionado disidente, á pesar de que, verdadero pensador de tribuna, de él recibió los golpes más certeros el dictamen. Accidentes de votación, capaces de sorprender solamente á quienes no hayan parado mientes en el estado de ánimo de los cuerpos deliberantes, cuando se ven

precisados á tomar en breve tiempo una serie de resoluciones complejas, dejaron la cuestión hasta cierto punto indecisa. Pero nos atrevemos á asegurar que interpretará bien la intención del Congreso quien para ello se oriente hacia la libertad de enseñanza.

INSTRUCCIÓN PRIMARIA SUPERIOR.—Las detenidas deliberaciones del Congreso, sobre los escrupulosos trabajos de la primera comisión, habían desembarazado el camino á las resoluciones exigidas por el cuestionario, sobre instrucción primaria superior, punto en que la parte instructiva se combina en más alta dosis con los elementos destinados á la educación de las aptitudes. De buen grado asintió el Congreso á las conclusiones tan acertadamente formuladas por la comisión proponente, y que reducen á claros y terminantes preceptos la moderna teoría de la enseñanza primaria; los métodos lógicos, y los procedimientos pedagógicos, forman en ellas un bien atado conjunto. Guiada por el criterio del Congreso, pudo la comisión, con mano segura, trazar las rutas que llevan al alumno al robustecimiento de sus facultades, por la adquisición de la verdad, y que lo acercan á la región de lo abstracto, por medios rigurosamente prácticos y concretos, que de no ser así, esos caminos conducirían al niño mexicano á verdaderos desastres intelectuales. El oficio del libro, ese poderoso condensador de ideas, que suele acumular en unas cuantas páginas toda la fuerza viva gastada por la humanidad en su evolución; ese gran economizador de gasto intelectual para el niño y para el hombre; el libro de texto tiene ya en la escuela primaria superior, misión más vasta, y puede prestar, presta ya, y prestará cada día más, á medida que los textos recojan mejor el fruto de la experiencia de los maestros, inestimables servicios; con tal, sin embargo, que no tiendan á suprimir la co



municación directa entre el maestro y el discípulo, que es el alma, el verbo mismo de la enseñanza.

Determinó el Congreso no separarse de las cuestiones de instrucción primaria, campo de sus más laboriosas y concienzudas tareas, en que ha puesto toda su fe, toda su esperanza, todo su amor por la patria, en la encarnación más interesante y pura que la patria tiene, en la niñez, sin consignar un voto que la actual administración, siempre atenta á la voz profunda y persistente de la opinión, escuchará sin duda: me refiero á la libre introducción del papel. El Congreso, bien lo expresa su voto, no ha visto la cuestión bajo el aspecto que la liga á nuestra autonomía literaria, ni á la suerte de numerosas industrias que á falta de esta materia prima no pueden pasar de un período rudimentario, no: el Congreso desea poner al alcance de la mayoría inmensa de los niños de la República, un libro limpio, barato y duradero, imposible de elaborarse con estas condiciones en nuestro país. Ha temido que esta traba á la difusión de la enseñanza obligatoria, siga como hasta hoy, resuelta á medias, en favor del texto extranjero, mal traducido con frecuencia, y mal ajustado á nuestras ideas y aspiraciones. Hemos querido, al trazar las bases definitivas de nuestra educación nacional, llamar á la vida al libro nacional, sin el que corre peligro de ser frustránea ó de retardar por algunas generaciones sus efectos redentores. En vuestras manos señor Ministro de Instrucción Pública, pone el Congreso su empeño y su voto; abogado de tantas nobles causas, agradecido á vuestros timbres de legítimo orgullo, y el Jefe del Estado, una vez más, habrá merecido bien del progreso escolar de la República.

**ESCUELAS PREPARATORIAS.**—Así como la obra principal del primer Congreso fué la definición de la enseñanza obligatoria,

la organización de la secundaria ó preparatoria caracterizará la obra del actual, y será su título superior á ocupar un puesto próspero en los anales de la instrucción nacional. En él servirá largo tiempo de blanco á las iras pseudo-científicas que suelen ser las más implacables; él servirá de pináculo á una idea triunfante al fin, de esas que, decía Herder, brillan como faros en el mar del tiempo.

Resuelto el punto de uniformidad favorablemente, lo que será de consecuencias prácticas harto benéficas, y algún otro como el de la duración de los estudios aumentada á seis años, lo que se apoya en datos de experiencia, el Congreso declaró que la Lógica debería colocarse en el remate de los cursos preparatorios, é hizo subir de punto la significación de su acuerdo señalando su verdadero carácter á esta enseñanza, al convertirla en la sistematización de los métodos científicos, con total exclusión de todo elemento teológico ó metafísico.

Una protesta erudita, mas tardía, eco de escuelas tardías también, aunque muy respetable por lo muy sincera, ha provocado fuera de este recinto un debate que promete ser de crecido interés. De él habrá que descartar cierta interpretación profundamente errónea, de un acto cuya trascendencia nunca pudo desconocer esta asamblea: resúmese esta interpretación en el reproche de haber procedido como sectarios quienes hicimos nuestra esa declaración.

No, no hemos procedido como sectarios; hemos derivado una ineludible consecuencia de premisas admitidas por todos. Los Congresos de instrucción han dado pruebas sobradas de la amplitud de su criterio liberal, para merecer tamaña ofensa; nadie habría sido osado á proponernos nuestra transformación de cuerpo técnico en grupo de fautores de una secta, nadie; el Congreso habría pasado por encima de tamaño desacato.

Pongamos de resalto los elementos de esta importantísima decisión: que la Lógica debía coordinar los métodos empleados desde la matemática hasta la sociología, y unificarlos en una síntesis superior, esto era necesario, esto le da su verdadero significado de filosofía del método. Precisamente por eso la colocó el Congreso en la cima de los estudios, cuando ya los diversos métodos habían servido de agentes de asimilación y desenvolvimiento intelectual, y podían sistematizarse; si de la lógica formal se hubiese tratado, habría sido indiferente encabezar ó finalizar con ella la serie; no, se trataba de una metodología general, lo repetimos, y por eso su puesto legítimo es el que se le ha designado.

El punto segundo de nuestra resolución, el que prescribe la eliminación de todo elemento teológico ó metafísico, lejos de tender á un fin *sectario*, fluye de la decisión bien marcada de buscar á los términos de *enseñanza laica*, su legítima sinonimia en estos otros: *enseñanza neutral*.

El venerable historiador, honra de las patrias letras, que desempeña la clase de lógica en nuestra Escuela Preparatoria, puntualizaba en flamante polémica sostenida con uno de nuestros queridos colegas, una verdad que es la clave de nuestra determinación: la ley excluye la metafísica de los estudios filosóficos en las escuelas oficiales. ¿Por qué es sabía esta disposición? Por dos concluyentes razones: del orden pedagógico una, otra del orden político. La enseñanza, en su segundo grado, debe ser eminentemente positiva, y no puramente crítica y negativa, dado que esto traería aparejada la más desastrosa anarquía intelectual, la que produce en los cerebros jóvenes el semiconocimiento de sistemas en lucha, cuando aun no tienen elementos de juicio suficientes para abstraer una verdad total y asimilársela.

Efectivamente, para enseñar la metafísica, era preciso dar la palabra á la vez al espiritualismo, al materialismo, al panteísmo, al pesimismo, al agnosticismo. ¿Y cómo excluir alguno de ellos, sin atribuir al Estado el papel de definidor de un dogma filosófico, sin resucitar el concepto bizantino de la omnisciencia y de la omnipotencia gubernamental? ¿Y cómo dar la palabra á todos, sin hacer terminar el ciclo de los estudios preparatorios en el caos y la noche intelectual? ¿Es esto, por ventura, negar el trascendental interés de tamaños problemas? Equivaldría á tanto, como á desconocer los prodigiosos esfuerzos del espíritu para integrar la ciencia en una fórmula suprema inferida del Universo y de donde el Universo pueda inferirse equivaldría á ignorar la perenne tragedia del alma humana, alejando á los bordes del infinito misterio en busca del secreto de su destino.

No, no es discutible la importancia de los metafísicos clásicos en la dolorosa historia del pensamiento, ni el valor de los sistemas novísimos como el de la metafísica empírica de Wundt y de Fouillée, ó como el del sistema que, reduciéndola á su significación de filosofía del mundo de la vida y el pensamiento, distinta de la del mundo inanimado ó físico, ha producido ensayos inmortales; tal es la maravillosa lectura del mundo orgánico, que comienza en «los Primeros principios» y acaba en la «Sociología» de Spencer.

A tamaña razón pedagógica, se añade ésta ya indicada: toda metafísica es la filosofía de una religión ó de una irreligión; «la metafísica, dice Paul Janet, brota de la teología, y hay un parentesco, una afinidad estrechísima entre sus doctrinas; salva la diferencia en la forma, su valor en el fondo es el mismo.» ¿Se quiere buscar la enseñanza de la lógica en conceptos metafísicos? Pues habrá que demostrar el valor de estos conceptos, y autorizamos así una enseñanza suprimida por



la ley, y violadora de la neutralidad en la escuela.

Mas si no hay necesidad de acudir á estos conceptos—así como no hay necesidad de acudir al fundamento religioso de la moral, para exponer sus preceptos—¿de qué provienen el escándalo, y los reproches, y las protestas?—No; afirmémoslo muy alto, el Congreso se ha ajustado á la verdad, á la necesidad y á la libertad.

El dictamen en la parte relativa al «Plan de asignaturas,» cuyos fundamentos aquí lató en admirable estudio preliminar el Ponente de la comisión, y cuyo desenvolvimiento lógico expuso su Presidente en dos trabajos de tribuna, que bastan á conferirle la jefatura de la moderna escuela mexicana, el dictamen, decíamos, contenía en el fondo una innovación que el Congreso sancionó con justicia.

Ella resume, en un todo orgánico y vivo, el haz disperso de la enseñanza secundaria, y devolviéndole la plenitud de su carácter de preparación general y fundamental, tan diverso del que le han dado adulteraciones empíricas del plan primitivo, la conjugaba con un sistema gradual de desenvolvimiento de las facultades menos solicitadas por el estudio de las ciencias abstractas, y con otro de ejercicios físicos, destinados (ó de lo contrario serían perjudiciales) á aumentar la fuerza del cuerpo en condiciones de reposo mental.

Hacer de la ciencia la substancia de la enseñanza, era cosa indiscutible en una época en que el fenómeno social característico, es la ciencia, factor primero de la potencia material y espiritual de los pueblos; ni podía discutirse, ni el Congreso la discutió. Pero era necesario concretarse sobre cuáles entre las ciencias, por sus condiciones de generalidad, contenían los fundamentos de las demás, y se adoptó por superior, precisamente bajo el aspecto pedagógico, la gerarquía de Comte,

aunque substancialmente modificada con la introducción en la serie de la psicología como ciencia autonómica, por ocuparse en un fenómeno distinto del biológico, el fenómeno psíquico, modificación debida á la creciente influencia de las doctrinas inglesas.

Así, el niño que al asomarse á la adolescencia llegue por los últimos peldaños de la instrucción primaria á los umbrales de la abstracción, recorrerá lentamente esta comarca, que, bajo su aparente aridez, encierra sorpresas profundas para quien sabe explorarla, y al tocar á las nociones sucintas del cálculo trascendente, habrá adquirido la preparación indispensable para el estudio del Universo, en sus grandes lineamientos; disciplinará su espíritu en la matemática que Comte consideraba como la lógica por excelencia, y abordará, incomparablemente armado, el estudio de la cosmología. En ella irá de problema en problema; desde el más simple hasta el más complejo; desde los movimientos de los astros, aspecto más general del Universo, al estudio de las propiedades de los cuerpos en la física; el análisis y la síntesis de los elementos componentes de la materia en la química; al conocimiento de los fenómenos orgánicos en la biología; luego al de los mentales, y al de los sociales al fin, en que el Cosmos parece resumirse y encuentra en el hombre la conciencia de sí mismo.

Cierto; esta gerarquía pudiera no tener un valor absoluto, supuesto el estado de interdependencia actual de las ciencias y la tendencia á constituir más vastas unidades para acercarse á la suprema unidad del conocimiento; pero tiene valor pedagógico innegable por su marcha en el mismo sentido de la evolución mental y por la relación de preparatorios los unos de los otros que se observa entre los miembros de la clasificación adoptada. Y sobre todo, y no dudo que esto haya influido en el ánimo del Congreso, este plan

está tocado á la experiencia de muchos años en nuestra República; una ventaja análoga es casi la única que los europeos encuentran para sus ilógicos planes fragmentarios, cada día más vacilantes ante la crítica, incesantemente transformados é incapaces de dar plena satisfacción á los pensadores que allá exigen la escuela secundaria única que proporcione un fondo común de conocimientos á los hijos ilustrados de un pueblo y que no fuerce las vocaciones, dejándolas surgir espontáneamente cuando la preparación general se halle completa. El plan adoptado por el Congreso, suma, á estas ventajas, la inapreciable de constituir por sí mismo una filosofía, puesto que todo en él se encamina á la concepción de la ciencia una, y esta es la más elevada síntesis filosófica.

El examen fué detenido en la parte científica del programa; pocas fueron las disidencias, y más bien se dirigieron á puntos secundarios, con excepción quizás, de una sola. Pero por fortuna, para el proyecto, no habría entre sus impugnadores casi ninguna comunidad de tendencias, y hubo acaso, tantos planes como opositores; esto bastaba para imponerlo á nuestro criterio; el programa propuesto, como la República, según la frase de Thiers, era lo que nos dividía menos. El Congreso, persuadido de que, como ha dicho un pensador moderno, sólo está destinado á durar aquello que está sistematizado, organizado y coordinado gerárquicamente; y de que, «la nación que sepa introducir en la enseñanza la organización más poderosa y más una, tendrá por este sólo hecho en el dominio intelectual una fuerza análoga á la de los gobiernos y los ejércitos mejor dispuestos» sancionó con su voto y su responsabilidad técnica y moral, la obra que se le presentaba y que hoy más servirá de brújula en la babel enorme de los adelantamientos de la ciencia, á las generaciones mexicanas, mere-

ciendo, más que otro alguno, el nombre de *Humanidades científicas* usado recientemente en Europa.

Pero este plan de estudio, á pesar de su unidad filosófica, habría sido por extremo deficiente, si con él no formara un todo orgánico un programa de estudios literarios; las letras no sólo tienen valor porque perfeccionan el instrumento supremo del pensamiento que es el idioma, sino que al perfeccionarlo reobran á su vez sobre el pensamiento mismo que no es más que un lenguaje interno que tiene las mismas formas que el otro y que será más preciso, más correcto y más justo mientras aquel más lo sea. De aquí el valor eminentemente educativo de los estudios literarios, que sube de quilates cuando la adquisición científica ha enriquecido nuestra substancia mental; cuando la ciencia, la forma encuentra lo que el gran tribuno de la democracia francesa llamaba «la medula de los huesos.» Penetrado de esta verdad el Congreso, aprobó los medios propuestos por la comisión, no sin fijarse atentamente en el grave problema que entrañaban. Por una tradición secular que dimana de los tiempos de la Escolástica en que toda instrucción superior en la Europa Occidental estaba bajo la celosa tutela de la Iglesia y en que el idioma escolar era el de la Iglesia misma, el latín, esta lengua, se había considerado como el alma de toda educación literaria, de toda preparación á las profesiones llamadas liberales, que tenían casi exclusivamente un carácter literario también. Los tiempos han cambiado radicalmente; la ciencia ha tomado en sus manos la dirección de todo el movimiento moderno. El conocimiento y la práctica del latín no habían sido parte en los siglos medios, ni á impedir ninguna decadencia, ni á trazar uno sólo de sus derroteros al pensamiento humano, ni á iluminar ante él un sólo segmento de los horizontes del porvenir; y así como el contacto con Grecia produ-



jola literatura latina superior, la creó, puede decirse; el contacto con los griegos, por interposición de los árabes primero, y directamente luego, marcó el fin del período medieval, con esa espléndida transfiguración del verbo y del espíritu humano que se llama el Renacimiento. Pero el griego no estaba en nuestras tradiciones escolares americanas; sólo el latín y, con raras excepciones, el latín inferior, el que servía ó para entender los libros litúrgicos de la Iglesia ó cuando más los polvosos infolios del casuismo escolástico en que flotan las ideas como en el océano las disgregadas tablas de naufraga nave, ó para verter en titubeante castellano, las enmarañadas glosas de los comentaristas del derecho Justiniano. Habíase, pues, convertido en una enseñanza prosaicamente utilitaria la enseñanza latina, y bajo este aspecto utilitario tuvo que considerarla el Congreso.

La enseñanza latina no tiene el doble carácter de estudio preparatorio general y particular que posee cada una de las materias componentes del plan aceptado. Basta el hecho de que á su conocimiento se destinan años posteriores al aprendizaje gramatical del castellano, para demostrar que no se le considera seriamente como una preparación indispensable á la adquisición de la lengua vernácula, y, por consiguiente, que no tiene un valor de primera importancia como preparación en la economía íntima del plan. Y basta á demostrar que tampoco podía ser una preparación general, la circunstancia de que para mantenerlo en ésta, se daba, como único fundamento, su necesidad mayor en los estudios jurídicos y menor en los médicos. Se trataba, en suma, de una preparación especial de determinada carrera, y el Congreso, para mantener el principio de uniformidad interior, hizo con el latín lo que con todo estudio preparatorio especial: eliminarlo. Ciertamente que el grupo extracientífico que ha pretendi-

do hasta hoy la dirección exclusiva del adelantamiento intelectual del país, podía sentirse herido en esta tradición latina ó que tributa un culto puramente aparatoso y verbal. ¿Qué remedio? Había que escoger entre los dos términos de un dilema: ó se conservaba para los futuros abogados una enseñanza puramente formal, manteniendo el mutilamiento despiadado que hoy se hace en su preparación científica, ó se reintegraba ésta y se les ministraba órganos intelectuales que los pusieran en contacto con los elementos distintivos del progreso moderno. Así formulada la cuestión, el Congreso no podía vacilar; optó por la ciencia.

El porvenir dirá si tal medida está destinada á rebajar, según los augures, el nivel de los estudios jurídicos, reduciendo el de la jurisprudencia romana, que ha dejado ya toda su sávia en nuestros códigos, á su papel de enseñanza histórica; ó si por el contrario renovará esos estudios y convertirá un arte, hasta hoy puramente empírico, en otro científico que parta del conocimiento profundo del grupo constitutivo de las ciencias sociales.

Pero el valor del latín, como preparación general, encontró en el seno del Congreso el más decidido y elocuente de los defensores. Resumiendo magistralmente cuanto en Europa han dicho en favor de esta tesis los Cesca, los Vainhinger, los Brunetiere y los Fouillée, en estos últimos años, trató de convencernos de su necesidad como parte indispensable de la educación literaria y de su valor educativo intelectual y moral.

Que la necropsia de una lengua muerta, que el análisis frío y glacial, completamente ajeno á toda sugestión estética y á toda idea general, de los elementos gramaticales del latín, constituyan una gimnasia intelectual, nadie lo duda; pero que este ejercicio en abstracto y en el vacío sea bueno desde el punto de vista de la higiene mental, esto no se demostrará

nunca; no todo lo que fatiga y cansa es indicio de sano y útil desenvolvimiento; ese es el error. En cuánto al valor moral de la literatura latina, no lo tiene para los adolescentes; lo tiene indirectamente para los adultos merced á su precisión soberana, á su aptitud para expresar ideas generales, á la gracia incomparable (por lo mismo que no puede jamás desvestirse de su gravedad congénita) de sus divinos poetas; merced á la elocuencia intensa y profunda, por condensada, de sus admirables prosadores. Y este valor moral proviene de sus virtudes como disciplina mental, que trasciende á la dirección de la conducta más de lo que parece. Pero ésta es la literatura latina, no la gramática, siempre odiosa para los jóvenes. Y aquí tocamos el error capital que ha presidido entre nosotros á este debate: en la escuela secundaria no pueden los alumnos ponerse en contacto con los grandes modelos literarios latinos, sino por fragmentos, y al través de ingratos y prolongados análisis gramaticales; jamás puede llegarse á trabajos sintéticos ni á verdaderos estudios literarios; semejante gimnasia suprimiría, de hecho, cualquier otro estudio.

El Congreso comprendió, pues, el pensamiento de su comisión proponente, y haciéndose cargo de que todo el mejoramiento es un trabajo de selección y de que toda selección trae aparejado el sacrificio, se resignó, no sin profunda pena para muchos, yo lo aseguro, á sacrificar el estudio del latín, que excelente y hasta indispensable como coronamiento de toda educación literaria, no tenía, como base, este atributo de suprema necesidad.

Y nosotros, hijos, no de los latinos, sino de los neo-latinos, nosotros los escolares hispano-americanos que nos hemos tenido que consolar con Virgilio de la falta de Homero, con Marco Tulio de la de Demóstenes y Platón, y con nadie de la ausencia de los trágicos que armonizaron

en su alma augusta todas las cuerdas de la poesía helénica, y con nadie de la falta de los filósofos que removieron todos los problemas é interrogaron todas las ideas, habremos de resignarnos á buscar consuelos ciertos de la pérdida de Virgilio en Garcilazo, en Balbuena, en Bello; de la de Horacio, en Luis de León, en Rodrigo de Caro, en Agrensola; de la de Cicerón, en Granada y Cervantes; de la de Lucano, en Herrera y Quintana, y del eclipse de Plauto y Terencio con el fulgor incomparable de Calderón de la Barca y de Nuestro Alarcón.

La Geografía y la Historia, no sólo porque preparan admirablemente al estudio de la Sociología, la primera estudiando el medio físico y social en que se desenvuelven las especies humanas y poniendo de relieve las condiciones externas del progreso y el resultado de los esfuerzos hechos por el hombre para modificar esas condiciones, y la segunda porque muestra esas condiciones y esos esfuerzos en acción y reacción perpetua dentro del drama eterno de la civilización; la Geografía y la Historia, conocimientos que participan de caracteres científicos, concretos la una y literarios la otra, sirven en el plan aceptado por el Congreso, de sistema intermediario entre el programa técnico y el literario, sistema intermediario que es indicio de perfección en los organismos y en los grupos humanos.

Pero para que el conjunto del plan fuera verdaderamente educativo, necesitaba ser *integral*, es decir, no desentenderse del ejercicio de una sola facultad, sino desenvolver en el adolescente al hombre entero, y de aquí el programa de conferencias que preparando el terreno para adquisiciones mentales superiores, y relacionándose gradualmente á la adquisición mental realizada ya, pone en movimiento, para llegar á este fin, todos los resortes de la imaginación y la sensibilidad. Como tránsito entre el sistema de desenvolvimiento psí-



quico y el desarrollo físico, cuya intensidad debe ser rigurosamente proporcional al primero, pero fundamentalmente distinto, existen en el cuerpo de preceptos por el Congreso adoptado, enseñanzas prácticas, como la lectura superior y el dibujo, cuya importancia crece cada día; porque al mismo tiempo que educan órganos esenciales á la vida activa como la voz, la mano, la vista, la gran conquistadora de la ciencia que decía Leonardo de Vinci, contribuyen, la una, á familiarizar nos con las formas más nobles del pensamiento, la otra con los tipos más bellos de la naturaleza y del arte, creando y fijando en el intelecto buena copia de patrones gráficos de corrección y belleza, que después trascienden á las concepciones del espíritu y á las acciones; por donde la estética y la moral tienen aledaños comunes é indeterminables. Goethe, preparándose á escribir su tragedia de Ifigenia, la obra moderna más penetrada del alma antigua, copiando por meses enteros las estatuas y los vasos helénicos, explica mejor nuestro pensamiento.

Si el Congreso había aceptado y hecho suya la idea de dar á las Escuelas Preparatorias un valor propio sin ligarlas necesariamente á las profesionales; si habíamos declarado que en nuestro concepto la preparación debía ser general, no para carrera determinada, sino para vivir útilmente en el grupo ilustrado de la nación, ¿por qué no coronar estos estudios, no con un certificado vulgar que poco dice entre sociedades del temperamento de la nuestra, sino con un documento especial, diploma ó título, que exprese bien que el que lo había merecido no interrumpía sus estudios, sino que los había completado en un grado suficiente; diploma que algún día tendría valor positivo para penetrar ó para abrir senderos cerrados hoy ó ignorados?—Así lo comprendió el Congreso y así lo dispuso.

ESCUELAS ESPECIALES. — El Congreso

avanzó un paso más y definió las relaciones entre los estudios preparatorios ó generales y los especiales: bajo el nombre de escuelas especiales pueden efectivamente comprenderse todas aquellas en que se cultiva la teoría de un ramo determinado del conocimiento hasta transformarlo en el conjunto de reglas que constituye propiamente un arte; así la jurisprudencia, la medicina, la arquitectura, la ingeniería en sus diferentes aplicaciones. Este trabajo de especialización es común á las escuelas que entre nosotros se denominan profesionales y en Europa facultades, y á las industriales á que generalmente se da allí el nombre de profesionales.

La entendida comisión, abierta á las más ardientes aspiraciones progresistas y filantrópicas, supo conducir al Congreso quizás un poco más allá del radio de su competencia facultativa, aunque simplemente para expresar el deseo de ver multiplicarse entre las escuelas especiales, las que dependen de la asistencia más bien que de la instrucción pública. Al mismo tiempo que se determinó cuáles escuelas necesitaban una previa y completa preparación, según el programa acordado por la Escuela Preparatoria, se dejó á las otras su preparación particular, aunque recomendando que esta preparación incorporada á la instrucción especial fuese lo más extensa posible, señalándose reglas para valorizar los estudios que en una escuela hayan hecho los alumnos que pasan á otra. El Congreso estimó que la instrucción preparatoria debe ser gratuita; medida que, aunque no cuenta con la opinión unánime de la sociedad, puede sostenerse, porque el punto verdaderamente discutible es si los estudios profesionales deben de ser gratuitos. Mas esta cuestión pertenecía á una esfera en que no penetró el segundo Congreso.

ESCUELAS NORMALES. — La clara y precisa noción de la importancia y necesi-

dad de los establecimientos normales primarios, no tardó poco en cristalizarse en la conciencia de nuestra sociedad; pero ahora sí parece dominarla por completo, y á medida que obedeciendo á la presión de la ley de instrucción obligatoria, la corriente que nos arrastra á todos centuplica su fuerza y penetra más en los ámbitos del país, la difusión del normalismo no será un asunto de reconocida utilidad, pero aplazable, sino premiosa y absoluta necesidad que demandará rápidas y cumplidas satisfacciones.

De esta verdad estamos todos tan íntimamente penetrados, que en asunto de tanta importancia no hubo cabida para debate alguno teórico, no se trataba ni de definir ni de formular, sino de organización positiva y de detalles de valor práctico. Por eso la discusión tuvo cierto aspecto fragmentario y de dispersión. Bien se encargaron de subrayarlo algunas precipitadas censuras; nada importa si de este trabajo, en apariencia confuso, ha resultado una obra regular y vividera.

Declarar el deber de crear en cada entidad federativa un centro de propagación del magisterio; determinar, con la división prudentísima del normalismo primario en dos grados, la formación real de dos especies de escuelas normales, una para instrucción elemental de primer grado, la más importante porque es obligatoria, y otra para la elemental superior; marcar los linderos de la uniformidad y basar los programas sobre los de la instrucción primaria, combinándolo todo con una ascendente instrucción pedagógica teórico-práctica, tales han sido los caracteres del trabajo de una comisión laboriosa é inteligente como pocas, y siempre dispuesta, en obvio de inútiles debates, á transacciones que fueron criticadas, que en realidad facilitaron por todo extremo el acuerdo del Congreso. A haber dispuesto de mayor tiempo, se habría discutido en sus detalles de distribución el pro-

grama; vale más quizás dejar á las escuelas normales la plena libertad de organizarse en consonancia con las necesidades y costumbres de las regiones en que están llamadas á ejercer su acción fecunda.

El mismo principio de división se aplicó á las escuelas normales de profesores. Quizás habrá convenido introducir una división más, y fué de seguro una sabia determinación la que reemplazó unas asignaturas del programa de profesores normalistas con otros más en consonancia con el papel y las funciones sociales de la mujer, que sólo un modo de raciocinar fundamentalmente vicioso puede pretender identificar con las del hombre. No; sin romper el equilibrio á que debe la humanidad su perfeccionamiento incesante, no es posible sostener, pese á la más sentimental y, en el fondo, á la más inhumana de las retóricas, la paridad del hombre y la mujer ante la educación intelectual. Si tal cosa fuera cierta, ¿cómo podría conservar la mujer su inmensa superioridad sobre el hombre en la vida moral, en el mundo del afecto y del sacrificio? ¿Cómo podría desenvolverse en ella la aptitud divina que forma el íntimo encanto de nuestra existencia y que nos hace llevadero el peso de la vida, según las palabras depositadas en nuestro código por un legista cuyo nombre es sagrado para mí? No; si á fuerza de extremar y alambicar el crecimiento intelectual de la mujer, atrofiámos en ella sus dotes congénitas, la vida perdería su precio y la civilización humana habría producido frutos de maldición. El día en que nos disputemos ellas y nosotros la palma de la sabiduría, habrá necesidad de inventar un mundo nuevo y de pedir al Dios del paraíso que nos diese otra Eva, que nos devolviese á nuestras esposas y á nuestras madres.

Inspirado sin duda por este sentimiento ó por este presentimiento, el Congreso alivió la acumulación de los programas actuales distribuyéndolos en un tiempo



mayor, para evitar el recargo. Obró así cuerda y prudentemente, porque el Estado al través de la educación de los individuos, no busca ni puede buscar la mayor ó menor felicidad de determinados grupos; busca el modo de asegurar elementos de conservación y mejoramiento social; el individuo no es su fin, sino la especie en su forma concreta de nación. Y si recargando los estudios y afinando sin medida el sistema nervioso de los jóvenes mexicanos, preparáramos generaciones débiles, habríamos hecho á la Patria el más triste de los deservicios. Esto es el gran problema; á él se tocarán mañana vuestras decisiones, señores representantes, para medir su vitalidad y su alcance.

Nos habeis convocado en nombre del Presidente de la República, señor Ministro, para resolver de preferencia, las cuestiones pendientes sobre organización de escuelas primarias y las relativas á la de los estudios normales y preparatorios. Todo ello queda hecho. Nadie, ni los naturales censores que toda obra de construcción encuentra, se han atrevido á negarnos la buena voluntad y el patriotismo; eso basta para nuestra conciencia, pero no para nuestra ambición. No nos contenta el papel inexpresivo de trabajadores platónicos; cada uno de nosotros ha puesto en esta obra lo mejor de su espíritu y de su fe; detrás de cada uno de nosotros hay otro grupo de devotos al progreso intelectual de México, y con ellos contamos para hacer de nuestro programa una bandera de paz ó de combate; pero de todos modos una bandera de marcha. Si en nuestras conclusiones hemos puesto algo de ilusión y de ensueño, ¿qué importa, si sabemos que sin esa lámpara colocada en manos de la realidad, nada grande se ha hecho, nada trascendental se ha arrebatado á lo desconocido? No,

no lo negamos; hemos trabajado con un ideal ante nuestros ojos, alto y lejano si se quiere; pero por él sabemos adonde vamos.

Por fortuna, este fecundo y generoso suelo mexicano responde con exuberantes mieses á la simiente en él arrojada con valor y con fe. Si hace quince años era retiradísima perspectiva verlo cruzado de rieles, era más quimérica esperanza verlo sostener con sus productos la vida de sus nuevas vías férreas; bastó una voluntad enérgica que impulsara y el milagro se ha realizado.

Sea lo mismo con nuestro progreso intelectual; hágase lo posible, pero todo lo posible; cuéntese con todo nuestro aliento; cuéntese con el entusiasmo de la juventud, con el empuje soberano del pueblo. Por fortuna, la misma poderosa voluntad preside á este gran movimiento; la misma voluntad, secundada por la iniciativa serena y la constante decisión del jefe de la instrucción pública que sabrá aprovechar tanta fuerza viva y dirigirla hacia su fin. Con esta convicción nos separamos, caros colegas; continuemos nuestra obra cada uno en nuestra esfera, y confiemos en que el tiempo se encargará de demostrar que nuestra construcción no ha sido efímera; que hemos preparado para el alma nacional un nido en donde cobrará fuerzas y alas para el gigantesco vuelo del porvenir.

.EL C. MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, Presidente honorario, dijo:

Señores representantes:

Antes de que os separéis de este augusto recinto en donde ejercen sus funciones los representantes del pueblo, y al que habéis venido en cumplimiento de un mandato patriótico y honroso, permitidme que os dirija, no las frases de cortesía que suelen usarse en casos semejantes,

sino la sincera y expresiva felicitación que mereceis por los trabajos que habeis llevado á cabo con reconocida ilustración, y plausible laboriosidad.

No debe medirse la importancia y utilidad de esos trabajos con la impaciencia del que espera resultados inmediatos y completos, pues los que se han de obtener, más que de la voluntad, dependen del tiempo que hace germinar todas las grandes ideas; y sería imposible improvisar la ejecución de las que se refieren á la mejora y difusión de la enseñanza pública; pero nadie os disputará la gloria de haber abonado hábilmente el terreno para que fructifique la semilla y crezca frondoso y lozano el árbol á cuya sombra se han de cobijar las generaciones del porvenir.

Cuando hay que combatir con un enemigo poderoso, con la ignorancia secular y arraigada que constituye el medio en que viven inconscientemente resignados y hasta satisfechos diversos grupos de nuestra población, la victoria no está al alcance de la mano; y para conquistarla, se necesitan supremos esfuerzos, grandes sacrificios, prolongados y reñidos combates. Pero ni aun á este precio será cara la victoria para los que aspiran á alcanzarla, ya para satisfacer sus propias y levantadas ambiciones, ya para cumplir con sus más trascendentales deberes.

El luminoso informe que acabamos de escuchar y aplaudir, y los datos leídos por la Secretaría, demuestran que el 2º Congreso de Instrucción, ha completado la obra del primero; y que los dos Congresos, al señalar el camino que debe seguirse en la enseñanza, se han fijado, sin debilidades ni transacciones, en el mismo camino que sigue la ciencia en su desarrollo metódico y experimental, desde sus sencillas aplicaciones en la escuela primaria, hasta la generalización de los conocimientos en la escuela preparatoria.

Señores Representantes: como acaba de decir el Presidente del Congreso, no

está todavía terminada vuestra misión. Aquí habeis discutido y aconsejado resoluciones que son, sin duda, el fruto de la observación y del estudio: es indispensable que fuera de aquí, cada uno de vosotros, en su esfera de acción, procure eficazmente que se vayan poniendo en práctica dichas resoluciones. Estoy seguro de que para este nuevo y definitivo trabajo, se contará siempre con vuestra ilustrada cooperación.

Al despedirme de vosotros, os repito lo que podemos llamar la consigna de los verdaderos demócratas, de los misioneros de la civilización, de los soldados del progreso: instrucción científica, enseñanza primaria obligatoria, laica y gratuita.

Con la fundada esperanza de que se ha de cumplir esta consigna salvadora para bien y honra de la República, declaro solemnemente que hoy, 28 de Febrero de 1891, clausura sus sesiones el 2º Congreso Nacional de Instrucción.

EL C. SECRETARIO.—Se ha presentado a siguiente proposición:

«Los insfrascriptos proponen al Congreso se sirva aprobar, se eleve un voto de gracias al C. Presidente de la República y al C. Secretario de Justicia é Instrucción Pública, por haber convocado el segundo Congreso de Instrucción y haber contribuido al éxito de sus trabajos.»—*Serrano Miguel, Enrique C. Rébsamen, Miguel Schultz, M. Florcs, Justo Sierra y Luis E. Ruiz.*

EL MISMO C. SECRETARIO.—Está á discusión.

No hay quien pida la palabra.

En votación económica se pregunta si se aprueba.

Está aprobada por unanimidad.

En seguida, se dió lectura al acta de esta sesión quedando aprobada por unanimidad.

EL C. PRESIDENTE HONORARIO.—Declaro definitivamente clausurado el 2º Congreso Nacional de Instrucción.

*Luis E. Ruiz.*





